EL MUNDO

SOCIAL

EL

MUNDO SOCIAL.

EL
MUNDO SOCIAL

POR

DON JUAN CORTADA,

OBRA

ADORNADA CON PRIMOROSAS LAMINAS INGLESAS GRABADAS SOBRE ACERO POR LOS MAS DISTINGUIDOS ARTISTAS,
COPIAS DE LOS MEJORES CUADROS DE LAS GALERIAS DE DRESDE Y BERLIN

POR LOS GRANDES MAESTROS DEL ARTE

RAFAEL, MIGUEL-ANGEL, TICIANO, MURILLO, RUBENS, CÁRLOS-DOLCE, MIERIS, POUSSIN,
ADAM, GUIDO-RENI,
SALVATOR-ROSA, TENIERS, GERARDO-DOW, REMBRANT, VANDICK, ETC. ETC.



BARCELONA.

LIBRERÍA DE D. JOSÉ RIBET, EDITOR Y PROPIETARIO
DE LAS OBRAS DE GRAN LUJO **El Paraiso Perdido, La España Artística y Monumental** Y OTRAS.
CALLE DE LA FUSTERÍA, NÚMERO 10.
1864.

Barcelona.—Imp. de EL PORVENIR, de Buenaventura Bassas, Tallers, n.º 51 y 53.—1864.



Charles I.er Carl I

MUNDO SOCIAL.

I.



EL
MUNDO SOCIAL.

CARLOS I DE INGLATERRA.

(CUADRO DE VAN-DYK).

Pocos reyes subieron al trono con mejores auspicios que Cárlos I de Inglaterra; pocos contaron desde el primer dia de su reinado con tanto favor popular, y pocos tambien tuvieron tantas dotes para granjearse la unánime estimacion de sus súbditos. Cárlos, severo y puro en sus costumbres, piadoso, frugal, aplicado, instruido, económico, amigo del órden, y tan lleno de dignidad como distante del orgullo, distinguíase además por su carácter elevado y por su amor á la justicia. Su figura noble y agradable, sus delicadísimos modales, su graciosa y simpática apostura, imponian y gustaban al mismo tiempo tanto á la aristocracia inglesa como al pueblo. Estas bellas dotes presentaban con las circunstancias de su predecesor un contraste tan grande y tan favorable á Cárlos, que ello solo bastara para hacerle bienquisto de aquellos que debian obedecerle. La Inglaterra cansada de las costumbres ignobles, de la locuacidad necia y de la ridícula pedantería de Jacobo I, se prometió un reinado venturoso bajo el régimen del nuevo príncipe que ocupó el solio en 27 de marzo de 1625; de suerte que Cárlos y su pueblo se pusieron en contacto con una confianza absoluta; y no obstante era imposible que se comprendieran recíprocamente y que conservaran la armonía. Para formarse una idea exacta del estado de Inglaterra en este memorable período de su historia, es indispensable retroceder algunos pasos.

En la Europa del continente las monarquías sacudiendo todas las trabas que las contuvieron hasta entonces, se convertian en absolutas, porque habiendo logrado sujetar el turbulento y escesivo poder de los barones, y siéndoles ya innecesario el ausilio del pueblo, dominaron á este como habian sometido á aquellos; destrozaron las libertades municipales, y dejaron que el pueblo enriqueciéndose con el comercio y con el ejercicio de la industria se olvidara completamente de mezclarse en el gobierno. Los señores alejados ya de los castillos feudales, cuya soledad los espantaba, corrieron á la corte y dejaron de ser tiranos de sus vasallos para convertirse en servidores de los reyes.

En Inglaterra se habia hecho sentir este movimiento, y en particular fué notable desde que subió al trono la casa de Tudor hácia 1484, época en que los magnates no eran bastante fuertes para luchar contra el rey, ni bastante amigos para coligarse y sostenerse. La aristocracia inglesa en sus últimos esfuerzos se habia negado á dar subsidios al rey para las espediciones lejanas, y temiendo que su fuerza no bastaria para acreditar la resistencia, acudió al ausilio de la cámara baja, sin advertir que daba importancia á esta, y que en vez de uno ella misma se creaba dos adversarios. En efecto, los reyes apelaban á esa cámara para alcanzar la victoria contra la nobleza, y esta la llamaba en su ausilio para contrarestar al rey, siendo el resultado natural de esa pugna acrecer el orgullo y la fuerza de ese cuerpo intermedio, del cual los dos adversarios necesitaban. El enérgico carácter de Enrique VIII vino á cambiar el aspecto de las cosas, porque ese rey que se propuso ser á toda costa absoluto, para hacerse dueño del poder político echó mano del poder religioso, se erigió en jefe de la religion, mandó ejecutar como impíos á cuantos se negaban á obedecerle, é hizo uso de la tiranía para despojar al clero en beneficio propio y en el de los nobles, quienes en consecuencia le dejaron hacer; mas si esa energía logró retardar la hora en que comenzaran á discutirse los derechos políticos, esa discusion debia entablarse en el momento en que aquella energía cediera por el cansancio ó por el carácter del que debia desplegarla. Así aconteció en la época de los Stuarts. El despotismo de esta familia estaba en oposicion con la reforma y con los dogmas introducidos por ella, y como el pueblo de poco en poco habia alcanzado derechos, una representacion y una parte del poder soberano, aunque meticuloso al principio se fué mostrando mas osado. El comercio y la subdivision de bienes nacida del despojo del clero y de los suplicios de muchos aristócratas, habian convertido en grande propietaria á la nobleza de segundo órden, de manera que la cámara de los lores era menos rica que la de los comunes, la cual no creyéndose bastante garantida con el antiguo régimen, queria mas derechos que le aseguraran la posesion de sus riquezas. De aquí nació la lucha entre los realistas para quienes toda concesion espontánea ó arrancada á la fuerza emanaba del trono, y los liberales que no viendo en la monarquía mas que el emblema de las usurpaciones fomentaban la animosidad del país contra los reyes.

El pueblo inglés no habia hecho, como el escocés, la revolucion religiosa, sino que hubo de admitirla de parte del monarca, que habiéndose convertido en apóstol para ser déspota, conservó los dogmas y los ritos del catolicismo, sin hacer de pronto otra cosa que sustituir la autoridad del rey á la del papa. Las controversias religiosas habian acostumbrado á todas las clases á discutir acerca de la autoridad, hasta el punto que el espíritu de exámen y de independencia hizo reproducir la cuestion de la reforma entre los mismos protestantes, que se dividieron en episcopales y presbiterianos. Los Stuarts estaban muy distantes de poseer aquella firmeza combinada con la prudencia que es indispensable para fijar los límites entre las concesiones y la resistencia. Esta es precisamente en los períodos de revueltas la piedra de toque para avalorar á un gobierno, y en esa terrible prueba han sucumbido los primeros hombres de estado y los reyes que se preciaban y tenian reputacion de serlo.

Los Tudor habian contado con una obediencia absoluta, merced á la prosperidad que procuraron á la Inglaterra, mas el peligro de dañarla en sus intereses materiales era inmenso, y sin embargo esto no arredró á los Stuarts.

Jacobo I, príncipe escocés y rodeado de escoceses, admitido con repugnancia por todos los ingleses, mas teólogo que político y descendiente de los Guisas, toleraba los católicos, ajustaba alianzas con España, y no era ya el jefe del partido protestante en Europa. Pedante como un déspota, léjos de doblegarse voluntariamente al inevitable progreso de la libertad, se manifestó resuelto á fundar en Inglaterra la monarquía pura que alardeaba en el continente y dispertó los recelos que causa el poder sin valerse de él osadamente. Buscó remedios á tientas sin tener seguridad en sus mismas disposiciones, con lo cual ofreció ocasion á los debates, y queriendo hacer rostro á los derechos del parlamento no consiguió otra cosa que asegurarlos. Irritada no obstante la cámara por la contrariedad que encontraba en el rey, se vengó de sus arbitrariedades examinando minuciosamente sus gastos, en cuya vista Jacobo, cual si se confesara vencido, hubo de conceder franquicias nacionales, y desprenderse de las alianzas estranjeras.

En el momento en que el trono acababa de sufrir esta doble derrota vino á ocuparlo Cárlos I. Apenas hubo ceñido la corona cuando despidió el enjambre de bufones y de viciosos que llenaban el palacio del pedante afeminado que le habia precedido, obligó á los nobles á corregirse ó por lo menos á ocultar sus vicios, y honró á los hombres de talento; mas por desgracia suya estaba tan persuadido como su padre de que un rey no debe sufrir cortapisas, y de que la causa de haberse hecho fuerte el parlamento no habia sido otra que la debilidad de los reyes. Este erróneo juicio dependia de que Cárlos conservaba el antiguo instinto de su familia por el poder despótico, sin advertir que la Inglaterra era muy distinta de la Escocia, y que los señores feudales de esta no fueron capaces de opo-

ner la resistencia que debia esperar de la clase media de aquella. El primer error de Cárlos fué casarse con Enriqueta de Francia, princesa bella, virtuosa, ins-truida, pero francesa y católica, la cual en los capítulos matrimoniales se habia reservado el libre ejercicio de su religion para ella, para su servidumbre y para sus hijos, con capilla, sermones y sacramentos, bajo la direccion de un obispo limosnero, único que debia entender y fallar en los negocios eclesiásticos que pudieran ocurrir entre las personas susodichas. Habia además un convenio reservado en el cual el rey se obligaba á tolerar en cuanto pudiese los súbditos católicos. María de Médicis dió á su hija algunas instrucciones por escrito, y en todas ellas la estimulaba para que fuese buena católica, protegiese á los católicos, y procurase por medio de su ejemplo y de sus obras atraer á los súbditos protestantes al gremio del catolicismo.

Enriqueta dejándose llevar del celo religioso, y olvidando que estaba en un país intolerante, no quiso ser coronada á fin de no tomar parte en ceremonias heréticas; y como muy luego quiso mezclarse en los asuntos políticos fué odiada por la nacion, que además sospechó que su ascendiente habia convertido á su esposo en papista.

Estas sospechas perjudicaron á Cárlos tanto como el haber conservado cerca de su persona al duque de Buckingham, favorito de su padre, hombre frívolo y presuntuoso, que desplegaba un lujo desconocido hasta entonces, y que escandalizó al pueblo, haciendo servir á los hombres de bestias, puesto que fué el introductor de las literas en Londres. Para vengarse de un agravio personal que por su conducta en Francia le hizo muy merecidamente Richelieu, ministro entonces, aconsejó á Cárlos que en calidad de protector de los hugonotes, declarase la guerra á la Francia, y el rey creyendo que esto seria agradable á su pueblo cedió á la voluntad del ministro, pero tuvo el desacierto de confiar la espedicion al mismo consejero, que quedó desairado en ella. Este contratiempo y el ver que no se ponian en ejecucion las leyes promulgadas contra los que despreciaban las creencias religiosas del pueblo inglés, produjeron grande descontento, y prepararon el ánimo del público contra el monarca. En tal disposicion y habiéndose declarado la guerra á España á instancias del mismo Buckingham, se convocó el parlamento á fin de pedirle subsidios, y en este punto comienza aquel terrible conflicto que habia de tener un desenlace tan funesto.

El parlamento comprendió que todo su poder estribaba en el derecho de votar los presupuestos, se quejó amargamente del ministro y negó los subsidios, y el rey para conservar al favorito cerró las cámaras, sin advertir el desaire que con esto recibian los representantes del país. Mas viendo que los medios que la constitucion política ponia en sus manos eran insuficientes para reunir fondos, se vió precisado á convocar otra vez al parlamento, cuyos miembros se presentaron decididos á hacer la oposicion con mas empeño que la vez primera. El rey al abrir

la sesion dijo: « Os he reunido porque el parlamento es el mas antiguo, el mas pronto y el mejor medio para obtener los subsidios necesarios á nuestra seguridad, y para salvar á nuestros amigos de su inminente ruina. Si vosotros no haceis vuestro deber, yo que quiero cumplir con mi conciencia, emplearé los otros medios que Dios ha puesto en mis manos para salvar lo que podria perderse por la locura de unos pocos. No creais que esto son amenazas, que yo no usaré nunca sino con mis iguales; no es mas que un aviso del que por su carácter y por su deber se ocupa de vuestra salvacion y de vuestra prosperidad.» A estas palabras el guardasellos añadió algunas otras que venian á confirmarlas, sin dejar de repetir que si el parlamento no obraba como debia, le quedaban al rey otros medios para conseguir los subsidios que necesitaba.

Este lenguaje no impuso al parlamento que estaba resuelto á obligar al poder á que reconociera sus libertades, y que no hiciera pasar por concesion lo que era un derecho, ni se decorasen con el título de derechos los abusos. En este empeño estaban conformes todos los ingleses, y por esto el parlamento podia contar con la adhesion y el apoyo del pueblo. Sentábanse en la cámara hombres entendidos y á quienes sobraba el ardimiento, muy dispuestos á llevar adelante lo que se habian propuesto, con una tenacidad inflexible, é incapaces de arredrarse por los contratiempos, y menos todavía por las intrigas y manejos de la corte, la cual para resistir á oposicion tan formidable solo tenia el poder de la costumbre, la temeridad de Buckingham y la imprudente altanería del monarca. Al principio éste y el parlamento se condujeron como amigos; cosa fácil todavía, porque el segundo aunque resuelto á defender sus derechos, no habia imaginado nunca arrebatar al rey ninguno de los que en realidad le compitieran. Pero como en la cámara habia miembros que no fueron á ella con las pacíficas intenciones de la mayoría, como el odio contra el ministro era general, como al fin todos conocian que en realidad el monarca conculcaba las leyes en beneficio del poder absoluto á que aspiraba, bien pronto los discursos resintiéndose de esta disposicion de los ánimos, fueron haciéndose mas libres y atrevidos, y aunque se acordó votar los subsidios, fué redactado primero el bill de la peticion de derechos, segunda base de la libertad inglesa. Los subsidios y esta peticion dieron lugar á mensajes del rey á la cámara, y á tumultuosos debates en esta, porque se mezcló en todo el nombre de Buckingham, que tomando aire de soberano habia aplaudido en el consejo la determinacion del parlamento y hablado de este mas de lo que debiera un ministro. La cámara ofendida se declaró abiertamente contra este, remitió á la de los pares la peticion de derechos para que le diese su consentimiento, y los pares comenzaron á encontrarse perplejos y envueltos en esas discordias que lentamente iban pululando entre el rey y los representantes del pueblo. Crecian los rumores de descontento público, en la cámara defendíanse las intenciones del rey, lo cual prueba que no por todos eran reconocidas

como justas, se atacaba directamente al ministro, hablábase de lo que en épocas anteriores habian hecho los parlamentos, y por fin el rey temiendo desafiar las iras que cada dia eran mas temibles, acordó sancionar la peticion de derechos, como lo hizo en siete de junio en la cámara de los pares con la cual se habia reunido la de los comunes. La cámara alcanzó el primer triunfo decisivo, y pudo conocer cuánta era su fuerza supuesto que habia arrastrado al rey, al ministro, á cuantos rodeaban al monarca y á la misma cámara de los pares, compuesta de personas no enemigas de la libertad, pero que hubieran renunciado á reclamarla á trueque de no disgustar á Cárlos.

La peticion de derechos contenia en suma los cuatro artículos siguientes: Que no podia ponerse preso á un hombre libre, ni aun por órden del rey, sin manifestarse el motivo legal de su prision. Que no podian exigirse dones gratúitos, préstamos, ni subsidios, sin el consentimiento de las dos cámaras. Que los ciudadanos no podian ser vejados con alojamientos para las tropas de mar ó de tierra. Que la ley marcial quedaba abolida, y que nadie podia ser juzgado sino en conformidad con las leyes del reino y en juicio ordinario.

La cámara abusando del triunfo tuvo nuevas exigencias, y el rey cansado de ellas prorogó el parlamento, lo cual aumentó el disgusto é hizo que se hablara mas contra el ministro hasta que este fué asesinado por Felton, que se jactaba de haber cumplido un deber, y dado la libertad á la patria. Cárlos se indignó no solo por el asesinato de su favorito, sino mas todavía por el regocijo con que el público supo esta noticia. Sin embargo con ánimo de acallar el desasosiego dictó órdenes severas para reprimir á los papistas, y al mismo tiempo favoreció á los adversarios del parlamento; dándoles pingües destinos consiguió hacer suyos á algunos de sus miembros mas influyentes, y rodearse de hombres de saber y de energía que valian mucho y eran capaces de dirigir el gobierno. Este cambio sin embargo no tenia por parte de Cárlos otro objeto que volver al despotismo, pero de una manera embozada, y contando con la adhesion de personas, cuyos consejos esperaba que podrian secundarle en esta empresa. Abierto de nuevo el parlamento se mostró mas hostil á Cárlos, quiso quitarle los derechos que percibia sobre los pesos y medidas, y al fin irritó al rey de manera que este decidió otra vez la prorogacion. En esa cámara se habia presentado un hombre desconocido, andrajoso, de malísima catadura, que hablando como un energúmeno declamó en lenguaje vulgar y hasta indigno contra la indulgencia de un obispo en pro de un predicador papista. Ese hombre era Oliverio Cromwell, á quien la cámara escuchó con benevolencia, sin embargo de que ni su lenguaje ni sus modales le hacian merecedor de ser oido por un instante en la reunion de los que representaban la Inglaterra. Pero la cámara estaba dispuesta á cuanto pudiese encender las pasiones y servir de cargo contra el monarca.

Desde aquel momento convencido Cárlos de que el parlamento trataba de derribar la monarquía, resolvió gobernar solo y lo dijo en un manifiesto que fué publicado en 10 de marzo de 1629; mas á pesar de esta declaracion solemne aun mantenia la esperanza de que en caso urgente ó apurado siempre podria reunir á los representantes del país para obtener subsidios, ó buscar la fuerza que á su gobierno faltase; de suerte que esa disolucion no era un golpe de Estado que tendiese á variar la forma de gobierno ni las leyes fundamentales de Inglaterra, sino un alarde para demostrar á la nacion y á las cámaras que un rey podia gobernar sin el concurso del parlamento, y que la existencia de este dependia de la voluntad del soberano. Esperaba Cárlos y con él los consejeros, que el pueblo comprenderia mas ó menos tarde que cuando el rey y el parlamento se ponen en pugna, quien debe ceder es este, puesto que por sí solo no es suficiente para dirigir el gobierno, mientras el otro se basta á sí propio. La corte dió mas latitud á estas ideas, y libre de la molestia y de la especie de censura que las cámaras ejercian sobre ella, creyó que habia venido una restauracion, que era posible entregarse de nuevo á las fiestas y á las intrigas cortesanas, que cesaria el mal humor del rey, que se desvaneceria el miedo habitual de la reina, y que la ambicion podria campear y disputarse sin traba de ninguna clase los favores del soberano.

El pueblo no obstante dando á ese paso una interpretacion muy distinta, creyó que se trataba de abolir el parlamento, mientras todos los hombres adictos al absolutismo y los papistas se felicitaban por el alcanzado triunfo, que en la apariencia era decisivo, puesto que eran presos en la torre y en las cárceles los principales sostenedores de los derechos políticos que con mas ardor los habian proclamado y defendido. El odio del pueblo fué creciendo, la entereza de los acusados daba ejemplos de valor y de esperanza, los presos eran victoreados cuando los trasladaban de un punto á otro; mas la poca constancia de algunos y el rigor que desplegó el gobierno acabaron por sufocar la voz del público; y entonces el gobierno se creyó definitivamente árbitro del país que se habia enajenado. Obrando el rey con libertad omnímoda firmó la paz con la Francia y con la España, en el mismo año 1629 y en el siguiente, con lo cual ni tuvo enemigos en el esterior, ni en su concepto le quedaban fiscales ni opositores en el reino. El pueblo se fué olvidando de la política; y dirigiendo su actividad á otra parte se dedicó con mas ahinco á la agricultura, á la industria, á la navegacion y al comercio, á todo lo cual no ponia traba ninguna el gobierno, viniendo con esto á desenvolverse rápidamente la prosperidad pública y á reinar el órden, de suerte que se estableció en todo una regularidad floreciente que justificaba al gobierno y tenia resignado y contento al pueblo.

Cuando Cárlos habia calmado la pública efervescencia y dormido por lo menos las iras de sus mas ardientes adversarios, hubo de volver su atencion á las

intrigas y á los bandos de la corte, en donde los mas allegados al monarca se disputaban el resucitado despotismo. La reina á quien siempre disgustó su nueva patria, en la cual todo le era estraño y repugnante, no tardó en tratar al rey con insolencia, de suerte que Cárlos se vió precisado á enviar al continente á la mayor parte de los servidores que de Francia habia traido. Mucho contribuyeron á exasperar el carácter de la princesa las contrariedades del parlamento: mas ahora en que era realmente reina, pensó hacer uso del poder, y desde luego supo adquirir sobre su esposo un ascendiente muy grande, y que toleraba Cárlos en gracia del bienestar doméstico, que tan bien se ajustaba con su gravedad natural y con la pureza de sus costumbres. Mas el carácter ligero de Enriqueta no se satisfacia con esta felicidad tranquila, sino que le hacia menester un imperio absoluto, el dirigir los negocios del Estado y aun la circunstancia de que fuera cosa pública la parte que en el gobierno le cabia. Estimulábanla para tener tales exigencias los papistas, los ambiciosos, los cortesanos jóvenes que de ella esperaban su fortuna, ó quizás el triunfo de sus ideas. Queria reinar y lo decia, y á Cárlos no le quedaba mas medio que transigir con la enérgica voluntad de su esposa á quien ausiliaba dentro del palacio y en la corte un partido poderoso. Los caprichos y la voluntad de la princesa hallaron dos adversarios muy temibles, y que decididos á sustentar el poder de Cárlos comprendian todos los males que era fuerza naciesen del carácter y de la altanería de su esposa. Esos dos hombres eran el conde de Strafford y su amigo el arzobispo Laud, ministros ambos y ministros muy queridos.

El primero habia sido en el parlamento uno de los mas ardientes sustentadores de las libertades públicas; pero disgustado al ver el sesgo que la cámara iba tomando y la animosidad que contra el rey ganaba en ella terreno, se separó de sus amigos, y llamado por el monarca á su consejo se consagró á servirle con el talento y la energía que habia demostrado. Era ambicioso, tenia afan de gloria, y habian ofendido su amor propio la grandeza y el encumbramiento de Buckingham. Se propuso ocupar su puesto, encumbrarse como él, dominar y desplegar su talento, la energía de carácter y su decision para derribar cuantos obstáculos se opusieran al plan de gobernar y de sostener el imperio de Cárlos. Enemigo de respetar intereses particulares y decidido á favor de los generales, aseguró la autoridad real, estirpó abusos, restableció el órden, y á fuer de hombre que comprendia con qué condiciones puede un rey ser absoluto, no desconoció ni olvidó nunca la prosperidad y la gloria de su patria que amaba entrañablemente. Semejante hombre conculcaba con desprecio las innumerables intrigas de la corte, y les oponia la firmeza de su voluntad y los recursos de su estraordinario talento.

Estaba secundado por su amigo Guillermo Laud, obispo de Londres y mas tarde arzobispo de Cantorbery, hombre instruido, desinteresado, celoso del po-

der episcopal, aun con detrimento de las prerogativas reales, de que era defensor acérrimo siempre que no contrastasen con las del clero. Su autoridad era violenta y dura: perseguia sin reposo la libertad y los abusos, era brusco é iracundo, enemigo implacable de los palaciegos, y nada le importaban las enemistades, creyendo que la autoridad era suficiente para todo, aun á despecho de los que debian acatarla. Regida por estos dos varones, la monarquía presentaba un aspecto floreciente, pero carecia de libertad. El rey exigia los derechos sobre los pesos y medidas, otra contribucion de los que no iban á oir los sermones, y otra para los gastos de la marina que habia alcanzado un auge muy notable; pero como el gobierno no daba cuenta de sus actos era calificado de tirano, y no cesaban las declamaciones contra los tribunales que so pretesto de mantener la paz castigaban las palabras, los pensamientos y las alusiones.

Confiado á Strafford el gobierno de Irlanda, este país que basta entonces habia sido oneroso para Inglaterra se convirtió en una mina de riquezas y de fuerzas: pagóse la deuda pública, se puso órden en la administracion, la aristocracia no tiranizó á los pueblos y los partidos dejaron de despedazarse unos á otros. El ejército cesó de robar á los habitantes, y la agricultura, el comercio y la industria contando con una seguridad y una proteccion que nunca habian conocido, adquirieron una importancia asombrosa.

Laud, aunque menos capaz que su amigo, imitó en Inglaterra lo que el otro hacia en Irlanda. Estirpó abusos, arrancó vejámenes para el comercio, estudió los intereses generales, indagó cuáles eran las verdaderas fuentes de la pública riqueza, y dirigió todos sus conatos á lograr que el gobierno correspondiese á lo que la nacion tenia derecho á esperar de sus desvelos. Los cortesanos odiaron á esos hombres que ajenos á las intrigas y á los partidos de los nobles que disputaban por una merced ó por una sonrisa del monarca, los despreciaban á todos sin hacer cosa alguna para disimular ese desprecio. Ni su figura, ni sus modales, ni la elegancia de sus personas estaban en armonía con los gustos y aficiones de la corte, y como eran austeros y declamaban contra la relajacion cortesana, se declararon enemigos suyos cuantos estaban acostumbrados á las demasías, al desórden y á la prodigalidad de la corte. La reina los miraba como enemigos de su influjo, la aristocracia no podia perdonarles su súbito encumbramiento, y la corte sin advertir las consecuencias de su determinacion sandía, se unió con el pueblo á fin de contrarestar el tiránico poder de esos dos hombres. El rey no se dejó llevar de malos consejos, sino que continuó dispensándoles una confianza absoluta, sin lograr por esto que la corte cediese en su animadversion ni en sus proyectos. Cárlos no tanto pensaba en gobernar como en ser rey, y este error le conducia á ocuparse de las formalidades de la etiqueta, del humor de la reina, de los hábitos de la corte mas que de los intereses de la nacion hácia los cuales ambos ministros le obligaban á volver la vista con mas frecuencia de lo que

él hubiera hecho espontáneamente. No contando sino con su influjo, de continuo habian de hacer rostro á influjos de otras personas, estaban precisados á sincerarse de sus acciones y palabras, corrian el riesgo de que se interpretara mal cuanto ejecutaban ó decian: y todas estas miserias los ocupaban y aburrian, sin hallar mas compensacion que la confianza de Cárlos, que creia hacer bastante con mantenerlos en su puesto.

Trascendian al público esas contrariedades que esperimentaban los ministros, para nadie era un misterio lo que se hacia á fin de derribarlos, se ponderaban aun mas de la verdad los esfuerzos que les eran necesarios para sostenerse, se vaticinaba su próxima caida, no se creia que sus sucesores adoptasen el mismo sistema, y el resultado de todo esto era que el gobierno careciese de consideracion y de fuerza. En los negocios eclesiásticos reinaba la misma vacilacion que en los políticos: habia tolerancia y aun mercedes para los católicos, y no se veia un sistema que pudiese contentar al pueblo inglés y manifestara de un modo claro y terminante cuál era el objeto y cuál el fin que el gobierno se proponia. Sin duda era absoluto y en ciertas ocasiones despótico, mas esto se consideraba como medio, sin que nadie atinara á la ejecucion de qué plan iba ese medio encaminado.

Todo esto era público en Europa, en donde el gobierno de Cárlos se calificaba de imprudente y débil, en términos que en París y en Madrid sus embajadores no disfrutaban de consideracion ninguna. Bien comprendian Strafford y Laud lo que era notorio á todo el mundo, mas como no podian comunicar al rey la energía de sus caracteres, y sin esa energía previeron que se acercaba una catástrofe, hubieran querido retirarse, como lo hicieron sus compañeros, á no juzgar esa retirada una debilidad con la cual no podian transigir de modo alguno. A fuerza de rigorismo se trató de sufocar las quejas del pueblo, y entonces se inventaron vejámenes, se crearon contribuciones é impuestos, se resucitaron derechos de la corona mil veces abolidos, se estableció un nuevo sistema de reparto para las contribuciones ordinarias, se arrendaron los réditos públicos, y se autorizó la crueldad de los asentistas que esquilmaban á los pueblos, y estaban sostenidos por las autoridades, las cuales se complacian, cual acontece siempre, en desplegar un poder mucho mas tiránico que el del supremo gobernante.

Al mismo tiempo Laud emprendió la introduccion de grandes novedades en los asuntos religiosos, y sin negar la supremacia del rey, procuró que de hecho pasase á los obispos, que sostuvieron la doctrina de Laud como análoga á sus deseos y conforme con sus intereses. Sin que se aspirara á volver al gremio de la Iglesia católica, eran imitadas todas las pompas del catolicismo, se protegia á los católicos, se publicaban libros sosteniendo que la doctrina de los obispos ingleses podia conformarse muy bien con la de Roma, y la corte y el pueblo llegaron á creer que estaba muy próximo el triunfo del papismo. A la par del pue-

blo se alarmó la aristocracia, que enriquecida con los bienes del clero cuando se los arrebató la reforma, veia proclamarse en principio el derecho divino de los obispos, y por tanto deberia humillarse ante aquella iglesia cuya humillacion habia aplaudido y de cuyos despojos le dió Enrique VIII buena parte. Todo esto produjo un nuevo órden de ideas, y desenvolvió el espíritu de exámen y de discusion en todos los terrenos, ya para averiguar cuál era el sistema de gobierno mas conforme con la dignidad humana, cuáles las creencias, el culto, los principios mas análogos á la razon, y cuáles los medios de que era lícito valerse para derrocar la tiranía. Se aprendió á despreciar la corte, á echar de menos al parlamento, á desear y esperar una reforma muy distinta de la que parecia intentar el gobierno. Esto dió orígen á los partidos religiosos cual habia partidos políticos, y como el gobierno perseguia rigurosamente á los que no prestaban obediencia ciega á sus mandatos, los mas acérrimos partidarios de las nuevas doctrinas no creyendo poder salvarse en Inglaterra apelaron á la emigracion á la América del norte. Esas emigraciones se fueron haciendo numerosas y frecuentes, y comenzaron á contar con hombres importantes, por lo cual calculando los males que podian nacer de novedad semejante, el consejo espidió una órden en mayo de 1637 prohibiendo tales emigraciones, y en virtud de esta ley hubieron de desembarcarse varios diputados del antiguo parlamento y el mismo Oliverio Cromwell que tanto habia de figurar en adelante.

La fuga de estos varones no estaba justificada, porque si bien es verdad que el pueblo no formaba motines ni trastornaba el órden público, rugia de cólera y en cierto modo desafiaba la tiranía. Por medio de folletos, de sermones, de sociedades secretas, se iba aumentando la fermentacion del pueblo; y las medidas de rigor estremo, los procesos contra los que en algun modo se resistian á las órdenes del despotismo, aunque fuera pasivamente, produjeron como era de esperar un efecto contrario al que sus autores se habian propuesto. Se declamaba en público, los condenados á alguna pena eran saludados por el pueblo como mártires, al ir al suplicio mas que nunca declamaban y fortalecian el ánimo de los espectadores para que los imitaran; y entretanto el rey y el gobierno no sabian prever á dónde iban á parar tan osados alardes. El descontento produjo la indignacion, esta aumentó el valor, y de paso en paso la audacia del pueblo se fué comunicando á las otras clases. Los gentileshombres, los comerciantes, los presbiterianos, los simples ciudadanos y luego la nacion entera se interesaron por la suerte de los que sufrian los efectos de la tiranía del gobierno; se formaron partidos, se buscaron jefes, y todos de consuno se concertaban para cuando llegase el momento oportuno, que nadie sin embargo fijaba, ni aun sabia con qué objeto ni á qué fin determinado debia dirigirse.

El primer síntoma de esta disposicion de los ánimos fué una sublevacion en Edimburgo. Cuando Cárlos fué coronado en Escocia quiso introducir una litur-

gia conforme con el sistema episcopal, y movido por Laud hizo guerra á los presbiterianos sin la lentitud que la prudencia reclamaba. Nadie ignora que en Escocia la reforma habia cundido en el pueblo, y que en vez de bajar del trono subió hasta alcanzarlo: así es que el clero escocés no pudo ver sin horror tales reformas, los nobles temieron que podian arrebatárseles los bienes que habian usurpado á los obispos, y el pueblo se escandalizó al ver el pomposo aparato de las ceremonias del culto, conservadas por la iglesia anglicana, lo cual consideraba como una idolatría católica. Al introducirse pues la nueva liturgia, el obispo y los canónigos fueron maltratados en Edimburgo, y reproduciéndose las mismas escenas en otras partes el levantamiento se hizo general. Cárlos, precisado á apoyarse en el clero anglicano, persiguió á los no conformistas que soportaron la persecucion con un fanatismo heróico, y cuya vista y cuyas palabras exasperaron mas y mas el ánimo del pueblo. Cárlos incapaz de reprimir á la fuerza á los mismos que su imprudencia habia sublevado, ofreció una amnistía con tal que se conformaran con la nueva liturgia, pero entonces se levantaron setenta mil insurrectos al grito de *¡mueran los episcopales!* se presentaron millares de peticiones, y ese fuego atizado por Richelieu, ministro del rey de Francia, amenazaba devorarlo todo. Movidos por el oro y contando con las armas que la Francia proporcionaba, firmaron el *Covenant*, pacto en el cual se obligaron á defender á todo trance la religion, la libertad y las leyes. El pueblo en masa se adhirió á este convenio y el rey hubo de apelar á las negociaciones; mas no contentos los alzados con que se suprimiera la nueva liturgia, abolieron el episcopado y escomulgaron á cuantos no se adhirieron al Covenant.

Entonces no quedó mas recurso que las armas; Cárlos apeló á ellas, los sublevados hicieron otro tanto, y el rey los hubiera vencido, pero no los atacó decididamente, quizás porque no estaba seguro del ejército que tambien hacia oir sus quejas. Tuvo la debilidad de aceptar proposiciones; mas apenas habia licenciado el ejército, cuando fueron quebrantadas y hubo de acudir nuevamente al recurso de las armas. Para justificar esta resolucion vino perfectamente una carta que los confederados remitian pidiendo socorros al rey de Francia que los habia ausiliado en odio de la Inglaterra en cuya corte prevalecia el influjo de España. Como este llamamiento á un príncipe estranjero era un delito de alta traicion, juzgaron Cárlos y su gobierno que dispertaria en Inglaterra un enojo igual al que les habia causado á ellos, y que bien podia acudirse á la nacion pidiendo subsidios para una lucha cuyo motivo era legítimo á todas luces. Partiendo de estos principios fué convocado el parlamento de 1640, y mientras se verificaba su reunion Strafford se trasladó á Irlanda para arrancar de las cámaras subsidios y soldados.

La Inglaterra quedó pasmada al ver esta convocacion de un parlamento despues de once años en que el rey no habia pensado en llamar á los representantes

de la nacion; y la cámara de los comunes, enorgullecida con los aplausos del pueblo y con la necesidad de llamarla en que el rey se veia despues de haber prescindido de ella durante tanto tiempo, y sabedora de la revolucion de Escocia, vió que era indispensable coger el timon del Estado, y reclamó contra los abusos cometidos durante aquellos años de silencio. Los diputados declarándose custodios de la libertad, espusieron atrevidamente, aunque en lenguaje conveniente, y no al rey sino al público por medio de la prensa, los graves abusos que no era posible tolerar por mas tiempo. Cuando los lores se opusieron á sus pretensiones, la cámara de los comunes les negó el derecho de ocuparse de los subsidios hasta que ella los hubiese votado. Cárlos entonces contando con el prestigio de once años de despotismo recurrió todavía al arriesgado espediente de la disolucion.

Este paso no dejó ya duda de que se acercaba el momento de la revolucion. Los donativos del clero y de la nobleza produjeron todavía una suma considerable, con la cual Cárlos trató de levantar un ejército á fin de hacer la guerra á los escoceses; pero en Inglaterra se resistieron á tomar las armas, los jóvenes se inutilizaban para huir del servicio, y los obedientes eran tratados de cobardes. A pesar de todo el ejército se formó y se puso en marcha, pero los escoceses impulsados por los principales jefes del movimiento penetraron en Inglaterra, y vencieron en los primeros combates, porque los ingleses no querian hacer la guerra y participaban de las ideas de sus enemigos, mientras estos se conducian con gran cordura y respetaban escrupulosamente el país en que habian penetrado. Al mismo tiempo hubo motines en Londres, fué atacado el palacio de Laud, de muchos puntos se dirigian esposiciones al rey pidiendo que hiciese la paz con los escoceses, y el público decia sin rebozo que aquella guerra era impía y que la sostenian los papistas. Batidas las tropas reales á pesar de los esfuerzos de Strafford, falto el rey de dinero, viendo que la tempestad se agrupaba, y perdido el valor que hasta entonces le habia sostenido, entró en negociaciones; y como para acabar la lucha y fijar la marcha sucesiva no podia ya prescindir del parlamento, y su convocacion fué espresamente reclamada por la ciudad de Londres y por algunos de los pares mas influyentes, Cárlos se dejó vencer y lo convocó para el dia 3 de noviembre de 1640. Las elecciones se verificaron en toda Inglaterra con un empeño estraordinario y el gobierno quedó derrotado en cuantos candidatos propuso. El rey fué al parlamento casi de una manera clandestida, prometió oir las quejas, trató de rebeldes á los escoceses, pidió que se los arrojase del reino como enemigos é injustos invasores, pero en su discurso hubo una vaguedad y un desaliento visibles. Ese dia puso de manifiesto el verdadero estado de las cosas; porque en las plazas y en las calles se hablaba públicamente de un modo que reveló cuánta era la indignacion del pueblo y qué consecuencias podian temerse de la ira que en los discursos se traspiraba. Ahora se encontraron finalmente cara á cara y poseidos del mismo orgullo un gobierno

ya impotente y el parlamento conocido en la historia con el nombre de parlamento largo, el cual habia de consumar la revolucion y cuyos miembros sin aspirar todavía á este gran resultado, tenian ánimo decidido de mostrarse fuertes y de luchar decididamente hasta conseguir una radical estirpacion de los abusos y hacer que su soberanía fuese reconocida y tolerada. De todas partes llovian quejas, representaciones, denuncias de pasados abusos, acusaciones contra el gobierno en masa y contra determinadas personas; y el parlamento colocándose al frente de una reaccion terrible condenaba á prision, á multas, á confiscacion de bienes á cuantos habian servido al poder durante los once años de absolutismo. El rey y la corte estaban asombrados, los obispos esperaban el momento de su desgracia, los eclesiásticos presbiterianos hacian alarde de su triunfo, y Strafford que estaba en Irlanda, no dudando que los primeros rayos heririan su cabeza pedia continuar en Irlanda ó en el ejército; mas el rey le obligó á venir á Londres prometiéndole que no le tocarian un pelo de la cabeza. Sin embargo apenas hubo llegado cuando el diputado Pym que era uno de los mas ardientes le acusó de delito de alta traicion, pidió que fuese preso y la cámara de los pares decretó que se procediese á su captura. Se mandó salir de Londres á María de Médicis, madre de la reina, se acusó de alta traicion á Laud, oíanse todas las peticiones de cualquiera naturaleza que fuesen; y cuanto mas tímido y receloso se mostraba Cárlos otro tanto se enorgullecia la cámara, que al fin vino á erigirse en poder soberano, y á verificar reformas capitales. Se decretó que el parlamento debia reunirse á lo menos cada tres años, que en caso de no convocarlo el rey podian hacerlo doce pares reunidos para este objeto, se proscribió todo lo que aun se conservaba del culto antiguo, se decretaron la inamovilidad de los jueces y la represion de los impuestos legales, y se mandó que el tesoro diese cuenta de los gastos y que los depositarios del poder fuesen responsables de sus actos. Dando á estas disposiciones un efecto retroactivo se procedió contra los que habian obrado faltando á leyes que aun no existian: aquellos cuyo delito no podia justificarse eran calificados de delincuentes, y tales eran llamados los que en el parlamento no votaban con la mayoría. Con estas y otras medidas la libertad quedó sofocada por la libertad misma, cual acontece siempre en los mas ardientes períodos de revoluciones. Los directores de ellas apelan á la libertad para mandar despóticamente, y mientras atacan, proscriben y anonadan el despotismo antiguo, no reparan en que ellos lo imitan, sin haber mas diferencia entre aquel y este que las personas que eligen por víctimas.

Deseoso el rey de salvar á Strafford, y creyendo que mostrándose dócil para con los deseos de la cámara lograria que ella se lo agradeciese absolviendo al ministro, no consiguió sino confesar su debilidad, envalentonar á la cámara, abdicar á girones su poder, y perder primero á Strafford, y despues á sí mismo. Los puritanos entretanto predicaban, multiplicándose los ayunos y las preces,

revestian al liberalismo con un estilo bíblico y convertian el Evangelio de caridad en un Coran de guerra. Strafford se defendió con tanto tino diciendo que no habia hecho sino obedecer las órdenes del rey y manifestando el abismo que abrian á sus piés, y cuán vergonzoso era condenar á un ministro por declaraciones secretas, que la cámara estaba muy dispuesta á absolverlo, cuando los comunes renovaron un infame bill de Enrique VIII segun el cual y por medida de alta política el parlamento podia condenar sin necesidad de las pruebas ordinarias. Presentóse un escrito pidiendo la condena del ministro, y aunque muchos pares amigos suyos se habian retirado, otros veinte y siete entre cuarenta y cinco que se quedaron le impusieron la pena de muerte. El pueblo amotinado exigió que Cárlos ratificase la sentencia: el rey vacilando convocó á los obispos: uno de ellos le dijo que contra su conciencia no podia condenar á un inocente; mas los otros cuatro le exhortaron á que arrojase á ese Jonás al mar embravecido. El rey lloró, suplicó y firmó; y Strafford al recibir la noticia esclamó con el salmista: No fieis en los reyes ni en los hijos de los hombres, de quienes no puede esperarse la salvacion. Murió con la firmeza del inocente, y fué honrado con una compasion, de que el rey se hizo indigno por su cobardía. Los comunes pusieron el colmo á la infamia, diciendo que aquella condena no serviria de ejemplo contra nadie, porque todos los ingleses debian ser juzgados por los tribunales ordinarios.

La reina que era católica temblaba por su propia persona, y en cuanto á Cárlos calificado ya de tirano, fué ahora despreciado porque ni sabia desplegar la fuerza necesaria para resistir ni aprovechar el momento oportuno para ceder. En aquellos dias en que conoció su impotencia quiso conciliarse el favor de los irlandeses, que conquistados, maltratados y despojados por los ingleses los odiaban de muerte: pero los manejos entre el rey y sus emisarios en Irlanda fueron conocidos, y la cámara supo que se habia fraguado entre papistas y jesuitas una conjuracion para echar abajo el gobierno representativo. Pidieron en consecuencia que los obispos fuesen escluidos del parlamento, y que se abolieran las ceremonias del culto, demandas que apoyó el vulgo, el cual se reunió para defender al parlamento á quien nadie amenazaba, mientras los nobles hicieron otro tanto para defender al rey, cuya seguridad podia verse comprometida. Nobles y plebeyos querian la libertad: mas aquellos pensaban que ya se habia hecho lo bastante para asegurarla, al paso que estos aspiraban á que la cámara tuviese el mando del ejército y pudiese nombrar los oficiales y los consejeros de la corona. En cuanto á la reina, todas esas cosas y la confianza que los irlandeses fundaban en ella como católica, empeoraron su causa, de modo que ya se trataba aunque en secreto de formarle causa. Temerosa Enriqueta de lo que podia acontecerle pidió asilo á la Francia: mas el cardenal Richelieu le contestó, que en circunstancias como aquellas, el que deja su puesto lo pierde. El rey recobrando al parecer su valor que no era hijo sino de la situacion apurada en que se veia, quiso

tomar la iniciativa y acusó de alta traicion á algunos jefes de los republicanos. La asamblea quedó de pronto sorprendida, pero volviendo luego de su asombro, declaró que el rey habia violado sus privilegios, pidió satisfaccion por ello y no tuvo reparo en llamar al pueblo bajo á las armas. Cárlos que habia salido de Londres en donde triunfaban los republicanos, se humilló de nuevo y lo concedió todo mientras buscaba socorros en otra parte. El parlamento alegando las conjuraciones de los papistas pidió en octubre de 1641 fuerza armada para su defensa, y sin inmutarse por la negativa del rey y desconociendo de todo punto los principios del gobierno constitucional se atribuyó el derecho de levantar un ejército. Tomó á su servicio las tropas reunidas para marchar contra la Irlanda, y todos sus partidarios le ofrecieron recursos. Resuelto Cárlos á guerrear abierta y francamente, levantó en Nottingham el pendon realista, proclamando que no tenia mas objeto que conservar la religion protestante, gobernar en conformidad con las leyes y ejecutar las resoluciones del parlamento. Los dos partidos trabajaron con ahinco para tener un ejército y lo tuvieron, comenzando desde luego la campaña, en que hubo triunfos y reveses por una y otra parte, en que se dieron batallas en las cuales ambos partidos se atribuyeron la victoria, y hubo momentos en que la ciudad de Londres tembló por la aproximacion del ejército real que parecia dispuesto á penetrar en ella. Continuó la lucha armada, mientras era todavía muy terrible y de grandes consecuencias la lucha política, y las novedades que en esta se iban introduciendo y que constituian la verdadera revolucion que en Inglaterra se operaba. La guerra en su conjunto era favorable al ejército realista, por lo cual el parlamento que en esta parte conocia bien el estado de las cosas propuso á los escoceses la reunion de las dos naciones, y el sínodo que los dirigia en esta anarquía religiosa aceptó el ofrecimiento con tal que las dos iglesias formasen asimismo una sola. Convinieron pues en la destruccion del episcopado, y formaron una liga en cuya virtud los escoceses enviaron veinte mil hombres. Cárlos publicaba protestas y programas, y además se dirigió á los miembros de las dos cámaras que le eran fieles para que fuesen á residir en Oxford en donde se habia retirado, y en cuyo punto se reunieron ciento setenta y cinco miembros de la cámara baja y ochenta y tres de la de los pares, quienes hicieron todo lo posible para calmar la efervescencia de sus compañeros é inspirarles sentimientos benéficos, lo cual sin embargo no produjo mas resultado sino que unos á otros se calificaron de traidores. Cada uno de los dos partidos pensó en procurarse dinero, estableciendo nuevos impuestos, habiendo llegado en Londres hasta el estremo de ordenar á los habitantes un dia de ayuno en cada semana, con la obligacion de llevar al tesoro el valor de los manjares que en ese dia habian economizado.

En ese período de tiempo comenzaba á presentarse en público una fraccion que hasta entonces se habia ocultado entre el partido presbiteriano, y que aho-

ra iba á tomar nuevos brios para sacar provecho de cuanto se habia hecho. Esa fraccion era muy antigua, pues que en tiempo de Isabel habia osado hacer ostentacion de sus doctrinas, y si bien tanto aquella como otras muy análogas habian sufrido persecuciones, los nuevos movimientos aumentaron su importancia: y como en rigor la reforma política estaba hecha y habia puesto remedio á todos los abusos, la reforma religiosa que no podia separarse de la primera, estaba vacilante, porque eran odiados los directores de los negocios políticos. Suscitóse entonces la duda de porqué en materias de fe debian sufrirse trabas que no se toleraban en política, de con qué derecho se pretendia sujetar las conciencias al yugo de una unidad falsa; se sostuvo que toda congregacion de fieles constituia una iglesia legítima y que ningun otro poder tenia derecho de ejercer sobre ella autoridad ninguna. En consecuencia de estos principios, los que pertenecian á esa fraccion se dieron el nombre de independientes. Así iba tomando cuerpo la libertad de conciencia, y como los debates fueron cobrando valor y las creencias vacilaban, ya no hubo freno que contuviera á nadie. Acabaron por someterlo todo al raciocinio y á la voluntad humana. Despues de haber sacudido el yugo de Roma tenian por una inconsecuencia sufrir el de los obispos, no querian tolerar que los eclesiásticos formasen un cuerpo rico y privilegiado, y convinieron en que no debia dejárseles otra cosa que los medios de la persuasion, de la enseñanza y de las preces. De aquí resultaba que no debian existir dogmas, ni ceremonias, ni sacerdotes. Todas estas ideas debieron necesariamente influir en la política: los presbiterianos se proponian libertar á sus compatriotas de la monarquía, y establecer una igualdad absoluta conformándose en todo á la voluntad de Dios y á la Biblia, interpretada segun el sentimiento individual de cada uno. Este partido compuesto de entusiastas, de filósofos, de hombres corrompidos, era no obstante vigoroso asaz para proporcionar la victoria á despecho de los errores de los hombres de buena fe y de los vicios de los perversos, y de él podia servirse un ambicioso capaz de inspirar á todos los afiliados una tolerancia general.

Entre los adictos á ese partido se contaba al coronel Oliverio Cromwell; hombre de buena cuna, educado con austeridad, rústico, modesto y de imaginacion ardiente. Ponia la igualdad en práctica tratando como pares suyos á los mas ínfimos, rellenaba sus conversaciones con frases de la Escritura, y sus actos eran propios de un hombre trivial y exaltado. Su voz chillona, su vestido descuidado y sus modales ordinarios le hacian objeto de irrision, pero imponia por su elocuencia inspirada que lo hizo muy popular. Este hombre proclamó la libertad de conciencia, la absoluta independencia de las personas y la inspiracion divina sin el intermedio de la iglesia ni de los sacerdotes. Conociéndose poco á propósito para el parlamento, comprendió que se abria para él su carrera cuando la discusion pasó al campo de batalla. Nombrado coronel, supo inspirar

á sus soldados sus sentimientos religiosos y una absoluta confianza en su jefe. Consagrado en cuerpo y alma á su partido, no tenia reparo en decir que si el rey se le pusiese á tiro le dispararia una pistola. Cuando los independientes pudieron hacer alarde de su poder procuraron sacar el ejército de manos de los presbiterianos, y para ello predicaron contra los males de la guerra, contra la perfidia de los parlamentos egoistas y contra los generales que procuraban eternizar la lucha, mientras que la desolacion y la miseria se iban derramando por la nacion entera. Cromwell en un discurso teológico político y lleno de incoherencias, pidió que los jefes del ejército encomendasen el mando á otros, y finalmente sostenido por sus partidarios logró que se hiciese en diciembre de 1644 la ley en cuya virtud los miembros de las dos cámaras se declararon escluidos de todas las funciones civiles y militares. Este gran golpe que arrancaba de cuajo todo el poder al parlamento, iba dirigido particularmente contra el conde de Essex, general en jefe del ejército parlamentario. Dióse el mando del que debia organizarse de nuevo al caballero Fairfax, hombre de gran valor, pero muy poco escrupuloso, quien á pesar del último decreto del parlamento quiso que fuese su lugarteniente Cromwell su cuñado, de quien no era mas que instrumento. Dueño Cromwell del ejército, que además del vínculo natural de la disciplina, estaba unido á él por el celo religioso, colocó oficiales independientes, cuya mayor parte eran artesanos, demagogos y fanáticos, á quienes el entusiasmo del jefe hizo invencibles. Contra la opinion y los deseos de la cámara de los pares se ampliaron los poderes dados á Fairfax, y en la comision que el parlamento le conferia no estaba la órden de velar por la seguridad del rey, como se habia repetido en todas las comisiones de aquella naturaleza, y que los comunes no quisieron continuar á despecho de la insistencia de los lores. El ejército realista y el parlamentario despues de varias acciones de poca monta y del sitio y toma de algunas plazas, se encontraron frente á frente en las llanuras de Naseby en 14 de junio de 1645 y el rey fué completamente derrotado. Aun se sostuvo; y confiando ya en conjuraciones, ya en sus amigos, ya en la division de sus contrarios, continuó la lucha hasta que las proezas de los independientes le aconsejaron buscar un asilo entre los escoceses y se trasladó al cuartel general de los mismos. Aunque al principio le trataron con mucha consideracion, esta fué disminuyendo y desapareció completamente cuando Cárlos no quiso aceptar las proposiciones muy exigentes que le remitió el parlamento para que se terminase la guerra. Disgustados con esto los escoceses, y cansados por otra parte de hacer gastos y de sufrir los insultos y las diatribas de los ingleses, convinieron en retirarse á su país dejando en poder de las cámaras la persona del rey si se les satisfacia la fuerte suma que reclamaban como atrasos en el sueldo de la tropa. La cámara reunió aquella cantidad, la entregó á los escoceses, y nombró tres comisionados de la cámara de los lores y tres de la de los comunes para que recibiesen la persona

del rey, quien nada sabia de semejante concierto. Me han vendido y me han comprado, dijo el rey; y no obstante recibió muy bien á los comisionados, y en 9 de febrero de 1647 salió con ellos y escoltado por un regimiento de caballería dirigiéndose al castillo de Holmby. El ejército estaba descontento, porque las cámaras decretaron su licenciamiento, la causa de los independientes estaba muy próxima á su ruina, Londres le era contraria, en el ejército tenia muchos enemigos, y la cámara de los comunes creyó que era mejor tratar con el rey que con los presbiterianos. Decretóse pues por los lores y convinieron en ello los comunes que se rogase á Cárlos que fuese á residir mas cerca de Londres, y se tenia ya la esperanza de que se juntaria con el parlamento cuando el dia 4 de junio llegó la inesperada noticia de que el dia antes un destacamento de 700 hombres lo habia arrebatado de su residencia y que el ejército lo tenia en poder suyo.

En efecto, hallándose el rey jugando á bochas á poca distancia del castillo el dia 2 de junio, los comisionados que le acompañaban observaron entre los asistentes á uno que llevaba el uniforme del regimiento de guardias de Fairfax, y mientras que lo examinaban, cundió el rumor de que se dirigia al mismo punto alguna caballería. Todos se recogieron al castillo; á media noche se presentó la caballería, y á pesar de las precauciones tomadas, la guarnicion fraternizó con los recienvenidos, y el corneta Joyce, que era el mismo á quien habian visto por la tarde, quiso de todos modos hablar al rey, diciendo que era un comisionado del ejército y que habia de conferenciar con Cárlos en nombre de este. No pudiéndose lograr que desistiera, fué indispensable que viese al rey, á quien se presentó con mucho respeto y con quien tuvo un largo diálogo cuya sustancia fué que el ejército queria llevarse al rey para prevenir otra guerra civil, que le conduciria á donde quisiera, sin ánimo de violentar su conciencia ni causarle daño ninguno. Todos los soldados confirmaron lo mismo, y el rey se decidió á seguirlos eligiendo para su morada á Newmarket. En efecto, marcharon, y en el mismo momento salia de allí un comisionado llevando á Cromwell una carta en que Joyce le noticiaba que todo habia salido perfectamente. Cromwell y otros se presentaron al rey, y aunque el general y algunos oficiales le besaron la mano, Cromwell y su yerno Ireton se mantuvieron á cierta distancia. Al presentarse Cromwell en la cámara que tenia noticia de todo inclusa la carta de Joyce, se le echó en cara aquel atentado contra las disposiciones de los comunes: mas él juró una y mil veces que nada sabia. Aunque en la misma sesion se le acusó de que segun sus palabras debia espurgarse la cámara y sacar de ella á los miembros no independientes, Cromwell se arrodilló, lloró, juró, protestó de su adhesion á la cámara y de la falsedad de esta acusacion, y consiguió engañarlos á todos y salir triunfante de estos dos grandes riesgos. El parlamento se puso en pugna con el ejército, compuesto todo él de independientes,



y que en odio de los presbiterianos parecia dispuesto á favor de Cárlos: mas habiendo estallado el desórden en las cámaras y en la ciudad, el ejército se puso en marcha, entró en Londres, no cometió ningun esceso, y parecia no tener otro objeto que tranquilizar á todo el mundo y restablecer la paz y el buen acuerdo. La juventud fué á ofrecerse al general, y la cámara de los lores y la de los comunes dieron las mayores pruebas de abyeccion y de servilismo hácia el ejército cuyo triunfo quedó asegurado.

A consecuencia de esto el movimiento revolucionario desplegó audazmente su vuelo y se manifestaron con osadía los proyectos republicanos comprimidos ó disimulados hasta entonces. A la cabeza de cuantos así pensaban estuvo desde luego Cromwell cuya hipocresía supo convencerlos y hacerlos suyos. No tenian esa gente ideas fijas, querian grandes reformas é innovaciones, sin saber precisamente cuáles; un cambio general, un trastorno absoluto, una mudanza radical en todo y para todos; aunque no sabian dar ni con el nombre, ni con la cosa precisamente determinada. Un hombre capaz de reducir á una idea fija todas estas ideas vagas, y al mismo tiempo de ejecutar lo que hubiere concebido, podia hacerse dueño de aquella muchedumbre, dominarla, sobreponerse á ella y hacerla servir de peana para escalar una presidencia, un trono, lo que quisiera, y con el nombre que se le antojara. Ese hombre era Cromwell. Pero entonces el ejército comenzaba á sospechar de él porque entreveia sus ambiciosos proyectos, y ya en las reuniones de los agitadores se hablaba de si la monarquía era ó no una cosa necesaria. Cárlos tuvo noticia de que su vida ó su libertad al menos podia correr riesgo, y ausiliado por Cromwell se escapó para trasladarse á la isla de Wight cuyo gobernador era Hammond, adicto á Cromwell, quien al saber que el rey estaba ya en la isla dijo: ahora que tengo el rey en la mano tengo el parlamento en el bolsillo.

Con un golpe de audacia él y Fairfax se presentaron al ejército violentamente agitado y lograron sujetarlo á la voluntad y á las órdenes de sus jefes. Las cosas sin embargo no estaban tan seguras como él hubiera deseado, mas á fuerza de intrigas, de sermones, de súplicas y de amenazas, empleando estos medios segun la oportunidad, pudo finalmente contar con el ejército para todo. Viendo entonces que con el rey no era posible ir á parar á la libertad de conciencia, pensó llegar á ella con el ejército, esto es por medio de la república. Echando mano de la energía y de la audacia que produce la union en medio de los adversarios divididos, hizo que el parlamento á la fuerza votara la ley que prohibia toda comunicacion con el rey, lo cual venia á ser lo mismo que deponerlo.

Esta medida produjo de pronto un malísimo efecto para la causa de los independientes, pues el pueblo que no queria llevar las cosas tan allá, que estaba deseoso de la paz y que veia que al fin la revolucion redundaba en provecho de sus fautores, comenzó á murmurar; la compasion que el rey inspiraba le hizo

muchos amigos, y la flota se declaró á favor suyo, lo mismo que los escoceses, que con un tardío arrepentimiento quisieron expiar el delito de haberlo entregado en cambio del dinero recibido. En tales circunstancias y viendo Cromwell que rodeado de tantos enemigos era muy difícil sostenerse, huyó de Londres, dejando que allí disputaran independientes y presbiterianos, y marchó á la cabeza del ejército contra los escoceses. Pensó que si lograba batirlos alcanzaria no solo la gloria sino un dominio absoluto sobre el ejército, y partiendo del principio de que toda su esperanza debia fundarse en este, trataba sobre todo de hacérselo suyo para emplearlo luego en la realizacion de sus proyectos. Derrotó á los realistas, y con aquella actividad que le habia salvado tantas veces penetró en Escocia, alejó del gobierno á todos los moderados, se hizo temible á sus adversarios, y desde entonces pudo contar con el ejército, que estaba dispuesto á secundarlo como general querido y como jefe político del partido á que el ejército pertenecia. Sus victorias sufocaron todos los bandos para dejar el solo poder de las armas, que habia alcanzado el triunfo, y cuyas glorias ruidosas y deslumbradoras sepultaron en el olvido y en el desprecio á las fracciones que no participaban de ellas. Predicóse audazmente la nueva doctrina de la soberanía del pueblo, que confia la autoridad á quien quiere, y puede retirarla cuando le place; y ese pueblo que poco antes era realista, que se habia cansado de la autoridad del parlamento, que trataba á los diputados de déspotas y de enemigos del rey, viendo ahora que se le calificaba al mismo de soberano, que en su nombre iba á ejercerse la autoridad y creyendo que podria cambiar de señor cuando quisiere, sintió satisfecho su amor propio y halagado su orgullo, y se convirtió en republicano.

El parlamento entretanto, con la esperanza de que aun podria entenderse con el rey y desbaratar los planes de los republicanos, envió á Cárlos nuevas proposiciones que casi todas fueron admitidas; mas como por órden de Fairfax el gobernador de la isla hubo de marchar al ejército porque tenia demasiadas consideraciones á Cárlos, y la custodia de este fué confiada al coronel Ewers, ni Cárlos ni los comisionados del parlamento dejaron de comprender el fatal camino en que se hallaban las cosas, y los peligros que el rey corria. La cámara estaba dividida en dos bandos: el uno deseaba que las proposiciones admitidas por el rey se declarasen suficientes para servir de base al arreglo definitivo entre él y su pueblo; el otro procuraba alargar la discusion para dar tiempo á que llegase á Londres el ejército, cuya presencia esperaban que amedrentaria á sus adversarios. Estos no obstante se sostuvieron aunque el ejército entró y se iba acuartelando cerca del palacio de los comunes, de modo que el partido mas templado manifestaba un valor que asombró á su adversario. Mas un suceso inesperado vino á ocasionar nuevos disturbios. En la noche del 29 de noviembre algunos oficiales penetraron en la habitacion del rey y en lenguaje poco atento le indicaron que habia de salir y ser llevado al castillo de Hurst, mansion

triste, sombría y por todos términos mala. Al llegar la noticia á la cámara creyó de su deber votar que el rapto del rey se habia hecho sin su consentimiento, porque la cámara era incapaz de faltar á la palabra dada de que respetaria su libertad mientras estuviese en Newport. Despues de este acto honroso continuó la discusion, y al fin se votó que las proposiciones del rey eran á propósito para servir de base á la paz. Esta votacion era una derrota para los independientes, pero derrota grande y que daba al través con su poder y con sus planes.

A la mañana siguiente la tropa rodeó el palacio de la cámara é impidió la entrada á cuarenta y un diputados á quienes creia contrarios á sus proyectos. Al dia siguiente el ejército escluyó otros cuarenta diputados, y ni el general ni el consejo de oficiales quiso recibirlos, ni contestar al mensaje de la cámara que reclamaba á los escluidos, y que vencida finalmente acordó tomar en consideracion las proposiciones del ejército. Otros diputados fueron todavía escluidos, otros desertaron y finalmente la victoria era del ejército. Entonces los predicadores encendieron mas y mas á la muchedumbre, y á los generales, diciendo ante los restos de las dos cámaras que debia abolirse la monarquía. En medio de estas pláticas Cromwell tuvo la audacia de presentarse en la cámara y de decir que nada sabia de cuanto acababa de ejecutarse, mas que estando ya hecho lo aplaudia y era menester sostenerlo. La cámara le felicitó por sus triunfos en Escocia, y Cromwell tuvo la audacia de ir á ocupar en el palacio real las mismas habitaciones de Cárlos. Desde luego se revocó todo lo hecho á favor de la paz, se presentaron peticiones para que se juzgase al rey, y al momento se reunió tropa á fin de que lo trasladasen desde el castillo de Hurst á Windsor.

En la noche del 17 de diciembre oyó Cárlos el ruido del puente levadizo que se bajaba y pisadas de caballos en el patio del castillo. Al dia siguiente fué sacado de allí, y escoltado por un fuerte destacamento cuyos soldados iban siempre cerca de su persona y con la pistola en la mano, lo trasladaron á Windsor, en donde se prometia estar mucho mejor que en el castillo que habia dejado. Y precisamente en la misma hora en que llegaba á su nueva prision las cámaras votaban que se le haria comparecer en justicia y nombraban una comision para que preparase los cargos que debian dirigírsele.

Cada partido suponia entonces, cual ha sucedido siempre, que era el único sostenedor de la verdad. Decidirse á favor de uno era enajenarse el otro, y proclamar la libertad religiosa era ofenderlos á todos. Apenas Cárlos se sentó en el trono que su antecesor le habia dejado ya muy mal seguro, lo probó todo para darle la firmeza que le faltaba. Desde luego quiso ocupar la energía nacional en guerras estranjeras y tuvo la desgracia de quedar desairado en ellas: dirigióse entonces á procurar la economía y la paz, mas el silencio á que condenó al parlamento fué causa de que este adquiriese una popularidad que de otro modo no habria alcanzado; y por fin la revolucion de los escoceses y el ardor de los pres-

biterianos hicieron la tranquilidad imposible, y fué preciso rechazar con las armas las pretensiones de una reforma universal. Espantado Cárlos cometió nuevas debilidades y abandonó siete de sus amigos que fueron conducidos al cadalso, despues de lo cual el parlamento declaró que el rey habia hecho bastantes concesiones para pensar en la paz; pero entonces Cromwell, que no era hombre para detenerse en mitad del camino, hizo coger al rey y marchó sobre Londres al frente del ejército compuesto de sus partidarios. Cincuenta y dos presbiterianos del parlamento fueron presos, otros desertaron, otros fueron escluidos aunque no privados de su libertad, y los independientes que se quedaron solos, vieron el momento de alcanzar un triunfo completo y acordaron sujetar al rey á un juicio. Aunque los lores rechazaron este decreto, los comunes sostuvieron que ellos eran los únicos que representaban el pueblo inglés, y que por lo mismo estaban revestidos de la autoridad suprema, y que todas sus deliberaciones tenian fuerza de ley, sin necesitar para nada ni el consentimiento del rey ni el de los pares.

A pesar de ser pocos los individuos de la cámara alzáronse muchas voces contra la formacion de causa al rey, pues algunos pedian que no se hiciese sino deponerlo, segun se habia verificado con algunos de sus antecesores; otros sin atreverse á manifestarlo hubieran deseado que clandestinamente se deshicieran de su persona para de esté modo conseguir el mismo objeto sin tener la responsabilidad de su muerte; pero los mas osados, los republicanos puros, los que llevaban intenciones egoistas, querian un procedimiento público y solemne, que acreditara su fuerza y proclamara su derecho. Fairfax se declaró abiertamente contra semejante atentado, al paso que Cromwell, que era quien mas ardientemente deseaba que ese juicio se verificara, hablaba de ello con la hipocresía que era en él una costumbre inveterada. Despues que muchos diputados manifestaron su parecer, ya favorable ya contrario, él tomó la palabra y dijo: Si alguno de los miembros de la cámara hiciese esta proposicion premeditadamente, lo consideraria como el mas insigne traidor de todo el universo; mas supuesto que la Providencia y la necesidad traida sin duda por ella misma han hecho que la cámara haya de deliberar acerca de este asunto, ruego á Dios que le envie su luz para que resuelva lo mas justo y conveniente, si bien por mi parte no estoy dispuesto á manifestar desde luego mi dictámen. Hace muy poco rato en que yo me disponia á pedir que el rey fuese puesto en libertad, y cuando iba á esponer esta opinion mia noté que la lengua se me quedaba pegada al paladar, lo cual me dió á conocer la voluntad de Dios que lo ha repudiado.

A fin de no sujetar al rey á un juicio sin una ley en cuyo nombre pudiera ser condenado, se sentó como principio que habia traicion por su parte en hacer la guerra al parlamento; y á propuesta del diputado Scott se adoptó al punto una ordenanza erigiendo para juzgarle un tribunal supremo que debian componer

ciento cincuenta individuos, seis pares, diez caballeros, seis concejales de Londres, todos ellos hombres influyentes, del partido del ejército, de los comunes y de la ciudad. Al trasladarse la ordenanza á la cámara de los lores, se manifestó oposicion contra ella, de suerte que lord Manchester dijo que no hay parlamento sin el rey, y que en consecuencia el rey no puede ser traidor con respecto al parlamento. Lord Derbigli dijo que antes se dejaria hacer pedazos que consentir en que su nombre fuese continuado en la ordenanza, porque esta para él era una infamia inaudita. Lord Pembroke dijo que no gustaba de intervenir en asuntos de vida ó muerte, y que por tanto ni hablaria contra la ordenanza ni consentiria en ella. Al saber la cámara esta oposicion de los lores, declaró que para nada necesitaba su consentimiento, pues los comunes representaban el pueblo inglés y que en tal concepto tenian el poder soberano. Así pues se votó una nueva ordenanza disponiendo que el supremo tribunal de justicia instalado en nombre de los comunes solos y reducidos á ciento treinta y cinco miembros, se juntase al momento, como en realidad lo hizo. En los dias 8, 10, 12, 13, 15, 17, 18 y 19 de enero se reunió en sesion secreta á fin de preparar los cargos, pero desde luego se vió la division entre los individuos que nunca llegaron á ser mas de cincuenta. Fairfax fué á la primera sesion y no pareció en adelante, y otros acudieron únicamente con el objeto de manifestar su oposicion. Habiendo algunos indicado temores de que alguna insurreccion salvara al rey y derrocara el nuevo gobierno, Cromwell contestó que nadie se moveria, y que le cortarian al rey la cabeza con corona y todo. El tribunal quedó reducido á pocos miembros; mas por desgracia de Cárlos eran precisamente los que habian jurado perderlo, y á quienes la retirada de los opositores dió mayor seguridad de que lograrian su objeto. Tomáronse todas las precauciones imaginables para que el pueblo no pudiese acercarse al tribunal, ni aun á los soldados á quienes se encomendaba su custodia. Despues de muchas dudas, vacilaciones y pareceres, se determinó que el rey se presentase ante el tribunal el dia 20 de enero, y tres dias antes, cual si ya se le hubiese condenado, se nombró una comision para que fuese á los palacios y castillos reales á tomar inventario de cuanto allí existia y que desde entonces pasaba á ser propiedad del parlamento.

El rey estaba bastante tranquilo en Windsor, cuando esperimentó un cambio grandísimo en la manera de ser tratado. Hasta entonces se le guardaron todas las consideraciones imaginables, y era observada la etiqueta de la corte, y ahora repentinamente cesó todo eso y era servido por soldados que no usaban con él de ninguna ceremonia. Incomodado por ello, determinó comer en su cuarto, eligiendo dos ó tres platos de la lista que le presentaban. Al cabo de pocos dias de este cambio el gobernador de Windsor le notició que en breve seria trasladado á Londres, nueva que le causó una inquietud muy marcada, tanto mas cuando todavía alimentaba esperanzas y aguardaba refuerzos de varios reyes para recobrar sus derechos.

El dia 19 de enero llegó al palacio de Windsor un destacamento de caballería mandado por Harrison, con órden de llevar á Londres al rey á quien aguardaba en el patio un coche tirado por seis caballos. Entró Cárlos en él, y al cabo de pocas horas estaba en Londres en el palacio de San James, rodeado de guardas, con dos centinelas de vista y sin otro servidor que el fiel Herbert que dormia al lado de su cama.

Cárlos aunque muy afligido al ver todo esto y que ya no se le guardaba ninguna de las consideraciones inherentes á su rango, nunca creyó que llegasen al estremo de sujetarlo á un juicio, pensando que lo único de que trataban era de espantarlo á fin de reducirlo á condiciones mas gravosas. Esperaba además que en el caso poco probable de que tuviesen la audacia de formarle causa, la Escocia se sublevaria é intervendrian todos los reyes; pero los escoceses se limitaron á protestar, el rey de Dinamarca, primo de Cárlos, se mantuvo en silencio, la España estaba en amigables relaciones con el parlamento, la Francia dió algunos pasos sin insistir mas, y los Estados generales enviaron una embajada que no produjo el menor efecto.

El dia 20 apenas se habia reunido el tribunal en sesion secreta á fin de arreglar los últimos pormenores, se dió aviso de que muy luego entrarian al rey. Cromwell salió á la ventana para ver la silla de manos puesta entre filas y en la cual iba el rey, y volvió á entrar pálido aunque muy animado, é instó para que pensasen lo que habian de contestar al rey, quien en su concepto al momento preguntaria en nombre de quién y con qué autoridad iban á juzgarle. Convinieron los jueces en que si hacia esta pregunta se le contestase que le juzgaban en nombre de los Comunes reunidos en parlamento y de todo el buen pueblo de Inglaterra. En el acto tomaron asiento los jueces presididos por lord Bradshaw, abrióse la sala, precipitóse el público en ella, y restablecido el silencio, se leyó el acta de los Comunes que habia erigido aquel tribunal, se pasó lista de sus individuos de los cuales estaban allí presentes setenta, y el presidente mandó al ujier que hiciese entrar al preso. Presentóse el rey escoltado por un coronel y treinta y dos oficiales; adelantóse hácia el asiento que le estaba preparado, se colocó en él sin descubrirse la cabeza y lanzando al tribunal una mirada severa. En el momento se levantó, miró la guardia puesta á su izquierda, pasó la vista por la muchedumbre que ocupaba la derecha, miró otra vez á los jueces y volvió á sentarse en medio de un silencio sepulcral. El presidente se levantó y dijo: « Cárlos Stuart, rey de Inglaterra, los Comunes de Inglaterra, reunidos en parlamento y profundamente afectados por los males que se han hecho caer sobre la nacion entera, y de los cuales sois considerado el principal causante, han determinado averiguar y castigar debidamente este crímen, y con tal objeto han erigido este supremo tribunal de justicia ante el cual acabais de comparecer, y en donde vais á oir los cargos que

se os hacen.» Entonces se levantó el fiscal Coke para tomar la palabra, mas el rey tocándole la espalda con el baston le dijo: Silencio. El puño del baston se cayó, el rey se alteró de un modo muy visible, recogió el puño, lo colocó en el baston y volvió á sentarse, de suerte que sin duda cambió de parecer, porque de otro modo despues de haber dado la voz de silencio naturalmente habria dicho alguna cosa. Viendo que callaba, el fiscal leyó la acusacion en la cual se imputaban al rey todos los males hijos al principio de la tiranía y despues de la guerra promovida por el mismo, y por conclusion pedia que se le juzgara como tirano, traidor y homicida.

Durante la lectura, el rey que habia recobrado la serenidad dirigió sus miradas ya á los jueces, ya al público, levantóse otra vez, volvióse de espaldas para mirar lo que pasaba detrás de él y se sentó de nuevo con una apariencia indiferente y curiosa que tenia pasmados á los jueces. Cuando se oyó calificar de tirano, traidor y homicida, se echó á reir sin pronunciar no obstante una palabra.

Concluida la lectura, el presidente le manifestó que el tribunal esperaba la respuesta, con lo cual se entabló entre Cárlos y el presidente un diálogo, en el que este desempeñó un papel muy desairado por la inoportunidad de sus palabras, pues entre otras cosas dijo que el pueblo inglés le habia elegido rey, á lo cual Cárlos contestó que habia mas de mil años que la monarquía era hereditaria. Echó en cara á los Comunes que mientras estaban tratando le habian dado palabra de honor de que respetarian su libertad, y no obstante habian quebrantado esa promesa, privándole de la libertad, arrebatándole hasta Londres, y sujetándole ahora al parlamento, cuando sin rey no hay parlamento, y cuando allí no veia á los pares, sin los cuales tampoco estaba bien representado el pueblo de Inglaterra. El presidente no hallando medios hábiles para salir del conflicto en que le ponian los raciocinios de Cárlos, le dijo que el tribunal le habia oido, y que se dispondria lo que mandase, debiendo reunirse el lunes inmediato; y en seguida dió órden para que se llevaran el preso.

El rey salió con la misma escolta que lo habia traido, y como al levantarse vió encima de la mesa la maza y la espada, tocó esta con el baston y dijo: no le tengo miedo, no. Al bajar la escalera se oyeron algunas voces de justicia, justicia; pero eran muchos mas los que gritaban: Dios salve al rey, Dios salve á V. M.

Al dia siguiente el tribunal conminó con la pena de cárcel al que rompiese el silencio, y sin embargo al presentarse el rey se oyeron vivas aclamaciones. La discusion, que versó sobre el mismo punto que el dia anterior, fué igualmente acalorada por ambas partes, hasta que el presidente en tono agrio dijo al rey, que ni él, ni nadie podia poner en duda la jurisdiccion del tribunal, que estaba constituido por la autoridad de los Comunes de Inglaterra, ante los cuales todos

los reyes habian sido siempre responsables. El rey lo negó con valor, y el presidente, perdidas la gravedad, la madurez y la consideracion que aquel cargo le imponia, dijo al rey que no estaba allí para cuestionar con el preso y que éste lo que debia hacer era decir si era culpable ó si no lo era. El presidente se acaloró mas; y viendo que Cárlos insistia en que el tribunal no era legítimo, mandó que se llevasen el preso.

El rey entonces volviéndose de repente hácia el pueblo le dijo: acordaos de que el rey de Inglaterra es condenado sin que le dejen esponer las razones que tiene en favor de la libertad del pueblo. Dios salve al rey, gritó nuevamente la muchedumbre.

Al presentarse el rey en el dia 23, se reprodujeron las mismas escenas y cada vez se mostraban mas á las claras la simpatía y el entusiasmo popular á favor suyo, y cuando la tropa gritaba justicia y ejecucion, el pueblo contestaba con mas calor: Dios salve al rey. En ese mismo dia 23 cuando el rey salia un soldado le dijo: Que Dios bendiga á V. M.; y como un oficial diera un bastonazo al soldado, el rey le dijo: Me parece, caballero oficial, que el soldado no merecia semejante castigo.

Llovian representaciones, la fermentacion crecia, hablábase de embajadas de reinos estranjeros; cosas todas que no hacian temer á los independientes, pero que les suscitaban embarazos, y los convencian mas y mas de que era indispensable evitar los retardos, antes que todas esas contrariedades tomasen cuerpo, y pudiesen finalmente presentar una resistencia temible. En este concepto determinaron no llamar mas al rey para evitar los debates, seguir el tribunal el proceso, y únicamente mandar comparecer á Cárlos para leerle la sentencia cuando estuviese estendida. Los dias 24 y 25 se pasaron recibiendo declaracion á treinta ó cuarenta testigos, y el dia 25 al terminarse la sesion se acordó casi sin discutirla la condena del rey como tirano, traidor, homicida y enemigo del país. En aquel dia no asistieron al tribunal mas que cuarenta y seis miembros, y el dia 26 ante sesenta y dos y en sesion secreta se discutió y aprobó la sentencia que habia redactado una comision nombrada en el dia anterior.

El 27 despues de dos horas de deliberar á puerta cerrada, se abrió la sesion pasando lista de los jueces, y cuando se pronunció el nombre de Fairfax, una mujer contestó desde la galería: tiene demasiado talento para estar aquí. Estas palabras sorprendieron mucho, pero se pasó adelante en la lista y se encontraron sesenta y siete individuos presentes. Cuando el rey entró en la sala se oyó un grito general de *ejecucion*: los oficiales gritaban, gritaban los soldados, pero la multitud callaba consternada. El rey antes de sentarse pidió hablar una palabra; el presidente dijo que hablaria cuando le llegase la hora, pero que antes habia de oir. Cárlos insistió, insistió el presidente y finalmente el rey calló y pareció mas tranquilo cuando el lord dijo que podria hablar antes de

pronunciarse la sentencia. El presidente entonces dijo: « Caballeros: todos sabeis que el preso que tenemos delante ha comparecido otras veces ante el tribunal para responder al cargo de traidor y de otros crímenes de que se le acusa en nombre del pueblo de Inglaterra.—Ni siquiera la mitad del pueblo, gritó la misma voz que habia respondido al nombrarse á Fairfax. ¿En dónde está el pueblo? ¿Cómo consta su consentimiento? Oliverio Cromwell es un traidor.» A tales voces toda la asamblea se estremeció, todos los ojos se dirigieron hácia la galería: Abajo las prostitutas, gritó Axtell; soldados, disparadles. Entonces fué reconocida la esposa de Fairfax.

El alboroto se hizo general, los soldados, que los habia en todos los puntos y muchos en número, á duras penas podian contener al público: mas al fin se restableció la calma, el presidente recordó cuán obstinado se manifestó el rey en negar los cargos que se le habian dirigido, y declaró que el tribunal aunque estaba unánime con respecto á la sentencia, consentia antes de pronunciarla en oir los descargos del acusado, con tal que reconociese la jurisdiccion del tribunal que le juzgaba. Pido, dijo el rey, que me oigan privadamente los lores y los Comunes acerca de una proposicion que importa mucho mas á la paz del reino y á la libertad de sus súbditos que á mi conservacion propia.

Estas palabras del rey causaron una agitacion muy grande, porque todos los presentes discurrian acerca de que podria ser lo que iba el rey á proponerles. El partido comenzaba á temer y el presidente sostuvo que aquello no era mas que un medio para burlar al tribunal. Cárlos insistia, y mientras tanto los brutales soldados le iban estrechando, le insultaban, le arrojaban á la cara el humo de las pipas, y el coronel Axtell se burlaba y reia á carcajadas. El rey gritaba para que á lo menos se restableciese el silencio, pero le contestaban justicia, justicia; y al fin turbado, y como fuera de sí, gritó con voz firme y resuelta: oid, oid. Reprodújose la gritería, los individuos del tribunal esperimentaron una sensacion nueva, el coronel Downs se removia en su asiento, el coronel Warton procuraba contenerlo, mas Downs declaró que no callaria aunque debiese costarle la vida, y que sus corazones no eran de piedra. En efecto, prescindiendo de cuanto decian sus compañeros, de las amenazas que le dirigieron de que los perdia y se perdia á sí mismo, se levantó y dijo, hablando al presidente, que su conciencia no le permitia negarse á la peticion de Cárlos, y que en consecuencia pedia que el tribunal se retirase para deliberar acerca de lo que el rey proponia. El presidente contestó que puesto que un individuo del tribunal lo solicitaba, el tribunal debia retirarse; y al momento todos pasaron á una sala inmediata.

Entrados en ella, Cromwell, reconvino con mucha acrimonia al coronel que se defendió, y tuvo algunos individuos que le apoyaron; pero Cromwell no sabia oir con calma tales discursos, y mostrando una impaciencia brutal y

removiéndose á todos lados acabó por interrumpir á los que defendian la propuesta de Cárlos y dijo: Es indudable que Cárlos es el hombre mas terco é inflexible del mundo, y si el coronel obra de este modo, es porque quisiera salvar á su antiguo amo; pero yo no lo permitiré. Acabemos de una vez, volvamos al tribunal y concluyamos nuestro deber. La discusion quedó sofocada por los gritos de los partidarios de Cromwell, y á la media hora el tribunal ocupaba otra vez su puesto, y el presidente declaró al rey que el tribunal no podia admitir su proposicion.

Cárlos insistió con poco empeño, y todo su aspecto indicaba que su ánimo se habia conturbado: no obstante á una pregunta del presidente contestó con serenidad que nada tenia que añadir. En seguida habló largo rato el presidente haciendo la apología de todos los actos del parlamento; y en contraposicion espuso con lenguaje duro todos los yerros y los actos tiránicos del rey cuya turbacion iba creciendo sensiblemente. Aunque quiso decir algo cuando el presidente hubo terminado, no se le permitió, y el escribano leyó la sentencia, en la cual se imponia á Cárlos la pena de muerte.

Terminada la lectura el rey quiso hablar otra vez, insistió mucho en ello, dijo palabras sueltas y hasta incoherentes, mas nunca pudo recabar que le oyeran, y al fin levantando su voz profirió estas palabras: discurrid, ingleses, que justicia podeis esperar de este tribunal cuando á mí me la niega.

Sin dejarle casi terminar la frase los soldados le rodearon completamente y arrancándolo del asiento y usando siempre de la mas salvaje violencia lo llevaron hasta el sitio en que lo aguardaba la silla de manos. Aquella soldadesca desenfrenada y brutal le dirigió los mas groseros insultos, le arrojaban á la cara el humo de las pipas, gritábanle al oido *ejecucion*, *ejecucion*, y el ruido y la gritería, y los ultrajes de esos miserables resonaban por encima de las aclamaciones del público que decia: Dios salve á V. M. y le saque de manos de sus enemigos. La silla y la escolta marcharon hácia Whitehall, en cuyo camino habia un cordon de soldados, que repetian los gritos, justicia y ejecucion; pero Cárlos habia recobrado su serenidad completa, y al salir de la silla esclamó: miserables! por un chelin gritarian lo mismo contra los que les hacen gritar contra mí.

El parlamento y los independientes se acreditaron entonces de ser gente soez y salvaje, porque léjos de impedir tales ultrajes, de que nunca han dejado de verse libres en semejante lance los ladrones y los asesinos, atizaban todavía á los soldados, harto dispuestos á insultar á un hombre que iba preso y que estaba ya condenado á muerte. Tan cierto es que las pasiones políticas convierten á los hombres en animales feroces, en quienes ni aun puede buscarse aquel instinto que dispierta la compasion hácia un semejante desventurado. Los miembros del tribunal aplaudian esos ultrajes y algunos de ellos hasta los prodigaron,

sin advertir la degradacion á que descendian y lo miserables que eran y cobardes.

Cuando el rey estuvo otra vez en Whitehall dijo á Herbert que sin duda algunos lores adictos á su persona querrian verle, pero que siendo breve el tiempo que le quedaba y deseando emplearle para procurar la salvacion de su alma, le encargaba que les diese las gracias en su nombre, y les rogara que le perdonasen porque no los recibia, pues tan solo deseaba despedirse de sus hijos. A su ruego se permitió que fuesen á verle sus dos hijos menores, la princesa Isabel y el duque de Glocester, y el obispo de Londres. El dia 28 el rey fué llevado á San James y allí se le presentó el obispo cuyas lágrimas enjugó Cárlos, pidiéndole que no hablaran sino del negocio de su alma, y de ningun modo de aquellos miserables que lo tenian en su poder y estaban sedientos de su sangre. Pasó el dia entero con el obispo sin ocuparse sino de su conciencia y de su alma que queria llevar bien preparadas al tribunal de Dios.

El dia 29 le condujeron sus dos hijos que tenian, la princesa unos doce años y el duque ocho. Ambos lloraron, y su padre se los sentó en los muslos, consoló á su hija, le dió consejos, encargóle que dijera á sus hermanos que habia perdonado á sus enemigos, y á su madre que la amaria hasta el último suspiro. Volviéndose luego á su hijo le dirigió las siguientes palabras: Tierno amor mio, van á cortar la cabeza á tu padre. El niño lo miraba fijamente y en su rostro se leia la turbacion y la especie de duda, incertidumbre ó falta de comprension para entender bien claramente lo que todo aquello significaba. Cárlos continuó: «Atiende bien lo que voy á decirte, hijo mio. Dentro de uno ó dos dias me cortarán la cabeza y tal vez querrán hacerte rey; pero oye bien, hijo mio, oye bien y no olvides nunca mis palabras. Tú no puedes ser rey mientras vivan tus hermanos Cárlos y Jacobo, porque ellos deben serlo antes que tú. Si los cogieran tambien les cortarian la cabeza y despues te la cortarian á tí, hijo mio: así pues te mando que nunca te dejes hacer rey por esos hombres que hacen cortar la cabeza de tu padre.—Antes me dejaré hacer pedazos,» contestó el niño conmovido y sin saber lo que le pasaba. El rey lo abrazó con la mayor ternura, lo puso en tierra, abrazó á su hija, bendijo á los dos, pidió á Dios que los bendijera, y alzándose de repente dijo al obispo que se los llevaran. Los niños lloraban, el padre en pié y apoyando la cabeza en la arista de una ventana procuraba ocultar las lágrimas; mas cuando los niños iban á salir, el padre se separó violentamente de la ventana, volvió á cogerlos, los bendijo otra vez, y arrancándose á sus caricias, se hincó de rodillas y se puso á orar, acompañado del obispo y de Herbert, únicos testigos de aquella escena desgarradora.

Bien distinta era la que en la misma mañana se representaba en el parlamento. Aquella hubiera conmovido á esos mismos hombres que hacian alarde de su ferocidad; esta hubiera escitado la cólera, la compasion y el desprecio de

cualquiera, aun quizás de los mismos que deseaban la muerte de Cárlos. Congregado el tribunal fijó la ejecucion para el 30 á medio dia. Cuando se trató de firmar la órden fatal los jueces no parecian; dos ó tres de los mas furibundos detenian en la puerta de la sala á los compañeros que iban á la Cámara y los apremiaban para que firmaran, pues entre los mismos que votaron la condena, unos se escondieron y otros se negaron resueltamente á suscribir la sentencia y la órden para ejecutarla. Cromwell, único que estaba alegre y bullicioso, se chanceaba con todos usando aquellas bufonadas chocarreras que le eran tan comunes, firmó el tercero y tiznó con tinta el rostro de Enrique Martyn que á su vez le ensució el suyo. Habiendo entrado casualmente el coronel Ingoldsby, que nunca quiso tomar asiento en el tribunal aunque era uno de los jueces, Cromwell lo cogió diciendo que esta vez no se escaparia, y en medio de risotadas y bulla, ayudado por algunos compañeros, le metió la pluma entre los dedos y llevándole la mano le hizo poner su nombre. A duras penas y por medios parecidos á los ya dichos se reunieron cincuenta y nueve firmas, algunas de ellas tan borroneadas que casi era imposible leerlas.

Vino finalmente el dia 30, y muy de mañana y en un cuarto de Whitehall estaban reunidos Ireton, Harrison, Cromwell, Hacker, Hunks, y Axtell, para redactar la órden que debia darse al ejecutor.

Cromwell quiso que el coronel Hunks la escribiese y firmase, pero no obstante el empeño de Cromwell y de Axtell no pudieron conseguir que lo verificase; Cromwell incomodado la escribió y la presentó al coronel Hacker que no tuvo inconveniente en firmarla.

Entonces mismo se levantaba Cárlos despues de cuatro horas de un sueño profundo. Notando que Herbert lo peinaba con menos esmero de lo que tenia de costumbre, le dijo que mirase bien lo que hacia, pues su ánimo era presentarse bien vestido y peinado como un novio. Al vestirse pidió dos camisas diciendo que el tiempo estaba muy frio y que era posible que temblase, y como esto se atribuiria á miedo, queria por todos términos evitar suposicion semejante.

A las diez de la mañana estaba orando con el obispo cuando llamaron muy suavemente á la puerta. Al cabo de un ratito dieron otro golpe algo mas recio. Herbert que habia oido el primero se quedó petrificado, mas el rey con mucha serenidad le dijo que viese quién llamaba, y sabiendo que era el coronel Hacker, el rey mandó que entrase. «Señor, dijo el coronel en voz baja y temblando, ha llegado el momento de ir á Whitehall, en donde V. M. podrá descansar una hora.—Al punto, dijo Cárlos, dejadme.» El rey se recogió un instante, y tomando por la mano al obispo le dijo: Venid, partamos. Herbert, añadió, abrid la puerta, pues el coronel llama. El rey llevaba á la derecha al obispo y á la izquierda al coronel, y habiendo observado que el coronel Tomlinson que marchaba al frente de la escolta y con la cabeza descubierta le guardaba muchos

miramientos, le rogó que no le dejase hasta el último momento, y durante el camino le habló de su entierro y de las personas que deseaba que cuidasen de este encargo. Su apostura era noble y serena, sus ojos brillaban como en los dias de su mas robusta juventud, y su paso era tan firme y veloz que la tropa tenia que precipitar el suyo para seguirle. Al llegar á Whitehall, se quedó solo con el obispo, y como algunos ministros independientes quisiesen entrar para ofrecerle sus servicios, Cárlos encargó al obispo que en su nombre les diese las gracias y les añadiera que despues de haber orado tantas veces contra él, no podian orar en su compañía en aquellos últimos momentos.

Solo ya con el obispo recibió la comunion, y levantándose sereno dijo: Vengan esos miserables, les he perdonado con toda mi alma y estoy dispuesto para todo lo que pueda acontecerme. No queria comer cosa alguna, mas el obispo se lo rogó haciéndole presente que estaba en ayunas, que hacia mucho frio y que podria desmayarse por la falta de alimento. Es cierto, dijo el rey, y tomó un bocado de pan y un poco de vino.

A la una de la tarde el coronel Hacker llamó á la puerta y en el acto el obispo y Herbert cayeron de rodillas. El rey dió la mano al obispo para que se levantara y mandó á Herbert que abriese al coronel, que otra vez llamaba, y á quien dijo: Id, ya os sigo. Metióse entre filas de los soldados, por esta vez silenciosos, y marchó sereno hácia el cadalso en cuyos dos lados se veian dos hombres vestidos de marineros y con careta que tenian una segur muy cerca de ellos. El rey iba con la cabeza erguida, miraba hácia todos lados buscando al pueblo para hablarle; pero en la plaza no habia mas que soldados que impedian acercarse á cuantos lo intentaban. Entonces Cárlos dirigiéndose al obispo y á Tomlinson les dijo que puesto que solo ellos podian oirle, á ellos diria lo que pensaba haber dicho al pueblo. Les dirigió entonces un discurso que sin duda ninguna habia preparado y cuyo objeto era manifestar que el desprecio de los derechos del rey era la causa de las desgracias del pueblo, que el pueblo no debia mezclarse en el gobierno y que mientras lo hiciera no tendria paz ni libertad. Habiendo notado que alguno tocaba la segur, se volvió agitado y dijo: Cuidado con la segur, que si la echais á perder me hará daño.

En todo el tiempo que pasó durante la escena referida, reinó en la plaza un absoluto silencio: la consternacion, la espantosa solemnidad de aquel acto y aquella especie de asombro que causaba ver en un cadalso al que acababa de dejar un trono, tenian á los espectadores sobrecogidos y en un estupor que no habian esperimentado nunca. Los ojos de todos estaban clavados en el rey, cuyos movimientos seguian y cuyas palabras les parecia oir desde todos los puntos de la plaza. Finalmente Cárlos se puso un gorro de seda y preguntó al verdugo si los cabellos podian ser un estorbo. El verdugo inclinándose con respeto contestó: Ruego á V. M. que se los acomode debajo del gorro. Hízolo el

rey ayudado por el obispo, y mientras tanto decia: «Tengo á mi favor una buena causa y un Dios clemente.—Sí señor, le contestó el obispo, no hay que dar sino un paso, pensad que ese paso es un trecho inmenso, pues con él vais de la tierra al cielo.—Paso de una corona corruptible á otra incorruptible, dijo el rey, y allí arriba no hay angustia ninguna, ninguna especie de angustia.» Volviéndose al ejecutor le preguntó si tenia bien arreglados los cabellos. Quitóse la capa y la cruz de San Jorge y se la entregó al obispo diciéndole: Acordaos de mí. Entregó luego la capa y mirando el tajo dijo al ejecutor: «Haced que esté bien firme.—Lo está mucho, señor,» contestó el verdugo. El rey le dijo entonces: Dirigiré al cielo una breve oracion, y cuando estienda las dos manos, descargad el golpe. Recogióse en sí mismo, alzó los ojos al cielo, arrodillóse, colocó la cabeza en el tajo, y á los pocos momentos estendió las manos y la cabeza cayó al primer golpe. El verdugo cogió la cabeza y enseñándola al pueblo dijo: Mirad la cabeza de un traidor. Oyóse una esclamacion general semejante á un largo gemido, muchas personas se precipitaron á empapar sus pañuelos en la sangre de Cárlos, y los piquetes de caballería fueron dispersando la muchedumbre, pero con aire melancólico y con consideracion y calma.

Cuando la plaza quedó desierta se llevaron el cuerpo de Cárlos que estaba ya metido en un ataud y Cromwell tuvo el horroroso capricho de verlo y de levantar con las manos la cabeza como para asegurarse de que estaba separada del cuerpo. Contemplólo un rato y esclamó: Era un hombre robusto, y hubiera vivido muchos años.

El féretro estuvo siete dias en Whitehall, y aunque era inmensa la muchedumbre que iba á verle pocos podian lograrlo. El dia 6 de febrero los Comunes mandaron entregarlo á Herbert y á Mildmay para que le enterrasen en Windsor en la capilla de San Jorge en que habia sido depositado el cadáver de Enrique VIII. La traslacion se verificó sin pompa aunque de un modo decoroso, y acompañándolo los servidores que habia tenido en la isla de Wight. El dia 8 se celebraron sus funerales y asistieron á ellos el obispo que le habia ausiliado, el duque de Richmond, el marqués de Hertford, y los condes de Southampton y de Lindsey, quienes grabaron sobre el féretro este sencillo epitafio: Cárlos rey, 1648, (que atendido el modo como los ingleses comenzaban entonces el año corresponde, segun nuestra cuenta, el dia de la ejecucion al 9 de febrero de 1649). Cuando la comitiva llegó al sitio destinado para la sepultura, el obispo se disponia á oficiar segun los ritos de la iglesia anglicana; pero el gobernador del castillo no quiso permitírselo, diciendo que la liturgia decretada por las dos cámaras obligaba al rey lo mismo que á los demás ingleses; con lo cual fué preciso ceder, y sin practicarse ceremonia ninguna todos salieron de la capilla y el gobernador cerró la puerta.

No podemos menos de terminar este artículo con las palabras del historiador

Cesar Cantú. «La sentencia, dice este ilustre escritor, espresaba que Cárlos habia sido elegido rey de Inglaterra, que habia recibido en depósito una autoridad limitada, que despues habia hecho la guerra al pueblo y á sus representantes, á fin de dar mayor estension á las prerogativas reales, y que por todo esto se le condenaba á muerte como traidor, tirano, homicida y enemigo del pueblo. En todo esto no habia una palabra de verdad. No habia sido elegido rey, sino que nació tal: la monarquía no se le dió como un depósito, sino que la debió á su nacimiento: su poder no estaba limitado sino por la fuerza, y cuando prevaleció la del pueblo, el pueblo quiso que muriese para que espiara esa plena autoridad de que se habia hecho responsable.

»Es cierto que habia quebrantado las leyes del reino por medio de falsedades y disposiciones opresivas, que usurpó las funciones de la magistratura, impuso contribuciones, coartó la libertad de las discusiones, desconoció el derecho de peticion, mandó prisiones arbitrarias, y dió pruebas de que no era posible fiar en su palabra, y los mismos que tomaron su defensa comienzan con la absurda frase de que era un mal rey, pero hombre de bien..... De todos modos su suplicio fué perjudicial á la causa de la libertad, tanto mas porque si habia merecido la muerte por las intrigas de que echó mano á fin de sostener el absolutismo que sus predecesores le habian transmitido, la sufrió magnánimamente. Inspiró una compasion general, sobre todo cuando hubo aparecido la obra titulada: *La imágen del rey*, que segun sostienen algunos escribió durante su prision el mismo Cárlos.»

A estas palabras de Cantú añadiremos tan solo que, aun siendo ciertos los cargos que le hace, no sabemos hallar en ellos delito que merezca pena de muerte, y mucho menos convenimos en que quien lo juzgó tuviera derecho de juzgarle.

2



Hugo Rohmberg pinx.t Brennhauser sc

La Fille du Pêcheur.

The Fisherman's Daughter. Des Fischers Töchterlein.

Verlag d. Englischen Kunstanstalt v. A.H. Payne, Leipzig & Dresden.

LA FAMILIA DEL PESCADOR.

[illegible]

[illegible] de las tardes del mes de setiembre, en la hora en que [illegible] con [illegible] en las inmediaciones del lago de Thoune. [illegible] una tempestad [illegible] dores que se habían [illegible] se dirigían hacia la playa [illegible] de [illegible], hombre [illegible] Mariano hacia [illegible] comodidades [illegible] desigualdades del terreno [illegible] con el traje del país [illegible] en tiempo [illegible] adelante gritando [illegible] dirigió la barca [illegible] de la playa desde la [illegible] en el barquichuelo [illegible] barquero : Dejad acá los remos, porque [illegible] á mí el mal tiempo [illegible] —No estoy [illegible] los remos, porque [illegible] de otro modo [illegible] Es una verdadera [illegible] porque me hubieras reemplazado al [illegible]

2

LA FAMILIA DEL PESCADOR.

(POR ROHMBERG.)

Erase una de las tardes del mes de setiembre en la hora en que la campana de la oracion resonaba en las inmediaciones del lago de Thoune. El cielo sin anunciar una tempestad estaba no obstante cargado de nubes. Algunas barcas de pescadores que se habian retardado remaban todavía por sobre las aguas del lago y se dirigian hácia la playa á fin de poner en seguridad el fruto de su trabajo. Uno de esos pescadores, hombre entrado en años, procuraba llegar al pueblo de Dartli. El robusto anciano hacia pasar su esquife á poca distancia de la ribera, cuyas numerosas sinuosidades se introducian hasta muy adentro del lago. En medio de esas desigualdades del terreno se paseaba hacia ya algun tiempo un jóven vestido con el traje del país que parecia buscar alguna cosa, y que no obstante de tiempo en tiempo derramaba su vista por el lago. Viendo la barca del anciano se adelantó gritando repetidamente: Tio Buhler, tio Buhler! Oyóle el pescador, y dirigió la barca hácia una punta de la playa desde la cual era muy fácil meterse en el barquichuelo. Cuando el jóven hubo entrado en él, dijo al anciano barquero: Dejad acá los remos, porque sin duda debeis estar cansado, y en cuanto á mí el mal tiempo me ha impedido ir á la montaña, y estoy dispuesto para todo.—No estoy cansado, Uli, dijo el anciano amigablemente; no obstante toma los remos, porque es bueno que de tiempo en tiempo te ejercites en ellos, pues de otro modo con los Alpes acabarias por olvidar el oficio. Uli se puso á remar vigorosamente. Es una verdadera lástima, dijo el viejo, que no hayas seguido mi profesion, porque me hubieras reemplazado algun dia.—Eso no, tio mio, dijo Uli con viveza, ni sirvo para eso, ni le tengo afi-

cion ninguna. El tio meneando la cabeza replicó : Pero, muchacho, el oficio que tú ejerces, á decir verdad, no es oficio siquiera : al fin y al cabo algun dia terminarás miserablemente tu vida en alguno de esos precipicios á donde vas á recoger á costa de mucho trabajo huevos, mariposas, plantas, y curiosidades de historia natural.

Vos olvidais, tio mio, replicó Uli, que han muerto muchos mas hombres en las aguas que en las montañas : y además yo gano mas dinero que vos; porque segun dicen el pescado escasea mas de cada dia, y me parece que vuestra pesca no ha ido muy abundante.—Por desgracia es muy cierto, contestó el tio con acento triste; Teresa va á ponerme mala cara porque proveo tan escasamente su cocina. Y no será porque la habilidad me falte, sino que desde la maldita moda de los barcos de vapor que atraviesan el lago á todas horas y en todas direcciones, va faltando el pescado, en términos que muchas veces ni para casa tenemos. Los estranjeros en otro tiempo venian á nuestra mesa tan solo para comerlo, puesto que Teresa ha heredado de mi esposa la buena mano que tenia para guisarlo.—Esa es una de las razones, dijo Uli, porque prefiero mi oficio al vuestro; pues no me gusta ver á esos señores que vienen á decirle galanterías á Teresa : de suerte que si yo debiese oirlos todos los dias seria cosa muy capaz de traer malas consecuencias, y por último causaros perjuicios.

El viejo miró con mucha atencion á su sobrino, y le dijo: ¿Y por qué te tomas ese vivo interés por Teresa?—¿Acaso no somos parientes y muy próximos? dijo Uli.—¿Y no hay otra causa de por medio? preguntó el anciano. El jóven se puso de mil colores, bajó los ojos, y despues de una breve pausa contestó : Bueno : mejor es que yo me esplique francamente con vos, porque mas tarde ó mas temprano hemos de ir á parar á eso. Yo amo á Teresa, y ella ha debido conocerlo aunque nunca le he declarado mi amor.—Eso lo creo muy bien, observó el anciano, porque las mujeres jóvenes tienen muy buen ojo para conocer estas cosas. En cuanto á mí no opondré obstáculo alguno á vuestra union : únicamente te aconsejo que no te descuides y que te espliques con ella, porque hay otros que la miran con buenos ojos. El jóven se estremeció al oir estas palabras, y se puso pensativo. Bien pronto la barca llegó á la playa. Uli se lanzó á tierra, amarró el esquife, y los dos se dirigieron al pueblo sin decir una palabra.

Buenas noches, tio, dijo el jóven rompiendo el silencio cuando hubieron llegado cerca de la casa del pescador, buenas noches, y memorias á Teresa.—Bien podrias venir esta velada á hablar un rato, dijo el anciano, y si piensas hacerlo no me despido. Uli alzó los ojos al cielo como para interrogarlo, y luego señalando con el dedo hácia el lado de Oriente, dijo : Mañana hará buen dia, y he de irme muy temprano á la montaña, de manera que me quedan muy pocas horas para dormir, así es que no podré haceros compañía. Entonces, buenas noches, dijo el tio marchándose, mientras que Uli volvia la espalda para irse á su

casa. Pobre chico, pensó el anciano, pasará mala noche, y no podia ser de otro modo : esos dos muchachos son igualmente desgraciados, y esto puede traer consecuencias muy malas. Tony es un jóven atrevido, como todos nuestros cazadores de los Alpes, y á fe que el pobre Uli tendrá que sostener un combate terrible. Entróse el pescador en su casa en donde Teresa con su amable recibimiento puso término á las sombrías reflexiones de su padre, y cuando, gracias al cuidado de la muchacha, el olor que echaba el humo de la cazuela le llegó á las narices recobró su habitual alegría.

Hemos dicho antes de ahora que la casa del anciano Buhler era una especie de bodegon que tenia gran fama hasta mucha distancia á la redonda por el pescado; sin embargo es preciso no confundirla con una fonda elegante, porque allí todo tenia el sello de la sencillez mas rústica. Servíase el pescado sin manteles y sin servilletas, aunque con una limpieza esquisita. La reputacion de hermosura que tenia Teresa era causa muy poderosa de la afluencia de forasteros que allí se observaba, aunque por sus modales y su continente la jóven suiza mantuvo siempre á muy respetuosa distancia á los viajeros, de suerte que Uli se alarmaba sin el menor motivo. El buen anciano que en ninguna parte se encontraba tan feliz como en compañía de la jóven, estaba ahora tranquilamente ocupado fumando una pipa, cuando Teresa le dijo: Hoy se me ha hecho muy pesada vuestra larga ausencia; y hasta que habeis vuelto no se me ha desahogado el corazon.—Mucho mas temprano habria llegado, replicó él, si la pesca hubiera ido mejor; pero á la verdad he tenido poca fortuna. Luego me encontré á Uli que me ha encargado memorias para tí; este encuentro tambien ha contribuido á mi tardanza. El anciano y la jóven continuaron hablando y Buhler preguntó qué cosa habia pasado en casa durante su ausencia. Teresa respondió que en todo el dia no habia ido nadie, lo cual calmó un tanto al viejo del pesar de la escasa pesca, porque si nadie habia ido las provisiones de la casa debian ser las mismas. De suerte que no ha venido nadie, dijo al cabo de un rato que Teresa le entretenia con su graciosa charla.—Se entiende, respondió Teresa, que no ha venido nadie con respecto á forasteros, pero Tony se ha estado aquí conmigo desde el mediodia hasta poco antes de vuestra vuelta.—¿Y qué queria? preguntó maquinalmente el viejo.—Lo que quiere siempre, respondió Teresa, queria verme. Mas ya que la ocasion se ofrece, tengo que deciros, padre mio, que no me gusta absolutamente hallarme sola con Tony, porque me mira de un modo muy singular. Casi me da miedo, y á veces me hace unas preguntas tan raras que no sé qué contestarle. Hoy me ha inquietado mucho con unos dichos y palabras sombrías, de que yo no entendia una palabra.

Las esplicaciones de Teresa confirmaron los tristes presentimientos del anciano, y volvieron á despertar sus anteriores inquietudes. Esta noche volverá, dijo Teresa sin advertir el aire caviloso de Buhler, para hablaros de asuntos sé-

rios é importantes, segun ha dicho.—¡Ah! ¿Lo ha dicho él mismo? preguntó el pescador con aire reflexivo.—Ahí le teneis, dijo la jóven mirando con inquietud, y escuchando los pasos del mancebo que se iba acercando. Yo no sé lo que tengo, padre mio, pero dejad que me vaya á mi cuarto, porque me siento el corazon oprimido.

El anciano besó la pura y blanca frente de la doncella y le dijo con ternura: Ve, hija mia, pídele á Dios lo que mas te convenga.

Apenas habia salido Teresa cuando se abrió la puerta y entró Tony, hombre jóven, de espaldas robustas, con aire sério y casi sombrío, y con aquel conjunto particular que revela un cazador de los Alpes. El pescador volvió el saludo al mozo que dejando la carabina se sentó en un banco de encina al lado del anciano. Es raro que vayas por aquí á estas horas, Tony, y mas cuando hace algunas semanas que no te veo en ninguna parte, dijo el anciano para entablar conversacion.—No gusto mucho de las visitas de noche, contestó Tony, y seguramente no habria venido ahora si no os hubiese estado aguardando esta tarde durante mucho tiempo. Pero queria hablaros: hoy es Santa Egidia, y en vuestra casa nadie se ha acordado de semejante circunstancia. Yo quisiera que se hiciese alguna cosa esta noche.—¿Tú te figuras que nadie se ha acordado? dijo el anciano arrugando la frente: todos en casa nos hemos acordado, aunque no hablemos tanto como tú. Tony hizo como quien no oye esta reconvencion indirecta. Al atravesar hoy el lago, dijo el pescador, me he acordado otra vez del dia á que te refieres. La alegría y el dolor se han confundido en mi alma, al pensar en aquel dia fatal en que tuve la desgracia de perder un hermano, y en que encontré á Teresa, á la cual amo tanto como podria amar á una hija.—Hace ya diez y siete años, dijo Tony interrumpiéndole, y tengo vivos deseos de que me conteis minuciosamente el suceso.

¿A qué fin dispertar antiguos dolores? dijo el anciano: sin embargo quiero acceder á tus deseos, con la condicion de que nunca mas me hablarás de semejante cosa, que me aflige demasiado. En el dia de Santa Egidia, diez y siete años atrás, el buen tiempo habia traido al lago muchísimos paseantes. Hácia las tres de la tarde se levantó una tormenta cual no la he visto nunca; todo el lago era una vasta llanura de espuma hirviendo, en la cual de cuando en cuando se veia aparecer un punto negro, que era una barca que luchaba con el furor de los elementos. Todas las gentes del pueblo estábamos en la playa sufriendo las mas vivas angustias, y entonces vimos á la distancia de un tiro de fusil un barco que tan pronto aparecia en la superficie como se ocultaba entre la espuma. A veces algunos brazos alzados al cielo parecian reclamar el ausilio de los hombres á favor de los desventurados que se hallaban en la mayor desesperacion. Habia presenciado largo rato esa desgarradora escena, y como mi alma no tenia un momento de reposo, determiné volar al ausilio de aquellos infelices. Todo el mun-

do decia que era una locura, y á mí no dejaba de parecerme lo mismo; mas no obstante desamarré la barca encomendando mi alma á Dios. Estaba ya á punto de partir cuando tu padre se lanzó tras de mí á la lancha, diciendo : No se dirá de mí que un hermano ha abandonado al otro hermano en el momento del peligro. Apretéle la mano, nos alejamos de la playa y aun ví á nuestros vecinos y amigos arrodillados en tierra implorando al Omnipotente en favor nuestro. No creas que fuese empresa fácil la que acometíamos, y muchas veces, cuando se trataba de atravesar las amontonadas olas, fatigados y sin aliento nos caíamos sobre los bancos de la barca. Con frecuencia nos faltaba el valor, pero lo recobrábamos al momento. Por último tuvimos la dicha de poder acercarnos á la barquilla que nos pareció llena de agua y próxima á sumergirse.

Los náufragos guardaban un profundo silencio, hijo de la inminencia del peligro. Sin duda creyeron que éramos sus ángeles salvadores; pero en el instante en que íbamos á atracar, una ola furiosa se estrelló contra el esquife arrastrándolo al abismo. El rechazo de aquella ola se hizo sentir en nuestra embarcacion y la llenó de agua, de modo que me tiró de costado; y cuando pude levantarme tu padre habia desaparecido. La desgracia no era sino muy cierta, pues la ola que á mí me tiró redondo, á él le habia sacado de bordo. Escapóse de mi pecho un grito de horror, mis ojos se dirigieron hácia todos lados, mas no ví ningun objeto que flotara : tu padre se habia ido al fondo. Entonces volví la vista en derredor mio, y figúrate cual seria mi sorpresa al observar á mis piés y dentro de la barca medio llena de agua, una criatura en apariencia muerta. La recogí, y noté que respiraba todavía; mas no habia tiempo de hacer cosa alguna para volverla á la vida, porque los momentos eran preciosos. Arranqué mi corbatin, con él até la niña á la cintura, y redoblando mis esfuerzos para mantener el esquife á flote, al cabo de media hora tuve la fortuna de llegar á la playa.

El pobre pescador á quien la narracion de aquel lance habia afectado mucho, enjugó sus lágrimas y el sudor que corria por su rostro, y terminó diciendo : Eché pié á tierra con un hijo mas y un hermano menos. Acababa de encontrar á Teresa que al fin ha sido la alegría y consuelo de mi vejez. Los caminos de que el Señor se vale para hacernos felices ó desgraciados son incomprensibles; él lo ha querido así, hágase siempre su santa voluntad. Nada he podido saber con respecto al nacimiento de Teresa, aunque juzgo que debe de ser alemana, porque decia algunas palabras en esa lengua. Ella cree que ha nacido en esta casa y que soy su padre, y no quiero que jamás la saques de ese error, porque tal vez la noticia de que no es hija mia y de que sus padres son desconocidos podria apesadumbrarla, y hacer la desdicha de su corazon que está muy tranquilo y es muy dichoso.

Oido el relato del pescador Tony continuaba con los brazos cruzados sobre

el pecho á guisa de hombre que reflexiona profundamente. Por último dijo : ¿ De modo que mi padre murió en el momento en que se salvó Teresa ?—De la misma manera que te he contado, respondió el tio.—¿ Pero qué quieres decir con esto ? ¿ No lo sabias ya ? ¿ A qué viene ahora esta pregunta ? El cazador despues de pensar un poco respondió : Yo me fastidio de vivir solo en mi cabaña, y he resuelto casarme.—¿Y has elegido mujer? le preguntó el tio adivinando adónde iria á parar.—Mi mujer debe ser Teresa, dijo resueltamente el cazador cual si la cosa estuviese ya decidida.—Sin embargo, observó el anciano, Teresa no me ha dicho nunca que le hayas hablado una palabra de semejante proyecto.—A decir verdad, contestó el otro, jamás me he ocupado de indicárselo; pero ¿qué inconveniente puede encontrar en eso ? Con tal que vos convengais en ello, mañana la llevo á la iglesia.—No, mi querido sobrino, no estás en lo cierto, las cosas no se hacen de este modo.—Digo esto, contestó el cazador, porque yo preferiria que ahora llamaseis á Teresa y lo arregláramos todo en presencia vuestra.—Ya te he dicho, observó el pescador, que no debe ir de este modo. Es preciso confesar que eres un galan muy poco diestro; y si no tomas otro camino dudo mucho que consigas tu objeto.—Entonces, dijo Tony con ironía, tendré que hacerme el enamorado y venir á suspirar debajo de la ventana de su cuarto.—Si he de juzgar por el modo como te esplicas, dijo Buhler, dudo mucho que tú seas el hombre que le conviene á Teresa.—Pues ello es que yo la necesito, contestó Tony con aire resuelto, y no quiero absolutamente ninguna otra.—Eso de yo la necesito, repuso el anciano con aire de reconvencion, está dicho muy pronto. No tengo inconveniente en que Teresa sea tu esposa, si es que le convienes; pero su eleccion es libre y dará su mano á quien le agrade. Tony calló comprendiendo sin duda que se habia esplicado con demasiada acrimonia. El anciano clavó sus penetrantes ojos en el jóven como para saber sus intenciones, y levantándose luego se dirigió hácia la puerta diciéndole : sígueme. Esta palabra fué pronunciada en tono tan formal y grave que el cazador obedeció maquinalmente sin preguntar porqué ni adónde queria que le siguiera.

La prediccion de Uli se habia cumplido, el cielo estaba sereno y desde el lago hasta la montaña todo brillaba á la luz de la luna. El tio y el sobrino atravesaron rápidamente el pueblo, y se detuvieron en la puerta de la cabaña en que entró Uli al volver del lago, y en la cual una luz pálida anunciaba que en el interior aun no dormian. El anciano entró delante y Tony le seguia de cerca. Levantóse Uli al recibir tan inesperada visita, y no dejaron de sorprenderle el aire grave y solemne de su tio, y la apostura estraña de su primo. Presentó dos banquillos y no dijo una palabra aguardando á saber qué significaba todo eso. El pescador rehusó el asiento diciendo que el negocio que le llamaba allí era cosa de pocos momentos. Estuvo un instante indeciso; mas luego se colocó entre los dos jóvenes, los cogió por las manos derechas y dijo en tono solemne :

Tony, hijo de mi hermano, Uli, hijo de mi hermana, juradme ahora mismo en nombre de Dios y por la salvacion de vuestras almas, que siempre vivireis en buena inteligencia como deben vivir dos primos hermanos. Los dos jóvenes se quedaron de tal manera sorprendidos á tan súbita interpelacion y á la demanda que acababa de dirigirles el tio que uno á otro se miraban sin decir una palabra y cual preguntándose á qué venia aquello. La estrañeza fué tanto mayor en cuanto si bien no vivian en estrechas relaciones de amistad porque su diferente carácter no era á propósito para que se intimaran, sin embargo nada habia entre ellos que pudiese autorizar la exigencia del juramento que ahora reclamaba de ellos su tio. No pregunteis cosa alguna, continuó el anciano al ver la vacilacion de sus sobrinos: mi corazon tiene necesidad de vuestro juramento.—Yo lo juro, dijo al momento Uli, llevando la diestra al corazon.—Yo lo juro, exclamó Tony haciendo lo mismo. El rostro del anciano recobró su habitual alegría, y pareció que su corazon se habia aliviado de un grave peso. Esta escena sin embargo habia causado á los tres una conmocion tan grande que no se hablaron una palabra, y sin darse siquiera las buenas noches, cada uno tomó por su lado.

Aun no parecia el alba cuando Uli despues de haberse desayunado, tomó el camino de la montaña. Dejando bien pronto el pueblo á la espalda, siguió una senda que llevaba hácia las alturas, sirviéndole de faro la luz de la luna. Iba pensando en su amiga á la cual habia resuelto declarar su amor, mientras no cesaba de espiar acá y acullá á fin de descubrir alguna curiosidad natural, de que pudiese sacar provecho. El caminito se hacia á cada paso mas escarpado y el viento sacudia con fuerza los pinos seculares. Bien pronto desapareció la luna, el crepúsculo de la mañana no duró mas que un instante y un pálido rayo anunció en el oriente la llegada del dia. Uli iba avanzando con la agilidad comun en los montañeses: sus miradas descubrian ya los bancos de rocas del Eiger, y ya habia entrado en sus faltriqueras mas de un objeto para él muy curioso. Despues de caminar un poco en la direccion del Eiger llegó á una grande llanura, que habia resuelto esplorar en ese dia. En aquel punto el sol inundaba con sus rayos la montaña que parecia inflamada; las cimas, los abismos, los precipicios salian de su penumbra, y cada cosa tomaba en aquel vasto panorama su lugar correspondiente. Uli juntando devotamente las manos dirigió al cielo la oracion de la mañana. En seguida derramó los ojos en torno suyo para esplorar los lugares inmediatos, encaramóse por una senda muy escarpada y luego pasó mas allá de los abetos.

La vegetacion se iba haciendo mas uniforme, poco á poco las rocas ya no estaban cubiertas sino de musgo y de algunas plantas raras, que son las únicas que viven en esas alturas. Tan pronto pasaba Uli por las sombrías grietas de las rocas, ó bien saltaba por encima de los abismos en donde la prudencia recomienda las precauciones mas grandes. Finalmente habia alcanzado la re-

gion de los hielos en donde los peligros del viajero alpestre son realmente espantosos. Mil picos de distintos nombres lanzan allí sus cumbres hasta el firmamento : acá y acullá yacen fragmentos de rocas : el sitio en donde Uli acababa de emprender una esploracion sucinta estaba ya en la region inmediata á los hielos perpetuos. Iba tan absorto en su ocupacion que ni siquiera habia advertido que desde mucho rato antes no se hallaba solo : y no se dió cata de ello, hasta que vió á su lado á Tony, que habiendo salido casi á la misma hora que él llegó al propio sitio aunque por diferente camino.

Apenas se hubieron saludado cuando naturalmente comenzaron á tratar de la escena de la anterior noche. Tony era jóven de muchísima penetracion para cuanto de cerca ó de léjos podia interesarle; casi nunca se equivocaba cuando las cosas por muy enigmáticas que se presentaran podian tener con él relacion de cualquiera clase. El juramento que le habia exigido su tio no dejó de ser ni por un momento el objeto constante de sus reflexiones, y á puro de pensar y de darle vueltas, antes de media noche habia adivinado el fin que el pescador se propuso; á lo menos para él era indudable. En cuanto á Uli no habia visto en todo eso mas que una de las singularidades que estaba acostumbrado á observar en su tio, y aquella escena le pareció muy inocente, y sin mas objeto que estrechar los vínculos de la familia. Así es que los dos jóvenes habian visto el suceso bajo un aspecto muy diferente, como diferentes eran sus caracteres, y cada uno se hallaba en la disposicion de ánimo consiguiente á la manera como habia considerado aquel acontecimiento. Las consecuencias que el cazador habia sacado de todo eso llenaron su alma de amargura, y el casual encuentro de Uli aumentó todavía esa enojosa disposicion de su pecho.

Despues de haberse dirigido uno á otro algunas palabras indiferentes, Tony dijo á Uli clavando en el rostro de este sus penetrantes ojos : ¿Por qué nuestro tio nos hizo prestar ayer aquel juramento?—En verdad, dijo este, no sé si lo hizo con algun intento, y no comprendo lo que queria, ya que dicho juramento es supérfluo, puesto que nosotros siempre hemos estado en muy buena armonía.—En mi concepto, observó Tony, se propuso alguna cosa, porque lo verificó con mucha solemnidad para que podamos decir que no llevaba en ello intencion ninguna.—Quizás, dijo Uli, quiso tomar sus precauciones para el caso en que cogiese la carabina de cazador en lugar del saco de naturalista, temiendo no fuésemos rivales en la caza. Tony miró con altanería los ventisqueros, y dijo : Tampoco es eso, porque segun los conocimientos que tú tienes en materia de caza, nunca podrás ir á donde yo voy, y no es posible que nos encontremos en un mismo terreno. Uli reconocia la superioridad de su primo como cazador; mas esta observacion de Tony le ofendió un poco y dijo : Esto es lo que no sabemos todavía. El cazador hizo como quien no habia oido y añadió : De manera es que tú no comprendes que tio tuviese otro motivo para obrar como

obró : pues quiero que sepas que en cuanto á mí no estoy conforme, sino que el verdadero motivo es el siguiente. Ha comprendido que los dos deseamos la mano de Teresa, y como ella no puede dársela sino á uno, ha querido evitar de golpe todas las disensiones, y disputas que pudieran resultar de nuestro empeño. Uli retrocedió dos pasos, y con la vista recorrió de los piés á la cabeza á su primo, en quien no habia nunca pensado hallar un rival. Entonces comprendió perfectamente la escena de la noche anterior, y la exactitud de las sospechas de su primo. ¿No es verdad, preguntó Tony, que tú quieres á Teresa?—Pues ya se ve que la quiero, contestó Uli; y aunque nunca se lo he dicho, por esto no la quiero menos.—Pues siendo así, dijo Tony, los dos nos hallamos absolutamente en el mismo caso. Ambos guardaron durante largo rato un silencio muy penoso. ¿Y qué te parece de todo esto? preguntó finalmente Tony. Uli despues de reflexionar un poco, dijo : Me parece que los dos hemos de pedirla en matrimonio, y aquel que quede desairado no debe por esto tenerle odio ni enemistad al otro.—¿Sabes tú, preguntó el cazador despues de luchar interiormente un buen rato, que mi padre perdió la vida en el momento mismo en que se salvó la de Teresa?—Nada sé de eso, pero no tiene cosa alguna que ver con lo de pedir la mano de Teresa. El cazador se mordió los labios y su primo conoció que habia pulsado una cuerda delicada. Ven, Tony, le dijo amigablemente y presentándole la mano : seas tú, sea yo aquel á quien Teresa prefiera, no hemos de ser menos amigos por esto. Tony alargó maquinalmente la mano y en seguida dando la vuelta sin romper el silencio se alejó tomando la escarpada senda de la montaña. El corazon le dijo que acababa de dejar un rival preferido, y esto heria vivamente su amor propio; pero el juramento hecho le impedia buscar remedio alguno á su situacion.

Nadie supo una palabra de este encuentro de los dos jóvenes, y no se notó á consecuencia de él ningun cambio en el modo de tratarse; tan solo parecia que Tony estaba mas taciturno que antes, y que muy pocas veces veia á Buhler, comprendiendo muy bien que sin el apoyo de este era inútil que esperara obtener la preferencia. Su buen criterio le habia hecho conocer la verdad; y se consideraba como una desgraciada víctima de la fortuna que le era contraria.

Mientras tanto Uli y Teresa eran completamente dichosos porque habian sabido comunicarse lo que en secreto sentian el uno por el otro, y pasaban juntos las veladas del invierno sin la incómoda compañía de forasteros. La estacion ya no permitia á Uli verificar sus acostumbradas escursiones por la montaña, de suerte que se ocupaba en ordenar los objetos que durante el verano y el otoño habia recogido, y esto hacia que tambien pasara casi el dia entero en compañía de Teresa. El plan favorito del anciano pescador estaba realizado, y antes de terminarse el invierno, el cura habia bendecido la union de los dos jóvenes amantes.

Tony desde el principio vió con indiferencia la marcha que seguian las co-

sas, adivinando el fin á donde iban; así fué que desistió de sus pretensiones; mas cuando el matrimonio se hubo realizado, comprendió que su posicion era muy angustiosa. Desde luego se negó á concurrir á la boda pretestando falta de salud, y realmente la tenia porque nunca disfrutaba un momento de reposo. El pescador no se sorprendió al ver que Tony no asistia al casamiento, pero sí le estrañaron la prolongada ausencia del jóven, el cuidado con que procuraba evitar el encuentro con todas las personas de la familia, y el aire frio y embarazado que manifestaba cuando la casualidad hacia que se vieran. Estas fatales consecuencias eran las que el anciano quiso prevenir exigiendo á los jóvenes el juramento de que hemos hablado: y ahora hubo de comprender que sus temores no habian sido infundados.

En cuanto á los novios gozaban de una felicidad completa y sin ninguna amargura; Uli procuraba por todos los medios imaginables que nada viniese á turbar aquella apacible tranquilidad de la familia. Formaba de su primo mejor juicio de lo que creia el tio, diciéndose á sí mismo que le costaba olvidar; pero el anciano que no podia tranquilizarse hasta aclarar la situacion, se propuso hacerlo al primer momento favorable que para ello se le ofreciese. En efecto, habiendo encontrado á Tony, le preguntó porqué no iba á su casa, añadiéndole que segun obraba no parecia sino que para él hubiesen dejado de existir.—No dudo que perdonareis mi comportamiento, tio mio, dijo Tony, si teneis en cuenta que yo no puedo ser testigo de una felicidad que habia esperado para mí. ¿Cómo quereis que me presente en vuestra casa?—Manteniéndote alejado de nosotros como lo haces, observó el anciano, aumentas todavía la amargura de tu alma. La soledad, muchas veces nos perjudica.—Dejemos, dijo Tony, que el tiempo haga lo que falta. Ya comprendo lo que pasa en vuestra alma, mas podeis estar tranquilo, sabré cumplir mi juramento. Y mientras pronunció estas últimas palabras se notaba en su voz un temblor que le vendia. Puso fin á la conversacion con el tio, quien por su parte quedó tranquilo con respecto á los temores que el proceder de aquel jóven habia dispertado en su alma.

La respectiva situacion de aquellas cuatro personas continuó siendo la misma durante mucho tiempo, aunque en el interior de la familia tuvieron lugar cambios de importancia muy grande. Uli hizo quitar el rótulo que habia encima de la puerta, y dejó de tener casa y mesa abiertas para los pasajeros. A pesar de que al anciano le repugnaba esta innovacion, su autoridad no pudo prevalecer sobre los motivos que Uli tenia para hacer el cambio, motivos que ya antes de ahora hemos indicado. Ya que en esta parte el pobre viejo quedó derrotado no quiso darse á partido cuando le propusieron que abandonase su oficio, sino que contra la voluntad de los dos jóvenes iba á pescar al lago, y no ocultaba su disgusto por no poder sacar de la pesca todo el dinero que antes de las novedades hechas en la casa. Los jóvenes se empeñaban en probarle que á su

edad ya no debia ocuparse sino en el reposo, tanto mas cuanto no tenia necesidad del trabajo para vivir. Además Uli granjeaba lucros considerables con los objetos de historia natural, de suerte que podia atender hasta á las comodidades de la familia, aunque ahora sus investigaciones se hubiesen reducido á un círculo mas estrecho. En efecto, su esposa exigió de él la promesa de no ir nunca mas allá de la region media de los Alpes, porque subir hasta los ventisqueros lo reputaba Teresa por cosa harto arriesgada.

La vida que se lleva en un lugar como aquel es muy sencilla, y no ofrece sino una continua repeticion de acontecimientos de escasa importancia. Por esta causa trascurrieron en aquella familia una porcion de años de una ventura tranquila, sin mas cambio que el nacimiento de dos hijos, varon y hembra, entre los cuales se repartian los cuidados de la casa. El buen pescador nunca habia sido tan feliz como desde la época en que fué abuelo, pues esto le trajo nuevas ocupaciones domésticas y nuevos gustos, que reemplazaron poco á poco su aficion á la pesca. Sentado en la puerta de su casa teniendo en las rodillas á los dos nietos, enseñándoles á pronunciar las primeras palabras, y empeñándose en que rezaran aun antes que hablasen, se le pasaban las horas muertas, soltando una carcajada á cada disparate de los niños, y cayéndosele las lágrimas de puro gusto cuando por casualidad decian un acierto. Teresa y Uli contemplaban estas escenas con un gozo indecible, bien que algunas veces se enfadaran con el abuelo porque no solo disimulaba sino que aplaudia las travesuras de los nietos, y aun era su defensor cuando los padres regañaban. En todo esto habia una ternura, una paz, una armonía tan grandes que ninguna familia pudiera jactarse de ser mas dichosa.

De algun tiempo á aquella parte Tony parecia menos huraño, y particularmente desde que los niños comenzaron á ser grandecitos, pues uno y otro tenian el privilegio de serenar con sus palabras y sus gestos el sombrío rostro de aquel desgraciado jóven. De poco en poco vino el cazador á ser el habitual amigo de la casa, de suerte que rara vez pasaba un dia sin ir á ella y estar un largo rato con la familia. Teresa sufria con esto un secreto desagrado sin saber esplicárselo á sí misma; y cuando lo manifestaba á su padre y á su marido, uno y otro le vituperaban esa especie de recelo, como una cosa quimérica y sin ningun fundamento razonable. Verdaderamente son un enigma de nuestra naturaleza esos presentimientos que sin tener una base en que cimentarse, por desgracia acaban con harta frecuencia por salir acertados. Tony habia vuelto á comunicarse con la familia llevando en ello intenciones muy honradas: sus primeras visitas causaron alguna estrañeza; pero despues poco á poco se habian acostumbrado á ellas, y finalmente la cordial acogida de sus parientes y la cándida alegría de los niños eran un bálsamo para su alma. Como aquel rudo cazador no estaba hecho á eso, bien pronto se halló completamente dominado, y su an-

tigua pasion por Teresa se fué dispertando en su corazon, casi sin apercibirlo. Al principio era cual una ligera nube en el horizonte, que puede desaparecer sin dejar huella ninguna, como tambien puede ser precursora de próxima borrasca. En lo esterior nada hizo que pudiese ofrecer ocasion á sospecharlo y además era incapaz de quebrantar su antiguo juramento.

Aquel hogar doméstico estaba muy animado desde que los niños comenzaron á ser grandecitos. Tambien Tony se manifestaba mas comunicativo, y se divertia hablando de cosas de caza con el chico de Uli. Apenas hubo tocado esta cuerda cuando el niño no quiso oir hablar de otra cosa, y cada vez que el tio iba á caza era absolutamente preciso que contara alguna aventura. Durante las hermosas noches del verano, grandes y pequeños cenaban al aire libre delante de la puerta de la casa, y Tony referia la vida del cazador alpestre, esplicando cómo se escalaban las rocas escarpadas, y cómo debian pasarse los bordes de los abismos, á cuyo fondo no alcanza la vista. Hablaba de los ventisqueros que debajo de una sutil capa de nieve ocultan precipicios horrorosos y en donde un paso imprudente puede costar la vida á un hombre. Luego hablaba de los hundimientos que arrastran consigo no solo al cazador sino cuanto encuentran al paso.

Otras veces se entretenia contando la caza de las gamuzas, que se encaraman por las rocas y se precipitan en los abismos en el momento en que el cazador está á punto de alcanzarlas. Tambien relataba cuando el oso sorprendido en su cueva se defiende con furor, que es preciso aguardarlo semanas enteras y andar muy alerta cuando se le ha herido y no queda muerto al primer tiro, y añadia que la hembra en particular combate con un furor espantoso en defensa de sus hijos. De todas sus narraciones sacaba por consecuencia que nada iguala la vida del cazador, ya persiga al águila en la region de los vientos, á la gamuza en las rocas, ó al oso buscándolo hasta en su misma guarida.

El hijo de Uli no era el único que oia con atencion suma el relato de tan atrevidas empresas, puesto que su padre no tomaba menos interés, y pronto se sintió como entusiasmado por ellas, aunque en la apariencia se hubiera dicho que le eran de todo punto indiferentes. Sus antiguas inclinaciones, á las cuales renunció por las reiteradas instancias de su esposa, penetraron de nuevo en su alma, que en otro tiempo habia gozado mucho con los placeres de la caza. Nada de esto observó Teresa, porque creia que todas las aficiones de esa clase estaban para siempre sufocadas en el pecho de su marido : pero al mismo tiempo veia con grande disgusto como su hijo se enardecia oyendo aquellos cuentos de lances atrevidos, y temia con razon que esas hazañas romancescas pudieran con el tiempo hacer que en el alma del niño se desenvolviera la pasion por la caza. Tony fué el único en observar que su primo esperimentaba una sensacion muy marcada escuchando sus historias; y bien que al principio no dió á eso ninguna im-

portancia, insensiblemente se dejó arrastrar por el deseo de mantener á Uli dentro del círculo de esa atraccion apasionada, llevado á ello por una vaga y oculta prevision de resultados probables. Este fué el primer cálculo reprensible de Tony, cálculo que no queria confesarlo á sí mismo. Como para darse á sí propio una justificacion, nunca se dirigia al padre sino al hijo al referir alguna nueva aventura, mas no por esto dejaba de atender perfectamente al efecto que en aquel causaban sus palabras. La semilla arrojada de este modo intencionalmente produjo sus resultados, de suerte que Uli esperimentó un deseo irresistible de coger otra vez la escopeta. Cierto que no osaba declarárselo á su mujer sabiendo el disgusto que le causaria, aunque en realidad no tuviese ánimo de hacerse cazador, pero ello era que queria disfrutar de nuevo los placeres de la caza. Tampoco tuvo por falta muy grave ocultárselo á Teresa, tanto mas cuando ante todo deseaba ahorrarle las angustias que sufriria si supiese que se hallaba ocupado en una caza en que habia tantos peligros aparentes ó efectivos.

Pasó bastante tiempo antes que pudiese poner en ejecucion su proyecto, pero al fin llegó el momento. Como le era imposible coger sin que su mujer lo notase la escopeta que le servia para tirar al blanco en las tardes de los domingos, segun se acostumbra en toda Suiza, fué preciso que se procurase otra, como bien pronto lo hizo, y no solo eso sino que halló un árbol hueco y en lugar retirado, dentro del cual pudo ocultar aquella arma que venia á ser la fruta prohibida. No tuvo necesidad de acudir á otros estratagemas, porque las escursiones que habitualmente hacia en los Alpes le sirvieron de pretesto plausible para su objeto.

Sin embargo cuando vino la hora que él mismo habia fijado para ir á cazar por primera vez á escondidas, el corazon le palpitaba con prisa, porque conocia que aquello era una cosa mala. Aunque salió con los títeres que solia llevar en sus ordinarias correrías, parecíale que Teresa y Buhler escudriñaban en el fondo de su alma que en ese dia su ánimo no era buscar objetos de historia natural, y en consecuencia de esto abreviando la despedida se dió prisa á ponerse en marcha. Llevado por la impaciencia se fué al sitio en donde habia escondido la escopeta, y dejando todo lo que no necesitaba para la caza se trasformó en un cazador completo. Con el corazon rebosando de gozo y la escopeta al hombro se dirigió hácia los altos valles laterales y las cumbres aisladas, en donde juzgó menos probable que le encontrase alguno que pudiera vender su secreto. Hay pocos países en donde la caza sea menos abundante que en Suiza. En el fondo de los valles, en las colinas y en las montañas de poca elevacion casi es nula, esceptuando los sotos en donde las personas ricas crian y conservan caza, y aun esto es una cosa rara, porque en Suiza la propiedad está muy dividida. Tampoco hay que prometerse mejor fortuna en el país mas alto, porque así las gamuzas como todas las demás especies de caza de los Alpes que

en otro tiempo abundaban, cada año van en diminucion con motivo de la ilimitada libertad de cazar que tienen todos los habitantes. La comarca que Uli recorria era una de las mas pobres de toda la Suiza, y aunque no lo ignoraba, tampoco tenia en que escoger en las inmediaciones de su pueblo, y por otra parte habia perdido la costumbre de ir por las montañas elevadas para que ahora se atreviera á perseguir en ellas la caza y en particular las gamuzas. Trascurrian las horas sin que nuestro cazador de contrabando tuviese ocasion de disparar la escopeta; y ya el sol inclinándose hácia el horizonte le invitaba á tomar el camino de su casa, cuando el zurron estaba tan vacío como por la mañana; de suerte que habia perdido miserablemente el dia. Marchó por fin, y colocados de nuevo y con mucho cuidado en el consabido escondrijo los avíos de cazar, tomó su saco de pesquisidor despues de haberlo llenado de objetos de historia natural, reservados de antemano, á fin de no dispertar sospechas en la familia. La mala suerte de aquella primera salida no le engendró el disgusto : y si bien durante algun tiempo volvió á sus ordinarias ocupaciones, luego quiso ensayar si seria mas afortunado. En cada una de sus tentativas iba á lugares distintos, pero dijérase que un síno adverso le perseguia , porque ni en las unas ni en las otras encontró nunca una pieza que valiese la pena de tirarle. El ardiente deseo de cazar que en su alma habia retoñado se aumentaba tanto mas en cuanto menos se satisfacia, de donde resultó que cada vez ensanchase el círculo de sus escursiones, sin que por esto tuvieran mejor éxito.

En estas correrías habia llegado ya muchas veces á las inmediaciones de una hacienda llamada Kienemberg, propia del señor Gilgen, jefe de una antigua familia de Berna. Esa hacienda estaba cerca del pueblo de Uli y se estendia hácia un valle superior. El bosque que cubria la mayor parte de la posesion daba muchas rentas al señor Gilgen que tenia en él un parque reservado, lleno de ciervos y corzos, al cual iba á cazar con algunos amigos tres ó cuatro veces al año. Las cacerías de Kienemberg á las cuales acudian siempre muchos amigos de Berna, eran en el país muy famosas. Un dia en que Uli habia hecho en vano su escursion de siempre, fué á parar sin ánimo deliberado á una colinilla escarpada y saliente, cubierta de maleza, al pié de la cual y con indecible sorpresa, descubrió el parque reservado del señor Gilgen. Admirado y casi sobrecogido de espanto se retiró hácia la espesura, pero sus ojos despavoridos no se cansaban de mirar con una ansia inesplicable aquel crecido número de ciervos y de corzos que se paseaban y corrian por encima de una alfombra de yerbas, y de los cuales habia una docena á tiro de su escopeta. ¡Ah! ¡y cuán hermoso es eso! se dijo á sí mismo; ¡si yo me atreviera! mas esto es una propiedad particular á la cual no puede llegarse, pues de otro modo yo seria un cazador furtivo, un ladron de caza.

Pasáronsele una porcion de horas en esta especie de martirio, sin hacer otra

cosa que tener los ojos fijos en el parque ; de suerte que se acababa la luz del sol sin que esto bastara á recordarle que era hora de retirarse : estaba como encadenado en ese sitio que le tenia completamente embebecido. Desde esa hora cada vez que cogia la escopeta sus pasos se encaminaban sin sentirlo hácia aquella colina, desde la cual sus ojos podian saciarse con satisfaccion completa en las delicias que le ofrecia la vista del parque. Estábase sentado en aquel punto horas enteras, con la escopeta entre las piernas, y no haciendo mas que soltar alguna palabra arrancada por la aparicion de nuevos ciervos, y por los saltos y las corridas de los que iban y venian con libertad absoluta.

Verdaderamente, se dijo un dia á sí mismo, verdaderamente es cosa bien singular. ¿Cómo es que el señor Gilgen tiene ahí abajo tanta caza, mientras que en este país y á muchas leguas á la redonda no es posible descubrir un ciervo, ni la cola siquiera de un corzo? Si esos señores no se hubiesen llevado toda la caza de los alrededores á fin de reservarla para ellos, algo habria quedado para nosotros pobres cazadores : ahora ellos han hecho cercas y palizadas para guardar como si fuese una propiedad suya la caza que en otros tiempos era de todo el mundo. Esto no me parece justo. Y no habia medio de que Uli sacudiese de su mente estas ideas. Ya se ve que no es justo, esclamó levantándose precipitadamente cual si le hubiera atacado un vértigo, y pareció un hombre del todo distinto de aquel jóven pacífico, de modo que cualquiera hubiera dicho que estaba medio loco. Alzó la escopeta, la preparó, se la echó á la cara y tocó el gatillo. En el momento en que la detonacion del arma llegó á sus oidos se escapó de su pecho un grito de alegría. Disipado el humo, en la verde alfombra donde los ciervos, que ahora habian desaparecido, estuvieron saltando un momento antes, no quedaba mas que un corzo bañado en su sangre y luchando con las angustias de la muerte.

Despues de algunos minutos de reflexion, Uli bajó velozmente la colina y con el ausilio del cuchillo de monte abrióse paso por entre la palizada y volvió al punto cargado con la pieza. Su gozo le hizo olvidar completamente que habia atacado la propiedad ajena; mas ahora no supo qué hacer del corzo. Era imposible llevárselo á casa, todo el mundo debia ignorar que él fuese el matador, porque sin duda no tardaria en saberse lo sucedido; y por ello no le quedó otro remedio que enterrar la pieza en el bosque, viniendo con esto á suceder que no sacaba de la caza otra ventaja que la muerte de aquel pobre y confiado animal.

Por de pronto esta aventura pareció que habia calmado la estravagante ansia de Uli, en términos que por muchos dias dejó el arma quieta en el escondrijo. Hasta entonces consiguió engañar á todas las personas de la familia; ni el mismo Tony tuvo la menor sospecha de semejantes fechurías. El jóven habia vuelto á sus tareas de naturalista, y comprendió que aquella fiebre de cazar no era sino una enfermedad pasajera que seria muy pronto dominada, si bien conocia de bue-

na fe que no estaba enteramente curado. Con tal que otra vez no mas pueda cazar algo, se decia á sí mismo, tiro la escopeta en el primer precipicio que la suerte me depare, y nunca mas me acuerdo de semejante cosa. Aun resistió la tentacion por algunos dias, aun logró desvanecer esta idea que de continuo le atormentaba; mas al fin sucumbió y en una hermosa mañana de setiembre con el arma al hombro fué hácia el camino del parque de Kienenberg. El otoño habia ya teñido con sus mil colores los árboles del bosque, las hojas secas amontonadas por los vientos crujian bajo los piés del cazador furtivo, y algunas veces ese rumor parecia espantarle cual si debiese descubrirle á algun perseguidor oculto. A pesar de todo siguió adelante y bien pronto se encontró en el sitio apetecido, desde donde se puso á contemplar el parque como la vez pasada.

La sangrienta escena de que fué autor Uli no habia dejado ningun rastro : los ciervos se paseaban con altanería y los corzos saltaban alegremente, y parecian haber olvidado por completo que en aquel sitio fué muerto uno de sus compañeros. Uli con los ojos clavados en aquel rebaño iba eligiendó su víctima. Y esta es la última vez, murmuró al levantar la escopeta. Un momento despues tiró el gatillo; casi al mismo tiempo que la detonacion se oyó un prolongado silbido, siguió á este un grito horrendo pronunciado por una voz formidable que repetia ¡ al ladron, al ladron ! El jóven se quedó cual si le hubiese herido un rayo; pero midiendo muy luego toda la estension del peligro, sin perder un instante apeló á la fuga para librarse de la activa persecucion que cerca de sí mismo oia. El hallarse en la altura le daba ventaja sobre los perseguidores que aun estaban en el fondo del valle; mas á despecho de esto los guardabosques de Kienenberg que desde el dia en que Uli mató al corzo estuvieron vigilantes de dia y de noche para descubrir al ladron, no se dejaron arredrar por ese contratiempo. En su fuga iba buscando el jóven los lugares mas cubiertos de malezas, y los mas escarpados, sin que esto bastara sin embargo para evitar que los guardas le viesen de tiempo en tiempo, de modo que no perdian su pista si bien no ganaban terreno. Mas de una hora habia que duraba esa precipitada carrera sin que se cansaran aquellos robustos montañeses ni les impusiera el camino que á cada paso se hacia mas peñascoso. Uli á pesar de su angustia mortal huia con la rapidez de una flecha, no sin horripilarse cada vez que llegaban á sus oidos los gritos de los guardabosques. Su única esperanza consistia en que despues que alcanzara la elevada meseta de la montaña lograria que los perseguidores fatigados por tan larga y penosa corrida perdiesen el rastro en alguna de las hendiduras ó de las cavernas de la montaña. Seguro de que nadie conocia mejor que él aquella parte no dudaba que allí podria escaparse de la persecucion tenaz de que era objeto. A cada paso hacíase el terreno mas escarpado y las rocas tajadas á pico y que presentaban á sus piés profundas y espantosas gargantas iban á cada momento siendo en mayor número y parecian á propósi-



to para cerrar el paso al fugitivo. Acababa de llegar á un punto en su concepto el mas encumbrado, que era una meseta angosta y despejada en cuyo lado derecho habia un precipicio cuyo fondo no llegaba á percibirse; hácia el estremo esa meseta formaba un recodo bastante decidido en direccion á la izquierda, por donde Uli pensaba robarse á la vigilancia de los que tras él corrian, y aquella era la tabla de su salvacion, bien arriesgada por cierto. Adelantóse hácia el estremo de la meseta, y lanzada el arma al precipicio, se deslizó por lo largo de las paredes de la peña que no mostraba ninguna escabrosidad aparente para agarrarse á ella ni con los piés ni con las manos : de suerte que la cosa consistia en recorrer de este modo, suspendido sobre del abismo unos cincuenta pasos. Creyó Uli que á sus perseguidores no les ocurriria la idea de que el fugitivo hubiese podido desaparecer tras esa roca tajada; y que en su consecuencia mientras le buscasen en la garganta que estaba antes, él lograria ponerse á salvo al otro lado del valle. Los cálculos eran exactísimos, de suerte que los guardabosques perdieron la pista y la confianza de descubrirlo.

Clavando las uñas en las peñas el jóven habia ya descendido mas de treinta piés de esa pared espantosa cuando de repente conoció horrorizado que sus fuerzas se acababan; osaba respirar apenas; con algunos pasos mas el infeliz estaba salvado, pero tan inmediato al puerto iba á perecer; levantó los ojos al cielo, todavía se sostuvo un instante, mas al fin sin proferir un grito y con el corazon palpitante y la cabeza desvanecida rodó hácia el abismo.

La persecucion por lo largo de la meseta, como tambien el desesperado acto de Uli, habian tenido por testigo la espantada vista de un cazador de gamuzas, colocado encima de la roca al otro lado del abismo. El grito de los guardabosques le hizo comprender que se trataba de perseguir á un ladron de caza; y al fijar su vista en el fugitivo lo reconoció muy pronto, y sus ojos brillaron con un resplandor siniestro, aunque al mismo tiempo se sintió el corazon oprimido. Cuando Tony, que bien conocen los lectores que este era el cazador testigo de aquel horrendo espectáculo, cuando Tony vió que el fugitivo se despeñaba al abismo, voló para socorrerlo. La idea de que aquel suceso era fruto de sus pérfidos relatos dispertó en su ánimo un secreto sentimiento de angustia. A la vuelta de muchos rodeos llegó por fin al fondo, hasta donde la luz del dia no penetraba, sino como un débil crepúsculo, y en cuyo lugar corria un manso arroyuelo entre piedras cubiertas de apretado musgo. Apenas hubo entrado en aquella angostura cuando oyó los sordos gemidos de su primo, y á pocos pasos encontró á este desventurado inmóvil, casi sin conocimiento y sin que diese otra señal de vida que los gemidos. Despues de haberle examinado no supo hallarle mas herida que contusiones y rasguños, porque afortunadamente el lugar en que habia caido estaba cubierto por una espesísima y rica vegetacion, que amortiguó el golpe de la caida y fué impedimento para que Uli quedase muerto en el acto.

Su primer cuidado fué tomar agua del arroyo, y humedecer las sienes y la frente de aquel infeliz que con esto volvió en sí. Abriendo luego sus despavoridos ojos con voz débil y entre suspiros esclamó : ¿En dónde estoy? ¿Qué me ha sucedido? Era una cosa terrible. ¡ Ah ! ¿Eres tú, Tony? ¿Y cómo es posible que te encuentres en este sitio? ¡ Ay ! Aquí, aquí, aquí! dijo llevándose la mano al pecho. Agua, agua, mi querido Tony; agua, porque me muero de sed. Tony volvió al arroyo, y trajo agua que el herido bebió con ansia grandísima. Ahora me siento mejor, dijo con voz falleciente; ¡ qué caida tan terrible ! mas, á pesar de todo, prefiero esto á la angustia que me esperaba. ¡Qué horror! Yo ladron. Tony hizo como que no escuchaba las palabras del herido, á quien interrumpió diciendo : Es indispensable que pensemos en salir de aquí, y voy á buscar gentes que me ayuden á llevarte.—No, no, dijo Uli, de ningun modo; no hay necesidad de nadie. Déjame descansar un momento mas, y apoyado en tu brazo podré llegar hasta casa. Las reflexiones de Tony fueron inútiles, porque Uli se mantuvo inflexible, y ayudado por el primo emprendió, aunque lentamente y sufriendo horrendos dolores, el camino de su casa.

La llegada de Uli dió lugar á una escena muy triste. Teresa prorumpió en agudos gritos al ver á Tony sosteniendo á su esposo pálido y bamboleando, de suerte que apenas podia dar un paso, porque además del daño recibido, sus fuerzas se habian agotado en el largo camino que hubieron de hacer para llegar á casa. El infeliz cayó en brazos de Teresa, que le prodigó todos los remedios imaginables aun antes de preguntar qué le habia acontecido, de lo cual aquella pobre mujer en medio de su trastorno no se enteró hasta que vino Buhler, á cuyas preguntas satisfacieron en parte Tony y en parte Uli, aunque no de un modo bastante claro y terminante. Uli al ver á su mujer y á sus hijos deshechos en llanto se esforzaba á fin de aparecer menos enfermo y en parte consiguió su objeto.

Durante algunos dias pudo disimular la gravedad de su mal : mas bien presto los atroces dolores del pecho no le permitieron ocultar cuanto sufria. Consultado el médico declaró que esos dolores eran causados por la fractura de un hueso del pecho y que esa fractura era incurable. Sin embargo de que calló á la pobre Teresa el verdadero estado de Uli, habló francamente con el anciano, manifestándole que la enfermedad era mortal y que no habia ningun remedio posible. En semejante estado Uli hubo de quedarse en cama, y el invierno que estaba ya encima con su acompañamiento de tempestades y hielos era muy contrario al pobre enfermo cuyo estado moral era peor si cabe que el físico, porque el considerar que él mismo era el único causador de su desgracia, le traia crueles remordimientos, y los afectuosos cuidados de Teresa no hacian sino aumentarlos. La dolencia fué haciendo progresos tan rápidos que no pudieron ocultarse á la observacion de su esposa, la cual comenzó á temer que todo eso terminaria de un modo funesto.

Desde que habia acaecido la desgracia de Uli las visitas de Tony eran menos frecuentes, y aun lo fueron menos al paso que el enfermo se iba agravando. Decia al abuelo Buhler que él no podia soportar la vista de tantos sufrimientos; mas en realidad el motivo eran los gritos de su conciencia que le echaban en cara que en cierto modo él fué la causa indirecta de la próxima muerte de su primo. En cuanto al enfermo nunca le ocurrió la idea de atribuir la culpa de su desgracia á su primo, pero no le sucedia lo mismo á Teresa, á quien él confesó que seducido por las relaciones de Tony, habia faltado á su promesa, y tenido una caida cazando, pero aun entonces calló todo lo relativo al parque de Kienenberg. Con esta esplicacion del marido Teresa vió realizados sus presentimientos; y luego recordando poco á poco el proceder de Tony desde que ella se habia casado, con las alternativas que tuvieron sus visitas, y todo lo demás que pudiera contribuir á confirmarla en sus ideas, vino á deducir de todo que el jóven habia obrado con un plan maligno procurando ejercer un influjo seductor en el ánimo de su marido.

Aquel invierno fué terrible para todos los habitantes de la casa: los que estaban sanos sufrian tanto como el enfermo, y hasta la natural alegría de los niños dijérase que con anticipacion se resentia de la pérdida que iban á esperimentar muy luego. La vuelta de la primavera habia rejuvenecido la naturaleza, y el pobre Uli que ya desde un mes antes luchaba con los ataques de la muerte, no tardó en verse libre de todos sus males durmiéndose en el Señor. Teresa, el anciano y los dos nietos reunidos en torno de la cama lloraban en silencio, porque hacia ya meses que estaban viendo aquel fatal desenlace.

Al saber Tony la muerte de su primo creyó que era un deber visitar á la familia, ante la cual se mostró muy afligido atribuyendo la frialdad con que le recibieron al trastorno en que todos estaban sumidos. Sin embargo habiéndose quedado un momento solo con Teresa al pié de la cama en que aun estaba el difunto, le dijo : No os dejeis abatir de este modo por el dolor; esforzaos, y no creais que Dios os abandone. Teresa sin decir una palabra se quedó mirándolo fijamente. Si yo puedo seros útil en alguna cosa, continuó Tony, acordaos de que en mí teneis un amigo y un pariente, como amigo y pariente que era del pobre Uli.—¿Y vos, Tony, replicó Teresa con voz tremente, estais bien seguro de que en todo esto no teneis ninguna culpa? Y en seguida levantando con gesto solemne la mano encima de la cabeza del difunto, le preguntó con aire imponente: ¿Os atreveis á jurarlo delante de esta cabeza que está ya helada por el soplo de la muerte? Al oir estas palabras el rostro del cazador se puso pálido. No, no podeis jurarlo, prosiguió Teresa mirándolo de hito en hito, idos de esta casa y no volvais á entrar en ella, porque vos habeis traido la desgracia.

Al dia siguiente el jóven Uli fué acompañado á la tumba por el llanto de la desconsolada familia que colocó en aquel sitio una sencilla cruz. A sus piés se

veia muchas veces á la triste Teresa en compañía de sus hijos, con los cuales pasaba allí en el mayor recogimiento y derramando lágrimas horas enteras. Los hijos le hablaban de su difunto padre abrazándola, y á cada visita el niño se llevaba una flor de las que nacian cerca del sepulcro diciendo siempre que aquella flor le hablaria de su padre.

Desde la muerte de Uli el buen Buhler era tan desgraciado como Teresa, pues aunque le quedasen esta y sus dos hijos, faltaba á su corazon ese otro ser á quien estaba acostumbrado á amar, y con quien podia hablar de sus pesqueras y de otras cosas que no interesaban á una mujer ni á dos niños. Además de esto la tenaz melancolía de la viuda comenzaba á tenerle inquieto; y habiendo observado despues de algunos meses que la vista de los lugares en que fué tan feliz con su marido contribuia á sostener esa tristeza, resolvió mudar de domicilio junto con su familia, y Teresa consintió en ello.

A pocas leguas de su pueblo y en las orillas del pequeño lago de Oberland, el anciano Buhler compró una posesion, á donde fué á establecerse. La dulce soledad de la montaña fué un bálsamo para el corazon de la viuda y un consuelo para todos. El sublime reposo de la naturaleza, el agua siempre cristalina y tranquila del pequeño lago, las montañas pintorescamente agrupadas que los rodeaban, la grave voz del bosque, el cielo azul, iluminado por el sol en aquella limpia y despejada atmósfera, todo ausiliaba para curar aquellos corazones lacerados. El tiempo fué endulzando poco á poco el dolor de Teresa que se dedicó enteramente á la educacion de sus hijos y les enseñó á querer la memoria de su buen padre haciendo mencion diaria de él en la oracion de la mañana. De tiempo en tiempo iban juntos á visitar el cementerio del pueblo en donde reposaban las cenizas de Uli, para orar sobre su tumba y renovar las flores que en sus inmediaciones habian puesto.

El anciano Buhler aun vivió bastantes años para ver casados á sus dos nietos; y entonces el aumento de la familia y los hijos que de los dos matrimonios nacieron ayudaron á Teresa á pasar una vida mas tranquila. Tony no vió nunca mas á ningun miembro de aquella familia, continuó ejerciendo su oficio de cazador; y como muchos de los que en aquel país se dedican á lo mismo murió desgraciadamente despeñándose á un abismo. Buhler no se lo participó á Teresa , y esta nunca mas se acordó de él sino para rogar á Dios que le perdonara su maligno intento, como ella le habia perdonado.





L'astrologue

DOS LEONORES



EL ASTROLOGO

Y LAS

DOS LEONORES.

(CUADROS DE CARRAL Y SHAN.)

El abrasado viento que bajaba de los montes Sabinos removia con su sufocante aliento las aguas del lago de Albano, de cuya superficie se alzaban ligeros vapores que iban á posarse sobre el pueblo del mismo nombre y sobre las numerosas quintas, ó villas (como se llaman en Italia), de sus alrededores, pareciendo envolverlas todas en un velo misterioso. El viento y esos vapores eran las señales ciertas de una tempestad próxima; y en efecto, no pasó mucho rato sin que retumbaran sordamente lejanos truenos en las montañas. El firmamento se fué cubriendo aprisa de negras nubes , por entre las cuales los rayos acompañados del continuo estampido de los truenos, serpenteaban fantásticamente. La violenta lluvia impulsada por el viento, caia y se precipitaba á torrentes, doblábanse los árboles al embate de la borrasca, crujian algunos al desgajarse sus ramas, y los elementos desencadenados parecian reinar solos en aquel instante, mientras el hombre que se llama señor de la naturaleza, estaba temblando, y se escondia estremecido en el fondo de sus habitaciones que no contaba seguras contra el furor del cielo. En esta situacion se encontraban casi todas las personas de la bella y grandiosa quinta de Quincardino, situada en la márgen oriental del lago.

Leonor de Quincardino, dueña de esa magnífica casa, como tambien su amiga y pariente Leonor de Melrose, se hallaban en el espacioso salon donde solian pasar la mayor parte de las horas, no sin tener el corazon lleno de angustia y

de temores, y procurando tranquilizarse á puro de dirigir al cielo fervorosas preces; que en los peligros es cuando mas se acuerda de la religion el hombre, por lo comun harto olvidado de ella.

El tipo de una y otra jóven revelaba á la primera ojeada dos flores del norte trasladadas al suelo meridional; puesto que entre las mujeres italianas no se encuentran esas formas llenas y redondas, ni esas facciones dulces, tiernas y tersas de ambas señoritas, ni esas cabelleras de un rubio casi ceniciento como la que adornaba la cabeza de Leonor de Quincardino. El traje de las dos amigas tenia algo de fantástico, y por él era imposible columbrar cuál podia ser la patria de una y otra.

Su único compañero en aquellos momentos era un anciano de talla elevada, algo encorvado ya bajo el peso de los años y cuyo aspecto venerable aumentaba no poco su larga y blanca barba, pero su traje, lo mismo que el de las jóvenes, indicaba un gusto singular. Las prácticas de devocion á que durante la tempestad se entregaban las dos señoritas, no les impidieron continuar con las debidas interrupciones la conversacion que tenian comenzada. Por esta vez, maese Arnoldo, dijo Leonor de Quincardino, el cielo ha desairado vuestra profecía, porque esta mañana, como podeis recordarlo, nos habiais prometido un hermoso dia. En verdad, señorita, contestó el viejo, nunca me he vanagloriado de ser un grande vaticinador del tiempo, y si no es por casualidad jamás manifiesto mi opinion en esta materia, á que no doy la mas mínima importancia. Mi ciencia, continuó en tono solemne, y hablando con calculada lentitud, se cierne sobre un órden de cosas mas elevado : se ocupa del mundo de los espíritus; y el que tiene el poder de leer en los astros no es racional que se ocupe de la miserable cuestion de si hará sol ó de si lloverá durante el dia.

Es probable, dijo la señorita de Melrose, que en cambio tendremos una noche magnífica cuando el eter purificado dejará aparecer de nuevo y en todo su esplendor las constelaciones celestes. ¿No os parece así, maese Arnoldo? ¿Podremos esta noche leer, siguiendo vuestras lecciones, en el libro de la vida y del destino? Los astros son mudos, dijo el anciano; en este instante no se prepara ninguna constelacion, y en las doce ciudades del cielo todo está tranquilo y silencioso. Es preciso que aguardemos una hora mas favorable que no faltará en alguna otra noche.

Entretanto habia pasado el mas recio furor de la tempestad cediendo el lugar á una lluvia suave que luego cesó completamente. Gracias á Dios que puede una respirar sin miedo, esclamó Leonor de Quincardino, acercándose á la ventana que habia abierto y paseando sus miradas por el magnífico paisaje que á lo léjos se estendia. En seguida cogió un pequeño telescopio, y al punto estuvo completa y esclusivamente ocupada contemplando un objeto que acababa de herir su vista. Mira un poco allá abajo, hácia el pié de la montaña, dijo á Leonor de

Melrose, aquel caballero que al parecer ha sido alcanzado por la borrasca. Sin duda ha de haber corrido un gran peligro. La amiga cogió el telescopio, miró un rato y dijo hablando lentamente: Es espantoso ver eso. Apenas se distingue al hombre del animal, y no lo veo claramente ó lo que hiere mi vista es una cosa muy singular. Hacedme el favor de mirar vos, maese Arnoldo, dijo al anciano, porque vos entendeis mejor que nosotras todo eso de caballos y caballeros.

El anciano tomando el telescopio, se dedicó á examinar el caballero, que durante ese rato se habia aproximado mucho. ¡La Vírgen le asista! esclamó despues de un momento de silencio. Ese hombre está tendido sobre el caballo, sin dar la menor señal de vida. Sin ninguna duda eso es alguna desgracia; pero, añadió con aire pensativo, ó yo estoy trascordado ó conozco el caballo, aunque en verdad no puedo absolutamente decir cómo le conozco ni de quién es. ¡Gran Dios! esclamó la señorita de Quincardino, como herida por un presentimiento. Esta mañana nos ha saludado pasando por aquí montado el marqués de Lusignani, que iba á cazar á la montaña, y nos ha prometido recogerse temprano. ¡Si será él! ¡Si le habrá sucedido alguna desgracia! En efecto, continuó Arnoldo, casi tengo por cosa cierta que reconozco su caballo. ¿Y será posible, esclamó la señorita de Melrose cuyo corazon palpitaba de angustia, será posible que dejemos consumarse un desastre á nuestra vista? ¿No hay medio de proporcionar algun ausilio á ese desgraciado caballero?

Antes que podamos enviar quien detenga á ese animal, estará muy léjos, y de seguro os digo que no hay medio de prestarle ninguna ayuda. Esto es horrible, esclamaron las dos señoritas, ver una que va á verificarse una desgracia y no tener manera de evitarla. Deteneos, dijo Arnoldo: el caballo no corre ya cual si un huracan lo arrebatara; su furor se ha calmado; observad, observad como á impulsos de su instinto se dirige con su ginete hácia esta quinta. ¡Dios sea bendito! esclamó Leonor de Melrose. Quizás se habrá salvado, dijo á su vez la otra señorita. Por de pronto no es dudoso, dijo Arnoldo; la dificultad si acaso consistirá en lo que ya ha sucedido.

Pronunciadas apenas estas palabras á que hizo coro una alegre esclamacion de las dos jóvenes resonó en el patio de la quinta el resuello del caballo. Los criados de la casa que corrieron al oir aquel ruido quedaron pasmados ante el espectáculo que se presentó á sus ojos. El marqués de Lusignani, pálido, desfigurado y sin conocimiento estaba tendido sobre el lomo del animal, cuyo cuello tenia abrazado convulsivamente, porque sin duda en el último momento instintivo de la propia conservacion habia acudido á ese remedio que lo salvó, y despues del cual probablemente se habia desmayado. Con no poco trabajo lo sacaron de la silla y lo condujeron, por órden de la señorita de Melrose, á la estancia en donde habia tenido lugar la conversacion que hemos relatado.

Las dos vírgenes recibieron al huésped que por estraños caminos habia sido

llevado á su casa con grandísima ansiedad y le hicieron colocar encima de una cama. Maese Arnoldo que en caso necesario podia prestar los primeros ausilios, tomó el pulso al marqués, indicó á las dos amigas que saliesen por algunos instantes, é hizo mudar el calado vestido del enfermo con otro seco y caliente. El suave calor producido por semejante cambio no tardó en producir un efecto favorable. Cuando las señoritas entraron otra vez en la sala, las mejillas del marqués habian ya adquirido un poco de color y sus alteradas facciones estaban tranquilas, aunque sus ojos empañados é inmóviles se abrian por intervalos para otra vez cerrarse inmediatamente, y sus labios sufrian un temblor nervioso cual si el marqués quisiera hablar sin tener la fuerza necesaria para articular algunas palabras. Las dos primas escuchában con el mayor cuidado la respiracion del enfermo, procurando al mismo tiempo leer en las miradas de maese Arnoldo el pronóstico que hacia del doliente. El anciano lo notó muy luego, y dijo en tono lento y muy marcado: No hay el menor peligro, ni le ha habido. Esto no es mas que una súbita interrupcion de las funciones de los órganos mas esenciales á la vida; y para volver las cosas á su camino regular y restablecer el turbado equilibrio nada puede haber mas á propósito que el calor y el reposo; despues la robusta constitucion del señor marqués hará lo restante.

Transcurrida una hora de descanso los hoscos ojos del enfermo recobraron una espresion mas dulce, y se dirigian tranquilamente hácia las personas que le rodeaban á las cuales reconoció muy luego. Entonces sus labios se agitaron con mas fuerza cual si quisiera hablar; y por fin poniéndose la mano en la frente para reunir sus ideas, pronunció no sin pena las siguientes palabras:

¿Cómo me encuentro en vuestra quinta, noble señora de Quincardino? Es una pregunta á la que puedo contestaros fácilmente, dijo esta. Vuestro fiel caballo, á impulsos de su instinto, y al cabo de una rápida carrera, os ha traido acá, en donde despues que habeis sido sacado del caballo estando completamente sin sentidos, os han vuelto á la vida los cuidados de maese Arnoldo que no ha encontrado en vuestro cuerpo ninguna fractura. Al oir pronunciar el nombre de Arnoldo cruzó la frente del marqués una ligera nube. Conocia á ese hombre, sin saber porqué no le gustaba, y tenia un verdadero pesar al ver la deferencia de las dos señoritas hácia el mismo.

¿Qué es lo que os ha sucedido, señor marqués? le preguntó la de Melrose en un tono que espresaba interés muy grande. ¿Cuál es la causa del acontecimiento que acaba de afligir á vuestros amigos? Si son amigos como vos los que han temido por mí, yo tendré por muy feliz el accidente que me ha procurado esta dicha, contestó con galantería Lusignani. Por lo demás, señorita, añadió apretándose la frente con ambas manos, no es tan fácil contestar á esa pregunta como á la que yo os he dirigido, porque á la verdad echo de menos la memoria, y siento un vacío en mi existencia; de modo que á mi entender me faltan mu-

chas horas de la vida. No habléis, señor marqués, dijo la señorita de Quincardino en tono dulcemente imperativo; evitad con esmero todo esfuerzo, y cuanto pueda afectaros. Al contrario, dijo Lusignani; el hablar creo que alivia mi pecho, y cada palabra que suelto parece que levanta de encima de mi corazon un peso enorme.

Oidme pues. Bien sabeis que esta mañana yéndome á cazar acompañado de vuestros buenos augurios, me he dirigido á la montaña. Desgraciadamente vuestros deseos no se han cumplido, porque con no poca desesperacion de un cazador, la caza que sin duda ya venteaba la tempestad, se mantenia escondida en sus madrigueras. Desalentado ya y de mal humor me interné hácia el fondo de la montaña, hasta que ya no pude hacerme ilusion acerca del peligro que me amenazaba. Comencé á retroceder; mas como la atmósfera á cada instante se ponia mas oscura, me estravié completamente por el bosque, y no tuve mas remedio que abandonarme al instinto y á la voluntad del caballo. Al principio procediendo el animal con mucha prudencia caminaba al paso, pero á medida que iba arreciando y siendo mas inmediato el estampido de los truenos comenzó á inquietarse. Ya estaba yo mojado hasta los huesos y sentia los calofrios de la calentura, que apenas me dejaba sostener en la silla cuando de repente cae un rayo muy cerca de mí, y me ha cubierto de un mar de fuego. Aturdido por la conmocion eléctrica no he tenido fuerza para retener el caballo ya desbocado, que atravesando la maleza, se ha encontrado muy pronto en la salida del bosque. Recuerdo confusamente que al pasar por allí con una velocidad asombrosa ha caido otro rayo desgajando una encina y dando muerte á un pastor que sin duda habia buscado un refugio debajo de sus ramas. Desde aquel momento, falto completamente de conocimiento, nada sé de lo que ha pasado hasta que á mi parecer he recobrado la vida.

Despues de dormir algunas horas el marqués pudo trasladarse á su casa prometiendo á las dos señoritas que al dia siguiente les enviaria noticia de su estado.

Durante los disturbios religiosos y políticos que trastornaron el reinado de Cárlos I de Inglaterra, el noble Kincardin tomó la resolucion de abandonar su patria, á lo menos por algun tiempo. Ese caballero, buen católico, pero harto indolente para tomar una parte activa en las luchas de partidos, no podia acostumbrarse á la idea de que triunfasen los puritanos; y á esa resolucion tomada por dicho señor habia contribuido no poco el astrólogo Arnoldo, haciéndole leer en los astros un porvenir aun mucho mas sombrío para los verdaderos creyentes de aquel país conturbado. Como este personaje es uno de los principales en la narracion que vamos estendiendo, fuerza es que nuestros lectores le conozcan, y sepan porqué ejercia en el ánimo del hidalgo y de su familia el prestigio de que veremos grandes pruebas.

La astrología en la edad media habia disfrutado de crédito estraordinario, y

los que á ella se dedicaban eran respetados y temidos por el vulgo, y además consultados y galardonados profusamente por los magnates y los reyes. No habia hombre de importancia que no contase con un astrólogo para saber cuál seria el resultado de sus empresas, ya fuesen amorosas ya guerreras, y á la manera que los generales romanos no acometian ninguna conquista sin que antes los augures y los arúspices observáran el vuelo de las aves y estudiáran las entrañas de las víctimas; así los hombres de alta cuna en la edad media hubieran achacado á temeridad lanzarse á la guerra, ó á un trance amoroso muy comprometido, sin contar antes con el pronóstico que para la una y para el otro hubiese hecho su astrólogo. Quizás no todos los que consultaban tenian fe en las revelaciones de aquel arte, ó mas bien oficio, que osaba decorarse con el título de ciencia; mas la preocupacion y el ejemplo dejaban en el ánimo de esos mismos por lo menos una duda ó un recelo de si pudieran ser ciertos los anunciados presagios. El astrólogo que hablando en nombre de las constelaciones y de los signos del cielo, que rodeado de instrumentos cuyo uso desconocian todos los demás hombres, que envuelto en libros y pergaminos que no entendian ni eran capaces de leer los magnates de aquel tiempo, que vistiendo un traje estraño pero holgado, magnífico y negro, que usando un lenguaje ambiguo y misterioso, decia cosas que no se oian sino de su boca, era tenido por hombre superior á todos los demás, y por fuerza debia ejercer algun influjo en el pecho de aquellos orgullosos nobles, á quienes no detenia un castillo, ni amedrentaba el número de enemigos, pero hacia temblar el aparato de una ciencia desconocida y que no vacilaba en asegurar la ejecucion de los acontecimientos futuros. Como en esto mediaban intrigas de otra clase, y el astrólogo revelando á un caballero el éxito de una empresa temeraria á que se lanzaba sabia quizás por el enemigo de este los obstáculos que encontraria, y las dificultades que habia de tener en vencerlos, no era difícil que muchas veces saliesen ciertos sus pronósticos, que al fin no eran sino la revelacion de acontecimientos de que ya tenia noticia.

A pesar de todo la astrología era reputada por una ciencia, y sus profesores, temidos y estimados, imponian á los reyes y á los primeros magnates y tenian la audacia de amenazarlos con los pronósticos que de sus cálculos cabalísticos sacaban. Algunos siglos duró esa fascinacion pública, y por esto vemos á soberanos y á señores feudales del mas elevado rango consultar á los astrólogos, y ser tratados por estos, no solo familiarmente, sino á guisa de personas sobre las cuales tenian una superioridad y un ascendiente irresistibles. Personajes bien conocidos en la historia de las naciones y que ostentan en ella sus colosales figuras y sus hechos tan grandes como era encumbrado su nacimiento, se presentaban en actitud humilde ante el embaucador astrólogo que con aire dignitoso, acento seguro y voz solemne, profetizaba sin reparo, y retraia ó impulsaba á importantes y

decisivas resoluciones. ¿Quién sabe si Catalina de Médicis, que con frecuencia consultaba á un astrólogo, hubo de querer oir su opinion antes de resolver las desastrosas escenas de la noche de San Bartolomé? Otros hechos, sino de tanta trascendencia y de tan horrendo carácter, de igual ó mayor importancia política, dependieron de la opinion y del consejo de un astrólogo embaucador y mentiroso, movido por el resorte del favor ó del dinero.

En la época á que se refiere nuestro relato el crédito de la astrología estaba en menguante; pero en algunos puntos en donde lo que hoy llamaríamos civilizacion del siglo llegó mas tarde, aun conservaba bastante influjo y gozaban de crédito sus vaticinios. Y aun en esos mismos puntos algunas familias los tenian en mas favor que otras segun era la educacion que sus individuos habian recibido; y entre las mas favorecedoras de la ciencia podia sin duda colocarse la de Kincardin, de la cual era jefe á la sazon el caballero que habia resuelto abandonar su patria, por lo menos mientras durasen los disturbios que entonces la afligian.

Hemos dicho que para esa resolucion contribuyeron mucho los consejos del astrólogo Arnoldo, y no es de admirar que así fuera, porque la familia de ese caballero desde tiempo inmemorial habia mantenido un astrólogo en su castillo. Ya mucho antes de morir el padre del actual señor de Kincardin era el astrólogo titular del castillo maese Arnoldo, que si bien pasaba por italiano, no faltaban motivos para sospechar que era griego. Desde Grecia á lo menos habia ido á Escocia y despues de recorrer diversas capitales de Europa presagiando el destino á los magnates y leyendo en las estrellas el horóscopo de cien personajes, fué finalmente á parar al castillo á instancias de su señor que le habia conocido en la capital de Inglaterra.

Cuando sobrevinieron en ese país las revueltas del reinado de Cárlos I aun tuvo valor de amenazar en nombre del cielo á muchas personas de las que militaban en las filas del parlamento; mas por fortuna suya le reputaron por un loco ó un visionario digno de ser compadecido, que no castigado. Sin embargo del descrédito en que segun hemos dicho habia caido la astrología, aun iban al castillo de Kincardin á visitar á Arnoldo personas de elevado rango, á quienes molestaba el afan de saber lo que debia acontecerles.

Su habitacion era la mas alta estancia de un vetusto torreon desde donde se dominaba una vastísima llanura, y podia mas á su sabor contemplar el espacio y consultar los cuerpos luminosos que lo decoran. Encumbrado en aquella cúspide cual el águila que se cierne sobre la region de las nubes, dirigia sus miradas al universo, y á juzgar por sus palabras, desde allí leia el destino de los imperios, la suerte de los reyes y los sucesos de cuantos hombres representaban un papel visible en la tierra. Y léjos de limitarse á esto, jactábase tambien de dar la direccion que mejor le acomodaba á los acontecimientos políticos, y no hubiera sido empresa ardua para su impenetrable ciencia adornar las sienes de

un monarca con la corona de su vecino. Era ya hombre entrado en dias, segun antes hemos dicho, pero tenia mucha robustez y sanidad aparentes, no obstante de que bajo su holgada túnica se escondian los defectos de su carcomido cuerpo. El grande monterete que le cubria la cabeza ocultaba su absoluta falta de cabellos, y el cinturon anchísimo y bordado de figuras simbólicas y signos incomprensibles, en armónica combinacion con las restantes piezas de su traje, le daban un aire majestuoso y hasta imponente. Sus largas y enjutas manos eran una señal infalible de su vejez; mas no por esto tenian menos destreza en el manejo del compás, y en el rollar y desenvolver raidos pergaminos.

Este hombre fué quien determinó al señor de Kincardin á que saliese de su tierra, y con mucha destreza le hizo comprender que segun indicaba la influencia de los astros, la Italia era el país destinado á convertirse en su segunda patria. Tomada la resolucion fué muy presto llevada á cabo. El caballero puso sus negocios en órden, y acompañado de su hija Leonor, de su sobrina, hija de una hermana difunta y que tenia el mismo nombre, de maese Arnoldo y de algunos criados, se dirigió á Italia, en donde no léjos de Roma y á orillas del lago de Albano compró una villa ó quinta, á la cual muy pronto se dió el nombre de quinta de Quincardino. El buen caballero disfrutó durante poco tiempo del saludable aire de Italia, pues lo llevó muy luego al sepulcro un ataque de apoplejía. Aquella inesperada muerte hubo de estrechar los lazos de amistad entre las dos huérfanas, cuyo único consuelo era la mutua espansion de sus corazones.

Por efecto de la educacion que habian recibido la una y la otra, en la cual representó muy principal papel la influencia de los astros, tenian un respeto grandísimo al arte falaz del italiano; y en consecuencia de esto, despues de la muerte del hidalgo, no le fué difícil al astrólogo adquirir un ilimitado ascendiente en el espíritu de aquellas sencillas jóvenes, cuya poca edad las conservaba casi estrañas á todo comercio con el mundo. A despecho de los esfuerzos de maese Arnoldo para mantener su influjo esclusivo, las escocesas habian contraido algunas relaciones de buena vecindad con la nobleza de los alrededores, y el marqués de Lusignani, cuya quinta estaba muy cerca de la suya, era la persona con quien mas se habian intimado. Mucho contribuyó á ello la circunstancia de que como el marqués habia viajado por Inglaterra y Escocia, podia hablar con ellas de cosas cuya memoria les era sumamente grata.

Algunos dias transcurrieron despues del lance que hemos referido antes que el marqués estuviese en disposicion de salir, y naturalmente cuando pudo hacerlo su primera visita fué para las jóvenes escocesas que le recibieron con una cordialidad franca, y no le disimularon el gozo que les causaba verle del todo restablecido de su accidente. Considerábanse como el instrumento de que la Providencia se habia servido para salvarle, y esto mismo aumentó muchísimo la intimidad entre las dos y el marqués, que desde entonces se declaró su caballero.

Durante las deliciosas tardes del verano aquella reducida sociedad se paseaba frecuentemente por las encantadoras orillas del lago, en donde la franca é ingenua alegría del marqués sabia poner las almas de concierto con la hermosa naturaleza que llena de felicidad y de gozo el corazon del hombre y le hace sentir la ventura de la vida. Esas tardes solian terminar con algunos romances que el marqués cantaba con aquella ternura y gusto que distinguen á los hijos de Italia.

En una de dichas tardes y cuando las dos señoritas sentadas en un canapé de césped escuchaban con delicia al jóven que habia cantado ya algunos aires italianos, de repente el cantor preludiando en el arpa armonías de un carácter muy distinto, entonó una antigua balada escocesa. Al oir aquel canto de su patria que desde muchos años no habia penetrado en sus oidos, se dispertaron en el alma de aquellas desterradas mil recuerdos de la infancia, recuerdos dulces y melancólicos á un tiempo mismo. ¡Oh mi querida Escocia! esclamó con dulce entusiasmo la señorita de Quincardino, ¡cuán poca cosa son las maravillas de Italia comparadas con tu modesta magnificencia! ¡Cuándo podré yo poner los piés en tus playas y saludarte con el corazon colmado de alegría! ¡Ah patria amada! ¡Por qué no he de gozar de la vista de tus montañas y de tus valles, y de aquellos antiguos bosques, entre cuyas ramas me parece oir aun el viento que susurraba y traia los balidos del carnero hasta las ventanas del castillo! ¡Ay! ¡cuán triste es recordar desde una tierra estraña esas dulzuras que se sintieron en la patria durante la edad primera!

Sois muy injusta, interrumpió el marqués en tono de reconvencion amistosa. En todas partes ha puesto la Providencia alguna cosa para alegrar el corazon del hombre, si sabemos olvidar la limitada nocion de nuestra patria. Yo lo he esperimentado por mí mismo en mis largos viajes por Europa. El hombre puede encontrar la felicidad en todas partes, cuando no trata de destruirla. Y sin embargo, repuso Leonor de Melrose, nada hay tan hermoso como la patria, porque en ninguna otra parte halla el corazon ni felicidad ni contento verdadero. No soy de vuestro parecer, señorita, dijo el marqués; no quiero negar que la patria ejerce sobre el hombre un encanto mágico; mas lo que constituye su verdadera felicidad es el dulce abandono del amor hácia otro ser; y aunque el amor no tiene patria propiamente dicha, sin embargo él es quien nos hace amar el mas pequeño y recóndito punto de la tierra, en donde hayamos encontrado un ser que sepa amarnos y comprendernos.

El sol inmediato á su ocaso derramaba sus últimos rayos sobre el lago y sobre sus risueñas márgenes, y habia transfigurado en cierto modo la fisonomía del marqués, que al pronunciar estas palabras tomó una viveza y espresion indefinibles. Nunca las dos amigas le habian oido hablar de aquel modo, y al escuchar sus palabras sintieron nacer repentinamente en sus corazones afectos nuevos que las colmaron á un tiempo de timidez y de turbacion.

Desde aquella tarde se reveló á las dos amigas una vida nueva, y un nuevo sentimiento se apoderó de aquellos corazones jóvenes que en otro tiempo tenian una entera confianza mutua, pero que desde entonces procuraban ocultar su secreto en presencia de Lusignani. El ojo perspicaz del marqués descubrió muy luego el efecto que su presencia causaba á las dos amigas, descubrimiento que le colmó de inquietud y de alegría. Entonces se reconvino á sí mismo porque guardando las propias consideraciones á las dos jóvenes dispertó en ellas afectos tiernos, á los cuales no podia corresponder sino con respecto á la una. ¿Y no habria medio para que la otra tuviese tambien alguna alma tierna y amorosa, que respondiera al afecto que habia nacido en el pecho de Leonor de Melrose? De pronto le ocurrió la persona de su primo el conde de Séssano que dentro de pocos dias iba á llegar á la quinta con ánimo de permanecer allí hasta el principio del invierno. Arreglado su plan aguardó la llegada del conde, nunca tan deseada como ahora.

Mientras tanto el viejo astrólogo que en realidad estaba dotado de gran tino para conocer á los hombres no tardó en comprender el estado de las cosas, tanto mas cuanto desde la primera visita del marqués habia adivinado cuál seria el desenlace de la amistad que con él contrajeron las dos pupilas, no pudiendo recaer la duda sino en cuál de las dos se llevaria la preferencia. Desde que hirió su imaginacion esta idea mostró cierto desvío hácia el jóven galan, y como este por su parte odiaba al viejo á causa de su aire hipócrita y de su arte falaz, fueron luego dos enemigos, entre los cuales toda reconciliacion era imposible. Cuando Arnoldo hubo comprendido que Leonor de Quincardino llamaba la atencion del marqués mas que la prima, subió de punto su enemiga, porque aquella era muy rica, y Arnoldo habia ya hecho sus cálculos acerca de la fortuna de la jóven. Así esta como la de Melrose no desconocieron luego la antipatía entre aquellas dos personas; y aunque la deploraban muy vivamente, no osaron tentar ningun medio para acercar á los dos adversarios, ni á la verdad les hubiera sido fácil conseguirlo. Habia una absoluta contraposicion de carácter y de sentimientos, y ni uno ni otro estaban dispuestos á sacrificarse recíprocamente cosa alguna. Se observaban de continuo, y el uno tenia del otro una desconfianza ilimitada. A pesar de todo las dos pupilas alimentaban la ilusion de que la enemistad entre el marqués y Arnoldo no era tan viva, fundándose en que desde algun tiempo á aquella parte el segundo recibia al primero con mas benevolencia que antes; y esto mismo alarmó mas y mas al marqués, hizo que creciera su desconfianza, y que afectando no ocuparse del astrólogo le siguiera los pasos y espiara todas sus acciones.

Por fin llegó á la quinta el conde de Séssano, y el marqués á los pocos dias le preguntó si tendria gusto en ir á la quinta de Quincardino, haciéndole una pintura de las personas que en ella habitaban, aunque sin darle lugar á traslucir

su interés por una de ellas. Se deja entender que el conde aceptó con gusto la oferta, y despues de obtenido por el marqués el permiso de Leonor de Quincardino se presentó con el conde. Ese jóven no era bello, ni llamaba la atencion á primera vista; pero cuanto mas se lo consideraba tanto mas iba agradando, y se echaba de ver la esmeradísima educacion que habia recibido, y cuán bien aprovechó las lecciones de sus preceptores. Era dueño de una gran fortuna, de la cual no podia disponer mientras viviese su madre : mas esta señora, celosísima en este punto, no lo era en cuanto á la eleccion que su hijo hiciese de la mujer que quisiera para esposa. Hubiera preferido una jóven de alta clase, pero no pensaba contrariarle en caso de inclinarle la pasion á otra parte. A la verdad el conde habia enamorado á varias doncellas, pero nunca llevó las cosas tan al cabo que pudiese considerarse comprometido con ninguna. Cerca estuvo de ello meses antes; mas un desvío de la jóven le separó completamente de ella, y á la sazon de que hablamos su pecho no palpitaba por ninguna. Estas esplicaciones satisfacieron mucho al marqués, quien sin embargo tembló al considerar cuán fácil era que mientras él le llevaba á la Quinta á fin de que se agradase de Leonor de Melrose, el condesito prefiriera á su amada, y esto diese ocasion á algun lance desagradable, á una riña entre ambos, y aun al rompimiento con Leonor, porque bien podia suceder que esta gustase mas del conde que iban á presentarle. No obstante las cosas habian llegado ya á un punto del que era preciso salir á todo trance, y el marqués acompañó al conde, fiado en su buena fortuna y en el cariño que la Quincardino le profesaba.

Bien recibido fué el conde, no solo por consideracion á quien lo presentaba, sino porque no tardaron las dos jóvenes en descubrir en él las buenas dotes que todo el mundo le conocia. La primera visita fué breve, se habló de cosas generales, y el conde se hizo cargo muy detenidamente de las prendas físicas y de cuanto mas pudo observar en las dos primas, porque el marqués le exigió la palabra de que despues de verlas le declararia francamente si le agradaba alguna de ellas. Bien seguia Lusignani con la vista todas las acciones y todas las miradas del conde, bien avaloraba las palabras que á una y á otra de las señoritas dirigia; parecíale á veces que se inclinaba mas á esta y despues que mas á aquella; y el resultado fué no habèr podido formar concepto ni aun cálculo alguno probable. Durante el camino mantuviéronse en silencio los dos jóvenes, cual si nada tuvieran que hablarse; mas al estar solos con las tazas de café sobre la mesa creyó el conde que era ya hora de sacar de angustias á su amigo.

Preciso es que el lector recuerde que al hablar por primera vez de las dos pupilas hemos dicho que al momento se conocia que eran dos hijas del norte, que sus formas eran llenas y redondas, sus facciones tiernas dulces y tersas, y aunque no se pareciesen, no obstante tenian un tipo particular que así bien convenia á la una como á la otra. La diferencia mas esencial y mas prontamente

visible entre ellas era que Leonor de Melrose tenia el cabello casi negro; al paso que Leonor de Quincardino ostentaba con mucha gracia una rica cabellera de un rubio clarísimo y casi ceniciento. La conversacion de los dos amigos hace indispensable recordar esta circunstancia. Y bien, dijo el conde, ya está hecha la visita y yo dispuesto á decirte francamente el efecto que tus dos amigas me han causado: pero antes he de hacerte una pregunta y es forzoso que me contestes á ella. ¿A mí una pregunta? dijo el marqués. Sea en buen hora. Me parece, continuó el conde, que tú amas á una de esas señoritas, aunque has sido tan discreto que por mi honor te juro que no sé á cuál, ni aun me atreveria á asegurar que amases á una. No pretendo por ahora saber si amas á Leonor de Quincardino ó á Leonor de Melrose, únicamente es preciso que yo sepa si amas á una de las dos. ¿Tú serás franco conmigo? preguntó el marqués. Tan franco que no te dejaré ninguna duda acerca de mis sentimientos; mas como tú me has presentado en la quinta y á mí me agrada una de las dos señoritas, ya ves que ante todo he de saber si tú amas á una de ellas. Si cada uno de nosotros ama la suya, estamos en buen camino; pero si la desgracia hiciera que los dos amáramos á una misma, la justicia, la razon, nuestra amistad y nuestro parentesco exigen que yo me retire, y te deje el campo libre. Si no se tratara de los dos, uno y otro sabemos cómo se ventilan estos negocios: mas tú y yo nos queremos demasiado para llegar á ese estremo, y además eso seria por mi parte una felonía que no se ajusta con mi carácter. ¡Con que te ha gustado una de ellas! dijo el marqués con inquietud visible. Sí, contestó el otro, y no me queda duda de que tú amas á la otra. Por fin, amigo mio, solo falta que tú ó yo nombremos á la preferida; si es una misma, dentro de un cuarto de hora habré salido de tu Quinta; si no es, dentro de una hora vamos á verlas y á referirles nuestra conversacion. ¿Te parece bien mi propuesta? Hombre, dijo el marqués, no me parece bien, ni mal; sentiré muchísimo que nos encontremos rivales y será para mí muy doloroso aceptar tu sacrificio. ¿Y no lo seria mas, preguntó el conde, cederme la querida? Todo es malo, repuso el otro; y aunque yo he deseado tu venida, tu visita á la Quinta, y tus amores con una de las señoritas, nunca me figuré que tuviésemos la desgracia de querer á una misma. Pues yo creo, dijo el conde, que es lo que naturalmente debia haberte ocurrido, porque no hay duda sino que la una es mucho mas hermosa que la otra, y lo natural es que uno y otro nos agrademos de lo mejor. ¿Con que entonces, dijo el marqués visiblemente alterado, la que te gusta es la mas hermosa? No he dicho tanto, contestó el primo; digo que lo natural es que la mas hermosa guste mas, pero tú ves que hay hombres que cuando llegan al punto de elegir no eligen lo mas bello. Además eso de la belleza no es cosa tan bien definida que lo hermoso para uno lo sea para todos; así puede muy bien suceder que en realidad no sea la mas hermosa aquella á quien yo daria este dictado. En suma, amigo


BIBLIOTECA
SEVILLA

4



SOHN pinx. W. FRENCH sc.

Les deux Eleonors.

The Two Leonoras. Die beiden Leonoren.

mio, esclamó el marqués, sácame de esta ansiedad en que me tienes, dime cuál te ha gustado mas; ya sabes el nombre de una y otra, dilo y hemos concluido. Parecia que el marqués se iba impacientando; y como el conde en realidad estaba muy decidido á hacer el sacrificio que habia dicho, no quiso prolongar el martirio de su amigo. La una tiene el cabello negro, y la otra rubio, le dijo; ¿no te parece que es esta la diferencia mas visiblemente notable que hay entre ellas? Sin ninguna duda, contestó el marqués. Dí, pues, ¿cuál te gusta, la rubia ó la otra? Tú quizás reputas la no rubia por la mas bella, dijo el conde, y otros opinarán lo contrario; yo soy del parecer de estos últimos; tengo por mucho mas hermosa á la rubia, á Leonor de Quincardino; mas como nunca me he preciado de tener gusto muy esquisito, te digo terminantemente y como hombre de honor que yo prefiero la otra; me gusta mas Leonor de Melrose. Al oir el marqués este desenlace, esclamó como un loco: estamos salvados; y levantándose del asiento dió un apretado abrazo á su primo y hasta le besó las mejillas. ¿Con que tú amas á la rubia? le dijo el conde. Sí, la amo, la adoro, y no puedes figurarte lo que me has hecho sufrir retardando tu esplicacion tanto tiempo. Culpa tuya es, repuso el conde; tú podias haber comenzado diciendo que amabas á la Quincardino y yo te hubiera contestado que me gustaba la otra.

Sea en buena hora, dijo el marqués, ame cada uno á la suya, y en cuanto á mí te juro que como ella quiera será mi esposa. No diré yo otro tanto, repuso el conde; he de saber si me ama, he de conocerla mas á fondo; pero me parece que tu ejemplo será un grande cebo para que yo muerda el anzuelo.

Ahora, dijo el marqués, he de enterarte de otra cosa muy importante y en la cual hemos de proceder de acuerdo si nos proponemos salir adelante con nuestro empeño. Y en seguida le refirió los antecedentes de Arnoldo, lo que él habia observado, y le dió á entender sus sospechas de que queria estorbar el matrimonio de las dos primas, ó al menos el de Leonor de Quincardino, que era la mas rica, sin duda para usurpar sus riquezas, y que en este concepto era preciso conspirar contra el viejo, vencerlo y acabar con su influjo á todo trance. Prometió el conde hacer todo lo posible para lograr este objeto; y de esperar era que de tales y tan audaces adversarios no triunfaria Arnoldo á despecho de todos sus embustes y embelecos.

Mientras tanto no se habia el astrólogo descuidado, y cuando vió el refuerzo traido por el marqués, y adivinó cual era el plan que con la presentacion de tal compañero se habia propuesto, hubo de comprender que era indispensable redoblar su empeño para vencer á dos enemigos en vez de uno. So pretesto de entregarse á estudios ocultos, comenzó por ver muy pocas veces á los dos amigos, y en lugar de esto hacia visitas muy cortas por los alrededores, y de cuando en cuando recibia en su gabinete á algunas personas con quienes hablaba tambien á escondidas en la vecindad de la Quinta, verificándose siempre esas idas y veni-

das en hora muy temprana de la mañana. Sí, fray Cárlos, decia durante una de esas misteriosas entrevistas al aire libre, á un hombre cuyo esterior no dejaba duda de que era un fraile; se trata de que la mina salte poco á poco, y de que vuestro prior no se empeñe en que esto se efectue precipitadamente. Despues de haber procurado en vano separar los corazones de mis pupilas de las cosas terrenas, he imaginado otro plan de que el prior tiene noticia hace mucho tiempo; mas para que este plan no se frustre es indispensable obrar con gran prudencia, porque la mas mínima sospecha seria muy capaz de trastornarlo. El prior, dijo el fraile, tiene una confianza ilimitada en vuestro saber y en vuestra discrecion, ya que nadie conoce mejor que vos el estado de las cosas; pero no obstante me ha encargado que os recomiende tener siempre presente que el marqués de Lusignani es un enemigo contra el cual ninguna prevencion es escesiva. Entre las altas y sombrías paredes de vuestro convento, dijo maese Arnoldo, todo lo veis negro; el marqués no es tan maligno como vosotros quereis dar á entender, figurándoos que tiene algun indicio de nuestro proyecto. Otra persona se ha mezclado en el negocio á favor del marqués y de las pupilas, cuya persona si bien no la reputo por de gran criterio ni de mucha perspicacia, la tengo por muy capaz de abrazar cualquier espediente por ruidoso y atrevido que sea, si por desgracia llegasen á su noticia nuestros manejos. ¡Otra persona! esclamó el fraile. ¿Y de cuando acá se ha reunido al marqués un nuevo adversario? El hecho es reciente, dijo el astrólogo : mas no por esto menos cierto: y hé aquí tambien porque son menester mucha cautela, mucha calma y dejar que las cosas sigan su curso regular, porque solo así podrán tal vez conducirnos al fin que apetecemos. Yo, dijo el fraile inclinándose con respeto, no hago mas que cumplir con mi deber refiriéndoos los temores y los recelos del reverendo padre prior. Está bien, continuó el astrólogo; estoy muy sobre el aviso; ejecutad puntualmente cuanto os digo, y sobre todo tened muchísima prudencia en Albano, en donde el marqués y su nuevo aliado tienen grandes relaciones y mas que mediano influjo. No repareis en decirle al prior este nuevo contratiempo, mas que no desmaye; la noticia debe servirle únicamente para redoblar su cautela, y no tener la impaciencia que se trasluce en todas sus cartas y mensajes. La cosa consiste no en obrar pronto sino en obrar bien, y la precipitacion echa á perder la mitad de las empresas. Acostumbrado á las de esta clase, sé el tiempo que para llevarlas á feliz término se necesita , y querer escatimar dias y horas es disminuir el número de las probabilidades favorables. Confianza en mí, y paciencia. Vuestras palabras, dijo el fraile, serán fielmente trasmitidas á mi superior. Los dos interlocutores se separaron; el fraile desapareció en el bosque, y Arnoldo tomó el camino de la Quinta.

El plan del astrólogo consistia en aguardar que las dos jóvenes le rogasen que les descubriese el horóscopo del marqués, mas ahora fué preciso añadir la se-

gunda parte, esto es, que quisiesen tambien averiguar el del conde, porque el ojo perspicaz de Arnoldo no tardó en comprender que si Leonor de Quincardino estaba enamorada del marqués y era correspondida, á poca diferencia sucedia lo mismo entre la otra Leonor y el conde. Cierto que ignoraba si estos dos jóvenes se habian agradado despues que el conde fué presentado en la Quinta ó si sus relaciones eran de mas larga fecha; pero se inclinaba á lo primero porque las jóvenes no iban á ninguna parte solas, al conde no le vió sino muy pocos dias antes de ser presentado; y además juzgaba que á su perspicacia no habria sabido esconder la candidez de Leonor aquel afecto si realmente lo hubiese esperimentado, como no pudo tenerlo oculto desde el primer dia su prima la de Quincardino. De todos modos los dos galanes harian causa comun y era menester decir á las Leonores el horóscopo del uno y del otro, y Arnoldo queria aguardar á que ellas mismas lo solicitaran.

Sus cálculos eran muy acertados, porque ambas pensaron en eso y no se habian atrevido hasta entonces á manifestarlo, temiendo que semejante peticion no vendiera el secreto de sus corazones, que en su concepto era todavía un misterio para Arnoldo. Cuando este llegaba al pié de la gradería de la Quinta hirió sus oidos la voz de las dos que estaban en la ventana gozando de la hermosa vista del campo en la hora en que acababa de salir el sol. Alzó los ojos hácia el punto desde donde le llamaban, y las dos le indicaron que se acercara.

Y bien, maese Arnoldo, ¿qué dicen los astros? preguntó la señorita de Kincardin, que tenia mas prisa que la otra por llegar al término de su proyecto. De algun tiempo acá, contestó el astrólogo, los ojos de mis hijas rara vez se dirigen hácia las mansiones celestes, mas yo leo por ellas en los astros, que á decir verdad hablan ahora menos que antes.

Pues lo siento infinito, dijo Leonor de Melrose, porque precisamente tenia que pediros un favor relativo á eso mismo. Estas palabras hicieron brillar un relámpago de alegría en las facciones de maese Arnoldo, que veia cuan fácilmente la conversacion tomaba el giro conveniente á sus deseos y á sus proyectos. ¿Es posible saber el objeto de vuestra peticion? preguntó en seguida. Advertid, señorita, que mi ánimo no ha sido decir que los astros estén absolutamente mudos; sino que hablan menos que otras veces, y sucede con frecuencia que contestan á una pregunta y no satisfacen las otras. Sepamos de qué se trata, si gustais decirlo.

La señorita de Melrose un poco sofocada no supo contestar una palabra, y ese silencio fué por cierto muy significativo para maese Arnoldo; pero Leonor de Quincardino, mas atrevida tomó la palabra y con aire en su concepto de mucha indiferencia dijo: Es una cosa bien inocente. Ya sabeis que el marqués de Lusignani se ha hecho muy amigo de la casa, y que algun tiempo atrás nos presentó su primo el conde de Séssano, que tambien nos profesa amistad; y esto

naturalmente ha producido en nosotras el deseo de saber el horóscopo del uno y del otro. Hé aquí todo nuestro objeto, pura curiosidad mujeril y nada mas. Arnoldo comprendió en su interior la candidez de las dos jóvenes que sin quererlo y sin sentirlo descubrian el afecto de sus corazones, y deseaban saber si los astros favorecian sus amores , y si eran dignos de ese afecto los dos hombres que supieron dispertarlo. No dando importancia ninguna á la peticion sino afectando oirla como cosa muy natural y sencilla, les contestó : No estraño, hijas mias, que os haya acudido esa idea porque á mí me ha asaltado tambien hace algun tiempo, y para salirme con la mia he pasado ya en observacion algunas noches. Mas el planeta del marqués, que es el ligero y caprichoso Marte, no ha querido hasta ahora sujetarse á ninguna constelacion, y en cuanto al del conde que es Hércules, es de suyo tan inquieto y, digámoslo así, casquivano, que no tengo gran confianza de meterlo en vereda. Únicamente valiéndome del círculo mágico he obtenido una respuesta acerca de una circunstancia que comprende á los dos. ¿Y qué circunstancia es esa? preguntó Leonor de Quincardino. Que uno y otro aman, contestó Arnoldo dirigiendo una ojeada escudriñadora á las doncellas; las cuales corridas bajaron los ojos, porque esa respuesta habia encontrado un eco fiel en sus corazones. Aparentando maese Arnoldo que no habia hecho alto en la emocion esperimentada por las dos señoritas, no interrumpió el silencio que siguió á sus palabras para dejar á estas el tiempo necesario de afectar á las doncellas, como él esperaba, mas al cabo de un buen rato repitió en tono muy marcado : El marqués ama y el conde ama, y la persona á quien ama el primero, sois vos Leonor de Quincardino.

Como Arnoldo no dudaba que las dos eran amadas y amaban, pero no tenia certidumbre acerca de cuál era la preferida por el marqués, aunque lo sospechaba, dirigió el apóstrofe á Leonor de Quincardino, con la esperanza de que el efecto que en esta produciria era forzoso que disipase todas sus dudas. En todo habia calculado perfectamente. El corazon de Leonor se sintió de pronto inundado de una dulce alegría, y el de la otra Leonor de carácter mas apacible se sintió satisfecho, porque si los dos jóvenes amaban y el marqués amaba á su prima, era natural que el conde amara á ella. Sin embargo queria á toda costa salir de dudas, pero no osaba hacer una pregunta. Salióle al paso el astrólogo diciendo : ¿Teneis necesidad, vos, Leonor de Melrose, de que os diga que el conde es vuestro amante? La jóven no se atrevió á contestar una palabra, pero sus deseos estaban colmados y su alma rebosaba en tanta alegría como la de su prima. Satisfecho Arnoldo del giro que las cosas iban tomando esperó algunas semanas antes de dar el golpe de gracia.

Se deja entender que las jóvenes no habian dicho una palabra de todo eso á sus respectivos amantes; mas uno y otro conocieron que estaban inquietas y que en sus corazones habia alguna zozobra, cierto malestar que se traslucia en

sus palabras y en sus acciones. Por otra parte pasó mucho tiempo sin que vieran á Arnoldo; y como espiaban sus pasos, tuvieron noticias vagas de sus salidas nocturnas y de sus conferencias con personas desconocidas. Juzgaron que este proceder del astrólogo pudiera tener relacion con la falta de tranquilidad de las jóvenes; mas como estas no ofrecieron con sus respuestas hincapié á nuevas investigaciones por aquella parte, redoblaron su vigilancia fuera casa, y por cierto que no fué sin gran provecho.

Poco antes de terminarse la tarde de un dia que fué asaz de borrascoso, y cuando los primos á instancias de las dos Leonores que temian una nueva tempestad, se habian marchado á la quinta del marqués, Arnoldo se presentó á las señoritas y les dijo : Aunque el tiempo está algo cubierto, se aclarará sin duda, y hácia la media noche se presentará Marte : si os place venir conmigo para leer en el gran libro del destino podremos consultarle acerca del marqués. Por lo que toca al conde la ocasion no es todavía propicia; al cielo no se le manda, es preciso usar de sus favores cuando quiere dispensarlos; otro dia tendremos oportunidad de saber el horóscopo del conde. Estad seguro, dijo Leonor de Quincardino, de que me tendreis á vuestro lado, porque aguardo ese momento con mucha impaciencia. Y yo esperaré segundo aviso, dijo Leonor de Melrose, un si es no es resentida al ver que sufria una postergacion de que no se consideraba merecedora. No lo achacaba sin embargo á Arnoldo sino al destino, porque no hay duda sino que ambas señoritas creian en el arte falaz que tanto oyeron ensalzar desde la infancia.

Mientras venía la hora señalada maese Arnoldo hojeaba libros en folio, trazaba signos cabalísticos, y de cuando en cuando parecia agitado por una especie de delirio y pronunciaba palabras ininteligibles. Repentinamente fué interrumpido por la llegada de Leonor de Quincardino ; y entonces el astrólogo se sentó delante de la mesa cubierta de objetos misteriosos, y Leonor tomó una silla casi á su lado : mas apenas habia Arnoldo abierto un grueso tomo en folio y en pergamino cuando se abrió la puerta y apareció Leonor de Melrose. Aunque no me habeis invitado, dijo al anciano, no quiero quedarme sola allá abajo, porque un presentimiento secreto me dice que esta noche no ha de traer ninguna dicha. Los presentimientos del corazon humano, dijo Arnoldo, son muchas veces falaces, y antes de desesperarnos es mejor aguardar la infalible contestacion del cielo.

Pronunciadas estas palabras, volvió á hojear el mismo volúmen, dejando que las jóvenes siguiesen entregadas á sus contemplaciones, porque era imposible que no se afectasen al encontrarse en aquella estancia llena de objetos raros y enteramente nuevos y desconocidos para ellas. Veíanse allí botellas de mil formas, colores y tamaños, huesos y cráneos de diferentes animales, almireces, filtros, braseros á manera de aras antiguas, fuelles, tenazas de estrañas formas, esferas,

pergaminos, espadas, retratos, estatuas, bustos, escudos de armas, naipes, dados, libros, rollos de pergamino, jarros, correas, anteojos, cristales de diversas dimensiones, flechas, varas largas, muy largas, colas de animales, embudos, papeles escritos en caracteres desconocidos, y todo ello estaba escasamente alumbrado por la triste y roja luz de una lámpara en forma de pez que colgaba del altísimo techo. Las dos jóvenes sentian un estremecimiento interior que las tenia aterradas.

Cuando el astrólogo juzgó que la vista de todos aquellos objetos habia producido ya su efecto, cerró el libro y con voz lenta y profunda dijo: Ha llegado la hora. En seguida se levantó y tomando el telescopio lo dirigió hácia el cielo. Hé aquí que llega el caprichoso Marte, acompañado de la amable y brillante Vénus, que es la estrella de vosotras dos. ¡Qué constelacion tan maravillosa!

Maese Arnoldo contemplaba unas veces el firmamento, otras tomaba medidas en la esfera que tenia al lado, en seguida registraba uno y otro de sus volúmenes en folio, ó trazaba signos cabalísticos en el papel. Ya no hay duda, continuó, todo habla demasiado claro, la estrella del marqués es sombría y roja al mismo tiempo.

Una Leonora sucumbe al amor no correspondido, á la otra Leonora el amor correspondido le ocasiona la desgracia. La vaguedad de esta profecía no desalentó á la señorita de Quincardino, sino que con voz trémula dijo: Continuad, continuad, maese Arnoldo, veamos lo demás que nos predicen los astros. El astrólogo afectó continuar las observaciones lentamente y con toda la circunspeccion posible. Despues de una larga pausa y de haber examinado otra vez el cielo, esclamó: Hay allá arriba un largo y terrible combate, luchan una porcion de influencias contrarias, de modo que la constelacion no puede formarse sin vencer grandes dificultades. Por fin comienzan las cosas á presentarse con alguna claridad.

Las dos jóvenes estaban tan conmovidas presenciando aquella escena que podian respirar apenas. Hé aquí, gritó el viejo despues de examinar de nuevo durante largo rato, que vuestra estrella, Leonor de Quincardino, hace todos los esfuerzos imaginables para desprenderse, su luz hiere débilmente la casa de Himeneo... ahora se apaga... ahora, ahora... por fin vuelve á presentarse brillante en la novena estancia. ¿Y qué estancia es esa? preguntó la señorita de Quincardino, hacedme el favor de esplicar las cosas con toda la claridad posible, si es que deseais que os entienda.

Ausiliado por sus libros y por sus pergaminos, hizo el astrólogo una série de cálculos que escribió, ya en guarismos, ya en caracteres cabalísticos, y haciéndose cargo de la pregunta de la señorita contestó: No siempre puede calificarse de desventura ver que el destino contraría el cumplimiento de los mas ardientes deseos del hombre, de cuyo cumplimiento cree que depende su dicha. Se-

gun acabo de leerlo en los astros, no debeis aspirar al himeneo, y si desafiais vuestro destino entonces se desplomará sobre vos la desgracia. El consuelo y la felicidad debeis buscarlos únicamente en la religion, y si renunciais á los bienes terrenales para lanzaros en brazos de ella, la paz y el reposo serán vuestra recompensa. En cuanto á vos, señorita de Melrose, vuestra constelacion no puede absolutamente formarse; y es cosa resuelta que en la noche de hoy hay imposibilidad absoluta de saber el horóscopo del señor conde. No desespereis sin embargo; las estrellas hablan al que sabe comprenderlas, y si bien es cierto que algunas veces están mudas es para hablar mas claro al dia siguiente. El vuestro llegará, no lo dudeis, y os será lícito prever vuestro destino.

Pero vos, dijo Leonor de Quincardino despues de un momento de reflexion, habeis olvidado completamente al marqués, y á la verdad deseo saber qué es lo que dicen de él los astros. En cuanto á mí, continuó la de Melrose, un poco disgustada con el silencio de las estrellas, y por otra parte llena de un temor inesplicable, no tengo ninguna prisa por saber el resultado de vuestras investigaciones, y por hoy quedaré muy satisfecha si podeis contestar á mi querida prima.

Se nos escapa, dijo Arnoldo, cual contestando á la primera Leonor y haciendo caso omiso de lo que habia dicho la segunda. Dirigió otra vez el telescopio al cielo, y despues de un cuarto de hora de observacion, cuando ya estaba apurada la paciencia de las dos jóvenes, y dispuestas casi á salir del aposento y á renunciar á sus deseos, sacudió con énfasis su blanca cabeza y acercándose á sus libros y á sus pergaminos, buscó, hojeó, calculó y trazó figuras estrambóticas, meneando continuamente la cabeza y murmurando palabras estrañas. De repente volviendo el rostro hácia las señoritas, esclamó: Es peor de lo que jamás podia haber imaginado. La estrella del marqués brillaba en la puerta superior, en la casa de la muerte, dirigiéndose hácia la casa de los enemigos, y su clarísima luz roja nos anuncia la magnitud del mal. El sábio Justino lo interpreta muy claramente en su pergamino, designando la muerte del alma y la comunicacion con los genios malignos. No soy yo, señorita; ese grande astrólogo, que os he citado, ese eminente maestro es quien declara que el marqués de Lusignani es un hereje y un mago. ¡El marqués hereje y mago! esclamó Leonor de Quincardino vivamente afectada. Es imposible, maese Arnoldo, es imposible, y respondo de ello con mi cabeza. No comprometais la salvacion de vuestra alma, replicó con gravedad el astrólogo. Segun lo que oigo la señorita de Quincardino pretende ser mas sábia que las estrellas, mas sábia que los maestros en nuestra ciencia, y mas sábia que los pergaminos misteriosos.

Maese Arnoldo que hasta allí habia ido ejecutando poco á poco su plan, dejó respirar un momento á su víctima antes de darle el golpe postrero.

Derramando finalmente algunos licores en un vaso de cristal que en seguida

colocó encima de una ligera llama de espíritu de vino, dijo: Espero que no os quedará duda alguna acerca de la veracidad del horóscopo.

Apagó de repente la otra luz, de suerte que el lugar de la escena tomó un aspecto mas sombrío y mas lúgubre que antes, y apareció con mas claridad un trozo de pared cubierto con un lienzo blanco. Entonces cogiendo Arnoldo una cajita sacó de ella tres grandes cristales muy límpios, dió uno á cada una de las dos señoritas y se reservó el tercero. Tomad, les dijo : estos cristales han pertenecido al grande astrólogo Messalah, y tienen la maravillosa virtud de poder hacer que se lea cada siete años y á la misma hora en el pasado que nos es desconocido. Dirigid vuestras miradas á ese trozo blanco de la pared y allí vereis la verdad.

Despues de aguardar algunos minutos se notó un ligero temblor en el lienzo blanco indicado por el astrólogo; y algunos contornos y formas que parecian estar luchando tomaron por fin una forma decidida. Escapóse un ligero grito del pecho de las señoritas, porque la aparicion de la pared iba tomando proporciones mayores y por fin presentó en medio de un bosque un campamento de puritanos, entre los cuales estaba exactamente representado el marqués de Lusignani. Transcurridos algunos minutos desapareció aquel cuadro de la misma manera que habia aparecido.

¿Habeis visto al hereje, señorita de Quincardino? preguntó el astrólogo. Leonor ocultó el rostro entre las manos, y su prima se quedó aterrorizada y temblando cual si la hubiera herido un rayo. ¡ Hereje ! esclamaron las dos casi á un tiempo mismo. Atencion, dijo el anciano ; los momentos son preciosos, no podemos malograr un instante, porque se acerca la hora en que los cristales perderán su poder tan misterioso como admirable.

Entonces, como en la vez primera, se notó una agitacion estraordinaria en aquel trozo blanco antes que en él se pudieran distinguir claramente los objetos. Finalmente hácia un lado se destacó del fondo la figura del marqués y hácia el otro la encantadora figura de una mujer que se bañaba en una fuente. El marqués estaba enajenado contemplando aquella deliciosa criatura, y su presencia parecia fascinar de tal suerte á las dos señoritas que tardaron mucho en advertir que la parte inferior del cuerpo de aquella tenia la forma de un pez. ¡Vírgen Santa ! esclamó Leonor de Quincardino, Lusignani y la hermosa Melusina; y diciendo esto se dejó caer en un taburete que cerca de ella tenia, sin atreverse á volver la vista al cuadro que desapareció muy luego.

Leonor de Melrose se quedó petrificada, pero viendo el estado de su amiga y temiendo que perdiera los sentidos se acercó á ella, é iba á levantarla para salir juntas de aquella estancia maldita, cuando Arnoldo deteniéndola suavemente, dijo en tono patético : Ya habeis visto al mago. Hereje y mago : el horóscopo no ha mentido, lo habeis visto con vuestros propios ojos. El dolor, el miedo, el

horror tenian anonadadas á las dos jóvenes; mas el anciano cual si no advirtiera la triste situacion en que las habia puesto, continuaba hojeando un grueso volúmen en folio, y fingiendo luego que acababa de hallar lo que queria añadió: Este último cuadro ha menester esplicacion. No ignorais que la encantadora Melusina, esposa de Raimundo conde de Poitiers, es el tronco de la familia de los Lusignan, de cuya familia algun tiempo despues emigró á Italia una rama lateral que italianizando su nombre se llamó Lusignani. De esta rama desciende el marqués. Habiendo la bella Melusina sido vista un dia por su esposo durante su metamórfosis, fué desde entonces encerrada en un subterráneo del castillo de Lusignan, en donde se aparecia y llenaba el aire con sus lamentos cuando debia morir algun miembro de la familia. La crónica sin embargo omite hacer mencion de la numerosa posteridad de Melusina, gracias á su comercio con encantadores de su especie; posteridad dotada de todos los seductores encantos de la bruja. Así es que el encanto se ha transmitido de varon en varon hasta nuestros dias en dicha familia de Lusignani. Estas observaciones bastarán para haceros comprender el cuadro que habeis visto, y agradezcamos á Dios que Leonor de Kincardin, cuyo corazon ardia ya en amor por el marqués, haya podido salvarse todávía á tiempo por la interpretacion del horóscopo.

La señorita no supo contestar una palabra, porque al ver desvanecidas todas sus esperanzas sentíase el pecho oprimido por un dolor inesplicable. Despues de algunos momentos de penoso silencio, levantóse vacilando, y salió apoyada en el brazo de su amiga, en quien la compasion hácia su prima y el espanto de la escena que habia presenciado combatian dolorosamente.

Cuando el astrólogo se encontró otra vez solo, dijo: En verdad no lo he hecho sino porque no me quedaba ya otro recurso. Estas loquillas hubieran podido ahorrarse todos estos temores, si voluntariamente se hubiesen retirado del mundo, y dejádose preparar suave y lentamente para que consiguiéramos nuestro objeto. El corazon les ha jugado una mala treta, y era natural que sufriesen sus consecuencias. Tratábase nada menos que de los intereses de la religion, y para mí no hay consideracion ninguna que me haga desistir de mi plan cuando en él me propongo un fin tan santo.

Despues de este monólogo sentóse el anciano delante de la mesa, escribió, dobló y selló una carta, y acercándose luego á una puerta secreta abrióla y llamó en voz baja. Al momento se presentó el fraile á quien nuestros lectores ya conocen con el nombre de fray Cárlos. Os ha sido preciso aguardar mucho tiempo, le dijo el astrólogo, pero no hallaba medio de acabar con la tenacidad de esas muchachas. Aquí teneis un breve relato para el prior, mientras aprovecho un momento á fin de ir yo mismo á San Benedetto á esplicárselo todo minuciosamente. Fray Cárlos tomó la carta y escondiéndosela en el pecho desapareció.

Durante la misma noche en que maese Arnoldo llevaba á término en la quin-

ta de Quincardino su diabólica obra, el marqués de Lusignani y su amigo el conde de Séssano tomaban medidas para dejar frustrados los planes del astrólogo. La noche estaba ya muy adelantada y los dos amigos léjos de haberse acostado, parecian aguardar con suma impaciencia la llegada de alguna nueva. Mucho tarda, decia el marqués aplicando el oido entre las dos hojas de la cerrada ventana. Ten paciencia, contestó el conde, nunca he creido que viniese hasta pasada la media noche y espero que acabaré por tener razon. Mucho lo temo, repuso el otro ; y á fe que no puedo ya mas con la ansiedad que me devora. No creas, observó el conde, que sea menor la mia; pero francamente no es asunto que me dé cuidado ; porque en el momento que se nos antoje nos lanzamos á la Quinta, y entiendo que no seria difícil sacar de allí á las dos señoritas. Eso es, dijo Lusignani, dando un escándalo, y haciendo que la justicia se meta de por medio, y venga lo que viniere. Pues ya se ve que sí, insistió el otro, venga lo que viniere, que al fin no podria ser sino una doble boda; que es justamente á lo que aspiramos ellas y nosotros. Ya sabes mi modo de pensar y cual es mi carácter; me gustaria mas casarme con mi Leonor habiéndola arrebatado á viva fuerza que recibiéndola de manos de sus padres ó de ese maldito viejo que representa el papel de tal. Eso no me importa nada, dijo el marqués; mas bien sabes que yo, además de llevarme á Leonor quiero coger infraganti á ese viejo á quien Dios confunda, y tener motivo para sacarlo de la casa, ó abrirle en canal si se me resiste. El motivo, contestó el conde, nos lo buscaríamos nosotros con solo presentarnos, porque él se opondria á nuestra pretension; nosotros nos empeñaríamos en ello, entrarian las palabras duras, agrias y mal sonantes, y ya ves cual seria el resultado. Te dirian, observó el marqués, que nos hemos insolentado con un viejo indefenso. Si no fuera esa consideracion, continuó el otro, hace dias que este negocio estaria concluido; mas prescindiendo de ello, te digo con la claridad con que yo suelo decir las cosas, que no aguardo mas que esta noche, y que si antes de amanecer no salimos del paso como tú deseas, mañana voy á la Quinta y de grado ó por fuerza Leonor se viene conmigo. Calla, interrumpió el marqués, dan las doce y me parece que oigo ruido. Acercóse el conde á la cerrada ventana, y aplicando el oido entre las dos hojas de la misma : No hay duda, dijo, oigo las pisadas de un caballo. A pocos momentos llamaban á la puerta de la Quinta.

¿Qué demonios habeis hecho en tanto tiempo? preguntó el marqués incomodado al que acababa de entrar en la sala. En mi vida me habian apurado tanto la paciencia. Ni la mia, prosiguió el conde. Señores, contestó el mayordomo del marqués, cierto que habeis tenido que aguardar mucho, mas la importancia de las nuevas que traigo os recompensarán tanto sufrimiento. Si he tardado ha sido porque era difícil desatar completamente la lengua de mi amigo, sin dispertar sospechas en su ánimo. Así es que mientras yo estaba en casa de

Flandini, fray Cárlos ha venido á buscar los cuadros sobre cristal, el campo de los puritanos y la hermosa Melusina, en los cuales está el retrato del señor marqués. Cuando he manifestado la estrañeza que esto me causaba, Flandini se ha sonreido con cierta socarronería, diciéndome al mismo tiempo que eso podria quizás tener un significado importante. Por lo demás, me ha añadido, no hableis de este negocio, porque hasta ahora no he enseñado los cuadros á nadie, y si os los he mostrado á vos ha sido para ver si conoceriais á vuestro amo. Al oir esto he callado, y luego pretestando algunos negocios en la misma Albano me he separado de Flandini, invitándole á que por la noche viniese á beber un vaso de vino conmigo, porque sé que es amigo de vaciar una botella, sobre todo cuando hay quien se la pague. Al caer la tarde he ido á buscarle, y á medida que íbamos destapando botellas se iba tambien desatando su lengua, de suerte que he acabado por saber todo lo que vengo á revelaros. Se trata nada menos por parte de maese Arnoldo de hacer que la rica herencia de la señorita de Quincardino vaya á parar por medio de una donacion al convento de San Benedetto; para lograrlo es preciso ante todo que la señorita de Quincardino y la señorita de Melrose, su presunta heredera, no se casen, y que en lugar de esto se metan monjas. Su plan está muy adelantado, y se trata de llevarlo á completo fin y remate en la presente noche, arrancando del corazon de la una y de la otra el amor que respectivamente profesan al señor marqués y al señor conde.

A fin de conseguir con mas seguridad su objeto maese Arnoldo ha imaginado hacer intervenir en él á las estrellas; y esta noche en presencia de las dos señoritas leerá vuestro horóscopo, el cual, como se deja entender, os será muy poco favorable. Ya está resuelto que los astros presentarán al señor marqués como hereje y mago, y al señor conde como hereje, gran calavera y jugador; y en cuanto al señor marqués los dos cuadros sobre cristal servirán para figurar una aparicion y coronar la obra. Vuestra presencia en el campo de los puritanos justificará vuestra herejía, y el otro cuadro para cuya esplicacion maese Arnoldo ha urdido ya un cuento á su gusto, confirmará vuestro poder mágico. En cuanto al señor conde no sé el pormenor de los medios de que piensa valerse, mas no me queda duda de que producirán idéntico resultado. Hé aquí en suma lo que he podido sacar en limpio de las confidencias de mi amigo Flandini.

¡Fuego de Dios! gritó el conde, ¿y qué aguardamos que no corremos á ahogar entre nuestras manos á ese nigromántico maldito? Con que segun eso, dijo Lusignani algo inmutado, en concepto de maese Arnoldo, soy hereje y mago! Ese viejo intrigante ha urdido su plan perfectamente. Mas nosotros lo desbarataremos, gritó el conde, y ha de ser al momento y sin contemplaciones de ninguna clase. Vamos, marqués, salgamos del paso, y concluyamos con tanta iniquidad y con tanta mentira. Sí, vamos, dijo el marqués, los caballos. Debo advertiros, añadió el mayordomo, que dentro de pocas horas el prior de San Benedetto sabrá

si el plan se ha frustrado ó si ha salido á su gusto, porque fray Cárlos oculto en un rincon de la Quinta aguarda el resultado de los esperimentos de esta noche para llevarle inmediatamente la nueva. Entra y sale por una puerta secreta que está hácia la parte meridional del edificio. Si hay eso, esclamó el marqués con los ojos inflamados en ira, aun queda el medio de desbaratar toda la trama de esos infames. Mi plan está resuelto; vamos, conde, y déjame obrar. Mientras no haya quien ausilie á ese infame, dijo el conde, no tengo inconveniente; pero si lo hubiere me dejarás meter materialmente las manos en el negocio; vamos.

A los cinco minutos ambos jóvenes galopaban en medio de la oscuridad que muy pronto iba á dejar paso á la luz del cercano dia. Llegados á las inmediaciones de la Quinta, ataron los caballos á un árbol y luego se acercaron silenciosamente al punto del edificio, á donde, segun las indicaciones del mayordomo, debia salir la puerta secreta que conducia á la habitacion del astrólogo, y envueltos en las capas aguardaron. Poco tardó en oirse un ligero rumor en la pared, y al momento apareció á pocos pasos Fr. Cárlos que se deslizaba con mucha precaucion. Coger el marqués al fraile, derribarlo al suelo y registrarle fué obra de un segundo, porque afortunadamente puso de pronto la mano en el objeto que buscaba.

¡ Vírgen Santa ! esclamó el fraile; ¡ es un bandido ó un demonio ! Al registrar las faltriqueras y ver que no hallaba la carta que le habian entregado quedóse estupefacto. Anda y pronto, dijo el conde, á quien el marqués habia hecho tocar la carta, anda y pronto, antes que yo te descuartice. Y no obstante no pudo contenerse y le despidió con un puntapié que le hizo rodar un buen trecho.

Es imposible que vuelva á verme con maese Arnoldo en este momento, decia para su coleto el fraile, clavado en la tierra sin atreverse á dar un paso. Espero que en la carta no habrá cosa alguna capaz de comprometernos en el caso de que el papel cayese en otras manos. Por lo demás, como yo he sido casi testigo ocular de lo que ha pasado, la carta no hace gran falta, si es que contenia el relato de lo sucedido, porque se lo referiré al padre prior con mas exactitud que todos los escritos del mundo. Por fin se determinó á salir de aquella posicion embarazosa, y tomó el camino del convento, mientras los dos amigos habian vuelto tambien á la Quinta antes que amaneciese.

Un sol brillante y un cielo despejado y puro anunciaban un hermoso y feliz dia para todas las criaturas: las aves entre las ramas, y las flores en los prados y en las márgenes de los arroyos presentaban al Criador el homenaje de sus gorjeos y de sus perfumes. En la quinta de Quincardino parecia que la felicidad habia acabado para siempre; el marqués y el conde aguardaban impacientes que llegase la hora de ir á ella y de presentarse á las dos primas. ¿ Y qué piensas hacer? preguntó el conde. La cosa es muy sencilla, dijo el marqués, enseñar la carta á las señoritas, hacerles comprender la iniquidad de que son víctimas,

quitar la máscara á ese infame avariento, y lograr que Leonor lo saque de su casa, y nosotros quedemos dueños del campo. ¿No mas que arrojarle de la Quinta? preguntó el conde. Con poca cosa te contentas: entonces su delito no sufre ningun castigo; creo que esta parte debieras encargármela á mí, que saldria del paso dejando las cosas en su verdadero punto. Basta alejarlo, dijo el marqués, y que nosotros podamos unir nuestra suerte con la suerte de las dos Leonores, que es nuestro objeto: lo demás seria una venganza y yo no gusto de ellas, sobre todo cuando hay que tomarla contra un hombre anciano y completamente inerme. Pero muy malvado, dijo el conde, y que ha hecho todo lo posible á fin de perder á las dos señoritas y á nosotros. Te ruego, dijo el marqués, que te quedes aquí en la Quinta, porque temo que con tu carácter violento lo malogres todo. ¡Quedarme! esclamó el conde, no por cierto; si te empeñas te daré mi palabra de no ofender al viejo: mas eso de no ir allá á presenciar la escena, no lo exijas de mí, porque no podrias recabarlo. Me basta que sepas contenerte, observó el marqués; déjame hacer á mí solo, y no dudes que las primas serán nuestras. ¿Qué mas venganza deseas que haber desbaratado el plan de dos hombres que creian haberlo tramado perfectamente y tener seguridad absoluta de su buen éxito? No me satisface, dijo el conde, pero transijo con lo que tú quieres, y no iré mas allá de tus deseos.

Tomaron el camino de la Quinta, y puestos los caballos en manos de los criados, subieron á la estancia en donde solian encontrar á las dos amigas. Al ver la consternacion que causó á entrambas la súbita entrada de los dos caballeros, comprendieron que no los aguardaban, mucho mas cuando no parecian dispuestas á contestar á sus preguntas, y se mostraban muy retraidas. La llegada de maese Arnoldo puso fin al encogimiento de las señoritas. Aunque intimidado en el primer momento por las encendidas miradas de los dos jóvenes, acercóseles el anciano y con ánimo resuelto dijo al marqués: Si no hubieseis madrugado tanto, señor marqués, una carta mia que á estas horas debe haber llegado ya á vuestra Quinta os hubiera evitado á vos, á vuestro compañero, á estas señoritas y á mí, la desagradable situacion en que vamos á encontrarnos de resultas de las preguntas que pienso dirigiros. Han sobrevenido circunstancias que no permiten continueis visitando la quinta de Kincardin. El conde se contuvo á duras penas; y el marqués levantándose con dignidad miró de alto á bajo á su interlocutor sin decir una palabra. El astrólogo que previó acercarse el momento en que debia estar muy embarazado, siguió con voz lenta y marcadamente acentuada: Si el señor marqués desea mas esplicaciones, estoy dispuesto á dárselas cara á cara. ¿Y tambien á mí? preguntó el conde cuya paciencia habia ya acabado. ¡Conde! gritó el marqués; déjame y calla; tu vez llegará si yo no basto. Dirigiéndose en seguida al italiano, le dijo: Yo no tengo que tratar con vos, mas pienso deciros alguna cosa y ha de ser precisamente delante de estas señoritas. No tenia

otro objeto, repuso el viejo, que guardaros mas consideracion, pero tambien estoy pronto á verificar aquí lo que os proponia para otro sitio. ¡Consideraciones á mí! gritó el marqués, ¡vos consideraciones al marqués de Lusignani! Sin duda por consideracion á mí, señor nigromántico, me habeis hecho pasar durante la última noche por hereje y por mago.

Las dos amigas se quedaron asombradas al oir estas palabras, y maese Arnoldo estupefacto retrocedió dos pasos, pero muy luego supo recobrar su serenidad aparente, y en tono firme contestó: Cualquiera que sea el medio por el cual habeis sabido los sucesos de la última noche, yo no soy quien os ha declarado hereje y mago: es el cielo. Mentís, contestó el marqués; sí, repito que mentís, como lo habeis hecho durante vuestra vida entera. Me retiro, dijo el viejo en tono compungido, porque yo no puedo oir como se blasfema del cielo. Os quedareis, dijo el marqués en tono imperativo é interponiéndose entre el astrólogo y la puerta. Quien blasfema del cielo no soy yo, sois vos, hipócrita infame. Porque pasé algunas horas de noche en un campamento de puritanos escoceses, de cuya aventura no sabriais una palabra si yo mismo no os lo hubiese referido en distintas conversaciones amistosas, vos me haceis declarar hereje por el cielo. Aun esto os lo perdonaria; pero servirse de la intervencion del cielo y transformar una antigua leyenda de mi familia para hacerme pasar por mago, es una infamia tan negra como el corazon que ahora mismo palpita de despecho dentro de vuestro carcomido cuerpo. Por el amor de Dios conteneos, señor marqués, esclamaron las dos señoritas muertas de angustia, y que ya no comprendian una palabra de la escena, aunque bien adivinaban que podia terminar en una catástrofe, tanto mas cuanto el enojo del marqués era nada comparado con la ira que brotaba de los ojos del conde, quien á cada momento llevaba la mano al puño de su larga espada. Leonor de Melrose se le habia acercado y con la vista suplicante le contenia; mas dudaba que al fin pudiese impedir que esplotase la rabia que le iba abrasando. No escucheis, hijas mias, dijo Arnoldo, procurando ocultar su confusion: el espíritu de la mentira habla por su boca, mientras vosotras habeis oido la voz de la verdad, cuyos intérpretes han sido las constelaciones.

Cualquiera que os oiga, dijo el marqués, no podrá imaginarse qne os habeis servido de los cuadros en cristal del pintor Flandini á fin de presentar vuestras misteriosas apariciones. Bien veis que lo sé todo: confesad vuestros embrollos antes que os arranque completamente la máscara. Viendo el astrólogo que el marqués habia descubierto todas sus intrigas, y no pudiendo sin un grande esfuerzo conservar por mas tiempo la sangre fria que aparentó hasta entonces, no respondia sino: Continuad, continuad amontonando mentiras sobre mentiras: mas esto no hará que falte la verdad bajada del cielo. ¡Marqués! gritó el conde, acabemos, no puedo sufrir mas, y si no pones fin á esta escena, aquí mismo

lo mato, tanto si coge una espada para defenderse como si rehusa empuñarla. Para un infame de esta naturaleza no hay leyes ni reglas de caballero; es un bandido y un asesino. Basta, conde, dijo el marqués, ahora terminaremos; y volviéndose á Arnoldo le dijo: Dad gracias á Dios de que sois viejo y de que, como dice mi primo, no debeis ser tratado á fuer de caballero; pues á no ser así no me hubierais llamado embustero impunemente. Veo que será preciso descubriros por completo. Señoras, vosotras nos juzgareis, dijo á las dos primas, entregándoles al mismo tiempo un papel doblado; tomad y leed esta carta cuyo contenido no puede seros indiferente.

La señorita de Kincardin que al igual de su compañera comenzaba á vacilar, cogió el papel y leyó las siguientes palabras:

«Venerable prior y querido hermano: Hemos conseguido nuestro objeto, aunque no sin bastante trabajo. Fr. Cárlos, dador de la presente, ha sido testigo de la escena de esta noche y podrá satisfacer vuestra curiosidad hasta que yo tenga tiempo de haceros una visita. Todo ha ido á las mil maravillas: la aparicion en particular ha producido un efecto asombroso. La castellana de Quincardino es completamente nuestra; su prima lo será mañana si no me es ingrata la suerte; y lo que falta ejecutar no es mas que un juego en comparacion de lo que hasta ahora se ha hecho. No cejaré ante ningun obstáculo para llevar á buen término y con la menor dilacion posible este negocio; tanto mas cuanto ya me voy cansando de tantas escenas. La Vírgen Santa nos tenga á los dos en su guarda.=ARNOLDO.»

¡Eso es horrible! esclamó Leonor de Kincardin. ¡Oh! yo no sé lo que me pasa, dijo su prima. Y yo, esclamó el conde, me arrepiento de la palabra que he dado al marqués de no acabar con este malvado. ¿Y es posible, maese Arnoldo, continuó la señorita de la Quinta, que hayais podido observar conmigo una conducta tan inicua? Esta carta escrita de vuestra mano lo dice todo, y toda justificacion es inútil: de hoy en adelante quedan rotos para siempre todos los lazos de amistad que nos unian. El viejo petrificado, y habiendo finalmente perdido la serenidad, murmuró entre dientes: Esa carta ha sido robada. ¿Y qué os importa el modo como ha llegado á mis manos? dijo el marqués: cierto que he tenido que apelar á la fuerza para desbaratar vuestros planes infernales: y yo soy responsable de ello. Esta carta no saldrá de mi poder, y para que así sea os aconsejo que dejeis las cosas en el punto en que se encuentran. ¿Me comprendeis, maese Arnoldo? Señor marqués, dijo Leonor de Kincardin, mi amiga y yo nos ponemos bajo vuestra salvaguardia, rogándoos que nos defendais de nuestros enemigos. ¿No es verdad, prima mia? Te has anticipado á mis deseos, contestó la de Melrose, porque yo iba á suplicar lo mismo á estos caballeros cuya nobleza no deberíamos nosotras haber puesto en duda. Esa duda, dijo el conde, no nos ofende: la iniquidad ha tenido siempre el privilegio de sorprender á la inocen-

cia : nosotros somos vuestros caballeros, y os probaremos muy luego hasta donde estamos resueltos á defenderos contra todos los adversarios.

Acabais de oir á estas señoritas, dijo el marqués hablando con el astrólogo: en su consecuencia os mando que en el acto salgais de esta Quinta á donde habeis traido la desgracia. Podeis ir en buena hora á pedir asilo á vuestros amigos de San Benedetto, y la situacion del convento en el recóndito y agreste lugar que ocupa es muy á propósito para reflexionar acerca de vuestra vida pasada, arrepentiros de vuestras iniquidades é implorar perdon para todas ellas.

Frotábase el anciano los ojos cual si dudara de que estaba dispierto. ¡Hasta qué punto habian variado las cosas en un cuarto de hora! El marqués á quien él quiso prohibir la entrada en la Quinta, le arrojaba de ella: y no teniendo ningun medio de defensa, salió de la casa para nunca mas pisar sus umbrales.

El amor que tiene el privilegio de curar todas las heridas, no tardó en hacer olvidar á las dos primas, y en especial á Leonor de Quincardino, las desagradables escenas de aquella noche funesta. Los dos amigos quedaron satisfechos del resultado de aquel lance, que lo podia haber tenido muy distinto. No lo estuvieron menos las dos primas, que considerando el grave riesgo de que se habian salvado, comprendiendo apenas que la maldad de los hombres llegase al punto que acababan de ver en maese Arnoldo, y sobre todo contando asegurada ahora su felicidad futura, no cesaban de dar gracias á Dios por la señalada merced que les habia dispensado. Leonor de Melrose no podia disponer sino de una fortuna muy limitada, mas el conde que era muy rico y muy caballero no amaba en Leonor sus riquezas sino su hermosura y las bellas dotes de su carácter.

Contentos los cuatro acordaron celebrar muy luego los dos casamientos; y en efecto, en la quinta de Quincardino y dos meses despues de las escenas últimamente referidas tuvo lugar la ceremonia que debia unir las dos parejas para siempre. El mayordomo y el pintor Flandini tomaron una parte activa en la fiesta, contribuyendo por mucho el primero á prepararla, y pintando el segundo un hermoso cuadro que representaba la escena del matrimonio, y en la cual se veian los retratos de los principales personajes que en la misma figuraron. En la Quinta se conserva el cuadro con la añadidura de maese Arnoldo á quien el marqués hizo representar en actitud asombrada, y revelando en su rostro las infames condiciones de su malvado carácter.



C. Hübner pinx^t — W. French sc.

Consolation de la Veuve

The Widow's Consolation. Der Wittwe Trost

EL CONSUELO DE LA VIUDA.

[illegible]



EL CONSUELO DE LA VIUDA.

(POR W. FRENCH.)

Cuando en 1250 tuvo lugar la muerte de Federico II de Alemania, los italianos que habian gemido bajo el poder de los emperadores consideraron llegada la hora de su emancipacion, á pesar de que Conrado hijo mayor de Federico y Enrique su hijo segundo, á quienes el padre dejó respectivamente Nápoles y Sicilia, y de quienes debia cuidar su hermano natural Manfredo, no era probable que abandonasen fácilmente los territorios que su padre les habia legado. Aunque Nápoles se resistió á Conrado, fué vencida por este, y esperimentó los efectos de su ira, lo cual indispuso al príncipe con los napolitanos, quienes al mismo tiempo se iban aficionando al carácter bueno y agradable de Manfredo.

Inocencio IV, que no se equivocaba acerca de la escasez de sus recursos para conquistar las Dos Sicilias, quiso no obstante arrancarlas á la casa de Suabia y ponerlas como feudo en manos de algun príncipe que se considerara como vasallo de la Santa Sede. A este objeto las ofreció á un hermano de Enrique III de Inglaterra, mas aquel alegando parentesco con la casa de Suabia se negó á convertirse en su enemigo. Cárlos de Anjou, hermano de San Luis, á impulsos de su esposa Beatriz de Provenza ofreció su persona y sus servicios á la Iglesia. Mientras se seguian las negociaciones á fin de llevar á ejecucion este plan falleció Conrado, dejando un hijo llamado Conradino, cuyos partidarios imploraron á su favor la proteccion del Papa, y éste reunió tropas procurando además que cundiera el espíritu de independencia entre los pueblos, que estaban cansados de sufrir el dominio de tantos estranjeros. Manfredo por su parte levantó un ejército, y cuando estaban cerca de romperse las hostilidades falleció Inocencio IV, y su

sucesor Alejandro IV, falto de energía é incapaz de llevar á cabo los planes de su antecesor, no pudo impedir que Manfredo reconquistara el reino de las Dos Sicilias. En 1258 se generalizó el rumor de que Conradino habia muerto en Alemania, y Manfredo, que era quizás el autor de esta noticia, supo aprovecharla para hacerse coronar rey, aunque se obligó á reconocer por sucesor á Conradino, cuando mas tarde quedó desmentido su fallecimiento.

Ascendido al trono pontificio en 1261 Urbano IV que quiso seguir la política de Inocencio IV, resolvió quitar la corona á Manfredo y asentarla en la cabeza de algun príncipe capaz de acabar con aquel enemigo de la Iglesia, y de ser para con esta tan sumiso cual convenia á los intereses de los Pontífices. Cárlos de Anjou fué el elegido, y á este prometió el Papa la investidura del reino de las Dos Sicilias con el tributo anual de dos mil escudos de oro. Esta determinacion dió un golpe funesto al partido gibelino, sin embargo de lo cual Manfredo, léjos de desalentarse dispuso su ejército para hacer rostro á los franceses. Clemente IV, francés tambien, continuando la política de su predecesor, asentó las condiciones con que debia conferir á Cárlos la investidura del reino, entre las cuales habia las de su reversion á la Santa Sede en caso de faltar los descendientes de la casa de Anjou, y el pago de ocho mil escudos anuales en vez de los dos mil fijados anteriormente. El ejército de Manfredo y el de los franceses se encontraron cara á cara en las márgenes del Garigliano. Las deserciones que hubo en la gente de Manfredo convencieron á este de que no podia luchar con probabilidades de buen éxito, por lo cual propuso negociar; pero Cárlos rechazó esta demanda, resuelto como estaba á terminar la cuestion en aquel combate. Despues de una sangrienta batalla Manfredo considerándose perdido se lanzó en medio de sus adversarios, y perdió la vida.

Esta victoria alcanzada en 1266 puso el reino de las Dos Sicilias bajo el dominio de Cárlos, quien acompañado de su esposa Beatriz desplegó en su entrada en Nápoles una magnificencia que pasmó á los napolitanos. El vencedor se hizo muy pronto odioso á sus nuevos súbditos por la tiranía con que se condujo, y por la aprobacion que daba á las insensatas exacciones de sus agentes, quienes envalentonados con el ejemplo del rey competian en crueldad y tiranía con respecto á los nuevos súbditos de su amo. En tal estremo y no pudiendo soportar el terrible yugo que los oprimia apelaron al ausilio de Conradino, hijo de Conrado y último representante de la casa de Suabia. En vano la desdichada madre de aquel jóven procuró detenerlo léjos de la Italia que tan funesta habia sido para su familia: la ambicion de Conradino, su carácter caballeresco, las repetidas instancias de los italianos y los consejos de aquellos hombres que en la elevacion de ese jóven esperaban quizás ver colmadas sus esperanzas de poder y de riquezas pudieron mas que la influencia y las lágrimas de su madre, y á la edad de 15 años asociado con Federico de Austria, desposeido tambien de la herencia pater-

na, pasó los Alpes acaudillando un numeroso cuerpo de caballeros. La suerte le fué propicia: de todas partes acudian gentes á engrosar su ejército, sublevábanse los pueblos contra los Anjovinos, y el apuro de estos era tanto que Cárlos se vió forzado á encerrarse en un campo atrincherado cerca de Tagliacozzo con el reducido ejército que le quedaba. Las tropas de Conradino se lanzaron contra sus adversarios y arrollándolo todo tenian ya por segura la victoria, cuando Cárlos que con sus mejores caballeros se habia retirado tras de un monte, salió de improviso, y arrojándose desesperado contra las fatigadas tropas de Conradino, batiólas completamente y se apoderó de las personas de Conradino y de Federico.

Cegado por su triunfo y queriendo á toda costa acabar para ahora y para en adelante con su enemigo que estuvo muy á pique de hacerle perder el reino, cerró los ojos á todas las consideraciones, á todos los derechos y á todos los consejos de sus mismos caballeros, y nombró entre los mas adictos algunos jueces que procesaron á los dos primeros como reos de lesa majestad. Uno solo de los jueces los condenó á muerte, encargándose él mismo de notificarles la sentencia cuando estuviesen en el cadalso; los demás jueces ó defendieron á Conradino ó callaron; y sin embargo de esto y de que el único juez que le condenó fué muerto de una estocada por Roberto de Flandes que no pudo oir con calma como el juez se encargaba de notificar la sentencia al condenado, el infeliz Conradino, su compañero Federico, y muchos caballeros de su bandería fueron solemnemente decapitados. No salió de los labios de Conradino ninguna queja: oró, envió un recuerdo á su desventurada madre, arrojó el guante á la muchedumbre, é inclinó la cabeza que fué separada del tronco por el verdugo. Aquel guante recogido y llevado á su hermana esposa del rey de Aragon D. Pedro II, fué una prenda de venganza que debia costar mucha sangre á los franceses.

Dueños estos del reino no se contentó Cárlos con lo que habia conquistado, sino que por medio de sus emisarios, y mezclando las intrigas con las dádivas y las amenazas procuraba aumentar en todos sentidos su poder y su influjo en Italia, y á no haber encontrado la resistencia de los Papas y la oposicion de algunas ciudades importantes, entre ellas Milan, quizás habria acabado por dominar la Italia entera. Alegando derechos al trono de Constantinopla en nombre de su yerno Felipe hijo de Balduino II, último emperador latino de Oriente, quiso tambien atacar aquel Estado á cuya cabeza se hallaba Miguel Paleólogo; mas habiendo encontrado grandes obstáculos para ejecutar este ambicioso proyecto, voló al Africa en ausilio de su hermano S. Luis rey de Francia, comprometido en una guerra contra el Sultan de Túnez. En una palabra. era Cárlos un hombre estraordinariamente ambicioso, á quien no detenia en sus planes mas que la resistencia material, pero no consideracion ninguna política, ni de derecho y de justicia. No pudiendo pues dar pábulo á su pasion por ese lado, dejóse dominar por el espíritu de tiranía que en él pudo columbrarse tiempo antes, é hizo sentir á sus súbditos todo el peso

de su arbitrariedad y despotismo. Sus agentes comprendiendo el carácter del monarca le secundaban plenamente y los sicilianos fueron víctimas de los amigos de Cárlos, que oprimiendo de todas maneras sus personas saqueaban el país por cuantos medios les sugerian sus intentos. ¡Cuántas veces en medio de tanta opresion y de males tantos echaron de menos el dominio de los emperadores de Alemania que habian maldecido!

Cundió el descontento, fueron tomando cuerpo las iras populares, sin ningun rebozo se manifestaba el odio á los franceses, y para nadie era dudoso que si aparecia un hombre audaz que se lanzara á la pelea estaba próximo el momento de una insurreccion fatal á los estranjeros. Vino finalmente el dia de todos esperado y al mismo tiempo temido, que fué el 30 de marzo de 1282, en que tuvo lugar aquel memorable suceso, conocido con el nombre de Vísperas sicilianas.

Mas antes de esponerlo y de indicar sus resultados, hemos de decir la historia de la mujer cuyos hechos nos han sugerido la idea de escribir estas páginas, que hasta ahora son un relato indispensable á fin de poner á los lectores en escena.

Desde el punto en que los franceses fueron dueños del reino de Nápoles comenzaron á conducirse cual si se hallaran en país conquistado; y particularmente en la isla de Sicilia su comportamiento fué mas tiránico, sin advertir que cuanto mas recio é independiente era el carácter de sus habitantes, tanto mas consideraciones debian guardarse con ellos, á no querer encaminar las cosas á un desenlace lamentable. Entre los franceses que residieron desde luego en Sicilia debemos fijar nuestra atencion en el jóven conde de Dubois, hombre de nobilísima y muy antigua cuna, y cuyos predecesores blasonaban de grandes hechos militares. Su padre se habia distinguido mucho en la Cruzada que acaudillaron Juan de Brienne, rey de Jerusalen, el rey de Hungría y Hugo de Lusignan rey de Chipre; y á no impedírselo su edad ya muy avanzada, otra vez hubiera enristrado la lanza para acompañar á San Luis rey de Francia cuando en 1249 se arrojó sobre Damieta. Mas ya que los años fueron un estorbo para satisfacer los deseos del corazon del anciano y pundonoroso caballero, envió en su lugar á Gustavo su primogénito, verdadera hechura del padre, y tan saturado como este en las ideas caballerescas de su siglo.

Formando parte de los paladines que de mas cerca acompañaban al piadoso monarca estuvo Gustavo en Damieta, y cayó prisionero de los mahometanos en la desastrosa jornada en que perdieron la libertad el mismo y los veinte mil combatientes que seguian sus banderas. En el dia en que San Luis alcanzó la libertad recobró Gustavo la suya, recorrió la Palestina con el santo monarca durante cuatro años, y volvió á Francia en 1264. Cuando Cárlos de Anjou, que ya era rey de Nápoles, acudió al Africa, ya San Luis habia muerto en el campamento de Túnez, con cuyo rey firmó Cárlos un tratado y se trajo á Francia los tristes restos de

aquel ejército tan valeroso como desdichado. Gustavo acompañó en esta espedicion á Cárlos de Anjou, en cuyo servicio se habia distinguido cuando aquel sometió el reino de Nápoles; y ahora vuelto á Europa, el rey le hubiera nombrado vicario real ó sea gobernador de la isla de Sicilia á no parecerle que su juventud no prometia la prudencia que tan delicado encargo reclamaba. Pero como queria distinguirle y premiar las raras prendas que en él brillaban, le escogió por lugarteniente del vicario real de Sicilia. La súbita elevacion de aquel jóven dispertó los celos de no pocos magnates; mas como su carácter á nadie hacia sentir el peso de su superioridad y de su mando, se concilió fácilmente el afecto de cuantos estaban ó podian estar bajo sus órdenes. No habia entre los franceses mas apuesto jóven, nadie le sobrepujaba en el manejo de toda clase de armas y en el arte de regir un caballo, ninguno podia ostentar un escudo que atestiguara mas proezas de sus antepasados, y no era fácil hallar un digno rival suyo en eso de servir á Dios, al rey y á su dama. Era, en una palabra, un cumplido caballero; y si algun defecto podia achacársele era el de escesivamente enamorado. Cierto que en su época era inconcebible un caballero sin dama, pero Gustavo no podia hacer alarde de fidelidad hácia las que habian sido señoras de sus pensamientos. Verdad es que su arrogante figura, sus distinguidísimos modales, su apostura simpática, su nobleza, las riquezas de que habia de ser heredero, y la reputacion de valiente y magnánimo de que disfrutaba eran partes muy suficientes para que llamara la atencion de las mas distinguidas damas de su tiempo, y poderosos motivos para que su fidelidad corriera grandes y frecuentes peligros.

Presentóse en Palermo desplegando el lujo de un príncipe, y ofuscando con él al gobernador mismo, sin embargo de no ser pobre ni mezquino; su casa era el punto de reunion de todos los caballeros franceses; y apenas estaba en la capital de Sicilia cuando fué conocido de todos los sicilianos, y mirado con agrado por las sicilianas todas. Ni una de las nobles damas de Palermo dejaba de tener un vivo deseo de averiguar quién era la señora que desde Francia lloraba la ausencia de su caballero; ni una perdió ocasion de inquirirlo con aquellas preguntas discretas y ambiguas que con tanto tacto saben hacer las mujeres; pero todas esas pesquisas no produjeron ningun resultado, y al fin las bellas sicilianas hubieron de convencerse de que el corazon de Gustavo no suspiraba por mujer ninguna. De este convencimiento nació luego el natural deseo de avasallar aquella alma libre; y el orgullo femenil se dispertó violento con la esperanza de ostentar el grande triunfo de ser la dama del galante y hermoso caballero que á todas tenia cautivadas.

Claro está que ninguna de ellas habia de hacer una declaracion de amor al jóven que á todas agradaba, pero entonces como ahora las mujeres conocian perfectamente el arte de llamar la atencion sin que apareciese deseo semejante. Era en verdad un obstáculo no pequeño el que los franceses considerados como domi-

nadores eran por lo general aborrecidos ; y esto reclamaba mucho tino por parte de las damas que sobre participar tambien de ese odio , no debian sufocarlo ni menos tenerlo oculto á los ojos de los varones de sus familias. Mas el mismo odio con el tiempo se va estinguiendo, ó enfriando al menos : y si entre los sicilianos de elevada clase habia algunos que lo tenian clavado en el corazon para no arrancarlo nunca y con ánimo de trasmitirlo á sus hijos, no faltaban muchos que sin perder la esperanza de recobrar un dia la independencia , transigieran con la situacion presente, confiando al tiempo y á la política el cuidado de traer un cambio en la suerte de su patria.

Entre las familias que pertenecian á la primera clase y que representaban el verdadero espíritu nacional y marcadamente hostil á los franceses distinguíase la de Benedetti , cuyo jefe era Cesar Benedetti , hombre de cincuenta años y que habia combatido denodadamente y dado grandes caudales para resistirse al dominio de los estranjeros. No pertenecia á la aristocracia ; desde jóven se habia dedicado al comercio, que en aquella época ejercian esclusivamente los judíos, y esto hizo que al principio fuese visto con malos ojos por sus compatriotas. Pero Cesar habia logrado con su actividad y talento acumular grandes riquezas, derramaba beneficios en todas partes, tenia un carácter sumamente bueno y apacible : y sobre todo poseia cierto don de gentes tan grande , que era imposible hablar con él una vez sola sin quedar prendado de sus palabras y de los afectos que estas revelaban. Los nobles no podian alternar con él porque el siglo no lo permitia , pero le consideraban muchísimo y le tenian por persona muy digna de pertenecer á su clase si pudiera ostentar una larga serie de progenitores. Cuando los sicilianos lucharon á fin de resistir el yugo de los franceses , Benedetti dió grandes pruebas de amor á su patria , y como en los grandes peligros se acortan las distancias entre las clases sociales porque hay un interés que las llama á todas, el comerciante ganó mucho terreno en la consideracion pública y en el aprecio de la orgullosa aristocracia.

Grandemente contribuyó á ello su única hija y heredera Guillermina. En verdad puede decirse que era la mujer mas hermosa de Sicilia , y á su belleza reunia una bondad tan grande , que sin duda cautivaba mas que su hermosura. El padre estaba enorgullecido con tener hija semejante , y no lo estuvo menos la madre que falleció cuando la jóven tenia ya diez y seis años, esto es , cuatro antes de la época en que fijamos los sucesos que vamos relatando. Guillermina llamaba la atencion de todos los hombres , y ¡cosa verdaderamente estraordinaria! no eran enemigas suyas las mujeres , pues toda la envidia que pudieran despertar su belleza y los elogios de los hombres era sufocada por la humildad , la modestia y la bondad suma de la jóven que era la única que no habia reparado nunca en sus hermosas prendas físicas y morales. Aunque vivia muy retirada, su mano fué pedida al padre por varios mozos, pero á decir verdad Cesar hubiera

querido casarla con un noble, cosa muy difícil, pero de cuya dificultad no sabia Benedetti convencerse, porque se acostumbró á pensar que sus caudales bastaban para ennoblecer á su hija y hacerla merecedora de unirse á la familia mas encopetada de la isla. En eso desconocia César su siglo, porque toda su opulencia no equivalia al escudo de armas mas sencillo.

Guillermina vivia en una tranquilidad absôluta, no habia amado nunca, y siempre creyó que no era ella sino su padre quien habia de elegir y presentarle el hombre á quien debiera ser entregada. El padre pues aguardaba un noble, la hija aguardaba sin ninguna impaciencia el hombre que su padre le escogiera. En esta disposicion se hallaban las cosas al comenzar el año 1271, cuando en el dia de los Santos Reyes 6 de enero Guillermina acompañada de su dueña y seguida de un paje fué á la Catedral de Palermo para asistir á los solemnes oficios de aquel solemnísimo dia. El conde de Dubois asistió tambien á la iglesia, y aunque de un mes á aquella parte se habia agradado mucho de la hija del conde Uberti, en el momento de ver á Guillermina, la condesa quedó olvidada para siempre. Nunca habia contemplado una belleza tan cumplida, nunca habia esperimentado lo que sintió en aquel instante; y aunque él mismo se reputaba por muy voluble en materia de amores, un sentimiento íntimo le dijo que aquella mujer seria amada por él de otra manera. Guillermina vió al conde de quien ya tenia noticias, y aunque no lo conocia no pudo dudar que aquel era el noble y gallardo francés de quien tanto se hablaba. No sé decir si le amó en el acto, pero sí que desde aquel momento le pareció injusto que debiese casarse con el hombre que su padre le presentase y no con el que eligiera ella misma. Este fué su primer impulso de independencia.

En aquel tiempo estaban en moda las dueñas, que eran las confidentes de las damas, les servian de terceras, y con su esperiencia las ausiliaban eficazmente para engañar á los padres, hermanos y maridos. No tardó la dueña de Guillermina en adivinar y comprender el secreto de la señorita, y en el momento vió el cúmulo de males que se preparaban, porque si Benedetti difícilmente hubiera renunciado á lo que él creia el derecho de dar esposo á su hija, renunciar á ese derecho para que se uniera á uno de los dominadores de Sicilia, á uno de los tiránicos opresores de su patria, era una locura esperarlo. La dueña conocia el carácter de Guillermina, y no dudaba que una vez encendida en su corazon la llama del amor no habia fuerza humana que la apagara, ni medio ninguno de contener sus estragos. En su vida esperimentó ninguna clase de resistencia ni de oposicion, aquella voluntad era vírgen, y la dueña conocia que era firme, resuelta y capaz de todo. Con esto habia de sobra para que se prepararan escenas terribles y un desenlace funesto. A decir verdad María no se consideraba capaz de torcer á la señorita, y por otra parte no le pareció tampoco cosa regular y justa que una jóven debiese tomar por marido al hombre que le dieran. Ella se

habia resistido á verificarlo, y se conformó con perder la gracia de sus padres á trueque de casarse á gusto, y de buena fe juzgaba que esa pretension de Benedetti era una inicua tiranía.

Guillermina vió y habló al conde, y á la vuelta de cuatro meses era una verdadera loca de amor, á quien ya no contenian sino las lágrimas de la dueña, sin lo cual no habia empresa que no hubiese acometido ni peligro que no arrostrara para unir su suerte con el hombre que cautivó su alma completamente. Las visitas eran secretas, ese amor iba creciendo oculto, y se alimentaba en las tinieblas protegido y vigilado por María; mas al fin no faltó en la ciudad quien lo trasluciera y quisiese poner en alarma al padre, de quien era indudable que no tenia noticia alguna de lo que con su hija pasaba. A las primeras palabras del oficioso amigo, el padre vió el abismo abierto á los piés de su familia; entonces recordó que su hija estaba devorada por la melancolía, que su salud se habia quebrantado, que contra su antigua costumbre salia con frecuencia so pretesto de paseo, de iglesia, de visitas; que se resistió á pasar la primavera en una hacienda apartada de Palermo, á donde iban todos los años; que cuando por algun incidente se hablaba de los franceses no se descubria en su lenguaje aquel odio que alimentaba todo buen siciliano, y todo esto combinado vino á justificar el aviso del amigo. Faltaba saber cual era el francés que tuvo la audacia de usurpar los derechos del padre; mas cualquiera que fuese encenderia del mismo modo el furor del padre, porque á cada instante le horrorizaba mas la idea de que su hija fuese de un francés, y con esta idea siempre se presentó oscuramente envuelta la de matar á la hija que así vendia á su padre y á su patria. Sin embargo esta idea horrible no se desvanecia en la mente de César, y por mas que la sacudiera volvia con una insistencia maldita que iba enconando contra su hija el corazon de aquel hombre ya desventurado.

No era tolerable para su carácter semejante estado de incertidumbre y quiso salir de él á toda costa. No podia ignorar la dueña cosa alguna de todo lo acontecido, y aun era tambien forzoso averiguar si habia sido testigo de todas las entrevistas con el hombre que vino á robar al padre el corazon de la hija. Llamó á María, y con aquel acento seco y resuelto que usaba en ocasiones solemnes, y no dejando traslucir una chispa del volcan que ardia en su alma, le preguntó si Guillermina estaba enamorada. La dueña se estremeció, pero la pregunta fué hecha en tono tan imperioso y decidido que no habia mas remedio que una contestacion categórica y pronta. Sí señor, dijo temblando. César apretó los puños, enarcó las pobladas cejas, dió un paso adelante, y puesto cara á cara de María con voz estertórea y con acento entrecortado por la ira, le dijo: ¿cómo se llama ese hombre? y viendo que la dueña vacilaba iba á echarle la mano al cuello y sin remedio la ahogara cuando María, pálida como la muerte y conociendo la situacion en que se hallaba, dijo: es el conde de Dubois, y echó

á correr para encerrarse con la señorita en el último rincon de la casa.

Benedetti se quedó petrificado; su hija amaba, amaba á un enemigo de su patria, y precisamente al que llamaba mas la atencion en Sicilia, al amigo íntimo del usurpador, al confidente del tirano que oprimia todo el reino, al encargado de oprimir la Sicilia, al que con su lujo insultaba la miseria de los vencidos, al que con sus amigos recorria como un loco las calles atropellando con los caballos á las criaturas y á los ancianos, al que se burlaba de los odios y de las iras de los sicilianos, al que se gozaba en la opresion de aquella hermosa parte de Italia. Nada de todo eso era cierto, pero el vulgo lo decia, y César le daba crédito, porque no sabia hallar virtud alguna en los dominadores de su patria. La inmensidad de la ira y del dolor le dejó estupefacto; no supo qué hacer; no dudaba que en aquel momento daria muerte á su hija si la tuviera á la vista; no quiso ir en su busca para matarla, y no quiso salir de casa para que ella misma fuese á presentarle la vida. Con una apariencia de calma estoica, pero que en realidad era un preludio de enajenacion mental, abrió un armario, sacó un puñal, reconoció la afilada hoja, y poniéndolo sobre la mesa se sentó al lado de esta aguardando la hora en que su hija fuese á hablarle. Al levantar los ojos vió el retrato de su esposa y tuvo la serenidad de trasladarlo á otro cuarto, diciendo consigo mismo: no es bueno que la madre vea como corre la sangre de la hija que llevó en sus entrañas. Despues de discurrir un momento cogió un pergamino y escribió en él estas palabras: Señor conde de Dubois: estais enamorado de mi hija Guillermina y ella tambien os ama: podeis venir á buscarla.—César Benedetti.

Sí, esclamó, se lo enviaré cuando esa mujer maldita ya no exista. Y quieto en el asiento parecia aguardar muy de propósito la llegada de la jóven. Pero esta no venia. Sin embargo de la apariencia de humildad y mansedumbre tenia Guillermina un carácter enérgico y osado, que ella misma no conoció hasta el momento de necesitarlo. María volando fué á relatarle lo que acababa de pasar con su padre, y Guillermina que calculaba perfectamente de cuanto era capaz, no dudó que si entonces la encontraba la mataria. La disyuntiva era muy clara: ó esperar que estallara la ira de su padre, ó huir de la casa paterna desafiando desde léjos esa ira, arrostrando la opinion pública, y corriendo el riesgo de encontrar un hombre aleve en el jóven á quien creia cumplido caballero. Un instante bastó para que eligiera, y cubriéndose el rostro con un velo y rogando á María que la siguiese fué á buscar un amparo á la casa del amante. Encontró en este al hombre que habia esperado, se enteró de la situacion en que las cosas se hallaban, acompañó á Guillermina y á María á casa de otro caballero francés que tenia en Palermo esposa é hijas, y sin tomar consejo de nadie, pero resuelto á sufrir los insultos del padre, se encaminó á la casa de este. En el momento de presentársele ante los ojos el primer impulso de Benedetti fué atravesarle con la espada; mas en el acto cambió de resolucion y determinó desafiarlo: pero un instante despues va-

rió de parecer, y combatido por mil ideas distintas cayóse en el sillon de donde se habia levantado y no pudo proferir una palabra. El conde con acento dulce y humilde le dijo: Vuestra hija está en casa de un amigo mio y en compañía de su señora y de sus hijas; yo vengo á pedírosla por esposa; y si consentís en que lo sea, ni un dia mas permaneceré en Palermo ni formaré parte del ejército que ocupa vuestra patria. Yo creo que sin deshonra podeis dar la mano de vuestra hija al conde de Dubois, que se retirará á sus posesiones de Francia, sin nunca mas volver á Sicilia. Benedetti estuvo un momento indeciso, no porque pensara condescender á la peticion de Gustavo, sino porque reflexionaba acerca de cual seria la manera mas insultante de negarse á ella. Al fin rompió el silencio. Si no me repugnara manchar mi espada con la sangre de uno de los tiranos de mi patria, en el momento en que has osado presentarte á mi vista hubieras caido muerto á mis piés: no quiero matarte sino en campo libre el dia en que la Sicilia avergonzada de su envilecimiento vengará tantos ultrajes en la sangre de todos vosotros: entonces te buscaré con el puñal y con la espada, y en nombre de la ultrajada patria mataré á uno de sus verdugos. Mi hija puede si quiere unir su suerte con la tuya: desde el momento en que te conoció fué deshonrada: la puerta de mi casa nunca mas se abrirá para ella, y en la catástrofe que os aguarda será una de las víctimas que satisfará el deseo de venganza que arde en los pechos de todos los sicilianos. Desde el dia en que te amó vendió á su padre y á su patria; llévatela, hazla tuya, que bien está un traidor en compañía de un tirano. La maldicion de Dios caerá sobre su cabeza, como en este instante cae sobre ella la maldicion de su padre. ¡Dios eterno! esclamó el conde, y se cubrió el rostro con las manos para no ver la horrorosa fisonomía del padre al tiempo de pronunciar esas terribles palabras. Un súbito estruendo le hizo descubrir el rostro y vió que el anciano se habia caido al suelo arrastrando consigo el sillon y la mesa á que quiso agarrarse. Llamó criados, acudieron gentes, se apeló á todos los medios humanos, pero Benedetti habia sido víctima del furor que le ahogaba, y muy pronto no quedó duda de que su existencia estaba terminada.

Divulgóse rápidamente la noticia, y contra lo que acontece en tales casos todo el mundo relató los sucesos del modo que habian acontecido, aunque fueron juzgados de distinta manera. Los hombres pensadores condenaron la inexorabilidad de Benedetti; el vulgo en quien el corazon lo domina todo maldijo á la hija que habia sido causa de la muerte del padre. En vano quiso Gustavo ocultar á Guillermina el trágico fin del autor de sus dias: la noticia atravesó al parecer las paredes de la casa en donde habia hallado honroso y agradable asilo, y la dejó sumida en el mas profundo desconsuelo, que se habria convertido en desesperacion horrible á no ser los desvelos de sus huéspedes y de Gustavo. La prudencia impuso á este absoluto silencio con respecto á las maldiciones del padre, á cuya noticia no hubiera podido sobrevivir la jóven; mas como Dios nos ha hecho entre

otras infinitas mercedes el inestimable presente del olvido, Guillermina fué tranquilizándose, y acabó por convencerse de que amar á un hombre como el conde no era ningun delito, y de que el amor á la patria no exigia de ella que odiase al caballero que hizo la guerra obedeciendo á su legítimo soberano. Las personas que la rodeaban calificarón las iras de Benedetti como una especie de locura, como una enajenacion de su entendimiento, y á fuerza de oir siempre lo mismo y de haberse convencido de que su padre queria tiranizarla separándola del único hombre á quien amó en el mundo, acabó por familiarizarse con la idea de que aquel debia ser su esposo, y de que su amor contribuyó, á lo mas de un modo muy indirecto y muy lejano, á la muerte del padre. El recuerdo de este tenia por rival el amor inmenso del conde y el entrañable cariño que ella le profesaba, y en semejante lucha fuerza era que ese recuerdo quedara vencido. Al cabo de un año del fallecimiento de Benedetti, en la catedral de Palermo y en medio de un reducido concurso de parientes y de amigos Guillermina dió la mano de esposa y juró fidelidad eterna al hermoso caballero el conde de Dubois. Dos niños y una niña vinieron sucesivamente á colmar la felicidad de los esposos, cuya dicha era envidiada por cuantos los conocian.

De tiempo en tiempo recordaba Gustavo las terribles palabras con que Benedetti maldijo á su hija, y tambien acudian á su memoria aquellas sus amenazas vagas, pero que manifestaban la posibilidad de que tarde ó temprano hubiese en Sicilia un levantamiento general contra los franceses. Concurrian además para recelarlo el descubrimiento de algunas conspiraciones, y la observacion de que los sicilianos se mostraban mas osados y se resistian de un modo mas tenaz á satisfacer las gabelas que los dominadores les habian impuesto. Los gobernadores de algunas ciudades trataban á los habitantes con dureza suma; y los consejos de Gustavo no siempre lograban contener los desmanes de esos hombres, ni aun los del mismo gobernador general cuyo ejemplo les daba valor para continuar en la misma conducta. El conde mas de una vez lo habia hecho presente al rey Cárlos; mas el estar casado con una siciliana y el haberse sabido introducir entre los parientes y amigos de esta le hicieron reputar si no por sospechoso, al menos por mas inclinado á la dulzura, que estaba muy léjos de ser la norma de los procederes de los franceses. Disgustado con todas esas cosas habia resuelto separarse de Sicilia y reunirse con su anciano padre que ansiaba por conocer á Guillermina y á sus nietecillos, y por pasar en medio de toda la familia los pocos años que en su concepto le quedaban de vida. Guillermina dejaba la Sicilia con pena, aunque no oponia resistencia; pero su esposo léjos de tomar una resolucion que pudiera disgustarla, prorogó la época de la marcha con la esperanza de que de poco en poco y con repetidas y dulces reflexiones lograria vencer el disgusto de su esposa. Esa condescendencia, ese deseo de no contrariarla en cosa alguna trajeron finalmente la horrenda catástrofe de que vamos á ser testigos.

Al encarnizado odio de los sicilianos hácia los franceses habia contribuido de un modo eficaz el deseo de venganza que roia el corazon de Juan de Prócida. Este hombre, nacido en ilustre cuna, que se habia dedicado al arte de curar, que fué médico y muy íntimo amigo de Federico II y de Manfredo, amaba mucho la independencia de su patria, hizo cuanto pudo á fin de sostenerla, acabó por militar en las huestes de Conradino, y se encontró en la desdichada batalla de Tagliacozzo. Vencido en ella pudo salvar la vida, y como le fueron confiscados todos sus bienes en el reino de Nápoles, buscó un refugio en la corte de Aragon en donde contaba con el afecto de la reina Constanza, hija de Manfredo, y á la cual Conradino legó sus Estados y el empeño de vengarle. Prócida maduraba el vasto plan de sublevar contra los franceses el reino entero; mas convencido de las inmensas dificultades que esto ofrecia, limitó su proyecto á la isla de Sicilia, entre cuyos habitantes tenia mas influjo, y que indudablemente odiaban á los franceses mucho mas que los napolitanos. Sus proyectos hallaron un ausiliar eficaz en el rey de Aragon que con diversos pretestos aparejó una escuadra cuyo verdadero destino era lanzarse oportunamente sobre la Sicilia y unirla al reino de Aragon, bien como conquista, bien como patrimonio de su esposa Constanza. Alentado Prócida con esta proteccion poderosa recorrió la Sicilia, rehizo el valor de sus habitantes, avivó el encono hácia los estranjeros, distribuyó armas, derramó caudales y lo dispuso todo para el momento oportuno. Cuando un pueblo está ya preparado á la revolucion, cualquiera chispa basta para resolver el incendio. Así aconteció en Sicilia, en donde los sucesos se precipitaron mucho mas de lo que Prócida queria, y los deseos de este hombre quedaron cumplidamente satisfechos.

En efecto; era en Palermo costumbre muy antigua que en el segundo dia de pascua fueran los habitantes en romería á la iglesia de Monreale situada á tres millas de aquella ciudad, para asistir á las solemnes vísperas que en aquel templo se cantaban. Como en los años anteriores verificóse la romería en 1282 en la tarde del 30 de marzo; y la muchedumbre que acudió al santuario fué crecida, formando parte de ella muchos franceses y el mismo Vicario real que sin aparato ni acompañamiento ninguno iba revuelto con los habitantes y con los franceses. Guillermina no quiso ir, pero con el Vicario iba Gustavo á la par que lo mas granado de los caballeros franceses. Encaminábase al lugar de la fiesta en compañía de su novio y de su familia una bella jóven de distinguida cuna, cuando un francés indiscreto é insolente, so pretesto de que aquella jóven llevaba escondida entre el vestido alguna arma, se atrevió á registrarla, faltando en aquel acto al decoro, y dando lugar á que el susto y la vergüenza ocasionaran á la jóven un desmayo. Los gemidos y las esclamaciones de los parientes llamaron muy luego la atencion de la muchedumbre que se deshizo en imprecaciones y amenazas, comenzando á gritar: mueran los franceses. El insolente fué acometido

atravesado con su misma espada; y á esa primera víctima siguieron otras muchas, porque el furor popular, roto ya el freno, se cebó en cuantos franceses iba encontrando por el camino de la iglesia, cuyas campanas tocando á vísperas parecian animar todavía á la irritada muchedumbre. Gustavo corrió á la ciudad, salvándose á duras penas de la persecucion de los amotinados, y con él se salvaron por de pronto el vicario real y muchos otros caballeros que con las armas en la mano se abrian paso entre el irritado pueblo. Pero este no quedaba satisfecho: habia lanzado el grito de venganza y era forzoso que la saciara por completo. Así retrocediendo hácia Palermo propagó la insurreccion por la ciudad que en un momento fué un vasto campo de desolacion cubierto por los cadáveres de todos los franceses que en la ciudad habia, y por los de las mujeres que se habian casado con estranjeros. El frenesí del pueblo llegó hasta el punto de registrar las entrañas de aquellas desventuradas para averiguar si en ellas palpitaba el fruto de sus detestados enlaces. La conspiracion esgrimia en todas partes el puñal y ocho mil franceses pagaron con su sangre la tiranía con que habian tratado á los habitantes. El caballero Guillermo Porcelets fué honrosamente despedido y sacado de la isla, porque su carácter bondadoso y la moderacion con que siempre se condujo le habian granjeado el amor del pueblo, que en medio del frenesí que le cegaba no olvidó las buenas prendas que á ese caballero distinguian.

Desde el momento en que comenzó el motin en el camino de Monreale Gustavo juzgó perfectamente la situacion, y no le cupo duda de que el levantamiento seria general, y que no solo se dirigiria contra los franceses, sino tambien contra cuantas personas tuviesen relaciones con ellos. Tembló por su esposa y por sus hijos; y mientras por el camino defendia su vida contra los amotinados iba discurriendo el medio de poner á cubierto á su familia. Tenia ya resuelto su plan, y sin apartarse nunca del grupo que con otros caballeros habian formado para presentar una resistencia mas compacta, penetró en la ciudad, encaminándose directamente á su casa con todos sus compañeros. Pero algunos hombres del pueblo habian llegado antes que ellos, y la ciudad estaba ya amotinada y yacian por las calles los cadáveres de los primeros franceses que fueron sorprendidos. Cuando llegó al mismo tiempo que Gustavo la muchedumbre que habia muerto á los franceses que se dirigian á Monreale, acabó de inflamarse la ira del pueblo, y los que venian de afuera y los de dentro concertados en un instante con inesplicable rabia comenzaron á degollar franceses en las calles, en las casas, en todas partes. El conde estaba ya muy cerca de su casa cuando se arrojó sobre él y sobre sus camaradas una multitud ebria de furor, y á pesar de su resistencia, los hizo pedazos, y arrastró sus cadáveres por las calles, atizando de este modo aquel volcan que tenia ya la violencia necesaria para abrasarlo todo.

En el mismo instante en que Gustavo y sus amigos caian á los golpes de los

sicilianos, un grupo de los que habian tomado parte en aquel sacrificio se lanzaba á la casa de Guillermina. Al frente de ellos iba un hombre de estatura atlética, que esgrimia un puñal ensangrentado, que vociferaba como un loco, y cuyos ojos espresaban un furor inesplicable. Ese hombre capitaneando á los demás atravesó salas y cuartos, y al fin halló á la desventurada jóven rodeada de sus tres hijos, y postrada ante un crucifijo. Guillermina habia oido el tumulto, y lo adivinó todo, todo, pues no le cupo duda de que siendo esposa de un francés, el furor popular se cebaria en ella. Pero ¡sus hijos! ¡oh! sus hijos no se los arrebatarian mientras viviese: tenia en la mano una espada y en el cinto un puñal, y la infeliz esperaba defender aquellas prendas de su amor que llorando y abrazados á su madre estaban poseidos de terror sin saber porqué motivo. Los amotinados entraron, y en el momento en que Guillermina iba á hacer uso de una arma se cayó al suelo. La infeliz se habia prometido demasiado de sí misma, sin calcular que para resistir á un ataque de esa naturaleza se necesitaba un valor que pocos hombres tienen.

Varios de aquel grupo iban á descargar sus armas contra Guillermina, cuando el jefe adelantándose á todos dijo: No, no morirá aquí, yo la encerraré en la cárcel para que mañana cuelgue como un racimo en la horca donde á la vista de todo el pueblo de Palermo han de espirar los traidores, y con ella colgaremos á sus tres hijos. Cógelos y llévalos, Cristobal, dijo á otro hombre de aspecto tan feroz como el suyo. Esta resolucion no contentó á todos y tal vez aquella escena hubiera terminado con sangre, si la horrible gritería de la calle no llamara la atencion hácia otra parte. El pueblo arrastraba el cadáver del Vicario real de Palermo, y una multitud inmensa seguia ese trofeo de la victoria que acababa de alcanzar contra los franceses. La mayor parte de los reunidos en casa de Guillermina corrieron á ese espectáculo, otros se quedaron para saquear y pegar fuego al edificio, y aprovechando el silencio que en la calle sucedió á aquella escena tumultuosa, Cristobal y su compañero salieron por la puerta escusada llevando á cuestas cual si fueran un fardo á la desventurada madre y á sus tres hijos. Volando por las calles salieron de Palermo, y al cabo de una hora depusieron su carga dentro de una barraca de carbonero, en donde habia una mujer ya entrada en años y cuya cara sucia y cuyos andrajos daban testimonio de su oficio y de su pobreza. Los niños estaban azorados, lloraban, chillaban y no comprendian sino que aquello era una cosa horrible, pero su edad no era suficiente para atinar qué significaba. Para mayor desgracia durante el camino Cristobal perdió uno de los niños, y aunque lo advirtió y quiso recogerlo, un grupo de amotinados se apoderó de él, y como el niño pedia favor en lengua francesa, apenas habia tocado al suelo cuando fué asesinado por aquella inhumana muchedumbre. Despues de grandes esfuerzos Guillermina vuelta en sí, comprendió todo el horror de su situacion, y por fortuna suya la juzgó mucho mas

horrible de lo que era realmente. Lanzóse al cuello de sus hijos; buscaba al tercero, mirando aterrorizada el rostro de aquellos dos hombres y el de la mujer, cuya fisonomía ennegrecida por el carbon la presentaba como un espíritu del infierno. Matadme, gritó con acento desesperado, pero no derrameis la sangre de estas inocentes criaturas, á quienes Dios ha hecho nacer de las entrañas de esta madre desventurada. Ninguno morirá, ni ellos, ni vos, señora, dijo Mateo; vos no me conoceis. El vicario real me habia metido en la cárcel porque no quise pagar el impuesto que por órden suya se exigia á los carboneros que iban á vender á Palermo; mi mujer hoy difunta fué á implorar vuestro ausilio, vos pagasteis el impuesto y vuestro esposo me hizo sacar de la cárcel, y yo le juré sacrificarme por él y por vos siempre que fuese necesario. Al saber esta tarde lo que sucedia en Palermo en donde me hallaba, he volado á vuestra casa ; la muchedumbre apiñada en las calles ha retardado mis pasos y ha sido tarde para salvar á vuestro esposo, pero con mi hermano Cristóbal hemos podido penetrar en vuestra casa, y engañando al grupo que iba á derramar vuestra sangre y la de vuestros hijos hemos salvado vuestras vidas y las salvaremos, pero vuestro tercer hijo gritaba en francés y se ha perdido. Guillermina prorumpió en deshecho llanto , vió en un momento hasta donde alcanzaba su desdicha, y abrazando de nuevo á sus hijos esclamó: ¡Hijos de mis entrañas , ya no teneis padre , no teneis abuelo, no teneis hermano y pronto no tendreis madre! No os quedará mas que la misericordia de Dios. Y nosotros, gritó Mateo, y toda nuestra familia, señora; no lloreis, no os desespereis, recobrad la serenidad y el valor ; ensuciad vuestro rostro, sois por de pronto la hermana de un carbonero, y vuestros hijos sobrinos de un carbonero y carboneros , pero aquí no estamos bien , pueden reconocer nuestro engaño, venir, y mataros: valor, señora, Dios no nos abandonará: vestíos con ropa de mi hermana, tiznad vuestro rostro y los de vuestros hijos y salgamos. Nosotros os llevaremos á donde convenga , y os salvaremos , pero es indispensable que tengais valor ; vuestro esposo os manda desde el cielo cuidar de estas criaturas que son suyas, cumplid vuestro deber y vamos.

Guillermina conoció toda la fuerza de estas reflexiones hechas en el lenguaje de la naturaleza, enjugó el llanto, juró recobrar el valor, varió su traje, tiznó su rostro y los de sus hijos, y encarándose con Mateo y con Cristóbal les dijo: Estoy dispuesta, salgamos. En la misma noche se trasladaron á un pueblo inmediato en donde fueron recogidos en casa de una hermana de Mateo, y allí en medio de aquella naturaleza hermosa y tranquila la madre supo levantar su corazon á Dios, y hallar la fortaleza que para resistir tantos y tan grandes contratiempos necesitaba.

Mientras tanto la sublevacion triunfó en todos puntos, no habia un francés en la isla, el duque de Anjou se preparaba para vengar aquella mortandad horrenda, y el rey de Aragon al frente de una escuadra se dirigia á la isla á ceñirse la

corona que los sicilianos le habian ofrecido á trueque de que los protegiera contra los franceses. Á los dos meses el famoso almirante Roger de Lauria incendiaba en el estrecho de Mesina la escuadra francesa que sitiaba la ciudad, y Pedro de Aragon desembarcaba en Trápani para recibir el homenaje de los isleños. El hijo de Cárlos intentó un nuevo desembarco y fué batido y hecho prisionero por el mismo Roger, de suerte que la corona de Sicilia quedó asegurada en la cabeza del rey de Aragon, que con esta conquista echó la base del influjo y del dominio que mas tarde habian de alcanzar los aragoneses en gran parte de Italia, para transmitirlo á España cuando se unieron las dos coronas de Aragon y de Castilla por medio del matrimonio de los reyes católicos.

Durante estos acontecimientos Guillermina y sus hijos no salieron de la casa que les habia servido de asilo, y Mateo fué algunas veces á Palermo en donde los parientes de Guillermina remediaron con abundantes recursos las escaseces de aquella desdichada señora. Cuando Pedro estuvo ya seguro en el trono siciliano Guillermina fué á la capital, se presentó al monarca, y este hizo que se le restituyeran todos los bienes de su padre que en el calor del alzamiento le habian sido confiscados. El monarca se empeñaba en que Guillermina viviera en la capital en donde podia contar con el favor del rey mismo, pero la infeliz viuda no quiso abandonar nunca el pueblecillo en donde se habia salvado en aquellos horribles dias de desolacion y de sangre. La familia de Mateo constituyó en adelante su familia, y la viuda no encontraba mas consuelo que los abrazos y los besos de sus hijos. Todas sus diligencias fueron infructuosas para hallar el cadáver de su esposo y del tercer hijo; mas no pudiendo tener este consuelo, en la entrada del cementerio del pueblo hizo levantar un tosco monumento y delante de él colocó una cruz, que todos los dias iba á visitar en compañía de sus hijos. Antes de caer el sol, salia la pobre viuda con ellos, sentábase cerca de aquel lugar sagrado, y allí enseñó á los hijos á amar y á temer á Dios, y á respetar la memoria de su padre. En vano Mateo y los demás de la familia se empeñaban en que no fuera á ese sitio en donde su alma se contristaba y corria en abundancia su llanto. No lo creais, amigos mios, les decia Guillermina, esa hora es la mas dulce de todo el dia; al verme rodeada de mis hijos ante esa cruz en que me parece que veo el rostro de mi Gustavo, mi alma esperimenta un consuelo verdadero. Es la única felicidad que me queda en la tierra: no querais arrebatármela mientras Dios en medio de su infinita misericordia me permite gozar de ella. Ese es el verdadero consuelo de la desventurada viuda.





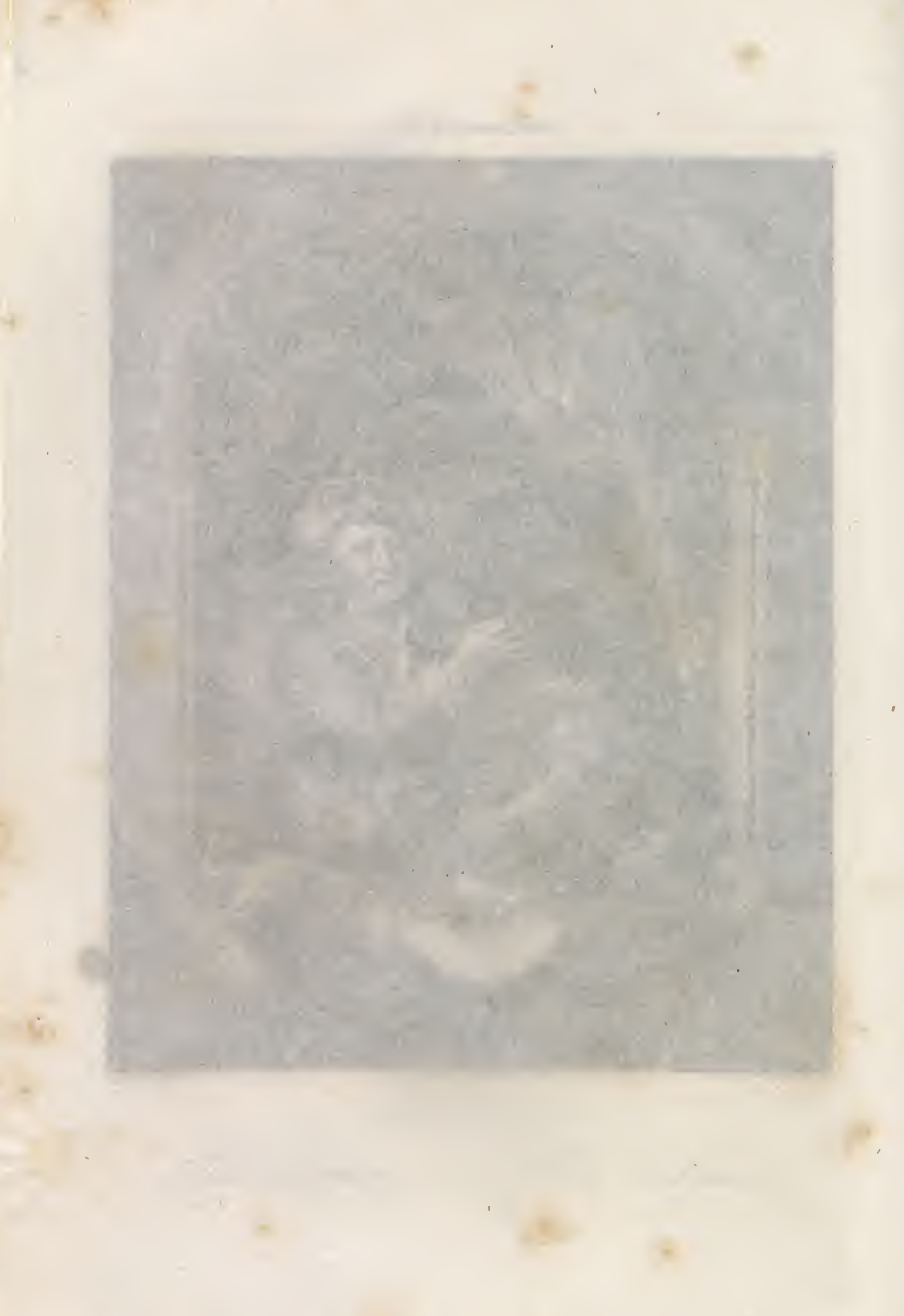
Le Dentiste

The Dentist. Der Zahnarzt.

EL SACAMUELAS.

[illegible]

[illegible] dolencias que aflijen al hombre, es una de las [illegible] dolor de muelas, el cual hace todavía mas terrible la [illegible] que se adopta para curarlo radicalmente. Ese dolor [illegible] que se comunica á toda la cabeza, [illegible] á la [illegible] y á [illegible] hasta los ojos, los oidos, y [illegible] [illegible] un momento de tregua ni descanso. [illegible]



EL SACAMUELAS.

(POR GERARDO DOW.)

Entre las muchas dolencias que afligen al hombre, es una de las crueles en alto grado el dolor de muelas, al cual hace todavía mas terrible la consideracion del medio que se adopta para curarlo radicalmente. Ese dolor es un dolor intenso, atroz, que se comunica á toda la cabeza, se estiende á la espalda y á los omóplatos, da tirones violentos y dolorosísimos hácia las orejas, los ojos y la nariz, acobarda al hombre mas valiente y apura la paciencia del mas sufrido; parece que coloca en la muela un gusano que con crueldad inesplicable roe y taladra una parte eminentemente sensible; es un dolor que dá ira, que atolondra á veces, que postra siempre, que hace saltar las lágrimas, y que cuando está ya decidido no da un momento de tregua ni descanso. Algunas veces es muy caprichoso y se desvanece por sí mismo para no repetir nunca mas ó para no volver hasta al cabo de meses y aun de años; pero cuando es verdadero, cuando procede de una muela visible ó invisiblemente careada, es un milagro que ceda hasta apelar al mas cruel de los remedios. Muchos son los que se dan para curar esta maldita dolencia y algunos por cierto peregrinos. Hay quien aconseja poner en la muela un pedazo de cigarro habano, hay quien recomienda como infalible el creosoto, otro asegura que el aguardiente lo duerme si no lo cura para siempre; es frecuente ver ciertas gentes que se tapan la cara con una grande oblea bañada en vinagre; no falta quien se cauteriza la muela enferma con una larga aguja candente, y hasta se da como remedio eficaz atarse en el brazo izquierdo una cuerda de violin. Cuando uno padece de las muelas no puede quejarse delante de persona alguna que no le recomiende

un remedio con la seguridad absoluta de que ella se lo curó con lo mismo, y el pobre paciente que no puede comer, dormir, beber frio ni caliente, ni soportar la impresion del aire, prueba durante unos dias los remedios que con muy buena voluntad le indican estos y aquellos, y acaba por convencerse de que su muela es refractaria á todos ellos. Si aquella muela es la primera que le duele, por lo comun determina muy luego irse á casa del operador, no sin que muchos amigos le aconsejen que no lo haga, porque á fulano, á zutano y al de mas allá se le llevaron un pedazo de quijada, ó el arrancamiento de una muela le causó una fístula de que llegó muy al cabo; amen de lo muy fácil que es que se la rompan, y entonces despues de haber sufrido una operacion dolorosa no le queda ya siquiera la esperanza de que le curen el dolor radicalmente. Si el que sufre es ya perito en el arte y está escamado por el dolor que ha sufrido otras veces, considera que repitiendo la operacion se aumentan las probabilidades de que ocurra alguna desgracia, y en vista de todo esto retarda la visita al sacamuelas, hasta que no habiendo podido descansar un minuto en toda la noche, que ha pasado revolcándose por la cama, levantándose, saliendo al balcon, fumando y rabiando, cuando Dios amanece no toma consejo sino de la desesperacion, y se lanza á casa del sacamuelas, no sin que en el camino vaya pensando en el dolor atroz que le aguarda para quitarse el dolor maldito que le atormenta. Y es lo bueno que al llegar á la casa á donde se dirigia, de repente cesa el dolor y puede respirar un momento. Vacila, retrocede unos pasos, pero seguro de que el dolor volverá, y no queriendo desaprovechar la resolucion que ya habia tomado, sube la escalera, entra, se sienta en la silla fatal, abre la boca, y temblando aguarda el parecer del que se la está registrando y tanteando con una especie de punzon cuya sola vista ya estremece. El inteligente operador declara de un modo terminante que la muela está careada, que no hay mas remedio que arrancarla, y por añadidura que urge verificarlo para que la enfermedad no se comunique á las otras. El operador discreto se provee disimuladamente del instrumento á fin de aprovechar el primer instante en que el paciente se decida. Vacila este, el dolor aprieta, ya el hombre se ve sentado en aquella silla de martirio, recuerda la pasada noche, se acuerda que la operacion es muy breve, y decidido al fin dice, ahora, y abre la boca. El sacamuelas introduce el instrumento, agarra la muela y con mas ó menos destreza da una vuelta ó un tiron, segun sea el instrumento: el paciente pierde la vista de cuanto le rodea, le parece que le arrancan el alma, siente un dolor que nadie podria soportar durante dos minutos sin morirse ó volverse loco, y el triunfante operador saca el instrumento que arrastra consigo la muela, y la presenta al pobre operado, cuya frente baña un sudor frio, y cuyo boca arroja sangre. La operacion está terminada, ha sido breve y feliz, aquel dolor agudo ya no existe, y aunque hay otro dolor es de naturaleza distinta y casi despreciable comparándolo con el que ha desaparecido. Se enjuaga el hom-

bre con una agua olorosa que le presenta el compasivo sacamuelas, y se levanta para huir de ese asiento fatal en que tantos prójimos han suspirado. Entonces ya tiene gana de conversacion, oye los consejos que se le dan para conservar la dentadura, tal vez toma una botellita de un elixir muy bueno para el caso, y contento y rebosando de felicidad pisa otra vez la escalera que un cuarto de hora antes habia subido sintiéndose muy desgraciado.

Tal es en resúmen y por regla general la historia de una muela enferma, pues cualquiera otra cosa que en esta dolencia suceda es una escepcion que no forma estado.

Modernamente hay quien promete curar en dos minutos el dolor de muelas radicalmente y sin necesidad de la estraccion: hay quien ofrece orificar las muelas careadas é impedir con esto el progreso de la caries; pero todos esos espedientes son paliativos para retardar esa dolorosísima operacion que es el único remedio que cura para siempre. Triste es por cierto que la ciencia no haya hallado ninguno para un mal tan grave, de curacion tan dolorosa y hasta bárbara, y que repetida muchas veces, además del riesgo que en ella se corre, afea el rostro, y perjudica la masticacion y las digestiones; pero son tantos los males que no sabe curar la ciencia que la ignorancia para curar este no debe admirarnos.

En otro tiempo los sacamuelas eran gentes mal educadas, sin conocimiento ninguno científico, meros prácticos, que usando instrumentos muy imperfectos arrancaban las muelas con tenazas y á puro de tirones, como si fueran un clavo. En nuestros dias se llaman dentistas, estudian, se graduan, operan con conocimiento y pericia suma, usan instrumentos esquisitos y á propósito para asegurar la operacion y hacerla menos dolorosa, y como ellos han sabido honrarse, la sociedad los honra y aprecia como personas respetables y de carrera científica. Su suerte pues ha variado muchísimo y ellos han sabido hacerse dignos de este cambio.

No pertenecia á estos sino á los otros maese Nicolás, que es el sacamuelas representando en esta lámina, copia de un cuadro de Gerardo Dow. Era el maese hijo de otro sacamuelas que nunca habia pasado de la esfera de tal ni tenido mas instrumento que unas tenazas; bien que suplia la imperfeccion del instrumento con una robustez de muñeca capaz de arrancar de un solo tiron la mas bien puesta quijada, de lo cual habia dado durante su vida muy repetidas pruebas. Padre é hijo nacieron en un pequeño lugar de Flandes, y por mas señas el padre solo una vez habia salido de su patria para ir á Bruselas á cobrar un corto legado de un tio cura que le favoreció en el testamento. El hijo Nicolás desde muy jóven se sintió llamado á figurar en mas dilatado palenque, y aunque durante la vida de su padre no hubo forma de que le permitiera salir de la aldea, nunca sin embargo abandonó la esperanza de verificarlo mas tarde, de correr un poco el mundo, de granjear algunos beneficios, y cuando menos de salir del cascaron

en que su padre lo tenia encerrado. No es que Nicolás deseara de modo alguno la muerte del autor de sus dias, pero juzgaba que la libertad que por este medio adquiriria habia de ser poderoso lenitivo á su pesadumbre. Y así sucedió en efecto, pues habiendo fallecido su padre en agosto de 1643, por Navidad del mismo año estaba Nicolás completamente consolado de aquella pérdida. Su madre murió mas de dos años antes, por lo cual no habia cosa alguna que le impidiera llevar á ejecucion sus altos y atrevidos pensamientos, que eran nada menos que recorrer la Flandes toda entera y penetrar en Francia, visitándola sino toda en su parte mas notable.

Pero es de saber que el arte de sacar muelas siempre le habia parecido poca cosa para satisfacer su ingenio: no que lo considerara como bajo y humillante, léjos estaba de tal cosa, sino que sintiéndose con fuerzas para mas dolíale mucho quedarse reducido á tan poco. No queria renunciar al oficio en que era práctico consumado y en que no dudaba ganar muy buenos luises; mas no bastaba para su actividad á la cual le hacia menester otra cosa, pero de tal género que pudiese casarla con lo de sacar muelas á todo triquitraque. Muchas y aun penosas horas se le habian pasado discurriendo acerca de asunto tan importante, y vacilaba entre mil industrias diferentes, y aun es posible que á puro de dudas hubiera terminado no decidiéndose por ninguna, cuando por dicha suya pasó por la aldea y dió algunas funciones en ella una compañía de saltimbancos, entre los cuales habia un diestrísimo jugador de manos. Nicolás quedó pasmado al ver la agilidad de sus dedos y la limpieza de sus juegos, y haciendo un corto sacrificio pecuniario logró que aquel hombre le diese algunas lecciones, que fueron la base de sus ulteriores y mas aventajados conocimientos. Dedicóse con ahinco al arte y no tardó en desplegar en él una *vis cómica* y un acierto que á él mismo le dejaron estupefacto. Desde entonces resolvió pues arrancar muelas y menear los cubiletes y la baraja; y como esto aconteció seis años antes de la muerte de su padre tuvo tiempo suficiente para ejercitarse, en términos que al esperimentar aquella desgracia podia sin jactancia reputarse por maestro en el arte.

Vino finalmente el dia de salir á campaña, y echándose al hombro la alforja, en que llevaba su muy sutil equipaje, media docena de barajas, ocho cubiletes de graduado tamaño, algunos otros chirimbolos á propósito para el arte, y las mismas tenazas de su padre que habian arrancado mas de cuatro mil muelas y sobre veinte millones de suspiros, salió de su patria para nunca mas entrar en ella. De pronto y deseando hacer su estreno en un teatro digno de la fama que él se profetizaba encaminóse á Bruselas, en época precisamente en que la reunion de varios príncipes en aquella capital habia de llevar á ella muchas gentes y dar ocasion á fiestas y festejos públicos, en los cuales era mas agible lucir sus habilidades y hallar pacientes.

Nicolás no se lanzaba en busca de fortuna y de gloria contando con su sola

persona; sino que iba de compañero suyo y debia servirle de ausiliar muy grande un perro de aguas que en nuestros tiempos hubiera figurado muy dignamente en cualquiera de esas compañías que se llaman de perros sabios. Sin que los mas envidiosos émulos de maese Nicolás hubiesen podido nunca rastrear el cómo, la verdad era que el perro de ese peregrino ingenio tenia las muelas y los caninos de tal modo que su amo se los arrancaba delante del público sin que el perro diera un gemido ni dijese una palabra; y á los pocos dias cuando el maestro se presentaba en otro pueblo, el perro tenia toda su herramienta y el amo se la arrancaba de nuevo. Dijérase que se los pegaba con alguna resina ú otra materia por el estilo, pero que así y todo estaban bastante sólidos para que el animal pudiese mascar un zoquete y roer un hueso. Llamábase el perro Mosquito, y además de servirle de maniquí al sacamuelas, trabajaba tambien como animal de mucho ingenio puesto que conocia los guarismos, daba en el suelo tantas patadas cuantas eran las unidades que un guarismo representaba, soltaba un ahullido al presentarse en la baraja una sota, ladraba al aparecer un caballo, rugia al ver un rey, y saltaba cual un loco al descubrir el as de oros. Con estas habilidades habia sorprendido muchísimo, y maese Nicolás no dudaba que seria un ausiliar muy eficaz de su fortuna y nombradía.

Llegó á Bruselas en el mismo dia de la reunion de los príncipes, que era el primero de los públicos festejos. La ciudad estaba cuajada de gente, habia muchos soldados y muchos aldeanos de los contornos, y como precisamente esas dos clases eran las que debian constituir el verdadero público de actor de semejantes quilates, no dudó el maestro que se inauguraba con escelentísimos auspicios. Instalóse hácia las diez de la mañana en la calle Ducal, que si bien no tenia la longitud ni la anchura que se le ha dado en tiempos posteriores, era ya de mucha concurrencia, tanto mas cuanto en ella estaban hospedados los príncipes Guillermo de Nassau y Mauricio de Sajonia, amen de cuatro embajadores de otras tantas potencias y de dos mariscales. Aprovechando el sobradillo del único balcon que en esa calle habia en una magnífica casa construida por españoles, plantó una mesa cuadrilonga, tendió encima un tapete de bayeta verde algo raido, y que era el mejor trozo de una antigua frazada de su padre, derramó á un lado de la mesa sobre unas cuatrocientas muelas, precioso y significativo legado de su padre, puso en contacto con ellas las tremendas tenazas esmeradamente pulidas, y abriendo luego una caja de carton sacó y puso al opuesto lado de la mesa los cubiletes, las barajas, una especie de lituo, cinco ó seis vasijas de madera, una botella de elixir, y media docena de botecillos de polvos odontálgicos de grande eficacia para limpiar la dentadura. Debajo de la mesa y enteramente oculto por el tapete estaba tendido Mosquito, aguardando el momento de salir á la escena á representar sus diferentes papeles.

La novedad del aparato atrajo luego una numerosa concurrencia de soldados

y gente menuda, todos los cuales se quedaron asombrados al ver la agilidad de dedos de maese Nicolás que jugaba con los cubiletes y barajas haciendo habilidades portentosas, y nunca por aquel respetable público imaginadas. Cuando tuvo bien cebados á los espectadores hizo que Mosquito pareciera en la escena y aseguró á los presentes que adivinaria el número de cualquiera naipe que le presentaran; y como nadie llevase baraja en el bolsillo hizo Nicolás uso de la suya, y el perro fué dando tantas patadas en el suelo cuantos eran los números que el naipe espresaba, llegando algunos de los espectadores hasta sospechar si maese Nicolás tenia ó no tenia pacto con el demonio, si bien los mas maliciosos sustentaron que no era tanto, sino que calaba un poco el arte de brujería. Cuando hé aquí que se adelanta á la multitud un soldado español, de grandes y canos bigotes, con traza de socarron y aire de muy jactancioso, el cual se atrevió á desafiar á maese Nicolás á que el perro no conoceria los números si él le enseñaba los naipes. Entablose entre Nicolás y el militar un diálogo algo picado, pero al fin el santimbanco no tuvo reparo en poner á prueba el talento de Mosquito. Barajó el soldado, cortó, cual si fuera á jugar de veras, y de pronto puso delante de los ojos de Mosquito nada menos que el as de oros, naipe que conocia el perro perfectamente y á cuya vista no contento con dar una patada, añadió un ladrido y un brinco, porque en efecto el as de oros que es el naipe mas notable de la baraja era anunciado con mas solemnidad que los otros. Sacó luego el soldado el ocho de espadas y Mosquito dió ocho patadas en el suelo, y por este tenor señaló con exactitud aritmética hasta veinte y dos cartas que le presentó el soldado, quien hubo de darse por vencido, regaló á Mosquito una moneda, y acreció su reputacion de una manera muy grande. El momento era oportuno y Nicolás, que nunca supo desaprovecharlos, entregó el sombrero al perro que llevándolo cogido por el ala entre los dientes dió una vuelta á la redonda de los espectadores, que le echaron casi todos alguna moneda, preludio magnífico y muy pingüe de la fortuna que Nicolás habia vaticinado.

Terminada, digámoslo así, la primera parte del espectáculo desapareció el jugador de manos para ofrecer á la vista del público el sacamuelas, y fué en momentos dichosos, porque acababa de agregarse al corro un pobre labriego que con la mano se apretaba el carrillo izquierdo. Desde el primer instante le columbró Nicolás, se deshizo en elogios de su pericia en el arte, enseñando y revolviendo las muelas que sobre la mesa tenia, no sin jurar que todas fueron arrancadas sin dolor del paciente. El pobre labriego que de ocho dias á aquella parte no tenia un punto de reposo salió de entre filas y acercándose á Nicolás le preguntó cuánto le haria pagar por arrancarle dos muelas que le tenian frito. Yo no fijo precios, dijo el maestro, arrancadas las muelas me dareis lo que os viniere en gana, y si no quereis darme cosa alguna nada importa: los hombres como yo se consideran dichosos cuando pueden hacer bien á sus semejantes. El

público quedó enamorado de esta generosa respuesta, y desde entonces estuvo tan á favor del maestro que no habia uno de los presentes que no sintiera en el alma no tener dolor de muelas para darle á ese hombre ocasion de lucir su destreza y su generosidad al mismo tiempo. Acercóse el labriego, reconocióle Nicolás la herramienta, declarando en seguida que las muelas careadas eran tres, dos de fácil estraccion y una tan difícil y arriesgada que solo quien tuviese grandes conocimientos en el arte podia atreverse á intentarlo; mas como por fortuna no habia para él operacion difícil, saldrian las dos primeras y por fin y remate la tercera. Dos tirones y no mas costó la primera, y aunque al saltar de la quijada bien quisiera el labrador dar un grito le fué de todo punto imposible, porque Nicolás ya le habia metido en la boca las tenazas que con otros dos tirones dieron cuenta de la segunda. Tambien aquí correspondia segun la voluntad del paciente otro alarido, pero Nicolás, grande conocedor del corazon humano, comprendió que un chillido de aquel hombre podria perderlo, y metiéndole la mitad de la mano izquierda en la boca lo sujetó por el carrillo á viva fuerza, introdujo el instrumento, y cosa admirable, al primer tiron saltó la muela á seis pasos de distancia. El doliente habia esperado á lo menos cuatro tirones para desprenderse de la tercera pieza, y al ver ahora que salia tan bien librado juzgó que hubiera sido una atrocidad quejarse, y cerró el pico quedando convencido el auditorio de que el operador no hacia el mas mínimo daño. Satisfizo como pudo, derramóse la noticia por la calle Ducal y las adyacentes, y á las dos de la tarde Nicolás habia revistado treinta bocas, desarraigado cuarenta y dos muelas, divertido á un crecidísimo número de personas, quitado el dolor á treinta desventurados, acreditado su pericia y metido en la alforja mas de cien reales de nuestra moneda, amen de los mendrugos que fueron dados á Mosquito, los cuales propiamente se convertian en dinero para el sacamuelas, que no habia de darle de comer cuando se lo hartaban los otros.

Al encontrarse en la posada y al recapitular los sucesos y los beneficios de aquel dia tuvo por averiguado que la fortuna se le reia á carcajadas y que iban á cumplirse sus osadas esperanzas. Las fiestas de Bruselas duraron ocho dias, y la buena suerte de Nicolás otros tantos, de manera que al terminarse esa octava se halló acreditado casi en toda Flandes, porque le habian visto operar personas de todos los pueblos que llevaron la noticia á sus respectivas patrias, y reunió una cantidad equivalente á mil reales. Como eso durara no podia menos de ir en coche dentro de un par de años, cosa que hubiera sido muy peregrina, porque entonces solo iban en coche las personas de mucho valer y de grandes rentas.

Seria preciso escribir una historia muy larga para relatar los triunfos alcanzados por maese Nicolás en los cuatro años que empleó recorriendo toda la Flandes, pasmando con sus juegos de manos, despoblando bocas, quitando dolores, dando término á malas noches, ofreciendo mucho que decir y mas que pensar á

los que presenciaron las habilidades de Mosquito, y juntando un caudal que pocos dentistas han reunido nunca, ni aun los mas entendidos y de moda de nuestros carísimos tiempos.

Recorrida toda Flandes creyó que no era justo defraudar de sus conocimientos á la Francia, y atravesando la frontera se coló en el vecino reino, en donde se encontró con rivales dignos de luchar con él, pero no bastante peritos para ofuscar su lustre. A despecho de esa rivalidad y de no pocas contrariedades aun granjeó buenos escudos, y mas pingües frutos le reservaba la fortuna á no haberle acaecido una desgracia que no era para prevista.

Estando en una plaza de Burdeos haciendo sus habilidades y arrancando muelas, como por via de sainete, se le presentó un militar, tipo verdadero del veterano, hombre alto, de color tostado, cejijunto, con cara de pocos amigos, y que á la sazon estaba rabiando de dolor de muelas, lo cual añadia no poco vinagre á su repugnante fisonomía. Reconocióle Nicolás y le dijo que no tenia careada mas que una muela, que era la última de la quijada inferior del lado izquierdo, advirtiéndole de paso que esas muelas últimas de la quijada inferior son las de mas difícil estraccion, y que no pueden arrancarse sin causar dolores al paciente. Y esa fué una de las poquísimas veces en que Nicolás amenazaba con sufrimientos á las personas que iban á ser operadas; mas creyó que á un hombre que debia haber recibido mil heridas no era cosa de que le asustara advertencia semejante. Y sin embargo el sacamuelas se engañó grandemente, pues el militar le dijo que le habia oido proclamar en voz muy alta que él operaba sin causar dolores, y que como se lo causara á él arrancándole la muela allí mismo lo atravesaria con la tizona que ceñida sobre los riñones llevaba. Maldita la gracia que le hizo á Nicolás advertencia semejante; pero no habia medio de retroceder sin esponerse á las iras del militar y á un apedreamiento por parte de los espectadores. Encomendóse pues de todo corazon á Dios, reconoció las tenazas, y fiado en su buena suerte las empuñó confiadamente, y con ánimo esforzado se lanzó á la boca del veterano. Al primer tiron saltó la muela, y por mas señas con un pedazo de quijada, un trozo de carne y un buen chorro de sangre. El veterano echó fuego por los ojos, maese Nicolás palideció y tembló como un azogado; pero no tuvo tiempo de temblar mucho, porque el militar cumpliendo aunque no literalmente su promesa sacó la espada y comenzó á llover espaldarazos sobre el sacamuelas con una furia y prisa que parecia temer que se le acabara el tiempo. Por fortuna no le ocurrió dirigirle la punta de la espada, y maese Nicolás temiendo que la cosa tuviera un fin completamente trágico, fió su salvacion en la fuga abandonando mesa, cubiletes, muelas y barajas, no salvando sino las tenazas y Mosquito que echó á correr tras su amo, quien verdaderamente volaba.

Este desagradable lance le disgustó para siempre de la Francia y de los veteranos, y resuelto á no arrancar muelas de militares, dió la vuelta á su patria,

no sin echarse en cara la ingratitud con que se condujo para con ella despues que allí habia comenzado su fortuna. Era esta ya tan sólida que creyó del caso no ser mas jugador de manos, y no operar en las plazas, sino en su casa, poniendo en la puerta el correspondiente rótulo, y amueblando hasta con lujo una estancia en donde recibir á sus favorecedores. De seguro no se conocian entonces los periódicos en Bruselas, donde fijó su residencia, pues á no ser así era imposible que no se anunciara en todos ellos un par de meses seguidos con el epígrafe de importantísimo, y con una arenga sorprendente y por su misma novedad y atrevimiento llamativa. Pero ello es que no habia periódicos y que no pudo anunciarse en ellos sin que por esto esperimentase pesar alguno, pues como este medio de publicacion no era entonces conocido no pudo Nicolás hallarlo en falta.

Si habia sido afortunado como sacamuelas de la legua no lo fué menos en calidad de artista con domicilio fijo, pues su casa era muy concurrida, y apenas le quedaba tiempo para acudir á donde las señoras le llamaban. Allí tuvo el honor de arrancar una muela y tres raigones al príncipe de Orange, y dos muelas á su primogénito, lo cual si no le valió el título de sacamuelas de cámara, cosa entonces no usada, le fué recompensado con una rica sortija que lucia en el índice de la mano derecha, y con la cual mas de dos veces causó dentera á las señoras á quienes operaba y que por lo comun las distraia hasta el punto de hacerles menos sensible el dolor de la operacion que sufrian. Tambien le sacó de la boca al señor arzobispo de Malines cinco piezas desde muchos años careadas, servicio que recompensó el prelado con un cuadro de Santa Apolonia: cuyo regalo no mereció la aprobacion del maestro, porque decia, y muy oportunamente, que como esa Santa oyera todas las preces que se le dirigen, bien pronto acabaria él su negocio. Conservó no obstante el cuadro, no solo como un recuerdo, sino porque era un boceto de Gerardo Dow, pintor famoso y contemporáneo del arzobispo y del samamuelas.

Llegó maese Nicolás á tener muchísima fama, de manera que era en Bruselas conocido de todos los habitantes; reunió un caudal crecido y no tuvo rivales, pues no habia en la ciudad ningun cofrade. No estaba inventado todavía entonces eso de la orificacion, ni esos elixires que quitan el dolor instantánea y radicalmente, sino que regia en toda su fuerza y vigor aquel antiguo refran de, al que le duela la muela que se la saque. Daba maese Nicolás un elixir, mas no para curar la caries, ni aletargar la sensibilidad, sino para mantener la boca limpia y menos ocasionada á contraer enfermedades. Así pues aquel que tenia dolor de muelas tarde ó temprano iba á parar á casa de Nicolás: y aunque entonces era muy escaso el azúcar y por consiguiente los dulces, léjos de faltarle trabajo le faltaba tiempo segun dicho tenemos. Tampoco hacia dientes ni dentaduras postizas, pues su saber no pujaba tan alto: sacar un poco de sarro de la herramienta

y arrancar la enferma era todo el repertorio de su ciencia y de su pericia. Nunca quiso mas instrumento que las tenazas á que estaba acostumbrado; y aunque un maquinista de Ostende inventó por entonces una llave parecida á la llave inglesa, Nicolás no estaba por las innovaciones, diciendo que durante veinte años se habia servido de su instrumento y no hallaba motivo para admitir cambios ni novedades. En las operaciones tenia mucho acierto, pues no se contaban de él mas desgracias que la del veterano de Burdeos y sobre unas dos docenas en Bruselas; y si bien ocasionó otras fueron propiamente *in anima vili*, y nadie mas que los pacientes, las familias y sus conocidos y vecinos tuvieron noticia del caso. En suma era el único dentista de la capital, ganaba muy buenos dineros, tenia escelente reputacion y no era temible que siendo solo la perdiera por una docena mas ó menos de quijadas rotas.

A su debido tiempo y asegurada ya su fortuna en cuanto cabe en lo humano, pensó que debia casarse, y alegaba para ello un motivo muy poderoso. Decia él que la mano de la mujer es escelente para calmar dolores, y su voz muy á propósito para dar valor al paciente que teme la operacion, y no dudaba que muchos hombres que con una paciencia estoica sufrian dolor de muelas durante muchos meses aguardando á que se les cayeran á pedazos, no tolerarian ese dolor, sino que volando irian á su casa sabiendo que una mujer les daba la mano durante el arrancamiento y los consolaba antes y despues del mismo. A fin de que la consorte sirviese para tales menesteres debia forzosamente ser bonita, porque una mujer fea no era capaz de consolar poco ni mucho en concepto de nuestro artista. Dióse pues á buscar su futura esposa y halló lo que necesitaba en una tienda de manguitero, cuyo dueño era amigo suyo y camarada en mas de una broma y borrachera. Cierto que el suegro no le dió gran dote ni aun esperanzas ningunas para cuando se muriera, pero en cambio puso en sus manos una Cecilia jóven, sumamente linda, por estremo amable, y adaptada á cuanto maese Nicolás queria sacar de ella. En efecto á muy breve tiempo desplegó una gracia indecible para engatusar á cuantos pacientes iban á su casa, en términos que no sucedió nunca que entrára un hombre ó una mujer sin que dejáran en la casa alguna muela y el correspondiente honorario. Mucho ayudó Cecilia á la fortuna de Nicolás, que como casado inspiró mas confianza y vió crecer su caudal aprisa aprisa. Y no fué sola la mujer la que contribuyó á semejante resultado, sino que el suegro entró por mucho, como quien se convirtió en trompeta pregonadora de las habilidades y pericia de su yerno.

Cuatro años habian transcurrido desde que maese Nicolás tomó mujer, y se gozaba en la esperanza de ver que seria digno sucesor suyo el hijo varon que Cecilia le regaló á los nueve meses dia por dia de su matrimonio, cuando hallándose en la estancia destinada á que él luciera sus habilidades y á que los dolientes estremecieran las paredes con sus gemidos, entró de sopeton y llevando media

cara cubierta un hombre de hasta treinta y cuatro años, buen mozo, vestido con sumo gusto y llevando la espada ceñida por encima de los riñones. Traia en la cabeza un airoso chambergo con dos hermosísimas y ricas plumas, y todo su traje anunciaba un varon de finos modales y de clase distinguida. No eran de semejante estofa los habituales parroquianos de Nicolás, que tenia la mayor parte entre la gente del pueblo, y que si bien revistó y despobló muchas bocas aristocráticas, fué yendo él á la casa del enfermo, porque eso de ir el doliente á la del sacamuelas era cosa muy mal vista entonces entre las personas de alguna importancia. Por esta razon hubo de sorprenderse un poco al encontrarse en su casa con persona de tantos quilates, y á fuer de hombre muy atento que era se quitó el gorro de pieles que llevaba siempre encasquetado, y ofreció una silla al forastero. Con mucho desenfado se quitó este el chambergo, dejóse caer en la silla á guisa de hombre fastidiado y dirigiéndose al maestro le dijo: Amigo mio, estoy rabiando de dolor de muelas; hace cuatro noches que no puedo pegar los ojos y vengo á ver si podreis aliviarme sin arrancar la muela. Inspeccionaremos, contestó Nicolás, si su merced tiene la bondad de abrir la boca. Y diciendo y haciendo, el uno abrió la boca y el otro fué tanteando las muelas del lado izquierdo inferior hasta que tocando la cuarta el paciente indicó que aquella era la que le atormentaba. Reconocióla Nicolás atentamente y declaró que la caries debia estar en la raiz pues el daño no se veia, y que el único remedio era la estraccion. ¿Pero me asegurais la operacion, preguntó el recien vencido, y con promesa de que no me sucederá lo que al militar de Burdeos? Semejante pregunta desagradó mucho á Nicolás; pero como la muela era de fácil estraccion y él se habia hecho mucho mas perito en el arte, aseguró que la operacion no tendria ningun mal resultado. Pues entonces, dijo el otro, quiero que sepais que á mí no me duele ninguna muela, sino que una muela igual á la mia en cuanto á posicion en la boca es la que ha dado malas noches y tiene en el estado en que vos me veis á una persona que no quiere ser conocida. Yo deseo que á las doce de la noche os vengais conmigo á donde yo os acompañaré, y verifiqueis la estraccion sin mirar el rostro de la persona, ni saber cual es la casa á donde os conduzca. No tengo ninguna dificultad, dijo Nicolás; hace muchos años que estoy curado del miedo, y nunca he sido curioso. Puede esa persona cubrir su rostro, pues yo nada mas necesito que la boca, y lo mismo se me dá operar con la luz del sol que con la artificial, siempre que la haya abundante: mas debo advertiros que sin ver la misma muela enferma no es posible que diga si la estraccion es indispensable, y en ese caso si no hay temor de un mal resultado. Advertid, dijo el otro, que tengo en el negocio un interés muy grande, y que si vos obrais con cordura, puedo inmortalizaros. Eso no me importa un bledo, dijo Nicolás; la fama póstuma para mí no vale dos escudos, y con vuestro perdon me atrevo á deciros que si me importara no os necesitaria á vos para hacerme famo-

so. Quizás sí, repuso el forastero, quizás puede halagaros lo que yo soy capaz de hacer por vos, y desde luego digo que aumentaré el número de vuestros parroquianos y que os introduciré en una clase que todavía no ha entrado en vuestra clientela. Al asunto, dijo Nicolás a quien en realidad interesaba mas un escudo que la celebridad de los doce Pares; ¿qué noche elegís para la operacion indicada? La de hoy, contestó el forastero, á las doce en punto estaré en vuestra puerta. Y á las doce y cinco minutos, añadió Nicolás, estaremos andando.

Cecilia se empeñaba en que su marido no saliera, pero este por ningun término quiso pasar por cobarde, y á la hora fijada se echó á la calle sin mas arma que las tenazas y una botella de elixir. Dos hombres vinieron á buscarle: el uno era el que ya conocia, al otro ni le vió el rostro ni le oyó la voz en todo el camino, que fué muy largo, y durante el cual Nicolás perdió completamente el tino, pues como entonces no estaba en uso el alumbrado público, y le hicieron dar mil vueltas, acabó por no saber absolutamente en dónde estaba. Detuviéronse finalmente delante de una puerta; y el desconocido dió dos recias palmadas, que sin duda eran la señal para que la puerta se abriese; mas léjos de suceder así, de pronto se arrojaron sobre ellos no sé cuantos hombres, y al momento oyó Nicolás el rumor de cruzarse espadas, y los denuestos que los combatientes se dirigian. Como estaba desarmado y no sabia en dónde se hallaba, retiróse unos pasos y se apretó contra una puerta aguardando el resultado de aquel imprevisto conflicto. La lucha duró largo rato; al fin se oyeron gemidos de uno de los batalladores, luego sonó el ruido de pasos de los fugitivos, y entonces Nicolás previendo que los lamentos podian dar ocasion á que salieran los vecinos y á que por fin acudiera la justicia, echó á correr en direccion opuesta, no sin acabar de enredarse en el laberinto de las calles angostas, que eran entonces en Bruselas la mayor parte. Cuando se consideró muy distante del sitio de la refriega, se detuvo con ánimo de aguardar que asomara el alba para meterse en casa, antes que persona alguna le viese.

No tardaron en dirigirse hácia el sitio donde estaba acurrucado un grupo de hombres, uno de los cuales llevaba una linterna á cuya luz pudo ver que relumbraban armas. Mal encuentro le pareció el que se le preparaba, y con el fin de evitarlo paso ante paso volvió atrás, sin despegarse de las paredes, y cogió la primera esquina introduciéndose en la nueva calle que la suerte le deparaba y desde la cual vió pasar la comitiva siguiendo el camino que él habia recorrido al escaparse. Al momento salió de aquella callejuela, tomó la misma en que antes estaba y sin pararse fué andando hasta que en su concepto estuvo bien léjos del teatro de la pelea. No hay que decir si maldijo el haber despreciado el consejo de su mujer, y la angustia que esperimentaba al considerar que no sabia en qué calles se iba revolviendo. Por fortuna era el mes de setiembre y el alba asomó, no tan pronto como él hubiera querido, pero no tan tarde como le hacia temer su

miedo, y con pasmo grandísimo se encontró á cien pasos de su casa. Parecióle oir grande rumor de pasos en una calle inmediata, por lo cual se apresuró á meterse en casa, y tuvo tanta fortuna que la buena Cecilia le abrió la puerta al primer aldabazo, pues á retardarse un poco, la patrulla que iba en busca de los espadachines que hirieron gravemente al caballero conocido del dentista, lo cogia sin remedio y por primera providencia lo hubiera puesto á buen recaudo. En efecto, aquellas gentes pasaron por delante de su casa, y como habian oido el aldabazo y el ruido de abrirse y cerrarse una puerta, las recorrieron todas con la vista por si notaban algun indicio de cuál era la que en hora tan temprana habia franqueado el paso á alguna persona. No observando novedad en ninguna pasaron de largo, dejando que se ensanchara el angustiado corazon de maese Nicolás, que estaba palpitando cual no habia palpitado nunca ninguno de los pacientes á quienes él arrancó gemidos. Refirió el lance á su mujer que quedó espantada, y que para consolarle le echó amargamente en cara el no haber seguido su consejo, y le hizo jurar allí mismo que nunca mas saldria de noche aun cuando le llamara el mismo arzobispo de Malines que era para Nicolás el primer personaje del universo.

No quedó tranquilo el maestro, sin que durante muchos dias con sus respectivas noches estuviese temiendo que la justicia se presentara en su casa, y hubiera querido que no fuera á ella ninguno de sus parroquianos, porque cada llamada á su puerta era ocasion de un susto mortal para su alma. Y es lo bueno que á muchos dientes alcanzó el resultado de aquel espanto, porque tenia poca seguridad en el pulso y se hubiera dicho que su muñeca no disfrutaba del vigor de antes. Mas de cien tirones de sobra dió en aquellos dias, y si su ánimo no se hubiese ido sosegando es de sospechar que iba á perder el crédito, porque los operados salian muy descontentos del operador y de sus puños. Mas como por fortuna todas las cosas del mundo son pasajeras, tambien se acabó el azoramiento de Nicolás y volvió á ser el mismo hombre que habia colocado su reputacion en lugar tan alto. En medio de todo dolíale mucho no saber qué habia sucedido en aquella noche, y no se atrevió á preguntar una palabra á nadie, ni en mucho tiempo oyó hablar de ello, hasta que la casualidad le puso al corriente de lo sucedido. Presentáronse en su casa tres jóvenes, uno de los cuales tenia dos muelas careadas, que Nicolás le arrancó perfectamente, y como entrara en conversacion con ellos, quisieron que les reconociera y limpiase la boca. Observó Nicolás que tenian los dientes muy sucios, y hubo de estrañarlo en términos de preguntarles que diablos comian ó mascaban. Ni comemos ni mascamos, sino que chupamos y remojamos, dijo uno de ellos; somos pintores y tenemos la mala costumbre de meternos en la boca el lápiz y los pinceles. Muy mal hecho, dijo Nicolás, todo eso es fatal para la dentadura, y os vais á quedar sin dientes ó con dientes muy feos en edad temprana. Eso nos repetia el maestro, observó uno de ellos; pero

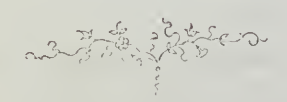
desde que no le tenemos, como nadie nos advierte, de continuo volvemos al vicio. ¿Os ha despedido acaso? preguntó Nicolás. No por cierto, contestó el mas jóven, sino que tres meses atrás habiendo ido á casa de su querida por la noche fué acometido por un rival y por los compinches de este, y aunque llevaba dos compañeros, quedó malamente herido en la refriega, y aun está enfermo. Y sus dos compañeros ¿no lo defendieron? preguntó Nicolás. El uno bravamente y tambien fué herido, mas el otro echó á correr en el acto y no ha parecido mas. Este soy yo, pensó para su coleto Nicolás, y segun voy viendo hice lo que mas me convenia. Pues cuando el herido esté bueno, continuó, es regular que le pida cuenta del abandono al compañero que apeló á la fuga. No lo creo, porque segun me ha dicho era un hombre á quien llevaba á la casa sin que él supiera ni á dónde ni á qué iba, y ni aun nosotros lo sabemos; pero estamos seguros de que dista mucho de conservarle rencor, pues de continuo se lamenta de no saber si le alcanzó alguna estocada, ó si cayó en manos de la patrulla, que fué á recoger á los heridos. ¿Y quién es vuestro maestro? preguntó Nicolás. Es Gerardo Dow, y estraño que con lo que os hemos contado ignoreis de quien se trata cuando la ciudad entera está al corriente de ese ruidoso lance. Yo no sé nada del mundo, dijo Nicolás; mi mujer, mi niño y las muelas de mis parroquianos son las únicas cosas de que me ocupo; y aunque conozco á Gerardo Dow, solo dos veces le he hablado en mi vida, y no podria asegurar que él me conociese. ¿Y está muy malo todavía? No por cierto, dentro de un par de semanas saldrá de casa, y aunque no completamente curado, muy cerca de estarlo. Puesto que ha tenido esa desgracia, desearia visitarlo, mas no sé dónde vive. Venid con nosotros, dijo uno de los tres mozos, ahora vamos allá y podreis verle. Que me place, dijo Nicolás, y fué con ellos.

Gerardo le reconoció perfectamente, pero á fuer de hombre cauto y no fiando mucho en el atolondramiento de sus discípulos, le habló como dentista y á las pocas palabras despidió á los jóvenes temiendo que no soltase alguna relativa al lance. Léjos estaba el dentista de hacer semejante cosa, mas cuando quedó á solas con Gerardo entablaron conversacion acerca del suceso, cuyos resultados fueron los mismos que los tres jóvenes habian dicho. Gerardo se mostró muy pesaroso por el susto que involuntariamente habia causado al dentista, y tuvo una satisfaccion verdadera al saber que salió tan bien librado de un lance que podia costarle muy caro. Le reiteró la promesa de inmortalizarlo, puesto que si bien Nicolás no habia hecho la operacion para que fué llamado, no fué por su culpa. Quedaron amigos y el pintor le prometió ir á su casa luego que su salud lo permitiera.

Dow cumplió la palabra, y entró en la estancia del dentista en el momento en que este acababa de arrancar una muela á un muchacho de la vecindad, y tenia el cuerpo del delito entre el pulgar y el índice de la mano derecha, levantándolo

en alto como en triunfo, mientras el paciente se estaba enjuagando la boca con el consabido elixir. Quieto, gritó el pintor, no meneeis pié ni mano, vuestra posicion es hermosísima, y quiero tomar ahora mismo una apuntacion de ella para retrataros. En efecto el buen Nicolás estuvo diez minutos en aquella posicion, y al cabo de ocho dias y de tres sesiones de cuatro horas cada una Gerardo Dow le regaló el retrato de que es copia la lámina que tenemos á la vista.

Este cuadro que es reputado por una obra maestra del arte fué el cumplimiento de la promesa hecha al dentista, porque mientras haya en el mundo bellas artes, á la fama del artista irá unido siempre el retrato de maese Nicolás y por consiguiente su fama.



LAS DOS HERMANAS

SIDONIA Y BERTA.

(CUADROS DE F. WOOLNOTH.)

En el jardin olímpico de una de las principales ciudades de Prusia, sitio destinado á todos los grandes espectáculos públicos que pueden verificarse al aire libre, dábase un gran concierto. Toda la sociedad elegante y aristocrática habia acudido presurosa á caballo y en carruaje á gozar de los magníficos jardines y de todas las bellezas del parque, escapado de las manos de un príncipe á quien agobiaron las deudas para pasar á merced de un especulador, que sin duda estaba destinado á enriquecerse con aquella joya.

Érase una hermosa y fresca tarde del mes de junio, que no obstante de traer dias calurosos, tiene en aquel país la reputacion de muy templado, y no hay medio de que un hombre de buen tono diga lo contrario, porque seria desmentir la opinion pública y ofender á lo mas escogido de la elegancia, que cuando hace calor sale de la ciudad para baños y para aguas, y en el mes de junio aun no emprende tales viajes. Siendo pues la funcion en el mes de junio, habian acudido al parque todos los representantes de la aristocracia, de la fortuna y de la belleza. Las señoras tomaron asiento al rededor del templo de Jason, en donde se servian refrescos; y los hombres se distribuian entre ese mismo sitio, las calles de árboles, y los kioskos, hasta el momento en que el concierto dejaba un intermedio, pues entonces se confundian todos, é iban acomodándose cuantos nuevamente llegaban.

En aquel vasto espacio, asombrado hácia el costado derecho por una corti-

na de abetos, y á cuya izquierda lanzaba á estraordinaria altura sus abundantes aguas la bellísima y rica fuente de Leda, agitábanse mil talles elegantes y esbeltos, mil cabezas bellas y altaneras, tocadas con lujo y con esquisito gusto, jóvenes frescas y preciadas de sí mismas, y madres ya avanzadas en años que recordaban con pesadumbre los dias en que fueron objeto de los amorosos obsequios de los caballeros, que hoy apenas las miraban, y para quienes una intriga de corte, ó una operacion de banca tenian mas interés que su desvanecida hermosura.

La numerosa y brillante orquesta habia sentado sus reales en las gradas del mismo templo de Jason, y entretenia al público con aires italianos, franceses y alemanes. Allá en lo alto del monte Titan que era un lugar del parque mas lejano y circuido de una cascada, debia dispararse un castillo de fuegos artificiales, y en derredor de ese sitio debajo de los sauces que adornaban las márgenes del agua, se veian muchas jóvenes esperando con impaciencia el principio de la fiesta para lo cual hacíanse dueñas de los sitios mas cómodos.

En torno de una mesa hácia la entrada habia un grupo de cuatro señoritas y de tres señoras mayores. Estas eran madres de las tres mas jóvenes de aquellas, y la de mas edad era la huérfana baronesa de Hillseim. La mayor de las madres, señora de talla varonil, era parienta lejana de la jóven baronesa y se honraba con el apellido de Buchansen.

En aquel momento rompió el fuego la orquesta con el preludio de Weber *Invocacion á la danza*, y entonces mismo acababa de entrar en el parque y pasaba por delante de la mesa de que hemos hablado, un nuevo grupo compuesto de dos señoritas jóvenes, de aire muy distinguido, acompañadas de un jóven de notable belleza. La hija del consejero Rosemont, dulce y amable rubia que era la mas jóve[illegible] cuantas estaban cerca de la mesa, volvió el saludo que le habian dirigido las dos señoritas al pasar delante de ella. Ahí van los inseparables, dijo la hija del banquero Ballabene. Sí, un hermano enamorado de sus hermanas y vice-versa, replicó la morena baronesa de Hillseim. Y añadid á esto que está celoso de sus hermanas, respondió cándidamente Paulina, hija de la señora de Buchansen, y hermosa como su madre. Es menester convenir, esclamó tímidamente Emma, en que toda esa familia de Upofen son muy bellos. Supongo que en esas palabras comprendeis tambien al hermano, observó con malicia la señorita Hulda, dirigiéndose á la jóven Emma que pareció quedar un poco corrida. Esto depende del gusto, dijo la baronesa de Hillseim: se pondera mucho la hermosura de los brazos de Sidonia, que es la mayor de las dos hermanas, y á mí me parecen brazos de hombre, semejantes á los de aquella estátua de Jason que está allá abajo.

Si estas señoritas no fuesen millonarias, dijo Paulina, tengo para mí que nadie se acordaria de ellas. Paulina, le dijo su madre, tú no adviertes que ya estás

murmurando. Madre mia, replicó la hija, mis palabras en sustancia son una crítica inocente, porque al fin y al cabo algo hemos de decir para ocupar el tiempo. Elisa de Hillseim dirigiendo el lente á la persona de quien hablaba dijo: ese jóven, segun lo que de él cuentan, pasa por un hombre muy original. En cuanto á mí, replicó Paulina, mas que por original, lo reputo por loco. Hulda dando un apicarado retintin á sus palabras esclamó: verdaderamente es una cosa muy singular ver á un jóven adorando á sus hermanas, convertirse en su cavaliere servente, y no tener ojos mas que para ellas. En cuanto á sus hermanas, dijo Emma, os aseguro que son muy amables, y puedo decirlo porque las conozco. Y yo creo, prosiguió Paulina, que para el jóven que no las habia visto desde la edad de diez años, ha debido ser una grande sorpresa hallarlas cuales son ahora. Para él han venido á ser dos personas estrañas, de suerte que se encuentra en una situacion escepcional; pero como quiera que sea, se hace ridículo llevando las cosas hasta el estremo á que las lleva.

Hulda salió en apoyo de lo que acababa de decir su amiga añadiendo: En efecto, Enrique ha venido á ser objeto de risa para todo el mundo; vigila á sus hermanas como D. Bártolo á su Rosina, nadie se atreve á llegarse á ellas, se interpone de un modo muy desagradable entre ambas y cuantos desearian hablarles, y logra que tambien ellas hagan el papel ridículo que deberia representar él solo. A pesar de todo, en su modo de obrar hay algo de original, veo que es hombre de carácter, y desprecia la opinion pública y se burla de lo que puedan decir. En todo eso veo cierta estravagancia que tiene su mérito. Ha estado [illegible] años en Inglaterra, observó Emma. Tú te figuras, dijo Paulina, que esa originalidad viene de la Gran Bretaña. Cierto que nadie ignora que los ingleses tienen muchísima deferencia á las damas, pero jamás ha llegado á mis oidos que no guarden atenciones mas que á sus hermanas hasta el punto de mostrarse especula[illegible] de ellas. Yo no observo en él ninguna estravagancia, dijo Elisa, mirando siempre con los lentes hácia el sitio en que el jóven habia tomado asiento con sus hermanas. Tiene un aire resuelto y noble, y presenta toda la apostura de un hombre delicadamente educado.

Quizás tiene antojo de casarse con sus hermanas, dijo con candidez Paulina. Al oir esto la esposa del banquero tomó un aire de gravedad ridícula, y en tono doctoral dijo: Cierto que entre los mahometanos está autorizada la poligamia, pero la union entre hermanos y hermanas se halla justamente prohibida. Tan solo el Sultan como heredero del Profeta, puede casarse con su hermana, porque lo mismo que él es descendiente del Profeta. Si ese jóven alimenta tales ideas no tiene sino retirarse con sus hermanas á alguna isla desierta, en donde no hay autoridad alguna que pueda pedirle cuenta de lo que hace. ¿Y por qué no? dijo magistralmente Elisa, si estas personas gustan de emanciparse y se sienten con vocacion para ello? Eso es horrible, esclamaron á un tiempo las otras señoritas; seria peor que los salvajes.



murmu[illegible] Madre mia [illegible] la hija, [illegible] con una crí-
tica [illegible] porque al [illegible] y al cabo algo [illegible] de [illegible] para [illegible] el tiempo.
[illegible] lente á la [illegible] dijo: ese jó-
[illegible] lo que [illegible], pasa por un [illegible]. En cuanto á
[illegible] Paulina [illegible] que por original [illegible] dando un
[illegible] á sus palabras [illegible] muy sin-
gular ver á un jóven adorando á sus [illegible]
vente, y [illegible] ojos mas que para [illegible]
[illegible]a, [illegible] que son muy [illegible] Y yo
[illegible]o, prosiguió Paulina, que [illegible] la edad
[illegible] diez años, ha debido [illegible]
[illegible] él han venido á ser [illegible] estrañas [illegible]
[illegible]on escepcional; [illegible] las co-
sas hasta el estremo [illegible]

[illegible]a salió en [illegible] decir su amiga añadiendo: En
efecto, Enrique ha [illegible] para todo el mundo: vigila á sus
hermanas como D. B[illegible] se [illegible]
[illegible] un modo [illegible]
[illegible] que también ellas ha[illegible]
[illegible] su m[illegible]
[illegible] desprecia[illegible]rla de lo que puedan decir. [illegible]
[illegible]erta es[illegible] mérito. Ha estado [illegible] años en In-
glaterra, observó E[illegible] Paulina, que esa originalidad viene
[illegible] Bretaña [illegible] que los ingleses tienen muchísima
[illegible] á las [illegible] mis oidos que no guardan aten-
[illegible] hasta el punto de mostrarse especulade ellas. Yo
[illegible] siempre con los [illegible]
[illegible] hermanas. [illegible]
[illegible]

[illegible] candidez Paulina,
[illegible] y en tono
[illegible] pregunta,
pero [illegible]. Tan so-
lo el [illegible] aunque lo
mismo [illegible] no tie-
ne sino [illegible] en donde no hay auto-
ridad alguna [illegible] ¿Y por qué no? dijo ma-
gistralmente [illegible] y se sienten con vo-
cacion para ello [illegible] tiempo las otras señoritas; seria
peor que los salvajes.





Los salvajes que no escuchan mas que las leyes de la naturaleza, dijo Hulda, valen tanto como nosotros, y lo mismo que nosotros tienen sus lazos sociales. Yo creo que es una cosa en estremo romántica ver tres seres que se aman platónicamente y se confinan en alguna isla desierta, allá bajo los trópicos, en mitad del Océano, para vivir sin cuidados, sin inquietudes y en medio de los inagotables tesoros de la naturaleza.

La música vino otra vez á interrumpir la conversacion de las señoras. Enrique se habia sentado con sus hermanas cerca de una mesa, en el fondo y un poco detrás del público, y desde ese punto dominaba toda la reunion perfectamente. Comprendíase bien que aquel jóven se encontraba á su gusto en medio de la multitud, de la cual, sin embargo, hablando en rigor estaba separado. La mesa que tenia delante era semicircular y esto alejaba á cualquier importuno de la compañía de sus hermanas, á las cuales en realidad amaba como un poeta y un delirante.

Separado de ellas desde su edad mas tierna, las encontraba al cabo de diez años, completamente formadas, y dotadas de todos los encantos de la naturaleza y de todas las bellas cualidades del alma y del corazon. El alto rango que en la sociedad ocupaban náda les habia hecho perder de su belleza, y tan solo habia contribuido á desenvolver en ellas la mas elegante y hermosa apostura. Enrique les profesaba una especie de adoracion, porque no conocia mujer alguna que con ellas mereciese compararse. Con tal motivo sufria ese jóven terribles luchas interiores y muchas veces, sin advertirlo siquiera, se sorprendia á sí mismo maldiciendo lo que llamamos consideraciones sociales. Le hacia temblar la idea de una separacion próxima, porque en su concepto nada seria capaz de llenar para él el vacío que la falta de una de sus hermanas dejaria en su alma. Hasta entonces ambas rechazaron todas las pretensiones, vivian contentas en compañía de su hermano , mas temblaba para el porvenir, como el que ha encontrado un tesoro tiembla á la idea de que puede presentarse su dueño á reclamarlo.

En aquel momento el crepúsculo habia sustituido al sol, y el dia disputaba con la noche que venia á ocupar su puesto. El primer cañonazo avisó que iban á tener principio los fuegos artificiales, y muchos grupos de espectadores desfilaban hácia el monte Titan. Levantóse Enrique junto con sus compañeras, y dió la vuelta al rededor de la fuente de Leda, cuyos surtidores se lanzaban al aire, reproduciendo el moribundo resplandor de aquel hermoso dia. Despues de detenerse un momento en la fuente, llegaron los tres cerca del lugar donde iban á quemarse los fuegos. Toda la poblacion estaba reunida en el parque, formando compactas hileras en torno de la cascada. Los fuegos debian reflejarse en las aguas del grande estanque, y mientras tanto solo se columbraban el perfil del castillo de fuego, y algunas luces que iban de un punto á otro. Acababa de dispararse el segundo cañonazo cuando la señorita de Rosemont que un momento se habia separado de

sus compañeras se acercó á las hermanas de Enrique y las saludó familiarmente. Mientras daba un beso á Berta se le cayó una rosa que llevaba en el pecho y fué á parar á los piés de Enrique, que la recogió, y dijo á la jóven con mucha galantería: Permitidme que os ofrezca esta flor que es vuestra, y que acabo de recoger á vuestros piés. La señorita se inclinó haciendo un movimiento que significaba que bien podia quedarse con ella; y Enrique dándole las gracias se la metió en un ojal de la casaca.

No tuvieron mas tiempo las tres jóvenes que para decirse muy pocas palabras, porque la señorita de Rosemont hubo de correr á reunirse con sus amigas para no quedarse del todo separada de ellas en medio de la muchedumbre que se agitaba, pues habia sonado el tercer cañonazo, al cual siguió una manga de cohetes voladores, anuncio inmediato de los fuegos.

Léjos de nosotros la idea de describirlos. Son hoy un espectáculo que todo el mundo ha presenciado veces sin cuento, y que complicados mas de cada dia y esforzándose sus autores para añadirles inventos y sorpresas, no tanto son tales fuegos artificiales como un conjunto de caprichos y travesuras, con que se imitan lances de guerra muy positivos. Cada nueva lucha que se entabla entre dos naciones, cada sitio, bombardeo ó asalto de una plaza proporciona nuevos materiales á los polvoristas, que cual si fueran fotógrafos llevan á todas partes los cuadros que representan los sucesos acaecidos en determinados puntos. Y segun el giro que esta industria ha tomado, y segun el estado del mundo, es muy probable que la imaginacion y el gusto de los polvoristas tengan para mucho tiempo un ancho campo en que espaciarse y hacer gala de los recursos de su ingenio. Los fuegos artificiales constituyen hoy una parte interesante y esencial de todo espectáculo nocturno al aire libre, y no hay jardin público, alameda, paseo, café campestre que no ofrezcan como grande aliciente para sus parroquianos ese espectáculo, reservado en otro tiempo para ocasiones muy raras y solemnes. Han entrado en moda, y mientras cuenten con el favor de los públicos es probable que vayan ofreciendo siempre nuevos lances, hasta caer en la chocarrería, que casi siempre nace del abuso.

Los que presenciaba ahora la muchedumbre apiñada cerca del monte Titan terminaron con el simultáneo disparo de dos mil cohetes que se alzaron al aire cual una manga de fuego, y con un tremendo cañonazo que hizo retemblar el suelo.

Estinguiéronse de golpe los millares de estrellas de todos colores que los cohetes habian vomitado, resonaron los estallidos que las habian producido; y al cabo de pocos instantes el monte Titan y sus alrededores estaban completamente á oscuras.

El templo en que se daba el concierto, aun estaba iluminado por fuegos de bengala, mientras que los alrededores de aquel sitio predilecto brillaban tambien

de una manera fantástica merced á las lámparas chinescas. La noche era deliciosa y convidaba á permanecer al aire libre; y sin embargo la mayoría de los espectadores habian dejado el parque y se iban apiñando hácia los caballos y los coches, mientras otros seguian la acera que á la ciudad encaminaba.

Enrique se marchó con sus hermanas describiéndoles por el camino una encantadora funcion nocturna á que habia asistido en Vauxhall en Londres, cuando la rubia Berta le dijo de repente en el instante en que Enrique suspendia su relato: ¿Qué has hecho de la rosa de la señorita de Rosemont? Enrique miró el ojal de la casaca y no encontrando la flor dijo: La he perdido; sin duda se me cayó en los apretones que tuvimos al ir al castillo de fuego. Me estraña, observó Berta, que digas esto con tanta indiferencia, siendo así que has estado muy galante cuando querias devolver la rosa, mostrando al mismo tiempo deseos de conservarla. Esto consiste en que sé muy bien la opinion en que me tienen aquí las mujeres, y por lo tanto no podia hacer otra cosa á no querer pasar por completamente bárbaro. Por otra parte es preciso que el hermano de una hermana tan amable sepa dirigir una palabra galante, sobre todo en presencia de una amiga de dicha hermana. A mí me parece, dijo Sidonia que era mas grave que Berta, que has inspirado interés á la señorita de Rosemont, pues no hay duda de que por tí ha venido hácia nosotras. Entonces, dijo Enrique, ¿de qué paso yo plaza en el mundo? Mientras decia esto su corazon rebosaba de contento pensando que en las palabras de las dos jóvenes se traslucia un poco de celos: lo cual probaba que sus corazones estaban todavía libres de todo amor estraño.

Despues de la cena Sidonia y Berta se retiraron, porque el calor y la fatiga del dia les habian hecho indispensable el reposo. Enrique queriendo escribir todavía algunas cartas se fué á su cuarto. Al corredor que debia atravesar tenia salida el gabinete donde se hallaban sus hermanas, contiguo al dormitorio de las mismas. En la estancia habia luz y se oia hablar. Enrique corriendo con mucho tiento la gasa verde que tapaba la ventanilla dirigió la vista al interior. Las dos hermanas cansadas del paseo se habian tendido en sus divanes conservando Sidonia su traje, y aligerada Berta de parte del suyo. Por un lado la luna y por otro el resplandor de la lámpara puesta encima de una mesa de mármol derramaban en el cuarto una luz dudosa, que era sin embargo muy suficiente para distinguir las facciones de las dos jóvenes que reposaban negligentemente, como tambien para ver todas las ondulaciones de sus movimientos. La hermosura de aquella linda pareja brillaba con un resplandor inesplicable para el jóven Enrique, que esperimentó en su alma un sentimiento incomprensible, que á él mismo le pareció digno de reconvencion. Y sin embargo no se crea por término alguno que la sensualidad entrase en lo mas mínimo en aquella ansia con que contemplaba tanta belleza. Era un afecto de todo punto diferente, un no sé qué puro é ideal, una cosa parecida á lo que uno siente á la vista de un hermoso cuadro, una es-

pecie de devocion que escluia toda idea terrestre; una mezcla de todo eso le transportaba en aquel momento. A la contemplacion de esa belleza se reunia un esquisito sentimiento de pudor que colmaba su alma de un gozo dulce y sereno. Parecíale ver las imágenes de dos divinidades debidas al soplo de Prometeo, y cuya existencia ideal rechazaba todo pensamiento impuro.

Los pasos de una camarera que iba á desnudar á las señoritas lo arrancaron de su enajenamiento. A la luz de la vela que en la mano tenia vió un cuellecillo bordado que Berta llevaba aquel dia, y que sin duda dejó caer al irse á su cuarto, mientras iba despojándose de lo que mas la embarazaba. Enrique recogió aquella prenda y subió con precipitados pasos los escalones que conducian al segundo piso. Fuera de sí, y sin saber comprenderse á sí propio ni esplicar lo que verdaderamente sentia, tendióse en el divan y apretó contra su corazon y contra sus labios aquella preciosa alhaja que acababa de encontrar tan impensadamente. Olvidóse de que habia de escribir algunas cartas, y además toda ocupacion le hubiera parecido supérflua, y á propósito para turbar la felicidad de que entonces disfrutaba. Medio vestido se tiró sobre la cama, y entre la vigilia y el sueño pasó una noche deliciosa hasta el momento en que la luz del sol penetró en su dormitorio.

Al cabo de algunos dias las hermanas de Enrique hubieron de concurrir á la boda de una de sus amigas y por cierto con no poco disgusto del hermano. Las dos habian pasado con la familia de su amiga el año que precedió á la vuelta de Enrique, puesto que en ese año murieron sus padres muy próximamente el uno del otro. En esa casa habian encontrado la mas cariñosa hospitalidad hasta que vino Enrique; y la negativa de tomar parte en una solemnidad de familia hubiera herido el corazon de todas las personas de ella. Enrique lo comprendia perfectamente, y por otra parte se tranquilizaba con la idea de que en casa de la novia no habia persona alguna que pudiese causarle inquietud, á escepcion del jóven señor de Remhild, que en verdad tenia una figura muy agradable aunque era reputado por hombre muy singular, porque á despecho de su brillante posicion en el mundo y de sus prendas personales, pocas veces se le encontraba en reuniones de señoras.

La solemnidad proyectada tuvo lugar en los salones del jardin de Apolo, que quedó cerrado para el público. El dia se pasó entre las ceremonias, el baile y el convite, y hácia la tarde la reunion se dispersó por el parque. Berta rogó á su hermano que la acompañase á la colina en cuya cumbre estaba el templo de Apolo, á fin de que pudiese desde esa altura contemplar el magnífico espectáculo de la puesta del sol. Sidonia reunida con las demás señoras se habia ido al puente chinesco para dar de comer á los cisnes. Enrique seguia á su hermana menor que saltaba delante de él llevando un libro en la mano, y que corriendo como una loca habia soltado el chal y llegó arriba sin aliento.

El paisaje que desde allí se descubria flotaba, si así cabe decirlo, en la poética atmósfera dé la tarde, el rio se deslizaba suavemente retratando en sus aguas los rayos del sol moribundo, y las alturas del Este, llenas de bosques, dibujaban un fondo ameno sobre el azul del cielo. El sol se sumergia en aquel momento tras la cortina de un bosque de pinos, y en todas partes, en la llanura y en el valle, en las quintas y en los pueblos parecia que las sombras que todo lo iban invadiendo dibujaban fantasmas de formas estrañas y gigantescas. La carretera vista desde esa cumbre pudiera tomarse por una ancha cinta plateada.

Los dos jóvenes en pié en las gradas del templo con las manos entrelazadas contemplaban enajenados aquel paisaje cuyo majestuoso silencio era turbado únicamente por el tañido de las campanas de la tarde. De los ojos de Berta corrian lágrimas de ternura, y el rostro de Enrique estaba animado de un santo entusiasmo; ambos se sentian anonadados ante aquella majestad de la naturaleza. Berta fué la primera en romper el silencio cuando el sol se hundia en las profundidades del bosque hácia el punto donde se agrupaban enormes masas de nubes. Enrique habia pasado el brazo derecho al rededor de la estatua de mármol que sobre una coluna descollaba: el viento de la tarde jugueteaba entre sus cabellos, el último rayo del sol esclarecia su frente y sus mejillas, y mas abajo al pié de la escalera estaba su hermana con los brazos cruzados sobre el pecho y en actitud de una persona que medita profundamente.

Berta rompió el silencio y alargando la mano presentó á Enrique el libro que tenia y le dijo:» Lee en esa página que está doblada; lee, que te estoy escuchando. «Enrique leyó dos páginas del libro que eran una linda descripcion de la naturaleza; Berta escuchó silenciosa, y tampoco dijo una palabra cuando su hermano hizo una pausa. A poco rato volvió á leer en otra página las siguientes palabras: ¡Santa religion! ¡cuántos consuelos traes al corazon de los nacidos! Cuanto mas nos entregamos á tus dulzuras tanto mas amamos á nuestros semejantes; cuando deploramos la muerte de las personas que nos son mas caras, tú alivias nuestros dolores; y para el alma que ha perdido todas sus ilusiones terrenales; y para el hombre que vive en el mundo sin hallar satisfaccion en ninguna parte; y para el ojo que no es capaz de alegrarse con la vista de ningun hombre; y para aquel á quien ha herido un dolor perdurable; para todos esos, eres ¡oh religion santa! un bálsamo saludable que se derrama sobre sus heridas, y les procura algunos momentos de ventura.

La voz de Enrique se iba amortiguando, y calló. Prosigue, prosigue, le dijo Berta, y Enrique volviendo algunas hojas continuó: ¿Por qué el hombre no ha de buscar únicamente en la religion todos sus consuelos? De nada le sirve la esperiencia: derrama lágrimas porque no consigue satisfacer los deseos y caprichos que causarian su desventura: corre toda la vida tras ilusiones que ya sabe han de desvanecerse: nunca llega á formarse la idea de un porvenir tranquilo, ni tra-

baja tranquilamente para alcanzarlo : siempre gusta de las tempestades del corazon mientras teme las de la naturaleza ; y sabiendo que al fin no ha de hallar consuelo sino en la religion, se olvida de ella y aguarda á pedirle amparo cuando sus males son inmensos y han minado su existencia. ¿Por qué no acudimos á tiempo á ese bálsamo reparador y único capaz de poner término á todas nuestras desdichas? ¿y por qué no oimos su voz que clama en todas partes? ¿Por qué fijamos la atencion en los siniestros rumores del mundo y no la volvemos hácia la religion que reproduce las armonías celestiales?

Aquí terminó la lectura y por las mejillas de Berta rodaban lágrimas como perlas. El crepúsculo de la tarde habia estendido su velo sobre la naturaleza, y las estrellas iban apareciendo sobre el firmamento azul cuando Enrique bajando la escalera se dejó caer en los brazos de su hermana. De pronto sonó el rumor de pasos. Los amigos los habian echado de menos y despues de buscarlos por todas partes finalmente acababan de encontrarlos. Todos reunidos fueron á la cena, en donde el abundante champagne hizo olvidar las escenas de aquel turbulento dia.

Al volver á casa Enrique estaba sentado junto á Berta, dándose ambos las manos, y volviendo á recordar los instantes que habian pasado en aquella deliciosa eminencia; mientras Sidonia, sentada tambien delante de ellos, guardaba silencio y parecia fatigada. Alzábase la luna por encima de las casas y de los campanarios de la ciudad, y lo envolvia todo en el ancho ropaje de su luz misteriosa, cual si hubiera deseado calmar los ardores que lanzó el sol durante el dia. Cuando las dos hermanas dieron las buenas noches á Enrique, Berta se retiró la primera, mientras Sidonia, agitada por una emocion singular, se lanzó al pecho de su hermano, lo abrazó con una ternura estraordinariamente apasionada, y echó á correr para ocultar á sus ojos un torrente de lágrimas que corrió por sus mejillas, y de las cuales no debia ser testigo sino su lecho.

Notando Enrique la emocion de Sidonia pensó si era posible que le hubiesen inspirado celos las atenciones esclusivas que tuvo para con Berta, pero convino en que eso fué á pesar suyo, porque Sidonia en todo el dia no se movió del lado de los novios, y ni siquiera pudo dirigirle la palabra.

Reunidas estaban en el comedor las dos hermanas, y Sidonia llorando se quejó á la otra del dolor de cabeza que no la habia dejado dormir en toda la noche. Sus miradas se dirigian con mucha ansiedad hácia la puerta cuando de improviso penetró por ella Enrique, pálido, y con el rostro desencajado : ¡Sidonia! esclamó con acento lleno de reconvencion y pesadumbre. Sidonia se dejó caer hácia atrás en la poltrona, cubriéndose el rostro con las manos. ¡Sidonia! repitió Enrique con voz tremenda, ¿es posible que tú me hayas engañado? ¡Dios mio! ¡Dios mio!

¿Qué es lo que sucede? preguntó Berta con el rostro demudado, los ojos hos-

cos y la frente arrugada. ¡Cómo! esclamó Enrique ; ¿y tú nada sabes? Sidonia está comprometida para casarse. En este momento acaba de marcharse el señor de Remhild que ha venido á pedirme su mano, ya que en algun modo yo debo hacer las veces de padre. Ella, segun me ha dicho ese caballero, le ha dado su palabra y su consentimiento; y me pasma que tú, Berta, nada sepas.

Algunas veces lo sospeché, dijo Berta, durante el tiempo que permanecimos con la familia de Neuberg; mas creia que despues de tu vuelta habia roto las relaciones. ¿Con que le amas? preguntó el hermano. Ahora tienes diez y nueve años y muy en breve podrás disponer de tu mano y de tu fortuna; pero contéstame ¿verdaderamente le amas? Despues de tí es entre todos los hombres el que mas me gusta, dijo Sidonia, procurando coger la mano de Enrique en señal de reconciliacion.

¿Pero y ese disimulo con tus hermanos? Segun veo hemos perdido tu confianza. No queria darte este pesar, dijo Sidonia, temblaba al acordarme de que mas tarde ó mas temprano habia de llegar la hora de confesarlo. He de convenir, repuso Enrique, en que nada tengo que oponer con respecto á tu eleccion. Remhild es un hombre honrado y que tiene una brillante posicion con respecto á fortuna. Hubiera obtenido mi aprobacion tratándose de cualquiera otra mujer... ! Pero, qué es lo que yo pretendo; necio de mí, esclamó al punto. Siendo mis hermanas jóvenes, ricas y hermosas, ¿pueden vivir siempre conmigo, y convertirse en solteronas viejas, que son el hazmereir de todo el mundo? ¡Ay de mí! Soñé una insensatez, figurándome que siempre podríamos estar reunidos, sin que ninguna otra persona viniese á interponerse entre nosotros, sin que se rompiera el lazo que tiene ligadas á nuestras almas. Es una ilusion creer que el dia de mañana debe ser igual al de hoy. ¡Cuán necio fuí concibiendo la idea de un amor ideal, de aquellos que solo existen en la cabeza de un delirante! Mi sueño queda desvanecido. Y al decir esto ocultó su rostro. Berta tambien se echó á llorar y estrechó la mano de Enrique que en aquel momento le parecia muy desdichado. Los tres permanecieron largo rato en silencio, y ninguno llegaba á los manjares que los criados habian puesto en la mesa.

Enrique finalmente dijo: Yo he desafiado la opinion, sé las cosas que de mí se cuentan y que paso por un hombre estravagante. Todo lo he despreciado por una ventura efímera, que creí asegurada para siempre, y ahora veo que no es mas que un sueño, una ilusion tonta. No me quedas mas que tú, Berta, y Dios sabe cuanto tiempo pasará sin que me abandones tambien, porque tú eres muy bella y muy digna de que te roben á tu pobre hermano. ¿Y qué me quedará entonces? Una soledad amarga, y falta de todo lo que puede hacerla soportable; porque bien lo sabeis una y otra: yo nunca amaré mas que á vosotras. Sidonia se arrojó en brazos de su hermano llorando amargamente. Tú estás irritado contra mí, le dijo, en este momento me aborreces, hermano mio, tienes motivo para ello, sí, yo

he hecho traicion á tu cariño. No, Sidonia, no, le contestó Enrique en tono melancólico. ¿Quieres que yo me enfade contigo porque no participas de mi locura? Al contrario: tú haces lo que debes; porque mis sandeces nada pueden contra la voluntad de la naturaleza. Ese caballero ha recibido mi palabra y tu amor; y no es posible que ante vuestra inclinacion recíproca yo me acuerde de mí. No llores, Sidonia, las cosas debian llegar al punto en que se encuentran, sé feliz, mas feliz de lo que yo seré nunca. Nuestra separacion era inevitable; consuélate pues, Sidonia, yo me venceré, porque la religion enseña á someternos á lo que Dios dispone.

¡Oh hermano mio! respondió la jóven sollozando. Berta, Sidonia, no lloreis mas, debemos separarnos, puesto que así lo dispone la suerte, tus sonrisas no pertenecen ya sino á tu esposo: nunca sea que por amor á mí turbe la serenidad de tu frente ninguna nube: tu hermosa alma nada debe tener oculto para tu marido; eres de él solo, sé buena, sé dulce, yo sabré vencerme. Berta, la tempestad ha pasado: dió un beso en la frente de su hermana y desapareció.

Cuando hubo llegado á su cuarto la tempestad bramaba mas recia que nunca en el fondo de su alma. Berta procuró tranquilizar á su hermana, y luego la dejó sola. Esperimentaba un profundo afecto de compasion hácia Enrique que sin duda hubo de comprender que sus hermanas no le profesaban un amor tan grande como el suyo, y esta idea debia hacerlo desgraciado. Movida por este sentimiento procuró reemplazar cerca del jóven el afecto de que se veia privado por otra parte, y se prometió á sí misma no dejarle morir en el aislamiento y en el abandono. Su alma virginal aun estaba pura de todo amor terrestre y no comprendia mas que la abnegacion.

Para distraerle acompañó á Enrique á paseo. El futuro esposo de Sidonia debia ir á casa de Enrique por la noche, y deseando este que los dos amantes pudiesen verse sin obstáculos, la señora Dumont que era el aya de las señoritas quedó encargada de representar el papel de madre.

En aquel dia el jardin de Apolo estaba casi desierto porque no habia funcion ninguna. Berta y Enrique despues de haber descansado un instante en el pabellon turco recorrieron las sombrías calles de árboles, la plazoleta de la cascada, y cuantos sitios amenos habia en aquel lugar de esparcimiento. A su vuelta y en el momento en que el dia comenzaba á caer y que ya la luna se levantaba majestuosa por encima de la colina de los centauros, vinieron á pasar por cerca de la fuente de Leda, en donde se detuvieron divirtiéndose en contemplar como el agua constantemente subia y bajaba. Ese espectáculo era magnífico, porque la luna pintaba el arco iris en las aguas que descendian de la altura.

Durante aquel paseo y hasta ese momento una y otro habian evitado hablar del suceso del dia, suceso que era motivo de gozo para unos y de grande tristeza para otros. Ahora estaban solos y nadie los veia ni los observaba. ¡Cuán hermo-

S. Universum.




BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SEVILLA

so es este salto de agua! dijo Berta siguiendo con los ojos la coluna del líquido que se lanzaba á los aires. Y es inagotable, añadió Enrique. El manantial que brota del pecho humano no se le parece porque se estingue muy pronto. Mas si nosotros dejásemos que el manantial del corazon humano siguiese su curso lento y natural, dijo Berta, entonces podria durar hasta la muerte. Tienes razon, hermana mia; no son las pasiones violentas las que nos hacen felices; al contrario, despedazan el lugar en donde se encienden, y el insensato que trabaja para su propia destruccion quisiera durar eternamente. Hé aquí porque, observó Berta, es preciso detener el impulso de nuestros corazones á fin de que ellos mismos no se destruyan. Sí, hermana mia; que nuestras pasiones se desliceen cristalinas como un arroyo al través de las flores del prado, en el cual pueden verse como en un espejo los ojos del hombre y las estrellas del firmamento. Ningun astro puede reflejarse tranquilamente en esta coluna de agua turbulenta. ¡Berta mia! ¡Hermano mio! contestó la jóven, y dejó caer su cabeza sobre la espalda de Enrique y soltó una lágrima. ¿Me abandonarás tambien algun dia? No, Enrique, nunca, mientras tú me ames. ¿Y podrás vivir de esta manera, renunciando á todo? Yo á nada renuncio, porque no tengo que olvidar cosa alguna y tu amistad me basta. Tú eres mi ángel bueno, esclamó Enrique: ¿y querrás serlo siempre? Sí, tanto tiempo como tú. Yo, dijo Enrique, te amaré eternamente, quiero vivir para tí sola, y el mundo se sorprenderá al ver la inalterable amistad que nos tendrá unidos. ¿Y tú, dijo Berta vacilando, olvidarás á la señorita de Rosemont, que sin ninguna duda busca tu cariño? Apenas la conozco, y ningun afecto me inclina á ella. Sin embargo yo sé que te ama y merece ser amada. No me hables de eso, Berta; por tu amor lo olvidaré todo, porque á tu lado ¿qué mujer quieres que llame mi atencion un solo instante? Todas ellas buscan mi mano, y tú no buscas mas que mi alma; tú renuncias á todo para ser mi santa y bienhechora hermana, pero quizás no piensas en la magnitud del sacrificio que te impones. El sacrificio, dijo Berta, es igual por una y otra parte. Tú eres una jóven tierna, observó Enrique, cuya alma es todo ternura, todo abnegacion: y yo soy un hombre egoista y violento, celoso del tesoro que está confiado á mí, cuando tú por el contrario, eres todo abandono, todo generosidad. Abrazó á su hermana y ella no opuso resistencia. En aquellas demostraciones de recíproca ternura habia algo mas que la amistad entre hermano y hermana, bien lo conocian ellos mismos, pero se hacian ilusiones, y consideraban aquel abrazo fraternal como testimonio de la union mística que debia existir entre ellos. Enrique con una exaltacion de ánimo inconcebible esclamó: Este abrazo es la señal de alianza para toda nuestra vida; los cielos han sido testigos de ella y han santificado nuestros juramentos de amistad. ¿Me juras, Berta, no vivir sino para mí solo? Lo juro, respondió ella dejando caer la cabeza sobre el pecho de su hermano.

Volvieron á la ciudad embargados por los sentimientos mas tiernos y mas pu-

ros. Parecíale á Berta que acababa de consagrar su alma por medio de un voto misterioso y desconocido. Enrique se tendió en la cama en medio de las ideas mas estravagantes. Hé aquí que he alcanzado un triunfo completo; el alma y el corazon de Berta son enteramente mios, y sin rival: soy el mas feliz de los mortales. La alegría que le causaba esta victoria le privó del sueño, porque la graciosa y púdica imágen de su hermana se presentaba de contínuo á su espíritu, aun en los momentos en que pugnaba por arrancarla. ¡Oh imágen querida, esclamó, objeto único de mis pensamiento, y de mis afectos! yo te amo, pero con delirio, y con la inocencia y la pureza de un hermano. En este momento estás entregada á un sueño dulce y tranquilo, que no turba pasion ninguna de las que en tu edad sublevan el corazon de las jóvenes; no conoces todavía la turbulenta pasion del amor que en un momento trastorna para siempre la paz de una existencia entera. Amas á tu hermano, pero con el mismo amor puro y tranquilo con que por él eres amada, con la propia abnegacion que él te ha jurado; con el único deseo de vivir juntos sin compartir con nadie los afectos de nuestros corazones. Reposa tranquilamente, amiga mia, ángel de mis alegrías y de mis dolores. ¿Por qué no puedo yo comunicar á tus sueños las ideas que germinan en mi entendimiento? Si fuese posible que tú participaras de ellas, si las comprendieras cual yo las concibo, si las abrazaras con el mismo ardor con que en mí nacen, entonces nuestras almas se unirian, y volarian á un mundo ideal. Descansa tranquila, Berta mia, buenas noches: así tengas sosegadas y felices todas las de tu vida.

Enrique estaba tendido en el canapé, y se sentia algo indispuesto, de lo cual era indicio la palidez de su rostro. La agitacion de su alma se habia comunicado á su físico, y esperimentaba en su salud un quebranto que no sabia esplicar. Y al fin no era sino la agitacion nerviosa que habia producido esa especie de locura que le dominaba, ese estraño amor á una hermana, amor que él mismo conocia no ser propio de dos personas tan íntimamente unidas con los lazos del parentesco. Bien echaba de ver en los ratos de calma que ese amor no podria blasonar de tan puro como él se prometia; mas procuraba engañarse á sí mismo, y juraba que nunca faltaria á lo que se debia á sí propio, ni á lo que debia á su hermana. Esta conocia indudablemente que amaba con ternura á Enrique; mas no habiendo esperimentado en su vida otro amor ninguno, no podia compararlo con aquel, ni deducir la consecuencia de cual de los dos era mas violento, ni de cual estaba mas léjos de la sensualidad, cuyos síntomas ignoraba. ¿En qué podia ir á parar una pasion que debia ser calificada de funesta? Esperemos los acontecimientos y ellos sacarán de angustia nuestras almas, disipando las dudas y trayéndonos un desenlace venturoso, ó una catástrofe lamentable.

A media mañana un criado anunció á Enrique una visita del caballero Hendrichen, antiguo é íntimo amigo de su difunto padre. El Sr. Hendrichen se habia

dedicado durante su juventud al comercio de lanas, y vivió veinte y cinco años en Inglaterra, habiéndose despues retirado á su patria, en donde estaba ya desde muchos años disfrutando de la pingüe fortuna que en el comercio habia acumulado. Era un verdadero solteron y conservaba todas las costumbres, los hábitos, el carácter y hasta no pocas estravagancias inglesas. Cuantos amigos y conocidos tenia, que no eran pocos, llamábanle comunmente el inglés; porque no desperdiciaba ocasion de ponderar las modas, las instituciones políticas y sociales, el sistema de vida y las escentricidades de los hijos de Inglaterra. Mas esta crítica de sus compatricios nada le importaba, y vivia á su gusto dejando que los otros á su sabor le censuraran. Creia que la posesion de una gran fortuna era el supremo bien de la tierra, y que bien debia permitirse á los que estaban privados de esa felicidad algun desahogo contra aquellos que eran sus posesores. Con tales principios vivia muy tranquilo y muy dichoso, no dándosele nada del concepto en que los otros le tuviesen.

Frisaba á la sazon con los cincuenta años, mas aun tenia todas las apariencias de la juventud y de la fuerza. El color de su rostro era muy vivo y en su cabeza no asomaba ningun cabello blanco ni gris siquiera. Era hombre tranquilo y de honradísimo carácter, de suerte que era bienquisto en todas partes y en todas ellas dejaba de sí un agradable recuerdo.

He sabido, mi querido Enrique, dijo al entrar, que habeis estado enfermo, y venia á saber como os hallais. Ha sido un resfriado muy ligero, contestó el jóven levantándose y presentando una silla al caballero. ¿Es posible, continuó este, que despues de haber vivido tantos años en Inglaterra, otra vez os dejeis seducir por los malos hábitos del continente? Por algunos grados mas de calor todo el mundo se queja de la temperatura, abren puertas y ventanas, y cambian de vestido segun todas las estaciones que fija el calendario. Nuestros alemanes no cesan de quejarse de reumatismo, y procuran combatirlo con baños calientes, lo cual en sustancia no es sino pasar de un estremo á otro. Yo no abandono nunca la camisilla de franela ni en invierno ni en verano, porque tengo averiguado que es un grande preservativo contra todos los ataques de la atmósfera. Y aquí en donde me veis tengo hechas mis cuentas de que aun conservaré la salud perfecta á lo menos durante treinta años, y puede ser que me quede corto; mas para conseguirlo preciso es ajustarme constantemente y sin la alteracion mas insignificante á las costumbres adquiridas en Inglaterra. Es verdad, contestó Enrique, no puedo menos de felicitaros por vuestra magnífica salud. Pues yo á mi vez, observó Hendrichen, os felicito por el dichoso enlace que habeis procurado á vuestra hermana mayor y muy señora mia. En esta parte, observó Enrique, Sidonia no ha hecho mas que seguir los impulsos de su corazon. Y no obstante, dijo el otro, creo que esto os aflige bastante. Espero no llevareis á mal esta observacion, salida de los labios de un antiguo amigo de la familia y que tiene un afecto muy

particular á todos los miembros de ella. Convengo, dijo Enrique, y además es una cosa que nadie ignora en la ciudad. Realmente me habia figurado que mis hermanas se conservarian célibes como yo toda la vida: tanto mas cuanto me parece que el matrimonio raras veces puede reputarse como un medio de traer la felicidad. Es cierto, continuó el otro, y no obstante todo el mundo quiere probarlo, y ni aun se esceptuan de esta regla las personas de cierta edad. Por fortuna os queda todavía otra hermana. La cual, dijo Enrique, segun todas las apariencias no piensa en probar fortuna por ese lado. ¿Es posible? preguntó Hendrichen, ¿ha rechazado ya algun pretendiente? Hasta ahora puedo decir que ninguno, porque no se ha presentado nadie formalmente, y no seria estraño que fuese mia la culpa. Sin duda, repuso el visitador despues de una breve pausa, vais á sorprenderos si os tomais la molestia de escucharme hasta el fin, pero ello es indispensable que me resuelva á deciros todo lo que me he propuesto al dirigirme á esta casa.

Y yo á mi vez, dijo Enrique muy intencionadamente, debo confesar con franqueza á un antiguo amigo de la casa, que pues la suerte lo ha querido así, prefiero que la separacion haya sido de Sidonia que de Berta. El carácter de Sidonia me parece mas á propósito para casarse, al paso que temblaria por la suerte de la dulce y apacible Berta si la viese puesta á merced de un esposo. Eso seria muy cierto, dijo su interlocutor, si se tratara de entregarla al capricho de algun fogoso y atolondrado jóven, cuyo amor se disipara en la luna de miel. Mas... y vengamos al caso presente, yo ofrezco mi mano á la señorita Berta, ó hablando con mas propiedad, vengo á pedir su mano, y os he elegido á vos por intermediario. ¡Vos, caballero Hendrichen! No me admira vuestra sorpresa, contestó este; mas os ruego que me oigais hasta el fin. Cierto que soy hombre ya avanzado en años; mas no hay en mí cosa particular que pueda ofender la delicadeza de persona alguna, y poseo riquezas equivalentes por lo menos á las de vuestra hermana. No me atreveré yo á aseguraros que la haré completamente feliz, pero tengo la certidumbre de que en mi compañía no seria desgraciada. De cada cien jóvenes que pueden aspirar á su mano, los noventa no ofrecerian probabilidades de hacerla venturosa; digo eso sin ofensa de nadie. Con muchísima frecuencia acontece que las mujeres jóvenes son muy dichosas en compañía de un hombre ya avanzado en años. Supongo que vuestra hermana no puede decidirse á favor mio á fuer de enamorada, ni me ocurre semejante cosa; lo que yo deseo es una dulce y amable compañera de mi existencia, á quien yo procuraria hacer feliz; y no creo lisonjearme demasiado creyendo que Berta acabaria por amarme á fuerza de ver la delicadeza de mi proceder para con ella. Tambien comprendo que despues de una larga ausencia os debe ser doloroso separaros de este modo de vuestras hermanas, mucho mas profesándoles, como todo el mundo sabe, un afecto y una adhesion estraordinarios.

De ningun modo, señor de Hendrichen, dijo Enrique, que habia mudado de color al oir las primeras esplicaciones de aquel pretendiente, pero que acabó por ponerse sobre sí y ocultar su trastorno. No quiero que tengais acerca de esto una idea equivocada. No me he opuesto de modo alguno al casamiento de Sidonia, pues cuanto mas me sorprendió la proposicion de Remhild, porque no tenia ninguna noticia de sus relaciones con mi hermana, con tanta mas prontitud se calmó el dolor que me causaba esa separacion, ya que Sidonia cuenta hallar en ese enlace su felicidad. Podeis estar seguro de que por mi parte no opondré obstáculo alguno á vuestro proyecto; mas es indispensable que os declare otra vez que en mi concepto Berta está muy poco dispuesta á casarse. A lo menos si es cierto lo que me decia no ha mucho.

Este es su modo de pensar á la hora presente, dijo Hendrichen, con cierto acento de duda, y aun quizás pensará lo mismo durante un año; pero entonces, y tenedlo presente, si en su pecho se dispierta alguna pasion, si algun pretendiente quizás indigno de ella pero diestro en el arte de ganar el corazon de una mujer, consigue llamarle la atencion; si Berta llega á decir, tal vez contra su íntima persuasion, como sucede con frecuencia, me he de casar con ese ó me muero; en ese caso, amigo mio, no solo llorareis la pérdida de una persona á quien amais, sino que temblareis por su suerte futura. Conmigo no hay que recelar nada de esto, como lo sabeis perfectamente. Esta separacion que pudierais temer no lo será en caso de que Berta llegue á ser mi esposa: porque yo no serviré de obstáculo á vuestra ternura.

Os doy mi palabra de honor, dijo Enrique, de que yo haré presente vuestra demanda á mi hermana y de que la apoyaré con todas las razones con que vos la habeis apoyado. Además no tengo reparo en aseguraros que entre cuantos pretendientes pueden aspirar á la mano de Berta, en cuanto á mí os daria á vos la preferencia. Mañana tendré el honor de llevaros la contestacion á vuestra casa.

El Sr. de Hendrichen se fué, y Enrique en un vuelo se trasladó al cuarto de su hermána. Berta, le dijo afectando un tono grave, acaban de pedirme tu mano. No hay mas que despedir al que lo ha hecho, contestó Berta con indiferencia, y dirigiendo al bordado que estaba trabajando, los ojos que levantó al entrar su hermano. ¿Y no quieres al menos saber quién es el pretendiente? Sea quien quiera, ya á tí te consta como pienso en esta materia. ¿Tratas acaso de probarme? ¿Mas ni siquiera te causa sorpresa? preguntó Enrique. ¿No dispierta tu curiosidad conocer la persona que espera ser feliz en tu compañía? Ya sabes, Enrique, que yo no soy curiosa. ¿Y qué pretendiente puede ser ese que viene á pedir mi mano sin que yo sepa una palabra? Seguramente es alguno que quiere casarse con mi fortuna, porque de otro modo no se hubiera dirigido á tí, cual si se tratara de un negocio de dinero, sino que hubiera comenzado por hacerse agradable á mí, que soy la mas influyente en el negocio. ¿De veras, Berta? dijo

el hermano recalcando un poco la espresion; y sin duda tú lo hubieras permitido. Estás hoy muy singular, hermano mio, replicó Berta con un si es no es de acrimonia. Si no lo tomase á broma podrian ofenderme tus palabras. Ya recuerdas como han ido las cosas con Sidonia, y te tengo dicho que en un caso parecido yo me hubiera mostrado mas franca que ella. De todos modos tú debes comprender que es cosa muy natural que Remhild haya procurado ganar el corazon de Sidonia antes de pedirla en matrimonio; mas como no ha sucedido nada de eso conmigo, puedes despedir sin consideracion á ese caballero quien quiera que sea. ¿Y me encargarás la misma contestacion para cuantos amantes puedan presentarse? preguntó Enrique. Sí, á todos, contestó Berta, te lo he prometido y cumpliré mi palabra.

Cuando se haya verificado el matrimonio de Sidonia, nos iremos á Suiza, y allí viviremos ignorados y dichosos en alguno de los hermosos lugares que aquel país ofrece. ¿Quieres al fin, preguntó Enrique, que te diga el nombre de tu amante? ¿Para qué? Porque segun lo que acabas de decir, no hay peligro alguno en que lo sepas. Es el rico celibatario Hendrichen. Siempre me he figurado, esclamó Berta alzando los ojos y dirigiendo una sonrisa á su hermano, que tratabas de hacer una broma. Es una crueldad atormentarme de este modo; y te aseguro que en adelante estaré muy sobre mí. Te digo de veras, hermana mia, que el señor de Hendrichen acaba de pedirme tu mano. ¿Es posible que haya dado tal paso un antiguo amigo de la familia, que cuando en otro tiempo venia de Inglaterra me sentaba en sus rodillas, que queria convertirme en una inglesa y me enseñó las primeras palabras de esa lengua? Ahí verás. Ahora mas que nunca quiere convertirte en una inglesa, pues él mas es inglés que otra cosa, y de seguro si te casases con él te llamarian la inglesa, como á él le llaman el inglés. ¿Y qué le has contestado? preguntó Berta. Que me encargaba de su demanda, respondió Enrique, y que no opondria obstáculo, ni contrariaria de modo alguno sus proyectos. Debieras haberle dicho que yo no quiero casarme. Tambien se lo he dicho; pero él ha espuesto inmediatamente los motivos en que apoya su demanda, y es razon que yo los ponga en tu noticia. Escúchame, porque me ha hablado como hombre que no se hace ilusiones, y en verdad sea dicho sus palabras son dignas de un varon de su edad y de sus circunstancias.

En seguida Enrique refirió al pié de la letra á su hermana la conversacion que habia tenido con Hendrichen, y por conclusion en tono serio añadió: ¿Cuál es ahora tu respuesta, cuál su suerte.... y cuál la mia? La demanda repuso, Berta, es singular; sí, de todo punto singular, y no me queda duda de que Sidonia se burlará de mí cuando sepa quien es mi primer amante. Creo oportuno, Enrique, que le dés una contestacion evasiva pero atenta, aunque mas no sea que por consideracion á nuestros padres de quienes fué grande amigo. Dile que yo quiero vivir célibe: y esta contestacion te puede servir para cualquier otro que se presente,

si es que venga este caso. Si no quiere dar crédito á lo que le digo podrá con el tiempo por sí mismo asegurarse de la veracidad de mi asercion. Este modo de despedirlo no puede ofender su amor propio. Piensa bien en ello, Berta, dijo Enrique: el amor es muchas veces una flor de otoño; en todas edades puede amarse. Además Hendrichen es muy rico. Y sin embargo, observó Berta, yo creo que en estas circunstancias lo que le hace obrar son las consideraciones de fortuna. Cierto que es rico, pero casándose conmigo dobla su riqueza; es hombre que gusta del boato, y conmigo su existencia seria mucho más brillante, pues tendria mujer jóven. Y muy bella, añadió Enrique, y que seria envidiada por muchos. Ese es, continuó Berta, el aguijon de la vanidad en hombres ya entrados en años; los cuales no pudiendo brillar por sí mismos en la escena del mundo procuran ponerse en relieve por otros medios, y uno de los mas eficaces es la riqueza.

En aquel momento entró Sidonia, y su llegada puso fin la conversacion de los dos hermanos.

El Sr. Hendrichen volvió, no al dia siguiente sino en la misma noche, para saber la contestacion de Enrique. Segun los temores que os he manifestado por la mañana, le dijo este, siento mucho verme en el caso de deciros que mi hermana está firmemente resuelta á no casarse, de lo cual vos mismo podreis iros convenciendo con el tiempo. La negativa que tengo el disgusto de comunicaros no puede ofenderos en lo mas mínimo, porque no se dirige á vuestra persona.

¡Ah! dijo Hendrichen tomando asiento, sin dar indicios de la menor pesadumbre, ni del disgusto que naturalmente causa una contrariedad cualquiera. Hubiera deseado que me comunicarais todo eso despues de oir lo que vengo á deciros, puesto que ahora me robais todo el mérito de mi revelacion. ¿Teneis que comunicarme alguna cosa de importancia? preguntó Enrique. De importancia suma para vos, contestó el recien llegado. Os ruego que os espliqueis, dijo Enrique.

Oid pues, prosiguió Hendrichen. La señorita Berta no es hermana vuestra. ¡Que no es hermana mia! esclamó Enrique cuya sorpresa era inesplicable. Y diciendo estas palabras se dejó caer en la silla, con el rostro pálido como la muerte. Y por esto, continuó el otro, os es lícito casaros con ella. Si no es mi hermana, preguntó Enrique estupefacto y mirando fijamente á Hendrichen, ¿qué relacion tiene conmigo? Es hija de vuestra difunta tia, hermana única de vuestro padre. ¿Y cómo sabeis todo eso, caballero? preguntó Enrique con voz ahogada. ¿Cómo y desde cuándo lo sabeis? Hacia ya tiempo que lo sospechaba, mas hoy he tenido certidumbre de ello, y he corrido á ponerlo en vuestra noticia. En esto podreis ver cuanto es mi desinterés. Supongo, caballero, gritó Enrique, que todo esto no es una broma. Por el amor del cielo que no sea así, porque semejante burla os costaria la vida. Nada de eso, contestó Hendrichen, sé la noticia por muy buen conducto y por vos mismo podreis convenceros de ello.

Reservando las esplicaciones ulteriores para mas adelante, cuando esteis mas

calmado, bastará por ahora deciros que la nodriza de vuestra difunta madre habita con su esposo el cuarto piso de mi casa. Algunas veces encontraba yo á esa buena anciana en la escalera y nos hablábamos algunas palabras; mas como de algun tiempo acá no la hallaba nunca subí á verla, la encontré en la cama y agradeció mucho mi visita. Yo atribuí á algun acceso de calentura las cosas incoherentes que me contó acerca de las relaciones entre vuestros padres y Berta. Sin embargo entre cosas que yo no comprendia le oí repetir con insistencia que sus amos le habian impuesto silencio en todo lo concerniente á este punto; pero que ellos mismos habian prometido divulgar el secreto de ese negocio; mas como vos sabeis muy bien, vuestros padres murieron súbitamente sin haber tenido tiempo de tomar disposiciones relativas á ese asunto. Mi cabeza se desvanece, dijo Enrique con el corazon oprimido y apretándose la frente con la mano. Pero hoy, continuó Hendrichen, he ido á visitar á esa pobre nodriza, y la he encontrado mejor y con la cabeza mas despejada. Hablando de la ternura con que amais á vuestra hermana, me ha dicho: pues no tiene mas que casarse con ella, porque no es hermana suya, y yo puedo justificarlo. Con lo dicho, prosiguió Hendrichen, teneis bastante por hoy; mañana os acompañaré á casa de esa mujer, y vuestra presencia pondrá fin á sus escrúpulos. Convenid al menos en mi desinterés, porque cualquiera otro en mi lugar habria continuado sus instancias y dejado oculto el secreto. Pero si Remhild me hubiera pedido la mano de Berta, ¿qué hubierais hecho entonces? Entonces, entonces, dijo Hendrichen, despues de reflexionar un momento, aunque no tenia sino noticias vagas no hubiera callado. De pronto habria estado celoso, y como por otra parte os amo, hubiera preferido que Berta fuese vuestra que suya. Hasta ahora tuve indicios de vuestra pasion; hoy me he convencido de su certidumbre. ¿Y no obstante, observó Enrique, me habeis pedido la mano de Berta? Al hacerlo no tenia, segun os he dicho, mas que indicios vagos acerca de las relaciones de familia que existen entre vos y ella, de suerte que no os robaba cosa alguna que debiese respetar por vuestra. ¿Y si Berta no hubiese rechazado vuestro ofrecimiento? No olvideis, dijo Hendrichen, que yo venia á revelaros este secreto antes que vos me participarais su negativa. Indudablemente si la señorita hubiese dado benévola acogida á mi demanda, la tentacion hubiera sido algo fuerte; y de veras no me atrevo á decir lo que hubiera hecho. Es mucha verdad que yo tengo como uno de mis principios no ser egoista; esto es, no privar á otro de un bien que yo no deseo; mas teniendo libertad de accion, siempre me tomo la mejor parte, porque entiendo que quien obra de otro modo ha perdido el juicio. Ya veis que en el caso particular de que se trata, doy una prueba de quereros bien, y hasta me siento dispuesto á hacer por vos un sacrificio, cuyo mérito, á decir verdad, ha venido á arrebatarme la perentoria contestacion de la señorita Berta. Si todo eso no es un sueño, dijo Enrique fuera de sí de puro gozo y sin haber comprendido muy bien los estraños

principios sentados por su interlocutor, os debo un reconocimiento eterno, porque me habeis hecho el mas feliz de los mortales. Aguardadme un momento, tomo el sombrero y me acompañareis en el acto á la casa de esa mujer, porque es imposible que yo esté mas tiempo incierto acerca de mi felicidad ó de mi desventura.

Precipitóse al cuarto de enfrente, en donde estaban sus dos hermanas sentadas en el hueco de una ventana, y casi sin aliento esclamó ¡Berta: Berta! no eres hermana mia, reune todas las fuerzas de tu alma para oir esta noticia que me tiene loco. Ahora volaré á buscar las pruebas que te han de convencer de ello. Cuando volverás á verme seré el mas feliz de los hombres ó el mas desgraciado para siempre. Pero no, siempre tengo confianza en tí. Dichas en tropel estas palabras salió corriendo con Hendrichen, para adquirir los pormenores de semejante descubrimiento. Está fuera de sí, dijo Berta cuando Enrique hubo salido; si no soy hermana suya y en consecuencia tampoco lo soy tuya, ¿quién soy entonces, Sidonia? Creo, contestó esta, que Enrique es muy desgraciado, y temo que lo sea mas todavía.

Corria el año 1830 cuando la revolucion de julio acababa de conmover la Europa, y el azote del cólera avanzaba desde el Este para ausiliar á las dinastías á comprimir las revoluciones. La enfermedad no se habia presentado todavía en el país en donde tenian lugar los sucesos que referimos; pero era muy intensa en Berlin. Hallábase en casa del señor de Upofen su hermana Sofia, que contaba entonces veinte años, y que pocos meses antes se habia casado en secreto con un oficial de caballería. Cuando mas felices eran los dos recien casados el capitan recibió una carta en que su padre le participaba la muerte de la madre, y sin duda á impulsos de un presentimiento le indicaba sus deseos de que el hijo fuera á Berlin. Partió el capitan, y á pesar del peligro que aquel viaje ofrecia su misma esposa le instó para que lo efectuase. Hízolo en efecto, mas no volvió, porque el cólera se llevó con pocas horas de diferencia al padre y al hijo. De ese matrimonio, que una muerte prematura acababa de disolver, nació Berta, que en aquellos momentos de trastorno fué bautizada con el apellido de su madre. Nadie tuvo noticia del suceso, porque en medio del trastorno de la emigracion á que la enfermedad habia dado lugar en Berlin, no habia quien se ocupara de los negocios ajenos. Quedó la cosa muerta ó por mejor decir ignorada de todos, tanto mas cuanto el matrimonio habia sido oculto, y Sofia madre de Berta falleció muy luego. Solo tenia noticia muy circunstanciada de todo la anciana nodriza de quien hemos hablado, y segun las intenciones de la familia todo eso no debia hacerse público hasta que se casara Berta, ó hasta que se verificase la vuelta de Enrique; mas como los padres de este habian muerto casi repentinamente, y no es encontró en sus papeles cosa alguna que esplicase las relaciones de parentesco entre Berta y su familia, pasaba por una de las hijas, y como tal por hermana de Enrique.

En tales circunstancias no habia otra persona que la nodriza que pudiese descubrir todo este misterio; pero esa mujer dudaba si despues de la muerte de sus amos debia ó no verificarlo, y aun la tenia muy pensativa y desazonada la suerte de Berta, á la cual amaba entrañablemente, porque una vez conocido el secreto de su nacimiento debia quedar escluida de la sucesion de que era partícipe en calidad de hija del Sr. de Upofen. Por lo mismo que este asunto tenia muy ocupada la imaginacion de la pobre anciana, no fué de admirar que en medio de su desvarío se le escaparan concernientes al mismo algunas palabras que escuchó con atencion suma el Sr. Hendrichen, y á consecuencia de las cuales formó su plan. Como al parecer la persona depositaria de aquel secreto iba dentro de muy breve tiempo á sepultarlo en la tumba, Hendrichen tomó la repentina determinacion de pedir la mano de Berta, la cual debia heredar grandes riquezas, sin temor de que nadie pudiese disputarle el legítimo título con que entraba á disfrutarlas, y ya hemos visto de qué manera se habia gobernado á fin de salir airoso en su empeño.

La sagacidad innata en las mujeres le hizo adivinar á Berta que el interés y no el amor habia sido el móvil que impulsó la demanda del Sr. Hendrichen, lo cual desbarató el plan de aquel viejo avariento: y además para mayor desesperacion de este la nodriza se restableció completamente y se mostró resuelta á revelar el secreto, que segun ella misma decia era para su corazon un grave peso, sobre todo desde que lo habia consultado con su confesor. Colocadas ya las cosas en este punto el Sr. de Hendrichen debia retirarse honrosamente; y hemos visto tambien la manera sagaz como lo hizo.

Lo que llevamos dicho del nacimiento de Berta es en sustancia lo que reveló la anciana nodriza: mas todo ello por muy verdadero que fuese estaba muy léjos de ser suficiente para autorizar un matrimonio legal entre ella y Enrique, puesto que para cosa tan grave eran indispensables pruebas mas positivas.

Lentamente se volvió Enrique á su casa cual si se hallara poseido de un delirio; en términos que pasó mucho tiempo antes que estuviera en disposicion de esplicar con claridad á sus hermanas el arcano que acababa de descubrírsele. Por fin pudo lograrlo, y preguntó si durante su permanencia en Inglaterra sus hermanas alguna vez habian tenido sospechas acerca de sus relaciones de familia, cubiertas hasta entonces con el velo del misterio. Sidonia despues de reflexionar un rato creyó recordar que poco antes de la vuelta de Enrique y en la época en que falleció su madre, hallándose esta en cierta noche absorta en la contemplacion de la hermosura de Berta, dijo á su esposo: ¡Si Enrique vuelve y la ve! En la ocasion presente los tres hermanos interpretaron esas palabras cual si con ellas sus padres hubieran querido dar á entender que deseaban unir á los dos, si es que estos se sentian inclinados el uno al otro. Berta por su parte decia que siempre tuvo un secreto presentimiento de que Enrique no era hermano suyo; y esto que ella llamaba presentimiento no era sino que amaba á Enrique mas de lo que suele amarse á un hermano.

Enrique despues de muchísimos pasos y diligencias llegó á conseguir el resultado que deseaba; y quedó justificado que Berta no era hermana suya. Poseesor de los documentos en que constaba la verdad entera, ante todo quiso pagar un tributo al agradecimiento y recompensar con largueza la fidelidad de la mujer que habia sido al fin la única depositaria del secreto que supo guardar con escrupulosidad tan grande.

Brilló entonces en el seno de la familia una atmósfera de felicidad completa para Enrique. Las jóvenes tuvieron un placer indecible al ver tan dichosamente terminado aquel negocio, porque las dos temian aun que volviera á oscurecerse el horizonte. El mismo Remhild, que habia mostrado indiferencia y hasta desvío para con Enrique, lo abrazó con ternura y le dijo derramando lágrimas abundantes: Yo sé, hermano mio, que hasta ahora siempre me habeis reputado por un hombre apático é indiferente á vuestra suerte, y que no me teniais inclinacion alguna, porque he cometido contra vos un robo arrebatándoos una hermana á quien amais mucho, y vos habeis temido perder igualmente la otra. Ojalá las lágrimas que ahora vierto sean suficientes á probaros que deseo vuestra felicidad y que verdaderamente os amo.

¿Y ahora, dijo Enrique despues de los primeros momentos de espansion y de alegría, qué hemos de hacer? Yo no puedo vivir aquí con Berta, porque á la vista del mundo su nacimiento pareceria siempre una cosa sospechosa; ella seria desgraciada, y yo no lo seria menos. No creo que haya mas remedio que marcharnos de aquí; irnos léjos, á un país en donde nadie pretenda averiguar quiénes somos, ni cuál era nuestra familia. Sí, dijo Berta, vámonos á Suiza, á los Alpes, á donde quieras. Oid lo que voy á deciros, observó Remhild: creo que exagerais las cosas: no veo motivo para que el nacimiento de Berta parezca sospechoso á nadie, basta esplicarle á cualquiera á quien le ocurriesen dudas la verdad de lo acontecido, y nadie estrañará que en aquellos momentos de confusion general y de angustia para las familias, Berta fuese bautizada con el apellido de su madre, que haya vivido en vuestra casa como prima y huérfana, y que finalmente se haya descubierto la razon porque ha sido reputada por hermana vuestra y de Sidonia. Mas si no quereis descender á dar esplicaciones, ó á pesar de la naturalidad con que se presentan las cosas, recelais que no se dé crédito al todo con la facilidad y la buena fe que deseais en una cosa que de tan cerca os interesa, entonces me ocurre otro espediente. Yo pienso casarme en el primer domingo del mes próximo, y Enrique podrá casarse al mismo tiempo en mi castillo. Estareis con nosotros hasta el fin del verano, y para entonces la maledicencia habrá tenido tiempo para desahogarse. Hácia el otoño partireis á procuraros una residencia á vuestro gusto en Suiza ó en el Tirol: en la primavera Sidonia y yo iremos á reunirnos con vosotros; y tambien nosotros veremos si es fácil hallar un sitio agradable en las montañas para vivir en medio de la paz y

de la ventura que no es posible hallar en las ciudades. Sí, sí, esclamaron todos á un tiempo, hagamos eso; y realmente no se habló mas de semejante cosa, quedando convenido que á su debido tiempo llevarian á efecto sus planes. Las dos parejas prolongaron hasta muy adelantado el otoño su permanencia en el hermoso castillo, en donde los cuatro habian alcanzado el objeto de que esperaban una felicidad completa.




BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SEVILLA

9

16



P. v. Slingeland pinx. A. H. Payne sc.

La Dentellière

The Lacemaker

Die Spitzenklöpplerin.

Krajkarka

LA [illegible].

[illegible]

En la ciudad de Bruselas, [illegible] hoy del [illegible]
que esa ciudad [illegible]
príncipe Alberto casado con [illegible] Felipe [illegible]
Vandermulen, casado con [illegible]
tan rico como él mismo. [illegible]
gozaba de mejor reputacion [illegible]
tumbres como por lo que [illegible]
mereció. Habia hecho su [illegible]
sin embargo de los [illegible]
y de Felipe II por efecto de las [illegible]
[illegible] grandes riquezas y relaciones [illegible]
Las sangrientas guerras religiosas [illegible]
partidos [illegible] por [illegible]
[illegible] el duque de Alba, y [illegible]
[illegible]



LA ENCAJERA.

(CUADRO DE SLINGELAND.)

En la ciudad de Bruselas, capital hoy del reino de Bélgica, vivia en época en que esa ciudad acababa de salir del dominio de los españoles para pasar al del príncipe Alberto casado con una hija de Felipe II, el rico comerciante Antonio Vandermulen, casado con Cesarea, hija de otro comerciante de la propia ciudad, tan rico como él mismo. No habia en todos los Países Bajos hombre alguno que gozára de mejor reputacion que Vandermulen, tanto por lo que respecta á sus costumbres como por lo que toca á su buena fe, su lealtad y su integridad en el comercio. Habia hecho su fortuna en Amberes, ciudad en estremo mercantil, y que sin embargo de los aciagos dias que por ella pasaron en los reinados de Cárlos V y de Felipe II por efecto de las guerras, aun conservaba al terminar el de este último grandes riquezas y relaciones comerciales con toda Europa y con la India. Las sangrientas guerras religiosas que dieron ocasion á terribles sucesos, y á espantosos desbordamientos por parte de las tropas españolas cuando eran mandadas por el duque de Alba, y mas todavía cuando gobernó allí el comendador Requesens, habian estremecido á los habitantes de aquella ciudad, y entre ellos á Vandermulen, que emigró de su patria y fué á establecerse en Bruselas, en donde ni la tropa se habia arrojado á tantas demasías, ni era probable que lo hiciese por ser casi siempre aquella ciudad la sede del supremo gobierno. Allí continuó sus negocios, y bien pronto la envidiable fama que habia gozado en Amberes fué conocida y proverbial en Bruselas. Establecido apenas en ella y teniendo ya

la edad de treinta y cuatro años contrajo matrimonio con Cesarea, cuyo padre era amigo de Vandermulen, y hasta su ida á Bruselas habia sido su corresponsal en todos los negocios.

El nacimiento de una niña coronó la felicidad de los dos esposos, si es que esa felicidad necesitaba todavía alguna cosa para ser completa. Era imposible haber nacido dos personas mas á propósito para contribuir la una á la ventura de la otra. Ambos tenian un corazon escelente, ambos hallaban la felicidad en el retiro de su casa, ambos competian en el deseo de complacerse recíprocamente; y como las inclinaciones de sus almas eran las mismas, nunca turbó la paz de su matrimonio ninguna de las mas leves contrariedades tan comunes como transitorias en los matrimonios mejor avenidos. Entre las prendas que mas resaltaban en los dos consortes eran muy notables la humildad y la sencillez en sus costumbres, en su hablar, en su vestido, y en el modo de vivir así en su casa como fuera de ella; y aunque en las ocasiones oportunas sabian ser garbosos y agasajar á sus amigos, en su vida normal parecia que hiciesen alarde de modestia. Su casa no deslumbraba por la riqueza de los muebles ni por la muchedumbre de criados, pero sí enamoraba por la limpieza y el órden que en todas partes se veian, y por la exactitud con que todo en ella se verificaba. Los pobres eran largamente socorridos, las necesidades ocultas hallaban allí un seguro remedio, las aflicciones nunca buscaron en vano un consuelo en los dos consortes; y cuando entre los estragos y las desdichas de la guerra se hicieron sensibles las necesidades públicas era ya cosa sabida que la caja de Vandermulen acudia con prodigalidad á minorarlas. La ciudad entera lo sabia, los hombres faustuosos se corrian al entrar en sus casas aquellos consortes, los de escasa fortuna comprendian que aquello era una tácita reconvencion de su manirrotismo, la aristocracia respetaba á esa familia que con ser riquísima no pretendia salirse de su clase, y los pobres bendecian á los esposos que eran su providencia, y que no insultaban su miseria con lujosos trenes, ni con el aparato doméstico de un palacio. De suerte que no habia en la ciudad quien no elogiara á aquella familia, y nunca era nombrada sino como un modelo de las virtudes domésticas y sociales. En muchas ocasiones habia sido invitado el D. Antonio para figurar en diferentes conceptos entre las personas mas visibles, pero siempre se escusó de admitir cargos públicos, so pretesto de que estos solo convenian á las personas que por su nacimiento ó por sus servicios á la patria contaban ya con un influjo que prevenia los ánimos en favor suyo : y como en su concepto nadie debia salirse de su clase para encumbrarse á otra, á él no le correspondia mas que el modesto retiro de un hombre ocupado en negocios mercantiles. Al tratarse de cosas relativas á estos nunca escusó su persona, ni sus caudales : pero en asuntos que en su dictámen tocasen á clases mas elevadas, no hubo forma de convencerle nunca de que le era lícito mezclarse en ellos.

Fácil es deducir de lo dicho que la educacion que recibió Elena, su única hija, fué conforme con estos principios, en los cuales como en todo estaban marido y mujer enteramente acordes, y que desde niña procuraron inspirarle muy de propósito sentimientos de humildad, de sencillez y de modestia. Nunca le permitieron contraer relaciones sino con niñas de su misma clase, jamás la acompañaron á donde el espectáculo de un lujo y grandeza notables pudiesen despertar en ella inmoderados deseos, la acostumbraron á conocer y á respetar la diferencia de clases, y le inculcaban asiduamente el principio de que nadie debe salirse de la suya, porque sobre hacerse desgraciado quien lo verifica se capta el odio de sus iguales y el desprecio de los que están mas altos. Cada oveja con su pareja, hija mia, le decia su madre, tú no naciste para condesa, ni duquesa, ni marquesa, eres hija de un comerciante; y debes vivir y morir entre los tales; si pretendieses escalar otro puesto, los comerciantes te aborrecerian porque darias á entender que te avergüenzas de tu clase, y los nobles se burlarian de tí y te echarian en cara tu orígen, que ellos consideran humilde, comparado con el suyo. En tu clase puedes ocupar un puesto muy elevado, en otra mas alta siempre serias una despreciable advenediza. Elena mientras fué niña no se apartó un ápice de estos principios, y las lecciones de sus padres fueron siempre la constante norma de su conducta. Sabia distinguir perfectamente las personas, y contenta con la posicion en que se hallaba jamás le ocurrió ambicionar ninguna otra. En el trato con las niñas de su esfera tomó aquella especie de baño que se nota en cada una de las clases sociales, y en su modo de hablar, de vestir, de presentarse se veia en ella á la hija de un rico comerciante, que era lo que precisamente deseaban sus padres. Así pues consiguieron estos su objeto, y no les cupo duda de que la educacion dada á su hija habia producido el resultado que ellos apetecian. Elena era buena, era modesta, humilde, sencilla; aunque hermosa, no lo habia notado nunca, no apetecia trajes lujosos, hablaba con dulzura á la gente de clase inferior, se complacia en socorrer las necesidades, y era el conducto por el cual se derramaban los beneficios de sus padres. Esto colmaba la felicidad de los dos esposos que veian en su hija su propio retrato; y solo los molestó alguna vez el pensamiento de quién seria el hombre que le cupiera en suerte para marido. Habria querido el D. Antonio un jóven honrado, laborioso, y de buenas costumbres, aun cuando careciera de riquezas, porque teniéndolas él muy cuantiosas y siendo su heredera Elena, para nada necesitaba los bienes del marido; pero sí necesitaba su honradez, su laboriosidad, y su carácter humilde y sencillo, pues la falta de una de estas circunstancias era para él un defecto imperdonable. Cierto que entre los jóvenes de Bruselas no seria difícil hallar lo que deseaba D. Antonio, pero no era tan sencillo que precisamente gustara á su hija, y gustara de la hija el mismo á quien él hubiera elegido. Sin embargo como Elena no tenia mas que quince años, y los padres no llevaban ninguna prisa en casarla, á la verdad solo de tiempo

en tiempo hablaban de este negocio, y de ningun modo los acuciaba por entonces.

Elena era estremada en todas las labores de su sexo, cosia con perfeccion, bordaba de todas las maneras que se estilaban entonces, sabia cortar cualquiera pieza de su traje, y en esto era por demás mañosa y entendida, sabia hacer encaje, como la mayor parte de las flamencas de su tiempo, pero lo trabajaba sumamente esquisito, conocia muy bien el gobierno de una casa, y si de repente faltara su madre no se hubiera echado de menos en la casa. Dibujaba con facilidad, cantaba con gracia, sabía música para acompañarse en el harpa, leia y escribia correctamente, y además de la lengua francesa hablaba de corrida la española tan bien como los hombres que mejor la conocian. De manera que era una jóven muy esmeradamente educada: y en Bruselas la citaban como un modelo digno de ser imitado por todas las señoritas, aun por las de mas elevada clase. Era muy bella, y su modestia hacia que las mujeres le perdonasen el mérito y la hermosura que todos los hombres reconocian en ella, y que no pocos proclamaban con gran frecuencia. Vivia retirada aunque no reclusa en casa, pocas veces se presentaba en público, y nunca habia ido al teatro y mucho menos á un baile. Para verla era preciso ir á la iglesia, ó á los paseos públicos, amen de poder encontrarla una vez al mes en la modesta tertulia de un comerciante, que un dia en cada semana reunia en su casa á la mayor parte de las familias de su clase. Las tertulias del Sr. Vandyken adquirieron celebridad en Bruselas, y ese rico comerciante cuyas ideas no eran exactamente las de Vandermulen se consideró halagado cuando supo que algunos jóvenes de la nobleza deseaban frecuentar su casa. Léjos de poner reparos facilitó su entrada, y en efecto como no faltaban allí muy lindas y muy bien educadas señoritas, los jóvenes de la aristocracia en quienes la etiqueta no ejercia jurisdiccion tan rígida como el deseo de divertirse, prescindiendo del ceremonial aristocrático, concurrieron á la tertulia del capitalista que se consideraba favorecido franqueándoles la puerta de su casa. Por esto mismo escaseó su concurrencia Vandermulen, y aunque por su gusto no hubiera ido mas desde que se introdujo aquella innovacion contraria á sus principios, era indebido romper de pronto con el amigo, y acordaron con Cesarea ir escaseando las visitas y acabar por separarse completamente de la tertulia. Esa determinacion delicada y prudente fué causa de todas las desgracias de Elena y de sus padres.

En efecto, hacia dos meses que no habian concurrido á la casa de Vandyken cuando celebrándose los dias de su señora, y habiendo con tal motivo tertulia á que Vandermulen fué particularmente invitado, no creyó posible escusarse sin incurrir en la nota de desatento, y se presentó con su esposa y con su hija, que vestida con gusto y elegancia, llamó la atencion de todos los concurrentes, porque en efecto era una jóven hermosa, y cuya modestia realzaba su belleza y disperta-

ba mas bien que amor una especie de cariño tierno é irresistible. La concurrencia en esa velada fué mucha, y entre los jóvenes se hallaba el hijo mayor del conde de Ruiter, tipo de los mozos elegantes, bellos y calaveras de Bruselas.

Yo no sé porqué especie de privilegio los jóvenes atronados suelen llamar la atencion de las mujeres en general y agradarles; pero la verdad es que esto acontece con harta frecuencia, y no sé hallarle otro motivo que el orgullo que cada una de ellas encuentra en la esperanza de fijar aquel corazon voluble y de sujetar á un hombre que por mucho tiempo ha hecho alarde de no sujetarse á nadie. Cierto que en este triunfo hay su gloria, pero es una gloria que sobre estar muy distante de ser honrosa para una señora, suele traer pesadumbres y desgracias de mucha cuantía. Grande era el partido que el jóven tenia entre las damas de Bruselas: cada una de las que se le sentia inclinada esperaba vencer á sus rivales y domar aquel carácter altanero y hacerle deponer á sus piés cuantos laureles conquistó hasta entonces. Elena no le conocia, no le habia oido nombrar nunca, ni aun sabía lo que significaba la palabra calavera que quizás no oyó pronunciar en su vida. Vió á Ricardo, le pareció buen mozo y de alta clase, y sin que sintiera por él cosa alguna, le gustó aquel aire gracioso, suelto, y un si es no es altivo que llamaba la atencion á primera vista. Era Ricardo hombre de veinte y cuatro años, de aventajada estatura, á la cual acompañaba una gracia estraordinaria, modales finísimos, una voz sumamente agradable y una facilidad para hablar igual al don de hacerse escuchar de cualquiera á quien dirigiese la palabra. Servia en el ejército y se habia distinguido mucho en las guerras contra los españoles que otra vez batallaban con los flamencos para sostener á la viuda del archiduque Alberto que habia muerto sin hijos. A la sazon se hallaba en Bruselas aprovechando una tregua, pero no la daba absolutamente á sus calaveradas por las cuales era conocido en la capital desde mucho antes. Al entrar Elena en la sala llamó segun hemos dicho la atencion de todos los concurrentes, pero quizás en ninguno produjo el efecto que en Ricardo. Aquella figura modesta, cándida, confiada, ignorante de su propio mérito tenia para el jóven un atractivo indefinible; y aunque bailó y se divirtió con cuantas señoras pudo, sus ojos y su corazon no se apartaron nunca de aquel rostro encantador y de aquellos tiernos ojos que lo miraban tambien con la confianza de la inocencia. Enteróse Ricardo de quien era aquella jóven, quiso bailar con ella; mas Elena que no bailaba se escusó con que no se sentia muy bien, dejando encantado á Ricardo por el aire sencillo y dulce con que le rogó que la perdonase si no podia complacerle. Se sentó un momento á su lado, le dijo que era hermosa, que era una deidad, que era una criatura divina, que no podia mirarla sin estremecerse, que la atmósfera que la rodeaba era celestial, que su aliento era una ambrosía, que sus ojos le mataban, que se moria de amor por ella, y que en vano bailaba y hablaba con otras señoritas, pues su alma y su corazon estaban con ella y que lo

estaban para siempre. Elena quedó aturrullada, se estremeció, no sabia lo que por ella pasaba, nunca habia oido cosas semejantes, jamás habia pensado que fuese hermosa ni fea; mas en medio de la especie de desvanecimiento que le causaban las atropelladas y atrevidas palabras de aquel ardiente jóven, conoció que en conjunto no le desagradaba todo aquello, parecióle que en efecto ese hombre era bello, elegante, que llamaba la atencion general, y que al fin ella debia valer algo cuando habia fijado la suya. Porque Elena creyó que Ricardo habia espresado lo que sentia; su voz tenia un timbre penetrante y agradable, decia las cosas con una dulzura indefinible, hallaba contestaciones para todo, y sus ojos no la habian abandonado nunca, y mientras bailaba hacia todo lo posible para acercarse á ella, y algunas veces al pasar se atrevió á dirigirle alguna palabra con riesgo de que lo oyera su pareja. Elena salió del baile como fuera de sí, atontada, confusa, corrida, temerosa, pero en el fondo satisfecha y halagada al considerarse la preferida entre tantas por el hombre que era el preferido de todas.

La madre de Elena lo habia observado todo, y con el instinto materno conoció gran parte de lo que pasaba en el pecho de su hija: mas deseosa de saber la verdad entera la interrogó, y Elena, no con ánimo de mentir, ni de engañar á su madre, sino avergonzada y temiendo ofender su propia modestia calló lo mas significativo, y se redujo á decir que Ricardo la habia adulado mucho y dirigídole elogios que ni siquiera comprendia. La madre no quedó tranquila, pero estuvo muy léjos de creer que su hija hubiese faltado á la ingenuidad, y mas todavia que hiciera caso de las palabras de Ricardo. Pero la verdad es que Elena no durmió en toda la noche pensando siempre en el jóven, viendo de continuo su imágen, oyendo su voz, y sobre todo recordando aquellas miradas con que le habia parecido que le llegaba hasta lo mas íntimo de su alma.

Por la mañana fué á la iglesia, y en el momento de arrodillarse, sin saber cómo se encontró en la mano un billete que acababa de deslizar en ella el mismo Ricardo, á quien no habia visto y que tampoco lo fué por su madre. Su primer intento fué entregar á esta el billete, pero pensó que para rasgarlo era inútil decir cosa alguna; mas cuando estuvo en casa no supo resistir á la curiosidad de leerlo. Estaba escrito en el lenguaje mismo en que le habia hablado en la anterior noche, y además le decia que en la siguiente iria á ver desde la calle la luz de su cuarto en la hora en que ella se retirara. Quemó el billete; mas al estar en su cuarto pasó varias veces por delante de la luz, que fué un modo de contestar al escrito, estuvo un rato con la ventana abierta, y á lo mejor cayó dentro del cuarto un pañuelo atado con una cinta y dentro del cual habia otro billete, mas amoroso si cabe que el primero. Enseñar este á su madre era descubrir que habia ocultado el primero, por tanto lo leyó y lo quemó, aunque tiró el pañuelo á la calle; pero fué diligencia infructuosa, porque el pañuelo volvió á entrar por la ventana sirviendo de envoltorio á un ramo de flores cuyo objeto fué dar peso á

fin de que el pañuelo llegase arriba. Tirar de nuevo el pañuelo era un desaire inmerecido, y aun cuando lo hubiera hecho y cerrado al punto la ventana, ese hombre era capaz de enviarlo otra vez, romper un cristal y dar ocasion con el ruido á que la madre se enterase de todo. Así pues guardó las flores, que olian muy bien, y guardó el pañuelo que era muy lindo y echaba olor de agua de oro, que era la esencia de moda. A fin de que no se mezclara con otros ó no se le olvidara en alguna silla lo puso debajo de la almohada, y se durmió percibiendo aquel olor que era para su corazon un veneno.

Si Elena hubiera entregado á su madre el primer billete estaba salvada: cometió el error de no hacerlo y quedó perdida. La madre de acuerdo con el padre dispuso no llevarla mas á casa de Vandyken: y con esto quedaron los dos mas tranquilos, pero un criado infiel á sus amos y ganado por el oro de Ricardo sirvió de mensajero y de ausiliar muy eficaz á los dos jóvenes, que insensiblemente se fueron amando á cual mas pudo. En efecto Ricardo adoraba á Elena: mas no quiso aumentar con ella el número de sus víctimas: su alma buena en el fondo no pudo suportar la idea de perder á esa jóven candorosa que se le entregaba sin comprender lo que hacia; triunfar de una mujer inocente, cándida, confiada, no tenia aliciente, y además esa mujer le habia inspirado un amor tan verdadero que no hubiera abusado de su confianza aun cuando dependiera de su voluntad sola. Elena amó á Ricardo con locura; mas en su amor entró por mucho el orgullo que se fué dispertando en su corazon sin comprenderlo. Supo que Ricardo era el hijo mayor del conde de Ruiter, que pertenecia á la mas encumbrada aristocracia, conoció que podia llegar á ser condesa, figurar en la mas alta sociedad de Flandes, alternar con las damas y princesas, ser una de las personas mas notables de su patria, vivir en un palacio, lucir ricas galas, y al lado de todo esto le pareció tan triste, tan monotono, tan oscuro, tan poca cosa ser la hija de un comerciante, y con el tiempo esposa de otro, oir hablar de negocios, de barcos, de fardos, de cajas, vivir olvidada en un rincon de Bruselas, confesarse inferior á muchas mujeres menos hermosas que ella, ser esposa de un hombre tal vez feo, pero de seguro poco elegante, dado al trabajo, relegado como ella á una clase humilde y poco estimada, que al fin tuvo horror á lo segundo y quedó enamorada de lo primero. En una palabra, se desenvolvió en ella la vanidad, y considerando que podia satisfacerla siendo la esposa de un hombre tan noble, tan bello, que la amaba tanto, que llamaba la atencion de todas las hembras de alta clase, y que con esto alcanzaba un triunfo ruidoso, y una fortuna superior á cuanto ella podia haber jamás imaginado, no hubo ya reflexion que la detuviera, ni temor que la arredrara. Continuaron mas íntimas cada dia las relaciones entre los dos jóvenes, se vieron, se hablaron por la noche en la casa de la misma Elena bajo la proteccion y la salvaguardia del criado, que en medio de su infidelidad no queria de modo alguno contribuir á la deshonra; y finalmente

vino el dia en que Ricardo determinó pedir formalmente la mano de Elena. Esto ofrecia el grave inconveniente de que el conde podia no consentir en semejante boda, pero el padre se dejó vencer por las súplicas y las lágrimas del hijo, y tal vez mas que por esto por la ventajosa idea que tenia del padre de Elena y por las escelentes noticias que de esta le dieron. Accediendo pues á los deseos de Ricardo se presentó en la casa de Vandermulen, sin que ni este ni su esposa supiesen una palabra de cuanto pasaba, ni pudieran adivinar cuál era el objeto de aquella singular visita.

Quedó pasmado el padre al oir la demanda del conde, y resueltamente se negó á ella, con toda la delicadeza y los miramientos que semejante negativa reclamaba; mas para demostrar al conde que esa negativa se fundaba principalmente en que el enlace de seguro no seria del gusto de Elena, á quien él no pensaba sacrificar de modo alguno, la hizo presentar, y no dudando de la respuesta de su hija le espuso la peticion del conde diciéndole que le manifestase su voluntad con absoluta franqueza. El padre y la madre esperimentaron una estrañeza indescribible cuando Elena en tono resuelto y con aire atrevido dijo: que amaba á Ricardo y que la honra que le dispensaba ofreciéndole su mano era la mayor dicha á que podia aspirar en la tierra. Los padres rompieron en deshecho llanto, no porque consideraran una desgracia aquel matrimonio en sí mismo, sino porque vieron en su hija una mujer distinta de lo que habia sido hasta entonces, comprendieron que supo engañarlos teniendo con el conde relaciones que no habian llegado á su noticia, y encontrándose defraudados en todas sus esperanzas y completamente engañados por una hija en quien creian poseer un tesoro de ingenuidad, de candidez y de modestia. En vano pensó el conde calmar su dolor asegurándoles que Elena seria feliz; Vandermulen no quiso transigir con esta esperanza, pues para él era innegable que cualquiera que se saliese de su clase labraba sin remedio su desventura. Al dolor sucedió la ira hija de aquel terrible desengaño, y el padre comprendiendo que la ceguedad de su hija era tal que no tenia ya remedio, le dijo que podia casarse con el hijo del señor conde; mas que desde aquel momento no debia considerarse como hija suya. El conde acabó por resentirse de estas palabras, que al fin no eran ninguna demostracion de gratitud á la grandísima distincion que se dispensaba á Elena enlazándola con su familia; y si bien no manifestó resentimiento á los padres de Elena, lo pintó muy al vivo á su hijo, procurando disuadirle de un matrimonio que con tan malos auspicios se trataba. Todo fué inútil: el conde no recabó cosa alguna del enamorado Ricardo, y Cesarea no pudo torcer la voluntad de la vanidosa Elena, que no veia en el mundo otra cosa que su futuro estado, y la grandeza y el oropel de que iba acompañado.

Todos los esfuerzos fueron vanos, Ricardo se casó con Elena, no sin que el padre de esta se negara á presenciar la boda y anunciara á su hija que no tar-

daria en arrepentirse de haber querido encumbrarse mas allá de lo que á su clase correspondia.

Durante dos años pudo satisfacerse completamente la vanidad de Elena: riquezas, consideraciones, fausto, nada le faltó de cuanto habia imaginado, y aun la realidad fué mas allá de sus esperanzas: Ricardo la adoraba, el conde la quiso como una hija, y Elena del todo desvanecida no se acordaba de sus padres que olvidados al parecer de ella no sabian sino lo que el público llevaba á sus oidos. La jóven no ya enorgullecida con el lujo y las riquezas sino hasta infatuada, habia cesado en sus relaciones con cuantos amigos tuvo antes de su matrimonio, y lanzada al torbellino del gran mundo en donde la cobijaban el nombre y la clase de su esposo, llegó á figurarse que todos los nobles la consideraban como su igual, y sus antiguos iguales como persona de mas elevada esfera. Rompió completamente con el mundo de su juventud para no acordarse sino del mundo en que vivia. Sus pasados hábitos desaparecieron, variaron sus inclinaciones, fué cándida y se hizo maliciosa, era modesta y se convirtió casi en descocada, habia sido humilde y ahora parecia hacer alarde de un orgullo tan intolerable, que su mismo esposo á pesar de cuanto la amaba lo conoció y hubo de reprenderle este defecto. El padre de Ricardo lo conoció tambien, y menos complaciente que este, mas de una vez le recordó que el orgullo sentaba mal en todo el mundo; pero mucho mas á los que habian nacido en humilde cuna. Esto lo habia olvidado Elena, y semejante recuerdo la mortificó muchísimo y le hizo concebir aversion hácia la persona que acababa de evocarlo. El suegro y la nuera dejaron de amarse, y Ricardo se preguntó si habia obrado bien enlazándose con una persona que tan pronto echó en olvido lo que debia á su padre. Sin dejar de amarse, sin dirigirse reconvencion ninguna, cesó la cordialidad de antes, y Ricardo llevó muy á mal el orgulloso carácter de su consorte. Traslució la servidumbre alguna cosa, y hubo de juzgar que no debia mostrarse tan afanosa para servir á la señora como al conde. En una palabra, desapareció la armonía entre las personas de la familia, se fueron alejando unas de otras, y á la vuelta de cuatro años habia allí dos casas separadas, que nada tenian de comun sino el techo debajo del cual se cobijaban.

Abrió los ojos Elena, pero ya era tarde. Ricardo se habia ausentado para la guerra, el conde marchó á una de sus posesiones, y Elena se quedó en Bruselas, casi á merced del administrador general del conde que se complugo en mortificar á la condesa siempre que le ofrecia oportunidad para ello el importante cargo que en la casa desempeñaba. ¡Ay! ¡Cuántas veces se acordó entonces de las predicciones de su padre y de las lágrimas de su madre! pero no tuvo valor suficiente para acudir á ellos, contarles sus desventuras, hacerles una descripcion sincera de cuanto le pasaba: y es que no se sentia con fuerzas bastantes para deponer el orgullo con el cual se habia connaturalizado. El administrador abusó de su

posicion haciendo sufrir á Elena humillaciones terribles; y esta jóven escribió á su marido en términos que ofendieron á este, poco dispuesto á su favor, ya por las disensiones ocurridas, cuanto porque Elena tuvo la desgracia de no darle un sucesor que tanto él como su padre deseaban ardientemente. Elena no pudo tolerar las palabras poco generosas con que le contestó Ricardo; y atizada por el orgullo que completamente la dominaba, la mujer que no quiso mantenerse en la clase en que naciera, y que ya no podia figurar cual deseaba en la otra á que el amor la habia levantado, no quiso humillarse ni á los padres ni al marido, y súbitamente desapareció de la casa de este y de la ciudad de Bruselas. El corazon de sus padres sufrió con esto un golpe que solo puede comprender quien tenga hijos. El conde lo supo con indiferencia, y Ricardo lo sintió de pronto, mas debió consolarse, y solo le mortificaba la idea de que mientras no le constase la muerte de su consorte no podia buscar otro enlace, ni la felicidad sin el hijo que pensó hallar en el primero.

En un cuarto bajo de una modesta casa puesta en un barrio muy retirado de la ciudad de Gante, y muy cerca de uno de los numerosos canales que cruzan esa Venecia del norte, vivia una jóven dedicada á trabajar finísimos encajes. Al verla no podia menos de notarse el contraste que ofrecian su traje y los muebles de su casa con el oficio á que se dedicaba, y con el cual á duras penas podia satisfacer sus necesidades. Habia en el todo del cuarto y de la encajera un aire de elegancia y de riqueza superior á lo que era natural en una mujer de su clase, y en su manera de vivir notábase tambien cierto misterio que daba ocasion de murmurar á sus vecinos. Rarísima vez salia de su casa, ni se asomaba á la ventana, de suerte que las mujerzuelas de la vecindad estrañaban como no moria ahogada dentro de su habitacion en la cual no penetraba sino otra mujer muy anciana y que era su sirvienta, pero sirvienta tan reservada que nadie pudo sacarle nunca una palabra acerca de su señora. Ver á esta era por otra parte sumamente fácil, porque ni mas ni menos que si fuera una estatua estaba clavada todo el dia delante del velador y cerca de una ventana tan baja, que desde la calle podia registrarse todo el interior del cuarto. Pasaban los transeuntes y miraban sin observar jamás otra cosa que la inclinada cabeza de la encajera, embebecida en la labor y á quien no distraian las indiscretas miradas de los viandantes. Decian algunos que salia de noche, pero nadie fijaba ni el como, ni el cuando, ni el objeto; de modo que esto mas bien que un hecho averiguado era una habladuría de los chismógrafos que no sabian perdonar ese retiro y esa reserva.

Esa mujer era Elena que á impulsos de su orgullo no habia querido sufrir humillaciones de parte de su padre político, ó de su esposo, que no se resolvió á postrarse á los piés de sus padres para pedirles amparo, y que viviendo independiente y con su trabajo no habia de temer reconvenciones de nadie. Estaba al parecer resignada con su suerte y decidida á no variar de sistema, cuando una

desgracia le hizo soportar la primera humillacion que fué el preliminar de otras muchas. La pobre anciana que la servia en cuanto sus escasas fuerzas alcanzaban, fué encontrada muerta y el cuarto completamente saqueado, cuando Elena volvió á su casa desde la iglesia en donde pasó dos horas cual solia practicarlo en los dias festivos. Sintió vivamente la desventura de aquella desgraciada, pero tal vez sintió mas el hallarse de repente sin ninguna clase de recursos, sin mas ropa que la puesta y sin amigos á quien acudir en semejante apuro. De pronto vió su casa ocupada por el tribunal, que le hizo mil preguntas, y que por fortuna comprendió que no era cómplice en el asesinato, mas eso no remedió su miseria y hubo de acudir al tendero para quien trabajaba pidiéndole socorros. Ese hombre léjos de facilitárselos, le exigió el pago de los encajes que le tenia ya satisfechos y que Elena no solia llevarle hasta fin de mes: le pidió el valor del hilo que en crecida cantidad le tenia adelantado, fundándose en que pues Elena no llevaba la labor luego que la tenia concluida, segun él se lo reclamó cien veces, y queria siempre tener muchas libras de hilo como á fin de asegurarse trabajo para mucho tiempo, justo era que ahora satisfaciese aquella pérdida que por su antojo habia causado. De suerte que se vió completamente pobre y deudora.

Este primer chasco la humilló en gran manera, sin sacarla del atolladero, por lo cual fué indispensable acudir á otra parte. Su orgullo no podia soportar la idea de pedir prestado, ó de solicitar un socorro, y estuvo un momento dudando si era mejor dejarse morir de hambre ó de frio que rebajarse á implorar la caridad ajena. Al fin como religiosa que era, optó por lo último, y en medio del aislamiento en que vivia no le ocurrió otra persona que la señora que ocupaba el primer piso de su casa con la cual habia hablado muy pocas palabras en dos ocasiones. Esa señora no viendo en aquella jóven mas que una mujer que ganaba su subsistencia con el trabajo, y calculando que pronto le seria imposible atender con el producto de este á todas sus necesidades y al pago de lo que el tendero le exigia, con la mejor voluntad del mundo le ofreció la plaza de camarera. Descender de condesa que ella se consideraba á criada era irritante para su orgullo, rechazó con acrimonia la oferta, y salió despechada y ardiendo en ira al considerar las contrariedades de la suerte. Entonces se acordó de sus padres, mas para ir á Bruselas se necesitaba dinero, para aguardar contestacion á una carta tambien se necesitaba; por lo tanto renunció á esos medios casi instantáneamente.

No le quedaba ninguno mas que pedir limosna, y á eso era preferible morirse en su cuarto. Encerróse en él, y tendida sobre las tablas de la cama, y arropándose con una cortina que dejaron los ladrones, se entregó al llanto mas deshecho que habia derramado en su vida. Sintió frio, sintió sed y hambre, y no tenia con que remediar el primero ni con que acallar las otras dos necesidades, y ahora ya no la detenia el orgullo sino la absoluta falta de recursos á que apelar, como no fuera echarse á la calle á implorar la compasion de los transeuntes. La

necesidad pudo mas que todo , y cuando hubo anochecido se colocó al lado del portal de su casa y pidió limosna: pero una jóven bien parecida y que apelaba á ese recurso no inspiró compasion á nadie: pasaban las gentes, la miraban: los mas prudentes se limitaron á no contestarle, pero otros menos considerados le echaron en cara que á su edad no se dedicase á ganar su subsistencia con el trabajo. La calle quedó en absoluto silencio y el miedo hizo que Elena se encerrase en su casa mucho mas infeliz de lo que habia salido de ella. Entonces y mas aun en la mañana siguiente ya hubiera admitido el ofrecimiento que en el dia anterior le hizo su vecina; mas como lo rechazó agriamente, era una humillacion para ella desesperadora implorar la gracia de esa misma vecina. Determinó pues probar en la velada si pasaria por la calle alguna persona caritativa.

Durante el dia no se abrieron las ventanas porque Elena no tenia casi fuerzas para moverse, y como la señora vecina la habia visto en el dia anterior y ella misma le refirió su absoluta falta de recursos, temió que le hubiese acontecido alguna desgracia y dió conocimiento al burgomaestre, que es como el alcalde entre nosotros. La autoridad abrió las puertas al anochecer y Elena fué hallada en el suelo sin aliento y enteramente desvanecida. La sacaron de su casa, y por de pronto fué llevada al hospital como una pobre y enferma, de quien cuidaria la caridad pública. Vuelta en sí y hallándose en el hospital, al lado de otros desgraciados que allí iban á buscar á sus males el alivio que no podian hallar en otra parte, no es dable esplicar lo que sufrió aquella mujer orgullosa, para quien cuatro años atrás todos los pobres y los desgraciados eran personas despreciables, que en su desvanecimiento se figuraba haber nacido para reina y que ser únicamente condesa era una injusticia de la suerte. Aunque mas adelante se vió precisada á procurarse la subsistencia con el trabajo, en cambio era independiente, y habia elegido aquella posicion social por un golpe de orgullo, esto es, por no sufrir humillacion de persona alguna; pero ahora absolutamente pobre, desconocida de cuantos la rodeaban, enferma, confundida con los séres mas infelices de la sociedad, se sintió verdaderamente envilecida. No se crea que por esto se diese á partido ni que cediera un ápice de su vanidoso carácter; al contrario, creyó que con una declaracion de quien era aterraria á los miserables que la cuidaban, y les impondria respeto. Así pues, habiéndosele presentado á solicitud suya el jefe del hospital, le declaró Elena que era la condesa de Ruiter, y que por causas que no era necesario esponer se habia separado de la casa de su esposo, y se encontraba en aquel asilo, y que por tanto deseaba que se diese al conde noticia de su paradero. La persona á quien hablaba conocia toda la historia de Elena tan bien como ella misma, y juzgó oportuno dar noticia al conde de como su esposa se hallaba en el hospital, no para que la sacara de allí á fin de trasladarla á su casa, sino con el objeto de que la tuviera segura por si queria proceder criminalmente contra ella por haber huido de la casa de su esposo. El conde á quien im-

portaba tener noticia de la suerte de Elena, supo con mucho gusto esas novedades, y como hombre de grande influjo tuvo el suficiente para conseguir que el tribunal la encausara y que en definitiva ordenase su encierro en una casa de correccion, sin fijar el tiempo durante el cual debia permanecer en ella. Semejante desenlace tan contrario á las esperanzas de aquella jóven le causó la sorpresa y la ira mas grandes que cabe imaginarse, y en medio de su enojo hasta quiso atentar á su vida; pero no era tiempo de morir todavía, sino que estaba destinada á mayores tormentos y á humillaciones que nunca pudo haberse figurado. Pronto supieron las demas corrigendas quien era la nueva desdichada que les presentaron, y dentro de pocos dias fué saludada con el título de la condesa del hambre, y escarnecida y mortificada con cuantas ocurrencias denigrantes podian venir á la imaginacion de aquellas soeces y criminales compañeras. Los encargados de la casa, poco compasivos con ella, toleraban aquellas amarguísimas burlas, y al fin la orgullosa Elena no era sino una mujer digna de lástima y de perdon, porque espió cruelmente sus deslices. Su orgullo quedó abatido, su ánimo anonadado, no contestaba una palabra á las burlas, en su interior acudia á Dios para que le deparase algun alivio á sus inmensos sufrimientos; y aunque nunca consiguió conmover los empedernidos corazones de sus compañeras, al fin halló gracia á los ojos del director de la casa que á solicitud suya escribió á sus padres.

Habiendo estos sabido á su tiempo la desaparicion de Elena y juzgándola erróneamente, creyeron que alguna pasion criminal la habia arrancado de la casa de su esposo para llevarla al lado de algun amante. Desde entonces conformados con haber perdido para siempre á la hija que tanto amaron, no hicieron la menor diligencia para tener noticia de su suerte. Ahora al saber de pronto cuál era su actual estado y qué antecedentes la habian conducido á la casa en donde se hallaba, rectificaron su juicio, sin poder atinar en qué causas habian dado ocasion á su fuga. Tal vez fué maltratada por su marido, quizás huyó con un amante y fué abandonada por este, acaso no era tan culpable como parecia, y pasados los primeros momentos de estupor y pesadumbre acordáronse de que era hija suya, y dejaron obrar el inagotable amor de padres. Vandermulen, sin permitir que su esposa le siguiera, se dirigió á Gante. La entrevista del padre con la hija arrancó lágrimas á las personas que la presenciaron sin embargo de estar muy acostumbradas á escenas desgarradoras de todas clases, y en ella comprendió perfectamente el D. Antonio la metamórfosis verificada en el alma y en el carácter de su hija. Al fin como padre la perdonó, presentóse á Ricardo, pudo hallar gracia delante de él, y los dos juntos lograron que el tribunal fijase para de allí á dos meses el término de la condena. Convinieron en que acabada esta Elena se retiraria á la casa de sus padres cual si nunca hubiera sido la esposa del conde de Ruiter. La madre no pudo lograr de Vandermulen que le permitiera ir á Gante, porque el anciano temia que la vista de Elena en aquella casa habia de causar la muerte á la desconsolada Cesarea.

Esos dos meses los pasó la jóven en la oracion, dirigida por un sacerdote sábio y prudente que supo hacer que renacieran en aquella alma estraviada los santos principios inculcados en ella por sus padres, y que habian estado aletargados por el incienso de la riqueza y de las vanidades humanas. Cuando llegó la hora de abandonar aquella infamante casa, Elena volvia á ser la jóven modesta, humilde y pura que fué la delicia de sus padres; mas las súplicas y las lágrimas de estos no pudieron recabar que los siguiese á su casa. No se consideró digna de pisar otra vez los umbrales que habia profanado cuando los atravesó por la vez postrera.

Al cabo de quince dias y en medio de muchísima concurrencia, aunque sin la menor pompa, Elena se consagraba al servicio de los pobres enfermos en el mismo hospital en que fué recogida. Nunca ha habido hermana hospitalaria mas caritativa, mas buena, mas dulce, mas amable con los desgraciados, ni que tuviese mas celo y mas habilidad para procurar limosnas y beneficios de toda clase á ese benéfico asilo. Toda la ciudad la conoció muy luego y en todas partes se la llamaba la buena hermana. Con frecuencia iba á la casa de correccion á visitar á sus antiguas compañeras, que corridas al recordar el modo como la habian tratado le pedian perdon por sus pasados agravios; pero Elena reclamaba el perdon de ellas, porque con su orgullo les dió mal ejemplo. Era en todos conceptos una mujer modelo, y la fama de sus virtudes no cabiendo en Gante se derramó por la Flandes entera y llegó hasta los oidos de Ricardo, cuyo padre habia ya muerto. El conde quedó sorprendido al saber el cambio de su esposa, y convirtiéndose en interés y en lástima todo lo que habia sido indiferencia y hasta repugnancia, quiso verla y se dirigió á Gante. La entrevista de los dos esposos fué tierna, Elena nunca habia dejado de amarle, y ahora desde que merced á las desgracias, vuelta en sí, comprendió cuán mal habia obrado en la casa de su marido, supo escusar el comportamiento de este y le amó con la misma ternura de otros tiempos. Ricardo vertió puras lágrimas al contemplar su marchitada belleza y al ver la dulce resignacion de aquella alma cristiana; y no dudando que ahora seria una esposa cual él la hubiera deseado, le rogó encarecidamente que abandonase el hospital y se restituyera á su casa. Elena no habia jurado vivir y morir en aquel santo asilo; mas repugnaba abandonar los enfermos que la amaban como un ángel tutelar y le parecia poco cristiano huir de las mortificaciones y sufrimientos de su cargo para disfrutar de todas las comodidades en la casa de su esposo. No juzgaba tampoco que dependiera esclusivamente de su voluntad vivir separada de este desde el punto en que la reclamaba; por lo cual no queriendo obrar por sí misma, sino obedecer á quien dirigia su conciencia, dejó la resolucion en manos del sacerdote á quien debia la feliz mudanza verificada en su carácter. La opinion de ese respetable varon fué que debia unirse con su marido, y Elena salió del hospital, no sin derramar muchas lágrimas, y sin arrancar mu-



chísimas, prometiendo además con permiso de Ricardo que seria una decidida protectora de aquella casa.

La que fué conocida con el apelativo de la buena hermana, mereció ahora el de la buena condesa, y las mismas personas que antes la despreciaron por su vanidad y su orgullo la amaban ahora y hasta tenian por ella una especie de veneracion religiosa. Fué otra vez condesa, vivió en el gran mundo porque la clase lo exigia, pero léjos de olvidar á los desgraciados, pasaba muchas horas en el hospital de Bruselas, consolando y limpiando á los enfermos, enviaba ausilios al de Gante, recorria las casas que eran asilo de desventurados, y en todas ellas era saludada con el tierno dictado de madre de los pobres y de los enfermos.

Los padres de Elena murieron cuando esta era un edificante modelo de todas las virtudes, y Ricardo fascinado por el ejemplo de su esposa, dejó la carrera militar, y al lado de ella convirtióse en el padre de los mismos desventurados que apellidaban madre á su consorte. Ambos eran el espejo en que se miraban todas las personas caritativas, y la norma que procuraron seguir en el ejercicio de las virtudes, en cuya práctica pasaron uno y otro el resto de sus dias.





MONUMENTO

DEL GRAN FEDERICO.

(CUADRO DE A. CARSE.)

La Prusia es la nacion que ha salido últimamente del caos en que sumergió á todas las de Europa la invasion general de los pueblos del norte al comenzar el siglo V de la era cristiana; y el mas famoso rey de esa nacion es Federico II apellidado el Grande, á quien está dedicado el monumento que esta lámina representa. La Prusia no sufrió una invasion resuelta cual aconteció á las demás naciones, ni los invasores se hicieron dueños del país entero á fin de convertirlo en patria suya; sino que acometida ya por estos, ya por aquellos, hubieron de pasar siglos antes que saliera de esa situacion precaria y formase un Estado. Algunos de los pueblos de Europa habian entrado ya en el período de decadencia despues de haber ascendido á su mayor altura, cuando la Prusia apareció en medio de Europa, desplegando repentinamente una energía que impuso á las demás, y la colocó entre las de primer órden, cuyo puesto ha conservado y conserva, gracias en particular á la posicion que ocupa y al grande peso que puede echar en la balanza de aquella á cuyo favor se incline. Si estuviera relegada en un estremo de Europa cual le sucede á España, no seria tanta su importancia; mas hoy la tiene considerable y no la dejará perder sino despues de resistirse á ello hasta el último esfuerzo.

El acrecentamiento de la Prusia es un prodigio del poder del hombre, pues ese reino que no tiene fronteras naturales ni vínculos de lengua ni de raza, ha debido su constitucion esclusivamente á la guerra y á la política. Si debiéramos re-



MONUMENTO

DEL GRAN FEDERICO.

([illegible])

La Prusia [illegible] últimamente del caos en que sumergió á todas las de Europa la [illegible] de los pueblos del norte al comenzar el siglo V de la era [illegible] es Federico II apellidado el Grande, [illegible] lámina representa. La Prusia [illegible] cual aconteció á las demás naciones, [illegible] del país entero á [illegible] en [illegible], ya por aquellos. [illegible] y formar un [illegible]. Algunos de [illegible] despues de haber [illegible] cuando la Prusia [illegible] en medio de Europa [illegible] una energía [illegible] á las demás, y la [illegible] y conserva, gracias en particular á [illegible] y al grande [illegible] puede echar en la balanza de aquella [illegible]. Si [illegible] relegada en un estremo de Europa cual le [illegible] importancia; mas hoy la tiene considerable y no [illegible] á ello hasta el último esfuerzo.

El acrecentamiento [illegible] del poder del hombre, pues ese reino que no tiene [illegible] de lengua ni de raza, ha debido su constitucion [illegible] á la política. Si debiéramos re-



Monument de Frédéric le Grand.

Monument of Fredrick the Great   Monument Friedrich's des Grossen


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SEVILLA

montarnos hasta su orígen lo encontraríamos envuelto en tinieblas, cual acontece con el principio de todos los pueblos; por esto pues, y teniendo en mira lo que debe ser objeto de este artículo, pasaremos de un salto por sobre las primeras épocas oscuras de suyo, y que escitan únicamente la curiosidad del que se dedica de una manera formal á los estudios históricos, pero que serian aquí materia muy impertinente.

Los primeros habitantes tuvieron gobierno teocrático, y una religion atroz y sanguinaria, de suerte que al penetrar en Prusia los príncipes polacos para vengar la muerte de algunos misioneros cristianos hallaron una resistencia terrible, porque los prusianos defendian contra ellos no solo su independencia, sino tambien la religion de sus mayores. Tras la resistencia vino la invasion, y los polacos no considerándose bastante fuertes para contrarestar á los prusianos invocaron en el siglo duodécimo el ausilio de los caballeros de la órden teutónica, que habia nacido en Palestina, y que se retiraron de allí cuando los cristianos fueron perdiendo lo conquistado por los compañeros del gran Bouillon. Despues de una larga série de combates, los caballeros dominaron una parte del país, alzando fortalezas aseguraron lo conquistado, y llamando familias alemanas dieron nuevos pobladores al territorio que abandonaban los vencidos.

Los caballeros abusando de la victoria tiranizaron por todos términos á los habitantes, quienes no queriendo sufrir la ignominia á que los condenaban, acudieron al amparo de los polacos. Entablóse pues entre estos y los teutónicos una lucha horrenda á que puso término en 1466 la paz de Thorn, en cuya virtud la Prusia perdió su independencia, pues la parte occidental quedó unida á la Polonia, y el resto bajo el dominio de la Orden que hubo de reconocer la soberanía de Polonia. Los caballeros disgustados de esa supremacia, otra vez guerrearon contra la Polonia: mas al fin por la paz de Cracovia ajustada en 1525 el rey Segismundo confirió á Alberto de Brandeburgo el título de duque hereditario de Prusia, como feudo de la Polonia. El duque olvidado de los votos que pronunció al entrar en la órden teutónica abrazó los errores de Lutero, secularizó sus Estados y contrajo con Dorotea princesa de Dinamarca matrimonio, del cual nació Alberto Federico que le sucedió para reinar únicamente tres años, ya que perdió la razon al cabo de ese tiempo.

Tras este vino á reinar Juan Segismundo, elector del imperio y de la casa de Brandeburgo, á quien sucedió en 1619 su hijo Jorge Guillermo, durante cuyo reinado la Prusia fué devastada por los suecos y los imperiales que la eligieron por palenque en donde ventilar sus discordias. En 1640 ocupó su lugar Federico Guillermo, llamado el Grande Elector, y es á quien se debe la fundacion de la monarquía prusiana. Este hombre se propuso sacudir el yugo de la Polonia, y sacando partido de las guerras entre los polacos y los suecos, uniéndose ya á estos ya á aquellos, y haciendo conocer á los dos partidos cuanto importaba su

alianza, al fin por medio de esta política astuta y bien dirigida consiguió que en el tratado de Welau fuese reconocida su independencia, y en el año 1657 figuró como jefe de un Estado soberano. Queriendo gobernar el país á su antojo desconoció los privilegios y los derechos que los Estados reclamaban, y únicamente respetó la existencia de la Dieta, permitiendo su convocacion cada seis años. Con un valor y un conocimiento grande en el arte de la guerra batió á los suecos, creidos hasta entonces invencibles, y todas las naciones buscaron con afan la alianza de ese hombre que tan raras dotes habia desplegado. Dió asilo en su país á los que huian de Francia con motivo de la revocacion del edicto de Nantes, admitió á los judíos arrojados de Austria, con lo cual aumentó la poblacion y la riqueza de sus Estados, cuya importancia procuró con gran tino y por todos los medios imaginables. Cuando ya su nacion se hallaba en estado floreciente murió transmitiendo el poder á su hijo Federico III en 1688. Este continuó las mismas tareas que su padre, y á fuer de varon muy instruido, dió grande proteccion á las letras y á las artes, fundó corporaciones científicas, y estimuló con premios á los sábios para que acudiesen á Berlin y secundasen sus proyectos.

Habiéndose casado en segundas nupcias con Sofía Carlota de Hannover, en la capital de Prusia se introdujeron los elegantes modales de la época, y el teatro, los bailes, las academias de música y las reuniones de hombres instruidos en la tertulia del palacio, dieron á la corte un aire desconocido hasta entonces. Federico contribuia á que su esposa desplegara su gusto por las ciencias, mostrándose pródigo con cuantos las cultivaban. Este hombre tuvo un vehemente deseo de ceñir una corona, mucho mas cuando en Inglaterra y en Polonia acababan de colocarla en su cabeza dos magnates que no estaban á su altura. Para lograrlo pues pidió el consentimiento de las demás potencias, incluso el del emperador Leopoldo que era el mas difícil, y de quien finalmente lo obtuvo.

Federico cuya vanidad estaba ya satisfecha tomó el título de rey en Prusia, porque si hubiese tomado el de rey de Prusia quizás habria ofendido al rey de Polonia. Coronóse por su misma mano desplegando con este motivo una magnificencia asombrosa, y desde entonces se llamó Federico I, sin importarle cosa alguna de que varias potencias de Europa no quisiesen reconocerlo. Murió en 24 de febrero de 1713 y vino á sucederle Federico Guillermo I.

Este príncipe era por estremo brutal y estravagante, pegaba á toda su familia, varias veces quiso matar á su hijo primogénito, esquilmaba á contribuciones á los pueblos, sin reparar en la forma ni en la manera de arrancarlas; mas en compensacion de estos defectos, si es que pueden ser compensados, despidió gran parte de la inmensa servidumbre que tenia su padre, pagó las enormes deudas contraidas por la vanidad y la magnificencia de este, y colmó el erario en disposicion de proporcionar á su hijo los medios sin los cuales nunca este hubiera podido levantar su patria á la altura en que la puso. En medio de su carácter

mezquino y de su avaricia fué no obstante pródigo para formar un ejército que se empeñó en que estuviese compuesto de los hombres mas altos de Europa. Con este objeto envió á reclutar á todas partes, y sus emisarios se metieron en otras naciones, y hasta procuraban seducir y alejar de su patria á los soldados muy altos que servian en sus propios países. Vistió la tropa con un lujo estraordinario y vino á convertir su ejército en un verdadero ejército de parada. El mejor servicio que podia hacerse á este rey era proporcionarle un hombre muy alto, y de este medio se valió el político Seckendorf su ministro que supo dominar y tener bajo su dependencia á ese hombre que inspiraba temor á todos. Llegó á concebir por sus soldados una especie de pasion, en términos que por no gastarlos ó esponerlos procuró mantener la paz á toda costa, y para esto hizo grandes sacrificios de amor propio, sufrió ultrajes y perdió la consideracion en toda Europa. Sus inclinaciones eran sumamente vulgares, no entendia una palabra de política, la literatura le parecia cosa ridícula, no respetaba los derechos ni los títulos de nadie, y obrando como un verdadero déspota en nada reparaba con tal que en su concepto pudiese influir en el engrandecimiento y en el poder de su reino. Admitia á los emigrados de todos los países dándoles tierras incultas, y á fuerza de estorsiones y tirania logró en realidad allegar mucho dinero, tener un grande ejército y aumentar la poblacion de su reino, hasta el punto de alarmar á su vecina el Austria, que puso en juego su política para hacérselo amigo, y separarlo de su intimidad con la Francia y la Inglaterra, como lo consiguió finalmente.

Su hijo Federico hubo de sufrir mucho por causa del carácter de su padre, quien le rasgaba los libros á que era el jóven muy aficionado, le rompia las flautas que Federico compraba para dedicarse á la música, le pegaba, le encerraba, arrancábale los cabellos y le amenazaba con mandar ahorcarle. Habiéndose escapado para no sufrir un tratamiento tan cruel, lo hizo comparecer y juzgar por un consejo de guerra, cual desertor, y como el consejo le condenó á muerte, sin duda lo hubiera hecho ejecutar á no salvarle el emperador Cárlos VI que lo reclamó como príncipe del imperio. Murió en 1740, y ocupó el trono su hijo á quien está dedicado el monumento que tenemos á la vista.

Federico II es un monarca que forma época no solo en la historia de Prusia, sino en la de Europa, un rey que levantó su nacion á una altura asombrosa, haciéndola pasar desde un Estado insignificante al rango de primera potencia. Sus hechos como guerrero y como legislador son grandes; y aunque tuvo defectos muy grandes tambien, mereció sin duda que á su memoria se levantara el monumento que recuerda de continuo á los prusianos el nombre del varon á quien deben la envidiable importancia de su patria.

Acababa de cumplir veinte y cinco años cuando ocupó el trono de su padre de quien heredó la actividad, la economía y la inclinacion á las armas, aunque dió á esa inclinacion un giro muy diferente. Era muy amigo del saber y se aficio-

nó á aquella filosofía libre que estaba en moda en Francia y que los franceses fugitivos de su patria llevaron á Prusia. Nada lo prueba tanto como el oirle hacer alarde de ser discípulo de Voltaire, quien recompensó esta honra escribiendo en su elogio, y prometiendo al mundo un nuevo Tito. Halagado Federico con esta idea, escribió el Anti-Machiavelo, en donde satiriza las perfidias, las astucias, las arbitrariedades y los vicios de los reyes, en todo lo cual sin embargo buscó su grandeza cuando estuvo en el solio. Desde aquel punto consideró la religion cual una preocupacion útil para el pueblo, y sus dioses fueron la fuerza y el talento, sin convertirse no obstante en cruel. La observacion y el estudio de la historia le hicieron adquirir un golpe de vista certero, y resolvió cumplir con esceso las esperanzas de sus antepasados, quienes habian alcanzado el título de rey, mas no la sustancia que él se propuso conquistar, ejerciendo los derechos de tal de una manera omnímoda y en un campo proporcionado á su grande alma.

Pronto conoció que si bien poseia muchos Estados, estos carecian de cohesion, de relaciones entre sí, de vínculos que los unieran, y que además por todas partes estaban circuidos de naciones que eran colosos, muy capaces de devorar la Prusia. En este concepto pues espió un momento oportuno para comenzar su carrera, que atendidas su posicion, su carácter y las circunstancias de su nacion debia ser la de conquistador, y le pareció escelente preludio atacar á la hija de Cárlos VI, que no tenia medios de defenderse. En esto quebrantaba los tratados, mas la Silesia habia sido usurpada por el Austria á la casa de Brandeburgo, y además tenia inactivos su ejército de setenta mil soldados aguerridos, su amor á la gloria, los tesoros que le dejó su padre y las rentas del país de que se consideraba autorizado á echar mano como y hasta donde quisiera. Sin hablar una palabra á los embajadores estranjeros que espiaban todas sus operaciones, sin dar ningun aviso, y sin buscar aliados, envió mensajeros á Viena á fin de tratar de un concierto, y al mismo tiempo ocupó la Silesia, ocasionando con esto una conflagracion general.

La Inglaterra prometió permanecer neutral, mientras la Francia, la España, la Rusia, la Polonia y la Cerdeña se unieron para repartirse el imperio, dejando únicamente á Maria Teresa la Hungría, los Países Bajos, la Stiria, la Carintia y la Carniola. La hija de Cárlos VI se presentó á los Estados de Hungría pidiéndoles proteccion para el niño que acababa de dar á luz, y los húngaros generosos con la hija de cuyo padre estuvieron con razon quejosos, juraron morir por su reina María Teresa, levantaron un ejército y reunieron sumas inmensas para sustentarlo. Despues de una corta guerra Federico hizo la paz con su enemiga quedándose con la Silesia y la Moravia y sin ocuparse de los aliados.

Estos con muy diversas pretensiones continuaron la lucha contra María Teresa: mas como en ella no tomó parte activa Federico que ya habia conseguido su objeto, no es oportuno en este lugar tratar de aquella guerra en que se mez-

cló toda Europa, y que por primera vez hizo que los rusos interviniesen en los negocios públicos de las demás naciones. La paz de Aquisgran puso fin á esa lucha en 1748, dejando á todos convencidos de que no podian destruirse unos á otros, pues que todos habian de llorar los resultados de aquel rompimiento. La Inglaterra fué la que sacó mejor partido, pues supo persuadir á todo el mundo de que su intervencion era necesaria, no obstante de que entonces y ahora la Europa puesta de acuerdo, y no de otro modo, podria prescindir absolutamente de aquella nacion dejándola en sus islas y en sus mares sin llamarla nunca á su consejo. Mas la falta de armonía entre los continentales dá importancia á los isleños, que han sabido hacerse necesarios y fuertes, porque los demás han sido débiles y han buscado su alianza á fin de mutuamente destrozarse.

Este ensayo de sus fuerzas y de su ambicion, y la manera como lo hizo dan á conocer perfectamente á Federico II, de quien sin embargo importa tener mas noticias, porque luego le veremos poner otra vez en combustion toda la Europa. Era de corta talla y feo, tenia muchísima memoria, no era dado á los placeres materiales, aunque tuvo aficion á los de la mesa, pero en cambio los goces intelectuales presentaban para él mucho atractivo. Amaba á sus parientes y muy poco á su esposa, y la historia no habla de que tuviera pasion por ninguna persona. Contó con amigos á quienes trataba como iguales, mas nadie pudo jactarse de haber sido su favorito. Afectaba una franqueza sencilla y confiada, y no obstante, disimulaba y fingia siempre que era conveniente á sus intereses. Las contrariedades que sufrió por parte, de su padre embotaron su benevolencia, y acabó por ser acre y por vivir solitario y casi inaccesible. Era tenaz, meditaba mucho sus proyectos, y en los peligros era grande, activo y muy fecundo en recursos.

Sabia hacer suyos á los ricos dándoles títulos, á los hombres dedicados á las letras prodigándoles mercedes, y á los indigentes proporcionándoles socorros. Toleró la libertad de imprenta, y ningun rey fué objeto de tantos libelos, y ninguno les dejó tan impunes. Habiendo visto que mucha gente se agrupaba para leer un pasquin contra él fijado en una esquina, lo hizo poner mas bajo á fin de que todos pudiesen leerlo cómodamente. Solia decir que él y su pueblo se habian entendido, dejándole él decir todo lo que queria, y dejándole el pueblo hacer á él cuanto le acomodaba. Llamó á Prusia á los mas famosos sábios de su época, y vivia con ellos en la mayor libertad, permitiéndoles decir cuanto quisieran. Era satírico en demasía, y en sus bromas, pesadas siempre y con frecuencia injuriosas, daba una prueba de tener mala índole. En materias de religion se burlaba de todo, tal vez por impulso propio, tal vez para conformarse con la moda de su tiempo. Se mofaba de los reyes y de los filósofos, de manera que su lengua no perdonaba cosa alguna. Su padre se servia del baston y él de los epigramas, arma por cierto mas terrible y que alcanza á mayor número de personas. Así es que atacaba de la manera mas cruel á los principillos alemanes llenos de vanidad

y cargados de deudas, á María Teresa por su beaterio, al cardenal de Bernis por echarla de poeta, á Catalina II por sus galanterías, y á su amigo Voltaire por su intolerancia. Habia recibido muy mala educacion, y así es que era muy poco instruido, como lo prueba esa pasion por los epigramas y ese prurito de burlarse de todo, quizás porque no conocia bien cosa alguna.

Introdujo el lenguaje vulgar en la jurisprudencia, despojándola del misterio que la hacia inteligible para el pueblo. Aunque era déspota y no tenia simpatías por nadie, era generalmente estimado, y su memoria ha servido despues para reanimar el valor de los prusianos que le profesan aquel respeto que el transcurso del tiempo concede á las personas que han hecho cosas notables, porque ese mismo tiempo trae el olvido de sus defectos. Todo lo disponia por sí mismo, de modo que los empleados públicos no eran mas que simples ejecutores de sus órdenes, fundándose para esto en que siendo uno el que concebia los proyectos uno debia ser quien los desenvolviera, y fijase el modo de ponerlos en práctica. Así los empleados no necesitaban talento ni conocimiento alguno, bastaba que fuesen máquinas capaces de responder al impulso que recibian. Tenia por máxima inconcusa que no debia dejarse cosa alguna para mañana, y esto fué una de las causas de aquella actividad estraordinaria que desplegó en la guerra que era su verdadero elemento. Fué muy económico, retribuia mezquinamente á sus embajadores, vestia como un pobre, hacia vender la volatería de su patrimonio y solo gastaba para la mesa. Su sencillez fué imitada por los príncipes alemanes, que renunciaron al ruinoso lujo á que estaban avezados y que prescindieron del embarazoso ceremonial que hasta allí conservaron con un respeto religioso, y con una formalidad altamente ridícula.

Entre los cambios que hizo ese hombre fué el mas notable haberse aficionado á las armas que en su primera juventud detestaba, y este cambio fué tan grande que despues de haber crecido entre los libros de que sacó poquísimo provecho, fué el verdadero fundador del moderno arte de la guerra. Para esto hizo de la Prusia una monarquia militar con doscientos mil soldados á quienes nada faltaba, y á los cuales á puro de ejercicios, de palos, de paradas y de campamentos convirtió en héroes verdaderos.

Lo mismo que la Prusia las demás naciones habian aumentado el número de sus soldados é introducido reformas en la organizacion de sus ejércitos; y aunque ninguna llegó á comprender la estrategia ni la táctica de Federico II, todas no obstante presentian en el manejo y en los movimientos de las masas armadas, la necesidad y la proximidad de variaciones radicales. Federico se adelantó á los demás capitanes y por eso alcanzó tantas victorias. Las naciones al parecer estaban preparadas para una nueva conflagracion, y conocian que se aproximaba el momento de romper la lucha, tanto mas cuanto el tratado de Aquisgran habia sofocado pero no resuelto las diferencias que para el comercio de América se habian suscitado entre Inglaterra y España.

Pero mientras se preparaba esa nueva lucha, y mientras Federico meditaba los planes que debian hacerle tan formidable, seguia su obra de reforma de la Prusia á la cual dotó del código que lleva su nombre y que fué redactado por el baron de Cocceji, profundo jurisconsulto. A pesar del código, que abolia la apelacion por ante el rey, Federico continuó haciendo uso de ese antiguo derecho cometiendo con tal motivo algunas injusticias, y sobre todo quitando á la magistratura la independencia y privándola del respeto que deben inspirar sus fallos, si se quiere que la justicia se repute por alguna cosa.

El arreglo de la hacienda llamó con preferencia su atencion, como no podia menos de ser tratándose de un hombre naturalmente económico, y en cuyo concepto el mantenimiento de un grande ejército era condicion indispensable de existencia para su patria. Arregló el sistema de contribuciones, buscando para ello el ausilio de personas entendidas, y pudo conseguir un considerable aumento en las rentas públicas sin vejámen para los contribuyentes. Es digna de referirse la siguiente anécdota que es un rasgo muy elocuente del carácter de Federico. La esposa del sobrino de Federico y que fué su sucesor, recibió de su madre un vestido de seda fabricado en Lion, mas el administrador de la aduana de Custrin en cuyo castillo estaba la princesa encerrada en castigo de sus liviandades, detuvo el paquete y quiso llevarlo por sí mismo al castillo, á fin de registrarlo. Esto fué ocasion de una disputa entre el administrador y la princesa que, irritada, al fin dió un bofeton al administrador. Estendió este la sumaria informacion del suceso sin omitir la bofetada, y la remitió á Federico, quejándose al mismo tiempo del deshonor que le resultaba, por el modo como le habia tratado la princesa. Federico envió el espediente al director general de aduanas poniendo al márgen la siguiente nota: «En este negocio, la pérdida de los derechos de la aduana es para mí, el vestido para la princesa y el bofeton para el administrador. En cuanto á la deshonra, de que tan amargamente se queja dicho empleado, le hareis entender que no debe hacer ningun caso de eso, porque es un absurdo creer que la mano de una hermosa princesa pueda deshonrar el rostro de un empleado de aduanas.»

Fundó muchas escuelas gratuitas, se ocupó de la instruccion de todas las clases sociales de una manera particular y que probó que habia meditado mucho acerca de este ramo del gobierno, que ni aun hoy dia llama la atencion como debiera, porque todavía no se ha comprendido bastante cuanto influye en la suerte de las naciones En este negocio que Federico consideraba como de necesidad primera y apremiante, no descuidó cosa alguna, y deseando probar con el ejemplo que el valor que le atribuia era hijo de la conviccion, él mismo era individuo de la academia de ciencias y de bellas letras, componia sus discursos, y hacia cuantos trabajos le correspondian en calidad de uno de los miembros asociados.

Acercábase la hora en que desplegara el talento, los inmensos recursos y los

vastos y profundos conocimientos que tenia en el arte de la guerra, pues iba á comenzar la conocida con el nombre de guerra de siete años, en la cual la Prusia estuvo á punto de ser borrada de la lista de las naciones, y de causar la pérdida del rey, á cuyo carácter mordaz se debió en gran parte esa sangrienta lucha. La emperatriz de Rusia á quien habia satirizado con harta frecuencia Federico concibió contra él un odio tan encarnizado, que le hizo aprovechar el primer momento oportuno para vengarse. María Teresa, á quien sus epigramas ofendieron y que además no olvidó la invasion de la Silesia, que al fin hubo de cederle, estaba contra él tan irritada como la emperatriz. Tambien se habia malquistado con el rey de Inglaterra, apoderándose de las rentas de algunos dominios situados en Silesia y que estaban hipotecados á los ingleses que habian hecho adelantos al Austria. La Francia quizás hubiera estado con Federico; mas como este habia puesto en ridículo á madama de Pompadour querida de Luis XV, y que era quien gobernaba, se puso del lado de María Teresa y de la emperatriz, á las cuales se unió muy luego el elector de Sajonia á instancias de su esposa; de manera que en rigor, Federico iba á luchar con cuatro mujeres, pues la Inglaterra olvidó sus agravios y en odio de la Francia se hizo aliada de la Prusia. Federico habiendo corrompido á un secretario del primer ministro del elector de Sajonia, descubrió que se habia tramado contra él una vasta conjuracion, y resuelto á prevenir á sus enemigos, en agosto de 1756 invadió la Sajonia, se apoderó de los papeles originales, y los publicó para que toda Europa tuviese noticia de ellos. Nunca se habia visto una confederacion y preparativos de guerra tan formidables. La Francia, el Austria, la Rusia, la Sajonia, la Suecia y la Confederacion germánica habian pensado anonadar la Prusia y repartírsela, mientras que Federico no contaba sino con la Inglaterra y con el duque de Brunswick y de Gotha. En cambio confiaba en su ejército y en el entusiasmo de los pueblos; y además no le agobiaba la deuda pública, no habia de defender colonias lejanas, no tenia aliados á quienes satisfacer, ni consideraciones que guardar, ni intrigas de damas, ni oposiciones de ministros ni de parlamentos; sino que su tesoro estaba colmado, su ejército aventajaba á todos en disciplina, y su voluntad era la suprema ley. Todo esto le ofreció ocasion de presentar el asombroso espectáculo de la Prusia naciente haciendo rostro á la Europa entera.

En vano sus enemigos procuraban imitar su táctica y hacer que las tropas se pareciesen á las de Federico; estas reformas no se improvisan, ni la ciencia se adquiere en un dia. Federico la adquirió en mucho tiempo, y la organizacion y la disciplina de su ejército databan del reinado de su padre. Penetrando pues en Bohemia alcanzó en Praga una victoria memorable aunque á costa de su mejor general y de diez y ocho mil soldados: mas la suerte de las armas le fué contraria en Koelin, en donde lo vencieron completamente; de suerte que viéndose perdido iba á suicidarse, cuando determinó probar por última vez la suerte, y para

ello atacó á sus enemigos en Rosbach, en donde él y los soldados lucharon como leones, porque conocian que de esa accion dependian su gloria ó su ruina. Los conocimientos de Federico pudieron mas que el número de sus adversarios, los cuales esperimentaron una derrota sangrienta y pérdidas numerosas en hombres y en material de guerra, mientras el prusiano apenas sufrió ninguna. En seguida y aprovechando el ardor de sus tropas lanzóse contra los austriacos á quienes batió sin embargo de ser sesenta mil hombres, contra treinta mil prusianos, y esta victoria en que cayeron en su poder veinte mil prisioneros y mas de cien cañones, le proporcionó seis mil desertores, que ingresaron en sus filas. En una sola campaña se batieron cuatrocientos mil hombres, y fueron destruidos tres ejércitos, y cinco grandes potencias se confesaron vencidas por una que aun estaba en mantillas.

En Inglaterra los triunfos de Federico despertaron un entusiasmo inesplicable y se le señaló un subsidio anual de setecientas mil esterlinas. A su vez los sencillos alemanes se habian estremecido al ver las barbaridades cometidas por los franceses, y comprendieron que si Federico hubiera muerto, las libertades alemanas y el protestantismo hubieran desaparecido. La sobriedad y el valor de aquel rey los tenia fascinados, y conocieron que la superioridad del genio vale mas que la fuerza física, y que ese rey al fin luchaba con ventaja suya contra los franceses, los austriacos y los rusos. Federico por su parte estaba muy léjos de insultar con su fausto las miserias compañeras de la guerra, y seguramente hubo de tener mucha confianza en sí mismo cuando en el campo de los franceses de que se habia apoderado, encontró un enjambre de cantineras, de cocineros, de comediantes, de peluqueros, de sombrillas y de cajas llenas de botellas de agua de lavanda. De aquí es que atribuia sus triunfos mas bien á las faltas de sus adversarios que á su propia pericia.

El Austria hubiera querido vencer sin pérdida de hombres ni de caudales, y este deseo se hacia diariamente mas eficaz, porque los pueblos estaban cansados de dar soldados y dinero, y nadie veia el fin de aquella lucha. No obstante entre los confederados habia naturalmente cierta emulacion que los sostenia y daba nuevo aliento; mientras que Federico, cuyos pueblos no podian hacer ya mas sacrificios, no contaba con ese móvil capaz de comunicar valor hasta á los mas cobardes. A todo esto debió la derrota que hemos mencionado, y de la cual á despecho de todas las contrariedades supo rehacerse hasta el punto de alcanzar sobre sus enemigos un triunfo tan completo y sobre todo tan imprevisto, que se cantaba en Viena el Te Deum por las victorias alcanzadas, y se declaraba á Federico desposeido de todos sus feudos, derechos y privilegios, cuando se supo que la victoria acababa de ceñirle una nueva corona.

El rey sin embargo no quedó tranquilo, y viendo la Rusia empeñada en perderlo movió contra ella á la Turquía y á la Tartaria, al mismo tiempo que las

21

escuadras de la Gran Bretaña arrebataban á los franceses algunas de sus posesiones en la India, en Africa, el fuerte de San Luis del Senegal, la isla de Corea, y los establecimientos inmediatos á aquel rio, de donde la Francia sacaba en oro y en esclavos riquezas inmensas. Tambien perdian el Canadá, y treinta y seis navíos de línea y mas de sesenta fragatas; y aunque intentaron un desembarco en Inglaterra, fué para sufrir un nuevo y terrible descalabro. La Francia procuraba la alianza de España que no pudo conseguir durante el reinado de Fernando VI, mas cuando subió al trono Cárlos III, temeroso este de la preponderancia que iba tomando la Inglaterra, se unió con la Francia, firmando en 1761 el Pacto de familia. Apenas la Inglaterra tuvo noticia de este tratado cuando se lanzó sobre la España, y puso de su parte á Portugal.

En esas circunstancias murió la emperatriz de Rusia en 1762, y su sucesor Pedro III, amigo particular de Federico y que ya antes habia reprobado la guerra contra él dirigida, cesó de repente en las hostilidades y le devolvió cuanto los rusos habian ocupado. Catalina II, que sucedió á ese príncipe destronado violentamente, no quiso enviar á Prusia el cuerpo ausiliar que Pedro III le mandaba, pero ratificó la paz; la Suecia entró asimismo en vias de arreglo, y de este modo se disminuyó el número de los adversarios de Federico.

Aunque desde luego comenzó la nueva campaña, María Teresa, mujer sumamente orgullosa y que se habia opuesto á todo acuerdo mientras la mortandad de los rusos economizaba la sangre de sus tropas, convino entonces en proponer una paz que formalmente reclamaban los príncipes del imperio, arrastrados por ella á una guerra contraria á los intereses de todos. Finalmente la paz se firmó en París en 1763 entre la Francia y la Inglaterra, y en seguida se ajustó la de Hubertsburgo entre la emperatriz y el rey de Prusia, sobre cuyos estados renunció María Teresa todas sus pretensiones, obligándose además á hacerle restituir cuanto los aliados conservaban todavía.

Despues de siete años de una horrorosa carnicería quedó la Europa como estaba antes, á escepcion de Inglaterra que además de las adquisiciones hechas en América, logró el objeto que se habia propuesto que era debilitar el poder marítimo de la Francia, la cual firmó la paz mas humillante que pudiera imaginarse. La Prusia, que al parecer debia sucumbir á los golpes de la Europa conjurada contra ella, no perdió un palmo de terreno, y engrandecida en la opinion pública, fué colocada entre las principales potencias cuyo número quedó fijado en cinco. La humanidad, dice con razon un célebre autor moderno, cita á todos esos príncipes ante su tribunal, y les pide cuenta de la pérdida de cerca de un millon de hombres.

Cuando Federico se presentó de nuevo en Berlin fué recibido por el pueblo con entusiastas aclamaciones, que le afectaron muchísimo y le hicieron esclamar: Vivan mis hijos, viva mi pueblo querido. Pero aquella capital habia sido sa-

queada diferentes veces, la juventud habia perecido, en las desoladas campiñas no habia bueyes ni caballos, la poblacion del reino estaba diezmada, y en muchas provincias no quedaban sino mujeres para dedicarse á las faenas del campo, y en otras, ni mujeres se encontraban. El dinero habia desaparecido, las leyes estaban olvidadas, el ejército carecia de oficiales, y en él eran admitidos los ladrones, los prófugos de la justicia, los condenados por los tribunales, en una palabra, cualquiera que se presentase. El rey hizo esfuerzos sobrehumanos para cicatrizar tantas heridas y remediar tan espantables y numerosas desgracias. En obras de fortificacion, en canales, en caminos, en fábricas, en la introduccion de nuevas industrias, en el desecamiento de lagunas, en la creacion de colonias de estranjeros, en mejoramiento del ganado, en la formacion de pueblos nuevos, en cuanto podia sacar á la Prusia de la postracion y miseria en que habia quedado, y contribuir á su engrandecimiento y á su riqueza, hizo Federico lo que quizás no ha ejecutado ningun monarca en igual tiempo y debiendo comenzar por el remedio de tantos desastres.

Federico II fué uno de los tres soberanos que con una perfidia desconocida entonces, se apoderaron de gran parte de la Polonia y se la repartieron, cual si esa nacion no perteneciera á nadie. La Prusia habia sido vasalla de la Polonia, segun antes hemos dicho, y ahora la vasalla mas fuerte que su señora y reunida con otras dos potencias mas fuertes tambien, arrebataron á esa señora su existencia. Esa iniquidad sin ejemplo ha quedado impune, pero los inescrutables decretos de la Providencia quizás tengan reservado el dia de la venganza para satisfacer á esa nacion qne no tuvo mas culpa que hallarse encerrada entre tres colosos.

Federico terminó su carrera política confederando á los príncipes alemanes á quienes reunió contra el emperador y con el nombre de Liga germánica en 1785. Desde entonces su salud decayó visiblemente, é hizo uso de estimulantes para recobrar un vigor momentáneo, cuya reaccion era muy funesta. La enfermedad que particularmente le aquejaba era la gota, contra la cual no solo se negó á admitir régimen ninguno, sino que hizo todo lo posible para agravarla. Era dado á la gula, y cuanto mas adelantó en años, tanto mas se aficionó á la mesa. Su estómago se maleó de una manera notoria, y á pesar de esto no se enmendaba, ni hacia caso de las frecuentes indigestiones, debidas á los pasteles de anguilas á que era muy aficionado, y á los manjares suculentos y complicados. En medio de esto soportó durante muchas horas una gran lluvia y tuvo el empeño de no quitarse la ropa mojada, y fuese por esto ó por otra causa sufrió un ataque apoplético en 1785. Aunque convaleció de aquella dolencia, le quedó una tos seca, se le fueron hinchando las piernas, se empeoró de dia en dia y la opresion de pecho le obligaba á pasar los dias y las noches sentado en una poltrona. Al cabo de un año de aquel accidente hizo ir desde Hannover al doctor Zimmerman, famoso

médico, cuanto célebre escritor, el cual dice que le encontró sentado en una poltrona, llevando un sombrero muy usado con una pluma vieja y mala, una capa de tafetan azul toda embadurnada de tabaco, y las botas. Saludó al médico quitándose el sombrero con mucha amabilidad, le dió gracias porque habia ido y por la prontitud con que hizo el viaje, y le indicó que tenia las piernas muy hinchadas, y que estaba asmático, pero no hidrópico.

Tenia contraido el hábito de no obedecer las órdenes de los médicos, y de tomar unos polvos purgantes: mas á pesar de sus frecuentes cólicos, era muy gloton, y despreciaba los avisos del estómago que no podia digerir los manjares que él engullia. Lo mismo desoyó los consejos de Zimmerman que habia desoido los de otros facultativos, y aunque le dijo que sus enemigos mas temibles eran los cocineros, no pudo impedir que Federico continuase comiendo segun sus antojos que siempre eran fatales para su salud. Cansado el médico de ver desobedecidos sus mandatos, dejó la corte de Berlin, y el rey muy enfermo en términos que se fué agravando visiblemente. Conservó el apetito hasta el último momento, de suerte que dos dias antes de morir comió diez platos, plagados de especias. En el dia 15 de agosto de 1786 trabajó todavía con sus secretarios, y á pesar de la cortedad de vista y del temblor del pulso firmó todos los despachos, aunque poniendo mas bien un garabato que su firma. En seguida dió la órden del dia, y cayó en una especie de letargo de que pudo volver á la mañana siguiente, pero ya habia perdido la memoria, y murió en el dia 17.

Dispuso que lo enterraran en el jardin entre sus perros, mas no se cumplió esta cláusula de su testamento y fué colocado en la capilla de Postdam, al lado de sus predecesores. No es de admirar que dispusiera de tal modo su entierro, pues por una parte no profesaba ninguna religion, y por otra tenia un amor decidido á los perros, á los cuales permitia romper los muebles de palacio, diciendo: rompan lo que quieran, pues mas cara me costaria una marquesa de Pompadour, y no me seria tan fiel. Esto era muy cierto, pero no lo es menos que podia prescindir de marquesas y de perros.

No conoció el amor ni la amistad. Se separó de su esposa el dia mismo de casarse con ella; y nunca mas vivió en su compañía, concretándose á visitarla una sola vez cada año. Su vejez fué muy triste, pues durante ella, privado de los consuelos de la familia, no contó con otro que con el de los servidores, cuyo interés no tiene ningun punto de contacto con el de la esposa ó de los hijos.

Fué un grande guerrero, un gran legislador y un gran gobernante, pero su carácter burlon y sarcástico, su cinismo en materias religiosas, la sequedad de su corazon y el desprecio con que miraba á los hombres teniéndolos por máquinas que debian ejecutar su voluntad, son lunares tan grandes que empañan por completo su gloria. La Prusia actual le debe mucho, mas si alzaran la cabeza los prusianos que vivieron en su tiempo, y fueron víctimas de su ambicion y

despotismo, sin duda no opinarian como los que hoy disfrutan de los bienes debidos á sus prendas, sin haber esperimentado los efectos de sus malas pasiones. Si durante toda su vida hubiera empleado su autoridad y su talento para el bienestar de sus pueblos, la historia podria colocarlo en el catálogo de los monarcas mas dignos de las bendiciones de los hombres, mas todo el bien que proporcionó á sus súbditos á duras penas basta para compensar los daños que les habia causado. No será poco si pesando lo uno y lo otro en la balanza de la imparcialidad, el fiel no se inclinara á ningun lado. Cierto que en la manera de juzgar á Federico es muy difícil que todos los hombres estén de acuerdo: los que se entusiasman por las glorias militares, los que aplauden al conquistador osado, inteligente y valeroso que subyuga naciones y sabe mantenerlas sujetas: los que tienen la desgracia de caer en el escepticismo ó en el indiferentismo religioso, calificarán á Federico II de un héroe, que tiene pocos rivales: mas los que juzgamos que la paz es el primer bien de la tierra, los que abominamos de los ambiciosos y de los conquistadores, los que opinamos que la vida de un solo hombre vale mas que la adquisicion de un territorio, los que creemos en Dios y hallamos en la religion una grande verdad, un imponderable consuelo, y un bálsamo á todos los males, respetamos en Federico al legislador y al gobernante, compadecemos al hombre y al impio, y despreciamos al escéptico y al cínico, que lo convirtió todo en materia de bufonadas, sino ya de ridículas é ignobles chocarrerías. Puede el hombre descreer, pero ha de respetar á los creyentes, que es sandez imperdonable, é inconcebible orgullo, insultar á la humanidad entera, sosteniendo que es mentira lo que la entera humanidad cree y proclama.

EL ARTISTA AMBULANTE

Y

EL PINTOR DE ALDEA,

(CUADROS DE JUAN MADON Y GERARDO ENHUBER.)

La vieja Venecia era todavía la reina de las islas, por mas que hubiese ya entrado en el funesto camino que debia hacerla bajar para siempre desde el apogeo de su poderío. Los intrépidos portugueses habian descubierto la via de las Indias por el Cabo de Buena Esperanza, y los turcos, enemigos eternos de los venecianos, acababan de dar en el archipiélago terribles golpes á la república, de suerte que la media luna habia humillado al leon de San Marcos. A despecho de estos cambios, el aspecto de Venecia no esperimentó ninguno. Cuando se visitaba la rada, cubierta de un bosque de mástiles, ó que navegando en una góndola pasaba uno por delante de sus majestuosos palacios, era imposible que comprendiese las desgracias del Estado, que tantas pesadumbres y tantos quebrantos causaban á los graves senadores. Por todas partes se veian la actividad y el comercio: los grandes no habian perdido ninguna parte de sus riquezas ni de su aficion al lujo y á las artes, y el pueblo continuaba viviendo en una posicion cómoda, y entregándose á la alegría y á los placeres. Y aun quizás era cierto que el gusto por estas cosas fué en aumento desde que el gobierno, á impulsos quizás de un plan político, descuidó mantener en vigor algunos reglamentos represivos. En otro tiempo, despues de la una de la noche nadie podia dar serenatas, y una hora antes, el pueblo debia evacuar las plazas, y las máscaras retirarse de las calles. Mas en la época á que nos referimos cerrábanse los ojos á todo eso, resonaban las guitarras á media noche, y los galanes disfrazados y mon-

L'Artiste en voyage.

The Wandering Artist. Der wandernde Künstler.

EL ARTISTA AMBULANTE

Y

EL PINTOR DE ALDEA.

([illegible])

—I—

[illegible] ya [illegible] desde el apo- [illegible] la via de las [illegible] de los [illegible] á la [illegible] de San Marcos. [illegible] de Venecia [illegible] Cuando se [illegible] de un [illegible] en una [illegible] de [illegible] era imposible que [illegible] y tantos que- [illegible] la actividad [illegible] parte de sus riquezas ni [illegible] viviendo en una posi- cion [illegible] Y aun quizás era cier- to que [illegible] que el gobierno, á impulsos quizás de [illegible] algunos reglamentos re- presivos. [illegible] noche nadie podia dar serena- tas, y [illegible] las plazas, y las máscaras reti- rarse de las [illegible] cerrábanse los ojos á todo [illegible] y los galanes disfrazados y mon-



...llou pinx. A. Carse sc.

L'Artiste en voyage.
The Wandering Artist. Der wandernde Künstler.

Druck u Verlag d Englischer Kunstanstalt v. A H Payne, Leipzig & Dresden


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SEVILLA

tados en ligeras góndolas no cesaban de alzar sus quejumbrosos cantos hácia las ventanas de sus hermosas. La *piazzetta* colocada en frente del palacio del Dux, era hasta la madrugada el lugar de cita de todos los amigos de correr durante la noche, los cuales allí bebian, cantaban, y descubiertamente se cruzaban grandes cantidades en juegos de azar, lo cual en tiempos pasados se castigó siempre con penas muy severas.

Tenian lugar en este sitio muchas escenas dramáticas con acompañamiento de cuchilladas, y no pocas veces las conversaciones de los caballeros jóvenes terminaban á estocadas. Los jueces parecian dormidos, y dijérase que las terribles cabezas de leon que estaban en la escalera del palacio se empeñaban en ocultar á la vista de los jueces los billetes de denuncias que todas las noches iban á parar á sus gargantas.

Si la vida material era brillante en la ciudad de las lagunas, la intelectual no quedaba en zaga. Desde mucho tiempo antes honrábase la reina de los mares con el título de madre de la erudicion: mas las ciencias palidecian ante el esplendor y la prosperidad de las bellas artes. Desde el famoso Antonello de Messina, la pintura habia tomado en Venecia un vuelo estraordinario, merced á las obras de Vittone, de Carpaccio, de Carlos Crivelli, de Juan de Udino y de Pellegrino. Cuando apareció el maestro Juan Bellini, no necesitaba la pintura mas que otro impulso para llegar en Venecia al punto á donde Rafael Sanzio y Miguel Angel la habian levantado en Roma, y Leonardo de Vinci en Milan. Los pintores Giorgione, Ticiano Vecellio, y Antonio Livinio Pordenone estaban destinados á llevar á la última perfeccion un género de pintura que aun no habia encontrado representante ninguno en las grandes escuelas italianas, á saber, la pintura de la felicidad terrestre, de la realidad encantadora.

Los mas aventajados conocedores en esta materia habian pronosticado á Ticiano que con el tiempo no solo aventajaria á Bellini, sino tambien á Giorgione y á Pordenone, contemporáneos suyos; y esto dió motivo á que Giorgione rompiese todas sus relaciones con Ticiano; mientras que el jóven Pordenone, apasionado como todo italiano, le juró un odio eterno, y buscaba ocasiones en que desahogar su ira con estocadas.

Aparte de los muchos pintores italianos que residian en Venecia, y protegidos por sus mas ricos aristócratas presentaban sus cuadros en los palacios de Grimani, de Fóscari y de todos los aficionados, otros artistas naturales de diversos paises acudian tambien á la reina del Adriático para perfeccionarse en el arte, y afiliarse al partido de uno de los pintores de mas nota. Otros empero, aunque estudiaban el arte en los talleres de aquellos grandes maestros, no se proponian seguir sus huellas hasta el punto de abandonar el género á que antes se habian dedicado, sino con el objeto de perfeccionar su dibujo y su colorido, y de adquirir el buen gusto de la composicion para aplicarlo á la escuela en que

desde el principio militaron. La Holanda y los Paises Bajos, en donde tantos pintores alcanzaron una celebridad que no decaerá nunca, y en donde las obras maestras han llegado á ser comunes por su abundancia, enviaban á Venecia su respectivo contingente de jóvenes artistas, que sin perder el carácter y la máxima de la escuela holandesa, tomaban de los italianos todo lo que á la misma pudiera ser aplicable. Estos jóvenes tenian en Venecia muy benévola acogida, porque el mérito de la escuela holandesa era en Italia conocido y estimado en lo que realmente valia. Las obras de esos jóvenes, notables por una sencillez y una naturalidad encantadoras, enamoraban á los entendidos sin escitar no obstante el entusiasmo, porque los italianos necesitaban para conmoverse escenas que atizaran las pasiones ó representasen los resultados de las mismas. No obstante, esos jóvenes del norte sin censurar el gusto de los italianos conservaban el propio, y depurándolo y haciéndolo mas esquisito, á la vuelta de algunos años se restituian á su patria para seguir trabajando segun el sistema que aprendieron en ella durante sus años primeros.

Entre los estranjeros que para dedicarse al estudio residian á la sazon en Venecia eran los mas notables Juan Madon y Gerardo Enhuber. Hijos de Gante uno y otro habian estudiado juntos, ambos se dedicaban al mismo género, y cuantos conocian sus cuadros vacilaban en resolver á cual de los dos debia darse la preferencia. No obstante Madon era un poco amanerado, aunque tal vez tenia mejor colorido; y el otro sin disputa pintaba con mas verdad y tenia dibujo mas correcto. En los cuadros del primero habia mas vida, en los del segundo mas movimiento. De pronto gustaban mas aquellos, pero un observador concienzudo acababa por preferir los de Enhuber. Cada uno de ellos mismos conocia sus propios defectos y las respectivas ventajas de su compatricio; mas un amor propio mal entendido les impedia corregirse imitando lo mejor del camarada. El talento y la vista de algunos cuadros italianos sugirieron al uno y al otro la idea de ir á Venecia, y como quienes se trataban familiarmente convinieron en hacer el viaje juntos y en estudiar con los maestros que en su época ocupaban el primer lugar entre los artistas de aquella ciudad famosa. Enhuber tenia un carácter mas modesto y tranquilo que su compañero, el cual era hombre mas movido y la echaba de espadachin y de amigo de aventuras arriesgadas. Gerardo lo conocia bien y por lo mismo no juzgó conveniente vivir en su compañía; y así fué que apenas llegados á Venecia se separaron para buscar cada uno distinta posada, sin perjuicio de verse y de continuar siendo amigos y en algun modo rivales, aunque hasta entonces esa rivalidad, mas que tal, habia sido una emulacion noble y de carácter generoso y amigable.

Uno y otro contrajeron en Venecia relaciones con los pintores nacionales y estranjeros, que estimaron muy pronto el mérito y no desconocieron los respectivos defectos de los recien venidos; pero sus primeros cuadros que fueron á pa-

rar al palacio de Morosini gustaron á los inteligentes por la verdad y candidez, si así cabe llamársele, que en los mismos se descubria. Aquel género de pintura no era el que estaba en moda en Italia, pero tuvo la suerte de agradar á los aficionados y á los artistas: y los dos pintores ganteses muy luego fueron generalmente conocidos, y no tardaron en contar con un partido. Esto no fué para ellos un misterio, sino que cada uno conocia perfectamente á sus adictos, sin enorgullecerse por ello ni deprimir el mérito del otro. Poco á poco sin embargo, aquella emulacion honrosa y noble que hubo entre los dos en Gante y en Bruselas, se convirtió en Venecia en una rivalidad manifiesta, atizada por los amigos de este y de aquel, que lentamente fueron dispertando en el corazon de los dos, pasiones que dormian y que tal vez por sí solas no habrian sacudido nunca su sueño. Madon fué el primero que se consideró humillado por los elogios que á su competidor se prodigaban, y en el seno de la confianza alguna vez se tomó la libertad de criticar obras de su compatriota. Enhuber lo supo, y calló por mucho tiempo, mas como el otro hubiese espuesto en el palacio de Fóscari un retrato de una señora veneciana, y sus adictos le preguntaran cual era su parecer acerca de aquella obra, Gerardo con mas franqueza que prudencia, despues de haber alabado la totalidad del cuadro, y algunos de sus pormenores, añadió que para producir obras exentas de defectos era preciso que Madon aprendiese de él á pintar manos hermosas, y no amaneradas. Habiendo sido contada á Madon esta crítica, no supo perdonarla, sino que en su interior juró que se vengaria y aun hizo de modo que su rival supiera cuanto le habian irritado esas indiscretas palabras. Enhuber conoció que habia obrado mal, y léjos de exasperar al que reputó desde luego por enemigo, evitaba en todas partes su encuentro, lo cual atribuyó el otro á cobardía, y fué ocasion de que hablara mas y mas contra la persona y las obras de su competidor, el cual sin embargo de la opinion de Madon era tan á propósito para manejar la espada como los pinceles.

Los gustos de los artistas eran tan diferentes, como su carácter y su género de pintura. Madon bastante dado á la vida de tronera, solia juntarse con jóvenes de la misma clase, tomar parte en diversiones estrepitosas y en diabólicas orgías, gastando todo el caudal que sus obras le procuraban: al paso que Enhuber, mas quieto y amigo de la soledad y del silencio, solo por condescendencia asistia á las reuniones y comilonas de sus compañeros. No por esto llevaba en Venecia una vida de ermitaño, sino que al contrario habiendo conocido casualmente á Judit Tarsani, se enamoró locamente de ella. Esa jóven era hija de una familia noble y hasta poco antes riquísima: pero la mala direccion en los negocios, la poca asiduidad en ellos, y la grandeza y el lujo inmoderados que desplegó el padre de Judit, trajeron la ruina total de su fortuna, y obligaron á ese hombre ya perdido á buscar un refugio léjos de Venecia. Su esposa murió muy luego, y Ju-

dit pobre é inesperta, aunque conservando todo el aire y los gustos aristocráticos á que estaba acostumbrada, halló un asilo en casa de una tia bondadosa pero muy pobre, que no estaba en disposicion de sufragar los gastos que hacian necesarios las costumbres de la sobrina. Allí fué conocida Judit por nuestro artista, que hasta entonces no habia visto ninguna veneciana que correspondiera á la imágen que en su cabeza se habia formado: mas esa jóven fué para él el tipo de la hermosura, el bello ideal de todas sus poéticas ilusiones. Judit tardó bastante en corresponder al amor de Enhuber, porque su alma de fuego necesitaba un corazon volcánico, y creia que el flamenco debia ser un hielo; mas cuando á la vuelta de algunas conversaciones se encontró con que dentro de aquella corteza al parecer helada habia un corazon tan ardiente á lo menos como el suyo, concibió por el estranjero una pasion que corria parejas con la que supo encender en el pecho de este. La tia vió con malos ojos esa inclinacion; y como quien en medio de la pobreza conservaba los humos aristocráticos que habia respirado durante toda su vida, no sabia convencerse de que un artista pudiese tener la audacia de amar á una persona de su noble y antiquísima familia.

Judit que daba poca importancia á esas ideas amó al pintor con locura, y á despecho de la tia le daba continuas pruebas de su cariño. Muchas veces le ocurrió la idea de abandonarla, pero temió que sin arredrarse por el escándalo no tendria Judit reparo alguno en vivir con el pintor y en correr absolutamente su suerte. Combinado todo, no le quedó mas camino que tolerar las distracciones y los amoríos de su sobrina, cerrando los ojos cuando conocia la imposibilidad de impedir los escándalos que deploraba.

En una hermosa noche de verano y cuando habian transcurrido ya algunos meses desde los sucesos que hemos referido, Enhuber dando el brazo á su adorada Judit Tarsani se dirigia hácia la piazzetta pasando por la plaza de San Marcos. Llevando una buena cantidad de dinero ganado en la venta de un cuadro, tentó por un momento la fortuna en la banca que llevaba el jóven Manfredi, indigno vástago de una de las primeras familias de Venecia. La suerte le favoreció, y no queriendo apurarla demasiado por temor de hacérsela enemiga, dejó el juego y entróse en una góndola con su linda compañera. Corridas las cortinillas y encerrados en la especie de cámara que en la góndola habia, la dichosa pareja paseó los canales un par de horas, y durante ellas mas de una vez el jóven acompañándose con la bandurria del gondolero cantó una cancion escrita y puesta en música por él mismo, no sin que el acento flamenco aumentára á los oidos de la querida la gracia del cantor nocturno. Enhuber se deleitaba mucho en esos paseos por las lagunas que, segun él decia, le inspiraban nuevas ideas. Gozando de aquella temperatura fresca y propia de las inmediaciones del mar, viendo aquella luna sin nubes ni celajes que empañaran su brillo, oyendo ya cerca ya léjos el bullicio de Venecia, y viendo en las estancias los rios de luz que

á borbotones salian por las ventanas de los palacios, parecíale hallarse en un paraiso, y su alma se estasiaba en la contemplacion de tantas bellezas. Gerardo en esas noches y escuchando la melodiosa voz y el dulce idioma de su amada, recordaba la nebulosa atmósfera y la pegajosa humedad de Gante, aquel frio que se infiltra al través de todos los abrigos, aquella lluvia continua que entristece los dias y las noches, y no creia tener nunca valor para abandonar á Venecia y volver á su triste y silenciosa patria. Judit no lo queria tampoco; la descripcion que de ella le hizo su amante, la retrajo de ir á verla; de suerte que el pintor habia de renunciar á su país natal ó á su querida; y como á favor de esta militaban las delicias de Venecia, y contra aquella la tristeza y el crudo clima de los Países Bajos, era muy probable que la lejana patria quedara vencida en la lucha.

Muchas noches reunidos los dos amantes repetian el mismo paseo, y en cada una de ellas se encontraban mas felices, y el pintor se sentia mas arrebatado por los encantos de aquel país en donde es imposible que mueran las bellas artes. Hácia mitad de julio recorrian las lagunas cual acostumbraban verificarlo cada noche: habian dado ya las diez y apenas surcaba las aguas otra góndola que la suya: de tarde en tarde cruzaba la de algun remador que no esperando ya mas paseantes se retiraba con calma y entonando desde el fondo del barquichuelo alguno de aquellos aires nacionales que tienen en Venecia un carácter inesplicable. Cuando mas embebecidos estaban los dos amantes contemplando por una ventana el rio de plata que la luna describia en el mar que estaba en frente de ellos, dejando casi en sombra el que tenian á derecha é izquierda, el gondolero dió un grito tan fuerte que Enhuber salió rápidamente de la cámara. Bestia! gritó Beppo levantando el remo en ademan amenazador, un golpe mas y ese maldito casco echa á fondo mi linda góndola. Así Dios te hunda á tí y á todos los Nicoletti, como mi remo te partirá la cabeza si no me dejas paso libre, contestó el otro gondolero alzando tambien un remo; y sin duda alguna hubiera parado mal cuando Enhuber cogiendo el otro remo hizo inclinar la góndola que pasó ligera entre el barquichuelo y la márgen. No tuvo ese suceso mas resultado por de pronto, mas fué el preludio de otro acontecimiento muy grave y de trascendencias importantes.

Madon habia pintado un cuadro por encargo de los Fóscari, y como la obra gustó al personaje para quien habia sido hecho, el pintor fué generosamente recompensado y alcanzó un verdadero triunfo sobre su rival, que en otro cuadro recientemente espuesto no habia estado tan feliz como acostumbraba. No era Madon hombre de atesorar sus ganancias; y así fué que tanto por esta razon como para celebrar su triunfo, invitó á sus compañeros á una comida, en donde debian vaciarse muchas botellas y brindar por todos los amantes de las bellas artes, y por los hombres de corazon que las protegian. Tenia Madon un amigo á quien le

era muy sensible la rivalidad que con Enhuber sostenia, y que por varios medios procuró que cesara, debiendo confesar que en este encontró tan buena disposicion como la halló mala en el otro. La circunstancia de haber agradado mucho el último cuadro de Madon, y los elogios que obtuvo, los cuales segun hemos dicho podian considerarse como un triunfo sobre su competidor, le parecieron á propósito para tentar nuevamente el vado, creyendo que ahora una reconciliacion tendria por parte de Madon todo el aire de generosidad, y de ninguna manera el de buscar la amistad de Enhuber. Con el deseo de llevar á cumplimiento su plan trasladóse á casa de Madon, y felicitándole por el triunfo alcanzado, le propuso que pues trataba de celebrarlo y de invitar á una comida á varios artistas, era un momento oportuno para invitar á Enhuber, quien en caso de admitir la invitacion daria una prueba de no repugnar la amistad del otro, y en el de no aceptarla llamaria sobre sí la animadversion de todos los artistas, que no verian en él mas que á un envidioso humillado como pintor y como hombre. Despues de una discusion muy larga dejóse vencer Madon, porque no queria que nadie le aventajase en grandeza de alma, y tomando en cuenta todo lo que el amigo habia dicho puso á Enhuber una esquela del tenor siguiente:

«En el próximo lunes algunos amigos y artistas tendrán la bondad de acudir á mi casa hácia las doce del dia para devorar unos faisanes venidos de la India y un pavo que ha sido su compañero de viaje; y además vaciarán algunas botellas de vino de Chipre y de lacrima-Christi. Yo quisiera que mi compatriota Gerardo Enhuber fuese uno de los artistas que formaran la reunion, y que nos ayudase á dejar airoso al cocinero de Biondini, que se empeña en que nos hará comer hasta los huesos.—*Madon.*»

Gerardo se quedó asombrado al recibir la carta, vaciló mucho rato discurriendo acerca del motivo que habia podido impulsar á su rival á dar semejante paso; no ignoraba el triunfo que habia alcanzado, y temió que la invitacion fuese una estratagema para hacerle presenciar las felicitaciones de los que acudiesen al convite. Ocurrióle tambien que pues ahora y al menos por algun tiempo podia Madon considerarse superior, quizás habia querido mostrarse generoso cuando la oferta de amistad no podia atribuirse á humillacion: en una palabra, le ocurrieron todas las razones que habian podido influir en el ánimo del que al fin le hacia al parecer un obsequio. Estaba muy perplejo, cuando el amigo que decidió á Madon á que escribiera la carta, acudió ahora á Enhuber á fin de que admitiera el convite y aprovechara aquella ocasion para poner término á una rivalidad que á uno y á otro perjudicaba. Tambien Enhuber se dejó vencer por sus razones; pero fiando como fiaba mucho en la discrecion y en el talento de Judit, no quiso decidirse sin consultar con esta.

La opinion de la jóven fué contraria á la del amigo. Temia que en el convite no reinase la calma apetecible, y que entre el humo de los vinos y de las pi-



[illegible] que con [illegible] y que por varios me- [illegible] debiendo [illegible] encontró tan buena dis- [illegible] de haber agradado mu- [illegible] de Marlo [illegible] cuales segun hemos [illegible] podian considerarse [illegible] le parecieron á [illegible] para tentar nuevamente [illegible] reconcilia- cion [illegible] por parte de [illegible] de ninguna ma- nera el de buscar la [illegible] miento su plan [illegible] le [illegible] y en el [illegible] que no [illegible] hombre. [illegible] no queria que [illegible] lo que el [illegible]

[illegible] de acudir [illegible] y [illegible] botellas [illegible] Gerardo [illegible] ayudase á [illegible] hasta [illegible]

[illegible] discur- [illegible] podia [illegible] palabra [illegible] del que al fin le [illegible] amigo que decia ó á Marlon á que [illegible] de que admitiera el convite y [illegible] término á una rivalidad que á uno y á otro [illegible] se dejó vencer por sus razo- nes; pero siendo [illegible] en el talento de Judit, no quiso decidirse sin [illegible]

La opinion de la [illegible] amigo. Temia que en el convi- te no reinase la calma [illegible] el humo de los vinos y de las pi-



Le Peintre de Village

The Village Painter. Der Dorfmaler

Verlag d. Englischen Kunstanstalt v. A.H. Payne in Leipzig & Dresden


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SEVILLA

pas era fácil que una palabra indiscreta, ó indiscretamente interpretada, dispertase en los ánimos la mal encubierta enemistad entre los dos ganteses. Las reflexiones de Enhuber no bastaron para que Judit variase de dictámen: mas sus razones y sus temores, tampoco fueron suficientes para variar la opinion de Gerardo, que temia pasar por orgulloso si se negaba á entrar en la casa de su rival. Y como era naturalmente bueno, y humilde, nada le repugnaba tanto como ser tenido por altivo. Prometió á su amada portarse con gran cordura, hacerse violencia si era necesario, y salir de la casa de Madon con la misma tranquilidad con que entraria en ella. Resuelto, pues, y contrariando abiertamente la voluntad de su amada, contestó á Madon:

«La invitacion de mi compatricio me ha sido muy agradable y corresponderia muy mal al mérito de ella si me privase de disfrutar de la reunion de los artistas y amigos que se sentarán á la mesa de mi paisano. En este concepto acudiré á la hora señalada, y no seré quien mas resista el empeño que tiene el cocinero del amigo Biondini; como pienso tambien contribuir á dejar en seco las botellas de esos vinos, cuyos vapores despiertan el entusiasmo de los artistas.—*Enhuber*.

Y á la hora fijada, llevando la firme resolucion de obedecer á Judit que acabó por mandarle que no perdiese absolutamente la calma, cualquiera que fuese el giro que las conversaciones tomaran, se dirigió á la casa de Madon, en donde era ya esperado por este y por los amigos, á quienes el pintor habia preparado á fin de que no estrañasen su venida. Por todos fué perfectamente recibido, y á juzgar por las apariencias, el mismo Madon le hablaba como amigo sincero y deseoso de que la permanencia en su casa le fuese tan agradable como á los demás camaradas.

Comenzó la comida como todas, se ponderaron los manjares, se elogió la habilidad culinaria del cocinero de Biondini, se comió con apetito y alegría, salpimentando la conversacion con aquellos chistes y ocurrencias que no ocurren á nadie sino á los artistas y literatos; porque entre paréntesis sea dicho, quien no ha asistido á comidas de estas dos clases de personas no tiene idea aproximada siquiera de las lindezas que allí se dicen y de las felices ideas que á tales cabezas ocurren. Muy oportunas las tuvieron aquellos comensales, y con mucha paz, armonía y calma pasaron las cosas hasta que comenzó á derramarse tal vez con sobrada abundancia el vino que habia de producir un cambio notable en aquella atmósfera. Las ocurrencias fueron tomando un carácter mas pizmiento, las ideas se hicieron mas atrevidas, se habló de artes y de artistas, se criticaron obras, se murmuró acerca de las costumbres de los pintores, y ¡cosa rara! se criticaron las morigeradas y fueron aplaudidas las mas locas. Aquí se fué pasando revista de todos los presentes, que sin reparo ninguno se dejaban censurar por sus amigos sin apelar á la defensa. Convino Madon en que su conducta era atroz, que gastaba, derrochaba, jugaba cuanto dinero tenia; y que no podia blasonar de hom-

bre moral en otros ramos. Enhuber callaba, mas otros recorrieron su conducta y la encontraron digna de figurar entre las de sus compañeros; aunque con menos ruido y escándalo del público. En cuanto á Enhuber, dijo Corsini, es preciso confesar que ha sabido escoger amiga, pues no hay que decir sino que Judit es muy linda. De manera, esclamó Biondini, que si no estuviese metido con ella el buen flamenco yo la habia de perseguir hasta hacerla mia. Si su madre viviera, esclamó Rosendi, no se la habia de llevar Enhuber, porque esa señora no hubiera transigido con que fuera la querida de un artista. Y ¿por què? preguntó Gerardo. Porque esa señora juzgaba, dijo el otro, que un artista era un especie de animal, indigno de figurar entre la aristocracia de otro modo del que figura un perro. Pues viviera ó no viviera, dijo Enhuber, su hija hubiera sido mi amante, y toda su aristocracia no la habria preservado de mis ataques. Con los ataques, dijo Madon, poco hubieras adelantado: falta saber si Judit teniendo por defensora la madre habria dejado escalarse. Con madre ó sin ella, dijo Gerardo, hubiera sido mia. ¡Siempre presentuoso! dijo á media voz el otro. Por fortuna no lo oyó Gerardo. Sin duda, dijo Biondini, la haceis servir de modelo, porque las manos que pintais no se pintan de memoria. Yo nada pinto de memoria, dijo Enhuber, y creo que obra mal el pintor que lo hace. En esa parte, dijo Fraschetti, las opiniones andan divididas, y sin modelo puede un pintor dar á luz grandes cosas. Y sino ahí está Madon, que sin mirar nunca modelos, sus cuadros alcanzan triunfos. Mas quizás que aquellos que los tienen, esclamó Fraschesti, y que no obstante critican á los otros. Caballeros, dijo Enhuber, yo critiqué unas manos de Madon, y lo hice sin saber si habia tenido ó no modelo, porque esas manos hechas con modelo y sin él no las hallé buenas. Tú no hallas bueno sino lo tuyo, gritó Madon, esto ya todos lo sabemos. Yo no hallo bueno lo que es malo, continuó Gerardo, y esas manos que critiqué eran malas, y quien lo contrario sostenga, no sabe el arte. Y aun añadireis, dijo Fraschesti, que miente como un villano. Y lo digo, gritó Enhuber ya encendido en ira y resuelto á terminar de cualquier modo, y lo repito y lo haré bueno contra quien lo negare y del modo que guste. Te tomo la palabra, dijo Madon levantándose furioso y enarbolando una botella. Ya que no pude ahogarte á tí y á tu querida en el canal la otra noche, cuando topé con tu barquilla, veremos si doy cuenta de tí de otra manera. Poco á poco, esclamó Fraschetti, alto ahí, amigo mio, no hagamos el tabernario, seamos caballeros y háganse las cosas en regla.

Todos aquellos locos estaban en pié, con los ojos encendidos, y Gerardo aunque en rigor se veia solo, porque los demás eran amigos íntimos del otro, no por esto decayó su ánimo, sino que al contrario, levantando altanero la cabeza, estaba dispuesto á empuñar espada, pistola, el arma que quisieran contra cuantos habian sido capaces de hacerle frente. Biondini, que era el mas juicioso, levantó su voz estertorea, logró que todos se sentaran y que el silencio se restableciera;

y cuando hubo conseguido su objeto, dijo: Si es fuerza que al fin rompais por el medio y que vengais á daros una estocada, preciso es que sea de un modo decente. Aquí todos somos amigos de Madon, y no quiero que se diga que Enhuber no ha tenido un padrino; yo me ofrezco á serlo, y fijo la hora de mañana á las cinco de ella y el sitio de la piazzetta para reunirnos: desde allí marcharemos á donde se resuelva. Estoy conforme, dijo Gerardo, aunque por mi parte no necesito padrino; me basta con mi espada, y como el desafío debe ser á muerte, no hay necesidad de que nadie nos avise cuando nos hayamos batido bastante. Cuando el uno esté tendido, el otro nada tendrá que hacer en aquel sitio. Acepto, esclamó Madon gritando como un loco: me alegro de encontrarte hombre y no un cobarde como te creia. Mañana á las cinco en la piazzetta y sin padrinos; cada uno con su espada y es cuanto se necesita para este negocio. Entretanto bebamos á la salud del mas valiente, ó del mas afortunado, y para que Dios prepare al vencedor un buen camino para la fuga. Bebamos, esclamaron todos, y alzaron las copas colmadas y las depusieron vacías sobre la mesa. Falta una condicion, dijo Fraschetti, y que es indispensable. Ninguno de los dos tiene mucho dinero, y como el vencedor habrá de huir, en lo cual no le faltarán trabajos, al menos que no le falten medios. El difunto para nada ha menester el dinero, pues sin él ya mandarán enterrarlo. Propongo que los dos adversarios lleven al lugar del desafío cuanto dinero tengan, que lo pongan junto en un sitio inmediato, y que el vencedor pueda recogerlo todo y servirse de él como si todo fuese suyo. Consiento, dijo Enhuber. Corriente tambien, añadió Madon: aunque mi contingente será muy corto. Y ¿por qué? añadió Biondelli, ¿no podemos todos nosotros añadir alguna cosa para que crezca la partida? Sí, sí, esclamaron todos, y prometieron llevar antes de la noche á casa de Madon la cantidad que cada uno pudiera.

Arreglado ya este negocio con la misma frescura que si se tratara de un asunto muy trivial, continuaron bebiendo hasta que la mitad de aquellas cabezas habian perdido las dos terceras partes de la razon. Sin embargo, los dos adversarios se mantuvieron mas firmes: y por fin á las ocho de la noche todos se despidieron dándose las manos con muestras de la amistad mas sincera. Los mismos que aguardaban el transcurso de nueve horas para ver cual de los dos quitaria la vida al otro se las estrecharon tambien, cual si nunca hubieran tenido ningun motivo de recíproco disgusto.

Judit estaba aguardando con una impaciencia inesplicable la vuelta de Gerardo. De pronto temió que desde luego los dos compatricios disputarian y que por lo mismo Gerardo volveria al cabo de pocas horas; y viendo despues que tardaba llegó á concebir la esperanza de que habian estado en paz y vuelto á ser verdaderos amigos. Mas cuando vió que pasaban ya cuatro horas y su amante no parecia renováronse sus inquietudes y juzgó que habrian disputado, que la dis-

puta habria dado ocasion á un desafío y que en él podria haber sido muerto. Sufrió angustias mortales durante cuatro horas mas; y como era mujer que amaba mucho y tenia valor para todo, no pudiendo continuar en tan terrible incertidumbre, iba á salir de casa con ánimo decidido de presentarse en la de Madon cuando llegó Gerardo. El mismo empeño que puso en parecer tranquilo le vendió, porque Judit le conocia mucho y hubo de comprender que aquella tranquilidad era afectada. En vano disimuló Gerardo, en vano hizo mil protestas, en vano elogió la manera amistosa con que habia sido tratado por su rival y por los amigos de este. Judit conoció que mentia, y como esta mentira no podia ocultar sino algun lance desagradable, no cejó un punto de su empeño y por fin Gerardo hubo de confesar lisa y llanamente lo sucedido y el compromiso para la próxima madrugada. Judit se arrojó llorando en brazos de su amigo, conjurándole para que renunciara al desafío. Empleó todos los medios imaginables, acudió al recuerdo de lo que por él habia sacrificado, de las angustias que por él habia sufrido, habló de su amor, de sus promesas, de los planes que tenian formados, de los compromisos anteriores que con ella tenia contraidos, no economizó lágrimas ni caricias, y estuvo elocuente en sus ruegos porque el corazon verdaderamente enamorado dictaba sus palabras: pero Gerardo fijo en su idea, y preparado ya para esa desgarradora escena, estuvo inflexible, porque á toda costa queria cumplir su palabra, y acabar con la vida de aquel que seria su detractor toda la vida. El modo como en la mesa se habló de Judit, irritó su ánimo mas que todas las alusiones y palabras picantes que á él se dirigieron, y si podia transigir con las ofensas suyas, no era capaz de perdonar las que ultrajaban á su amada. En vano esta las perdonaba, en vano le manifestó que como pudiese contar con su amor, le era indiferente el juicio que los demás formaban de ella, y la opinion en que la tuviesen: no hubo remedio, Gerardo fué inexorable.

Tomada ya su resolucion, puso en órden todos los negocios para el caso de un resultado funesto, escribió, no sin derramar muchas lágrimas, una carta á su anciana madre, informó de su situacion á su protector Morosini, y despues de todo esto que le tuvo en un estado de escitacion nerviosa, cayó en una profunda melancolía. Judit lo estuvo observando todo, al parecer con ánimo sereno: en aquella cabeza rodaban muchas ideas, fermentaban muchos planes, pero en el esterior ninguna señal aparecia de la batalla trabada interiormente. Cuando vió á Gerardo rendido y triste, trató nuevamente de hacer que renunciara á su proyecto, pero no insistió con tenacidad como la vez primera: al oir la negativa de acceder á sus deseos, se fijó en su plan y resolvió ejecutarlo. Para ello cubierto el rostro con la careta cogió la capa; era una mujer que despues de haberlo sacrificado todo, ahora se consideraba humillada y ofendida de ver menospreciados sus ruegos.

¿Partes? le preguntó Gerardo sorprendido. ¿Me dejas en el momento en que

mas debieras amarme? ¿Me dejas, cuando quizás te quedan muy pocas horas para verme? Judit quedó por un momento indecisa: mas luego frunció las cejas, y dirigiendo una mirada de inesplicable significacion á su afligido amante, bajó la escalera con tal velocidad, que el pintor aunque pretendia detenerla no pudo alcanzarla. Ofendido en gran manera por este abandono de la mujer que era la única persona á quien verdaderamente amaba en el mundo, y cuya reputacion habia sido la mas poderosa causa del lance para el cual se habia comprometido, volvió á su cuarto á fin de pasar en él una noche, durante la cual habia de esperimentar que el hombre nunca conoce mas imperiosamente la necesidad de un corazon que le ame, que cuando va á esponerse á los peligros y á desafiar la muerte.

Mientras tanto Judit atravesaba rápidamente en mitad de la noche las angostas calles de Venecia; aunque no le faltaba valor, muchas veces tuvo miedo al verse en mitad de esas calles solitarias y oscuras en donde podia caer en manos de la mucha gente perdida que por entonces no era vigilada como en otros tiempos: mas el recuerdo del peligro que iba á correr su amante reanimaba su vacilante espíritu. Por una casualidad inesperada vió una luz en una tienda en donde estaba dormitando un vendedor de comestibles, que atacado por el sueño se habia dejado la puerta abierta. A ese hombre pidió que por un momento le prestára el farol que alumbraba la tienda. ¿Cómo quereis que os venda el farol? preguntó el hombre medio dormido: no puedo, porque lo necesito tanto como vos. No trato de que lo vendais, dijo Judit dándole una moneda, tan solo pido que me lo presteis por un momento. Eso es otra cosa, dijo el tendero que continuaba restregándose los ojos y sin saber de positivo si estaba despierto ó dormido.

Judit arrancó una hoja de su libro de memorias, escribió aceleradamente algunas líneas y en el acto se dirigió hácia el palacio del Dux. Al verse ante la majestuosa escalera de mármol que al primer piso conducia, sintió un temblor nervioso tan grande que con mucho trabajo pudo subir los escalones. Todo estaba en silencio; y se oian los mesurados pasos del centinela. Llena de miedo se acercó al leon terrible, y en el acto el billete que acababa de escribir se sumergió en la garganta siempre abierta de aquel monstruo. Al punto bajó la escalera cuando un hombre envuelto en su capa, y que tal vez era uno de los bravos que esperaba allí su víctima, le dijo en tono indiferente pero con voz recia: Señora, desearia saber cuál es la víctima que acabais de entregar al leon para esta noche. Estremecióse la jóven, y redobló sus pasos, de suerte que estaba abatida por tantas angustias y por la fatiga cuando llegó á la casa de su tia, en donde entró á hurtadillas como otras noches solia hacerlo y se abandonó á la desesperacion mas terrible.

Al cabo de tres horas, Gerardo que estaba postrado en la cama, conservando

el mismo aire melancólico, y midiendo con la frialdad de la razon tranquila la profundidad del abismo en cuyo borde se encontraba, quedó sobrecogido al ver presentarse en su cuarto, sin saber como habian llegado hasta allí, dos hombres envueltos en largas capas negras, y cubiertos los rostros con careta, que sin saludarle y sin quitarse el sombrero se le acercaron silenciosamente, y uno de ellos sacó del pecho una medalla colgada de una cadena de plata en donde estaban grabadas las armas de la ciudad de San Marcos. En aquel momento Gerardo se olvidó de Judit y de su próximo desafío con Madou, porque le dominaba esclusiva y absolutamente la idea de haber caido en poder del terrible Tribunal de los Diez.

Como en su concepto no habia cometido ningun delito, les preguntó por qué le prendian: mas ni uno ni otro rompieron el silencio. ¿Y he de seguiros? preguntó el pintor. Soy inocente, mi conducta es conocida en toda la ciudad de Venecia, y vosotros quereis llevarme ante esos jueces que son mas inexorables que el mismo infierno. Silencio, maestro, dijo uno de los dependientes del tribunal formidable, y aprended por vos mismo á conocer la justicia de San Marcos antes de vituperar á hombres cuya sabiduría y cuya justicia reconoce la Europa entera. Os aconsejo que en el camino desde esta casa al palacio del Dux recordeis los sucesos que pueden haberos acaecido en los últimos dias, lo cual es muy posible que os sea provechoso. Adelante, dijo Gerardo, reanimándose un poco, con venir á Venecia he acreditado que estimo en mucho el saber de sus artistas, la proteccion que dá á las artes y á cuantos las profesan, he procurado corresponder á los favores que en ella se me han dispensado, la proclamo madre de las artes, pensaba llevar á mi patria un buen recuerdo de ella, y segun estoy viendo tendré que arrepentirme de haber amado y encomiado tanto las dotes de Venecia. Es una felicidad para vos, maestro, dijo el otro esbirro, que nosotros podamos oir vuestras imprudentes palabras sin tener que relatarlas al Consejo de los Diez, pues á no ser esto podria suceder muy bien que tuvieseis que arrepentiros de ellas recordándolas en alguna estancia con techo de plomo.

Ninguno de los tres pronunció mas palabras, y los dos enmascarados condujeron al preso hácia la góndola con proa roja, de la cual los poquísimos gondoleros que á hora tan avanzada se encontraban, huian con un temor supersticioso, y muy pronto llegaron delante del imponente palacio del Dux. Gerardo respiró con mas libertad viendo que lo habian conducido no á las famosas salas del Consejo, sino á una pequeña estancia inmediata á una vasta sala sumergida en la oscuridad mas profunda. Uno de los esbirros le habia cogido por la mano mas bien para guiarlo que con el objeto de asegurar su persona.

¿Está ahí el pintor Gerardo Enhuber? preguntó una voz recia desde la estancia contigua. Sí, respondió el esbirro.

De repente se abrieron las dos medias puertas de aquella sala, y un resplan-

dor inmenso inundó el gabinete, tanto que el pintor nada pudo distinguir porque quedó deslumbrado, y movido por el guia dió algunos pasos hácia adelante. De poco en poco sus ojos fueron acostumbrándose á la luz y se vió en presencia de tres hombres con careta, cubiertos con holgado ropaje negro y sentados en un alto asiento. Al lado de esos hombres estaba su adversario Juan Madou. Los dos rivales se quedaron estupefactos al encontrarse en aquel sitio, miráronse el uno al otro con la mayor sorpresa, y si alguna vez se sintieron dispuestos á estrechar nuevamente sus antiguas y amigables relaciones fué en aquel momento en que los ojos de los tres ancianos, que eran sus terribles jueces, atravesando por los alambres de las caretas estaban clavados en ellos. Las miradas que uno á otro se dirigian los dos jóvenes probaban hasta la evidencia que iban á sostenerse mutuamente contra aquel implacable triunvirato.

Madou vestido con cierto lujo aunque sin esmero, afectaba un continente altivo que se conformaba muy bien con sus formas atléticas y sus facciones decididas. Echó hácia atrás su larga y poblada cabellera y clavó en los rostros de los enmascarados jueces una mirada segura y que debió sorprenderlos en un jóven de veinte y cuatro años.

Enhuber que tenia veinte y cinco era de figura mas delicada que su rival, y tenia un rostro muy agraciado: su aire fino y despejado indicaba un hombre de talento en quien la modestia derramaba una gracia y un atractivo irresistibles. Parecia dispuesto á sostener la seguridad de su rival con su talento y su elocuencia. Era una escena muy interesante la que presentaban esos dos jóvenes eminentes en presencia de tres jueces, que á despecho de su severidad los miraban con mal disimulada benevolencia. El presidente con voz grave y severa, dijo: Juan Madou y Gerardo Enhuber aquí presentes, sabed que se os acusa de haber querido terminar por medio de las armas vuestras querellas motivadas por celos de artistas. ¿Es esto cierto?

Madou dió un paso hácia adelante, y Enhuber hizo un gesto que indicaba iba á romper el silencio. Vais á mentir, dijo el juez, no dándoles lugar á que contestaran. Guardaos de hacerlo, porque entonces haríamos venir ante el tribunal á Biondini, á Fraschetti y demás compañeros que hoy mismo han presenciado y contribuido á que vuestras desavenencias llegaran hasta disponeros á cometer un crímen.

Al oir estas palabras Enhuber apretó los labios y Madou perdió la serenidad que hasta entonces habia mostrado: los dos se miraron con cierto temor y creyeron que era preferible confesar la verdad. Los jueces les dirigieron varias preguntas, y terminado el interrogatorio, declararon sinceramente que aquel nocturno viaje al palacio del Dux habia puesto fin á su enemistad, y que desde entonces en adelante únicamente se servirian de los pinceles y de la paleta para luchar noblemente. Diéronse las manos, y su reconciliacion fué sincera.

¡Jóvenes! esclamó entonces el presidente con voz firme y en tono solemne: habeis estado á punto de cometer un gran crímen contra las leyes de la república, que os ha concedido una hospitalidad generosa, y que os cuenta entre sus hijos mientras residís en su territorio. En vuestra ceguedad habeis desconocido los deberes de un estranjero hácia el país en que se encuentra, que son respetar las leyes que en él rigen, y no dar á sus naturales el fatal ejemplo de infringirlas. Este conato de crímen debe ser castigado; y puesto que vosotros viniendo á estudiar el arte en Venecia queriais corresponder con ingratitud á la tierra en donde habeis adquirido mas conocimientos, indemnizareis á la república, dejando en Venecia un testimonio de que habeis estudiado en ella y de que antes de restituiros á vuestra patria le presentais una ofrenda que demuestre vuestro agradecimiento. El tribunal exige que cada uno de vosotros en el espacio de un año entregue á la república un cuadro trabajado con todo el esmero que quepa en sus facultades. ¡Señor, señor! esclamó Madou con una espresion de sincera alegría: el tribunal quiere castigarnos y quiere hacernos felices. ¿La madre de las artes, la gran república no nos pide mas que un cuadro? ¿Y nos dá un año de tiempo para trabajarlo? Si no está terminado en un mes, mi mano nunca tocará los pinceles. No te precipites, Juan, dijo Enhuber, tan contento como su rival; ¿cómo podríamos cumplir tu promesa, si nos mandaran hacer un cuadro de grandes dimensiones y de composicion complicada?

No, dijo el presidente, han de ser dos cuadros de género, y de poco tamaño. ¿Nos proponeis, preguntó tímidamente Enhuber, un asunto determinado? Tampoco, contestó el juez: la única condicion que se os impone, es que sean dos cuadros de escuela holandesa, tan pura como os sea posible: la ciudad de Venecia tiene ya obras vuestras de otra clase, quiere poseer dos genuinas, tales como las habriais hecho antes de salir de Gante. ¡Ah señor! esclamó Gerardo, la república quiere tener un testimonio de lo que éramos como los tiene de lo que somos, para, si algun dia volviésemos á ser ingratos, presentárnoslos á la vista á fin de recordarnos lo que le debemos. No lo olvidaremos nunca, pero sin embargo cumpliremos religiosamente las órdenes del tribunal, que se nos muestra tan benigno y que procura por nuestra gloria. Sí, esclamó Madou, trabajaremos como pintores holandeses, y Venecia, comparando nuestros cuadros con los de sus hijos, podrá enorgullecerse mas todavía al ver cuanto aventajan estos á los pintores de Holanda. La posteridad juzgará, dijo el presidente, cual de las escuelas es la mas próxima á la verdad; cumplid vuestra palabra, y nunca mas olvideis las leyes de los países á donde os lleve la suerte.

Cogidos del brazo y rebosando en contento salieron del palacio del Dux los dos compatricios, cuya amistad sinceramente renovada dejó pasmados á sus compañeros. Convidados por los dos amigos fueron todos á celebrar con vino de Falerno y de Montefiascone aquella reconciliacion inesperada, y el inmenso regocijo

de haber salido tan bien librados del tribunal de los Diez, cuyo solo nombre tenia el privilegio de aterrorizar á todos los habitantes de Venecia.

Al dia siguiente los dos camaradas pusieron mano á la obra para la composicion de sus dos cuadros.

Durante toda la noche la triste Judit habia estado sumida en el mas grande dolor y en la angustia mas inesplicable. Confiaba que su audacia habria tenido el resultado que se propuso, mas hasta adquirir la seguridad de ello su ánimo no podia menos de esperimentar una agitacion terrible. Pasaron las horas de aquella noche con una lentitud desesperadora : mas Gerardo que lo comprendia, apenas hubo salido del palacio del Dux, y mientras su amigo dirigia en nombre de los dos su invitacion á los compañeros, fué volando á sacarla de angustias. La alegría de Judit fué inesplicable, abrazó tiernamente á su amante, le esplicó cuanto habia hecho, y Gerardo no supo si admirar mas en aquel acto el amor que con él le manifestaba, ó el esfuerzo que hubo de hacer para atreverse á tanto. Creyó que á una mujer que todo lo habia sacrificado y que acababa de darle una prueba tan grande de cariño y de abnegacion le debia algo mas que amor; y desde entonces determinó hacerla su esposa: mas antes era indispensable cumplir el empeño con el tribunal; y sin decir á Judit una palabra de sus ulteriores proyectos, la dejó loca de contento por haberse salvado del peligro, y reconciliado con su amigo, segun todas las apariencias, para siempre.

Como decíamos antes, los dos rivales pusieron mano á la obra desde la mañana siguiente, y al cabo de mes y medio Gerardo, y de dos meses Madou, habian dado cima á su empeño. Madou presentó *El Artista ambulante*, y Enhuber, *El pintor de aldea*, que tenemos á la vista.

Durante la ejecucion de sus respectivas obras ni uno ni otro quiso ver el trabajo de su compañero, ni permitieron que ninguno de sus amigos lo viera. Fué para ambos un momento muy solemne aquel en que los dos cuadros fueron espuestos uno al lado de otro en casa de Gerardo. Cada uno parecia querer devorar con ojos de fuego el lienzo de su amigo. Los dos maestros no necesitaron mas que una mirada rápida para formar juicio de entrambas obras. Madou inclinó la cabeza y á sus ojos asomó una lágrima. La mirada de Gerardo era hermosa, pero desplegando una dulce y amable sonrisa estrechó á Juan en sus brazos. ¡Ay Gerardo! esclamó el otro, soy vencido y nunca mas podré realzarme. Perdona mis críticas, mis vituperios y mi desafío; te proclamo vencedor, y en adelante serás mi maestro. No, mi querido Juan, dijo Gerardo: mi cuadro no vale mas que el tuyo, no se parecen, y me alegro; el tuyo es de mas empeño, la composicion tuya es mas complicada y difícil; la mia sencilla y fácil. No quieras engañarme, esclamó Madou, la opinion pública fallará entre los dos y te dará la corona: no importa; no creas que estoy celoso; el haber luchado contigo es la mayor gloria á que podia aspirar tu amigo; amémonos como en los dias de nuestra infancia, tra-

bajemos en un taller mismo, y en él yo seré tu discípulo. Mi hermano y compañero, dijo Gerardo; como tal, mi taller es el tuyo, como discípulo no te permitiré trasladar á él tu caballete. Pues así lo quieres, dijo Madou, sea en buena hora: pero yo quisiera que tú me confundieses con tu severa crítica; porque este es el único medio de convertirme en un artista cual tú eres. Considerándome tu igual, nunca seré mas de lo que soy ahora.

Los dos amigos habian juzgado bien los dos cuadros, y la opinion pública vino á sancionar su dictámen. Madou fué vencido: mas no por eso su cuadro dejó de ser una grande obra. Todos los inteligentes alabaron la composicion y el colorido: mas la correccion de dibujo, y sobre todo la naturalidad y la candidez de la obra de Gerardo enamoraron. La victoria de Enhuber fué completa, y toda Venecia fué testigo de ella cuando el venerable consejero Domingo Foscari espuso en sus salas los dos cuadros que para este objeto le fueron entregados por el Senado. Madou aunque conocia la justicia del fallo y antes que el público lo pronunció él mismo, volvióse sombrío y melancólico, sobre todo cuando la crítica se ensangrentó en su cuadro censurando la exageracion, harto afectada de alguno de los personajes, y la monotonía en el colorido. Sin embargo la conciencia que de su talento tenia le devolvió el valor, preservándole del trágico fin á que ha conducido á no pocos el amor propio lastimado. Resuelto á tomar lecciones de su amigo procuró estudiar en él el colorido, y sus esfuerzos tuvieron un éxito tan completo, que en esta parte pudo muy luego rivalizar con el que llamaba su maestro. Su estilo se hizo mas grandioso, su carácter como hombre varió enteramente: y vino á ser un artista de gran mérito, un hombre modesto y un amigo sincero. Los pintores y los aficionados le profesaron un verdadero cariño; y Venecia entera vió con gusto la tierna y cariñosa amistad de aquellos dos estranjeros que tan próximos habian estado á darse la muerte.

Aquel cambio era obra del valor y de la abnegacion de Judit, que supo hallar modo de impedir el desafío. Cuando al cabo de algun tiempo Gerardo se lo relató á su amigo, este le dijo: Si tú no la amaras, yo le ofreceria mi corazon y mi mano: ella ha salvado ó mi vida ó la tuya, y como las dos me son igualmente queridas, todo me parece poco para demostrarle la gratitud de mi alma. Gerardo no pudo ofrecerle su amada como le habia ofrecido su taller; pero le rogó que apadrinase su boda con Judit y le ayudara á labrar la ventura de aquella jóven que á los dos los habia salvado. Judit llevó al matrimonio un amor verdadero, y un deseo vehemente de sacrificarse siempre por Gerardo, y este la recompensó con un cariño sin medida. Madou fué testigo durante muchos años de la felicidad de sus dos amigos, y concibiendo con semejante espectáculo que en el seno de la familia es dado hallar mas sólida ventura que entre las orgías y los desórdenes de los amigos y compañeros, imitó á Gerardo, dando la mano á otra veneciana que le hizo tan dichoso como Judit á su compatricio.


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SEVILLA



A. H. Payne del. & sc.

Laxenbourg
(pres de Vienne.)

Published for the Proprietors by A. H. Payne, Dresden & Leipzig.

EL CASTILLO

DE LAXEMBURGO.

Siń embargo de que es crecido el número de los castillos [illegible] que en Alemania recuerdan aquella época de poder y de tiranía de los [illegible], que conocemos con el nombre de tiempos feudales, pocos tienen derecho á compararse con el magnífico y hermoso de Laxemburgo. Es ese castillo un verdadero tipo de [illegible] edificios que eran á un tiempo palacio, cárcel y fortaleza: sus torres y sus ferradas puertas revelan un período de guerra, en el cual ni el [illegible] ni las riquezas daban seguridad á nadie: las almenas recuerdan aquellos dias terribles en que el señor por un mero capricho [illegible] en ellas al desdichado vasallo: sus inmensos salones traen á la [illegible] los régios festines de la edad media, en donde los magnates rivalizaban en lujo y en ruinosas prodigalidades, en donde se derramaban mil esencias, desconocidas ahora, con la misma profusion con que hoy vertemos el agua: en donde los diformes bufones divertian á los barones y duques con sus desvergonzados chistes; en donde los trovadores hacian palpitar muchos corazones, y con sus versos y sus arpas esparcian la semilla de afectos mas tiernos y de ideas mas humanitarias: sus ventanas altas y aferradas de hierro dan testimonio del carácter receloso del marido que para tener esclavizados [illegible] comenzaba por ser el tirano de la compañera de su vida: su capilla [illegible] nella una alta cupula eleva la mente á aquellos siglos en que el pobre, el [illegible], el esclavo, no hallaban compañía, consuelo, ni auxilio [illegible] en la iglesia y en el [illegible]; y la inmensa sala de armas que [illegible]



EL CASTILLO

DE LAXENBURGO.

(CUADRO DE A. H. PAYNE.)

Sin embargo de que es crecido el número de los castillos antiguos que en Alemania recuerdan aquella época de poder y de tiranía de los nobles, que conocemos con el nombre de tiempos feudales, pocos tienen derecho á compararse con el magnífico y hermoso de Laxenburgo. Es ese castillo un verdadero tipo de aquellos edificios que eran á un tiempo palacio, cárcel y fortaleza: sus torres y sus ferradas puertas revelan un período de guerra, en el cual ni el rango ni las riquezas daban seguridad á nadie: las almenas recuerdan aquellos dias terribles en que el señor por un mero capricho mandaba ahorcar en ellas al desdichado vasallo; sus inmensos salones traen á la memoria los régios festines de la edad media, en donde los magnates rivalizaban en lujo y en ruinosas prodigalidades, en donde se derramaban mil esencias, desconocidas ahora, con la misma profusion con que hoy vertemos el agua: en donde los diformes bufones divertian á los barones y duques con sus desvergonzados chistes; en donde los trovadores hacian palpitar muchos corazones, y con sus versos y sus arpas esparcian la semilla de afectos mas tiernos y de ideas mas humanitarias; sus ventanas altas y aforradas de hierro dan testimonio del carácter receloso del marido que para tener esclavizados á todos comenzaba por ser el tirano de la compañera de su vida; su capilla sobre la cual descuella una alta cúpula eleva la mente á aquellos siglos en que el pobre, el desvalido, el esclavo, no hallaban compasion, consuelo, ni auxilio sino en la iglesia y en el sacerdote; y la inmensa sala de armas que hay

en el centro del edificio ofrece todavía una larga série de armas y de escudos que atestiguan las proezas y las inclinaciones de aquellos hombres para quienes toda ocupacion era deshonrosa menos la de atentar á la vida de sus semejantes. Ese castillo en su conjunto y en sus pormenores es un hermoso y espresivo capítulo de la historia de los tiempos, que á nuestra vista se presentan cubiertos con un velo misterioso que bajo muchos aspectos les da un atractivo irresistible. Su posicion es encantadora, y la lámina que tenemos á la vista nos da de ella una exacta idea. Durante el invierno es frio, y silban con furor por entre sus torres los helados vientos del norte; mas al llegar la primavera y durante el estío, una brisa siempre fresca y embalsamada retoza por las arboledas que lo circuyen, penetra por las ventanas, y acaricia los rostros de los moradores. En sus techos y en los árboles de sus inmediaciones anidan todos los pájaros cantores, que en las madrugadas alzan en armónica competencia su voz para ensalzar la aparicion de la nueva luz de cada dia. La llanura que domina es fértil y risueña; hay en el cercano bosque sitios viciosos que inspiran al alma alegría y ventura, y cuando al caer la tarde susurra por entre sus ramas el aire de las montañas, trae un aroma indefinible, deliciosa mezcla de las flores y de los arbustos que despiden á porfía sus olores. Es el castillo una morada deliciosa; dentro de él todo es grandeza y lujo, y en sus contornos están reunidas todas las gracias y las esquisidades de una naturaleza que ha debido al Criador singulares beneficios.

Hoy pertenece al emperador de Austria, y bien merece ser la residencia de un poderoso monarca: en la época en que vamos á fijar nuestro relato era una propiedad del conde de Ruiberg, que, sin embargo de poseer otros castillos, consideraba este cual la casa solariega de su antiquísima familia. Corria el año 1349 y la terrible enfermedad conocida con el nombre de Peste negra asolaba la Europa entera, sacrificando millones de víctimas, en términos que en diferentes naciones quedaron pueblos y ciudades enteramente desiertos. Nunca antes y nunca despues ha esperimentado esta parte del mundo azote tan horroroso y devastador, contra el cual los hombres no supieron hallar ningun remedio. La miseria mas espantosa se hizo luego compañera de aquel horrendo contagio y vino á convertirse en auxiliar suyo, logrando entre la una y el otro disminuir en mucho mas de la mitad la poblacion de los Estados en donde se propagó la peste. El Austria pagó á esta un inmenso contingente, y la ciudad de Viena, considerable ya entonces, no tenia bastantes locales en los edificios públicos y en los conventos para establecer hospitales, en donde los enfermos murieran al menos tendidos en una cama, y no por las plazas y calles cual acontecia en muchos puntos. En semejante apuro el conde de Ruiberg ofreció su castillo de Laxenburgo en donde entraron enfermos por millares, sin que uno siquiera dejase de ser víctima de aquella aterrorizadora dolencia. El mismo conde pereció como sus desdichados huéspedes, y si no murió su familia entera fué porque accidentalmente no toda se hallaba

en el castillo. En él no obstante fallecieron la mayor parte de sus individuos, de suerte que quedó reducida á la condesa, la cual murió en Viena al cabo de un año, á una hija que entró monja en cumplimiento del voto hecho de consagrarse á Dios si se salvaba de aquella mortandad nunca vista, y al único hijo varon que por entonces se hallaba en España militando contra los árabes, y que abandonó las huestes españolas cuando habiéndose introducido la peste en el campamento de Gibraltar que Alfonso estaba sitiando, murió este rey, y su hijo don Pedro levantó el sitio. El jóven conde marchó de España y se fué al Austria en la cual habian ya terminado los estragos de la peste, y en donde al cabo de poco tiempo vió reducida á él solo su familia.

La circunstancia de haber muerto en el castillo todos los enfermos que entraron en el mismo y aun el conde su señor, hizo que naturalmente fuese considerado como un lugar funesto; y sin embargo de que en otros puntos habia acontecido lo propio, no sé porque los ojos del pueblo se fijaron particularmente en aquel edificio para considerarlo como un lugar maldito y de malísimo agüero. Indiferente á esta opinion Enrique que vino á suceder á su padre, estableció su estancia en el castillo; rodeándose de la numerosa servidumbre que correspondia á sus riquezas y á su rango. Enrique era un jóven de 24 años, de arrogante figura, de mucho despejo y de mundo. Habia corrido media Europa, cosa singular en aquel siglo en que muchos señores no abandonaban absolutamente sus castillos sino alguna temporada para guerrear en su patria misma; y en sus viajes habia adquirido aquel conocimiento de mundo y aquel espíritu de independencia que solo en los viajes se adquieren. Nada le importó la fatal opinion en que era tenido el castillo, y juzgando que se olvidaria muy pronto, dispuso todo lo necesario para ofrecer en su casa á los magnates de la vecindad los festines que eran la delicia de las damas y de los caballeros de su tiempo. Cierto que ante todo debia casarse, pues solo así podia esperar que entraran en su casa las señoras de la grandeza, con cuya amistad contaba: y como segun llevamos dicho, su madre murió al cabo de un año, pudo sin temer contradiccion de nadie elegir entre las damas de alta clase aquella que mas á su deseo se acomodara. Fijóse su eleccion en la hija del marqués de Meulen, rica heredera é hija única de uno de los mas distinguidos barones; pero Clotilde se negó á dar la mano al conde, so pretesto de que era muy jóven, pues ella no mentia su edad de 25 años. La madre de la señorita apoyó la negativa de esta; y aunque el marqués no fué del parecer de las dos, transigió no obstante con su voluntad porque no queria violentar la de su hija á la cual tenia un amor entrañable. La ira que tal desaire dispertó en el enamorado Enrique no es para dicha. Acostumbrado á no encontrar en ninguna parte resistencia á sus deseos, parecíale que era un ultraje y un desprecio imperdonables la contestacion de la señorita, por mas que el padre la hubiera revestido con las mas bellas formas que su natural delicadeza y su

buen carácter le sugirieron. Enrique determinó vengarse de un modo cruel, demostrando á Clotilde que no habia de ser ella la primera que le ofendiese impunemente. Sentia en verdad que el agravio no viniese de parte de un hombre, porque entonces la espada hubiera decidido la cuestion en un momento; mas ni todas las consideraciones que los caballeros guardaban á las damas en su tiempo, ni todos los fueros del bello sexo, ni la poderosa reflexion de que el amor no se ordena á nadie bastaron para contener á Enrique en sus proyectos. Cauto sin embargo y con el fin de alejar de sí las sospechas afectó la mayor indiferencia, acudia á todas las fiestas de los otros castillos, presentábase en la corte, y léjos de hacer un misterio del recibido desaire, él mismo lo referia en todas partes, dando á entender con esto que no habia herido su corazon, y complaciéndose todavía en escusar á Clotilde, ya que el horror que el castillo de Laxenburgo inspiraba era muy suficiente para retraer á cualquiera señorita de convertirlo en la morada de toda su vida.

Un año habia transcurrido desde aquel suceso, nadie se acordaba ya de semejante cosa, no se habian notado en el jóven conde el menor desasosiego ni la mas insignificante pesadumbre, se halló con Clotilde en la corte y en muchas casas de otros magnates, hablaba con el marqués y con la marquesa, y aunque no entabló nunca conversacion con la señorita, no parecia tampoco huir de ella, ni evitar en manera alguna su encuentro. Todas las personas que estaban enteradas de los sucesos juzgaron que la demanda de Enrique no habia sido estimulada por el amor, sino sencillamente por el convencimiento de que era hora de casarse, y por lo mismo que si aquella negativa pudo afectar mas ó menos su amor propio no habia lastimado su corazon ni trastornado sus planes. Tanto mas se creyó así en cuanto muy luego se le vió mostrarse muy galante con una hermana del conde de Vandilken, que fué indiferente á sus palabras. En medio de todo esto Enrique iba preparando su venganza; y cuando ya estuvo convencido de que nadie se ocupaba de aquel suceso, juzgó llegado el momento de satisfacerla. El castillo del marqués distante una legua del de Laxenburgo, estaba al norte de este y entre los dos mediaba un espeso bosque que pertenecia al padre de Clotilde. Ese bosque era con frecuencia el teatro de grandes cacerías, en donde se juntaban los magnates del contorno con crecido número de monteros, criados y pajes que levantaban la caza para facilitar su muerte á los señores. En tales casos las cornetas resonaban por el bosque y los ladridos de las jaúrias se percibian claramente desde el castillo de Enrique. En el dia 4 de octubre de 1352, que amaneció hermoso y fresco, muchedumbre de damas y caballeros reunidos en el bosque hacian llegar hasta la casa de Enrique el rumor y la algazara de cornetas, perros y cazadores. En mitad del dia y cuando todos estos ocupaban otra vez los sitios que les estaban designados despues del opíparo almuerzo que se les habia servido cerca de una fuente y en lugar ya dispuesto para ese objeto, salie-

ron del castillo de Laxenburgo cuatro hombres decididos, en traje de cazadores, y se encaminaron al bosque en donde bien pronto se confundieron con la multitud de criados en el mismo reunidos. Esos hombres eran cuatro satélites de Enrique, tan prudentes como resueltos, y ciegos instrumentos de su amo. Varias veces vieron y aun llegaron muy cerca de Clotilde que recorria el bosque á caballo y en traje de amazona, pero nunca la hallaron tan separada de otras personas que les fuese posible conseguir su objeto sin ser vistos, y sobre todo sin que fuera fácil seguir sus huellas, que era lo que debian evitar á toda costa. Enrique no se impacientó por ello; aquellas partidas de caza solian durar tres dias, y era posible que en el segundo ó en el tercero se lograra el deseado objeto. La fortuna le fué propicia en el segundo, pues á las tres de la tarde y mientras para guarecerse de la lluvia, Clotilde espoleaba el caballo á fin de correr hácia el castillo de su padre por un atajo que conocia perfectamente, se separó de los criados, y movida por una especie de orgullo de llegar antes que los caballeros, apenas hubo el caballo tomado un trote largo se halló sola y rodeada de los cuatro hombres que desde mucho antes la seguian, los cuales no necesitaron mas que tres minutos para detener el caballo, arrancarla del mismo, envolverla en una ancha capa, y cual si llevaran un cadáver, trasladarla en brazos de dos de ellos al castillo de Laxenburgo.

Bien pronto se notó su falta, el bosque fué mil veces recorrido por todos los cazadores; durante la noche se veia en la atmósfera el resplandor de las luces que alumbraban los pasos de los pesquisidores; al dia siguiente se aumentó el número de los caballeros y criados que se dedicaban á esa tarea, el anciano marqués fué al castillo de Laxenburgo para averiguar si Enrique podia haber visto ó sabido alguna cosa, pero los servidores del conde le dijeron que ninguna noticia tenian, y que en cuanto á este hacia quince dias que se hallaba cerca del emperador Cárlos IV muy lejos de Viena. En efecto la servidumbre lo creia así, porque era un número muy reducido el de los que sabian que Enrique estaba en el castillo. Inútil es que nos detengamos en encarecer el dolor de los padres de Clotilde, y en manifestar el pasmo que tal catástrofe causó entre los magnates. Algunos supusieron que la señorita podia haber sido arrebatada y devorada por los osos, otros creian que pudo ser robada, pero nadie se fijaba en una idea, y al mismo tiempo no hubo una persona á quien le ocurriese la verdadera causa de desaparicion tan estraordinaria. El suceso se fué olvidando y al fin los padres eran los únicos á quienes ocupaba, tanto mas cuanto trastornó muy de veras la salud de la marquesa.

Por lo que toca á Clotilde llegó sin sentidos al castillo de Laxenburgo, y al volver en su acuerdo se halló en una espaciosa estancia dispuesta muy de propósito para recibirla, y cara á cara con una dueña de cincuenta años, cuya fisonomía lejos de ser repugnante inspiraba confianza y seguridad muy grandes. Esta mu-

jer satisfizo á las primeras preguntas de Clotilde, le dijo en donde y en poder de quien estaba, le ponderó las bellas prendas de Enrique, la reconvino aunque dulcemente por el desaire que le habia dado, y acabó por aconsejarle que retirara su negativa y entregase la mano al conde, en cuya casa seria muy feliz, y hallaria todos los halagos y toda la grandeza á que podia aspirar una señora de su clase. Clotilde era mujer de grande energía y altamente orgullosa, por lo cual ofendida en lo vivo por la audacia del conde, estuvo muy lejos de dar oidos á los consejos de la dueña, á la cual rogó que le procurase noticias de sus padres, y le ofreció una pingüe recompensa si se decidia á participar á su familia el lugar en que se encontraba. En cuanto á lo primero no tuvo la dueña inconveniente; mas con respecto á lo segundo se negó de un modo decidido alegando no sin razon que eso no podia verificarlo sin ser traidora á su señor que habia fiado en ella. En vano le dirigió Clotilde mil preguntas para saber cual era la suerte que el conde le destinaba, la dueña se limitó siempre á decirle que en caso de darle la mano de esposa, no tendria que envidiar la suerte de ninguna señora en el mundo, ni aun de la misma emperatriz; mas que si persistia en su negativa ignoraba de todo punto, y así era la verdad, cuales eran las intenciones del conde.

La horrible idea de que podia estar encerrada allí años enteros y á disposicion de Enrique comenzó á perturbar la tranquilidad de Clotilde: y cuanto mas, durante el silencio de la noche, pensaba en su suerte, otro tanto se estremecia, y por una consecuencia natural se iba humillando su orgullo. No podia menos de considerar alevosa la conducta del conde; mas dejaba de parecerle tan detestable al reflexionar que todo eso era efecto del amor que le profesaba, y como las mujeres perdonan hasta los delitos como sean hijos del amor, comenzaba á menguar el odio que en los primeros momentos tuvo á Enrique. Al pensar en él no podia menos de convenir en que su figura era arrogante, en que su clase era por lo menos igual á la de su padre, en que era muy considerado en la corte, en que tenia grandes riquezas y en que habia oido hablar de él con mucho elogio á las señoritas sus amigas. Por otra parte el paso dado por Enrique era una prueba decisiva de un amor intenso, y el hombre que tanto amaba y que de tanto era capaz por el amor suyo no podia menos de adorarla, y de ponerse á merced suya siempre que ella cediese á sus deseos. Era grande ausiliar de Enrique la muy advertida dueña, que siguiendo con perspicacia los cambios que se iban verificando en el ánimo de Clotilde sabia aprovecharlos y conducir las cosas de poco en poco al punto que ella deseaba. De manera que Clotilde estaba muy próxima á darse á partido, cuando la dueña que le habia jurado no ocultarle cosa alguna de cuanto pasara en su familia, le hizo saber con la debida prevencion que su madre habia muerto. Clotilde no dudó que esa muerte era efecto del disgusto que le habia causado la desaparicion de la hija; y esta honda pena agrió otra vez su co-

razon y le dispuso contra Enrique. Perdió este en un momento todo el terreno adelantado, y la dueña hubo de hacer grandes esfuerzos durante ocho meses para volver las cosas al punto en que se habian encontrado.

Aconsejaba á Enrique que se presentara á Clotilde, mas el conde no queria hacerlo hasta que la señorita dijera de un modo resuelto que retirada su negativa estaba dispuesta á darle la mano. Esto era todavía una cosa lejana: Clotilde no aborrecia á Enrique; sin la muerte de la madre le hubiera amado muy luego, mas esa desgracia trastornó la buena disposicion de su ánimo: y de tiempo en tiempo le hacia odiar al que era su causa. Enrique y la dueña confiaron en el tiempo, y la segunda no perdonaba medio ninguno para inclinar á Clotilde á favor del conde.

El marqués no pudo convencerse de que su hija fué devorada por una fiera, y nunca le cupo duda de que su desaparicion habia sido efecto de un rapto. Varias veces pasó por su mente como una ráfaga que el raptor podia ser Enrique: mas esa sombra de sospecha se desvanecia al ver la tranquilidad de este, que no se desmintió jamás ni aun hablando con él mismo. Cuando murió la marquesa el conde fué á visitar al desconsolado caballero, y mientras este le aseguraba que la causa de aquella muerte no era otra que el dolor de haberles robado la hija, notó que el rostro de Enrique se habia inmutado y que casi le asomó una lágrima al pintar el marqués la desoladora soledad en que quedaba, al esponer las esperanzas concebidas en otro tiempo pensando en el matrimonio de su hija, y cuando vertiendo acerbo llanto se lamentó en tono desgarrador de que la Providencia hubiera permitido que todas se desvanecieran por completo. Si yo hubiese podido ser vuestro hijo, le dijo el conde, esas esperanzas se habrian realizado y vos tendriais aun algunos años de felicidad. ¡Oh! esclamó el anciano, si mi hija viviese, aun podrian ser una verdad todas mis ilusiones. Y ¿qué, preguntó el conde, creeis que vuestra hija no me desairaria ahora como entonces? Lo hizo, dijo el marqués, contra mi voluntad y apoyándose en el dictámen de su madre; ahora creo que yo la venceria; pero no demos cuerpo á ideas que han muerto, Dios ha querido enviarme una vejez triste y desconsolada, bendito sea su santo nombre. Quizás, dijo el conde, aun es posible hallar á Clotilde. Despues de dos años es locura pensarlo, contestó el marqués: yo he practicado cuantas diligencias han sido imaginables, y ninguna ha producido el mas pequeño indicio. Dios lo ha dispuesto y yo me resigno completamente á lo que ordena.

Enrique estaba impaciente: las palabras del anciano trastornaban la paz de su alma, y ese trastorno se traslucia en su rostro en el cual el marqués tenia clavados sus penetrantes ojos. No pudiendo soportar mas aquella escena, y por temor de descubrirse involuntariamente, se despidió de improviso dejando al marqués sumido en profundas reflexiones. Despues de una hora en que estuvo meditando, recorriendo sucesos pasados, trayendo á la memoria indicios sumamente

vagos, de súbito cual si le hubiera herido un rayo alzóse del asiento, llamó al sacerdote que tenia en casa y le dijo: Escribid al momento las palabras que voy á dictaros. «Señor conde: vos me robasteis la hija, y este ultraje ha de lavarse con sangre. A pesar de mis setenta años aun tengo el valor necesario para aguardaros dentro de una hora á la entrada del bosque en donde cometisteis el delito.» El capellan escribió esas palabras; mas despues de trasladadas al pergamino se resistió á que fuesen enviadas al conde, puesto que irremisiblemente habian de producir una desgracia. Irritóse el marqués, gritó, amenazó, casi se descompuso con el sacerdote que le habia casado y bautizado á su hija; mas ese varon piadoso y conocedor del alma del marqués se ofreció á ir al castillo de Laxenburgo con el objeto de ver al conde y averiguar la verdad de lo acontecido. Id en buen hora, le dijo el marqués, pero advertid que mi honor ha de quedar muy bien puesto, y que la contestacion ha de traerla el conde, ó bien acompañando juntamente con vos á mi hija, ó bien viniendo á buscarme para que en el sitio señalado lave el ultraje que me ha inferido. Pero señor, esclamó el capellan, vos no teneis ningun dato para asegurar que el señor conde haya sido el raptor de la señorita, ni aun podeis decir que haya sido robada: por consiguiente tal vez sois vos el que ultrajais y no el ultrajado. Si vos, le contestó el marqués, hubierais visto el rostro de ese jóven al hablar conmigo no seriais de ese dictámen; no debe caberos duda de que él robó mi hija: él, y solo él debe darme cuenta de Clotilde ó morir á mis manos. El sacerdote se dirigió al castillo reflexionando durante el camino acerca del modo como debia conducirse para esclarecer la verdad y evitar una catástrofe.

Enrique se conmovió mucho al oir las palabras del marqués, y sobre todo traspasaron su corazon al pintarle la aterradora soledad en que le habian dejado la pérdida de la hija y la muerte de la esposa. Arrepintióse de veras de haber cometido el rapto, cosa que no tenia ya remedio; y como ahora se avergonzaba de confesarlo, y por otra parte no queria perder el fruto de su atentado, y su amor para Clotilde era cada dia mas ardiente, pugnaba entre mil afectos, mil temores y mil esperanzas distintas. Muchas veces, sin que Clotilde le viera, contemplábala él desde una elevada torre del castillo que dominaba la estensa galería por donde la vírgen se paseaba, y su vista enardecia su alma, le daba valor para continuar teniéndola encerrada y le comunicaba una especie de ira al considerar que discurrian los meses sin que el cautiverio produjera el efecto que se propuso. Era verdaderamente desdichado, y diera la mitad de su vida por salir de aquel trance con honra y siendo dueño de la mano de Clotilde. En esta disposicion de ánimo no poco exacerbada por la reciente conversacion con el marqués, le encontró el sacerdote al presentarse en Laxenburgo. Enrique no le conocia; mas el instinto le dijo que aquel hombre iba para hablarle de Clotilde. La mision que aquí me trae, señor conde, dijo el sacerdote, es de paz, como no dejareis de adivinarlo

al considerar mis años y mi clase. Hay un caballero, cuya nobleza corre parejas con la vuestra, cuyas bellas prendas y cuya edad le hacen digno de ser muy respetado, y cuyo valor y cuya galantería le calificaron en su tiempo de tipo de un completo caballero. Ese señor vivia feliz entre una esposa respetable y una hija que era el orgullo de ambos esposos, y naturalmente ese caballero se prometia prolongar su vida rodeado siempre de esas dos personas que constituian todo su universo. Pero de un modo inconcebible la hija le fué robada; al cabo de poco tiempo el dolor de esta pérdida llevó al sepulcro á la madre, y hoy dia ese caballero ve su ancianidad circuida de tristeza y de pesares, en vez de la felicidad y la alegría en medio de las cuales esperó que transcurriera. Bien comprendeis, señor conde, que hablo del venerable marqués de Meulen vuestro vecino y de cuyas desgracias teneis noticia. Vos habeis visto á ese caballero; no son para vos un misterio su pesar y sus dolores, y aunque jóven bien comprendereis cuan desdichada es la suerte de ese anciano que debia esperarla tan dichosa. Yo, señor conde, conozco muy bien las tempestades que se levantan en el corazon humano, sé que las pasiones ciegan muchas veces el entendimiento, y que el hombre impulsado por ellas obra contra sus principios y su conciencia conformándose no mas con los ímpetus de su corazon; y que cuando con calma y espacio considera despues lo que ha hecho, lo reprueba y volveria atrás á no contenerle la idea de un falso amor propio, y la natural repugnancia de confesar su estravío. Casi todos los deslices de los hombres podrian tener remedio si el orgullo no nos sedujera para estimularnos á que los neguemos. En estas circunstancias vengo á vos, señor conde, y con riesgo de incurrir en vuestro desagrado, invoco la grandeza de vuestro noble corazon y las bellas inclinaciones de vuestra alma, para rogaros con toda la mia que contribuyais en cuanto esté de vuestra parte á endulzar las amarguras del señor marqués y hacer menos terrible su desgracia. Enrique habia oido al sacerdote sin impacientarse; desde el primer momento comprendió cual seria el final de sus palabras, y tampoco le cupo duda en que el mensajero venia en nombre del marqués, y en que uno y otro sospechaban que él habia sido el raptor de Clotilde. Si el ruego que le dirigió el sacerdote viniera envuelto en amenazas, de seguro no habria sido escuchado hasta el fin; mas la dulzura de sus palabras, las reflexiones con que supo acompañarlas, y el fondo de verdad que en ellas habia, eran armas de tal temple que el corazon del conde no supo resistirse á ellas. En vez de contestar en el acto negando toda participacion en los hechos que indirectamente le vituperaba el sacerdote, vaciló un momento, su rostro varió de color distintas veces, roíale el corazon confesar su culpa, pero le roia tambien la bajeza de negar la verdad y la de engañar á dos hombres respetables. El sacerdote conoció la pelea trabada en el interior de Enrique, y resuelto á sacar partido de aquellos instantes que sin duda eran los mas propicios, antes que Enrique contestara continuó diciendo: La nobleza de

vuestro corazon no puede desmentirse, jamás he dudado de ella y por esto me he dirigido á vos no con preguntas y con el carácter de un perquisidor que trata de averiguar un hecho, sino como quien conoce el hecho y procura buscar el medio de que se eviten sus funestas consecuencias. Señor conde, no querais á impulsos de un amor propio injusto hacer traicion á vuestros generosos sentimientos; el padre solitario, anciano, afligido reclama su hija única, su único consuelo, su única compañía en el mundo, y no será el señor conde de Ruiberg quien le condene á morir á manos del desconsuelo. Entregadme á Clotilde, señor conde, yo la acompañaré á su padre, yo desvaneceré el resto de enojo que conserva el anciano; y si vos cifrais la dicha en el amor de Clotilde, espero que vuestra dicha podrá satisfacerse si sabeis adivinar el momento de conseguir de la dama un perdon que no humilla á ningun caballero.

Enrique estaba tan sobrecogido, tan indeciso, casi diré tan avergonzado que no se conocia á sí mismo. No habia lucha posible: un sacerdote, un anciano y una señora eran tres personas contra las cuales no era dable empuñar una espada; pero el anciano y el sacerdote eran dos personas ante las cuales se corria de aparecer culpable. En medio de la cruel lucha que estaba sosteniendo y que por lo mismo que era muy recia debia durar poco, un instante decidió de todo; la grandeza de alma pudo mas que el orgullo, la virtud triunfó del vicio, y dijo al sacerdote: Sí; en mi castillo está Clotilde, su amor es mi felicidad; mas ignoro si su amor es mio, porque habeis de saber que desde antes del rapto ni me ha visto ni le he hablado nunca. No sé si me ama ó si me detesta; esperaba que me hiciera pedir su libertad para preguntarle si me amaba, no me la ha pedido, no le he hablado, no sé nada. Venid, la acompañareis á su padre, y su padre, vos y ella decidireis de mi suerte. Confiad en mí, dijo el sacerdote; si el alma de Clotilde no os aborrece, será vuestra esposa, yo venceré al padre, yo seré vuestro ausiliar para con la hija, y bendeciré el momento de haber tomado sobre mí el angustioso encargo de veros, si al fin de la jornada puedo contribuir á la felicidad de todos.

Enrique cogió por la mano al sacerdote y lo condujo á la estancia en donde se hallaba Clotilde. Cuando esta jóven vió al conde se sobresaltó un momento, pero al notar quien le acompañaba quedó tranquila, aguardando á saber lo que significaba la venida de aquellos dos hombres juntos. Enrique sin proferir una palabra hizo al sacerdote un gesto indicándole que se llevara á Clotilde, y otro á esta para que le siguiera, gesto que fué preciso repetir porque la jóven dudaba de lo que veia. ¿Estoy libre? preguntó al fin. Y para siempre, dijo Enrique, y sin rescate y sin condiciones: vos recobrais de mi mano la libertad, y yo quedo esclavo vuestro. Clotilde no contestó una palabra, siguió al sacerdote, y al estar en la puerta del salon volvió los ojos hácia el jóven que por temor de arrepentirse se habia cubierto el rostro con las manos, y fué una desgracia porque

si hubiera visto la mirada que le dirigió Clotilde se habrian disipado las negras nubes que ofuscaban su razon en aquel punto. El sacerdote lo vió y lo comprendió todo; y con el corazon lleno de esperanzas tomó juntamente con Clotilde el camino del castillo de Meulen. Enrique tuvo aun la serenidad necesaria para ordenar en el acto que se les dieran caballos y los acompañaran muchos criados; de suerte que Clotilde llegó á su casa no como un prisionero que recobra la libertad, sino con toda la apariencia de una mujer triunfante. Segun las esplicaciones de la misma Clotilde durante su permanencia en Laxenburgo ni una vez sola habia hablado ni visto á Enrique, ni este tomó parte en el rapto: de suerte que el honor de la señorita ni habia corrido ningun riesgo ni hubo de sostener ninguna lucha. Este era uno de los temores que mas habian atosigado el ánimo del padre; y cuando ahora quedó completamente desvanecido alivióse en mucha parte la honda pena que tanto le afligia. El sacerdote devolvió el cartel de desafío, y el marqués lo aceptó sin replicar una palabra. Desde el primer dia dedicóse el sacerdote á cumplir la palabra dada al conde, y sus esfuerzos fueron coronados con el éxito mas completo. Solo faltaba una condicion cuyo cumplimiento dependia de Enrique, y acerca de la cual no podia el intermediario contraer ningun compromiso. Venga á implorar mi perdon, decia el marqués, y lo obtendrá si sabe merecerlo. Cuando mi padre le haya perdonado, añadia Clotilde, y le vea suplicante á mis piés le daré la mano para que se levante del suelo. A esta humillacion ignoraba el sacerdote si descenderia el altanero magnate. Para conseguirlo adoptó el lenguaje que le sugerian sus vehementes deseos de hacer felices á aquellas tres personas que eran igualmente desdichadas, y mostrándose hoy exigente con el uno y mañana con los otros, fué llevando las cosas por el camino único que debia conducirlas al término apetecido.

Diez dias habian pasado desde los últimos sucesos y durante ellos hizo muchos viajes del uno al otro castillo, calmando exasperaciones, templando iras, arrancando concesiones, en una palabra, acercando de paso en paso las dos fuerzas hostiles para llevarlas al acomodamiento que ambas necesitaban, sin que ni esta ni aquella quisieran confesarlo. Cuando creyó haber llegado el instante oportuno citó al conde para la mañana siguiente en el castillo del marqués, no para ver á este ni á Clotilde, sino para hablarle á él mismo.

Presentóse el conde á la hora señalada y el capellan le recibió con las mayores muestras de consideracion. Despues de hablar un rato acerca del asunto que ocupaba á entrambos, el sacerdote le preguntó si la edad y las circunstancias del señor marqués le inspiraban bastante respeto para no considerar como una humillacion dar él el primer paso á fin de terminar aquella incertidumbre, enojosa para todos. Enrique clavó en el rostro de su interlocutor una mirada penetrante en que iba envuelta una reconvencion capaz de estallar en un movimiento de enojo. El sacerdote comprendió perfectamente todo lo que significaban los ojos del conde, y

sin darle lugar á que profiriera una palabra le salió al encuentro diciéndole: Mal me habeis juzgado, señor conde, en mí no hay doblez ni amago de ninguna clase, nadie sabe que esteis aquí, ni que debierais venir; nadie os aguarda, y si salís de esta casa cual habeis entrado nadie sabrá tampoco que hayais estado en ella, ni yo habré faltado á compromiso ninguno. Estais aquí, en casa están el señor marqués y su hija: una entrevista de los tres allanará en mi concepto todas las dificultades; mas si esa entrevista no merece vuestra aprobacion, yo continuaré mis buenos oficios, cuyo resultado, segun comprendeis vos mismo, será mucho mas tardío. La vista entre vos y la señorita bien conoceis que ha de ejercer un influjo muy grande en el ánimo de todos, y que mis palabras difícilmente llegan al corazon, como llegará una palabra vuestra. Teneis razon, contestó Enrique, terminemos; presentadme al marqués y á su hija, saldré de esta casa bendiciendo mi venida, ó resuelto á no penetrar nunca mas en ella.

Bien ajenos estaban el marqués y Clotilde de recibir visita semejante. Clotilde divertia á su padre tocando el harpa y el anciano la escuchaba embebecido y con una ligera sonrisa. De pronto se abrió la puerta y aparecieron en ella el capellan y el conde. El primer momento de aquella escena es indescribible por su complicacion y por la rapidez con que pasaron los tres personajes de uno á otro deseo, de uno á otro afecto, de una resolucion á la otra. El marqués miró una espada que tenia colgada debajo de un retrato, miró á su hija, se puso pálido, sus mejillas se pintaron de un carmesí vivo, sintió ira, alegría, esperanza, temor; determinó ser inexorable y se sintió dispuesto á conceder el perdon y á condenar al olvido todo lo pasado. Clotilde quedó corrida, sintió enojo contra su carcelero, sintió cariño hácia el delicado jóven que no habia abusado ni un momento de su posicion, perdonó al raptor y acabó por dejar que el amor sofocara todos los demás afectos. Enrique se arrepintió de haber sido condescendiente, se sintió mas enamorado que nunca de Clotilde, inspiróle ternura el anciano, compadeció al padre, respetó al caballero, comprendió que él era el ofensor, y en uno de aquellos momentos en que domina esclusivamente el corazon, se adelantó hácia el marqués y la hija, é inclinándose para doblar una rodilla, dijo: El amor me hizo criminal, falté como caballero, y pido que me dejeis expiar mi falta como hijo y como esposo. El anciano impidiéndole que se arrodillara le abrió los brazos, y dirigiéndose á Clotilde, dijo: Hija mia, ¿qué nombre he de dar al señor conde? Llamadle hijo, contestó la jóven, alargando á Enrique su hermosa mano. El conde la besó, besó la del marqués, y este alzándose con pena esclamó llorando: Abrazadme, hijos mios; aun podeis derramar la dicha en torno de la ancianidad de vuestro padre. Bendecidnos, padre mio, dijo Clotilde, y el marqués alzó las manos y bendijo á los dos jóvenes, mientras el sacerdote olvidado por un momento y retraido á un ángulo de la sala, se adelantó majestuosamente y en tono solemne dijo: Dios os bendiga, como yo en su nombre os bendigo: aun podeis ser felices en la tierra y procuraros la felicidad del cielo.

La escena habia variado completamente; pocas horas antes eran desventurados, ahora la dicha se pintaba en los rostros de todos. Enrique queria marcharse, pero el marqués no lo permitió de modo alguno; y sospechando quizás algun nuevo contratiempo, ó como él decia, temiendo que el júbilo le matara antes de ser unidos los dos jóvenes, se empeñó en que Enrique no volviera á su casa sino siendo ya esposo de Clotilde. Ninguna reflexion pudo convencerle, y delante de dos primos del marqués, llamados de Viena á toda prisa, antes que transcurriera un dia en la capilla del castillo el sacerdote bendijo el matrimonio del conde de Ruiberg con la heredera del marqués de Meulen.

El anciano sin embargo exigió una condicion y fué que los dos esposos vivieran en su castillo, y de ningun modo en el de Laxenburgo, que no podia menos de recordar á su hija el triste cautiverio que en el mismo habia pasado. Clotilde no tenia semejante repugnancia, pero condescendió gustosa con los deseos de su padre, á los cuales no opuso Enrique ninguna resistencia.

La desaparicion de Clotilde, la muerte de su madre, la vida sumamente retirada que durante todo aquel tiempo habia llevado el conde como quien estaba casi siempre encerrado en su castillo, la especie de temor que este inspiraba al vulgo, habian dado ocasion á mil conjeturas á cual mas absurda, pero que en suma presentaban todos esos acontecimientos como un misterio inesplicable. Ahora al comenzar á desvanecerse todo eso, y cuando el vulgo apenas se acordaba de ello, de repente aparecieron en público Clotilde y Enrique unidos para siempre. Los mismos magnates que tampoco habian podido formar de todo eso una idea exacta no dejaron de quedar estraordinariamente sorprendidos al saber el verificado enlace, que al cabo de pocos dias se celebró con toda la pompa y la grandeza que á las dos familias correspondia. Previendo los novios y su padre que la curiosidad de los parientes y de los amigos desearia una esplicacion lata, pero resueltos al mismo tiempo á no darla, determinaron limitarse á decir que el padre y el marido sabian muy bien todo el suceso, pero que no les era posible revelarlo á nadie. Poco satisfizo esta esplicacion insuficiente para convencer á persona alguna; pero al fin el padre y el marido estaban contentos, y tanto bastaba para que no sufriese la honra de Clotilde que era lo único que en este negocio interesaba. Bien comprendió todo el mundo que en aquel suceso habia algun arcano; y mas la opinion pública se confirmó en ello cuando al cabo de seis meses el conde enajenó su castillo que desde entonces pasó á ser una propiedad de la casa de Austria. Por órden del archiduque fué solemnemente bendecido por un sacerdote, no sin que se procurara hacer cundir antes la noticia de ese acontecimiento que contribuyó á complicar los cálculos que ya antes se habian formado. Las personas discretas adivinaron el secreto: el vulgo dijo que las brujas habian arrebatado á Clotilde, que el conde la habia arrancado de su poder, que ella agradecida dió la mano á su libertador quien por ello vendió el castillo, y que

el archiduque habia creido necesario que la iglesia lo purificara antes de penetrar en él ningun miembro de la familia. Hoy dia los aldeanos de aquellos contornos aun miran ese edificio con una prevencion muy desfavorable ; y como ha llegado á ellos la noticia de aquellos sucesos desfigurada por la trasmision tradicional de padres á hijos, se refieren tales patrañas que es punto menos que imposible deslindar la verdad de los acontecimientos que dejamos relatados.




BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SEVILLA

14



Trina.

THINA.

[illegible]

El territorio que se extiende [illegible]
á lo largo de la cordillera del [illegible]
el norte de aquella montaña el país es [illegible]
mente regado, y en él se encuentran los más hermosos [illegible]
nas. Esos árboles gigantescos descuellan hasta la más elevada cumbre de la
montaña; y en muchos lugares solitarios del bosque, en donde parece que el
silbido del Viento [illegible] el viajero contempla las encinas que fueron testigos en las
guerras de Carlomagno. Las aldeas que en ese risueño territorio son en crecido
número, parecen [illegible] entre el espesor del bosque, ó bien dominar ale-
gremente la vista [illegible] que se extiende desde allí hasta el Elba y hasta el mar
del norte. Se encuentra un grande y famoso establecimiento de baños, llamado
Nenndorf al pie del Deister, en el punto en donde esta cordillera de montañas se
[illegible] en colinas y en ondulaciones del terreno que [illegible] hácia las
[illegible] del Weser y de la Prusia westphálica. ¿Quién no conoce [illegible]
[illegible] á donde [illegible] los [illegible]
[illegible] de la salud [illegible] en las [illegible] de las ciudades, y que no
bastaron á restaurar la ciencia del médico ni las [illegible] de la botica? ¿Y quién
no quedará agradablemente sorprendido al ver [illegible] labriegos, descendientes de
los antiguos celtas, que conservan aquella originalidad de trajes y de costum-
bres, que tan rara vez se encuentra en esta nuestra época de uniformidad y de
nivelacion absoluta?

Al otro lado de esas montañas por donde [illegible]



TRINA.

(CUADRO DE MEYERHEIM.)

El territorio que se estiende en el principado de Calenberg en el Hannover, á lo largo de las cortaduras del Deister, tiene un carácter muy particular. Hácia el norte de aquella montaña el país es fértil, cual un vasto jardin abundantemente regado, y en él se encuentran los mas hermosos grupos de hayas y encinas. Esos árboles gigantescos descuellan hasta la mas elevada cumbre de la montaña; y en muchos lugares solitarios del bosque, en donde parece oirse el silbido del Vodan, el viajero contempla las encinas que fueron testigos de las guerras de Carlomagno. Las aldeas que en ese risueño territorio son en crecido número, parecen estar ocultas entre el espesor del bosque, ó bien dominar alegremente la vasta llanura que se estiende desde allí hasta el Elba y hasta el mar del norte. Se encuentra un grande y famoso establecimiento de baños, llamado Nendorf al pié del Deister, en el punto en donde esta cordillera de montañas se transforma en colinas y en undulaciones del terreno que parece dirigirse hácia los montes del Veser y de la Puerta westphálica. ¿Quién no conoce en el país aquel manantial salutífero, á donde de cien puntos distintos acuden los enfermos en busca de la salud perdida casi siempre en las orgías de las ciudades, y que no bastaron á restaurar la ciencia del médico ni las pócimas de la botica? ¿Y quién no quedará agradablemente sorprendido al ver á esos labriegos, descendientes de los antiguos cattos, que conservan aquella originalidad de trajes y de costumbres, que tan rara vez se encuentra en esta nuestra época de uniformidad y de nivelacion absolutas?

Al otro lado de esas praderas por donde divagan los ciervos y los corzos, y

mas allá de los vastos campos de trigo se estiende el pantano con sus bosques de hayas y de alisos, reemplazados luego por el abeto y el pino: en seguida se presenta una vasta soledad en donde solo crece el enebro, que suele tomar la forma de pirámide. En este punto las aldeas van siendo menos en número, y los habitantes son mas graves y taciturnos que sus vecinos del Deister, que á la verdad lo son muy notablemente.

En este punto atraviesa el país la carretera de Colonia por Minden y Hannover; mas á despecho de las calderas de vapor, el movimiento que anima el resto del mundo no se ha comunicado todavía á ese rincon de tierra: de suerte que á pesar de las tempestades de la época en esas pacíficas cabañas no se nota agitacion ninguna.

En este sitio acuden á la mente del hombre dotado del genio de observacion multitud de ideas. Estos villorrios que están desde tan largo tiempo en una especie de soledad, y cuyos habitantes son todos parientes, parece que están destinados á conservar las tradiciones de los tiempos antiguos. Y en efecto, se encuentran allí indudables vestigios del paganismo; y muchas narraciones, modificadas por el transcurso de los siglos, recuerdan todavía á Witte-kind y Carlomagno, y los ejércitos de Gustavo-Adolfo.

En el negro suelo de los pantanos parece que naturalmente germinan los cuentos de aparecidos y de brujas, y esos cuentos no se perderán en la memoria de aquellos hombres mientras las mujeres jóvenes y viejas tengan valor para desafiar la lluvia y la nieve á fin de reunirse durante la velada en un cuarto bajo y al rededor de una enorme chimenea. Y no importa que esos cuentos espanten, y que reproducidos en sueños hagan estremecer á los muchachos: tampoco es óbice que los niños desde la edad mas tierna tengan miedo y no quieran ir por la casa á oscuras y crean oir estraños ruidos en todas partes; las abuelas, las madres y las hermanas continuarán relatando esos cuentos, y espantando á sus hijos, como las madres las espantaron á ellas. Y no bastan las reflexiones ni los cargos que se hagan á esas gentes porque turban de tal modo la tranquilidad de los niños, y les inspiran terrores que al fin y al cabo les dan tormento toda la vida; porque esas gentes no refieren los cuentos por puro entretenimiento, sino porque los creen, y sostienen su veracidad con una pertinacia invencible. En esta parte solo son comparables á ellos los irlandeses, cuya credulidad no es menos obstinada. Casi siempre sale á corro algun testigo que con la mayor formalidad del mundo se da por fiador de la realidad del cuento mas estravagante. Es además muy comun encontrar personas que por lo general son muchachas, que poseen el envidiable don de prever la suerte de este ó de aquel habitante de las cabañas; y estos vaticinios son creidos, y por mas que los acontecimientos no vengan luego á sancionarlos, la credulidad no hace alto en estos chascos, y se fija y saca partido de las veces en que el pronóstico se ha visto realizado. Esas buenas gentes

prefieren dar crédito á sus preocupaciones que detenerse á examinar su orígen y sus probabilidades. Algunas veces se oyen en ese país relatos algo mas divertidos que los que reconocen por base los oscuros tiempos del paganismo: con tal sin embargo que tenga uno la fortuna de hacer hablar al que guarda tales tesoros. Otras veces se oye como mezclan los mas interesantes relatos de la vida del hombre, y sus pesares y sus placeres con los fabulosos cuentos del poder de séres sobrenaturales. En estos casos puede el hombre menos reflexivo prestar alguna atencion á lo que se dice y sacudir la apatía que han llevado á su ánimo esas interminables historias de diablos y de fantasmas. A esta clase de cuentos pertenece el que vamos á comenzar ahora y que en nuestro concepto es digno de llamar la atencion de los lectores.

Francisco de Moorof era el mas hermoso jóven de su pueblo. Llamábanle Francisquillo, aunque ni era pequeño ni débil, sino por el contrario un robusto mozo de veinte y tres años, y á quien nadie podia jactarse de vencer en la lucha. Por esto le incomodaba que le llamasen en diminutivo, y con esta ocasion habia reconvenido á no pocas personas. Mas todo era tiempo perdido, continuaban llamándole Francisquillo, y era muy difícil que ninguno de sus vecinos se corrigiera.

La casa de Moorof estaba un poco separada de la aldea, por cuya razon los habitantes de esta granja tenian muy pocas relaciones con los de esa aldea misma, concretándose á vivir muy tranquilamente en su buena hacienda y á ir con asiduidad regular á los divinos oficios en la iglesia del pueblo, sin mezclarse en ningun asunto ajeno á sus intereses, y sin que jamás hubieran dado ocasion á que nadie se disgustara con ellos. A pesar de esto pasaban plaza de orgullosos, porque ni en su misma granja acudian á pasar la velada con las hilanderas, ni jamás asistian á reunion alguna de esa clase, y además vestian con mas riqueza que los otros habitantes de la parroquia, y el amo tenia al decir de las gentes mucho dinero que prestaba á interés. A la verdad nadie sabia con exactitud hasta donde llegaba la fortuna de ese hombre, porque el mismo posesor era poco comunicativo, y no hablaba jamás de tales negocios, y las personas á quienes se hacian los préstamos naturalmente guardaban el secreto. Todo esto habia hecho mirar la granja con cierta prevencion desfavorable, durante la vida del padre de Francisquillo: y aunque en la época á que se refiere nuestra historia, el padre habia ya muerto, y su viuda cuidaba de los negocios, como la familia continuó observando la misma conducta no mejoraron hácia ella los sentimientos del público de la aldea.

Esa mujer sin embargo de no tener mal carácter, no era estimada por las gentes vecinas, y una de las razones mas poderosas que para ello militaban era la de que habia nacido en otro pueblo y vino á Moorof á consecuencia de su matrimonio con el dueño de la granja. Esto era un suceso muy contrario á las an-

tiguas costumbres del país, y las gentes no supieron acomodarse al mismo. De aquí provino que dicha mujer era reputada por la mas orgullosa de esa altanera familia, y para probarlo decian que cuando la dueña de Moorof visitaba los domingos á la esposa del cura protestante, ó á la del maestro de escuela, hablaba siempre en aleman culto, muy distinto del aleman vulgar; y que eso era una cosa que ningun hombre sensato habia visto hacer nunca á una labradora. Tales habladurías propias de una aldea en donde aparte de las labores nada tienen en que ocuparse, en donde las mujeres metidas en casa y reunidas durante las eternas veladas del invierno no saben hallar otros recursos que la murmuracion que ataca siempre al que es mas y al que está ausente, habian convertido en su blanco predilecto á esa casa y en particular á su dueña, considerada como estranjera, y que además habia venido á usurpar las riquezas y el bienestar de aquella casa, que á no ser ella hubieran cabido en suerte á alguna jóven del país mismo. Mezclábanse pues en esto los celos y la envidia de las mujeres, las cuales por muy buenas que sean, difícilmente perdonan á las que son mas, ó figuran en posicion mas elevada, ó llaman la atencion pública, ó son estrañas al país en donde gozan de una pingüe fortuna.

Nada de todo esto ignoraba María Federica, madre de Francisquillo: y así por esto, como por la natural inclinacion de su carácter, se rozaba muy poco con las demás aldeanas, dando con esto mayor pábulo á la maledicencia de estas, que reputaban su retraimiento por orgullo de la forastera. Cuando hubo muerto su esposo, María continuó observando la misma conducta y siguiendo el propio sistema; y no solo eso, sino que opuso viva resistencia á su hijo, cuando este, despues de muerto el padre, se preparaba formalmente á tomar parte en las diversiones de los jóvenes de la aldea. La madre, entrada en años, no podia echar mano de la fuerza para detener á su hijo; y por otra parte Francisquillo habia demostrado en mas de una ocasion que las órdenes por muy severas que fuesen, nada podian sobre su ánimo cuando decididamente se le habia metido alguna cosa en la cabeza. María empleaba un recurso diferente, y era no desperdiciar ninguna ocasion propicia de regañar á su hijo cuando este la desobedecia.

Por último el hijo acabó por ceder, á fin de ahorrarse la molestia de tales reprimendas, y en breve volvió á ser un hombre tan retirado cual fué su difunto padre. No iba á las fiestas ni á los bailes de la aldea: y así llegó á la edad de veinte y un años sin tener querida. Francisquillo tiene miedo de las mujeres, decian las jóvenes en tono zumbon, y sin embargo él sabia perfectamente que su alma estaba desde mucho tiempo antes inquieta y atormentada. Se habia enamorado de tal modo que gemia, trabajaba apenas, perdia el color y se ponia flaco de una manera muy conocida. Estaba próximo á desesperarse, porque no obstante de que sus afectos se dirigian á un objeto, aun no habia podido fijarse en cuál era ese objeto; en una palabra, amaba y no sabia á quién.

Hácia esa época la madre y el hijo se pusieron en mas inmediato contacto, porque aquella comenzaba á ocuparse del matrimonio de este. Le nombró tres ó cuatro jóvenes, ponderando su belleza y sus ricas dotes; y mientras tanto Francisquillo permanecia sentado con la cabeza inclinada, y pensando en otras cosas. Y bien, hijo mio, dijo la madre. ¡Y bien, madre mia! contestó el hijo, cual si se dispertara de un profundo sueño. ¿No quieres, hijo mio, continuó aquella, ir á Sachsengraben, á ver á la rica Margarita? A la verdad tiene dos pretendientes; pero tú serás preferido con solo presentarte y abrir la boca; tu madre te lo asegura, y no dudes que cuando yo te lo digo, sé muy bien la razon que para ello tengo. Yo no quiero viudas, madre mia, y Margarita es viuda. En este caso, prosiguió la madre, haz ensillar el caballo y vete á Bantorf á pedir la mano de la hija de mi hermana. Sofía sabe música, dijo Francisquillo, sabe pintar, y es muy regular que pusiera mal gesto si le presentaran para marido el habitante de Moorof. No voy.

¡Dios mio, qué muchacho tan singular! esclamó la madre levantando las manos al cielo. Si yo soy un muchacho singular, la culpa es vuestra, madre mia. Pero el caso es, replicó la madre, que no hay en el pueblo ninguna muchacha que te convenga, y no creo que te haya ocurrido la idea de vivir y morir soltero.

En este momento Francisquillo se enjugó el sudor de la frente, y como no habia ya medio alguno de defenderse, era preciso decir las cosas como eran. El pobre muchacho viviendo siempre solitario, se hizo tímido, y por ningun término se habia atrevido á dirigir la palabra á una jóven. ¿Quieres estarte ahí callado como un muerto? le preguntó la madre, mas que medianamente incomodada. Sí, dijo Francisquillo, en tono resuelto, vos, vos sola teneis la culpa de que las cosas no sean como debieran ser. ¡Ah! ya caigo, esclamó la madre, bien pudiera yo haberlo sospechado; al pobrecito niño le da miedo un zagalejo. No, yo no tengo miedo, replicó el jóven, lo que me faltan son las palabras; yo no sé esplicar lo que quiero, y no hablemos mas de este negocio, madre mia.

Desde esta conversacion, Francisquillo se volvió retirado y sombrío, trabajaba mas de lo que sus fuerzas permitian, de suerte que se hubiera dicho que habia encontrado el filtro de Ovidio para librarse de las pesadumbres del amor. Su madre le miraba con cierto desden, cosa estraordinaria siempre en una madre, y mas si cabe en un país en el cual, como entre los árabes, la madre tiene una especie de veneracion al hijo mayor, que es el representante de la familia.

Por entonces, María notó que habia menester algunas ropas para el uso de su persona y algunas gorras nuevas á fin de presentarse mas peripuesta en los domingos ante las gentes de la aldea y particularmente en la iglesia; y como por otra parte tenia piezas enteras de hermoso lienzo, que descansaban inútilmente en un grande armario, creyó del caso destinarlo para los objetos que en su concepto le hacian falta. Queriendo pues llevar á ejecucion sus deseos, envió al pue-

blo á buscar la costurera. Erase esta una mujer ya avanzada en años, que siempre iba vestida con estremada limpieza. Apenas llamada se presentó en la granja, comenzó su tarea cortando y recortando, sin ocuparse poco ni mucho de las personas que la rodeaban, y no dando, segun suelen hacerlo las mujeres de su oficio, sino respuestas breves y concisas á las preguntas que se les dirigen.

Esto proporcionó una sorpresa para Francisquillo. La señora Beven, que así la costurera se llamaba, hizo venir con ella á otra persona á fin de que la ayudase en las labores que habia emprendido. Esa persona era su propia hija, que hasta entonces habia vivido tranquilamente en Sachsehagen, y que apenas era conocida en la aldea porque á la edad de diez años su madre la envió á casa de una tia á fin de que aprendiera bien todas las labores propias de su sexo.

De poco tiempo á aquella parte Catalina, que tal era el nombre de la jóven, habia venido á reunirse otra vez con su madre; que comenzando ya á envejecer, y viéndose muy cargada de trabajo, apenas conservaba la vista suficiente para continuar su oficio á despecho de los grandísimos anteojos que constantemente llevaba montados en las narices. Catalina tenia entonces diez y ocho años, era alta, bien formada, rubia, de ojos azules y hacia gala de una dentadura muy hermosa. Su color algo pálido, y debido á la vida casera propia de su oficio, comunicaba un nuevo encanto á su belleza, y las labradoras de la aldea con su color encarnado y sus rosadas mejillas no tenian el atractivo de Catalina. En cuanto á las manos y á los brazos, se deja entender que ninguna aldeana los tenia tan blancos.

Apenas las jóvenes del lugar hubieron visto á Catalina ó Trina, segun ellas la llamaban, cuando todas comprendieron que le bastaria presentarse para atraerse los corazones de todos los mozos: así fué que desde luego se mostraron celosas de ella, y en cuanto podian arreglaban la cosa de manera que nunca fuese preciso llamar á la madre y á la hija. Aunque mas adelante se supo que Catalina, con el objeto de no disgustar á las gentes que le proporcionaban trabajo, llevaba una vida muy retirada, esto apenas bastó para calmar los celos de las aldeanas.

Esta jóven estaba trabajando juntamente con su madre en Moorof cuando entró en la estancia Francisquillo. Miró á la costurera de hurtadillas, y esperimentó una especie de malestar: sentíase embarazado, y nunca se habia conocido tan torpe y desmañado. En el primer momento hubiera querido que aquella que le causaba semejante impresion estuviera lejos de aquel sitio; pero esa muchacha apenas levantaba los ojos una ó dos veces cada hora para bajarlos en seguida hácia la aguja y la labor sin mirar nunca al jóven amo de la casa; por lo cual la situacion de Francisquillo era tolerable. En aquella circunstancia entró este con el traje diario, el cual en verdad nunca le habia parecido sucio hasta que se encontró cara á cara con Trina. Esto le hizo reflexionar un poco, y decir al fin

«quiero ir á Nendorf para comprarme un caballo.» Su madre consintió al punto, y le trajo camisa limpia y fina como la de un príncipe. Cogióla Francisquillo, púsose un calzon de terciopelo negro, botas muy limpias, chaleco con rica botonadura, un chaqueton de paño azul, un sobretodo holgado y casi nuevo, y un sombrero redondo. Apenas estuvo vestido se presentó de nuevo en la estancia sin esperimentar aquel embarazo que tanto le molestó la vez primera.

Sus ojos se encontraron con las miradas de Trina, que como verdadera hija de la naturaleza, no pudo menos de manifestar una especie de satisfaccion con una graciosa sonrisa. Y á la verdad ese jóven de talla aventajada y aire suelto, con rostro regular, y mirada viva, hubiera podido agradar á cualquiera de las señoras de la alta aristocracia que frecuentan los baños de Nendorf, cuanto mas á una jóven aldeana de un rincon de la tierra completamente olvidado del mundo. Partió Francisquillo para encaminarse á la feria, cuando hé aquí que á los pocos minutos se presentó otra vez con no poca sorpresa de su madre, diciendo que se habia lastimado un pié, y que no le era posible continuar el camino. Díjole María que tomara el caballo; mas resueltamente manifestó que ya se habia disgustado, y que aquello le parecia de mal agüero. Así pues se quedó en la estancia, sentóse en un banco que habia detrás de la chimenea, sin quitarse el traje bueno que llevaba, lo cual causó suma admiracion á su madre.

Al dia siguiente sin preámbulo de ninguna clase, dirigiéndose á esta señora, le dijo: ¿De qué sirve, madre mia, ser rico, si hay que vivir y vestirse como el hombre que ha de trabajar todo el dia para ganar su subsistencia? La madre no pudo comprender á donde queria ir á parar con semejante entrada. Me ha ocurrido, prosiguió Francisquillo, que pues vos os mandais hacer ropa nueva, el amo de la casa tambien puede tener vestidos nuevos; y ya que están aquí las costureras, podrán igualmente venir los sastres, y de una vez salimos del paso. Y mientras decia estas palabras se iba poniendo el vestido nuevo del dia anterior. Tienes razon, dijo la madre, puesto que tú no quieres casarte nunca, de nada sirve hacer ahorros, para que en último resultado todo vaya á parar á manos de una persona fuera de la familia.

El daño que se habia hecho Francisquillo se agravó, segun él dijo, aunque en realidad lo mismo se habia lastimado un pié que el otro, y por mas que la madre no supiese ver en el pié que obligó á que le enseñase su hijo, rastro alguno de golpe ni cosa parecida. Pero el jóven no queria abandonar la estancia; estábase tendido en el banco, y soltando grandes bocanadas de humo de tabaco, iba aspirando el dulce veneno de amor contemplando á la gentil Catalina.

En el país en que tuvieron lugar los sucesos que vamos refiriendo reina un cierto espíritu de casta, parecido al de las gentes del Indostan en tiempo de su Gran Mogol Orang-Zeb, y en este concepto era una cosa de todo punto inaudita que el heredero de una hacienda libre, se hubiera enamorado de la hija de un

hombre que no tuviese al menos casa propia: por cuya razon Francisquillo tenia toda la libertad imaginable de enamorarse de Catalina sin que á nadie le ocurriera que semejante acontecimiento fuese posible, y lo que es mas sin que á la madre le pasara por las mientes que ese enamoramiento era una cosa que podia muy bien acaecer con su hijo.

Durante mucho tiempo se confesaba Francisquillo á sí mismo que no podia resolverse á declarar su pasion, porque le faltaba valor para ejecutarlo, mas á pesar de esto, una noche la tentacion de verificarlo se hizo muy fuerte y apremiante, y resuelto á todo, cogió el sombrero y se deslizó fuera de la casa paterna sin mas compañía que su fiel Poncio. Y debemos advertir aquí, por via de paréntesis, que Poncio es en aquel país el nombre genérico de los perros, porque los aldeanos no creen que un perro pueda llamarse sino Poncio ó Wasser, porque Poncio es el nombre del pretor romano Poncio Pilatos, y por medio del nombre Wasser todo perro está libre de sortilegios, segun las teorías mágicas de esa gente sencilla. El jóven galan acompañado de su perro se fué cerca de unas antiguas ruinas de la aldea y miró á hurtadillas al través de la ventana de una miserable habitacion que en otro tiempo fué majada, y ahora servia de albergue á varias familias pobres. Al parecer descubrió á la persona que buscaba, porque entró con atentados pasos en la casa y se encontró cara á cara con una vieja en una estancia llena de humo. Esa vieja era Isabel, una de aquellas mujeres de quienes hemos hablado al principio de esta historita, y que tenia el don de pronosticar cuales eran las personas que debian morir primero en una familia, y esta por añadidura sabia vaticinarlo todo con solo inspeccionar minuciosamente la clara de un huevo. Francisquillo venció su antipatía hácia la vieja y le alargó la mano. Isabel tocó apenas la punta de los dedos del jóven, y con voz mas varonil que femenina, le dijo: Por lo que veo, cuando me necesitas sabes encontrar perfectamente mi casa, pero cuando yo necesito de vosotros, ni María ni Francisquillo están en la quinta. El jóven frunció las cejas y dijo: Oye, Isabel, veo que es mucha verdad que tú eres mala. Hace cuarenta años que vienes á la granja dos veces por semana, y te llevas pan, manteca y otras cosas. ¿Es verdad ó no lo es?

Los malos sois vosotros, dijo la vieja, porque nunca quereis darme dinero, y esto os causará muchas desgracias; yo te lo aseguro. Tú eres el rico de que habla la Biblia, y yo soy el Lázaro, y doy gracias al señor cura, porque si bien es hombre de corazon muy duro é insensible, el domingo pasado predicó contra vosotros. ¿Y ahora, qué vienes á hacer aquí? ¿Quieres darme dinero?

A tales apóstrofes Francisquillo comenzaba á abrir la puerta para marcharse, pero al fin se detuvo, y dijo: Te daré dinero. He tenido un sueño, y tú debes esplicármelo. Se me ha metido esto en la cabeza, y quiero ver si tú alcanzas mas que yo. ¡Dinero! esclamó Isabel. Sí, dinero, dijo el jóven, haciendo sonar las monedas que llevaba en el bolsillo. Necesito un florin, dijo la vieja, porque hace

treinta años que no he tenido ninguno, y me atormenta una especie de frenesí por poseer uno entero, y en una sola pieza. Corriente, dijo el galan, te daré un florin. No basta, replicó Isabel, quiero el florin y además los intereses de dos años, que es el tiempo que ha pasado desde que me entró esa especie de frenesí por poseer esa cantidad, que segun te he dicho hace treinta años que no he tenido. Francisquillo comprendió muy bien que la vieja calaba el interés que tenia en las adivinaciones que podria arrancarle, y que habia resuelto hacérselo comprar caro; pero puesto ya en el lance, no quiso retroceder, sino que echó la cuenta de los intereses que la vieja le pedia, y los pagó junto con el capital en que Isabel habia fijado el valor de sus vaticinios. La vieja miró y tocó varias veces aquellas monedas, y despues de haberlas envuelto en un papel y sepultado en su enjuto seno, se quedó sin decir una palabra. Vamos, dijo el jóven, en el tono de quien aguarda una respuesta. La vieja se puso en jarras y disparó una recia carcajada. ¿Me preguntas á mí? dijo en seguida. ¿Y por qué no preguntas á Trina? El rostro del jóven se puso de escarlata. Ayer, siguió Isabel, le dije á Trina que tú y no yo debias predecirle la buena ventura; y ahora te digo á tí que Trina puede decirte la buena ventura mejor de lo que nunca ha podido decírtela Isabel. Me parece que he ganado bien el florin. ¡Con que Trina ha venido! esclamó el jóven tartamudeando. ¿Y qué te ha dicho? Me trajo una gorra nueva y quiso que le dijera la buena ventura. Al oir Francisquillo estas palabras, lanzó un grito de alegría, volvió las espaldas y se echó fuera de la casa.

¡Con que es cierto, esclamaba, mientras el perro iba saltando cerca de él y ladrando de alegría; con que es cierto que me ama! Ahora verán las gentes si las muchachas me dan ó no miedo. Su confianza, sin embargo, no era tanta como parecia, ni como él mismo se esforzaba en creer, porque á medida que se acercaba á la quinta sus pasos eran mas lentos. Comenzaba á llover muy recio y se vió precisado á buscar el abrigo de las encinas que rodeaban la hacienda: mas al fin abrazó una resolucion estrema, bajó á la aldea, y entró en una taberna. El tabernero estrañó aquella visita en hora tan avanzada, y los jóvenes que en la taberna habia comenzaron á chulearse con Francisquillo, quien acabó por tomarlo á broma y por hacer servir cerveza á todos los presentes.

Serian las once y media cuando saliendo de la taberna dió la vuelta á la granja, mas alegre y mas contento de lo que habia estado en su vida; pero entonces se acordó de que las costureras debian haberse marchado á lo menos una hora antes. Con la esperanza, sin embargo, de que la lluvia las habria detenido, se apartó del camino regular. Saltó por encima de un cercado, atravesó el jardin, cuyos caminitos estaban cubiertos de yerba; y muy luego se encontró delante de una ventana en que resplandecia una luz. Detúvose, miró hácia dentro de la estancia iluminada, y su corazon palpitó aceleradamente. Vió á la hermosa Trina medio vestida y con la cabeza descubierta, que estaba sentada muy cerca de

la ventana, trenzándose su larga cabellera rubia para encerrarla dentro de la gorra de noche. Estaba sola, pues su madre ó bien se habia quedado en Moorof ó bien ya estaba acostada. En aquellos momentos el jóven sostuvo una empeñada lucha consigo mismo, repitiendo mil veces para envalentonarse que ella le amaba y que así se lo habia dicho á la adivina. Contemplaba á esa jóven que sencilla é inocente estaba muy lejos de creer que aquel sitio no fuese un lugar oculto á las indiscretas miradas de un hombre; y mas todavía á las de aquel por quien su corazon suspiraba.

De repente Francisquillo se adelanta, dá un golpe á la ventana y dice: Buenas noches, hermosa Trina. La jóven lanzó un grito y en el acto la estancia quedó á oscuras. El amante se acurrucó debajo de la ventana sin hacer el mas leve ruido, y apenas habia transcurrido un cuarto de hora cuando Trina abrió la ventana y se inclinó hácia adelante para ver si la persona que golpeó se habia marchado. Inflamóse la cabeza del jóven, estendió los brazos, y estrechó con ellos el cuello y las espaldas de la jóven. En el acto se lanzó á la granja para pasar en ella una noche deliciosa, aunque sin poder pegar los ojos en toda ella.

Cuando á la mañana siguiente Trina hubo de ir á la granja, no osaba levantar los ojos, porque la vergüenza la tenia sufocada. Francisquillo la aguardaba en la puerta y al pasar por ella le dijo: ¡Trina! Ella mudó de color y se sonrió con los ojos llenos de lágrimas. ¿Estais enfadada? preguntó el galan. Ella sacudió á uno y otro lado la cabeza, y corrió velozmente hácia la estancia en donde ya su madre estaba trabajando. Pasóse aquel dia, y como por la noche repitió la lluvia, Trina hubo de marchar sola al pueblo: y cuando Francisquillo volvió á la granja en hora muy adelantada era ya el querido de la mas bella jóven del contorno.

Aunque las personas que rodeaban al uno y á la otra nada hubiesen visto ni sospechado hasta entonces, no era posible que las cosas continuasen secretas por mucho tiempo. Trina y su madre ya no trabajaban en la granja, el galan tenia que ir todas las noches á buscar á Trina en el lugar para el cual quedaban citados, lo cual era muy fácil porque la madre de Trina estaba enferma en cama. Todo el pueblo se enteró muy luego de la intimidad que entre los dos jóvenes habia, y desde entonces el galan obró de un modo mas descubierto y sin guardar consideraciones de ninguna clase. Todos los domingos llevaba á la querida al baile de la aldea, la acompañaba á Nendorf, y no permitia que trabajase para ganar su sustento. Todo el pueblo se puso en conmocion al saber tales novedades, mas la anciana María no sabia ocúltar su descontento. ¿Con que tratas de casarte con Trina, que no tiene mas que sus miserables zagalejos? dijo al jóven cuando estuvo enterada de sus amoríos. Sí señora, dijo Francisquillo, me caso con Trina, y si necesita jubones nuevos, la esposa del amo de Moorof no tendrá falta de ellos. ¡Cómo es esto! esclamó María echando fuego por los ojos, ¡Trina será dueña de

la granja! ¡en mi casa habrá otra señora que yo! Será dueña de Moorof, dijo Francisquillo, esto es, ella será la señora en mi casa, ¿comprendeis, madre mia? en mi casa; mas si vos teneis alguna otra granja podreis hacer de ella lo que gusteis. Yo soy aquí la señora mientras viva, gritó María arrojando espuma por la boca. El hijo no contestó una palabra; pero á la mañana siguiente hizo desocupar una casa que habia en el campo, y que servia de pajar y de granero, y envió allí albañiles y carpinteros.

Cuando todos los trabajos estuvieron terminados el jóven dijo á su madre: Yo nunca os echaré de mi casa con tal que me dejeis tranquilo. Quiero portarme con vos, mejor de lo que vos os habeis conducido con los otros, porque vos obligasteis á salir de aquí á mi pobre abuela, y la hicisteis morir de tristeza en aquella casita que está enfrente; y sin embargo antes de casaros con mi padre no teniais á esta granja mas derecho del que tiene Trina. Mas si yo me caso no olvideis que en esta casa nunca habeis sido otra cosa de lo que Trina será desde el momento en que yo pueda llamarla mi esposa. Las reconvenciones del hijo ofendieron vivamente á la madre, no porque no fuese cierto cuanto en ellas decia, sino porque en boca de un hijo no podian menos de traspasar el corazon de aquella á quien debia la existencia. Entonces mas que nunca comprendió los funestos resultados de haberse unido á una familia que, segun las costumbres del país, debia haber elegido para ser señora de ella á una mujer del mismo pueblo. A pesar de todo, supo la pobre anciana dominarse y se convenció de que en aquellas circunstancias la violencia no habia de producir ningun buen resultado. Sin embargo, quiso por otros medios impedir el matrimonio de su hijo. A este efecto, llamó al dia siguiente á la vieja Isabel y entre las dos urdieron una infinidad de estratagemas para desunir á los amantes. Se refirió á Trina que segun Francisquillo habia dicho, ella no le servia sino como un objeto de diversion y pasatiempo; mas que no era tan estúpido para haber pensado sériamente en casarse con ella. Al mismo tiempo no tardó en llegar á oidos de Trina el rumor que circulaba de que Francisquillo iba á casarse con la jóven Angélica Doren, á pesar de que esta apenas acababa de salir del colegio en donde se habia educado. Este rumor se acreditó muy luego, porque Angélica era rica y su fortuna corria parejas con la de Moorof. La misma madre de Trina no vaciló en creer que realmente ese matrimonio se efectuaria.

Al estar persuadida de ello, hizo por reponer sus fuerzas, volvió al trabajo y envió á Trina á un pueblo del Hannover, distante cuatro leguas de aquel en que ella vivia. Francisquillo no habia hablado con Trina antes de la marcha de esta; mas no debia tardar en saberla. Ensillando estaba el caballo para ir á ver á su querida, cuando llegó su madre con aire de triunfo y dijo, que seis semanas habian bastado para verificar un grande cambio, puesto que Trina estaba ya comprometida con un polvorista del ejército hanoveriano, y que el negocio iba á con-

cluirse muy luego. A oir estas palabras el jóven se marchó herido de muerte, y anduvo casi errante de uno en otro pueblo. Aunque estaba ya persuadido de la traicion de Trina, en medio de su dolor procuraba todavía escusar la conducta de su amiga, diciendo que mientras él estuvo ausente habian llevado para él una carta de Trina, en la que se descubrian perfectamente huellas de las lágrimas que esta habia derramado, y que su madre arrojó la carta al fuego.

A la verdad nada habia de todo esto, mas pareciéndole imposible que Trina le hubiese abandonado sin motivo alguno, deseaba darse á sí mismo una esplicacion de ese estraño proceder, y no podia hallar ninguna que fuera plausible. Durante tales sucesos Angélica Doren iba todos los dias á Moorof, y como era una muchacha muy sumisa y muy dulce, Francisquillo no podia tenerle odio ninguno. Al mismo tiempo la madre de Angélica iba con frecuencia á la granja y tenia con la del jóven conversaciones muy largas.

Un domingo, Francisquillo tomó una resolucion estrema. Cogió el sombrero, y al través del bosque, se dirigió á la casa de campo en que vivia la familia de Doren. Violentándose no poco, tomó café en compañía de Angélica, y comió y bebió de tal suerte, que la anciana señora de la casa le manifestó cuanto le estrañaba y le complacia al mismo tiempo ver que tuviese tan buen apetito. Cuando vino la noche y apareció la luna que debia esclarecerla, levantóse el jóven y presentando la mano á Angélica, cuya madre estaba contentísima al ver el sesgo que las cosas tomaban, dijo á la jóven si queria acompañarle, pues tenia que decirle alguna cosa. Angélica miró al jóven con alguna vacilacion, mas notando que la frente de la madre se oscurecia, y siendo costumbre muy admitida y general en el país esa clase de paseos entre los jóvenes, cuya sencillez y buenas costumbres los habian autorizado siempre, siguió al jóven que tomó el camino de las dilatadas praderas inmediatas á la casa.

Escucha, Angélica, dijo Francisco cuyo corazon estaba verdaderamente oprimido; parece que al fin quieren que nosotros dos seamos marido y mujer. Angélica soltó un suspiro. Tú eres hermosa y buena, continuó el galan, y Trina se ha portado malamente conmigo: mas mi corazon está muy positivamente afligido, y conozco que nunca podré olvidar á Trina, ni es posible que yo me case con otra.

Angélica miró á Francisco con ojos brillantes, le dirigió una sonrisa de incredulidad, y en voz baja dijo: lo que dices no es verdad. Pues yo te aseguro que lo es, replicó el jóven; tú no podrás perdonármelo nunca, mas es preciso que te lo diga. Tú te has metido en la cabeza que has de ser la dueña de Moorof; y yo debo asegurarte de un modo resuelto que no sucederá semejante cosa. Francisco! esclamó Angélica. ¡Y qué! dijo el jóven. Tú no serias capaz, continuó Angélica, de guardar el secreto si.....

Francisco dirigió la vista á los ojos de su compañera, en los cuales á la luz

de la luna podia verse brillar una lágrima. Cogió la mano de la jóven, y le dió el brazo. Angélica detuvo las lágrimas, y cubierto el rostro de rubor, confesó que tenia otro amante. ¡Otro amante! esclamó el jóven. Pero ¡ay de mí! añadió con acento triste, ¿qué me importa esto? Ayúdame, dijo Angélica, y no faltará quien te ayude. El bueno del maestro de escuela quiere casarse conmigo, y yo estoy decidida á no tener otro esposo. He debido venir á Moorof á pesar mio: mas es preciso que lo sepas: tu madre y la mia se han empeñado en desacreditar á Trina á tus ojos. De manera, dijo Francisco, que tú no das crédito á lo que de ella me han contado? No le doy ninguno, y lo que te digo es tan cierto, como que los dos nos hallamos juntos en este sitio. Gracias, amiga mia: no solo te llamas Angélica, sino que realmente eres una jóven angelical; y al decir esto, estrechó su mano con una violencia que hizo estremecer á la jóven. Vámonos, dijo esta; se hace tarde, es preciso que yo me vuelva, y espero que no dirás una palabra de lo que te he comunicado.

Sí, dijo Francisco, quiero hablar de cerca al maestro de escuela, que es un buen muchacho, y entre los dos veremos si es cierto que no hay medio de hacer feliz á uno de nosotros dos. Si necesitais dinero, yo os lo daré, y tú no tendrás que ocuparte de tu ajuar, si tu madre no quiere ponerse en la razon. ¿Quieres que seamos amigos? Sí, y con mucho gusto. Entonces dame la mano en señal de amistad. Angélica se la presentó. Buenas noches, mujer angelical; y diciendo esto la abrazó en muestra de gratitud por haber sido ella la única persona que le habia hablado en favor de Trina. Angélica procuró desasirse de los brazos de su amigo, y corrió para salir del bosque hasta el cual habian llegado sin notarlo, distraidos como iban en su animada conversacion. En aquel instante Francisco estaba en acecho, porque le pareció que habia oido el rumor de algun animal; mas viendo que todo estaba tranquilo, se puso en marcha.

¡Si hubiese podido adivinar quien era la persona que en aquel momento se hallaba tendida sobre el húmedo suelo, llorando y orando! Era Trina. En aquel dia caminó cuatro leguas para poder ver una vez al menos á su querido, despues de una ausencia de dos meses. Habia llegado al punto en que el camino se dividia en dos, uno de los cuales iba al pueblo, cuando se estremeció oyendo aunque de lejos la voz de Francisco. Sin mas objeto que el de espantarle, se ocultó detrás de un arbol á fin de salir de pronto cuando él pasase; mas ella era la que debia espantarse cuando vió que su amante atravesaba la pradera dando el brazo á Angélica. Fuera de sí misma, en el primer momento tiró la cesta y se dejó caer en el suelo, inmediata al árbol detrás del cual se habia colocado. Desde allí escuchaba con una atencion inefable, y sus nervios se estremecian á la menor conmocion de las hojas ó al mas leve rumor del aire. Oyó cuando Francisco preguntaba á Angélica si queria ser su amiga, oyó tambien cuando le dió las buenas noches tratándola de mujer angelical, y hasta le pareció haber notado el rui-

do de un beso dado por Francisco á su rival. La pobre muchacha quedó anonadada.

Francisco estaba ya muy lejos cuando ella se alzó, miró en torno suyo, y hallándose sola se dirigió hácia el pueblo, y por el camino hubo de encontrar á la vieja Isabel, la cual estuvo mirando por largo rato y con mucha atencion á Trina, mostrando en ello una alegría que no se tomaba la pena de disimular á ella misma. ¿Qué es lo que buscas? le preguntó la bruja; Francisco se te ha escapado de la red. ¡Ay de mí! esclamó Trina. Vos, Isabel, siempre habeis sido buena para conmigo, y ni mi madre ni yo os hemos causado jamás el menor daño. Decidme pues otra vez lo que me deciais en cierta noche, ¿os acordais? El hijo de la granja de Moorof te ama. Repetidlo, Isabel, y moriré contenta.

Isabel reflexionó, y al cabo de un largo rato dijo: Dame un florin que necesito y despues veremos. La pobre muchacha reunió con sus temblorosos dedos el poco dinero que tenia, y vió que solo llevaba lo que habia ganado durante toda la semana, pero que ni con mucho componia la cantidad exigida por la vieja. Un florin, repitió Isabel. Isabel, tened compasion de mí, poseo algun dinero mas, pero mi madre está enferma, y espera con impaciencia que le entregue lo que he ganado. Está bien, dijo Isabel. ¿Tu amante no te ha hecho algun regalo? Sí, una sortija. ¿Una sortija? Tanto mejor, enséñamela, pues hace mucho tiempo que no he visto ninguna. Trina se volvió de espaldas, abrió el pañuelo del cuello y sacó del pecho una sortija pendiente de un cordoncillo de seda, é Isabel estendió su descarnada mano hácia aquella delicada joya. No la toqueis, dijo Trina. Pues será preciso que la toque, respondió la vieja, porque tú no puedes conservarla. Dame ese dinero que me ofrecias y oye el único medio que te queda para salir de apuros. ¿Conoces la fuente de las brujas? Sí, respondió Trina estremecida. Tu amante se ha enamorado de Angélica Doren. Ya lo sé, ya lo sé, y lo he visto. Pues bien, prosiguió Isabel, vé, arroja esa sortija á la fuente y no pasarán ocho dias sin que tu amante vuelva á tu lado y te lleve otra sortija. Cuando vayas allí debes guardar silencio absoluto, y tampoco debes romperlo cuando hayas llegado á la primera casa del pueblo. Buenas noches, Trina, dijo Isabel y desapareció.

La pobre aldeana se quedó inmóvil y sumergida en mil encontrados pensamientos. Educada con las preocupaciones que eran generales en su pueblo, creyendo de veras en aparecidos y en brujas, juzgando como cosa cierta que Isabel era una de estas últimas y que tenia una especie de poder sobrenatural para predecir los sucesos futuros y adivinar la suerte de cuantos fueran á consultarla, no le cabia duda de que creyendo á Isabel saldria de todos los apuros. Si se le hubiese exigido cualquiera otro sacrificio que no tuviera relacion sino con ella, no habria vacilado un instante; mas ahora se queria que arrojase á una fuente y que perdiera la sortija que era la única prenda que conservaba de su amante; el único bien que poseia, la única esperanza que le quedaba de que aquella prenda

quizás podria en algun tiempo servirle para recordar á Francisco las promesas del mismo recibidas. Vaciló, pugnó entre tan diversas ideas, se levantó mil veces, sentóse otras tantas; mas al fin el amor triunfó del miedo, ó por mejor decir, la preocupacion y las creencias triunfaron del amor y del miedo. Levantó sus ropas, y por angostas sendas que conocia perfectamente, atravesó el bosque por los lugares mas espesos y fragosos con paso acelerado y sin detenerse un punto. Despues de mucho rato, fatigada, anhelante, y maltratada en los piés y piernas por las malezas y los espinos que en las laderas de los caminos abundaban, llegó finalmente á la fuente de las brujas, que estaba en un sitio muy delicioso del mismo bosque. Habia un pequeño altito rodeado de yerbas y arbustos en medio de los cuales algunas encinas y fresnos alzaban sus ramas, cual para proteger la soledad de aquel lugar retirado.

Trina miró temblando hácia aquel manantial cristalino y escuchó durante un momento el murmullo del agua que saltaba y venia á convertirse en un arroyuelo. La jóven tenia la sortija en la mano, la besó mil veces, no sin mirar á cada instante al rededor de sí, á fin de conservar la presencia de espíritu que sin embargo iba perdiendo muy aprisa.

Cerca de sí vió un arbol en que estaba clavado un grande hierro, que en otro tiempo sirvió para arrendar el caballo un famoso ladron que habia asolado la comarca. Parecióle oir á lo lejos aullidos de lobos, graznidos de cuervos, y cuantos rumores eran á propósito para amilanar su ánimo; y no obstante no se percibia rumor ninguno, y á no ser el murmullo del agua, hubiera reinado en aquel lugar un silencio absoluto. Huye, huye; le pareció que oia resonar por aquellas fragosidades, repetido por voces siniestras. En aquel momento soltó la sortija casi sin quererlo, oyóse un leve rumor cual el de un objeto que cae en el agua y todo quedó terminado.

La jóven llegó á su casa devorada por una ardiente calentura, pasó una noche terrible, sueños espantosos turbaron los pocos instantes en que pudo pegar los ojos, y presa de temores estraños y de preocupaciones pasó las seis horas mas fatales de su vida.

Al dia siguiente Isabel fué á pedir limosna á casa de Trina, y le preguntó si habia hecho lo que le dijo. Al cabo de una hora, Francisco estaba en la misma casa, pálido y al parecer muy conmovido, y sin dirigir apenas la vista á Trina que estaba muy inmediata á la puerta. Señora, dijo á la madre de su amada, yo he pretendido con toda honra y con la mejor intencion del mundo la mano de vuestra hija; he jurado que ninguna otra mujer seria la dueña de Moorof: pero han llegado á mis oidos tales cosas que ante todo es absolutamente indispensable una esplicacion. Muchas mas han llegado á los oidos nuestros, dijo la viuda ofendida: mas si tú faltando á tus palabras y á tus juramentos, y movido por razones que yo no pretendo investigar de modo alguno, quieres abandonar á

mi hija despues de haber dado ocasion á que se hablara mucho y muy mal de ella, es inútil que te valgas de rodeos. Lo que ha sucedido ya no tiene remedio ni es posible darle otro giro. Basta ya de escándalos y de pesares, quédense las cosas en este punto, cásate en buena hora con Angélica Doren, y puedes estar seguro de que por nuestra parte no diremos una palabra. No te queda mas que hacer con respecto á nosotras sino darnos los buenos dias, volverte y nunca mas entrar en esta casa.

Francisco se puso mucho mas pálido y en voz baja dijo: Solo quisiera decir una palabra á Trina. ¿En donde está mi sortija? ¿La has dado á tu nuevo amante ó la conservas? Trina bajó los ojos. ¿En dónde está mi sortija? repitió Francisco gritando. Enséñamela y yo impondré silencio á cuantos se atrevan á levantar la voz contra tí.

Ninguna de las tres personas presentes podia adivinar cual seria el resultado de aquella escena, que en verdad tomaba mal sesgo. Trina se desmayó, la pobre madre á puro de pesadumbres y de lágrimas ya no comprendia una palabra de cuanto pasaba, ni sabia qué decir ni qué hacer; y Francisco viendo que Trina no presentaba la sortija, ni daba una contestacion satisfactoria, se marchó en la firme persuasion de que su madre María decia verdad cuando pintaba á Trina como una mala muchacha. Al volver á su casa, aun encontró en ella á la maldita bruja que le habia llevado la mala noticia de la sortija perdida. Ven ahí afuera, dijo Francisco. Isabel le siguió y el jóven la llevó al jardin. Dime al momento, le preguntó encendido en cólera y echando fuego por los ojos, si verdaderamente tú adivinas lo que piensan otras personas. Suéltame el brazo, gritó Isabel, ó no me arrancarás ninguna respuesta. Si no me contestas en el acto, le gritó Francisco, te arrojo al estanque, y á puntapiés te sumergiré al fondo si sales arriba. ¡Jesus mio! gritó la vieja. ¿Respondes? Si, ó no, pronto, pronto. Sí, sí, dijo la bruja estremecida. ¿A quién ha dado Trina la sortija? Nómbralo al instante, porque yo he de matarlo sin remedio, y esto sucederá hoy mismo, al momento, dí, ¿á quién, á quién? No lo sé, lo ignoro absolutamente, respondió Isabel. Francisco estaba fuera de sí. Me pediste un florin y te daré dos, si contestas á mi pregunta, pero guárdate de engañarme, porque entonces te mataria. ¡Dos florines! dijo la vieja: en mi vida los he visto, y me parece imposible que haya quien los posea. ¡Hola! Matías, gritó el jóven á un mozo de la granja que estaba á corta distancia; vé arriba y pídele en mi nombre á madre dos florines. Matías obedeció y vino muy luego con los dos florines. ¿Los ves, Isabel? La vieja los agarró con furia y precipitadamente, y parecia absorta contemplándolos, hasta el punto de haber olvidado á Trina y á su amante.

¡Ay de mí! dijo finalmente derramando lágrimas. Es tan cierto como hay Dios en el cielo, que siempre me lo habia figurado. Este hombre me ha dado dos monedas que no habia tenido nunca, y tales cuales mi alma las estaba ambicio-

nando hace muchos años; dos monedas que valen mas que todo lo que me dió mi amante cuando se fué para dirigirse á Francia y no volver nunca mas. Dios os bendiga á tí y á Trina; no, no mereceis que yo os engañe.

Terminada esta esclamacion la vieja contó con estremada volubilidad los enredos de María, y lo que ella misma habia aconsejado á Trina en la anterior noche. Apenas lo hubo oido Francisco cuando echó á correr hácia el bosque, pensando que si la sortija estaba en la fuente él la veria. Cuando la habré encontrado, iba diciendo, entonces llegará el momento de que mi pobre Trina piense en la boda. Adelante pues, adelante, y volaba hácia la fuente de las brujas, que conocia de toda la vida.

Al llegar cerca de aquel sitio, observó que las ramas de los avellanos y de los abetos que rodeaban la fuente habian sufrido una fuerte violencia, pues que algunas de ellas estaban tronchadas y un presentimiento sombrío le hizo precipitar los pasos. Separó las ramas que obstruian el paso y vió que flotaban por sobre el agua ropas para él muy conocidas. Apenas tuvo tiempo de lanzar un grito cuando estaba ya metido en el agua hasta la cintura, y observó á la infeliz jóven que en realidad estaba en la piscina que servia de receptáculo al agua del manantial. Depuso sobre la yerba el cuerpo de su amada del que chorreaba abundante agua. Trina pálida, aunque tan hermosa cual nunca su amante la habia visto, estaba tendida sin movimiento, y los ojos que tantas veces habia el jóven contemplado con delicia, ahora estaban cerrados. No daba señal alguna de vida, y Francisco clavando en ella la vista y sumido en la mayor desesperacion pensó que la habia perdido para siempre. No sabiendo á qué remedio acudir para salvarle la vida, la llamaba con ternura, le prodigaba caricias: pero Trina al parecer era insensible á los esfuerzos de su amante. Tantos fueron estos, tanto sacudió su cuerpo, tantas veces pronunció con ternura su nombre, que al fin entreabrió los ojos y de su pecho salió un suspiro. Francisco hincando las rodillas en el suelo puso la cabeza de su amada sobre el muslo, y continuó prodigándole cuantos cuidados permitia su situacion angustiosa. La naturaleza habia comenzado su obra y le dió feliz término. Trina volvió en sí, reconoció á su amante, y la vista de este hizo lo que no hubieran obrado todos los medios del arte. ¡Francisco! esclamó con ternura, soy inocente, mira, y le indicó la fuente. Francisco inclinó su cuerpo, miró el fondo, y en él vió una cosa como una estrella amarilla. Todo el arcano quedó descubierto, lo que le habia contado Isabel era verdad, Trina era inocente, y comprendiendo que su amante no abrigaba ya dudas acerca de su fidelidad, se lanzó en sus brazos delirante.

Bien quisiera Francisco que al momento se alejaran de aquel sitio funesto, pero el estado de Trina no lo permitia. Las ropas estaban chorreando agua, el frio la tenia arrecida, y le faltaban fuerzas para dar un paso. El tiempo era precioso. Trina salvada de las aguas, podia morirse de frio, de angustia, de ver-

güenza, y Francisco no vaciló un instante. Serénate, le dijo, ten un momento de valor, y dentro de poco estoy otra vez á tu lado con todos los ausilios necesarios. Y sin aguardar la respuesta, en alas del amor voló á la granja. Dos criados trajeron lo necesario, Trina fué acomodada en una especie de litera, se envolvió comopudo en las ropas que su amante le habia traido, y fué trasportada á la aldea y á la casa de su desconsolada madre que la creia perdida para siempre.

A los ocho dias se presentó en el pueblo llevando la sortija, no oculta en el seno, sino puesta en su hermosa mano.

María al dia inmediato se retiró en silencio á la casa de enfrente preparada ya para ella y cuyas puertas permanecieron cerradas cuando algunas semanas despues Trina, esposa ya de Francisco, hizo su entrada solemne en la granja. En ese mismo dia la vieja Isabel recibió como regalo del novio una alhaja de plata, y esa infeliz mujer, poco antes de morir tres años mas tarde, envió esa misma alhaja y los dos florines al cura de la aldea para que los distribuyese entre los pobres mas necesitados de la parroquia.

Aun hoy dia enseñan en ese país la granja de Moorof, y no hay persona alguna en la aldea que no sepa perfectamente y que no refiera al viajero la historia entera de la buena Trina y del honrado Francisco.



G. Metsu pinx. A.H. Payne sc.

Le Marchand de gibier.

The Game Dealer. Der Wildprethändler.

Kurnik.

EL VENDEDOR DE CAZA.

(CUENTO DE [illegible].)

En todo el territorio de Leyda no había en 18[illegible] [illegible] mas hermoso que el de Reinaldo Tomas Van Riber, ni habitante [illegible] de la ciudad que á lo menos una vez al mes no fuese en romería á ese castillo, que en el país era conocido con el nombre de Castillo del Baron [illegible]. Estaba situado á unas tres leguas de Leyda y su construccion se resentia del antiguo estilo holandés; defendíanlo una puerta bastante robusta y un viejo puente levadizo colocado sobre un foso ancho y profundo. Desde el patio del castillo se abarcaban con una sola ojeada todas las fábricas dependientes del mismo edificio señorial, las casas de los empleados, las cuadras y las granjas, de suerte que mirando aquel conjunto parecia uno encontrarse en la Holanda de doscientos años atrás.

El respeto por los antepasados no habia permitido al actual propietario hacer el menor cambio en esas construcciones pintorescas, con sus elevados techos, sus inmensos aleros y sus interminables galerías. A pesar de todo eso, que recordaba tiempos que ya fueron, apenas se habia recorrido el vestíbulo, cuando podia uno creerse trasladado á un verdadero paraíso moderno. Presentábase una verja ricamente dorada, y por allí se entraba á un jardin capaz de excitar la admiracion del holandés mas apático. Ofrecia la tierra del jardin destinado á flores, mil dibujos distintos, cuyos contornos formaba el verde y alto césped; á derecha é izquierda el sol reflejaba sus rayos en los cristales [illegible] de inmenso invernadero, y en todas partes la vista maravillada se detenia en mil [illegible] raras y preciosas, cuya mayor parte costaron crecidas sumas. Este jardin, cuya extension era poca, se llamaba la rueda, porque los caminos cubiertos de



EL VENDEDOR DE CAZA.

(CUADRO DE G. METSÚ.)

En todo el territorio de Leyda no habia en 1632 un edificio mas hermoso que el de Reinaldo Tomas Van Ribers, ni habitante ninguno de la ciudad que á lo menos una vez al mes no fuese en romería á ese castillo, que en el país era conocido con el nombre de Castillo del Baron invisible. Estaba situado á unas tres leguas de Leyda y su construccion se resentia del antiguo estilo holandés; defendíanlo una puerta bastante robusta y un viejo puente levadizo colocado sobre un foso ancho y profundo. Desde el patio del castillo se abarcaban con una sola ojeada todas las fábricas dependientes del mismo edificio señorial, las casas de los empleados, las cuadras y las granjas; de suerte que mirando aquel conjunto parecia uno encontrarse en la Holanda de doscientos años atrás.

El respeto por los antepasados no habia permitido al actual propietario hacer el menor cambio en esas construcciones pintorescas, con sus elevados techos, sus inmensos aleros y sus interminables galerías. A pesar de todo eso, que recordaba tiempos que ya fueron, apenas se habia recorrido el vestíbulo, cuando podia uno creerse trasladado á un verdadero paraiso moderno. Presentábase una verja ricamente dorada, y por allí se entraba á un jardin capaz de escitar la admiracion del holandés mas apático. Ofrecia la tierra del jardin destinada á flores, mil dibujos distintos, cuyos contornos formaban el verde y alto césped; á derecha é izquierda el sol reflejaba sus rayos en los cristales venecianos de inmensos invernaderos, y en todas partes la vista maravillada se detenia en mil flores raras y preciosas, cuya mayor parte costaron crecidas sumas. Este jardin, cuya estension era poca, se llamaba la rueda, porque los caminos cubiertos de

arena blanca, formaban un laberinto y no permitian llegar al bosque situado al estremo, sino despues de caminar media hora, á menos que se prefiriese seguir por lo largo de los invernaderos. Era para los holandeses un placer indecible seguir á pasos lentos y con la calma de un hombre del norte todas las sinuosidades de ese estravagante camino, para llegar al bosque que no distaba mas que un tiro de fusil. El señor Van Ribers hizo construir aquel laberinto florido, con sendas cruzadas en todos sentidos, á fin de presentar á los visitadores en el menor espacio posible el conjunto de todo lo que la mas hermosa vegetacion de cada país puede ofrecer mas notable. La entrada del bosquecillo estaba guardada por un grupo de dioses marinos ejecutados en mármol, y que por medio de un grande caracol despedian una agua verdosa en una piscina poblada de peces de mil colores. Veíanse luego un grupo de árboles, y algunas calles de arbustos, cortados simétricamente y á ocho piés de altura, semejantes á paredes verdes. Allí habia asientos rústicos, ermitas, cabañas en miniatura, algunas estatuas, un pequeño buque de guerra en medio de un estanque, y mil pájaros de brillantes plumas cantaban en doradas jaulas suspendidas de las ramas de los árboles. Una de las ermitas contenia un depósito de escelente cerveza, que un holandés ya viejo y vestido de turco ofrecia por pocos cuartos; una lechera suiza que en la cabaña presentaba á las señoras, leche, té y café; el lindo buque de guerra era un reducido almacen en donde los aficionados podian henchir de balde las pipas y fumar en alegre compañía. En suma, aquello era un verdadero paraiso holandés, y delicioso término del paseo para los habitantes de la ciudad de Leyda.

En medio de todo, el propietario de esas cosas tan bellas era invisible para los numerosísimos curiosos que iban á visitar los jardines. Reinaldo Van Ribers tenia á la sazon treinta años, era soltero y vivia en un retiro absoluto, por cuyo motivo le llamaban el Baron invisible. Contábanse acerca de él toda clase de singularidades, sin que nadie sin embargo pudiera garantizar la exactitud de tales relatos: todos buscaban ocasiones para sorprenderle tanto en el jardin como en el castillo; pero esos esfuerzos eran infructuosos, y los visitadores acabando por renunciar á la esperanza de ver al baron, descansaban en la ermita, bebian cerveza, hablaban de los tulipanes y de los pájaros, de las estatuas y de las fuentes, y salian maravillados de aquel encantador recinto.

Justo es que el lector sepa el motivo del estraño comportamiento de nuestro héroe. Años atrás y siendo todavía muy jóven, se enamoró como un tonto de una moza labradora: y aunque la anciana madre puso en juego todos los medios imaginables para alejarlo de aquella mujer, Reinaldo queria de todos modos que Juana Dorotea fuese su esposa. El disgusto que esto ocasionó á la baronesa viuda, fué tan grande que cayó enferma, y poco antes de morir logró que su hijo le prometiera solemnemente renunciar á Dorotea. Cuando Reinaldo se fué consolando de la tristeza causada por la muerte de la madre se acordó con un dolor

inesplicable de la palabra que le habia dado, y no atreviéndose á quebrantarla abandonóse á la mas profunda melancolía y se alejó del país; mas á la vuelta supo que su querida Dorotea se habia muerto del pesar de su ausencia, y entonces se entregó á esa vida que era verdaderamente de ermitaño.

Algunos de sus parientes queriendo arrancarlo de ese retiro que sin remedio hubiera dado fin con su vida le hicieron viajar por Oriente con una honrosa comision del gobierno. Partió pues con el único criado á quien mas tarde instaló en la ermita, fué á Constantinopla, luego á Ispahan, y volvió al cabo de ocho años. Entonces construyó el laberinto y lo puso á merced de los curiosos: mas él aun se mostró mas taciturno y sombrío que antes de marcharse. Estaba prohibido á las mujeres penetrar en sus habitaciones, y cuando por casualidad encontraba por el castillo á alguna muchacha de servicio, con un gesto imperioso le mandaba que se retirase.

Era Reinaldo un hombre bello, el sol de Oriente habia enmorenecido su rostro, llevaba el cabello muy corto á despecho de la moda de entonces; pero su barba estaba muy poblada, y era mas larga y mas negra que la del mismo Shah de Persia. Los labradores le motejaban llamándole el baron Roberto el Negro, y su criado el anciano Juan el Turco creyó que debia comunicarle esta nueva. Hasta entonces Reinaldo habia oido con indiferencia cuanto de él se decia: mas este nuevo apelativo le encolerizó, de modo que agarrando el látigo que desde mucho tiempo no habia usado, dió á Juan una tunda desapiadada. ¡Cosa singular! Esos latigazos produjeron mucho mas efecto en el que los dió, que en aquel que los habia recibido; porque bien fuese que ese estraordinario ejercicio hubiera tenido un influjo saludable sobre su constitucion física, bien que aquella cólera produjera una conmocion en su sistema nervioso, desde aquel momento el baron pareció completamente cambiado.

En vez de ocultarse paseábase por el jardin ó por el parque, particularmente en los domingos cuando habia mas curiosos. Aunque sin hablar con nadie, saludaba á las señoras con amabilidad y gracia. Además renunció á su traje oriental; pero no obstante los forasteros le reconocian por su larga barba y porque solia atravesar los cuadros del jardin y saltar de un camino al otro; lo cual no hubiera osado verificar paseante alguno. Todo esto produjo un cambio muy agradable en los modales del baron; mas apenas los criados habian tenido tiempo de felicitarse por ello, cuando hubo otro cambio que le hizo mas insoportable. Iba continuamente acá y acullá sin direccion ni objeto, atormentaba á cuantos tenia al rededor con las órdenes mas contradictorias, iba con frecuencia á Leyda, y unas veces volvia con un humor muy negro, al paso que otras mostraba una alegría inmediata á la locura.

Sus criados, perdido completamente el tino, no acertaban en la manera de complacerle; cuando temian su vuelta, porque se fué trinando como un furioso,

volvia guiando él mismo su carruaje, contento, cantando, y encontraba bueno cuanto le servian en la mesa y cuanto se habia hecho en el castillo durante su ausencia. Juan el turco era el servidor mas antiguo y que mejor le conocia; por esta razon los demás criados acudian á él pidiéndole esplicaciones; pero el pobre viejo se hallaba tan apurado como los otros, porque nunca observó en su amo mudanza tan repentina, ni alegría tan estrepitosa. Ello era preciso saber en qué consistian tales peripecias; y el deseo de esta averiguacion era motivado, no por el capricho de satisfacer una curiosidad, sino para arreglar su conducta segun las circunstancias exigieran. Con mucha reflexion discurria Juan acerca de los medios capaces de conseguir ese objeto: y habia ya transcurrido algun tiempo sin que le ocurriese ninguno eficaz, cuando el mismo baron vino á esclarecer todas las dudas.

Dió órden á fin de que dentro de cuatro dias se preparase en su castillo un opíparo banquete para seis personas, órden que sorprendió al mayordomo y á la servidumbre entera, porque en aquella casa jamás se habia visto semejante cosa. Cumplióse el mandato, y en el dia señalado se presentaron en el castillo seis apuestos caballeros, cuyo solo aspecto declaraba de un modo indudable que eran otros tantos calaveras. El ruido, la gritería, el desórden que en el castillo promovieron no son para esplicados: allí pasaron desde el medio dia hasta la madrugada siguiente comiendo, vaciando docenas de botellas de riquísimos vinos, y por fin y remate jugando fuertes cantidades. La casa entera estaba escandalizada, á Juan el turco le parecia que soñaba, el mayordomo perdia el juicio, y todos los criados juzgaron que para aquella casa habia llegado el fin del mundo. Al amanecer del dia siguiente, el baron se marchó con sus compañeros, sin parecer mas ni durante el dia ni durante la noche: cosa que espantó mas á todos los habitantes del castillo, porque era de todo punto nuevo que el señor pasase la noche fuera de su casa. Con esta sola muestra, Juan el turco y el mayordomo que eran amigotes, conocieron que su amo se habia vuelto un grandísimo tronera, y desde entonces fueron para ellos muy naturales esos cambios de humor que desde algun tiempo le observaban. Sin embargo de que maldijeron mil veces el aislamiento en que el señor vivia, y la tristeza que ese sistema derramaba en toda la casa, ahora hallaban de menos aquella vida melancólica y retirada, calculando los mayores males que podrian resultar del nuevo método adoptado por su amo. Y en honor de la verdad hemos de decir que esos lamentos no eran hijos del egoismo, sino del interés que tenian por su señor y porque previeron á donde podia llevarle la conducta que ahora observaba. El mayordomo se estremeció al calcular hasta donde era capaz de arrastrarlo la ruinosa pasion del juego; y por cierto que entonces recordó que de algun tiempo á aquella parte el baron le pedia dinero con mucha mayor frecuencia que antes. ¡Necio de mí! decia el buen hombre, yo que me figuraba que ese dinero era destinado á limosnas, y

ahora por lo visto se lo llevan las comilonas, las barajas y no sabemos si las cortesanas. Esta idea trastornaba de todo punto al mayordomo y á Juan: aquel temia por la fortuna del amo; este temblaba por su salud y por su conciencia.

No pareció que el amo tuviese presente ni esto, ni aquello, ni lo de mas allá: continuó su vida borrascosa llevando al castillo á sus amigos y ausentándose á su vez por uno y aun por muchos dias. El silencio de aquella casa habia terminado: el desórden del castillo cuando habia reunion de jóvenes, era tan grande, que los criados necesitaban ocuparse un par de dias para restablecer las cosas en su puesto: y cuando habia convites y juego, aquello se transformaba en un infierno. Y los amigos que acudian no eran siempre los mismos, sino que al parecer su amo estaba relacionado con todos los calaveras de la ciudad, segun era el número de los que visitaron el castillo.

En una de las frecuentes ausencias que de él hacia, comenzaban ya Juan y el mayordomo á estar inquietos porque el baron no pareció en una semana, cuando vino un jóven con una carta del amo dirigida al mayordomo mandándole entregar una fuerte suma. Estremecióse el buen hombre á tal demanda; y mas cuando á sus lamentos contestó el mensajero que la cosa urgia, porque ese dinero estaba destinado á compensar á un vecino de Leyda que merced á los buenos oficios de algunas personas accedia á recibir ese dinero como una indemnizacion por los daños que el baron le habia ocasionado. Fué preguntando el mayordomo y fué esplicándose el otro, viniendo á resultar que por ciertos amoríos el baron, junto con algunos de sus amigos, trataron muy mal á un honrado ciudadano, cometieron no pocas tropelías en su casa, llevándose una jóven que por fortuna pudo huir de ellos á pocos pasos del lugar de donde la habian sacado: y que todo iba á dar ocasion á un procedimiento judicial de que aquellos locos hubieran salido muy mal librados, á no haber intervenido otras personas que lograron comprar el silencio de los ofendidos con ese dinero que pedia el señor baron por haber salido garante de la promesa hecha por los interventores. Dió el mayordomo la suma augurando muy mal de todas esas cosas, temiendo con razon que no de todos los lances saldria su amo por medio del oro, y que aun cuando lo consiguiera, entre los tales lances y el juego su fortuna se desvaneceria como el humo. A los pocos dias el baron se presentó como si tal cosa, y mostrándose alegre cual si hubiese granjeado algun grande triunfo.

Otros muchos lances de la misma ó parecida naturaleza le acontecieron, y gracias á sus buenas relaciones, á su influjo y á su dinero, salió airoso de todos ellos, lo cual contribuyó mas y mas á empeñarle en otros, y á preparar las cosas para algun accidente desagradable. Espantado el mayordomo al ver los exorbitantes desembolsos del baron, ya para festejar regiamente á sus camaradas, ya para satisfacer los compromisos del juego en que tenia fortuna muy menguada, ya para enmendar agravios y acallar quejas, se atrevió en un dia de buen

humor del amo á manifestarle que si continuaba en sus prodigalidades, seria indispensable apelar al recurso de vender parte de sus cuantiosos bienes. El baron oyó la nueva con la mayor indiferencia; y dijo al mayordomo que cuanto poseia era suyo, y que pues no tenia hijos, en cuya consideracion debiera procurar economías, no se acuciaba por dinero, que desde entonces podia disponer las cosas como entendiera ser mas conveniente á fin de que siempre estuviese en estado de acudir á sus necesidades y caprichos. El mayordomo quedó estupefacto; porque despues de cincuenta años de continuos y desinteresados desvelos para aumentar los bienes y las rentas del baron, veia ahora que todo ese trabajo no solo era perdido, sino que el mejoramiento de la fortuna de su amo serviria ahora para dar pábulo á sus malas costumbres. Echábase el buen hombre en cara haber aumentado los recursos del señor, porque cuantos mas eran estos, tanto mas podria el otro continuar en esas locuras en que parecia estar encenagado. Pero no hallando remedio para esto, quedáronle el consuelo de haber obrado lealmente y la esperanza de que sino entonces mas tarde quizás Ribers prestaria atencion á sus consejos.

Hacia una semana que Reinaldo se ausentó de su castillo, y todos los servidores estaban ya en ascuas por no saber de él ninguna nueva, ni haberse presentado nadie á buscar dinero en su nombre, cual solia acontecer en ausencias tan dilatadas; cuando hácia mitad de la mañana del dia octavo, cuatro de los compañeros del baron lo trajeron á su casa malamente herido y en un estado de postracion muy alarmante. Un lance de amor habia dado lugar á ese accidente, pues como atentara á la honra de una señora que estaba comprometida con otro caballero, este tuvo noticia del caso, le provocó en medio de la calle y el lance paró en un desafío, en que hacia tres horas habia el baron recibido una herida, al parecer muy grave. El trastorno de Juan el turco y del mayordomo fueron indecibles, pues uno y otro juzgaron que su amo se moria sin remedio. Los facultativos no creyeron la cosa tan apurada, pero no obstante Reinaldo hubo de meterse en cama, cuidar con mucho esmero de su salud y permanecer encerrado en el castillo mas de tres meses, recibiendo visitas de sus camaradas, y compensando con el juego la falta de otros pasatiempos. Sin embargo, su largo encierro, las muchas horas que pasaba solo, la ausencia de los que le habian maleado, las continuas reflexiones del mayordomo, las sencillas y tiernas del viejo Juan y las propias hicieron abrir los ojos al baron, dándose finalmente á entender que el camino por donde andaba no podia menos de llevarle á la perdicion tarde ó temprano. Comenzó á recibir con alguna frialdad á sus compañeros, mostró poca aficion al juego, y los jóvenes que no gustaban de la soledad del castillo, no hallando en él los banquetes y la alegría de otras veces, poco á poco fueron desertando, y en mitad de la curacion Reinaldo se quedó solo. Entonces mas que nunca trabajaron el mayordomo y Juan, y como por otra parte vió el

abandono en que los amigos le habian dejado desde el punto en que no secundó sus inclinaciones, fué arrepintiéndose y haciendo propósitos para lo venidero.

En ese tiempo el jardin, el parque y el bosque del castillo habian continuado abiertos siempre para todo el mundo; y aunque el rumor de las calaveradas de su dueño, que habia cundido por la ciudad, retrajo á muchas personas de frecuentar aquel ameno sitio, otras menos escrupulosas ó ignorantes de esas novedades, siguieron gozando de la amabilidad del baron, que mas para los otros que para sí parecia haber construido aquel vicioso laberinto. Cuando su salud le permitió salir de la cama y andar por casa, solia asomarse á una ventana que daba al jardin, y desde allí divertia la vista mirando á los que iban á disfrutar de las delicias de aquella quinta. Entre los habituales paseantes de ella habia algunas señoras, y en medio de estas el baron distinguió á una, que sin ser bella cautivó su corazon en términos, que ignorando quién era y á qué clase pertenecia y sin haberle hablado ni saludado siquiera se enamoró cual nunca lo habia estado allá en sus mocedades de Juana Dorotea. Comprendió que el amor que esa mujer le habia inspirado era de naturaleza muy distinta del sentimiento que dispertaron en él en la última época de su vida las varias mujeres á que su corazon se sintió inclinado por un momento; y aunque habian transcurrido muchos años desde que suspiró por Juana Dorotea, parecióle que el afecto que hácia la desconocida esperimentaba, era igual al que habia sentido por aquella jóven. Cada tres ó cuatro dias la veia pasear por el jardin ya con una señora de aspecto venerable, ya acompañada por un caballero, á quien indudablemente conocia el baron por mas que no recordara quien fuese; y aguardaba con impaciencia el momento de poder bajar al jardin para dirigirle alguna palabra. Sin embargo, al pensar en esto juzgaba que habia de faltarle valor para verificarlo. El mismo no supo darse una esplicacion satisfactoria de esa especie de cortedad que indudablemente le sobrecogeria al acercarse á ella, cuando estaba acostumbrado á ser audaz con otras muchas mujeres.

Observaba que esa señora léjos de mezclarse entre la muchedumbre de visitadores que al jardin acudian, se sentaba con su compañera, que bien pudiera ser su madre, en un sitio aislado dentro del parque, contemplando con una satisfaccion muy notable un magnífico canario verde que cantaba alternativamente con una dulzura y una fuerza pasmosas. Parecióle al baron que cuando pudiese bajar al jardin, hubiera, haciendo un esfuerzo, tenido el valor necesario para llegarse á esa señora, hablarle del canario, esplicarle como lo habia adquirido, y que esto daria lugar á una conversacion, y á alguna sonrisa que le hubiera animado á ofrecerle aquel hermoso pájaro, de que estaba al parecer enamorada; mas al representarse en su imaginacion el lance real y positivamente se veia precisado á confesar que le faltaria ánimo para tanto. Cuando mas embobado estaba mirando, las dos señoras salieron del laberinto y atravesando el patio se

entraron en un elegante carruaje. ¡Cosa inesplicable! El baron sintió correr una lágrima por su rostro y quedó sorprendido. La virtud que adivinaba en esa señora le imponia respeto; y al acordarse de cual habia sido su conducta en los últimos tiempos temió empañar con su aliento el candor y la pureza de aquella dama. Este era el motivo de su cortedad: se consideraba indigno de dirigir una palabra de amor á la virtud con los mismos labios con que habia pronunciado tantas hablando con el vicio.

Finalmente quedó del todo curado y pudo montar á caballo. La primera salida fué para ir á Leyda tras de la hermosa desconocida que acababa de salir del castillo y de meterse en el coche. Siguiéndolo el baron entró en Leyda al mismo tiempo que ella; pero aun mucho antes de llegar á la ciudad se le habia abierto la herida, sufria dolores terribles, y él mismo temió que iba á caerse del caballo. Por fortuna no fué así, pero se sintió tan malo, que faltándole ánimo para seguir á la desconocida, á duras penas pudo llegar á casa de un amigo desde donde á los dos dias fué trasladado al castillo. El ejercicio fué demasiado largo y violento atendido el estado en que se encontraba: por lo tanto sufrió el castigo de su temeridad, debiendo estar encerrado en casa durante un mes. Era imposible pasar todo este tiempo sin tener noticia alguna de la hermosa señora de sus pensamientos, y no pudiendo inquirirlas por sí hubo de acudir á otras personas que le suplieran. La primera que le ocurrió fué Juan el turco: mas este hombre, de capacidad muy menguada, que estaba ya muy viejo para andar listo, y que nunca habia entendido una palabra en esta clase de negocios, acreditó en dos viajes de descubierta que hizo á Leyda, que su nulidad era absoluta y que la repeticion de tal diligencia no produciria resultado alguno.

Mas ya que por sí mismo no era capaz de hacer cosa de provecho, y él en medio de su modestia lo conocia, tuvo la sagacidad necesaria á fin de buscar quien fuese apto para el desempeño de su encargo. Presentó á su señor un hombre metido en un chaqueton muy holgado y llevando en la cabeza un gorro peludo, y dijo que era maese Matias. Tenia el forastero la misma edad que Juan: y su rostro despejado, sus cabellos blancos y su plateada barba, desde luego inspiraron confianza al baron. Hé aquí por fin, señor nuestro amo, dijo Juan, el hombre que necesitamos: Matías conoce á todos los caballeros y á todas las señoras de Leyda. ¿Y cómo es posible? preguntó Reinaldo examinando al viejo y en tono de duda. Señor, dijo Matías; cada semana voy dos veces á Leyda, me coloco debajo del grande árbol que hay detrás de la casa de la ciudad: las señoras y las señoritas me rodean al momento y no saben separarse de mi lado. ¿A tí te rodean señoras y señoritas? preguntó Reinaldo. Sí señor, para ver y comprar liebres, perdices, becadas, tordos y ánades salvajes. ¿Y tú quién eres? preguntó el señor. Soy vendedor de caza, contestó Matías. ¡Ah! ya comprendo, prosiguió el baron; tú eres el pillastre que compras á los cazadores furtivos to-

da la caza que roban en mi bosque. Pero no importa: si encuentras la señora que yo busco durante un año podrás coger en mis bosques toda la caza que quieras. Matías abrió un palmo de boca, mientras el señor le hacia la descripcion de su hermosa dama. Es de estatura regular, iba diciendo, en su fisonomía se ve una dulzura angelical, tiene el cabello castaño, los ojos azules, y cuando se rie, como lo hace frecuentemente, esos ojos brillan con un resplandor inesplicable; ¿me comprendes? Sí señor, bastante; pero me serviria mas saber la manera como va vestida, pues por el traje, si en él hay algo notable, la conoceré mas fácilmente. Lleva, continuó el baron, una redecilla de seda, y una especie de mantilla guarnecida con una ancha cinta blanca..... aguarda..... suele llevar en las manos una bolsa con un broche de plata, y un delantal de batista..... Matías poco satisfecho de esas señas paseó la mano por sus cabellos y luego añadió: Señor baron: en Leyda y en el siglo presente todas las señoras van vestidas de ese modo. Señor , dijo tímidamente Juan el turco, tomando la palabra, yo recuerdo un indicio muy singular: esa señora llevaba siempre en su compañía un perro faldero blanco con manchas negras. Matías lanzó un grito de alegría. Ese es el perro que tiene la gracia de morder á todo el mundo y que siempre quiere robarme las pollas y los patos de la banasta. La conozco como si la hubiera parido, y puedo aseguraros, señor baron, que es aficionadísima á toda clase de aves y de pájaros, y que es una de mis mejores parroquianas. Y en seguida Matías hizo una exacta y minuciosa descripcion de la desconocida. El baron reconoció en ella á la señora á quien amaba , y desde luego dió órden de poner el coche. Matías habia ponderado la hermosura y simpática voz de la señora y juró que llevaba pendientes de perlas en forma de cruz, cuya última circunstancia no dejó asomo de duda á Reinaldo.

Por una singularidad inesplicable cuando estuvo seguro de poder finalmente averiguar quien era aquella señora, entonces sintióse faltar el valor y hubo de consultar á los dos viejos acerca del modo como se conduciria. Matías dijo que en su concepto el señor baron debia colocarse á cierta distancia del puesto en que él establecia sus reales, mirar desde allí las señoras que se acercarian, y hacer una seña convenida á Matías cuando en realidad se presentase la que buscaban. Opinaba el vendedor que ante todo era indispensable tener una seguridad absoluta de que los dos se referian á una misma persona, y cuando no cupiese duda acerca de esto, entonces él se encargaba de saber en muy pocas horas quien era aquella señora, cual su estado y cuantas mas noticias pudiesen al señor baron interesarle. Convinieron en que este primer paso era necesario y en este concepto se dispusieron para dirigirse á Leyda. Reinaldo hizo traer el canario verde, el mas hermoso pavo del corral y un magnífico gallo blanco de que hacia mucho aprecio, no dudando que esas aves que la señora habia visto muchas veces llamarian su atencion y comenzarian á indicarle alguna cosa, siempre que Matías

supiese, como lo ofreció, llevar la conversacion hácia el amo de aquellas raras piezas. Matías las metió en su banasta, añadiendo una liebre y un ganso ya desplumado y lo puso todo en el coche del baron. Juan el turco y el vendedor sentáronse en la berlina, y el baron en el interior en compañia del canario, del pavo y del gallo. Matías juró que nunca habia ido á Leyda con tanta velocidad como aquel dia.

Llegado apenas á la ciudad se colocó en el sitio de costumbre, y Reinaldo se mantuvo oculto dentro del patio de una casa que estaba al frente. No tardó Matías en verse cercado por un grupo de mujeres que deseaban comprar el canario verde, cuya jaula colgaba del árbol y del cual se hacian allí elogios inauditos. Todo está vendido, repetia Matías para contestar á todas las ofertas.

Finalmente se dejó ver una señora jóven sin otra compañía que la de un perrito que no cesaba de ladrar. Juan el turco fué á avisar al baron que volviéndose hácia el punto por donde la dama venia, apenas la hubo visto cuando esclamó: Ella es, vé, dile á Matías que es ella y que ya sabe lo que debe hacer. La señora se detuvo admirada delante del vendedor, porque habia conocido el canario, cuyos cantos la tenian tan enamorada. Gracias á Dios que estais aquí, señorita, dijo Matías muy alegre, sacando el gallo de la banasta y presentándoselo á la señora. ¿Qué os parecen este gallo, este pavo, y sobre todo este canario? No dudo que hoy haremos negocio. ¡Oh! contestó la dama algo pensativa: esto será muy caro para mí. Además yo no entiendo lo que aquí pasa. ¿Este hermosísimo pájaro no es del castillo del baron invisible? ¿Cómo pues está en vuestro poder? Y tambien me parece haber visto este pavo en el corral de aquel mismo castillo. Teneis razon, señora mia, contestó Matías. Yo he venido con el único objeto de ofreceros las tres piezas, mas en cuanto al precio tendreis que ventilarlo con el baron en persona.

Mientras la señora iba á pedir nuevas esplicaciones, un hombre bien vestido, con los cabellos largos y flotantes á merced del viento y con grande sombrero con plumas echado para atrás, que dejaba descubierta una hermosísima frente, se acercó á la señora, y sacando la cartera y empuñando el lápiz, le dijo: No te muevas, Ana, me ha gustado mucho este grupo y quiero tomar una apuntacion. Hízolo en un momento, se enteró en un instante de lo que con Matías habia hablado, y dando el brazo á la señora, dijo: Vámonos; ya veré yo al señor baron y sabremos qué interés le mueve á ofrecerte estos regalos. Y los dos desaparecieron. Matías se quedó corrido y asombrado, Juan no sabia lo que le pasaba, y el baron desde el patio de enfrente presenció toda esa escena, y por el camino que menos podia haber imaginado tuvo el medio de averiguar cuanto pudiese convenirle. En efecto, aquel caballero que con tanta familiaridad habia hablado y llevádose la dama, era el mismo á quien una vez vió con ella en el jardin del castillo; y aunque entonces no pudo traer á la memoria quien era, ahora fué mas dichoso

pues recordó que era el famoso pintor Metzú. Juan y Matías no osaban llegarse al baron temiendo que sin duda estaria irritado al ver el estraño desenlace de aquel suceso: pero el baron los llamó, y haciendo un regalo á Matías, recogió las aves y tomando el coche en compañía de Juan dirigióse al castillo.

Conocia el baron á la esposa de Metzú por un retrato, de suerte que no le quedó duda de que no era aquella señorita de quien estaba enamorado; pero la franqueza con que la trató Metzú, y la facilidad con que ella se fué en su compañía le hicieron creer que era de la familia. Lo mas sencillo era llamar á Metzú y por él salir de todas las dudas, y este fué el espediente adoptado por el baron, quien al dia inmediato escribió una atenta carta al pintor rogándole que fuese al castillo. Metzú á su vez se habia enterado del regalo que en nombre del baron ofreció á su cuñada Ana el vendedor de caza; y como el baron habia logrado tener en la ciudad una fama tan poco envidiable, y eran conocidas sus malas costumbres, no dudó que se habia agradado de Ana y que intentaba seducirla. Irritóse con esto, de manera que estaba dispuesto á ir á pedirle cuenta al baron de su comportamiento, cuando recibió la carta rogándole que se llegase al castillo. Cogió la espada y con ánimo resuelto marchóse al sitio adonde era llamado.

No se le pudo ocultar al baron el aire resuelto y poco amable con que el pintor se presentó en su casa; y aunque sin adivinar la causa que á manifestarse tan adusto le movia, juzgó que era un deber suyo entablar la conversacion con dulzura. Ante todo os ruego, señor Metzú, le dijo, que me perdoneis el haberme tomado la libertad de rogaros que honraseis mi casa; pues como tengo necesidad de hablaros, y el médico me tiene prohibido salir del castillo sino en negocios muy urgentes, procuro obedecerle. Sin duda seria urgente el que os obligó ayer á llegar hasta Leyda. Tanto, dijo el baron, que por ningun otro motivo habria hecho el viaje. Pues cabalmente, continuó Metzú, yo me hallo en un caso semejante; sino por órden del médico á lo menos por mis muchos negocios no puedo abandonar la ciudad sino en ocasiones urgentísimas. Entonces, observó el baron, siento mucho mas haberos molestado. Ninguna molestia me ha causado vuestra carta, dijo el pintor, pues sin ella tambien hubiera venido hoy mismo á este castillo. Segun eso, observó el baron, deseabais venir. No lo deseaba, contestó el pintor, pero sin desearlo tenia necesidad de ello. ¿En qué puedo complaceros? preguntó el señor, que en las palabras y en el tono del artista entreveia algun misterio desagradable. Si sois caballero, como no me es lícito dudarlo, dijo el pintor, me servireis mucho contestándome lisa y llanamente á una pregunta, y advertid que la contestacion puede traer consecuencias muy graves. Preguntad en buena hora, dijo el baron á quien iba disgustando el aire que Metzú habia tomado. ¿Qué os proponeis ofreciendo un regalo de aves esquisitas á la jóven á quien ayer fueron presentadas por Matías en vuestro nombre? La sangre del baron se le subió toda á la cabeza viéndose interrogado con tanta audacia y claridad tanta: de

pronto se figuró que Metzú aunque casado, no podia menos de ser el amante de la señora á quien él idolatraba, y encendido en cólera, le dijo: ¿Y con qué derecho me dirigís esta pregunta? Señor baron, contestó el pintor, contestad á ella, y despues podreis dirigirme las que querais: pero ante todo habeis de contestar á la mia: y por la vida de los dos os ruego, que dejando á un lado escusas y rodeos me respondais categóricamente.

El baron estuvo un momento indeciso acerca de si cogeria la espada que inmediata á su sillon tenia, ó si era mas conveniente contestarle: lo primero era lo que le dictaba el corazon, lo segundo debia acelerar el descubrimiento de aquel arcano, y el desenlace de aquella escena que podia traer su ventura ó su desdicha. Estoy en mi casa, dijo á Metzú, y respeto los deberes de la hospitalidad: no se dirá de mí que os haya llamado para provocaros. Encargué que en mi nombre se presentase á esa señora un pájaro que vió en mi jardin y del cual estaba prendada, con el objeto de hacerle un sencillo obsequio, que he creido podria serle agradable. ¿Y nada mas os habeis propuesto, preguntó el artista? Vuestra primera pregunta está contestada, dijo el baron: hora es de que vos respondais á la mia. ¿Con qué derecho me habeis preguntado cual fué mi objeto al ofrecer ese regalo? Teneis razon, señor mio, dijo Metzú, á mi vez debo contestaros. Como vos, señor mio, no podeis blasonar de muy envidiable reputacion, ni inspirais la mayor confianza á las familias por lo que toca al respeto que teneis á las mujeres... Metzú, gritó el baron. Concluyo, dijo el artista sin inmutarse, por las causas dichas he debido sospechar si vuestro regalo tenia algun objeto poco honroso para la persona á quien iba dirigido... No acabaríamos nunca, observó el baron, si debiéramos ir aclarando y esplicando nuestras palabras. Cualquiera que sea mi reputacion no sois vos quien debe juzgarme, y al contestar á mi pregunta no habeis tenido presente que yo exigia de vos que me dijerais con qué derecho me preguntabais, ó mas claro qué interés, ó qué relaciones os unen á esa señora. Abreviemos, señor Metzú, contestad á mi pregunta y es posible que muy luego termine nuestro debate, bien para quedar amigos, bien para decidir este negocio cual se decide entre caballeros. Que me place, dijo Metzú, tambien gusto de terminar pronto las cuestiones: la razon que he tenido para dirigiros la pregunta y que me obliga á ratificarme en ella, es que esa señora de quien hablamos es hermana de mi esposa, vive en mi casa y yo debo velar sobre ella, é impedir que admita regalos ni por término alguno... Deteneos, señor Metzú, una palabra. ¿Esa señora está casada ó es soltera? Soltera, dijo el pintor, y no se casará sino con un hombre honrado, porque ella es muy honrada, señor baron, muy honrada, ¿lo entendeis? Oid un momento, dijo el baron. Decís bien que mi conducta no ha sido muy ejemplar de dos años á esta parte, decís bien que en la ciudad mi reputacion no es envidiable, y no tengo reparo en conceder que no en todas partes me he portado de modo que haya acreditado mi respeto á las mujeres; pero esas moceda-

des concluyeron: un desafío de que salí bastante mal parado me ha tenido enfermo algunos meses, y durante ellos creo haber rectificado mis ideas, y formado resoluciones mas conformes con lo que exigen la conciencia y los deberes de un hombre de honor. En tales circunstancias ví á vuestra hermana; me agradé de ella; cuanto mas la he visto mas amor me ha inspirado; y pues vive en vuestra casa, vos haceis para con ella las veces de padre, y segun he visto de padre celoso de su honra, yo me dirijo á vos y os la pido por esposa. ¡Señor baron! esclamó Metzú, ¿es esto un arrebato juvenil, es una resolucion tomada precipitadamente, ó inspirada por el imprevisto desenlace del plan que habiais fraguado? Perdonad que os hable en estos términos: la considero como hija; y no puedo transigir con lo que no sea un augurio positivo de su dicha futura. No, dijo el baron, es la esperanza única que me queda, es el mas ardiente deseo de mi alma, no concebido hoy, ni en un mes, sino alimentado hace mucho tiempo, cada dia mas eficaz y decidido; es mi resolucion postrera. ¿No quereis que vuestra hermana sea mi esposa? Señor baron, dijo Metzú, pues hablais como hombre arrepentido y como quien desea vivir tranquila y santamente, en cuanto á mí tengo á mucha honra vuestra demanda: pero mi voluntad de nada sirve mientras no esté conforme con la libre eleccion de mi hermana. Yo seré si gustais el conducto por donde entienda vuestros deseos, y tendré la honra de manifestaros cuales sean los suyos. Espondré lealmente cuanto ha pasado entre nosotros; y aunque no deseo haceros concebir esperanzas que pudieran ser frustradas, mi hermana tiene un corazon muy grande y una inteligencia muy despejada para que no sepa perdonar errores pasados, y comprender toda la felicidad que puede proporcionarle un caballero que renuncia á los estravíos de la juventud. Id pues, amigo mio, dijo el baron; y acordaos de que cada minuto que tarde vuestra respuesta será para mí un año de martirio.

En una hermosa y fresca mañana de mayo cuatro elegantes carruajes salian de Leyda á paso largo conduciendo señoras y caballeros, todos ricamente vestidos. Entre ellos llamaban particularmente la atencion una señora que frisaba con los cuarenta años, ataviada con lujo y gusto, y en cuyo rostro quedaban claros restos de muy notable belleza; y una señorita de hasta veinte y dos años, linda por demás, y en cuyo sencillo traje era fácil distinguir un gusto esquisito. En el mismo coche iba un apuesto caballero, de aire noble, frente despejada y ojos espresivos, en quien era notable una soltura de buen género que le cuadraba perfectamente. Este era el célebre pintor Metzú, la señora era su esposa, y la señorita no podia ser sino su linda hermana. Los coches tomaron el camino que conducia al castillo de Reinaldo Tomas Van Ribers, en otro tiempo llamado el baron invisible, y que ahora era conocido entre las personas mas notables de Leyda por el baron calavera.

Veíase en el castillo que se aguardaba un suceso solemnemente agradable,

porque habian salido á relucir los damascos, y los ricos tapices flamencos, con las antiguas alhajas de plata que adornaban las mesas; cosas todas que de muchos años atrás estaban recogidas en armarios. Los criados vestian flamantes libreas, todo el castillo parecia un jardin á juzgar por los jarros en que ostentaban su frescura y lozanía grandes y magníficos ramos de esquisitas flores. En el salon principal habia hasta una docena de caballeros de las principales familias de Leyda, y en un gabinete lindísimo y que era el verdadero dije del castillo lucian las galas y aderezos las esposas de los caballeros, entre las cuales figuraba sino como la mas bella como la mas autorizada y respetable una señora entrada en años y que era tia del baron, y encargada de hacer en aquel dia los honores de la casa. El jardin habia sido limpiado y arreglado con estraordinario esmero, y sus puertas, contra la antiquísima costumbre de que ya hemos hablado, estaban cerradas como la dorada verja que al laberinto conducia. En el sitio que ya conocen nuestros lectores estaba el canario verde dentro de su jaula, y en el lugar en donde en dias pasados solian sentarse Ana y su hermana se habia levantado una dilatada y elegantísima tienda, dentro de la cual habia preparada una rica mesa para cuarenta cubiertos. En ella brillaban el oro, la plata y el cristal, y de su techo pendian cien lámparas y candelabros de mil formas y de diferentes metales, destinado todo ello á esclarecer la tienda cuando la luz del dia hubiese terminado. En el centro de la mesa y en el local donde hubiera correspondido el ramillete, habia una rica caja de ébano, cerrada con un gracioso candado, la cual contenia una corona de oro, salpicada de grandes perlas y brillantes, que era el regalo de boda que el baron destinaba á su esposa, y que queria colocar en su cabeza cuando ocupara en la mesa el asiento de preferencia.

El baron habia saludado á las señoras y á los caballeros que al castillo acudieron, y con su permiso se retiró un momento á fin de asegurarse de que todas sus órdenes estaban cumplidas, y cada cosa en la disposicion en que él queria presentarla.

A las once en punto se hallaban en el dilatado patio los tres coches de que hemos hablado, y en el acto de apearse la hermana de Metzú una orquesta completa la saludó como señora del castillo, tocando una marcha que el baron habia oido tocar en todas las circunstancias solemnes de la familia. En la grandiosa capilla del castillo se celebró la ceremonia del himeneo; y cuantos la presenciaron salieron enamorados de la gracia y de la modestia de la novia, á que correspondian el aire dignitoso y la fina apostura del galan que veia colmados sus deseos. Todo estuvo en armonía con la grandeza con que Reinaldo se habia propuesto solemnizar su boda: y como el banquete no terminó hasta muy entrada la noche, apenas los convidados salieron de la tienda donde aquel se habia celebrado, hubieron de pasar al salon iluminado como si el sol llenara su vasto espacio, en donde la orquesta acompañó durante tres horas los pasos de las señoras y de los

caballeros que se entregaron á los graves y nobles bailes que en aquella época estaban en uso. No eran moda entonces las cenas ni los refrescos de nuestros tiempos; los holandeses mas sencillos y frugales que nosotros, no concebian que tras de un opíparo banquete, pudiesen los hombres admitir un suculento convite, y se contentaban con tomar té y café en invierno, y helados en la estacion calurosa. Como en el mes en que se celebró la boda, se ha salido del primero sin haber entrado en el segundo, el señor del castillo ofreció los refrescos de las dos estaciones, y esta idea fué muy aplaudida y reputada por una esquisidad de mucho gusto. Poco faltaba para asomar en el horizonte el alba, cuando la tia del baron, directora de la fiesta, creyó llegada la hora del descanso, y de pronto se hubieran llenado sus deseos si Metzú no hubiese pedido media hora para bosquejar en un pliego de papel el espectáculo que aquel salon ofrecia, y del cual pensaba pintar mas adelante un magnífico cuadro. La habilidad del artista hizo que no se considerara molesta su demanda, y en efecto antes de pasar el término pedido, el lápiz habia trasladado al papel aquella grandiosa escena. El rostro de Metzú estaba inspirado, su hermana parecia una diosa, y la reunion entera representaba el conjunto de la belleza, de la elegancia y del buen gusto de la ciudad de Leyda. En el castillo de Van Ribers se conserva el cuadro que pintó Metzú, quien se retrató tambien á sí mismo colocado en un ángulo del salon con la cartera en la mano, bosquejando el cuadro que pintó mas adelante.

El baron fué un esposo fiel, consecuente y enamorado de su consorte: Ana correspondió á lo que de ella debia esperarse. Metzú bendijo mil veces la hora en que conoció al baron, y Juan el turco cuando ya no podia apenas moverse, aun se empeñaba en llevar en brazos á los dos hijos con que Dios favoreció la union de los esposos. El baron decia á sus amigos que para conocer lo que vale una consorte virtuosa era preciso haber sido un año calavera, y buscado la felicidad donde no existe: Ana solia contestarle que las mujeres saben ser dichosas sin necesidad de hacer esos ensayos, que el predominio del hombre, mas no la razon, dá por cosa admitida y necesaria.

GERARDO DOW.

(CUADRO DE G. DOW.)

Este famoso pintor holandés adquirió grande reputacion, no solo como pintor sino tambien como músico, y á su pericia en tocar el violin debió sin duda la felicidad de una gran parte de su vida. Las anécdotas á que dieron ocasion sus conocimientos músicos, deben ser conocidas, y pueden reputarse por los lances mas interesantes de la vida de este famoso artista.

Nació Dow en 1613, y dedicado á la pintura desde niño supo aprovechar las lecciones de sus maestros, sin embargo de que no siguió servilmente sus huellas, sino que dejándose llevar de su carácter fué uno de los pintores que acababan mas sus obras. Lo están en términos tales que para distinguir las bellezas de algunos de sus cuadros no es suficiente la vista natural, sino que se necesita el ausilio de un lente. Solo ha pintado un cuadro grande, que es la degollacion de San Juan Bautista: sus demás obras son cuadros pequeños, pero tan minuciosamente trabajados, que pasman á los inteligentes. Vendia sus obras muy caras, porque se las hacia pagar á tanto por cada hora que empleaba en ejecutarlas, y como á impulsos de esa aficion á trasladar al lienzo los mas diminutos pormenores debia emplear muchas, sus cuadros resultaban carísimos, atendiendo á lo que solian pagarse los de sus contemporáneos. Cinco dias le costó pintar la mano de una señora, y ocupó tres enteros en trasladar al lienzo el palo de una escoba. Esta prolijidad daba á sus obras un carácter especial y una verdad á que no son comparables las de los cuadros de ningun otro artista, si bien no faltan críticos que le achacan el defecto de cierto amaneramiento, que quizás es el caracter distintivo de sus obras.



GERARDO DOW.

[illegible]

Este [illegible] [illegible] [illegible] por los [illegible]

[illegible] Dow [illegible] las [illegible] de [illegible] sus obras. [illegible] de sus cuadros [illegible] de un lente. [illegible] degollacion [illegible] Bautista [illegible], pero tan minu- [illegible] trabajados, [illegible] sus obras muy ca- [illegible] empleaba en ejecutarlas, y [illegible] de [illegible] mas diminutos porme- nores [illegible] partimos, atendiendo á lo que solian [illegible] le costó pintar la ma- no de una [illegible] al lienzo el palo de una es - coba. Esta pr[illegible] especial y una verdad á que no son comparables [illegible] otro artista, si bien no faltan críticos que le achacan [illegible] miento, que quizás es el ca- racter distintivo de sus obras.




BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SEVILLA

Era Dow un hombre que hacia alarde de arreglo y de órden en todas sus cosas, arreglo y órden tanto mas notables en cuanto no suelen ser las dotes que mas sobresalen en los artistas. Su taller ofrecia un espectáculo admirable y presentaba un contraste singular con los talleres de Rembrandt, de Teniers y de otros coetáneos suyos, en donde reinaba un desórden, una confusion, un caos de mil objetos los mas disímiles que cabe imaginarse. El taller de Dow era un modelo de órden, de limpieza, de método hasta en las cosas mas pequeñas. Los muebles y los caballetes estaban agrupados de un modo pintoresco, y cada objeto tenia un lugar cuidadosamente elegido y constantemente el mismo. Habia tomado todas las precauciones posibles para defender del polvo los pequeños y graciosos cuadros colocados en los caballetes, y los mayores, colgados en las paredes, estaban puestos con simetría y de modo que recibieran la luz mas conveniente á su buen efecto. Las cortinas de las ventanas las tenia puestas y recogidas con el mayor arte, de manera que en todas partes se viera la mano de un hombre minucioso y que todo lo sacrificaba al órden. Los amigos solian burlarse de esta manía de Gerardo: mas él á su vez se burlaba de la confusion reinante en los talleres de los otros; y mas de una vez se le pasaron las horas enteras arreglando los de sus camaradas que al dia siguiente estaban tan desordenados como antes. Decia Dow que él no hubiera sabido trabajar sin ver cada cosa en su puesto, y los amigos acostumbrados á pintar en medio del desórden, se admiraban de que pudiese conservar su taller el arreglo y la pulcritud que no se desmentian nunca. Gerardo no hubiera salido de su casa sin dejarlo todo en su punto aunque la tardanza le costara llegar tarde á todas partes, y no eran pocas las veces que estando ya en la calle volvia á su casa por la sola sospecha de haber dejado un cuadro sin su correspondiente guarda polvo. Su caballete era riquísimo, de madera preciosa y con adornos de marfil, y antes de salir de casa lo cubria con un tapete muy rico. Tenia una percha para colgar su magnífico chambergo de terciopelo, y al lado de este la espada de gala con su cinturon bordado de oro y plata, y el violin con su arco. Ese violin de forma singular pero graciosa, y brillante como un cristal, era obra del famoso italiano Amati de Cremona, quien en aquella época era el constructor mas célebre, y cuyos violines aun hoy gozan de reputacion muy grande y se pagan á precios verdaderamente fabulosos. El violin era entonces instrumento poco conocido y reputado por muy difícil, y se tenia por hombre muy notable el que manejaba regularmente el arco; y sin embargo Dow lo tocaba magistralmente y todos los artistas lo reconocian por profesor consumado.

Tenia Gerardo diez y ocho años cuando se enamoró de la hija de un músico de Leyden, hombre que era muy respetado entre sus cofrades y que podia considerarse cual el patriarca de todos, no solo por sus conocimientos en el arte, sino porque habia sido el maestro de la mayor parte de ellos. Era maestro Martin

uno de aquellos músicos que tocan todos los instrumentos é imitan todas las voces, ingeniándose para bajar como un bajo profundo y subir como una tiple, sacando partido del pecho, de la garganta y de la cabeza. Para él no habia en el mundo cosa interesante fuera de la música, nada mas sabia que música, todos los demás conocimientos los reputaba por puerilidades, ó cosas inútiles, y los hombres que ignoraban la música los comparaba á un mueble. Su hija heredó la aficion del padre, y aunque no llevara las cosas tan allá, gustábale mucho mas un músico que otro hombre, cualquiera que fuera la profesion á que estuviese dedicado. En aquel tiempo era el violin un instrumento peregrino, y si bien es verdad que maestro Martin habia comprado uno y pasó muchas horas tomándole el pulso y procurando conocerle la índole, hubo de convencerse de que era demasiado viejo para aprender un instrumento nuevo. Se deja entender que á poca costa consiguió tocarlo, y aun hacer en él algunos floreos, pero esto no contentaba á Martin, que acostumbrado á dominar los demás instrumentos no queria conocer ninguno á medias. O debia ser un grande violinista ó no tocar absolutamente el violin. Optó por lo último, no sin morirse de envidia cada vez que oia tocar á un italiano que daba lecciones cerca de su casa.

Dow, segun decíamos, se enamoró de la hija de maese Martin, pero Dow no sabia una palabra de música, ni comprendia la nota, ni se dedicó nunca á otra cosa que á la pintura. A Rosa no le disgustó el pintor que trabajaba en casa del maestro vecino de Martin; y los dos jóvenes, el uno desde el taller y la otra desde su cuarto de costura comenzaron á telegrafear y acabaron por estar de acuerdo y por quererse. Al ir á la iglesia encontraba Rosa á Gerardo, y como quien conocia muy bien el carácter y las inclinaciones de su padre, desde luego le indicó que si pensaba casarse con ella, el camino mas seguro era dejar los pinceles y tomar el arco. Dow se sentia con genio para pintor y no para músico, y no pudiendo comprender que ignorar la música fuese un motivo racional de negarle la muchacha, no dió á los consejos de esta la importancia que tenian; y sin comunicarle su resolucion, en el inmediato domingo salió de su casa y se fué á la del maestro Martin, que le recibió como quien le conocia á fuer de vecino, pero no sin alguna estrañeza, porque no era dable adivinar qué motivo podia traer á su casa á un pintor que no era músico. Y Martin no podia equivocarse en esto, porque ningun músico de Leyden dejaba de ser discípulo, compañero, ó á lo menos conocido suyo.

Gerardo que era muy buen muchacho pero muy sencillote, y que como artista no habia hecho estudio de cumplidos y de palabras vanas y ambiguas, fué derechamente al asunto, y en un breve y natural razonamiento dijo á Martin que él era pintor, que ganaba lo suficiente para vivir con decencia, y que iba á pedirle que le diera á Rosa por consorte. Agradóle á Martin la claridad de la prosa del mancebo, y si este hubiera sido músico, la boda no hubiera ofrecido ningun

inconveniente: mas eso de no saber música era un obstáculo de todo punto insuperable. Con la misma claridad con que habia hablado Gerardo le contestó Martin, pero de un modo tan terminante que el jóven hubo de conocer que no habia medio entre ser músico ó renunciar á la mano de Rosa. Esta muchacha era amada con ternura por el pintor quien haciendo un grande esfuerzo sobre sí mismo prometió dedicarse desde luego á la música, con tal que esta fuera el seguro conducto de grangearse el beneplácito de Martin. Convenidos pues el futuro suegro y el venidero yerno, este se presentó el mismo dia al italiano vecino de Martin, y en el acto tomó la primera leccion de música. Nunca le habia ocurrido al pintor la idea de que un dia pudiese ser músico y ni aun se sentia con disposicion para el arte; mas con no poca sorpresa suya y con grande gozo de su maestro, muy pronto dió á comprender que no tardaria en hacer honor á este. Animábale Rosa con sus miradas y con algunas palabras que podia dirigirle en la puerta de la iglesia al ir á misa en los dias festivos: y cuando por primera vez se hizo oir tocando solo en casa del maestro, se consideró salvado, porque Martin le escuchaba, le veia, lo aplaudió, y le indicó que fuera á su casa, cuya entrada no le habia sido hasta entonces permitida.

Continuó el discípulo con la asiduidad misma con que habia comenzado, hizo verdaderos y rápidos progresos, y por fin al cabo de dos años Martin le dijo que Rosa era suya con tal que no abandonara la música y que diariamente tocase el violin por mas ó menos tiempo. Prometiolo Gerardo, casáronse los dos jóvenes y durante ocho años Martin tuvo el gusto de oir en su casa al entendido yerno que le daba preciosísimos ratos. Al cabo de esos ocho años murió maese Martin, y Gerardo heredó los instrumentos y las solfas de su suegro, que tenia ambas cosas en abundancia.

Desde entonces la vida de Gerardo se repartia entre el violin y los pinceles: y aunque Dios no le concedió el placer de que tuviera hijos, su esposa y las artes llenaban cumplida y agradablemente sus dias.

En la época á que nos referimos en esta anécdota hacia ya cerca de dos años que habia fallecido Maese Martin, y Gerardo tenia tanta reputacion como músico cuanta á fuer de pintor habia alcanzado.

Presentaba su taller el aspecto que hemos dicho, al cual contribuia no poco Rosa, cuya aficion á la limpieza y al órden no era menos decidida que la de su marido. En su taller tan prolija y cuidadosamente arreglado estaban pintando, en ausencia de Dow, dos jóvenes discípulos suyos, á saber Francisco Van Mieris y Grabiel Metzú, que mas adelante rivalizaron con su maestro. Metzú era mozo de apostura elegante, de fisonomía dulce y atractiva, que sombreaban graciosamente sus largos y ensortijados cabellos de color verdaderamente de oro. Estaba tan absorto en su trabajo que bien se conocia el em-

peño que contrajo de terminar el cuadro en aquel mismo dia. Francisco Van Mieris estaba, por el contrario, sumamente distraido. Su fisonomía no revelaba cual la de su compañero la tranquilidad del alma y la dulzura de carácter; miraba alrededor con desasosiego muy grande, aborrascaba con las manos sus largos cabellos, cual si algun pesar le atormentara, y apenas habia dado algunas pinceladas cuando se para de repente, se arrellana negligentemente en la silla, suspira y murmura palabras ininteligibles. De súbito se levanta, tira los pinceles y la paleta, y echa á andar por el taller con precipitados pasos. ¿Qué diablos tienes? le pregunta Metzú volviéndose. ¿No es posible que te estés quieto un cuarto de hora? No parece sino que el espíritu maligno te atormenta, y te aconseja que dejes el trabajo para irte al bodegon á reunirte con esos locos amigos que te pierden.

Gabriel, replicó Mieris, que en aquella época llevaba ya aquella vida disipada que le condujo á una muerte prematura: sí, Gabriel, sufro mucho, pero te equivocas de medio á medio creyendo que echo de ménos el vino y la baraja. ¡Si no fuera mas que eso! no, amigo mio, de otra clase son mis sufrimientos, que me matarán, no lo dudes, me matarán con la misma facilidad con que ya me han vuelto medio loco.

Y al decir esto lanzó una mirada inefable á un cuadro colgado en la pared, que era una obra maestra de Dow, y representaba una holandesa rubia, con rostro blanco y sonrosado, jóven y verdaderamente hermosa. Era Rosa, la consorte de Gerardo, cuya belleza no habia sufrido la menor mengua desde que logró cautivar el corazon de Dow. Mieris no podia separar los ojos del retrato, y Metzú, que habia observado la direccion de las miradas de su compañero, se encogió de hombros y se quedó profundamente triste.

En aquel momento se oyó fuera del taller la fresca voz de una mujer, y Mieris cogiendo precipitadamente la capa y el sombrero, se lanzó á un corredor casi obscuro, en donde se encontró con la esposa de su maestro. Rosa espantada quiso huir del jóven, mas éste cogiéndole atrevidamente la mano la atrajo hacia sí. Desatinada Rosa, mas bella aun que su retrato, rechazó de pronto al audaz jóven mientras sus miradas espresaban el temor de que estaba poseida; pero luego vino á dar distinto aire á su fisonomía una melacólica é inexplicable sonrisa.

Id, Mieris, dijo al mancebo, alejaos de mí en este dia: hoy mas que nunca conozco lo que debo á mi esposo y cuan culpable soy por haber separado un momento mis ojos de él para dirigirlos á vos. Hoy es el aniversario de mi casamiento, y en esta hora misma vuestro maestro y yo nos dirigíamos á la iglesia para jurarnos ser el uno del otro para siempre.

Dejadme, Mieris, os estimo, sí, os lo digo francamente; pero mi inclinacion hácia mi esposo lejos de haberse disminuido se aumenta á la voz de mis debe-

res. Desde hoy olvidadme y no me persigais mas: hay en Holanda muchas mujeres que os concederán un amor que no puedo yo ofreceros sin ser criminal.

Mieris cayó de rodillas y estrechándole cada vez mas la mano esclamaba: no mientas, no te mientas ni te engañes á ti misma: no nos hagas desgraciados á los dos. Hoy, precisamente hoy, quedará fijada nuestra suerte, ó no lo quedará nunca. En un dia como hoy se estrecharon los nudos que me separan de tí; pues bien, hoy quedarán rotos ó yo me daré la muerte á tus pies.

¿Que quereis decir con esto? preguntó Rosa temblando.

Quiero decir que guiada por mí dejarás esta casa, esta ciudad, este pais para unir tu suerte con la mia en el delicioso clima de Italia. Dentro de dos horas todo estará preparado para nuestra fuga; dentro de dos horas yo vendré á buscarte. Hermosa mia, hoy quedarán nuestras almas unidas para siempre.

Rosa fuera de sí no podia contestar una palabra, cuando de repente se oyó abrirse la puerta de la casa y Rosa huyó y Mieris se levantó precipitadamente.

Gabriel Metzú cerró sin hacer ruido la puerta del taller cuando vió que Dow atravesaba tranquilamente el jardin. ¡ Desdichado maestro! dijo para consigo mismo, tan bueno y tan amable: ¿de qué manera podré alejar de tí el golpe que te amenaza? Se lo descubriré todo..........

En aquel instante entró Dow en el taller. Tenia cerca de cincuenta años; pero sus facciones nada habian perdido y en ellas se traslucian el genio y el talento. Los años habian salpicado con alguna cana sus hermosos cabellos, pero era todavia un hombre bello y de continente tan noble como sencillo. En su fisonomía se notaba una benevolencia que debia conquistarle todos los corazones. Examinó el trabajo de sus discípulos, y dió dos golpes á la espalda de Metzú con ademan amistoso.

Gabriel pensaba en la manera de dar á su maestro la funesta noticia cuando entró Mieris.

Id, hijos mios, dijo Dow sonriendo, tomad este par de escudos y divertios esta velada con vuestros amigos. Hoy quiero estar solo con mi mujer para traer á la memoria el bien pasado. Bebed á nuestra salud y por la prosperidad del arte: y tu Francisco no bebas en demasia, ya sabes que no siempre te contienes.

Mieris miró al suelo con aire sombrío: pero Metzú se sintió un poco mas tranquilo al saber que Rosa estaria guardada por su esposo durante todo el dia y por la noche. Se propuso no abandonar un momento á Mieris y hacer todo lo imaginable para lograr que desistiera del proyecto y pensara con mas cordura.

Despues de estrechar la mano de Dow ambos compañeros salieron del taller. Cuando estuvieron en la calle, Mieris levantó los ojos al primer piso y viendo á la hermosa consorte de Gerardo, llevó la mano á su corazon y luego á la es-

pada acompañando este gesto con una expresiva mirada que significaba: esta espada atravesará mi pecho si eres ingrata. Rosa comprendió muy bien ese lenguaje pues levantó las manos al Cielo y desapareció.

Metzú entonces reuniendo todo su valor empezó á hacer oportunas reflexiones á su compañero, quien corrido de pronto logró serenarse luego y fué bastante solapado para engañar al bonachon y sencillo Metzú.

¿Segun eso, le dijo, has escuchado, como suele decirse, por el ojo de la llave? Pero dime, ¿estás loco? ¿No conoces todavia que Francisco Van Mieris es un jóven que á trueque de no fastidiarse representaria una comedia con el mismo diablo en persona? Te aseguro que esta comedia con Madama Rosa es una de las peregrinas invenciones que me libran de morirme de fastidio en ese claustro de maese Dow, en esa casa en donde verdaderamente se pudre uno.

¿Con que no es verdad lo que has dicho? preguntó Metzú no sabiendo á qué dar crédito.

¡Dios me libre! Por otra parte bien sabes tú, Gabriel amigo, que yo tengo una querida, que es la señorita Barbe, cuyos ojos me tienen perdido.

Piensa, amigo Francisco, que seria un crímen imperdonable turbar la tranquilidad de madama Rosa.

Mieris soltó una carcajada, y dijo: con la misma frescura que yo lo toma ella. Tambien ella, sentada todo el dia de Dios en su cuarto sin mas compañía que el loro, mientras nosotros estamos embadurnando lienzos con el maestro, necesita distracciones: y no podrás menos de convenir en que nuestra conversacion era muy capaz de distraerla un rato.

Metzú se encogió de hombros y se creyó completamente vencido. ¿Con que la verdad es que no piensas en huir á Italia con ella? preguntó dudando todavia de cual era la verdad.

¡Eso te figuras! Pues tengo yo poco que hacer para meterme en ese lio! Vamos á beber, á cantar y á jugar toda la velada.

Metzú engañado por el tono de franqueza y de broma de su condiscípulo, acabó por tranquilizarse. Llegados al bodegon, circulaban las botellas, y bien pronto Gabriel lo hubo olvidado todo menos los placeres del momento; cuando al cabo de algun tiempo observó que Mieris habia desaparecido.

En efecto, Francisco habia echado á correr hácia la casa de Dow. Entró en el parque y se deslizó al través de los arbustos hasta debajo de las ventanas de Rosa, y entonces dió dos palmadas. Abrióse la ventana, Dow dirigió una mirada al parque, pero la obscuridad era profunda, y no viendo á persona alguna cerró tranquilamente la ventana y otra vez se sentó al lado de Rosa.

Esta pobre mujer, pálida y agitada parecia sufrir dolores crueles. Amaba al jóven, la imaginacion se lo representaba moribundo y bañado en sangre; habia oido la señal, no dudaba que Mieris la aguardaba, y apenas podia con-

tener su conmocion. Durante algunos minutos luchó consigo misma y por fin el amor y el miedo la vencieron. Su ánimo era ir á calmar á ese desdichado, á conjurarlo para que renunciase á su funesto proyecto, y arrancarle la promesa de que no se entregaria á la desesperacion.

Bien pronto halló un pretesto para dejar á su esposo, que estaba muy lejos de pensar en la desventura que le amenazaba, y se lanzó al jardin. Mieris ébrio de pasion estrechó á esa pobre jóven entre sus brazos mientras que ella hacia todos los esfuerzos imaginables para desasirse. Rogó, suplicó, conjuró con tanta elocuencia que Rosa olvidando todas sus generosas resoluciones no pudo responderle sino con lágrimas, y una mujer que llora está muy próxima á olvidar sus deberes. Vencida por las ardientes caricias del amante no resiste. A la vuelta de la calle inmediata á dos pasos del parque está el coche que debe favorecer su fuga. Los caballos patean impacientes, Rosa temblorosa é inanimada se inclina sobre el hombro izquierdo de Mieris que la arrastra prodigándole los mas tiernos nombres... algunos pasos mas y los traidores habrán consumado su perfidia. Están ya en la puerta del jardin : van á pasar el umbral, cuando Rosa arrancándose á los apasionados abrazos del jóven, se detiene para dirigir su última ojeada á aquella apacible mansion que va á dejar para siempre. Pero de repente se estremece, y arroja un grito cual si la hubiese herido una mano invisible.

Gerardo Dow, enteramente feliz, sin temor y sin inquietud ninguna, habia cogido su violin y abierto la ventana para respirar el fresco de la noche. Con mano lijera pone el arco encima de las cuerdas y arranca sonidos melodiosos y poéticos. El violin de Amati canta al principio con la tierna voz de una mujer jóven, con la armoniosa y dulce voz del amor: suspira, gime, trina, gorgea, mientras que el maestro entregado á la inspiracion dirige sus miradas hácia la profundidad de la noche.

Rosa se habia caido encima de un banco de cesped. Ya no oia la voz de su seductor porque su alma estaba completamente dominada por aquellos dulces sonidos que ejercian sobre ella su mágico poder y la tenian inmóvil é indecisa. Bien pronto por medio de una rápida série de graciosas y frescas modulaciones, el artista se lanzó á uno de aquellos hermosos aires de baile tan vivos y ligeros que eran la delicia del mundo entero; obras maestras de Rolando de Lattre, digno émulo de los artistas italianos Nanini y Zerlino.

Era un minuet, el mismo que Dow habia bailado con Rosa en el dia de su boda. Casualidad feliz y traida por la Providencia. Desde las primeras notas de aquel canto que dispertaba en su alma tan interesantes permenores, Rosa estaba salvada, se desvanecieron todas sus pasageras ilusiones, volvió en sí y á sus deberes. Llegada al borde del abismo, se detuvo y olvidó á su amante para no acordarse mas que de su marido. Con el seno agitado, é incapaz de

resistir á los afectos que la señoreaban, con el índice señala la ventana en donde estaba Dow y esclama: el minuet de mi boda. En aquel momento Rosa era ya la mujer mas honrada de Holanda, ninguna amaba á su marido mas que ella, ninguna estaba mas segura de no faltar nunca á sus deberes.

Solo le quedó el horror de la pasada escena, el remordimiento de lo que habia hecho, y un vehemente deseo de referirlo todo á su marido, porque el silencio le parecia un doble engaño. Reconocerse ella culpable y ver á Gerardo tan bueno, tan confiado, tan seguro de la fidelidad de su esposa era un tormento insoportable. Era feliz y desdichada á un tiempo; feliz por haberse salvado: desdichada por haber estado tan cerca de su perdicion completa.

Cuando arrancándose á los brazos de su amante se lanzaba como una loca hácia el cuarto en donde estaba su marido, Van Mieris se quedó en el mismo lugar víctima del estupor mas grande, sin comprender lo que pasaba, airado, confuso, burlado y sin atinar como debia conducirse. Mucho tiempo hubiera permanecido en la situacion misma á no habérsele presentado súbitamente su amigo Metzú, el cual notando por fin su falta en el bodegon y no cabiéndole duda de que le habia engañado echó á correr hácia la casa de su maestro, á donde hubiera llegado tarde para evitar la iniquidad que iba á llevarse á cabo. Al encontrar á su amigo en el estado en que le dejó la fuga de Rosa, le dijo: ¿Que haces aquí? ¿Así supistes engañarme? Todo está perdido, dijo Mieris con aire sombrío, y en breves palabras confesando su delito refirió al camarada los acontecimientos desde su llegada al jardin. No, esclamó Gabriel, dí mas bien que todo se ha salvado: sí, amigo mio, todo se ha salvado, no he tenido en mi vida momento mas feliz que ese: Rosa no abandonará á su marido que es nuestro querido y bonísimo maestro, y tú que á pesar de tu ligereza eres un buen muchacho sabrás dominar tu pasion; conocerás lo que debes á Dow, comprenderás la magnitud del agravio que ibas á hacerle, de la infamia á que te arrojabas, de la desventura en que ibas á lanzar á esa inesperta jóven y renunciarás para siempre á tan inicuos proyectos. Prométemelo, querido amigo mio: cuando hayas resuelto hacerlo serás dichoso, y mañana al presentarte al maestro, tu conciencia te dirá la infamia que cometias: y cuanta tranquilidad te aguarda, por no haberla llevado á cabo. Júrame no pensar mas en semejante cosa y dame la mano.

No sabes lo que me pides, esclamó Mieris; si tu sintieras lo que yo esperimento dentro de mi corazon no me exigirias semejante promesa: yo me muero, amigo mio, no desconozco cuán alevosa es mi conducta, mi conciencia me manda dejar á Rosa tranquila y respetar á mi maestro: pero mi corazon me arrastra á ella y yo no sé como vencerme. Un esfuerzo, amigo mio, dijo Gabriel, el hombre debe vencerse y no es digno de llamarse tál quien no tiene imperio sobre sus pasiones. Si no sabes vencerlas eres un cobarde. No, escla-

mó repentinamente Francisco, no se dirá de mí que una pasion me arrastre á los delitos, tienes razon, iba á cometer una infamia muy grande; Dios nos ha salvado á todos, y yo te juro espiar mi delito, amar con la mayor ternura á mi maestro, considerarlo como si fuese mi padre, y algun dia pedirle perdon por el ultrage que iba á inferirle. Sí, te lo juro delante de Dios, y no faltaré á mi juramento. Mañana tu se lo dirás á Rosa, y le rogarás que olvide y perdone mi locura y que nunca mas se acuerde de que existo. Yo no la veré jamás: sus miradas serian una reconvencion muy amarga. Ahora, amigo mio, vamos á dar una serenata al maestro, ya que hoy es el aniversario de su matrimonio, y él nos ha dicho que queria celebrarlo; contribuyamos nosotros con el único obsequio que es posible tributarle en esta hora.

En efecto, corrieron al bodegon, juntaron todavía algunos amigos, hallaron una docena de músicos, y provistos de faroles y de antorchas entraron todos en el jardin de Dow, y le festejaron con una magnífica serenata, que dispertó á toda la vecindad, que fué muy agradable al maestro, y que dejó pasmada á Rosa la cual conoció entre los cantores á su amante. Al dia siguiente Metzú le pidió perdon en nombre de Mieris, y Rosa tranquila no dejó pasar mucho tiempo sin referirlo todo á su marido, quien tuvo la generosidad de perdonar dentro de su corazon al ingrato discípulo, y de seguir dándole las lecciones á que debió mas tarde su nombradia.

Desde entonces Gerardo profesó un cariño mucho mas tierno á su violin, y nunca se puso á tocarlo sin recordar el peligro en que estuvieron su felicidad y su honra, y que debia su salvacion á aquel instrumento. Cuando despues pintó él mismo su retrato, se representó cual le vemos, teniendo en la mano su querido violin, cuyos mágicos sonidos le conservaron su mas dulce tesoro.

EL BUEY PREMIADO.

LA MARIPOSA; POR BRUYKER.



No lejos de la ciudad de Lila en el norte de Francia habia años atrás una casa de campo con su regular hacienda, su prado muy estenso, sus tierras de pan llevar, la correspondiente huerta y algunos trozos de bosque que aun no se habian desmontado para convertirlos en tierra de cultivo. El dueño de aquella casa y de aquella heredad era en rigor la anciana Margarita, viuda de Enrique Randon, honrado propietario que murió en edad avanzada, despues de haber gozado en el pais de muy buen nombre y de la consideracion de cuantos le conocian. Dejó un hijo único llamado Guillermo, heredero de sus bienes, y que junto con ellos heredó las buenas costumbres y las bellísimas inclinaciones del padre, quien no obstante juzgando que era posible que su hijo se malease, ó casara á disgusto de su madre, dispuso que ésta fuese mientras viviera la Señora de cuanto poseia, y que en el caso de que el hijo contrajera matrimonio sin el beneplácito de la madre, ésta continuase en la casa como dueña, dando al hijo una módica pension para que viviese con su familia: ayudándose con el trabajo ó con la industria. Pero el hijo, que fué bueno como habia sido el padre, se condujo perfectamente con su madre; á la cual no causó jamás ninguna pesadumbre.

Era la casa un modelo de órden y de limpieza; de suerte que se quedaba uno enamorado de las tierras, de las habitaciones y del corral, cuando acertaba á verlos. El establo era grande, y estaba perfectamente cuidado, lo cual no admirará al lector si le decimos que el padre de Guillermo tenia grande aficion á criar vacas, á hacer queso, y sobre todo á poseer el mejor ganado de muchas leguas á la redonda, y que el hijo heredó esta aficion misma llevándola



EL BUEY PRESTADO,

[illegible]

[illegible] la ciudad de [illegible] [illegible] habia [illegible] [illegible] su [illegible] [illegible] [illegible] y [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] de [illegible] [illegible] de edad avanzada, despues de [illegible] y de la consideracion [illegible] [illegible] [illegible] y las [illegible] [illegible] que [illegible] [illegible] [illegible] la casa [illegible] con su familia; [illegible] que tuviesen como [illegible]; á lo cual no [illegible]

[illegible] que [illegible] cuando [illegible] à verse [illegible] cuidado, lo cual no [illegible] al [illegible] de [illegible] gran afición á criar [illegible] el mejor ganado de muchas leguas á la [illegible] mismo, llevándolo



Bruyker pinxt.

A. L. Payne

Le Papillon.
The Butterfly. Der Schmetterling.

Druck u Verlag d Englischen Kunstanstalt v A H Payne, Leipzig & Dresden

todavia mas allá que el difunto Enrique. Es verdad que el hijo se lo encontró todo hecho, siendo asi que el padre habia trabajado mucho desde la infancia, de manera que sus manos se pusieron callosas, y su frente habia derramado muchas gotas de sudor que acabaron por convertirse en monedas de oro. Su ganado era su gloria y su orgullo. Dejó al morir ocho vacas suizas y un buey muy jóven que habia hecho concebir á su amo grandísimas esperanzas de que su fuerza y su belleza serian objeto de todas las conversaciones y despertarian la envidia de los conocedores y aficionados á tener buenos animales. Guillermo aumentó el rebaño con tres vacas, y el buey á la sazon de que hablamos era un magnífico animal que daba dentera á cuantos lo miraban.

Margarita que en vida del marido contrajo aficion al ganado, continuó teniéndola despues de viuda, y la alegró mucho que el hijo secundara sus deseos y mantuviese la reputacion que supo adquirir el padre. La buena viuda no podia vivir sin verse rodeada de animales: tenia en casa perros, gatos, canarios, perdices, y era particularmente aficionada á un gato lucio y gordo que pasaba la vida en la habitacion de su ama, y que aun hubiera sido mas bienquisto por esta á no tener una aficion decidida á perseguir las mariposas, á que era Margarita apasionadamente inclinada. Su hijo se reia con frecuencia al ver todas las mañanas á su madre ocupada un par de horas en la limpia y arreglo de las jaulas, en peinar á los perros y en abrillantar el pelo del gato con una bayeta destinada á este objeto. Cuando habia terminado esta tarea se le pasaban horas y mas horas hilando, no sin tener cerca un perro, gato, ó pájaro, porque nunca estaba sin la compañía de algun animalito. En vano declamó Guillermo contra ese empeño de la madre de pasar el dia hilando cual si debiera trabajar en ganarse la subsistencia, sin embargo de que la tenia muy asegurada; y pues no le fué dable lograr que desistiera de su tema al menos le procuró una silla muy cómoda, y un lujoso torno, que como decia Margarita, eran dignos de una marquesa.

Tranquilos y muy felices vivian la madre y el hijo, quien no se ocupaba sino de la autora de sus dias y del ganado, dedicando á este todos sus cuidados, con una asiduidad nunca desmentida. Ayudábale eficazmente en esta tarea el mozo Pedro, jóven de diez y siete años, que tenia á mucho orgullo ser el guardian y el conductor de aquel rebaño, cuyas reses eran otras tantas alhajas. Si alguno hubiera tocado una vaca ó un buey no habria quedado impune porque consideraba la injuria hecha á esos animales como inferida á él mismo. Pedro no tenia padre, madre, ni otro pariente alguno: asi es que Enrique lo habia metido en casa como huérfano, y aunque se crió, digamoslo así, con las reses no era tan bestia como á primera vista parecia.

Una mañana en que Guillermo estaba en su cuarto recientemente pintado y arreglaba cuentas de leche y queso remitidos á Lila, se presentó en la casa el

carretero y amigo Martin, hombre de cuño antiguo, que desde niño habia trabajado mas que su caballo para ganar honradamente el sustento, y que en razon de su oficio habia recorrido el país por todos lados. Buenos dias, Martin, dijo Guillermo alargándole la mano en demostracion de amistad y de alegría ¿que traeis de nuevo? Hablando en plata, dijo Martin, no traigo nada que valga la pena, únicamente quiero que sepais que esta mañana pasando por cerca de la casa de Mr. Harrot he tenido ocasion de conocer cuán grande es la envidia de los hombres. Me detuve para charlar un poco con el colono, que es hombre de los modernos y amigo de las novedades, ya me entendeis, de esos que piensan trastornarlo todo, y decia que estaba pronto á habérselas con vos en materia de ganado. ¡Me gusta, decia como por burla, ese mozo Guillermo se dá una importancia intolerable con sus vacas y sobre todo con su famoso buey, que no parece sino que son las mejores piezas del mundo ¡Es mucha tontería! No hay sino echar una ojeada á mi establo, y allí verán mi Mosquera, mi Manchada, mi Negra, y mi buey de cinco años, que son alhajas de número uno. Basta mirar lo suyo y lo mio, y la eleccion no es dudosa. No os inquieteis por esas murmuraciones, dijo Guillermo: hable en buena hora cuanto quiera, que si él hubiese de llevar la hacienda y el ganado, no dejaria de lucirse: pero al freir será el reir; es mas fácil comer pan que ganarlo. Hé aqui lo que yo digo, eslamó el carretero; pero lo que me ha incomodado ha sido oirle decir que vuestro orgullo seria muy luego humillado, y que os aguardaba un solemne chasco. ¡Mi orgullo! dijo Guillermo, en mi vida lo he tenido: ese hombre aprenderá á conocerme, y aunque no soy mas que un pobre petate, verá que un palo torcido anda tan bien como otro derecho. Pero, ¡qué quereis! asi va el mundo: lo veo perfectamente: mi linda casa y mi reputacion son un tormento para ese mozo, y por esto quiere humillarme y hacer que sea muy pequeño. Hablad francamente, Martin, me quiere jugar alguna partida fea, pero no le temo porque yo pago exactamente la contribucion, y no debo nada á nadie, ni causo daño á ninguno.

Está claro, dijo Martin; en cuanto á vuestra casa, ojalá todo el mundo llevara la suya tan arreglada. Pero conozco que vuestro buey no le deja dormir tranquilo, y quiere hacer lo posible paraque no se diga mas en el país, Guillermo tiene el mas fuerte y el mas hermoso buey de toda la comarca. La sociedad agrícola ha organizado una Esposicion de animales que se verificará en Valenciennes dentro de ocho dias, y quisiera enviar allí á Ravillac que es su buey famoso, y que segun él debe ganar el premio sobre todos los bueyes. ¡Allí es donde quisiera medir nuestras fuerzas! dijo Guillermo riéndose, adelante, que lo pruebe. Hasta ahora siempre he sido enemigo de esas cosas, porque al fin ¿qué resulta de la Esposicion? Si se mira bien, poca cosa de sustancia, no es mas que una manera de brillar á costa de los pobres animales. Sin

embargo, dijo el carretero, seria desagradable que se dijera en el país que vuestro buey ya no es el mejor. Yo en vuestro lugar no espondria tan ligeramente la reputacion; y aunque eso repugne á vuestro modo de ver las cosas, os aconsejaria que hicieseis lo que hacen los otros; pues no veo razon para que no obreis como los grandes propietarios y ganaderos.

El buen Guillermo que en medio de su incomodidad se habia desabrochado tres botones del chaleco, se paseaba á paso largo por la sala á donde bajó al llegar el carretero. Por su rostro se conocia que pasaba algo en su interior, y dirigiéndose á Martin, le dijo: Teneis razon, os doy gracias por la noticia, estoy decidido, y si no hay inconveniente por parte de mi madre que quiere mucho á Mosquito, éste ira á la Esposicion. Enviaré un buey cual no se ha visto nunca. ¿De veras? esclamó el carretero, pues me alegro mucho. Bravo, amigo Guillermo, ahora vereis lo que es una buena res. Y diciendo esto dió una vuelta redonda sobre el tacon del zapato derecho y por poco hace una pirueta. Allá veremos, esclamó Guillermo, lleno de esperanza; y en el acto hizo dar de almorzar á Martin, y le compró un pellejo de buen vino de los que en el carro llevaba.

Guillermo sintió herido su amor propio, y como estaba seguro de que no habia en toda la comarca buey alguno que pudiese rivalizar con el suyo, determinó enviarlo á la Esposicion, por mas que segun dijo al carretero no era de su gusto semejante cosa, ni en su concepto habia en ello provecho alguno. Su madre participaba de las mismas ideas, y como sacar el buey de casa era un negocio grave, y de aquellos que no se atrevia á decidir por sí solo, fué preciso ante todo ver de qué opinion seria Margarita. Estaba esta buena mujer en su cuarto hilando segun tenia de costumbre y en el punto en que su hijo iba á entrar habia suspendido momentaneamente aquella tarea para contemplar como su gato favorito acechaba el instante de lanzarse sobre una mariposa que en una hoja estaba posada. Margarita queria á las mariposas, pero amaba mucho al gato, y en su interior no se atrevia á decidir si era mas vehemente el deseo de que la mariposa se escapara ó el de que el gato tuviese el placer de cogerla. Mientras fluctuaba en esta incertidumbre entró su hijo, y refiriéndole la conversacion tenida con el carretero terminó por manifestarle sus deseos de enviar el buey á la Esposicion, aunque contando antes con su consentimiento. Margarita de pronto se negó á dárselo y estuvo á punto de derramar una lágrima, porque le parecia que si el buey marchaba no era posible que anduviera tantas leguas sin cansarse, y sin esperimentar alguna desgracia. Como por otra parte aquel buey habia sido el animalito mimado por el difunto esposo, queríalo como á las niñas de sus ojos, y se interesaba por su vida y por su bienestar casi como pudiera hacerlo por una persona. Por otra parte tenia la buena mujer su alma en su cuerpo y su poquito de orgullo y tambien le

sonaba muy mal eso de que pudiera su ganado perder la reputacion que hasta entonces tuvo, á lo menos hasta diez leguas á la redonda. De manera que su ánimo se halló en un conflicto muy parecido al que acababa de esperimentar entre el afecto al gato y el amor á la mariposa: viniendo la pobre á sacar por consecuencia que aquel era dia muy fatal y de grandes pesadumbres. En medio de todo pudo mas el orgullo ofendido, y aun á riesgo de que al büey no le probase el viage convino en que fuera conducido á la Esposicion, porque en realidad esperaba que no habria ninguno digno de compararsele, y que su fama creceria un ciento por ciento. Acordes pues la madre y el hijo se tomó el importante acuerdo de que el animal fuera á sostener la reputacion y la honra de la casa, confiando en su bella figura, en su robustez y en su bien colocada y bien dispuesta cornamenta.

Al dia siguiente de haber determinado asunto de tanta importancia notose en la casa un movimiento desusado. Guillermo decidido ya á enviar el buey no quiso dar ni un paso para acompañarlo. Muy cuesta arriba se le hacia dejarle ir fuera del alcance de su vista, cosa que no habia sucedido nunca: mas por otra parte discurrió que si él en persona entraba en relaciones con la comision encargada de fallar entre los aspirantes al premio, no faltaria quien dijera que puso en juego todos los resortes imaginables, y hasta que habia corrompido á los jueces. Nó, esto no está conforme con mi carácter, decia, quiero en estas críticas circunstancias ser franco y honrado como he sido en todas las de mi vida, y cual debo serlo para no degenerar de mi buen padre que en paz descanse. No iré á la Esposicion, por mas que me duela dejar que vaya ese animalito sin mi compañía que pudiera hacerle muy al caso.

En consecuencia de todo esto Pedro fué elegido paraque tuviera el honor de conducir á Mosquito á la Esposicion, presentándolo segun las reglas establecidas al Jurado de la sociedad de agricultura, y acompañarlo luego al sitio en donde habia de decidirse de su gloria en el grupo de los rumiantes cornudos y de pezuña hendida. La alegría de Pedro al darle semejante noticia no es para dicha. Iba á ver la Esposicion, á hacer un viaje con su querido Mosquito, y á correr mundo, cosa que no habia hecho hasta entonces, pues nunca fué á ninguna parte. Pareciole que era el hombre mas feliz de la tierra. Vestido con el traje dominguero y puesta una camisa blanca con botones de vidrio azul en forma de avellanas, tenia el buey por el cuerno mientras que su amo le daba las últimas instrucciones, ya mil veces repetidas, acerca del gran cuidado con que habia de tratar á su compañero de viaje con respecto á la comida y bebida, y sin separarse un ápice del itinerario marcado. Pedro lo encontró todo muy oportuno y prometió cumplir estrictamente lo que se le mandaba, y con despedirse de Margarita, del amo, de las vacas y de los perros, se puso en marcha con su querido Mosquito, que iba contento y cual si comprendiera

que habia de hacer alarde de su robustez y gentileza. Los mozos de la casa y los peones que trabajaban las tierras asistieron á esa marcha solemne, porque todos querian ser testigos de vista, y de oidas de aquel grande acontecimiento.

Pasaremos en silencio las aventuras que tuvieron lugar durante el camino, y las repetidas escapatorias y travesuras de Mosquito, que se alborotaba con mas frecuencia de lo que hubieran deseado Pedro y algunos viajeros que con él se encontraron, y hubieron de hacerle calle; y de un salto nos trasladaremos á Valenciennes y al teatro de sus hazañas. Llegado á la puerta de la ciudad Pedro recibió un pase con el cual pudo atravesar el pueblo en compañía del buey: mas al haber dado unos treinta pasos hubo de presentarse á un comisionado de la Esposicion, que se enteró del nombre del amo de Mosquito, de la edad de éste, de su peso, de quienes habian sido sus padres, y sus abuelos, y de algunos otros pormenores de la misma clase; noticias todas que Pedro tenia ya escritas por mano de su amo. Cumplidas estas indispensables é interesantes formalidades Mosquito recibió el número 386, y en seguida se presentó un hombre con un pincel pringado de pez, quien le pintó en guarismos de mala mano el antedicho número encima de la tercera costilla.

Durante esta operacion del pintor ó si se quiere del embadurnador de letreros en la no curtida piel de cuerpos vivientes, Pedro estuvo temblando de los piés á la cabeza. Cuando fué terminada el mozo y su compañero se metieron por las calles de la ciudad, no sin que Mosquito al paso que iban adelantando se fuera poniendo sombrío, receloso é inquieto, á lo cual contribuia mucho el que Pedro embobado mirando las casas y las iglesias le dejaba campar por su respeto, sin advertir la mudanza que en su humor se iba verificando. Aquel buey gigante llamaba la atencion de la muchedumbre que se atropellaba para verle, y todos los pillos echaron á andar tras de él para mas á su sabor hacerse cargo de su belleza y de su estraordinario volúmen. Acostumbrado Mosquito á la soledad y al silencio de los prados en que nació y habia vivido hasta entonces, no se encontró bien entre tanta gente y con tanto ruido, y fué poniéndose mas y mas inquieto, de suerte que Pedro no sabia ya como tenerlo á raya, porque el buey acababa por momentos de desconocer la autoridad y hasta la voz á que durante toda su vida habia obedecido. De repente como aturdido, y cansado ya de tanto andar, sacudió la cabeza, y se dejó caer como un saco de plomo en mitad de la calle, sin que cuantos medios se emplearon á fin de levantarle sirvieran un punto para menearlo siquiera. Sin duda pensó dentro de sí que, pues en aquella ciudad se habian ya establecido muchos otros bueyes bien podia él verificar lo mismo. Todas las diligencias fueron infructuosas, y se quedó clavado en aquel sitio cual si hubiese adquirido derecho de ciudadanía, y se hubiera convertido en propietario del lugar sobre el cual reposaba tranquilamente.

Fácil es comprender cuanta muchedumbre de curiosos se agruparon á con-

templar un suceso tan inaudito, tanto mas cuanto el bueno de Mosquito obstruia el paso para el público; de manera que hubo embajadores estranjeros, ministros y altos funcionarios cuyos coches hubieron de dar un largo rodeo á causa de ese volúmen de carne que se habia apoderado de la calle. Pero no estaba lejos el momento en que ese terco animalito se habia de encontrar de repente plantado sobre sus piernas. Era la hora de relevar las guardias, y entró en la calle un batallon entero, con banda y música; cuando en el punto en que sonaron como un trueno el bombo y todos los instrumentos en un tutti, Mosquito cual si le hubiera herido un rayo se encontró súbitamente en pié, y abriéndose paso entre la muchedumbre, se lanzó calle abajo con ánimo tan resuelto, que la mitad de la guardia relevada huyó llena de espanto.

Desde aquella hora las proezas de Mosquito no se dieron vagar unas á otras. El primero de sus trabajos de Hércules fué derribar la garita de la gran guardia, que hizo volar como una pluma. Cuantos objetos encontraba en el camino, si no estaban clavados y remachados, sin remedio iban por el suelo, si ya no eran lanzados á mucha distancia. En la gran guardia dos subtenientes tuvieron de pronto la ocurrencia de atravesarlo con las espadas: pero recordando sin duda aquello de «hasta los Dioses combatirán inutilmente contra los toros» dejaron tranquilamente las espadas en las vainas, y renunciaron á su obra de destruccion. Es preciso decir que aun cuando se resolvieran á desafiar el peligro hubieran llegado tarde porque ese gran proveedor de bifsteks continuaba la serie de sus altos hechos derribando las puertas de una tienda de pasamanero, la cual estaba llena de dragonas, flecos, escarapelas, plumeros, cordones, botones y borlas. Al estruendo de los cristales que cayeron en mil pedazos el maestro y once trabajadores que allí estaban tuvieron por cierto que habia terremoto; mas sus gritos se convirtieron en espantosos alaridos al ver que el buey se metia en la tienda. Su intencion parecia ser la de enfilar varias personas, y se lanzaba ya para coger á la única hija del amo, cuando veloz como un relámpago se arrojó con valor en la tienda llevando una vara en la mano un mancebo del almacen de enfrente, y gracias á su rapidez llegó justito á tiempo para recibir en sus brazos á la hija medio desmayada, y dar un gran golpe con su arma al hocico del impertinente forastero, que sin detenerse un punto dió media vuelta á la izquierda y salió de la tienda disparado.

Pedro fuera de sí habia seguido constantemente á Mosquito gritando: dejadme hacer, y el pobre no podia hacer cosa alguna, porque Mosquito se habia declarado en rebelion abierta. El barrio entero estaba en movimiento y todo el mundo corria detras del buey que acababa de tirar por el suelo á un hombre cuyos bolsillos estaban henchidos de billetes de banco, y de otros papeles, que se derramaron por la calle, y que por fortuna pudo recoger un guardia de policía, y de los cuales hablaremos mas adelante. Mosquito sin detenerse por esto

penetró en un gran patio dentro del cual habia un almacen encima de cuya puerta estaba escrito: Píldoras y ungüento de Holoway. Para los habitantes de Valenciennes esta entrada fué una cosa muy chistosa porque allí nadie tenia fe en esos medicamentos, y la gente solia decir: el que entra en ese almacen debe ser un gran bestia. De manera que vino á ser verdad á lo menos esta vez el dicho vulgar que estaba en boga. Pero como quiera que sea, ó la atmósfera medicamentosa de aquel almacen, ó la virtud purgativa de ese ungüento y de esas píldoras de que tal vez rompió algun frasco ó caja, hubieron de tener alguna influencia sobre Mosquito, porque despues de haber dado algunas vueltas por el patio y de haber entrado y salido del almacen distintas veces, se fué calmando, dejó de dar mugidos, no escarbó mas el suelo, se abrió de piernas, y dió fin á sus hazañas, de suerte que cuando llegó Pedro hijadeando, las hostilidades estaban de todo punto terminadas, y Mosquito se dejó coger por el único conocido que en aquella muchedumbre tenia.

Sin grande esfuerzo comprenderá cualquiera que aquel buey vino á ser el individuo de moda y el objeto de todas las conversaciones; en la mesa redonda, aun antes de la sopa, los parroquianos tenian la boca llena de buey; en las tertulias del alta aristocracia en donde fueron minuciosamente referidas las aventuras del forastero, quedaron eclipsados el duque de Allou y su linda hija que habian llegado dos dias antes. Esto hizo que todo el mundo corriera á la Esposicion á fin de conocer al héroe, y millares de espectadores se agruparon en torno de aquel animal que brillaba con toda su gloria en medio de sus innumerables cofrades.

Ceje atrás el caballo que ganó el primer premio en la última corrida, vaya afuera el carnero con cuatro astas, retírense los merinos españoles, fuera esa nueva máquina de trillar, y ese aventador flamante, dése paso libre al público que no tiene ojos para mirar otra cosa que el número 386: Mosquito ha alcanzado el triunfo de la educacion del ganado en todo el Departamento, él es el primer camorrista de la ciudad entera. Mas ¿quién en este mundo de acá abajo puede jactarse de estar al abrigo de la calumnia? Nadie, ni aun un pobre animal. Hé aquí lo que sucedió al héroe de nuestra historia. Aquel envidioso colono de quien habló el carretero Martin hizo todo lo posible á fin de desacreditar á Mosquito; antes de la hora de medio dia ya estaba en contacto con el pasamanero y con sus once trabajadores haciendo coro en las diatribas que estos y aquel lanzaban contra el buey, procuró irritar á los militares por el insulto hecho al batallon y á la gran guardia, y habia recorrido todos los rincones de la ciudad buscando al hombre aquel de los billetes de banco, á quien Mosquito hizo rodar por el arroyo; de suerte que con todas esas alianzas confiaba poder acreditar ante el Jurado de la Esposicion por mas de cien razones que aquel animal no valia absolutamente nada.

Pero ¿hay hombre en el mundo capaz de detener el torrente de la opinion pública, y de las ideas dominantes? No por cierto. Mosquito tenia ahora á su favor esa opinion compacta y decidida y como dice el proverbio, la voz del pueblo es la voz de Dios. En la lotería todo el mundo buscó el número 386, y paraque se vea cuán caprichosa es la fortuna ese número fué precisamente el que ganó la primera suerte. No pararon aqui las consecuencias de aquel acontecimiento. El hombre que habia sido lanzado por el suelo, y á quien se le desparramaron por la calle los billetes de Banco estaba ya en poder de la policía. Lo que esta no habia podido descubrir despues de muchos años de las mas esquisitas investigaciones y pesquisas, el buey lo olfateó desde el primer momento, desenmascarando al jefe de una cuadrilla de monederos falsos, y en consecuencia de esto tenia derecho indisputable á la recompensa de ciento cincuenta escudos que el Gobierno habia prometido al descubridor.

Los altos hechos de Mosquito aun ofrecieron otros resultados y no de poca monta, los cuales no deben pasarse en silencio, porque hacerlo así seria irrogar un perjuicio á la buena causa, y llevar el agua al molino del envidioso y hostil colono enemigo de Mosquito y de su amo. El buey recibió in pectore la mas síncera gratitud de toda una compañía de granaderos, porque en lugar de la garita vieja y abierta á cuatro vientos que servia para la gran guardia y fué en aquella terrible mañana hecha pedazos de una cornada, el carpintero puso otra nuevecita, un poco mayor y con menor número de aberturas.

Pero lo mas interesante de aquel suceso, lo que corona la serie de las portentosas hazañas de nuestro héroe es lo siguiente. Habia ya demostrado su beneficencia por medio de la lotería haciendo que la primera suerte fuese á parar á un pobre defensor de la patria que estaba muy apurado para continuar viviendo: habia merecido una corona cívica descubriendo el jefe de una cuadrilla de monederos falsos, y ahora hizo que floreciera el simbólico mirto. ¿Quién pudiera imaginar que un buey pudiese algun dia representar el papel de casamentero? Sin embargo nada mas cierto.

Hacia mucho tiempo que Antonio amaba á Emna, hija del pasamanero; amaba sin esperanza porque el padre era un tirano que no queria dar su hija á un pobre mancebo de un almacen de modas; mas al ver la bravura que Antonio desplegó á propósito de la intempestiva invasion del buey, su pecho hubo de enternecerse y al momento se decidió á convertir á Antonio en yerno.

¿Puede exigirse mas de un buey que por la primera vez en su vida pone los pies en la Ciudad? Todo esto pesó tanto en el ánimo del Jurado de la Esposicion que por unanimidad le señalaron el primer premio. Pedro por un espontáneo impulso reclamó los derechos que el buey tenia á la recompensa de ciento cincuenta escudos por haber descubierto á los monederos falsos y se le dieron ciento, considerando que como aquello fué una casualidad no era digno del

premio entero: además el caballero de la vara el mancebo Antonio le regaló á Pedro un chaleco y la tela para hacerse un pantalon de verano: de manera que el muchacho despues de una ausencia de diez dias, volvió á casa en compañía de Mosquito y cubiertos ambos de gloria y de provecho.

En la Quinta y en el inmediato pueblo se tenia ya noticia por medio de los periódicos de todos aquellos triunfos, y la mitad de los habitantes salieron á recibir al buey y al mozo con grandes demostraciones de alegría. Pedro habia coronado de flores á Mosquito, de manera que al verlo podia tomársele por un buey que iba á ser sacrificado en el altar de Apolo como capataz de alguna famosa hecatombe. Apenas hubo olido la querencia echó un bufido de contento, y redobló el paso viniendo á tomar el gimnástico, en el cual desplegó una gracia que nadie le conocia.

Salió la buena Margarita casi llorando al ver la lijereza con que el buey corria, pues muchas veces habia temido no verle mas, y se resistia á creer lo que de él contaban los periódicos. Al mirarle ahora, al ver las monedas que Pedro enseñaba, al oir la minuciosa relacion de todos esos sucesos que llevamos referidos, la buena anciana estaba como embobada, y á impulsos de la espansion de su ánimo confesó que el dia en que contrajo matrimonio, aquel en que dió á luz á Guillermo y el presente eran los tres mas felices de su vida. Guillermo quiso celebrar la victoria del buey y mandó traer el pellejo de vino generoso que habia comprado al carretero Martin, á cuyas instigaciones debia rigurosamente hablando aquel triunfo; y todos los criados de la casa y las autoridades del pueblo vecino fueron invitados para festejar á Mosquito. Cuando el dulce y generoso vino colmaba los vasos, el juez de paz del pueblo brindó por el Sr. Guillermo y por el buey. Todo el mundo contestó al brindis y la alegría se hizo general: reinó en la mesa una fraternidad encantadora, y todos se condolieron de que Mosquito á pesar de su nombre no gustara del vino, para que hubiese podido acompañarlos en esa fiesta que se celebraba en honor suyo. Pedro tomó en la funcion una parte muy activa porque se consideraba ya hombre rico y de importancia: y si en realidad no era eso, era el hombre mas feliz de la parroquia.

LA CANTATRIZ.

(CUADRO DE GASPAR NETSCHER.)

Era la hora de salir del Teatro de la ópera italiana, y una estensa línea de sillas de mano seguian lentamente las calles cercanas á la Porte de Saint Martin en Paris. Por las sombrías puertas del pequeño edificio que en nada se parecia á la elegante fábrica que es hoy el teatro italiano, salian los últimos espectadores, cuya mayor parte eran jóvenes de buen tono que se detenian en la plazoleta del teatro para hablar del modo como acabarian de pasar la noche. Tras de ellos salian hombres y mujeres envueltos unos y otros en capas negras y llevando en las manos rollos de papel; estos eran los cantores y las cantatrices, que mas modestos entonces de lo que son en nuestra época, no necesitaban tantos sirvientes y avisadores que les llevaran y trajeran los papeles de música, y les prestasen otros servicios, á que por entonces no estaba la gente de teatro acostumbrada.



Entre los que salian era muy fácil reconocer al grueso y amable Alejandro Tarini, cuya poderosa voz de bajo dominaba la orquesta y los coros siempre que convenia, y no siempre que deseaba un aplauso, porque en aquellos tiempos los aplausos no se reservaban á los gritos ni á los esfuerzos, sino á la oportunidad y al mérito verdadero. Tarini habia vivido en Constantinopla, habia cantado delante del sultan, y lo que es mas, delante de las sultanas y odaliscas del harem. Las mas hermosas manos del oriente habian servido café y sorbetes al cantor, y ningun hombre del universo á escepcion del sultan, po-



Casp. Netscher pinx. — A. H. Payne sc.

La Cantatrice.

A Lady Singing — Die Sängerin


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SEVILLA

dia vanagloriarse como el músico, de haber fumado una pipa á la cual pegó fuego la favorita del poderoso soberano de los musulmanes. Cual un recuerdo de sus triunfos en la opulenta Capital del imperio mahometano habia conservado un traje, al cual para ser completamente oriental solo el turbante le faltaba, y en su lugar solia cubrir la cabeza con un casquete griego que era pariente próximo del turbante. Al lado de Tarini iba caminando la mas hermosa de las artistas italianas que era Maria Chiarini, la cual escuchaba sin contestar una palabra los requiebros y lisonjas que el cantor le dirigia.

Todo el mundo tenia noticia del menudo pie de esa mujer, al cual dábase el nombre de invisible, y Mr. de Saint Foix conocido por el abate de Saint Foix, hombre de talento y dado á la sátira, que nunca faltaba en donde estuviesen reunidos dos ó tres comediantes, llamaba á los pies de la Chiarini, pies ausentes, y un dia sostuvo que la Chiarini era como el ave del paraiso que no tiene pies, lo cual fué motivo para que irritada la cantatriz le diera un bofeton. Los actores considerando ese bofeton como una nueva ceremonia necesaria para la recepcion de un caballero en una órden cualquiera, le llamaron desde entonces el caballero de Saint Foix. El vanidoso forjador de dichos chistosos, y de ocurrencias pizmientas tomó á gracia el ser ennoblecido por medio de semejante ceremonia, y desde entonces nunca firmó con su nombre á secas, sino anteponiendo siempre la nueva dignidad á que los otros decian haberle la Chiarini ensalzado. Esta mujer le aborrecia, sin embargo de que él no se cansaba de celebrar en sus poesías, bastante buenas algunas veces, su magnífico talle, la gracia de sus movimientos, y la espresiva hermosura de sus nobles facciones. En esa misma noche Saint Foix iba al lado de la cantatriz ofreciéndole aunque inútilmente el apoyo de su brazo.

Saint Foix era un hombrecillo pequeño y flaco, con cabellos negros y erizados, las facciones estraordinariamente marcadas, las cejas muy pobladas, los ojos pequeños y vivos, y la nariz de gran tamaño. Con mucha frecuencia se burlaba amargamente de sus espaldas, que tenia mas alta una que otra, de sus delgadísimas piernas y de sus pies interminables. A despecho de tan repugnante figura tenia mujer muy linda, y sustentaba con formalidad que era muy amado por ella. En su presencia apuraba Saint Foix su ingenio para hacer arlequinadas, que al decir de él divertian mucho á su consorte; y cuando la Sra. de Saint Foix tenia con ella á su hijo, las tonterias de su consorte acababan por hacerse insoportables á sus mismos amigos. Era en verdad cosa admirable que aquella señora estuviese enamorada de tan grotesca figura: mas es lo cierto que siempre se presentaba en público acompañada de su marido, ó con este y con su hijo, niño de cinco años, tan hermoso como su madre, y con la misma viveza y petulancia que su padre. Aquella jóven gozaba de una reputacion sin mancha, cosa muy singular en aquella época; mas la chismogra-

fia sostenia que rechazaba los homenages de los mas amables caballeros, no por virtud sino por orgullo, y vaticinaba su caida para cuando se empeñara en ella un espugnador bastante distinguido para lisonjear su orgullo. Saint Foix enteramente confiado, llevó su esposa á la córte, sin reparar en que la sumergia en ese oceano de peligros y seducciones.

La Chiarini no estaba menos celosa de su reputacion intacta, aunque no faltara quien decia que á despecho de su severidad para con sus adoradores, no pocas veces se permitió algunas inconsecuencias. Este heroismo de virtud se habia convertido en un lazo de amistad entre esas dos mujeres, lo cual no era obstáculo para que una á otra se envidiasen su hermosura, y no solo eso sino que la una procuraba que la otra fuese víctima de alguna intriga amorosa, á fin de gozar ella sola el título de invencible. La Chiarini remitia sus mas notables adoradores á la señora de Saint Foix á fin de probar si lograria su objeto; y esta hacía lo mismo con respecto á su rival: á pesar de todo es menester convenir en que la señora de Saint Foix obraba mas sincera y lealmente que la italiana, porque mientras ésta no sabia decidirse á sacrificar el marqués de la Boulaye, la Sra. de Saint Foix le enviaba sin repugnancia alguna el mas distinguido y hermoso de sus Adónis, que era el célebre pintor Antonio Vatteau, empeñándole en que rindiera homenage á la Chiarini, y pronosticándole que alcanzaria sobre la artista un brillante triunfo.

Entre las personas de quienes hemos hablado se hallaban reunidas delante del teatro Saint Foix, Tarini, la Chiarini, y su hermosa rival con su hijo. De pronto solo trataban de darse las buenas noches; pero la conversacion se iba alargando porque Saint Foix habia tenido ya por la vigésima vez la incomparable idea de reunir algunos amigos á fin de celebrar una noche ática, con la condicion no obstante de reemplazar la sal ática con vino de Falerno. Mientras se discutia acerca de esto vino á juntarse á ese pintoresco grupo otra persona, que iba vestida con mas lujo que la Chiarini y que la Sra. de Saint Foix, y á quien iban alumbrando dos hombres con antorchas. Salió de la silla de manos que estaba adornada con muchas labores de escultura y muchos dorados. Saint Foix se apresuró á ofrecer sus respetos á la señora marquesa, mientras que Tarini volvió el rostro con orgullo, probablemente porque sabia que las galanterías de un pobre bajo profundo le eran muy indiferentes.

En aquella época no podian darse diez pasos en Paris sin tropezar en un marqués ó un conde. En medio de aquella muchedumbre de nobles andaba revuelto un crecido número de personas cuya nobleza consistia en un sombrero con plumas, en una espada, en tacones rojos ó en un abanico de marfil. Pocos de entre ellos podian jactarse de deber su nobleza á un espediente tan oportuno como el caballero Saint Foix. A esta última clase pertenecia la marquesa de Bresson, la cual al llegar saludó á las dos heroinas de virtud como hubiera po-

dido hacerlo una Juno bajando del Olimpo. Decíase no obstante que esa señora habia hecho su primera entrada en Paris en una hermosa mañana de Octubre, á pié, llevando debajo del brazo su modesto hatillo que contenia por todo lujo una vieja saya de seda verde, un par de zapatos de raso tambien viejos, un pequeño espejo, un bote de pomada, una cajita de carton llena de polvos para la cabeza, otra caja con albayalde y carmin y un par de guantes largos. Con semejante equipaje se presentó en la feria de la Porte Saint Martin, en donde hubo de conocer al anciano señor de Bresson. Apoderándose completamente del ánimo de aquel buen hombre logró apurarle hasta que se casó con ella en buena forma, y probablemente con no poco detrimento de la felicidad terrestre del anciano, porque atormentado y agriado, murió al cabo de cinco meses de su última y gloriosa locura.

Heredó aquella señora deudas muy considerables, pero pudo darse aires de marquesa y tomó sus medidas con tanta finura que la liberalidad de sus adoradores cubria siempre sus gastos de sillas de manos, de criados, de tocador y de lujo, con algunas otras menudencias de no escasa importancia. Saint Foix habia bautizado á esa señora con el título de marquesa de la Feria, título con el cual era generalmente conocida.

La marquesa asemejándose en esto á un cazador diestro, se apoderaba de todos los adoradores que revoloteaban en torno de la Chiarini y de la señora de Saint Foix, para cambiarlos luego con una frescura muy singular por los recienvencidos que se dejaban cojer en sus redes. La Chiarini hizo todo lo imaginable á fin de conservar al marques de Boulaye, y no obstante la Bresson se lo habia quitado. Saint Foix sostenia tenazmente que la marquesa era una especie de hiena porque devoraba los muertos inmolados por las dos heroinas de virtud. La marquesa estaba siempre segura de coger cerca de ella algun desgraciado, que despues de suspirar inutilmente una larga temporada, esperimentaba una apremiante necesidad de tomar aliento, y de vengarse de las ingratas adorando á la marquesa.

En aquella noche, la marquesa, complaciente como siempre ofreció su casa á la sociedad que acababa de convencerse de que no sabia separarse por entonces. Pero es preciso, esclamó la marquesa, que se nos encuentren algunos caballeros; señor Saint Foix, á vos me dirijo para esto, porque sé cuan á propósito sois para estos negocios. Creo que no faltarán señoras en casa, y entonces si mi plan no se frustra, mañana por la noche á esta misma hora, nos hallaremos á ocho leguas de Paris para celebrar.... á ver quien lo adivina!

Ahí no hay feria, esclamó el incisivo Saint Foix. El cantor soltó una carcajada, y la marquesa continuó. ¡Feria! ¡Que tonteria! Nadie se acuerda de semejante cosa. Iremos á Sept Fontaines, que es el pueblo mas hermoso de toda Francia. ¡Sept Fontaines! esclamó la italiana sorprendida; me parece que el

pueblo y el castillo pertenecen al marques de la Boulaye. Precisamente, contestó la marquesa con aire de triunfo. Puesto que vos, señorita, sabeis eso, tal vez no será difícil que adivineis lo restante. ¡Yo! muy lejos estoy de ello, dijo la cantatriz: ignoro completamente lo que quereis decir, señora marquesa. Quizas yo lo adivine, dijo la señora de Saint Foix; el marques sin duda quiere enseñar sus haciendas y su castillo á su adorada.

Pero que no quiere compartir con ella, dijo Saint Foix. Yo conozco muy bien á Teodoro, y en ciertas materias es hombre con cuya formalidad no puede contarse, y creo oportuno advertíroslo, señora marquesa. Y vos, mi querido Saint Foix, dijo la marquesa, en ciertas materias sois muy maligno, lo cual creo tambien oportuno advertíroslo. Os declaro aquí que el marques me llevará mañana á Sept Fontaines con todo el brillo y con toda la magnificencia posibles.

¡Como! esclamaron los oyentes al unísono. Digo que me robará, contestó la marquesa, para casarse conmigo muy pronto y segun creo mañana por la noche. Eso es imposible, contestó la Chiarini, mientras que la señora de Saint Foix al parecer muy picada no decia una palabra. ¿Como es eso? dijo Saint Foix contentísimo con la espectativa de un ruidoso escándalo. Permitidme señora marquesa, que pregunte quien será el robado. Vaya, dijo la marquesa, por mas que os parezca increible, la robada seré yo. Pero señora, insistió Saint Foix, yo no sé ver ninguna de las circunstancias que constituyen un rapto. ¿A quién se trata de robar? ¿A vuestras camareras, á vuestros criados, ó á todos los hombres de Paris? ¡Bah! pues ello es muy claro, repitió la marquesa; el marques me robará á fin de casarse conmigo contra la voluntad de sus parientes. Tanto y tantísimo mejor, señora marquesa, continuó aquel hombre satírico, entonces sois vos la raptora del marques, como ya me lo habia figurado. Mas esto nada importa; si realmente se verifica el viaje á Sept Fontaines, como lo deseo con toda mi alma, contad conmigo, señora, con tal que no olvideis pertrecharos con toda clase de municiones que puedan ser útiles en una campaña de esa naturaleza. ¡Oh! no temais, dijo la marquesa: pero señores, es una cosa sorprendente lo que sucede, aquí nos estamos hablando en mitad de la calle ha mas de una hora, y no creo del caso que nos decidamos á pasar la noche delante del Teatro. Vamos á buscar un coche para que nos traslade á mi palacio.

Perfectamente, señora marquesa, dijo la Chiarini, mas en este caso os ruego que querais prestarme vuestra silla de manos hasta el Cuartel latino, porque deseo pasar la noche en mi casa. De mil amores, amiga mia, dijo la marquesa, aun que en verdad vuestra resolucion me causa pesadumbre. Esta noche tendremos en casa caballeros muy distinguidos, entre ellos puede contarse con el conde Arnaldo, el pintor Antonio Vatteau, Pedro Mabonne del teatro Francés y su hermana Teresa... A quienes, dijo Saint Foix, os suplico que no conteis en

el número de los caballeros. Acabad con vuestras continuas observaciones, dijo la marquesa: no es posible decir una palabra sin esponerse á vuestro interrumpir maligno. Tambien tendremos allí á mi novio Teodoro de Boulaye; pero perdonadme, señorita, olvidaba que la perspectiva de veros rodeada de una multitud de brillantes mariposas no basta á decidiros á formar parte de nuestra comitiva. Debierais haber dicho mariposos, replicó Saint Foix segun tenia de costumbre.

La Chiarini reflexionó un momento. El marqués debia ir á casa de la marquesa, en donde queria verle y hablarle por la vez postrera. En este concepto pues aceptó al ofrecerle la Bresson el brazo y se pegó á su rival; los otros siguieron, Saint Foix deleitándose ya con la esperanza de una comilona, Tarini murmurando palabras incoherentes, aunque reanimado poco á poco con la idea de encontrarse en breve cara á cara con un buen Falerno.

La plaza del Teatro habia quedado enteramente desierta, cuando un hombre jóven y esbelto salió de un rincon obscuro y siguió con la vista y gimiendo aquella reunion de personas que se iban alejando. Aunque de pronto parecia resuelto á ir á su alcance, quedóse luego indeciso, dió algunos pasos hácia atrás, adelantóse de nuevo, y finalmente cual venciendo su irresolucion, marchó con paso rápido, y demostrando en su esterior la cólera mas grande. De repente sonó muy cerca de él una estrepitosa carcajada, y se le acercó otro hombre, envuelto en su capa. ¿El maestro Antonio Vatteau, dijo el desconocido, se propone representar el Arlequin misántropo al aire libre, para dar una idea del arte dramático á los vigilantes nocturnos? ¿Eres tu, Boulaye? preguntó Vatteau con aire distraido, pues sabe que estoy muy poco dispuesto para escuchar tus interminables chanzas. Perfectamente, Antonio, prosiguió el marqués, contestas como un misántropo, pero yo entiendo que estas chanzas te convienen muchísimo, pues de otro modo no me permitiria gastarlas contigo que eres mi mejor amigo. ¿Te acuerdas de aquel estravante de Saint Foix? He estrañado mucho que te hayas dejado zumbar del modo mas grotesco por ese maligno y tragon mono. Dirás que la presencia de su Señora te ha cubierto con una armadura impenetrable contra los golpes de tajo y de punta de ese caballero; y es muy bueno que yo lo sepa, porque como me es imposible vivir sin chancearme con los misántropos, haré que me acompañe la Señora de Saint Foix, que te hará invulnerable. El nombre de la Señora de Saint Foix pronunciado por el marqués produjo en el pintor un efecto eléctrico. Con los brazos cruzados y la cabeza inclinada conservaba la actitud de un tirano, ó de un traidor de comedia, cuando de repente echando la capa atrás, y alzando el sombrero con plumas que dejó descubierta su bella frente, cogió al marqués por el brazo y lo atrajo á su lado.

Esta noche la he visto, le dijo, estaba aquí, precisamente en este sitio mismo. ¿Y en dónde te hallabas entonces? preguntó Teodoro. Ahí, contestó el pin-

tor, detrás de esa columna. Ya me lo figuro, dijo el otro: continua. He oido, prosiguió Antonio, todas las palabras que pronunciaba, y sin embargo devorado por mi pasion, no he tenido valor para presentarme, y reunirme á la comitiva. Tambien lo creo, insistió el marqués. ¿Porqué vas sin mi compañía cuando quieres hacer la corte á la Señora de tu corazon? He orado y no te rias, Teodoro, he orado paraque mi ángel bueno te trajera cerca de mí, pero ha sido en vano: finalmente has venido: mas es para exasperarme con tus amarguísimas bromas. No te incomodes, Antonio, dijo el marques, y díme á dónde ha llevado Saint Foix á tu diosa? A casa de la Bresson, contestó el otro, y me parece imposible que no las hayas encontrado. No lo he advertido, dijo el marques. Maldito mono jorobado, continuó Vatteau, la llevaba tan apretada á su cuerpo que era imposible decirle una palabra. ¿Pues le tapaba las orejas acaso? preguntó el marques. ¿Y qué diablos van á hacer á casa de la Bresson? Iban solos? Estaban tambien, satisfizo Antonio, el gordo Tarini y la Chiarini. La marquesa sostenia que el conde Arnaldo, Pedro Mabonne, tú y yo compareceríamos esta noche en su casa.

¡La Chiarini! esclamó el marques. Partámos al momento para llegar lo mas pronto posible á casa de la marquesa de la Feria. Tú todo lo haces mal, y no comprendo como consigues pintar un cuadro regular siquiera. Ahora veo mas que nunca que un amante cobarde como tú necesita lecciones muy severas. ¿Quiéres venir conmigo, si, ó no? Bien merecieras que yo te dejase aquí para continuar tu interesante monólogo.

Los dos se dirigieron aprisa hácia el palacio de la marquesa de la Feria, no sin que durante el camino procurase el pintor obtener algunas esplicaciones acerca del futuro rapto de la marquesa. Verás la comedia cuando esté representada, le dijo Boulaye: puesto que vendrás con nosotros á Sept Fontaines. Iré, contestó Antonio con tal que vaya la Señora de Saint Foix. Yo te aseguro, contestó el marques, que Saint Foix no rehusará mi invitacion.

No tardaron los dos amigos en llegar á la casa á donde se encaminaban. En el salon de la marquesa se habia reunido una sociedad brillante. Habia gran número de señoras y de caballeros, cuya reputacion dejaba mucho que desear; pero todos se distinguieron por su talento ó por su hermosura. Los convidados pertenecian á la clase mas libre de la sociedad, á saber, actores, actrices, poetas, pintores, literatos, escultores y aventureros de los dos sexos: mas no obstante se oian allí apellidos del mejor quilate y que pertenecian á la mas encumbrada nobleza de Francia.

Al presentarse los dos amigos, levantóse la Señora de la casa y fué hácia Teodoro de la Boulaye, que se inclinó con una dulcísima sonrisa besando al mismo tiempo la mano de aquella que queria robarlo á todas sus amigas de Paris. Una de ellas no podia acostumbrarse á la idea del triunfo que iba á ob-

tener la marquesa de la Feria, y era María Chiarini, hácia la cual dirigió el marqués una furtiva y ardiente ojeada mientras hacia rozar sus labios con la mano de la marquesa. Vatteau se sonrió porque habia sorprendido uno de esos rasgos característicos que sabia reproducir con tanta finura como talento. En cuanto á él mismo ni siquiera se atrevia á mirar á la señora de Saint Foix, y su embarazo fué estremo cuando su maligno marido, el mono, segun llamaban al caballero Saint Foix, se apresuró á presentarlo á su esposa como un desgraciado prisionero de guerra.

Aquella señora recibió al jóven pintor con mas amabilidad que otras veces, aunque en verdad era digno de llamar la atencion de la dama mas hermosa que en la sociedad habia. Era jóven y bien formado, sus cabellos bastante cortos tenian un negro brillante; en su fisonomía se notaba el sello del genio; sus miradas tímidas como las de un jóven, eran irresistibles cuando suplicaba. Ese jóven era ya un hombre célebre, de suerte que los inteligentes mas descontentadizos le habian pronosticado una carrera brillante y una gloria cual ningun pintor habia alcanzado. Era imposible tratar con crueldad á un artista tan distinguido, tan melancólico, y tan modesto; y aunque la señora de Saint Foix lo habia hecho hasta entonces, dijérase que ahora estaba muy próxima á sucumbir á su pasion y al prestigio del artista.

El mismo Saint Foix que era la impudencia personificada, perdió la serenidad al ver las apasionadas miradas que su mujer dirigia al hermoso pintor al presentarle la mano é invitarle á tomar un taburete para que se sentara á sus piés.

Ya es hora, Antonio, le dijo, de que os revele un secreto que hace mucho tiempo os oculto. Al oir esto Vatteau esperimentó una sensacion que no le permitia contestar una palabra. Saint Foix que lo habia oido dijo ¡Ola Elisa! con que tú tienes secretos que yo ignoro ¡ Dios mio! Preveo cual debe ser mi suerte: voy á ser tratado como todos los que cometen la insensatez de casarse en Paris. La señora de Saint Foix miró á su marido con desprecio, y le dijo: tu conciencia te dice lo que mereces y esto es muy triste. Yo no tengo conciencia, observó el marido, desde que tú te das á las intrigas: pero quiero saber lo que teneis que tratar juntos y en secreto. Perfectamente, caballero, esclamó la jóven, y volviéndose hácia el pintor, continuó: hablemos en inglés, amigo mio, á ver si mi marido se tomará la molestia de buscar en esta reunion quien le interprete nuestras palabras. Saint Foix estaba furioso, pero supo dominarse lo bastante para poderse alejar un poco sin que llamase la atencion de la sociedad. Antonio, dijo entonces la señora, os voy á recompensar por la adhesion invariable que durante tanto tiempo habeis tenido por mí sin romper el silencio. Lo adivino, señora; vos quereis arrebatarme el último consuelo, quereis despedazar mi corazon. Vatteau observó un gesto de melancolía que no pudo

disimular aquella hermosa mujer: Escuchadme, dijo al artista. Yo soy perdida para vos, y si no hay otro remedio me encerraré en un convento á fin de librarme de una vez de esta situacion fatal y penosa. Este voto lo habia ya hecho antes de conoceros, y precisamente vos sois quien me ha impedido hasta ahora cumplirlo. Encadenada por la suerte á un hombre á quien no puedo amar, renuncio á la esperanza de encontrar en el mundo el reposo y la felicidad, que no quiero comprar con un delito. No volveremos á vernos, nuestra separacion será eterna, mas al alejarme de vos me intereso por vuestra suerte. María Chiarini os ama: me lo ha dicho esta misma noche. La Bresson se vanagloria de haber arrebatado el marqués á la Chiarini, y esa linda jóven ha declarado entonces que os ama y que su corazon no ha palpitado nunca por el marques de la Boulaye. ¡ Ay señora ! esclamó el pintor estrechando la ardiente mano de la jóven, aunque sea cierto lo que decís, ¿de qué me sirviria eso cuando yo no amo ni amaré sino á vos? No os burleis, Antonio, observó la señora, yo ya soy vieja y tengo un niño de cinco años. Señora, dijo el pintor, Venus tambien es madre. Creedme Vatteau, repuso la de Saint Foix, ese aire sentimental no os sienta bien. Mirad á la italiana que viene, ¿no es verdad que es encantadora? Y os ama. Mirad con que frialdad recibe á Teodoro y como lo envia á la Bresson que se apodera de él cual un gavilan de la paloma. Mirad con qué ojos tan turbados os mira esa linda mujer. Ahí la teneis; ya os he dicho bastante.

Levantóse el pintor y la saludó con respeto pero con cierta reserva. La señora de Saint Foix dijo algunas palabras al oido de la cantatriz que pareció quedarse muy pasmada, pero luego vino á dar vida á sus facciones una dulce sonrisa. Está bien, dijo dando la mano á Vatteau, no faltaré á mi palabra, señor Vatteau, os ofrezco mi homenaje, pero advertid que lejos de haber sido vencida, vengo á rendirme voluntariamente. ¡ Ay señora ! esclamó el pintor que no sabia conformarse con esa situacion estraña. Me pareceis muy desgraciado, dijo la Chiarini dirigiéndole una mirada de desprecio. ¡ Ah ! si lo soy, contestó tartamudeando el artista, sin saber casi lo que decia.

Valor, continuó la cantatriz, dadme la mano, caballero, recorramos los salones y no dejeis de presentarme como vuestra novia á vuestros amigos, y muy particularmente á la marquesa de la Feria. Sí, sí, dijo el pintor. La Chiarini triunfaba y el artista parecia un desgraciado que es conducido al suplicio. Dijérase que la marquesa se alegraba de la noticia, pero Teodero se puso pálido como un cadáver. Tambien otros pueden tener novias, si no lo llevais á mal, le dijo la Chiarini. No creo haberos permitido hacerlos, señorita, dijo el marqués en tono apasionado. Desearia que me oyerais un solo instante. Ignoro lo que podeis querer, respondió la cantatriz: mirad que olvidais á vuestra hermosa novia; vamos, Antonio, son las dos, procuradme una silla de manos.

El pintor partió con su querida, que le echó en cara su conducta infantil, y lo despidió en la puerta sin darle siquiera las buenas noches. Antonio se golpeó la frente, furioso y exasperado, porque no acertaba á comprender á la italiana. Sin embargo como nunca habia sido amado se apoderó de él un sentimiento muy singular. Esa jóven á la cual todo Paris calificaba de encantadora, era suya, le habia dado la mano, y jurado que lo amaba. En efecto María se apoderó de su corazon por asalto y Vatteau estaba ya tan enamorado de ella, que consideró como un período de debilidad y de locura el tiempo que habia gastado amando la mujer de otro hombre. A pesar de esto la señora de su corazon le parecia tan salvaje é indomable, que algunas veces se horrorizaba al pensar que iba á ser su esposa.

En la mañana siguiente un criado del marqués de la Boulaye llevó al pintor una invitacion para Sept Fontaines. La Chiarini estaba tambien convidada, y por medio de un billete particular no faltó quien encargara á Vatteau que por ningun término dejase á su amada en Paris. El pintor corrió á la casa de aquella linda jóven que hubo de recibirle con muy mal humor, y que con mucha dificultad se decidió á seguirle. El pobre Vatteau tuvo grandes trabajos para encontrar una silla de manos en el cuartel latino; finalmente pudo conseguirlo, hizo entrar en ella á su querida, y se vió precisado á acompañarla á pié porque ella se empeñó en que allí no habia lugar para él antes de estar verificado el matrimonio.

Al llegar á la calle en que vivia el marqués, á duras penas pudieron ir adelante porque estaba llena de elegantes coches en que iban muchas jóvenes de fisonomía graciosa y atrevida. La Chiarini bajó y se envolvió con el velo. Nunca habia parecido estar tan contra su gusto, en particular cuando hubo visto algunas actrices del teatro francés que la miraban con aire burlon, y que parecian reirse de los esfuerzos que el marqués habia hecho para ganar á la Chiarini. Hoy la señora marquesa de Bresson era la reina de la fiesta cuyo brillante desenlace debia ser una boda. Uno de los coches estaba reservado para la cantatriz. Teodoro de la Boulaye fué á abrazar á su amigo, y saludó á la Chiarini que contestó al saludo derramando lágrimas.

Antonio, dijo el marqués, tu coche irá inmediatamente detrás del mio, porque espero que mi único amigo no me abandonará en este dia. Viendo el pintor que su amigo estaba mas serio y melancólico de lo que tenia de costumbre, le dijo. Mi querido Teodoro. ¿Es ese el aire y ese el rostro de un novio? ¿No quieres confiarme cual es la causa de la tristeza que cubre tu frente en dia tan memorable? Ya lo verás, le dijo Teodoro. En aquel momento Saint Foix corrió al coche del artista y como un mono malicioso insistió aunque en vano para que su mujer fuese admitida en el carruaje de Vatteau. Por fin dispuesto ya todo para la marcha, se pusieron en movimiento un crecido número

de carruajes y despues de varios incidentes mas ó menos interesantes, hácia la tarde llegaron al pueblo de Sept Fontaines. La sociedad puso su campo en el jardin del castillo. Vatteau estaba mas enamorado que nunca; y la Chiarini por el contrario mas fria que en sus dias mas fatales. El voluminoso Farini embarazado con su traje oriental se tendió sobre las yerbas y toda la comitiva imitó aquel ejemplo. La señora de Saint Foix estaba con su niño al lado de Farini, y el marido buscaba del modo mas grotesco posible como hacer la corte á su esposa. Algunas veces la abrazaba llorando, mientras que el pintor estaba sentado á los piés de una Vénus de mármol, que tal parecia la cantatriz, y agotaba todos los recursos para arrancarle una sonrisa por medio de la conversacion mas animada que su genio le sugeria. El marqués se colocó junto á la Bresson cuyas facciones espresaron el desprecio y la ironía cuando reparó en el pintor y en la italiana. Toda la reunion aguardaba con ansia el importante acto que iba á tener lugar muy luego.

Una magnífica orquesta que se habia enviado desde Paris dió la señal de la fiesta, y en aquel momento Teodoro acercándose al pintor le condujo al fondo de una magnífica bodega, y le dijo, amigo mio, tú has sido hoy el mas sóbrio de todos, gracias á tu novia: elige pues los vinos para la mesa y para nuestra noche ática. Vatteau admitiendo el encargo de su amigo y ausiliado por dos dependientes fué catando vinos, hizo la eleccion y al cabo de pocos minutos volvió á subir. Al llegar á la reunion preguntó por la Chiarini y supo que habia desaparecido: muy luego cundió la voz de que la marquesa de Bresson buscaba tambien á su novio. A tales nuevas toda la comitiva se puso en movimiento y nadie sabia esplicar la desaparicion del marqués y de la cantatriz: de suerte que la alegría de los convidados se convirtió en inquietud muy grande.

Finalmente hácia las once entró en el patio del castillo causando no poco estruendo un coche, dentro del cual estaban el marqués en traje de ceremonia y la Chiarini con una corona de mirto en la cabeza, y respirando felicidad y contento. En un instante todos los concurrentes los rodearon, y Teodoro con voz firme dijo: acaba de celebrarse un matrimonio; y me duele que la espectacion general haya sido en cierto modo engañada, pero no me ha quedado mas remedio que conducir á mi querida al altar porque sabia que era demasiado orgullosa para escuchar las súplicas del amor. Ella, Paris entero y toda la Francia verán si yo soy hombre capaz de hacer feliz á María Chiarini, que tengo el honor de presentaros hoy con el título de la marquesa de la Boulaye.

La italiana llorando de alegría se inclinó delante de Teodoro y lo estrechó en sus brazos: la señora de Saint-Foix se quedó asombrada; Vatteau hubo de comprender que la italiana le habia hecho pasar por su amante á fin de ocultar á la Bresson su orgullo humillado y sus celos ofendidos: Teodoro habia robado á la Chiarini y suponemos que la empresa no fué muy dificil. La marquesa de

Bresson soportó su infortunio con un valor heróico, y observando que todas las miradas se dirigian á ella, con la mayor serenidad dijo: Yo soy la que he arreglado esta partida de campo á fin de proporcionar al marqués una ocasion oportuna de apoderarse de esta italiana indomable. Todos los presentes aparentaron por política que daban crédito á sus palabras.

El mas desgraciado era el pintor Antonio Vatteau. Desde aquel momento se convirtió en un verdadero misántropo, y nunca en sus cuadros dejó de representar á las mujeres de un modo que prueba claramente el desprecio en que las tenia. Retiróse á Nogent en donde murió muy jóven.

Con él pereció un arte que goza la fama de ser uno de los principales testigos históricos de esa época galante. La graciosa coquetería de las formas que en la historia del arte francés ocupa un lugar tan alto al lado de una estraordinaria elegancia de la ejecucion no ha vuelto á rehacerse. Vatteau fué en realidad un misántropo y se consumió de tristeza en un rincon del mundo, mientras sus amigos apuraban en Paris cuanto se puede llamar felicidad y placeres de la vida.

UN EPISODIO DE LA VIDA DEL GRAN CONDÉ.

LA BOLETA DE ALOJAMIENTO.

(CUADRO DE VERHOEVEN.)



En 1644 la Suabia fué nuevamente desolada por una sangrienta guerra, cuando apenas habia transcurrido un año desde que la batalla de Tuttlingen ganada por los bávaros contra los franceses, derramó el terror y la miseria. Los franceses acababan de penetrar en Brisgovia y se adelantaban hácia Friburgo, sin que el general bávaro Francisco de Mercy, ni su lugar-teniente Juan de Werth hubiesen podido estorbarlo.

Desde poco tiempo á aquella parte los franceses desplegaban una actividad estraordinaria, lo cual era debido á que se puso á la cabeza del ejército el príncipe Luis de Borbon, conocido por el gran Condé, quien habia comunicado á las tropas su entusiasmo, y su impetuosidad; y efecto de esto fué que sus movimientos rápidos é imprevistos hubiesen sorprendido diferentes veces al general bávaro. El honrado y valiente Mercy no osaba maniobrar en campo abierto contra un jefe tan astuto como impenetrable, por lo cual resolvió procurarse una buena base de operaciones, y allí hacer rostro al enemigo. Para ese centro escogió Friburgo, cuya ciudad fortificada por la naturaleza y circuida de obras sólidas podia resistir un ataque. En vano el príncipe de Condé agotaba todos los recursos de su astucia á fin de atraer á los bávaros á otra posicion, porque Mercy por medio de sus cuerpos destacados, continuamente tenia á su enemigo en suspenso y sacaba todo el fruto posible de la guerra en pequeña escala, mientras Condé se veia forzado á aventurar una batalla decisiva si queria impedir que se le escapara el enemigo.



UN EPISODIO DE LA VIDA DEL GRAN CONDÉ.

[illegible]

([illegible] DE VERHOEVEN.)

En 1644 la Suabia fué nuevamente desolada por una [illegible] guerra, cuando apenas había transcurrido un año desde que la batalla de Tuttlingen ganada por los bávaros contra los franceses, [illegible] el terror y la muerte. Los franceses [illegible] en Brisgovia y se adelantaban hácia Friburgo [illegible] el general bávaro [illegible] de Mercy, [illegible] su lugar-teniente Juan de [illegible].

[illegible] para los franceses desplegaban una actividad [illegible] á que se [illegible] á la cabeza del ejército el príncipe [illegible] por el [illegible] Condé, quien había comunicado á las [illegible] fué que sus [illegible] diferentes veces al general [illegible]. El [illegible] en campo [illegible] por lo cual resolvió [illegible] al enemigo. Para [illegible] Friburgo, [illegible] por la naturaleza y [illegible] podía resistir su ataque. En vano el príncipe de Condé agotaba todos los recursos de su [illegible] á fin de atraer á los bávaros á otra posicion, porque Mercy [illegible] sus cuerpos destacados, continuamente tenia á su enemigo en [illegible] el fruto posible de la guerra en pequeña escala, [illegible] Condé se vió [illegible] á aventurar una batalla decisiva si quería [illegible] el enemigo.



A. Verhoeven pinxt. A. H. Payne sc.

Le Billet de logement.
The Billeting Ticket. Das Quartierbillet.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SEVILLA

Condé vaciló algun tiempo antes de tentar la suerte de las armas, mas cansado de los movimientos ocultos y simulados que desorientaban al anciano Mercy, arrojó la máscara, limpió el país de los partidarios bávaros y formando con sus tropas un semicírculo marchó de nuevo sobre Friburgo. Al dia siguiente por la noche reinó en toda la comarca un movimiento singular y misterioso. El terreno accidentado, cubierto de un espeso bosque estaba ocupado por regimientos franceses que se calentaban y hacian el rancho en torno de mil hogueras. Esos fuegos ocultos por la espesura del bosque, no podian ser vistos desde el exterior, pero los descubria la tinta pálida que derramaban en el ramaje de los árboles mas altos. En la periferia del bosque reinaba un profundo silencio y los bávaros medio cercados, no pudieron sospechar el riesgo que los amenazaba. Los guardias de Condé, célebres por su valor, estaban acampados cerca del pueblecito de Horben, mientras la caballería era dueña del camino de Friburgo, y el hermoso regimiento de Monseñor vivaqueaba en medio de los campos de trigo con un regimiento de Orleans. Mas allá del pueblo de Ebret estaba toda la artillería protegida por las otras armas. Esto era un lazo que Condé tendia al enemigo.

Mercy ignoraba la ocupacion del bosque; y así es que deseando detener al príncipe francés lo mas léjos posible de Friburgo, á fin de poder dar la batalla, y en caso de una derrota retirarse á la ciudad habia dirigido una fuerza de 4000 infantes sobre Ebret y Horben, á fin de que cayese sobre la retaguardia del ejército francés, mientras él saldria de la ciudad en la siguiente mañana, y pasando el Dreisam se arrojaría de frente sobre los franceses. Pero la emboscada puesta por los enemigos iba á trastornar todos sus planes. El cuerpo destacado llegó hasta el principio del bosque sin ser molestado, cuando de repente se vió ceñido por un muro de fuego y atacado por tres distintos puntos. El comandante Nefle viendo la imposibilidad de adelantar y de defenderse se retiró en gran desórden, y el suelo accidentado que dificultaba los movimientos de la caballería, le permitió salvar la mayor parte de su gente.

Sin embargo Mercy se formó el dia siguiente en batalla delante de Friburgo, pero se retiró luego, viendo que los franceses trataban de pasar el Dreisam y de atacar á Friburgo por el lado opuesto: y no obstante con pasmo general de todo el mundo, Condé se mantuvo inactivo durante tres dias y dejó tiempo á los bávaros para atrincherarse y reparar las obras destruidas; y aun permitió que pasara libremente un grande convoy de víveres de que hubiera podido apoderarse fácilmente. Esto consistia en que Condé se hallaba en una situacion crítica.

Por la noche despues de haber preparado la emboscada, acompañado de su amigo el mayor Xavier de l'Hopital, el mismo que en el año siguiente fué muerto en la batalla de Allerheim, hizo un reconocimiento hácia Friburgo.

Los bávaros habian sido rechazados, la campiña parecia segura, y el príncipe se aprovechó de la hermosa noche que hacia para adelantarse al alcance de los cañones de la plaza. Mas de repente los dos caballeros fueron saludados por una docena de tiros cuyas balas silbaban á sus oidos, y Condé se apercibió de que habian tomado un reducto enemigo por una casa. Iba á dar un rodeo y proseguir el reconocimiento cuando oyó el paso de un peloton de infantería que marchaba á la carrera.

Ventre-Saint-gris, murmuró imitando á su abuelo Enrique IV, creo que esos elefantes alemanes se han propuesto venir á nuestro alcance. Al galope l'Hopital, demos vuelta á esta casa y cojamos el campo. Esto que nos obstruye el camino, dijo el mayor, es ótro reducto.

¿Quién vive? gritaron muy cerca de los caballeros, los cuales se detuvieron en el acto. ¿Quién vive? repitieron los centinelas todos del reducto. Echemos pié á tierra, dijo Condé sacando del arzon de la silla una pistola y algunos papeles. ¿Qué será de mi Ayax? dijo l'Hopital vacilando.

¿Y qué será de mi caballo? esclamó Condé dejando el camino para ver si podia saltar la cerca de una viña. Vive Cristo, príncipe, yo monto otra vez: mas quiero morir que ver en manos de los bávaros á mi caballo que me ha servido en veinte y seis combates. ¡Pues y el mio! esclamó Condé, nada menos que lo montaba el dia de la batalla de Rocroy. L'Hopital viendo que sus enemigos ganaban terreno, sacó una pistola y mató á Ayax. ¡A ellos! gritaron los alemanes, reconociendo á los enemigos con el resplandor del pistoletazo, ¡franceses, franceses! á ellos.

Diciendo esto dispararon al azar y atacaron con furor un destacamento que habia salido del reducto inmediato, y que juzgaron ser franceses, y mientras tanto Condé y su amigo se aprovecharon de la confusion para escaparse metiéndose por las viñas. Como zorras sacaban partido de los accidentes del terreno, dejaban pasar á los soldados bávaros yendo ya á la derecha ya á la izquierda, y finalmente consiguieron alejarse de sus enemigos, y despues de una marcha de dos horas hicieron alto. Por todas partes reinaba un profundo silencio. Despues de haberse orientado todo lo posible conocieron que estaban mas cerca de Friburgo que antes, y que las obras esteriores se hallaban muy léjos de ellos. Condé, que lleno de confianza en su buena estrella, habia estado bromeando hasta entonces, no dijo una palabra; l'Hopital que era el mas intrépido guerrero del ejército, juró como un desatinado, y calculó con tanta exactitud las consecuencias que ese contratiempo podia ocasionar al ejército francés, que el príncipe se tapó los oidos. Algunas tentativas hechas á fin de acercarse á las líneas esteriores únicamente sirvieron para convencerlos de su situacion desesperada. Mientras tanto el dia se acercaba y los bávaros, ó lo que venia á ser lo mismo, los trabajadores de Friburgo iban á cojerlos, como los

habitantes de las costas cojen el cetaceo que se ha quedado en la playa en la hora del reflujo. A cada minuto l'Hopital sacaba el reloj y con temblorosos dedos tentaba las saetas que no podia ver á fin de calcular cuanto tardaria en presentarse el alba.

Levántate, dijo finalmente Condé á su amigo, con voz tan segura cual si se hallase al frente de su ejército; levántate y probemos otra vez. Ya comprendes que lo mas que puede sucedernos es morir, y no me importa si es que mañana no puedo encontrarme en medio de mis soldados. Valor y partamos. Hasta entonces el mayor habia dirigido la marcha nocturna, ahora Condé recobró sus derechos de jefe. En vez de alejarse de la ciudad acercóse á ella y llegó hasta muy cerca de la Cartuja de santa Otilia, en donde todo parecia tranquilo, pues los bávaros respetando sin duda aquel lugar santo no habian puesto guarnicion. Dieron la vuelta á la Cartuja á alguna distancia de ella, cuando oyeron rumor de pasos de hombres y caballos y además les pareció que alguno hablaba en voz baja. Detuviéronse en el acto y escucharon. Los desconocidos hablaban aleman y aun que l'Hopital no lo comprendia poco ni mucho, Condé no era tan lego en la materia y pudo entenderlo casi todo. Nos abrirán ó pego fuego al monasterio, decia una voz de hombre. Por Dios, Ruter, esclamó una voz femenina, no lo eches á gritos porque si yo no puedo meterme ahí con mis hijos, esta noche me muero sin remedio. Anda, anda, dijo, salgamos pronto del paso, porque al fin no sabemos qué gente es la que anda á tiros. Llama. En esto se fueron alejando, las voces se iban perdiendo en el espacio y durante un rato nada oyeron, mas luego resonó el aldabazo que daban en la puerta del monasterio y apareció por la rejilla el resplandor de la luz que dentro habia. Por un momento no se observó novedad alguna, ni se oyó ningun ruido, aunque el resplandor continuaba lo mismo. Al cabo de un rato abrióse media puerta del monasterio y entraron gentes, aunque la distancia no permitió á los fugitivos distinguir cuántos ni quienes eran. Precipitémonos nosotros, dijo Condé y entremos tras ellos. Deteneos príncipe, esclamó l'Hopital, no sabemos que gente es esa, ni cuantos, y no es del caso que nosotros mismos nos metamos en la boca del lobo. La media puerta volvió á cerrarse, y todo quedó á oscuras y en silencio absoluto. El grupo que vieron los dos franceses era el que está representado en esta lámina.

¡Y bien! dijo Gondé ¿qué haremos? Acerquémonos á la Cartuja, contestó l'Hopital, y veamos si hay medio de entrar en ella por sorpresa, y sin hacer ruido. Esploremos bien el terreno, señor, y si hemos de morir no sea entregándonos como los ratones, sino luchando cuerpo á cuerpo con esos bestiazas de alemanes, que aun pueden llegar hasta nosotros. Adelante pues, dijo Condé: y se dirigieron á la Cartuja, y rozando por las paredes comenzaron á dar vueltas al edificio. En el costado del norte vieron dos ventanas en que se per-

cibia alguna luz. Aunque muy altas para el mayor, no así para Condé, que á fuer de vigoroso y ágil consiguió encaramarse hasta el alféizar de una de ellas. En un cuartito de arquitectura gótica como lo era todo el edificio, estaba escribiendo á pesar de lo adelantado de la hora, un eclesiástico quien al parecer habia notado algun ruido, pues volvió el rostro hácia la ventana y levantando sus enormes anteojos miró y escuchó un momento con mucha atencion: pero luego se puso á escribir tranquilamente. Condé con una sola mirada habia visto que ese hombre pálido y delgado llevaba la sotana de los discípulos de Loyola, por consiguiente era un jesuita. ¡ Jesuita, dijo el príncipe en voz baja y bajando al suelo, amigo Xavier, jesuita! Loado sea Dios! dijo l'Hopital. Jesuitas! hay esperanzas: de esa gente puede uno hacer lo que quiera. Y hay mas, añadió Condé: estoy seguro de que ese jesuita es francés, su aire y todo su esterior no me permiten dudarlo. Quizás es un amigo y servidor de nuestro querido Mazzarini y de nuestra gloriosa tia Ana de Austria. Ese hombre nos salvará aun que haya de prometerle toda mi fortuna. Sí, príncipe mio, esclamó l'Hopital, ya tranquilo por la suerte de su jefe. Por allí es por donde debeis empezar, porque ese es el mejor cebo. Esplicaos al momento á fin de que no se engañe, porque de otro modo seria capaz de vendernos á Mercy. Sí, sí, dijo Condé, y luego veremos si será posible darle todo lo que le hayamos prometido. Bah! pues estaríamos frescos, observó el mayor, si esos frailes no pudiesen contar con la palabra de un Condé—Borbon, que sin duda no confundirán con un Borbon á secas. Te respondo de ello, contestó Condé en tono seco y desatando la hermosa banda que le habia regalado la condesa de Vervieres. En seguida volvió á subir á la ventana, rompió un trozo de la vidriera, y de un salto se plantó detrás del sillon del jesuita. Aterrorizado el sacerdote quiso dar voces, mas el príncipe lo apretó entre los brazos y le tapó la boca. Mientras que el jesuita bregaba con todas sus fuerzas á fin de desasirse, Condé le dijo atropelladamente. Mi muy querido padre, reverendo padre, un momento, no os haremos ningun daño, os doy mi palabra de honor, tranquilizaos. ¿Quereis que os lleve el diablo? Pues sabed que si hablais estais perdido, por lo tanto no os meneeis, ó de otro modo os mato.

Esta amenaza puso término á la lucha: el jesuita volvió á sentarse, é indicó que callaría. El príncipe fué á la ventana, y con el ausilio de los brazos y de la banda pudo izar á l'Hopital, y dirigiéndose luego al jesuita le dijo: ¿Con qué sereis hombre razonable, padre Gerónimo? Yo no me llamo Gerónimo, dijo el padre con voz débil y hueca: mi nombre es Felix; soy coadjutor de esta casa, en donde debo erigir un colegio por órden del reverendo padre superior del colegio de Friburgo. ¿Sois francés, caballero oficial? Sí, Condé esta noche ha sorprendido á los bávaros, os suplico que me trateis bien; yo soy francés y católico, y vos y vuestros soldados juzgo que lo sois igualmente. Yo estoy aquí

á fin de velar por los intereses de nuestra santa religion y por los de Francia: y no dudeis, caballero oficial, que cargariais con una grandísima responsabilidad si me hiciereis algun daño, ó si no emplearais todo vuestro influjo para asegurarme vuestra proteccion y vuestro apoyo: y ese otro caballero oficial tambien arrostraria la misma responsabilidad, si no practicase otro tanto. Y creed, señores mios, que no os engaño, y que cuanto os he dicho es muy cierto y muy importante.

El príncipe guiñó el ojo pero comprendiendo que no mejoraria su posicion por mucho que disimulara la gravedad de ella, contestó al momento. Bueno, bueno, padre Felix, ya está entendido; pero el caso es que vos no teneis ninguna necesidad de mi proteccion, sino que al contrario yo necesito la vuestra, porque habeis de saber que Condé léjos de haber vencido á los bávaros se ha dejado coger por Mercy. El jesuita fué tomando un aire de mayor tranquilidad, y Condé prosiguió. El príncipe está en poder de Mercy por mas que este lo ignore todavía. ¡Que Dios le preserve de tal desgracia! esclamó el padre Felix con un patriotismo entusiasta. Condé no es hombre que se deje coger por esos bueyes alemanes. Al oir esto el príncipe abrazó al jesuita con un verdadero gusto. Es muy posible, dijo, que no suceda esa desgracia mientras haya corazones franceses que estén á su disposicion; pero entre tanto padre Felix, ahora me será difícil reunirme con mis mosqueteros.

El padre Felix fué examinando al príncipe con mucha atencion: la pluma de su sombrero estaba rota, y en todo su traje se veia mucho desórden; pero la camisa finísima y ricamente bordada, el magnífico diamante del pomo de su espada, y sus nobles y graves facciones, y sus ojos penetrantes vendieron al príncipe y gran capitan. El jesuita con aire de sospresa é inclinándose respetuosamente dijo. Vos sois Condé, el príncipe Luis de Condé: sí, os reconozco, príncipe mio: pero ¿qué situacion desesperada os ha traido aquí á tales horas y tan solo?

Entonces mediaron las esplicaciones indispensables por una y otra parte. El jesuita en medio del campamento de los alemanes velaba sin duda ninguna por los intereses de su Órden, pero al mismo tiempo servia con igual empeño al hombre que comenzaba á dirigir el destino de la Francia. El P. Felix, sin que esto fuese un secreto para la Órden, era el espía del cardenal Mazzarini, y la compañía contaba con el favor del poderoso ministro. La compañía obraba con su acostumbrado acierto, en conformidad con la política de Mazzarini, el cual agriaba las interiores disensiones de los Alemanes complicando sus negocios, para debilitarlos con provecho de la Francia. Vendia á sus propios aliados que eran los protestantes alemanes, y hacia traicion á los católicos en utilidad de los alemanes. Por efecto de la pérfida política de Mazzarini el príncipe de Condé habia recibido órden de economizar el ejército francés, de no dar una batalla

sino cnando fuese absolutamente preciso, y de reunir grandes cantidades de dinero imponiendo contribuciones de guerra.

El Padre Felix era demasiado buen jesuita para desconocer que tenia obligacion de salvar al príncipe de Condé. Tambien comprendió que la córte de Francia tendria muy en cuenta á su Órden el esmero con que hubiese procurado la salvacion de un general francés, y mas todavía de un Condé; y así fué que determinó arriesgarlo todo para lograrla. Con el objeto de tranquilizar á los dos guerreros les declaró que podia tenerlos ocultos semanas enteras, puesto que no habia en la Cartuja ningun otro individuo de la Órden, pues si bien era cierto que tambien vivian allí dos italianos, estaban preparándose para los exámenes á fin de obtener un grado en la carrera, y no se ocupaban absolutamente de lo sucedido en el monasterio ni en otra parte alguna.

Me admiro, dijo Condé, que hableis en estos términos, y que en la enumeracion de las personas que en la Cartuja viven omitais algunas otras, de cuya permanencia aquí no me queda duda. En esta casa, dijo el P. Félix, no hay mas gente que las personas dichas. Y algunas otras, insistió Condé, pues antes que nosotros han entrado otros hombres y al menos un caballo. Esa gente, dijo el jesuita, son tres soldados y una mujer con sus hijos. Han traido una órden del general bávaro paraque los admita en este monasterio, y están aquí dentro pero muy léjos de este sitio, y en donde ni pueden saber lo que aquí pasa, ni conocen el camino de venir á esta parte del edificio. No he mentado á esa gente, porque opino que nada importan cuando son estraños en la Cartuja, y no entiendo que su permanencia aquí pueda tener ninguna relacion con el príncipe de Condé, ni con el amigo que lo acompaña. En buen hora, dijo Condé, prescindamos de esos infelices: ¿no hay en la Cartuja otras personas? Está además la jóven que cuida del edificio, y que atiende á la cocina. ¡ Ola! esclamó el mayor, ¡ una mujer, por añadidura! Nuestro secreto es demasiado importante para confiarlo á una hembra. Y sin embargo mi confianza, dijo el Padre, está depositada en esa mujer. Precisamente es ella quien ha de salvaros por un medio sencillo y seguro, y del que yo no podria echar mano. Ni vos, príncipe, ni vos, señor mayor, sois hombres altos, ambos teneis los cabellos largos y hermosos, y no será difícil hacer que vuestras barbas desaparezcan, vuestros pies y vuestras manos son dignas de una señora, así pues elegireis entre la ropa de Atanasia, os disfrazareis de mujer, y al asomar el alba atravesareis la línea de las obras esteriores.

Xavier juró que se dejaría asar antes que desprenderse de la espada y disfrazarse de mujer, al paso que Condé aceptó con mucho gusto este cómico espediente y pidió que se verificase al momento ese burlesco trocatinta. Llamad á Atanasia, dijo al P. Félix. Este vaciló por un momento: y como que veia al-

gun inconveniente: mas luego llamó á la puerta de un gabinete contiguo. El jesuita mostró un aire grave y sério, y l'Hopital dirigió al príncipe un gesto muy significativo en el punto en que apareció la jóven. Es hija mia, dijo el Padre Félix, hija de mi inolvidable esposa, cuya muerte me disgustó del mundo y me arrojó en brazos de la iglesia. Al verla comprendereis que se puede fiar en ella como en mí mismo; y además estoy seguro de que lo ha oido y comprendido todo. La jóven habia salido de su celda; y aunque estaba enteramente vestida, bien se conoció la precipitacion con que se habia arreglado. De pronto quedó deslumbrada por el resplandor de la luz, y aunque luego abrió los ojos no pudo soportar las ardientes miradas del príncipe. Aquella jóven fresca, esbelta, graciosa, de ojos negros y cabello rizado hizo tal impresion en Condé, caballero el mas galante de la córte de Francia, que quedó prendado de ella y perdido como si aquel fuese su primer amor. No se le ocultó al jesuita el efecto que habia producido la belleza de su hija; y así fué que la cogió por la mano cual si quisiera defenderla contra el enemigo de la virtud de las mujeres.

Atanasia fué á su cuarto para sacar del armario todos sus vestidos, y volviendo luego un poco colorada invitó á los dos caballeros á que fuesen al cuarto para verificar la metamórfosis en que habian convenido. El príncipe estaba enamorado como un muchacho, y no oia los juramentos de l'Hopital, que quitándose las botas y el jubon aseguraba que nada en el mundo le obligaria á quedarse sin calzones. Condé no se ocupaba sino de lo que estaba viendo, lo cual constituia un mundo nuevo para él, y muy diferente de los brillantes gabinetes de las damas cortesanas. Maquinalmente se puso un vestido de Atanasia y apenas notó como Xavier soltaba una carcajada al ver á su jefe disfrazado. El mayor disfrazado tambien lo arrastró hácia el cuarto del P. Félix en cuyo rostro asomó una sonrisa al par que Atanasia mostraba una alegría infantil al ver á los dos guerreros convertidos en muchachas. En realidad no estaban feos y cuando Atanasia les hubo arreglado los cabellos y encasquetádoles una gorra y puesto algun adorno, cualquiera mujer los hubiera tomado por dos personas de su sexo.

El sol habia ya salido, y Condé abrazando al jesuita y asegurándole que su gratitud seria eterna, le regaló el diamante que brillaba en la guarnicion de su espada y se dispuso para trasladarse al campo francés. Atanasia les ofreció dos chales, invitólos á que la siguieran, y se dirigió hácia los atrincheramientos. Como hablaba medianamente el aleman esplicó á un oficial bávaro que aquellas dos borgoñonas, que eran parientes suyas, iban á ver á sus hermanos que servian en el ejército de Condé, y le rogó que les permitiese pasar. Lo que tú vas á ver es el novio, dijo un oficial en francés y dirigiéndose á Condé: esos pícaros franceses no merecen que vayan á visitarlos, pero id con Dios, dadles

memorias de mi parte y decidles que nos ataquen cuanto antes mejor. ¿Y tú dices que volverás? continuó dirigiéndose á Atanasia ¿vives en Friburgo? No señor, contestó la jóven: soy la que cuido de la Cartuja. Bueno, bueno, id con Dios; y cuidado con la tropa, dijo el oficial.

Los tres continuaron el viaje no sin que los centinelas los detuvieran y atormentaran. Condé se habia cogido del brazo de Atanasia pero su atencion estaba fija en las fortificaciones, en los reductos, en el número de cañones y en los accidentes del terreno. Aquí, amigo Xavier, ó por mejor decir Xaviera, esclamó, es en donde dentro de pocos dias la cosa andará dura. Por la noche toda mi caballería pasará al otro lado sin temor de que la alcance ningun cañonazo. ¡Vive Dios! esclamó l'Hopital, si ayer hubiéramos conocido este paso, aun tendría mi Ayáx, mi espada y mis espuelas de oro, y á la hora de esta no me pasearia de este modo que me doy risa y asco á mí mismo. Bendita sea nuestra ignorancia, esclamó el príncipe, porque á no ser ella yo no hubiera tenido la dicha de conocer á Atanasia. ¿Esto es una dicha? preguntó la jóven admirada. Ah! si, teneis razon porque os hubieran hecho prisionero. Estoy prisionero y mas prisionero, dijo Condé, de lo que nunca podrán tenerme los bávaros.

Entonces el príncipe arrastrado y ciego por la pasion, comenzó contra el pecho de aquella jóven sencilla un ataque en regla: agotó todos los recursos de su talento y de su esperiencia para dispertar amor en el corazon de Atanasia y logró su objeto, pues las facciones de la víctima se fueron encendiendo, y sus espresivas miradas ya no se separaron del rostro del príncipe, se puso pensativa y su habla parecia balbuciente.

Las avanzadas de los bávaros estaban muy léjos; el sol se aparecia majestuosamente en el horizonte y sus rayos se reflejaban en las alabardas de los suizos y en los sables de la caballería, pues unos y otros se adelantaban en línea. Van á dar el ataque para recobrar á Condé, dijo éste. Y á su amigo l'Hopital, añadió el mayor. Entonces el príncipe dirigiéndose á la jóven le dijo. Acabo de pasar los mas deliciosos momentos de mi vida, pero me he de separar de vos á fin de impedir que esos locos de ahí abajo se rompan la cabeza. Antes de separarnos oidme un momento. Adelántate Xavier.

Sí, allá voy, esclamó éste, alzándose las faldas y echando á correr cuanto pudo. No importa que se burlen de mi traje: pero allí está mi escuadron, y á su cabeza ese asno de Courbiere. Eh! demonio, perros malditos, Courbiere ¿á dónde vais? Alto con mil diablos. ¿Qué vais á hacer con mi escuadron, señor Courbiere?

L'Hopital como una verdadera amazona se presentó en medio del escuadron, é interpeló al capitan; todo lo cual dió lugar á una risa general é interminable, con una vocería y unos vivas espantosos que fueron pasando de cuerpo en cuerpo.

Condé procuró en vano persuadir á Atanasia á fin de que le siguiera al campamento; para ello no omitió protestas ni juramentos, pero todo fué inútil y solo alcanzó la promesa de una entrevista sin conocimiento del P. Félix. Atanasia le conjuró paraque no pusiese su vida en riesgo, y sin embargo esperimentó un gran placer al asegurarle Condé que estaria en la Cartuja antes de media noche. Le regaló una magnífica sortija diciéndole con voz conmovida; es un recuerdo de aquella á quien he amado mas hasta ahora: ahora es tuya Atanasia, porque tú me has cautivado, y eres el único objeto de mis pensamientos. Adios, hermosa mia, y á pesar de su resistencia dióle un beso y echó á correr hácia su campo.

Atanasia volvió á la Cartuja: los acontecimientos de aquella mañana le parecian un sueño: iba á ver otra vez á aquel hombre que habia trastornado la paz de su alma. Hasta entonces se mantuvo indiferente á cuanto pasaba en torno suyo: mas desde aquel instante observaba todos los movimientos de los bávaros y de los franceses.

Condé mantuvo su palabra: á media noche estaba delante de la Cartuja, y aun volvió en la noche siguiente, pero fué sosprendido por el P. Félix, á quien quiso dar á entender que habia ido volando y en el corazon de la noche á fin de pedirle noticias acerca de la plaza que trataba de sorprender. El jesuita dió las noticias que se le pedian; y de ellas dedujo Condé que la escusa que le habia dado iba á convertirse en una verdad, pues Friburgo podia ser tomada por un golpe de mano, y en consecuencia de esto comunicó su plan al jesuita. Yo estaré á vuestro lado, dijo el P. Félix, os guiaré al asalto de aquella torre mal construida y peor guardada que veis allá abajo. Ganaré al superior del colegio, y con dinero encontrarémos soldados y paisanos que nos abrirán las puertas en el momento decisivo. En efecto se resolvió el ataque conviniendo en que se tomarian los atrincheramientos y se haria una tentativa contra la ciudad: para todo lo cual dió sus instrucciones al jesuita.

En efecto el primer reducto fué tomado por la caballería y Condé á la cabeza de los mosqueteros penetró hasta Santa Otilia. El P. Félix estaba pronto y guió al príncipe hácia una torre fortificada. A poca distancia de las murallas resonaron las detonaciones de tres carabinas, que eran la señal convenida con los amigos de la plaza. Al momento se abrió la puerta y cayó el puente levadizo. En aquel punto un hombre envuelto en una ancha capa se acercó á Condé y le dijo: Señor, señor, os venden. ¿Y quién eres tú que quieres alejarme de este sitio? Señor, insistió el desconocido: soy el alojado de la Cartuja que visteis entrar en ella un momento antes de penetrar vos en la misma. He oido la conversacion del P. Félix con un oficial bávaro y no dudeis que os venden. ¿Y tú siendo bávaro me descubres la traicion? Si señor, yo quisiera vencer á los franceses mas no traidoramente, y además el huésped que vende al que

buscó un asilo en su casa y se puso en sus manos es un infame, y yo no pertenezco á su partido: Señor, os venden, os venden: Pero Condé no quiso dar crédito á su enemigo, sino que acompañado de l'Hopital que tampoco dió fé al aviso, acaudilló á los franceses, y á la cabeza de estos se precipitó hácia la puerta á la carrera. Fueron recibidos con los gritos de Jesús María, lanzados por muchos millares de bávaros que hicieron llover sobre los franceses una granizada de balas y proyectiles de todas clases. Filas enteras de hombres y de caballos se vinieron al suelo para nunca mas levantarse. Traicion, traicion, nos han vendido, gritaban los franceses mientras huian desesperados. Condé no pudiendo reunir sus tropas hubo de mandar la retirada, mientras que los bávaros, sostenidos por el fuego de la plaza fueron en persecucion de sus enemigos.

Habiendo por fin conseguido detener á los fugitivos, dirigió á sus valientes contra la infantería bávara, cuyas filas se iban engrosando por momentos. El combate empezó de nuevo, y como en medio de él viese llegar á l'Hopital á todo escape, el príncipe se adelantó para mandarle que hiciese retroceder á los otros batallones franceses, que contando con la victoria, corrian al campo de batalla.

Perdonad príncipe, contestó l'Hopital, cuando aquel perro esté muerto, entonces obedeceré vuestra órden, y al mismo tiempo se lanzó sable en mano hácia un hombre que á todo correr procuraba llegar á la plaza. Ese hombre era el P. Félix que no habiendo podido escabullirse se ocultó en un rincon del foso, de donde salia ahora en medio de las mayores angustias, porque muchos caballos franceses le pasaron por encima. El jesuita habia tirado la capa y puesto en descubierto la banda bávara de que á prevencion estaba prevenido, no llevaba sombrero, y en la mano tenia maquinalmente una pistola, aunque sin ánimo de servirse de ella. L'Hopital persiguió á aquel traidor, que iba pidiendo ausilio mientras corria al alcance de los bávaros que finalmente pudieron libertar á ese hipócrita amigo suyo. En aquel punto el caballo del mayor recibió cuatro balas, y l'Hopital se vino al suelo sin sentidos.

El príncipe de Condé habia dado la vuelta y procuraba ganar la llanura. No he nacido para infante, sino que la naturaleza me ha destinado á ser general, dijo acordándose de Publio Cornelio Scipion, y en seguida dejó el campo de batalla abandonando la caballería á su suerte y á su valor. Ya era tiempo de que lo hiciese, pues habia que presentar una batalla campal á fin de impedir la destruccion de los cuerpos aislados, porque Mercy hacia salir tropas y mas tropas por la puerta de S. Martin: y sus coraceros cogiendo á los franceses por el flanco, corrian para sostener la caballería.

Condé lo habia visto todo y formado su juicio: mas al encontrar en el suelo á su fiel amigo l'Hopital olvidó el riesgo de su ejército. Durante todo aquel combate aun no habia desenvainado la espada, mas ahora brillaba ya en sus

manos y con voz atronadora gritaba: Camaradas; adelante: l'Hopital no debe quedar vivo en poder del adversario, aunque el impedirlo me cueste la vida. Media docena de caballeros franceses siguieron al general, y muy luego encontraron á tres coraceros bávaros que formaban la vanguardia del regimiento. Un breton gigantesco mató al primero de un lanzazo, y dejando allí su ensangrentada arma tiró la espada, mientras que Condé luchaba con el segundo que era un oficial. El tercer campeon que montaba un magnífico caballo blanco puso en fuga á dos franceses, el uno de los cuales que era un trompeta, mientras huía tocaba retirada. Condé dió un vigoroso golpe á su adversario, pero sin alcanzar mas que la coraza contra la cual se quebró la espada y el príncipe se quedó desarmado. Para colmo de desgracias, el caballo blanco del bávaro lanzándose á la carrera derribó el lijero alazan del príncipe, y el ejército francés hubiera perdido á uno de sus mas famosos héroes sin el valor y la presencia de ánimo del breton que con su espada atravesó el cuerpo del oficial enemigo.

Jamás durante su larga carrera, estuvo Condé espuesto á un peligro tan grande, de suerte que se juzgó perdido.—Mercy corria ya con sus coraceros cuando el caballo del príncipe se levantó y siguió la caballería francesa: mas el pobre l'Hopital cayó en manos de sus adversarios. Los franceses no pudieron conservar los dos reductos de que se habian apoderado, y se retiraron en la mayor confusion hasta Elnet, en donde Condé puso su ejército en órden de batalla, y en el punto en que llegó la reserva que ocupaba Horben volvió á tomar la ofensiva y en un combate de cuatro horas probó á Mercy la superioridad de su génio y el valor de sus soldados. Detenido Mercy en el camino de la victoria fué rechazado hasta Friburgo, no sin haber perdido mucha gente, y á pesar de esto y de que Condé hizo triplicado número de prisioneros que su adversario, este se atribuyó la victoria, ni mas ni menos que los franceses. Con un placer inmenso y por medio de un cange pudo el príncipe rescatar á su amigo el mayor.

La Cartuja de santa Otilia habia sufrido mucho, el techo y las paredes estaban en mil puntos ahujereados por las balas: las ventanas quedaron sin vidrios y los habitantes habian apelado á la fuga. El padre Felix vendió á los franceses, y esto era tan cierto como que l'Hopital al volver del campamento bávaro trajo para Condé una carta del jesuita que le habia sido entregada por el mismo Mercy. En ella decia el padre Felix.

Príncipe: cuando estabais en riesgo de caer en manos de vuestros enemigos, os salvé la vida poniendo en peligro la mia. Vos me lo habeis agradecido del mismo modo que lo hizo David: me habeis arrebatado la criatura que he amado mas en mi vida, que es mi hija Atanasia á la cual habeis conducido á su perdicion. Vuestro delito merecia un castigo, y aun que no era justo hacer

partícipes de él á los soldados de vuestro ejército, no habia medio de separaros de ellos para haceros sufrir la pena á vos solo. Yo procuré á este fin la derrota de Friburgo, y si al acercaros á la puerta de la ciudad hubierais caido el primero, allí habria cesado el combate porque una señal bastaba para ello; mas tuvisteis la fortuna de no perecer en el acto y yo no creí oportuno impedir el combate pues aun viviais vos, que habiais sido el objeto único de haberlo yo provocado. Habeis salido de este riesgo conservando la vida; mas no dudeis que os aguardan otros, y que ni Dios ni los hombres dejarán impune la maldad de vuestro corazon y la perfidia con que os habeis portado para con un desvalido anciano que os salvó la vida. Habeis obrado como un verdadero discípulo que sois del mismo diablo.

FELIX DE JOLIETTE.

Luis de Condé se quedó petrificado al leer aquella carta y conoció toda la gravedad del delito que habia cometido. Sus costumbres y las de la corte en que vivia autorizaban esta clase de seducciones: pero cuando reflexionó que puso en ejecucion sus malas artes para corromper á una jóven inocente y cándida que se entregó sin conocer toda la estension del mal cuya carrera emprendia, hubo de avergonzarse de sí mismo y casi sintió no haber espiado con la muerte la negra ingratitud con que habia correspondido al favor que le dispensó aquel padre desgraciado. Dejóse juzgar por su propia conciencia y este juez severo le condenó irremisiblemente. Inquieto todavía y temiendo que aquel padre pudiese prepararle alguna otra asechanza, escribió al cardenal Mazzarini, que no era su amigo, dándole noticia de la traicion del jesuita, aunque callándole la causa que le habia movido á cometerla, y al cabo de dos meses recibió un pliego que contenia una certificacion del general de la compañía, en la que constaba que el padre Felix de Joliette habia sido agregado á la mision de Canton en la China que se habia dirigido de Ancona á Alejandría para continuar desde allí su viaje hácia el punto de su destino. Varias veces procuró el príncipe saber por medio de Mazzarini la suerte de Atanasia, mas sus diligencias fueron inútiles, el cardenal guardó un obstinado silencio y Condé acabó por creer que aquella jóven habia seguido á su padre. ¡Cuántos dolores y cuántos remordimientos le costó el recuerdo de aquella jóven! Cuántas veces se arrepintió de haber olvidado sus deberes.





Luigia

LUISA.

(CUADRO DE A. H. PAYNE.)

Luisa [illegible] tenia [illegible] años [illegible] la época en que [illegible] la corona de Castilla, y á la cabeza de las le-[illegible] el ejército napoleónico. [illegible] en ella [illegible] Los [illegible] hechos para [illegible] de la dinastía borbónica, [illegible] ningun [illegible] de la parte del [illegible] que re-[illegible] la Sicilia [illegible] que supo defender [illegible] á su [illegible] y á los [illegible] de la Inglaterra [illegible] la [illegible] Dejaron por consiguiente que [illegible] el gobierno de [illegible] muy diferente de su predecesor José Bonaparte, [illegible] contra el dominio [illegible] en particular desde que el general Lamarque [illegible] inexpugnable isla de Capri, [illegible] por [illegible] Lowe que [illegible] el [illegible] del emperador en la de-[illegible] roca de Santa Helena. [illegible] sobre todo en los primeros años durante los cuales se sucedian sin interrupcion [illegible] y las esperanzas, y en que el [illegible] hasta las [illegible] del mas miserable lazzarone.

Joaquin Murat era hijo de un posadero de las inmediaciones de Cahors. Su [illegible] á la vida libertina y [illegible] aptitud para los estudios, que [illegible]



LUISA.

(CUADRO DE A. H. PAYNE.)

Jamás Nápoles habia sido una córte tan brillante como desde la época en que Murat acompañado de su esposa la reina Carolina y á la cabeza de las legiones francesas al servicio napolitano, habia verificado en ella su entrada solemne. Los habitantes de aquel reino estaban cansados de los sacrificios hechos para sostener la causa de la dinastía borbónica, mucho mas cuando todos esos sacrificios no habian producido ningun resultado en la parte del reino que estaba en tierra firme; puesto que la Sicilia fué la única que supo defender su amenazada independencia, merced á su situacion insular y á los ausilios de la Inglaterra. Ese cansancio y la infructuosidad de tantos trabajos trajeron por consecuencia que los napolitanos se hubiesen reconciliado con Murat. Durante el gobierno de este rey, muy diferente de su predecesor José Bonaparte, no se juzgaron ya obligados á continuar sus combates contra el dominio estranjero, en particular desde que el general Lamarque habia logrado al parecer una cosa imposible, esto es, apoderarse de la inexpugnable isla de Capri, defendida por sir Hudson Lowe que mas tarde debia ser el carcelero del emperador en la desierta roca de Santa Helena. La ciudad de Nápoles estaba enamorada de su nuevo Señor, sobre todo en los primeros años durante los cuales se sucedian sin interrupcion las fiestas y los espectáculos, y en que el oro francés llegaba hasta las faltriqueras del mas miserable lazzarone.

Joaquin Murat era hijo de un posadero de las inmediaciones de Cahors. Su inclinacion á la vida libertina y su escasa aptitud para los estudios, que cono-

cia él mismo, hicieron que prefiriese la carrera militar, á que se sentia aficionado, y en la cual su actividad, su inteligencia y su valor le abrieron el camino á la elevadísima fortuna á que llegó á encumbrarse. Era ya coronel en 1794 cuando una reaccion le dejó separado del servicio, y le hizo contraer relaciones con Napoleon, cuya fortuna no estaba entonces mejor parada que la suya. Acontecimientos posteriores, y casi forzosos en aquella época de revueltas, cambios y transiciones, unieron la suerte de estos dos hombres, que debian correr durante mucho tiempo la misma fortuna, desafiar iguales peligros, y alcanzar otras tantas victorias. Murat, inferior en todo á Bonaparte, era sin embargo muy considerado por éste, que le nombró su ayudante de campo en las campañas de Italia y de Egipto, ofreciéndole con esto mil ocasiones de patentizar un valor y una audacia, que jamás tuvieron muchos imitadores. Vuelto á Francia, fué uno de los principales actores en el golpe de Estado de Saint Cloud, de suerte que al frente de sesenta granaderos dispersó el Consejo de los Quinientos.

Tanta osadía que revelaba todo lo que de ese hombre podia esperarse, bien era digna de una grande recompensa, y Bonaparte creyó concedérsela muy singular dándole la mano de su hermana Carolina. Sin separarse nunca del lado de su general se encontró en la batalla de Marengo en donde mandaba la caballería, y encargado poco despues del gobierno en la República Cisalpina hizo ver las dotes que tenia para el mando y contrajo méritos para ser nombrado en 1804 gobernador de Paris. Al advenimiento de Napoleon al trono le alcanzaron las gracias que el nuevo monarca dispensaba, de modo que casi simultáneamente fué elevado al rango de mariscal del imperio, al de príncipe y al de grande almirante.

Tomó una parte activa en la nueva lucha entablada contra el Austria, cúpole una muy principal en los triunfos del ejército francés, entró en Viena, y se distinguió mucho en la batalla de Austerlitz. Fué nombrado gran duque de Berg, hizo la campaña de Alemania, vino á España, y la conducta atroz que observó en Madrid siendo autor de las sangrientas y horrorosas escenas del famoso 2 de mayo, inquietó al emperador, quien llamó á Murat, le hizo entender su desagrado y colmó su ambicion sentándole en el trono de Nápoles, en sustitucion de su hermano José á quien envió á España. Al llegar á Nápoles, segun decíamos, un torneo, un fausto desordenado, y grandes demostraciones de beneficencia para con sus nuevos súbditos, le ganaron el afecto del pueblo napolitano naturalmente aficionado á los espectáculos y fiestas de toda clase.

Corria el domingo de pasion del año 1809, que lo es de una de las mas magníficas fiestas de aquella capital deliciosa. La ciudad, el golfo y sus islas gozaban de un hermoso cielo de primavera, cuya serenidad y belleza no eran interrumpidas por la mas ligera nube. Desde el centro de esa atmósfera azul

proyectaba el sol sus rayos sobre la capital, el monte Pausilippo y el Vesubio, del cual salian ráfagas de humo, pero sin violencia y sin que diera motivo para vaticinar ninguna erupcion peligrosa. El golfo parecia un vasto espejo, y á la verdad presentaba el raro espectáculo de no descubrirse en él ni una sola vela, cuando por lo comun está surcado por millares de buques de todas las naciones y de todo porte. Las embarcaciones del puerto desde el navío de línea hasta la mas pequeña falúa estaban tan limpias que sus costados resplandecian: y cuando rugió el cañon del fuerte de Santelmo, y le contestaron con sus vocingleras lenguas los campanarios de todas las iglesias de Nápoles, la rada cobró nueva vida, empavesáronse todos los buques y volvieron el saludo con que se celebraba la venida de aquel dia solemne.

La bahía presentaba al mismo tiempo un aspecto bellísimo. De la isla de Capri y de las islillas de Nisida, de Prócida y de Ischia, partieron una infinidad de barcos que fueron á colocarse al rededor de una soberbia góndola, cuyo pabellon y cuyos costados brillaban de modo que era imposible fijar en ellos la vista. Ordenáronse en seguida los barcos en una línea por parejas y siguieron la góndola en la cual iban algunos sacerdotes. Esa larga procesion se adelantó describiendo sinuosidades y acompañada por los cantos de los isleños. Cuando aquella muchedumbre hubo puesto pié en tierra, se dirigió á la catedral y terminado el oficio tuvo lugar la solemne procesion por la ciudad. Salió de la iglesia una infinita multitud de personas llevando á la cabeza al arzobispo con una numerosa clerecía, durante la marcha de esta procesion iban derramando flores por el camino un crecido número de doncellas vestidas de blanco. Por todas partes se oian músicas, en todas se veian banderas, gallardetes, cirios encendidos, y en todas alzábase por los aires el humo del incienso derramando sus perfumes por las calles y hasta la cumbre de los suntuosos palacios de aquella capital, alegre en aquel momento y bulliciosa.

El rey Murat que tenia á la sazon treinta y ocho años, con su apostura atrevida, sus largos y ensortijados cabellos y su majestuoso continente parecia el hombre mas á propósito para figurar en una solemnidad de aquel género, é iba seguido por la reina Carolina á quien acompañaba la córte entera.

El rey parecia pensativo y distraido: fijaba sus miradas en las jóvenes que sembraban flores delante de él, y se detenian para saludar graciosamente á su soberano. Delante de la iglesia de Gesù nuovo, Murat con su acompañamiento salieron de la procesion, y dejaron pasar á los que iban detrás. En el instante en que hubo recibido la bendicion del arzobispo volvióse al general Franceschetti que estaba á su lado y le dijo con viveza. Franceschetti, ¿veis aquella jóven? ¿Cuál, señor? Aquella que ahora está vuelta hácia nosotros y que lleva la cabeza coronada de flores. No puedo decir á V. M. quien es, contestó Franceschetti, pero se lo preguntaré al marqués Tonelli. No, no, repuso Murat, esto

no es encargo propio del gran mariscal. Franceschetti miró con sorpresa al rey que parecia bastante conmovido. ¿Quisiérais tener la bondad, le dijo Murat, de ir á informaros? Franceschetti se inclinó como despidiéndose de su soberano, quien se metió en el coche real que se habia acercado, mientras que el general entrando en la iglesia de Gesù nuovo, se fué muy cerca del coro en donde estaban las jóvenes que habian derramado flores al pasar los reyes, y supo colocarse con mucho disimulo detrás de aquella á la cual venia á observar, y no la perdió de vista. Volvióse hácia él la jóven en el momento en que oyó el rumor del sable de Franceschetti que iba rozando con el pavimento de la iglesia; miró al militar con una espresion de ojos muy melancólica: cosa rara en ese pais en las jóvenes de su edad, y al instante ocultó el rostro algo corrida.

Franceschetti pudo contemplar á su satisfaccion aquella hermosa mujer que habia fascinado á su señor. Si es cierto, pensó, que las mujeres hermosas son en Nápoles muy pocas, es preciso confesar que cuando se encuentra alguna es incomparable. Esta con su grandiosa talla y su admirable cabellera es una verdadera madonna. Es preciso que yo le hable. ¿Qué vale Josefa Linetta comparada con esta semidiosa? Franceschetti metiendo la mano por debajo del chaleco sacó un lazo de cinta de color de naranja. Cierto, dijo el militar para consigo mismo, que las cintas con que va adornada esta deliciosa criatura son azules; pero no importa. La jóven se quedó estraordinariamente pasmada cuando el general le presentó la cinta. Señorita, dijo Franceschetti en voz baja, he tenido la felicidad de recojer la cinta que se os ha caido: pero la tendré mucho mayor si me permitís conservarla. La señorita cojió apresuradamente la cinta y la devolvió al punto sintiendo su corazon aliviado de un grande peso y diciendo. Caballero, esa cinta nunca ha sido mia. No la he encontrado hoy, insistió Franceschetti, nada de esto, y confieso que he cometido una falta grave guardándola muchos meses, esto es, desde el último baile de la córte. Caballero oficial. dijo la jóven resueltamente dirigiendo una mirada inquieta á la multitud que la rodeaba, hacedme el obsequio de poner término á esta conversacion. Basta que os diga que os equivocais, y vos lo sabeis perfectamente. Quereis chancearos conmigo, y espero que no pasareis adelante, cuando os diga que nos están observando, y que esta broma podria tener gravísimas consecuencias. Franceschetti triunfaba secretamente, y como quien supo conocerlo dijo: ¡Oh mujer hermosa! yo hallaré ocasion á propósito para demostraros mis sentimientos sin recelo alguno por vuestra parte. Esta noche os veré en el palacio del rey Joaquin.

Cuando la jóven oyó pronunciar el nombre del rey, su rostro se encendió súbitamente, volvióse en seguida hácia su embarazoso interlocutor y con aire altanero le dijo. Retiraos: sin duda me habeis creido lo que no soy: nunca he estado en el palacio del rey, y esta es la primera vez que he venido á Nápoles.

¿No sois acaso Carolina Diamanti? preguntó el general. No, respondió la jóven: me llamo Luisa de Tachena; y el nombre de mi abuelo el príncipe Orlando Barbaja de Ischia me evitará en adelante el disgusto de una conversacion como esta. Franceschetti sosprendido de semejante respuesta para él muy inesperada, se inclinó cortesmente y salió de la iglesia.

Hasta la noche no tuvo oportunidad de hablar al rey, y como éste no decia una palabra del secreto encargo que le habia confiado, el general mismo entabló la conversacion. Ah! esclamó Murat que era completamente inepto para disimular los afectos de su corazon; no era mas que una semejanza vaga con una persona que conocí en otro tiempo, y por quien me interesaba.... pero ¿quién es esa señorita? Se llama, dijo Franceschetti, Luisa Tachena y es nieta del príncipe Orlando Barbaja, acérrimo partidario de los Borbones, y que está constantemente enjaulado en su hacienda de Ischia. Preciso es, dijo el rey, que en el ánimo del príncipe se haya disipado el odio que me profesaba, pues á no ser así no hubiera enviado á su nieta á fin de que sembrara de flores el camino que iba á recorrer el rey intruso, como me llamaba. ¿Y habeis hablado con dicha señorita, Franceschetti? Sí señor, dijo el general, es encantadora, y por sus hermosísimos ojos daria yo todas las bellezas que he visto en Nápoles desde que vivo en ella.

Murat hizo un gesto de desagrado y dió media vuelta. ¡Diavolo! esclamó para consigo Franceschetti: parece que he irritado á S. M. y he usurpado su hacienda.

En la tarde del mismo dia dos jóvenes salian de una góndola y tomaban tierra en Ischia. El uno tenia aire sombrío é iba vestido de marinero, y el otro parecia un estudiante de jurisprudencia, que en esa época llevaban en Nápoles un traje que los distinguia. Siguieron ambos el pedregoso camino que está entre la playa y las primeras casas de la isla, y á poco rato torcieron la direccion tomándola hácia un grande edificio circuido de un vasto jardin, bastante descuidado. Abrieron la puerta que cercaba el jardin y penetraron en este, saludados por los ladridos de los perros que corrieron familiarmente hácia ellos. Una senda adornada por los lados con rosales conducia á una glorieta cubierta de verdor, en donde una señorita estaba leyéndole á un anciano tendido en un canapé. Esa jóven era la misma que con el nombre de Luisa Tachena se habia dado á conocer al general Franceschetti; el anciano era el príncipe Orlando Barbaja, y los dos recienvenidos eran sobrinos de este. El que iba vestido de marinero se llamaba Domingo Barbaja, y el estudiante Teobaldo Mirándola. Luisa era la única hija de la hija menor del anciano príncipe; la cual contrariando la voluntad de su padre se habia casado con un pintor florentino, y murió con él en medio de la mayor miseria.

Luisa perdió el color al ver entrar á los dos jóvenes, y mas cuando el abo-

gado en ciernes tomando la palabra comenzó á hablar de la procesion de Nápoles. Pero el anciano príncipe le impuso silencio diciéndole. Bueno, bueno, ya lo sabemos, Luisa ha estado allí. Precisamente porque Luisa ha estado hablo yo de ello, dijo Mirándola lanzando á la jóven una mirada muy significativa. Se consideraba tan feliz con el permiso que vos, querido tio, le concedisteis para ver desde las ventanas de nuestro palacio el pomposo cortejo del rey Murat, que nos ha prometido aceptar á uno de nosotros dos por su novio; y venimos para saber cuál tiene la fortuna de ser el elegido. Al oir estas palabras, Luisa se levantó y dijo con la mayor viveza. Nunca os he dicho palabra alguna que os autorice para hacer semejante pregunta. ¡Cómo que nó! dijo el marinero; bueno, pues entonces hablemos un poco de las señoras que derramaban flores en el camino por donde habia de pasar la córte, y que se dejaban decir galanterías por los oficiales franceses. Quereis perderme, dijo Luisa en voz baja, pues ya sabeis que únicamente para acceder á las instancias de vuestras primas Lanestini á las cuales me habeis presentado, he convenido en acompañarlas á la procesion. ¿Qué es eso de que hablais? preguntó el anciano cuyo oido era un poco duro. Que la señorita Tachena no quiere admitir por esposo á ninguno de los dos, dijo Mirándola. En cuanto á eso, observó Orlando, es muy dueña de obrar como guste. No hay duda, contestó maliciosamente el estudiante, con tal que transija con separarse al momento de vos como adicto á los Borbones, al mismo tiempo que nuestras amables primas, que en verdad sea dicho son bastante ricas para obrar como gusten.

¿Queréis que lo decida la suerte, corpo de Baco? dijo Mirándola, que se figuraba ser el que menos interés inspiraba á su prima. Sí, respondió Luisa, consiento en ello, pues aunque me habeis engañado traidoramente me veo forzada á obedecer. Pero si tú no quieres, dijo el anciano príncipe, no pienso decirte ninguna palabra apremiante, puedes vivir siempre conmigo para hacerme compañía y leerme algunos ratos. ¿En donde estábamos de la historia? Ah! ahora me acuerdo; el rey de Francia Cárlos VIII habia colocado la corona sobre su cabeza, y se acercaba el pálio debajo del cual debia verificar su entrada en Nápoles. ¡Qué reyes esos Borbones, comparados con esos otros reyes de baraja de la fábrica de Bonaparte, que no sirven sino para divertir á las gentes!

El viejo egoista vió con indiferencia como los dos pretendientes tiraban los dados para saber de quien seria la mano de Luisa. Será de quien saque mas puntos, dijo Mirándola echando los dados, y sacando dos puntos. ¡Bravo! dijo Barbaja con aire victorioso, sacó cinco, y al decir esto se acercó con galantería á la señorita. Luisa, le dijo con acento patético, recibid esta sortija como prenda de un amor eterno, y en cuanto á vuestra inclinacion personal me esforzaré para hacerme digno de ella desde hoy hasta el dia en que nos unamos para siempre.

En cuanto á tí Dominguito, debo recordarte nuestros pactos puesto que has quedado vencido. Te destierro para siempre de las inmediaciones de mi novia Luisa Tachena, á quien aquí y en este momento reconozco por tal y para siempre.

Retiróse Mirándola, y el anciano príncipe hizo rogar al cura que fuese á su casa. En la entrevista con el sacerdote arreglaron brevemente los pormenores del matrimonio; matrimonio que no debia causar ningun cambio en las costumbres y hábitos del príncipe, segun decia él mismo. No tenia reparo en manifestar su satisfaccion de que Mirándola no hubiese sido agraciado por la suerte, porque al decir de Barbaja su primo habia mostrado deseos de entrar en el servicio de Murat, lo cual á los ojos del príncipe era un pecado imperdonable.

Al lado del jardin de Barbaja habia otro aun mas destrozado, en medio del cual se alzaba una casa desde mucho antes deshabitada. Algunos dias despues de la procesion de que hemos hablado el príncipe pidió que le trajeran el anteojo, y mirando con su ausilio hácia la casa dicha, y dirigiéndose á Luisa, parece segun cuentan que tenemos vecinos, y por lo que veo es mucha verdad, le dijo con aire de descontento y mirando á dos hombres que se paseaban por el jardin completamente abandonado. Esto me mortifica y juzgo que deben ser gentes muy estrañas las que han escogido habitacion semejante. Parecen pescadores: míralos Luisa, y el que tiene el cabello negro y rizado se me figura uno de los corsarios que nos pintan en los romances.

Luisa se levantó para mirar en la direccion que le indicaba el abuelo. Los dos vecinos se habian adelantado hasta cerca de la pared del jardin, y aquel cuya descripcion habia hecho el príncipe Orlando, miraba con ojos centelleantes á menos de doscientos pasos de distancia. Al verlo la jóven lanzó un grito. Esos vecinos, dijo el anciano, se conducen de una manera muy indebida, y me dan pruebas de poquísima deferencia viniendo hasta á inclinarse sobre la pared de mi jardin. Cuando Dominguito volverá será preciso que compre su propiedad á esos importunos.

Orlando no tuvo noticia de que mas tarde con la luz de la luna, el pescador de los cabellos rizados se paseaba sin contradiccion de nadie por el jardin del mismo príncipe, que se halló muy cerca de la ventana de Luisa, y tuvo con ella una larga conversacion que no terminó hasta media noche. Tambien ignoraba que Luisa dejaba cartas debajo de una piedra suelta que estaba unida á la pared del jardin, y en cambio recibia otras colocadas en el mismo punto. Tampoco sabia que la casita de enfrente estaba amueblada con el mayor lujo y aun podia figurarse menos para qué servia.

Algunos dias despues Teobaldo Mirándola se presentó dando el brazo á su feliz rival Barbaja en el momento en que el príncipe y Luisa se encontraban otra

vez en el cenador de que hemos hablado. Luisa es una infiel, dijo Barbaja dando una patada en el suelo y con demostraciones del mas vivo enojo. No le bastaba asistir á la procesion como las afrancesadas familias de los Lanettini y los Franceschetti, sino que se ha envilecido hasta el punto de derramar flores ante los piés del usurpador. Al oir el anciano príncipe tales palabras se agitó convulsivamente en su asiento. Ahora habla tú Teobaldo, continuó Dominguito con voz ahogada por la cólera. ¿Qué quieres que diga? veo que Luisita Tachena se abandona sin reserva á las inclinaciones de su alma. Ahí, en ese jardin de enfrente vive el aventurero que se ha disfrazado de pescador para coger en las redes á las hermosas. Los ojos del anciano se fueron abriendo poco á poco y cuando Barbaja declaró formalmente que rompia todas sus relaciones con Luisa, el príncipe se dejó caer en la silla y estuvo mucho tiempo sin proferir una palabra. ¿No te defenderás de estas imputaciones calumniosas? gritó en fin dirigiéndose á Luisa con voz ahogada por el disgusto. Nó, respondió Luisa con firmeza: lo que acabais de oir es cierto.

Domingo alimentaba todavía la esperanza de que Luisa iba á desvanecer las sospechas que la acusacion del espía Teobaldo hacian recaer sobre ella y para salir de dudas le dijo. ¿Con qué segun eso amais al aventurero que está allí, en esa casilla? Sí, contestó Luisa. Y al mismo tiempo el disfrazado vecino volvió el rostro hácia el grupo que formaba la familia, y los dos primos consternados apenas lo hubieron visto cuando esclamaron: ¡Cielos! El rey Murat.

En la calle de Toledo habia un vasto edificio que daba claras señales de la oppulencia de su dueño. Era aquel palacio el refugio de los pobres de la ciudad, porque siempre encontraban allí una mano bienhechora, y dispuesta á socorrerlos. Las fiestas tan frecuentes en la ciudad no iban nunca á divertir aquella casa, y cuando las carrozas doradas y los brillantes trenes salian en tropel de Nápoles, nada parecido á eso se notaba en aquel palacio, en donde todo era tranquilidad y silencio. Solamente el pobre y el rey penetraban por la puerta de aquella habitacion, porque en ella vivia su dueño que era Luisa Tachena.

Todos los dias se veia á esa jóven y elegante señorita ir dos veces á la iglesia en un coche muy sencillo tirado por dos caballos, y por la tarde salia á paseo dirigiéndose á orillas del mar. Luisa casi siempre estaba sola, ó sin mas compañía que una camarera, y conservaba un aire sombrío y distraido. Combatia su alma entre el deseo de abrazar la vida religiosa, y el de conservar el ídolo de su corazon que amaba sobre todas las cosas. Se proponia separarse de su amante, y lloraba y se desesperaba cuando éste no iba á verla á la hora acostumbrada. Habia en su interior una lucha horrible, que no le dejaba un instante de reposo durante el dia, y turbaba sus sueños cada noche. Ocurrian á su mente el recuerdo de su madre, el carácter y las ideas políticas de su abuelo, la educacion que en su casa habia recibido: sabia que en toda la ciudad

eran conocidas sus relaciones con el rey intruso, que se hacia odiosa á los italianos enemigos del dominio estranjero: que en rigor era traidora á su patria; todo le ocurria, á todo daba su valor positivo, no se disimulaba un ápice de la magnitud de su falta; conocia que á todo lo dicho se añadia el escándalo, viviendo en un palacio suntuoso, recorriendo las calles en coche, siquiera fuese para ir á la iglesia ó á un paseo solitario, veia como al atravesar calles y plazas las gentes señalaban con el dedo su carruaje, y unos á otros hablaban de ella y quizás no pocos la maldecian; su conciencia gritaba noche y dia contra su conducta; pero al lado de todo esto veia á su amante, y al recordar no mas su imágen todo desaparecia para señorear completamente su alma enamorada. A su lado todo lo olvidaba para caer en una postracion mas grande en el momento en que se alejaba de ella. Así vivia en esta continua alternativa de felicidades y de infortunio.

Corria el año 1815; Bonaparte habia vuelto á Francia, y al pisar el suelo francés recobró nuevas fuerzas y se preparaba á combatir contra sus enemigos. La corona del rey Joaquin vacilaba en su cabeza, porque los aliados que habian tomado la legitimidad por bandera, amenazaban arrojarle de los estados que regia su cetro. El Austria era la única que apoyaba secretamente al rey de Nápoles, mas se habia visto obligada á declarar que no podria sostenerlo mucho tiempo contra la animadversion de las córtes aliadas.

El orgullo guerrero y el turbulento valor de Murat se dispertaron de nuevo: comprendió que le era preciso romper abiertamente la trama de las intrigas que iban á perderlo, y como el águila imperial de Francia acababa de desplegar otra vez sus alas, Murat dejándose arrastrar por el destino de Napoleon, llamó á las armas á los napolitanos. Su valor parecia haberse comunicado á los hijos de las dos Sicilias, formó regimientos nuevos, electrizó á las masas, y en poco tiempo las hizo militares y disciplinadas. Mientras que la orgullosa reina Carolina gozaba con la esperanza de ver toda la tierra firme de Italia sujeta á su cetro, Luisa de Tachena esperimentaba una agonía indefinible. Murat se habia vuelto pensativo y distraido, veíase forzado á emprender la guerra y dudaba del éxito de su empresa, y para mayor desgracia su tesoro estaba exhausto aun antes de entrar en campaña.

Desde muchos dias no habia ido al palacio de Luisa, que en la época de la historia de sus amores estaba en toda la plenitud de su belleza, al paso que Murat parecia haber envejecido. Dolce mia cara, le dijo sentándose á su lado: debia haber venido ayer para anunciarte el dia de mi marcha. Al oir Luisa esta declaracion sintió abrasársele el rostro, y al momento se puso pálida como la muerte. ¿Por qué tiemblas? le dijo Murat acariciándola amorosamente. ¿No es tiempo de que yo vuelva á mi vida guerrera? y mientras decia estas palabras demostraba una alegría que estaba muy léjos de ser verdadera. Si no lo hiciera

acabarian por enviarme una rueca. Estoy dispuesto y solo llama mi atencion arreglar algunos asuntos secundarios, entre ellos un cuerpo de quince mil hombres y dinero. Murat se detuvo al decir esto y Luisa le estaba mirando con mas tristeza á cada palabra que iba pronunciando.

Es preciso, continuó el rey, que me adelante hasta los Alpes para salir al encuentro de los franceses; y en cuanto al empréstito en vano procuré ayer contratarlo, y me veo precisado á tomar de donde haya, lo cual en verdad será un malísimo espediente para granjearme el amor de los romanos y de los italianos del norte. ¡Señor! esclamó Lúisa, dejándose caer de rodillas delante del rey. ¿Con qué no hay remedio? ha llegado el momento de que se cumpla la desgracia que desde tanto tiempo atrás yo tenia prevista. Por Dios, señor, renunciad á vuestro proyecto; que os sirvan de leccion y de advertencia para en adelante los obstáculos que encontrais desde el principio. Por mi amor os conjuro: no vayais á la guerra.

¿Seria posible, hermosa mia, le dijo Murat riéndose y alzándola del suelo, seria posible que temieseis verme vencido? Hízola sentar á su lado y le tómó la mano. ¡Señor! continuó ella, la victoria os acompañará á todas partes, no lo dudo; mas temo que al emprender esta guerra sereis víctima de vuestro valor.

Bah, bah, dijo el rey con indiferencia: hace muchos años que las balas han aprendido á respetarme. Mas Luisa meneaba la cabeza en señal de incredulidad, y las lágrimas discurrian en abundancia por sus mejillas. No es eso lo que temo por vos, señor, dijo en voz baja, temo que en la pelea vaya á heriros el puñal de un asesino. Tu suposicion, dijo Murat, no es del todo inverosímil, pero estoy espuesto á eso mismo en mi palacio. Tranquilízate; hace algun tiempo que tienes presentimientos muy sombríos, y que no estás alegre como antes. Gracias á tu intercesion aun concederé un plazó, y esperaré otro despacho de Viena; hasta que lo reciba no firmaré la órden para que el ejército se ponga en marcha.

En aquel momento anunciaron la llegada de Franceschétti; y apenas tuvo Luisa tiempo de retirarse cuando se presentó el general con una carta en la mano y con aire abatido.

Tenemos noticias de Viena, dijo: ha venido el ayudante Ricco trayendo un despacho, en que se anuncia que el congreso de Viena ha resuelto la caida de toda la dinastía napoleónica. Murat recorriendo el papel con la vista, iba tomando un aspecto mas grave á medida que se adelantaba en la lectura. Terminada esta, dijo á Franceschetti: está bien: las cosas no han llegado todavía á este punto; el Austria pide con mas insistencia que hasta ahora la observancia de los tratados: podeis retiraros.

Apenas hubo salido el general y vuelto á entrar Luisa, cuando Murat arrojando con el mayor despecho el papel sobre la mesa, comenzó á pasearse ar-

riba y abajo de la sala con un furor concentrado. ¡ Insensato ! ¿cómo he podido yo aguardar tanto tiempo? esclamó al fin. Debiera haber abandonado la Sicilia á la ambicion de la Inglaterra, para de este modo estar en paz con la pérfida Albion , mientras me hallase ocupado en conquistar la Italia continental. Mira amor mio, la traidora Austria me obliga á sacar la espada mañana mismo, si ya no es que prefiero sucumbir sin tentar el recurso de las armas.

Al dia siguiente Murat dirigió proclamas á los italianos, entrando de este modo en el camino de los combates que debia conducirle á su ruina. En la misma tarde se presentó en el palacio real que en aquel momento ofrecia un aspecto puramente militar, el banquero griego Marcos Poparistos : mas el rey ocupado en dictar órdenes y despachos no quiso recibirlo, hasta que las vivas instancias del judío le decidieron á concederle una audiencia particular.

Señor, le dijo el banquero : no vengo en nombre mio sino en el de otra persona para dirigir á V. M. una súplica. ¿Cuál es? dijo Murat : habla. En mi casa, continuó el griego, se ha depositado un millon de francos, confiándoseme el encargo de ponerlos en manos de V. M. Murat quedó estraordinariamente sorprendido, sus ojos brillaron como dos rayos, y esclamó : ¡ Un millon ! ¿Es posible que yo tenga en Nápoles amigos capaces de generosidad tan grande? Mas no, ya comprendo, tú vienes para prestarme ese servicio, pero temo que me lo harás pagar muy caro. No señor, no soy yo; y esa cantidad no se la prestan á V. M. sino que es un don gratuito, y yo quisiera que V. M. se dignase decirme si me permite que la traslade á su tesoro. ¡ Vive Dios, si quiero! aun que fuesen diez millones : mas es preciso que me digais el nombre de la persona que me hace ese regalo. Quiero saber á quien debo estar agradecido. Señor, repuso el judío, no me ponga V. M. en apuros, porque he prometido guardar el secreto que me han confiado, y V. M. no querrá obligarme á que falte á mi palabra. Lo siento, porque de la misma manera que en las actuales circunstancias aprendo á conocer á mis adversarios, quisiera saber tambien quienes son mis amigos. Tú te has comprometido, yo quiero respetar tu promesa; puedes llevar ese dinero á mi tesoro y manifestar mi agradecimiento á la persona que al favor añade el mérito de no querer tenerme obligado.

Desde mucho tiempo no estaba Murat tan alegre como entonces. Veíase estrechado á empeñar los diamantes de la corona, y hasta le habia ocurrido ya echar mano de las joyas de la reina; mas apenas hubo pronunciado una palabra acerca de esto, Carolina se encolerizó hasta el último punto. Así es que el millon que acababa de recibir no podia llegarle en momento mas oportuno. Aunque habia venido ya la noche se envolvió en la capa y se fué al palacio de Luisa, pero apenas hubo entrado en él cuando se detuvo sorprendido al ver que segun las apariencias allí se trataba de levantar la casa. Al presentarse el rey en el salon halló á la misma Luisa ocupada en empaquetar sus alhajas, y

todos los objetos preciosos; lo cual hizo nacer en el corazon de Murat un triste presentimiento. Luisa, dijo á su amada; tú crees que mi reinado toca á su término y procuras ponerte en salvo contra las vicisitudes de la suerte. La jóven le tendió los brazos, y saltaron de sus ojos muchas lágrimas. Personas desconocidas, continuó Murat, volviendo el rostro con viveza, vienen á traerme sus riquezas, y la persona á quien amo mas que á mi alma me abandona porque juzga que mi estrella se eclipsa. En aquel momento se abrió la puerta y apareció en ella Poparistos, llevando en la mano un pliego de papel grande que quiso ocultar cuando vió al rey, y que por esto mismo hizo ademan de retirarse. ¡Poparistos! gritó Murat, acércate. La llegada del banquero acababa de esplicarle al rey el misterio. En este momento, esclamó, todo lo comprendo. Es posible, amiga mia, dijo á Luisa, que hayas querido despojarte de todo para acudir en mi ausilio, y para arrojar al platillo de la balanza una gota de peso, que no le hará inclinar ni el grosor de un cabello! Perdona si por un momento he podido dudar de la abnegacion de tu pecho hidalgo y generoso. ¿Es verdad que me perdonas? Luisa pareció avergonzada de la noble accion que acababa de ejecutar y ocultaba su rostro en el pecho del rey; mas al cabo de un rato esclamó con un acento de verdad indefinible: ó rey mio, yo no le pido á la suerte mas que un favor, y es vivir ó morir por vos. En vano insistió Murat en que recobrase las alhajas que estaban ya en manos de Poparistos; sostúvose inflexible en su resolucion de retirarse á Squilace para entrar en un convento. En efecto, á pesar de las ardientes súplicas del rey, se despidió de él para dirigirse inmediatamente á la Calabria ulterior. Al dia siguiente Murat recibió de ella el resto de su fortuna, al mismo tiempo que su hermosa cabellera, y una carta en que su amor le deseaba la felicidad mas inefable.

El intruso rey de Nápoles que con mucha razon creía su trono vacilante, puesto que los reyes legítimos de España, Francia y Holanda volvian á sentarse en los suyos, continuó usando con el congreso de Viena un lenguaje pacífico, buscando entretanto un apoyo mas sólido con aumentar sus medios de defensa y promover un movimiento general en toda Italia. La fuga de Bonaparte de la isla de Elba decidió sus proyectos, y declarando que la causa del emperador era la suya, llamó á la independencia á todos los pueblos italianos, y comenzó inconsideradamente las hostilidades contra el ejército austríaco. Sus primeros progresos en Toscana sobresaltaron á los monarcas aliados, quienes le prometieron la pacífica posesion de su trono con tal que formase parte de la alianza europea: mas él contestando con soberbia pasó adelante. Su plan de campaña estaba trazado con grande inteligencia, pero la lentitud neutralizó sus efectos porque contaba con que las tropas de Bonaparte entrarian en el Piamonte y en la Lombardía. Abandonado por esta falta á sus propias fuerzas, rechazado en muchos combates y completamente derrotado en Tolentino en dos

de mayo de 1815 volvió á Nápoles para embarcarse con direccion á Canuas. Irritado Napoleon contra él le negó la entrada en Paris, y el príncipe destronado vivia de incógnito cerca de Tolon cuando supo la derrota de Waterloo. Viendo perdida su causa permaneció oculto hasta 21 de agosto, en cuyo dia pudo embarcarse para Córcega; y en esa isla rodeado de algunos de sus antiguos oficiales creyó que aun le era posible reconquistar el reino de Nápoles con solo presentarse en el mismo; y que el rey legítimo Fernando que habia ceñido otra vez la corona de sus antepasados tendria que abandonarla nuevamente. Embarcóse pues en Córcega con pocos amigos; mas apenas hubo tomado tierra en Pizzo cuando fué detenido, y preso; pues aunque tuvo tiempo para conocer que su llegada no produciria ningun efecto y estaba quizás dispuesto á desterrarse otra vez, el capitan del buque que lo habia llevado no quiso recibirlo de nuevo á bordo.

Decíase que el haber ido á tentar fortuna fué porque algunos traidores le llamaron desde Nápoles, lisonjeando su ambicion y prometiéndole inmensos recursos, y que ellos mismos dispusieron las cosas de modo que fué preso despues de haber tomado tierra. La noticia de su captura se derramó por el reino entero con la velocidad del rayo; lo cual hizo que cuando el tribunal, que habia de condenar al rey por el delito de alta traicion, se reunió para juzgarle, penetrase en la sala y cayera á los pies del infeliz preso una monja carmelita. Esa monja era Luisa que estaba medio muerta por la fatiga del acelerado viaje que hizo á pié á fin de ver por última vez á su desgraciado amante; fué preciso echar mano de la fuerza para separarla de Murat, mas con todo fué testigo de los postreros momentos de aquel hombre á quien habia amado tanto, y oyó cuando en el centro del cuadro dijo con voz segura y en tono de mando á sus ejecutores: amigos mios, apuntad al corazon y respetad el rostro.

Partió una descarga de fusilería y el rey Murat dejó de existir. Luisa le sobrevivió muy poco tiempo, y Barbaja y Mirándola se encontraron algunos dias despues en el palacio de los Borbones en Nápoles, estrecháronse la mano y se sonrieron maliciosamente. Uno de esos dos amantes de Luisa habia servido en el buque que desembarcó á Murat y consumó la traicion, y el otro habia activado en Nápoles la ejecucion de aquel ambicioso desdichado.

LA CONSULTA.

(CUADRO DE PANDITZ.)

Entre los abogados de Metz que gozaban de reputacion muy distinguida, ninguno podia blasonar de tenerla igual á la de Mr. de Geros. No solo se encomiaban en ese letrado sus profundos conocimientos en las leyes, y su brillante y sólida elocuencia, lo cual le daba una superioridad incontestable y por nadie disputada, sino tambien la escrupulosa delicadeza de su carácter en todos los actos de la vida y en el ejercicio de su noble profesion. Entre el público se citaban hechos muy notables para atestiguar su probidad estraordinaria. La recompensa de esa especie de fanatismo por la honradez habian sido, además de la estimacion general, la tranquilidad de conciencia y aquella paz interna que solo se encuentran en la virtud, y sin la cual la gloria mundana no es otra cosa que una embriaguez pasajera. Habiendo quedado viudo en edad temprana encontraba en su única hija cuanto podia desear para consolarse de la pérdida que con la muerte de su esposa habia esperimentado. La jóven Octavia creció á sus ojos manifestándose feliz por la ventura que proporcionaba á su padre, hasta aquella edad en que una mujer pierde la proteccion del autor de sus dias para ponerse bajo la proteccion de un esposo. Habiendo llamado en esa época la atencion del hombre que ella hubiera voluntariamente elegido, completó con su matrimonio la alegría del anciano letrado. En efecto el jóven Deví era uno de aquellos pocos hombres cuyo solo aspecto inspira confianza aun antes de hacer promesa alguna.

En el momento en que tiene principio nuestro relato, Mr. de Geros estaba



LA CONSULTA.

(CUADRO DE PARDITE.)

—[illegible] de reputacion muy distinguida [illegible] á la de Mr. de Gerson. No [illegible] [illegible] en las leyes, y su [illegible] [illegible] superioridad [illegible] [illegible] delicadeza de su carácter en [illegible] noble profesion. Entre el pú- [illegible] su probidad [illegible] [illegible] por [illegible] habia sido, [illegible] la tranquilidad de conciencia y [illegible] por [illegible] la virtud, y sin la cual la gloria mundana [illegible] Habíase quedado viudo en [illegible] deseo para consolar- [illegible] habia experimentado. La jó- [illegible] por la ventura que propor- [illegible] una mujer pierde la proteccion del [illegible] proteccion de su esposo. Habíanle llamado [illegible] que ella hubiera voluntariamente elegido [illegible] alegría del anciano letrado. En [illegible] el jóven [illegible] hombre cuyo solo [illegible] confianza [illegible] alguna.

En el momento en que [illegible] nuestro relato, Mr. de Gerson estaba



La Consultation judiciaire.

The Consultation. Die Rechtsverhandlung.

en su gabinete entregado á una de sus vagas meditaciones con los ojos fijos en los retratos de su hija y de su yerno, cuando casualmente su vista se dirigió á una carta que habia recibido en la misma mañana, y que llevaba la fecha de una de las posadas de Metz. La carta estaba escrita en español y contenia las siguientes palabras.

Una estranjera que no sabe la lengua francesa quiere confiar á un letrado probo y activo un asunto de grandísima importancia, y por lo mismo ruega al caballero de Geros, quien segun le han dicho conoce un poco la lengua española, que la reciba en su casa, en donde le esplicará el asunto que quiere consultarle, y de cuyo éxito depende su vida.

El abogado echándose en cara su retardo en contestar á la carta iba á verificarlo, cuando uno de sus practicantes entró en el despacho anunciándole la visita de D.ª Inés Monteverde, y en el acto se presentó en la puerta una jóven ricamente vestida. En este momento, señora mia, iba á contestaros, le dijo de Geros, enseñándole el papel que tenia en la mano. Entonces podreis oirme ahora mismo, dijo Inés. Sin ningun inconveniente, le contestó el letrado, presentándole una silla en que la señora tomó asiento.

Mientras la estranjera parecia reunir sus ideas el letrado la observaba atentamente y aun que le pareció muy bella, hubo de observar en sus ojos un no sé qué desagradable y que indicaba cierto atrevimiento y resolucion bastante impropios del traje y de la clase á que segun este correspondia. Sin hacerse aguardar mucho comenzó su relacion mezclando en ella palabras francesas con las españolas; de suerte que no era fácil entenderla: mas á fuerza de preguntas y de esfuerzos, y no sin tomar algunos apuntes, el abogado pudo comprender una parte y adivinar lo restante. Su historia era triste y romancesca.

Locamente enamorada de un jóven á quien una casualidad llevó á la casa de su madre, habia logrado que se casara con ella, no por inclinacion sino por reconocimiento, y las consecuencias de ese imprudente matrimonio fueron las que debian ser naturalmente. El insensato amor de Inés no pudo contentarse con la apacible amistad del jóven; su exaltacion se fué convirtiendo en quejas y en furiosos celos; y por último no pudiendo vivir en medio de contínuas angustias se decidió á terminarlas, escribiendo para ello al hombre que la casualidad habia unido á su suerte una carta en que le declaraba que desde entonces era libre; y rotos de esta manera los contraidos vínculos, esa mujer habia desaparecido, muy decidida á buscar la muerte. Sin embargo en medio de esa especie de enagenacion, el natural deseo de conservar la vida la contuvo, y partió á las colonias españolas en compañía de unas monjas que la habian recogido. Durante dos años permaneció sepultada en el convento, procurando convencerse de que habia muerto para el mundo; mas todos sus esfuerzos fueron infructuosos, porque en su corazon ardia el mismo fuego de

siempre, aunque oculto bajo engañosas cenizas. No pudiendo resignarse á vivir de aquel modo, de repente marchó del convento, y se embarcó para España, mas aquel á quien habia dejado en ella ya no estaba. Empeñada en encontrarlo, hacia un año entero que buscaba sus huellas desde el Tajo á los Pirineos, y desde los Alpes al adriático; y al fin acababa de encontrarlas y seguirlas hasta el Rhin. El hombre á cuyo encuentro iba se hallaba en Francia, pero era indispensable descubrirlo, y para esto y para que una vez hallado se le obligára á reunirse con su esposa venia á invocar el ausilio y los conocimientos del señor de Geros.

Este buen anciano no pudo oir con indiferencia la dolorosa historia de aquella señora, procuró calmarla, y consolarla diciéndole que con la ayuda de Dios encontrarian á aquel de quien nunca debiera haberse separado. Esta noche, le dijo, me enteraré mas por menor de todo leyendo con atencion el relato que me dejais y en el cual decís que está todo minuciosamente espuesto; y si gustais mañana podeis tomaros la molestia de venir á esta vuestra casa. Dióle afectuosamente la mano y la acompañó hasta la puerta.

En la hora en que el sol iba declinando y un aire fresco derramaba por la atmósfera el perfume de las flores Mr. de Geros estaba en su cuarto meditando acerca de la felicidad humana, y lamentándose de que fuese tan árduo llegar á disfrutarla, y tan fácil perderla cuando menos lo tememos. Declamaba en su interior contra las pasiones que tantos estragos hacen en el corazon humano, cuando vinieron á distraerle las armonías de una lira, y la dulce voz que con ella se acompañaba. Apenas hubo oido á la cantora que era su hija, cuando se acercó silenciosamente hácia ella, y separando las hojas de los árboles del jardin en que se hallaba, la descubrió en la ventana de la estancia donde solia estar bordando. Su marido la escuchaba, y tenia clavados en ella sus amorosos ojos. A semejante espectáculo se humedecieron los de aquel tierno y bondadoso padre, y en el mismo instante esperimentó un movimiento interior que no comprendia y que sin embargo le fué muy desagradable. El infeliz padre tuvo un presentimiento de que aquella beatitud de los jóvenes esposos iba á terminar muy luego. En vano quiso distraerse de esa idea, en vano se vituperó á sí mismo semejante ocurrencia cuando nada habia que pudiese motivarla, esa idea no queria apartarse de su entendimiento y sus afectos los sentia en el corazon de una manera muy marcada.

Acordándose entonces de que su yerno conocia la lengua española, se presentó de repente ante los ojos de aquella venturosa pareja, y dijo al yerno. Enrique, ven un momento y me ayudarás á leer unos papeles. No te lo quito para mucho rato, dijo á su hija, que se conformó gustosa con los deseos del padre.

Cuando hubieron llegado al despacho del abogado este comenzó el relato de

su entrevista con la estranjera, y presentó á Enrique los apuntes que le habia dejado, para que de viva voz se los tradujera. El jóven al principio escuchó con una frialdad que disimulaba muy mal su impaciencia, cuando de repente se estremeció, y acercándose mas á su suegro escuchaba con una turbacion que rápidamente iba aumentando. Al oir finalmente el nombre de la española alzó la frente y lanzó un grito ¡ Inés de Monteverde! ¿ Habeis dicho Inés de Monteverde, padre mio? Sí ¿ pero á qué viene esa turbacion, hijo mio? ¿ Y vos la habeis visto? Y vive? preguntó Enrique atropelladamente. En nombre del cielo, Enrique, esclamó el anciano. ¿Qué significa esto? El jóven habia echado mano á los papeles los iba hojeando convulso, y á poco rato perdido completamente el color se dejó caer en una silla.

El padre lo comprendió todo. Proscrito de Francia Enrique contrajo en España una epidemia que asolaba la península, y estando ya moribundo y abandonado debió la vida á los cuidados de una mujer, con cuya hija se casó por gratitud, y á la cual perdió muy luego.

Todo esto lo sabia el padre de Octavia por boca del mismo Enrique, pero sin ningun otro pormenor: ahora todo quedó esplicado. Enrique habia creido que Inés estaba muerta, y considerándose libre contrajo lealmente segundo matrimonio.

Cuando Enrique levantó la cabeza sus miradas se encontraron con las de Mr. de Geros, quien estendió los brazos y por mucho rato lo tuvo apretado contra su pecho. Gracias, gracias, padre mio, dijo Enrique, fuera de sí; veo que no dudais de mí, y que comprendeis que mi error no es un crímen. No, dijo el letrado, es una desgracia, pero desgracia irreparable. ¿Qué decís? esclamó el jóven. Sí, contestó Geros; vos perteneceis á esa mujer: sus derechos son sagrados. ¡ Oh padre mio! huyamos de ella; vamos á buscar un asilo oculto en donde nadie sepa el vínculo fatal que me unió á ella. Pero nosotros lo sabemos, dijo el padre. No, Enrique, no quieras tentarme: ambos necesitamos algunas horas de recogimiento; mañana hablaremos. En cuanto á esta noche, Octavia no debe saber una palabra de esto: dejémosle todavía algunas horas de ventura.

¡ Quien es capaz de describir las angustias que durante aquella noche terrible destrozaron el corazon del padre! Algunas veces cruzaba por su imaginacion un pensamiento, pero rápido y fugitivo cual un relámpago. Con mucha facilidad podia salvar á su hija, el silencio, una separacion, mil medios tenia en la mano para evitar la desventura de la persona que mas amaba en el mundo..... pero, el honor..... ¡ Oh! Geros no podia obrar nunca contra el honor aun que en ello le fuera la vida. En medio de estos interiores contrastes transcurrió aquella noche, pero en todos ellos el deber alcanzó el triunfo, aunque dejando el alma de aquel hombre incorruptible lacerada para siempre. Al fin

pareció el dia, y el padre hizo avisar á su hija de que iba á su cuarto para hablar con ella; y sin embargo no se movió del suyo abismado en profundas reflexiones.

Por su parte Enrique habia sufrido durante esa noche fatal todos los martirios de la incertidumbre y de la desesperacion antes de poder determinar cosa alguna. Hácia la mañana sacudió la especie de letargo en que tantos sufrimientos habian hecho caer su espíritu, y se decidió á poner término á situacion tan intolerable. Habiéndose enterado de la posada en que Inés vivia, trasladóse allá y se presentó á su esposa que al verle pareció habérsele trastornado el juicio. Ya esperaba Enrique ese primer trasporte, y despues de dar tiempo á su esposa para que se pusiese algo tranquila le refirió por que casualidad estaba enterado de todo. Inés arrodillada delante de él, con las manos juntas, respirando cual si se ahogara, y mirándolo con delirio, escuchaba apenas lo que Enrique le decia. Levantaos, señora, le suplicó este, no permanezcais en esta posicion que me ofende. No, contestó Inés, déjame; yo no puedo levantarme hasta que me digas que despues de tantos años de abandono no conservas de mí un recuerdo doloroso, dime que no me maldices. Solamente los cobardes son capaces de maldecir á los muertos, contestó Enrique con voz apenas inteligible. Inés se estremeció; pero recapacitando un poco dijo. Sí, tienes razon, me creiste muerta, y quizás mi vuelta viene á robarte una independencia en que te encontrabas dichoso. Enrique ni levantó la cabeza ni contestó una palabra. Entonces, continuó Inés, es cierto lo que yo digo: ya habias olvidado la union que creias rota para siempre. ¿Y quién lo quiso? preguntó Enrique con amargura. ¿Fuí yo acaso quien rompió los vínculos que habian hecho comun nuestra suerte? Pero, ¿tal vez te has aprovechado de la libertad que creiste recobrada? preguntó Inés respirando apenas y clavando sus ardientes ojos en el rostro de su marido. Y si así fuese, señora ¿vuestra desaparicion no me autorizó para todo? ¿Creeis que uno puede abandonar y recobrar de este modo el destino de otro, convertirlo en juguete de las locas exaltaciones de su espíritu, devolverle á un hombre su libertad, y venir á reclamarla en seguida, y aun antes de saber si todavía la posee? ¿Qué quieres decir? preguntó Inés desatinada. Digo que vos misma habeis cuidado de engañarme acerca de vuestra muerte, que yo volví á Francia siendo otra vez dueño de mi persona, y que en virtud de esto...... Acaba, acaba, gritó Inés. Y que en virtud de esto, dijo Enrique, he contraido otro matrimonio.

Inés lanzó un grito terrible, y se puso en pié con aire altanero y decidido. En medio de las crueles suposiciones que habia hecho nunca llegó á suponer tanto: mas ahora, saliendo de repente de su abatimiento, trató de defender resueltamente sus derechos. ¿Qué me importa, esclamó, tu segundo matrimonio? Tú eres mio, y nada en el mundo es capaz de separarte de mí. Entre-

gándose luego á los trasportes de una pasion sin límites gritó que preferia ver á Enrique desgraciado pero con ella, que feliz en compañía de otra mujer; que se uniria á él para no soltarlo nunca, que le seguiria á todas partes, que era una propiedad suya, su tesoro, y que ese tesoro ella lo guardaria y lo defenderia con la fuerza, con la justicia y con la astucia. Enrique sin haber podido conseguir que Inés le escuchára un instante, se levantó con aire desesperado y con ánimo de alejarse, cuando un mozo de la posada entró trayendo una carta. Apenas hubo mirado el sobre perdió el color conociendo la letra de su padre político. Abrióla apresuradamente y leyó estas palabras.

«Enrique: te prometí reflexionar para que hoy decidiéramos sin precipitacion: he meditado mucho, y comprendo cual es mi deber. Octavia lo sabe todo, y no tengo necesidad de decirte el efecto que esta revelacion ha causado en su ánimo: pero finalmente mis cuidados y mis súplicas han logrado calmarla y te escribo por encargo suyo. Ha comprendido lo que debe á esa señora, á tí, y á sí misma. El segundo de tus dos matrimonios es nulo, y cuando tú recibas esta carta nosotros estaremos ya léjos. La viuda que llevo en mi compañía quiere que en esta carta haya dos súplicas: á tí te pide valor y resignacion: á la señora que va á recobrar tu apellido, le pide ternura é indulgencia. Gozad del porvenir, mientras ella procurará olvidar el tiempo pasado: sé feliz, y ella tendrá el valor necesario para no quejarse.»

Enrique anonadado cayó de rodillas. Inés que habia leido la carta al mismo tiempo que él, vencida al ver tanta abnegacion y grandeza de alma, se dejó caer cerca de Enrique, cojió la carta del anciano y besándola con respeto. ¡Ah! dijo á Enrique, tú vivias con ángeles, y yo he venido para volverte al infierno.

La suerte estaba echada y lo estaba sin remedio. Enrique en un momento vió cual pintados en un lienzo los dias de inefable ventura que habia pasado en compañía de Octavia y de su padre, y los horribles tormentos que le aguardaban ahora al lado de su mujer, á quien no amó nunca, que aborrecia ahora porque acababa de robarle una felicidad sin límites, y en la cual no era dudoso que hallaria aquella misma esposa colérica, injusta, celosa, cuyo carácter y cuyas exigencias despedazaron su corazon por tanto tiempo. Pero Octavia y su padre habian partido sin saber á donde, el deber le encadenaba al lado de la mujer que tenia delante de sus ojos, y no vió medio humano capaz de librarle del horrible destino que le aguardaba. La desesperacion le tuvo enagenado durante muchas horas: mas ese estado por lo violento no era duradero, y de poco en poco fué resignándose con la necesidad contra la cual no habia recurso. Inés conoció todo lo que pasaba en el corazon de su esposo, y temiendo sin duda que fuese capaz de apelar á la fuga ó al suicidio para huir de ella, tomó la resolucion de no hablarle nunca del tiempo pasado, de ser para con él

una esposa tierna y de no hacerle sufrir los martirios que antes la volvieron odiosa á Enrique; pero esa mudanza exigia violentar muchísimo su carácter; y acostumbrada á obrar segun este le dictaba era imposible que semejantes propósitos se cumplieran durante mucho tiempo. Aquel matrimonio fué al cabo de pocos dias lo que habia sido en la época primera: y esa mujer altiva y de índole maligna, despues que con sus celos y sus locuras habia exasperado á su esposo, cuando este estaba próximo á perder la razon al considerar cual se hallaba y cual podia hallarse, Inés acababa de irritarlo echándole en cara la felicidad que en su ausencia habia disfrutado sin que ella la compartiera, y le hacia notar la diferencia entre aquella mujer dulce y condescendiente que perdió y la esposa única que tenia derecho á su mano, y á recobrar en cariño los años pasados sin disfrutarlo. Tuvo razon Inés al decirle que habia venido para volver á Enrique al infierno: un infierno era su casa, un infierno era su vida: y Enrique solo pedia á Dios que le arrebatara del mundo, como único medio de librarle de esa vida de desesperacion á que parecia condenado.

Es indecible hasta donde llegaba el ingenio de Inés para atormentarlo. Pedíale cuenta de sus pensamientos, de todos los afectos de su corazon, de todas las ideas que á su entendimiento acudian: y cuando las esplicaciones de Enrique no eran cuales ella se habia imaginado prorrumpia en denuestos y en amenazas. Esto no hubiera arredrado á Enrique si en todo ello no viera ciertos arrebatos de locura que le hacian temblar de contínuo, y entrever una desgracia aun mayor que cuantas hasta entonces le habian afligido. Maldecia Enrique su destino, el dia en que conoció á Inés, la hora fatal en que la gratitud le condujo á darle su mano, y el momento en que tuvo la desgracia de ser nuevamente encontrado por ella.

El previsor Geros juzgando que podia Enrique dejarse llevar de un momento de exasperacion, huir de su esposa, ir en busca de Octavia, y ponerlos á todos en un conflicto, creyó oportuno establecerse en Paris, en donde era mas difícil que Enrique averiguase su paradero. Los primeros tiempos de su permanencia en la capital de Francia fueron una época tristísima de su vida. Amando entrañablemente su patria Metz no solo porque habia nacido en ella, sino por la reputacion que en la misma disfrutaba, y por los lazos de amistad que allí le unian con las personas mas respetables, le fué muy doloroso abandonarlo todo en el último tércio de su vida, y encontrarse en medio del estruendo de aquella capital, sin quedarle siquiera el deseo ni el consuelo de contraer nuevas relaciones que hubieran podido hacer sonar su nombre y ofrecer ocasion á que llegara á oidos de Enrique. Encerrado en su casa, y retraido completamente de los negocios de la abogacía, á que habia dedicado veinte y cinco años, debiendo por otra parte ocuparse de calmar la afliccion de su desventurada hija, no tenian ni él ni esta otro lenitivo á sus pesares que la vista y la compañía del

niño Ricardo, único fruto de aquella union ilegítima, que habia trastornado la felicidad de todos. El abuelo no quiso que aquel niño llevase el apellido de su infeliz padre, sino que le dió el segundo de su madre, que era Duclof, con el cual mas adelante habia de ser ventajosamente conocido.

Octavia idolatraba en su hijo, mas su vista le traia sin cesar á la memoria el rostro del padre cuya semejanza era en verdad sorprendente. El tiempo que tiene el privilegio de calmar todos nuestros dolores y de endulzar las amarguras de nuestra alma hizo su efecto en el padre y en la hija; los cuales acabaron por tener una existencia tranquila, aunque cubierta siempre con un barniz de melancolía que no era posible se desvaneciese nunca. Crecia el niño Ricardo, y educado por la madre y por el abuelo su corazon no podia menos de ser tan bueno y virtuoso como lo eran aquellos. Dedicóle Geros á las letras, y el nieto eligió con mucho gusto la misma carrera de su abuelo, no sin brillar en las escuelas entre los alumnos mas aventajados. Uno de los profesores del niño contrajo amistad con Mr. Geros, frecuentó su casa, agradóse de la viuda, y no creyó que pudiese ser rechazado el ofrecimiento de su mano. No obstante á fuer de hombre prudente, no quiso arriesgar una demanda sin tener mas datos que los pocos que hasta allí le habia proporcionado el trato con Mr. Geros, que no podia calificar de íntimo, ni aun de frecuente. Desde entonces fué mas asíduo en la casa, estrechó su amistad con Mr. Geros, con cuyo carácter guardaba mucha analogía el suyo, no obstante de la diferencia entre la edad del uno y del otro, y finalmente creyó llegado el dia de tener con el anciano abogado una esplicacion que pudiera abrirle el camino hácia el término que se proponia.

Vuestra amistad, dijo á Mr. Geros, me es tanto mas grata en cuanto á pesar de mi edad gusto tan poco como vos de la sociedad que trae siempre graves compromisos y disgustos. Mas este retraimiento que en vos está compensado con la compañía de una hija y de un nieto, no tiene en mí compensacion de ninguna clase. Desde que perdí á mi madre quedé completamente solo en el mundo, y este aislamiento me cansa y va convirtiendo en melancólico mi carácter hasta ahora alegre y satisfecho. Por otra parte creo que á mi edad es ya hora de que fije mi suerte uniéndola con la de una compañera, que comparta mi fortuna y las desgracias ó las felicidades que el cielo me depare. ¿No os parece Mr. Geros, que es oportuno que me ocupe de esto? Si os sentís inclinado al matrimonio, dijo el letrado, hora es realmente de que lo contraigais; mas si elegís ese estado sin otro objeto que evitar el aislamiento que se os hace insoportable, no es fácil que seais dichoso en esa nueva faz de vuestra vida. De ningun modo, dijo el profesor: no es ahora cuando he concebido la idea de casarme: lo hubiera verificado ya en vida de mi madre pero considerando cuan posible era que esta señora y mi esposa no tuvieran carácter ni gustos análo-

gos, no quise arriesgar á la una ni á la otra á ser desgraciadas. Ahora cuando no media esa consideracion y cuando me encuentro solo y siento el aislamiento, he creido que era venida la hora de decidir mi suerte, y que esto no puedo hacerlo sino contrayendo matrimonio. Resuelto á esto, os he de hablar con franqueza, rogándoos que si mis palabras pueden por cualquiera término ofenderos las perdoneis en gracia de mi buen intento; y no me priveis por esto de vuestra amistad que tengo en grandísimo aprecio.

Desde las primeras palabras de su interlocutor adivinó Mr. de Geros á donde iria á parar el final de aquella plática, y en verdad temió que iba á verse en un grande conflicto. El amigo que sin duda queria pedirle la mano de Octavia era hombre estimable, gozaba de muy buena reputacion, disponia de muy regular fortuna y su carácter le habia grangeado el aprecio de Geros y de su hija. Además el letrado habia tenido ocasiones de convencerse de que era un hombre de probidad inflecsible, y esta sola dote le hacia en su concepto digno de todas las consideraciones imaginables.

Esplicaos con franqueza absoluta, le dijo, vuestras palabras no pueden ofenderme, y tampoco teneis motivo para temer que entibien la amistad que reina entre nosotros. Desde el momento, dijo el profesor, en que tuve el gusto de frecuentar vuestra casa, me agradaron las dotes que conocí en vuestra hija Octavia, y al paso que mas me he intimado con vos y con ella, mas he creido que su mano y su corazon podrian hacerme venturoso. Ignoro si esa señora tiene contraido algun compromiso: si es libre, si puede disponer de su mano yo le ofrezco la mia, y aun antes que á ella dirijo mi demanda á vos como quien si mi proposicion ofrece algun inconveniente sabrá guardar acerca de ella un silencio absoluto.

Grave es, amigo mio, dijo Geros, el compromiso en que sin saberlo acabais de ponerme. Yo os aprecio mucho, os tengo en el escelente concepto que mereceis, quisiera para mi hija un marido como vos: me consta que ella os aprecia y respeta; juzgo que no se consideraria sino muy feliz uniendo su suerte á la vuestra, y sin embargo, amigo mio, siento decíroslo, esa union es de todo punto irrealizable. Yo en mi nombre y en el de mi hija agradezco vuestro ofrecimiento, estimo muchísimo la preferencia que dais á mi Octavia, nunca olvidaré este rasgo de vuestra amistad síncera; mas con un dolor de que no podeis por su magnitud formaros una idea os repito que esa union es imposible; y para que no veais en esto ninguna humillacion hácia vuestra persona; debo declararos que Octavia no puede dar su mano ni á vos ni á otro hombre alguno. Perdonadme, amigo mio, yo debo matar desde luego todas vuestras esperanzas porque sé que no pueden verse cumplidas.

El profesor se quedó pasmado y abatido; rodaron por su mente un tropel de ideas, pero no pudo fijarse en ninguna. A fin de ver si podia arrancar alguna

palabra que diese luz para comprender aquel arcano, despues de un rato de silencio se decidió á arriesgar una pregunta. Si Octavia no puede casarse conmigo ni con otro hombre ¿está casada acaso? Nada me pregunteis; dijo el anciano, porque tengo el disgusto de no poder satisfaceros. Renunciad á vuestro intento: la causa que se opone al matrimonio debe seros indiferente: si esa causa no existiera con mucho gusto os daria el nombre de hijo, y si además de Octavia tuviese otra hija y vos la amarais seria vuestra esposa.

El profesor nunca mas dijo una palabra de semejante cosa, continuó visitando la casa y siendo amigo de Geros, pareciéndole siempre que el tiempo habia de aclarar ese arcano, y hacer posible su matrimonio con Octavia.

Transcurrieron de este modo algunos años, sin que hubiese novedad alguna en la familia, y sin que el anciano hubiese tenido jamás noticia alguna de Enrique. Este habia procurado saber el paradero de Geros y de su hija, y no le fué difícil averiguar que residian en Paris, y cuanto mas podia interesarle. En medio de sus desdichas mil veces estuvo en vísperas de huir de su esposa, cuyo carácter se hacia con los años mas intolerable; pero como no le era posible con esto reunirse á su amada Octavia y á su hijo, renunciaba luego á estos planes cuya realizacion no hubiera hecho sino aumentar sus infortunios.

Tenia Geros en Orleans un antiguo amigo que con frecuencia iba á visitarle en Paris, y que habia cobrado un afecto particular al jóven y amable Ricardo á quien su abuelo prometió que le permitiria ir á Orleans á pasar una temporada de verano cuando hubiere terminado el segundo curso de jurisprudencia. El aprovechamiento del nieto le hizo digno de que se le cumpliera la palabra; y el abuelo y la madre lo entregaron al amigo que debia devolverlo hácia fines del mes de agosto. Ricardo se divirtió mucho en Orleans, fué á cazar con frecuencia, recorrió las haciendas del amigo de su abuelo, fué á varios pueblos y castillos de los alrededores, y en la época fijada contento y robustecido, tomó el camino de Paris junto con su húesped en uno de los carruajes públicos, que entonces empleaban dos dias para verificar ese viaje. Junto con ellos iban varias personas entre las cuales llamó la atencion de Ricardo un caballero de hasta cuarenta años, de aspecto agradable aunque melancólico, y que á su vez parecia muy inclinado al jóven. Al llegar á Paris, se despidieron los viajeros y siguiendo la costumbre que la buena educacion exije, el desconocido ofreció á los viajeros la posada en que pensaba hospedarse, al paso que Ricardo le ofreció tambien su casa dándole las señas de ella. Al oir el viajero el apellido de Geros su rostro esperimentó un cambio notable, pero no dijo una palabra que pudiera indicar el motivo de la sensacion esperimentada. Ricardo abrazó á su abuelo y á su madre; y apenas habian pasado dos horas cuando el viajero de quien hemos hablado se presentó en la casa preguntando por el jóven Ricardo. Recibióle este con mucha alegría, y sin prévio aviso lo presentó á su abuelo.

¡Padre mio! esclamó el forastero, y se echó en los brazos del señor de Geros, quien como herido por un rayo ni abrazaba al forastero, ni lo rechazaba, ni sabia decir una palabra, ni atinaba en lo que debia hacer en aquellas circunstancias. En un momento vió todos los resultados ó terribles, ó venturosos que podia traer consigo aquella llegada, y el forastero, que bien se vé que era Enrique, comprendiendo todo lo que pasaba en el ánimo del anciano, estrechándole mas y mas le dijo. Abrazadme, Dios se ha compadecido de mis largos martirios. Inés no existe, y puedo ser otra vez el esposo de vuestra hija. Geros cayó sobre una silla, su corazon no podia con tanta felicidad: Ricardo sin comprender una palabra, y viendo que el anciano durante un largo rato no pudo pronunciar ninguna, corrió en busca de su madre. Cuando Octavia entró en el cuarto, Geros ya se hallaba rehecho, ya tenia abrazado á Enrique, y viendo á su hija: abrázale, dijo, Dios te devuelve tu esposo: hijo mio, dijo á Ricardo, abraza á tu padre. Si la felicidad matara Octavia habria dejado de existir en aquel acto. El anciano Geros dejándose caer de rodillas y alzando las manos al cielo, esclamó derramando lágrimas. Gracias, Dios mio, por haberme conservado la vida hasta este momento, ahora ya puedo morirme. Toda la familia se arrodilló al rededor del anciano, todos lloraban, todos le ceñian con sus brazos, y en aquella inesplicable efusion de gozo todos los corazones se alzaban á Dios para bendecirle y darle gracias por haber puesto fin á tantas desventuras.


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SEVILLA

22



Pressentiment.

Presentiment. Ahnung.

Verlag d. Englischen Kunstanstalt v. A.H. Payne Leipzig & Dresden

EL PRESENTIMIENTO.

(CUADRO DE A. STAMPF)

Los Alpes escandinavos y las tierras volcánicas de la Islandia son en Europa los únicos que pueden compararse bajo el aspecto grandioso y romántico con el aspecto [illegible] de los Pirineos. Hasta pocos años atrás el viajero curioso estaba seguro de hacer en esos montes útiles descubrimientos; mas hoy en que la aristocracia de Francia é Inglaterra ha adquirido la costumbre de ir á tomar aguas en esa larga [illegible] de montañas que separa la España de Francia, casi se ha hecho imposible citar este ó el otro punto notable que no haya sido minuciosamente descrito en los manuales y libros de memoria de los viajeros. Sin embargo los Pirineos ofrecen bellezas siempre nuevas, y es imposible no fijar con admiracion la vista en las admirables litografías de Mr. J. [illegible] que representan las maravillosas escenas de los alrededores del [illegible].

La existencia [illegible] del habitante de los Pirineos [illegible] de ciertas escenas [illegible] y que están en armonía con el aspecto salvaje de aquellos montes franceses y españoles. La raza de los [illegible] en [illegible] los Pirineos [illegible] y [illegible] lobos á los cuales los habitantes suelen dar [illegible] para [illegible] la vida del hombre. Los Pirineos son la patria de los mejores contrabandistas del mundo, los cuales se precian de desplegar más valor y destreza á medida que el contrabando entre España y Francia se va haciendo más difícil. [illegible] y traficantes, [illegible] no tienen escrúpulo en aplicar [illegible] de sus hermanos [illegible] ningun peligro



EL PRESENTIMIENTO.

(CUADRO DE A. STAMBEY.)

Los Alpes escandinavos y las tierras volcánicas de la Islandia son en Europa los únicos que pueden compararse bajo el aspecto grandioso y romántico con el áspero carácter de los Pirineos. Hasta pocos años atrás el viajero curioso estaba seguro de hacer en esos montes útiles descubrimientos: mas hoy en que la aristocrácia de Francia é Inglaterra ha adquirido la costumbre de ir á tomar aguas en esa línea de montañas que separa la España de Francia, casi se ha hecho imposible citar este ó el otro punto notable que no haya sido minuciosamente descrito en los manuales y libros de memoria de los viajeros. Sin embargo los Pirineos ofrecen bellezas siempre nuevas, y es imposible no fijar con admiracion la vista en las admirables fotografías de Mr. J. Stuarts que representan las maravillosas escenas de los alrededores del Pico del Mediodia.

La uniforme existencia del habitante de los Pirineos tampoco carece de ciertas escenas imprevistas y que están en armonía con el áspera índole de aquellos mestizos franceses y españoles. La caza de las gamuzas y aun de los osos en invierno ofrece en los Pirineos un atractivo peligroso, y hasta la batida de los lobos á los cuales los habitantes suelen dar por burla el nombre de *corzos grises* pone muchas veces en riesgo la vida del hombre. Los Pirineos son la patria de los mejores contrabandistas del mundo, los cuales al parecer despliegan mas valor y doble astucia á medida que el contrabando entre España y Francia se va haciendo dificultoso. Bandidos y traficantes á la vez no tienen escrúpulo en aplastar á alguno con sus herrados palos armados con punta: ningun peligro

los arredra, ninguna tempestad los detiene, ningun alud es bastante terrible para impedirles que lleven su pacotilla al otro lado de la frontera. Casi todas las sendas practicables están custodiadas por aduaneros, y los contrabandistas se ven obligados á deslizarse por lo largo de los precipicios, por donde se lanzan las gamuzas. El camino es largo, porque no basta haber escalado algunas montañas, y bajado al valle con peligro de la vida á fin de poner en seguridad el fardo, sino que además es preciso recorrer una dilatada zona de territorio, dentro de la cual todos los géneros son decomisados. Esos defraudadores son al mismo tiempo los mejores guias del viajero; generalmente hablan bien la lengua francesa y la española, y su compañía es mas agradable que la del cazador melancólico, que cuando mas sabe indicar el sitio en que ha disparado á alguna gamuza ó á algun oso.

El mejor guía que algunos años atrás podia encontrarse era Harriot Gavon que habitaba una cabaña solitaria, despues de haber sido durante largo tiempo uno de los mas osados contrabandistas. Era natural de los alrededores de Pau en el Bearn, y no pudo resolverse á entrar en el servicio de las armas porque era un apasionado cazador de gamuzas, de lobos, de zorras, y cuando se ofrecia la ocasion tambien de osos, los cuales en verdad eran de dia en dia mas escasos. Fugándose á la montaña halló asilo en una miserable aldea habitada por los infelices, vulgarmente llamados cagots, que allí no significa santurron. Al parecer desciende esa gente de los antiguos godos que conquistaron la España y reinaron en ella hasta que se terminó su dominio en tiempo de D. Rodrigo. Los cagots que en época casi reciente, habian de entrar en la iglesia por una puerta distinta de los demás habitantes, y estaban privados de toda enseñanza religiosa, no han llamado hasta dias muy modernos la atencion de los hombres filantrópicos, tienen el cabello rubio y los ojos azules, lo cual bastaria para distinguirlos de sus vecinos morenos, cuando no se diferenciasen de ellos por sus costumbres.

Harriot Gavon se aclimató fácilmente en aquel pueblo y no pensaba alejarse de él, mucho menos en cuanto se habia enamorado de la hija de un anciano, que no obstante de ser pobre tenia fama de rico y de hombre de importancia porque era tejedor, entendia un poco el oficio de sastre, y trabajaba los mejores zuecos de madera. La querida del fugitivo se llamaba Meska, traduccion del nombre de María en lengua cagota, que es de todo punto diferente del bearnés, y que conserva de su orígen escandinavo tantas cosas que no dejan dudar de su procedencia. La novia de Harriot tenia el talle delgado, no estaba falta de gracia y era una montañesa acostumbrada á guardar cabras medio silvestres. Tenia una habilidad estraordinaria para encaramarse por las rocas, de manera que ninguno de los animales confiados á su custodia podia escapársele cuando ella se habia empeñado en traerlo otra vez al rebaño. Era muy

bonita y Gavon se felicitaba á sí mismo de que su amada no hubiese nacido en Pau, en donde habria sido tenazmente disputada por uno ú otro de los emprendedores compatriotas de Bernadotte y de Enrique IV, aun que en ello les hubiese ido la vida.

Tenia Gavon una escopeta, ó mas bien una carabina francesa ya vieja con la cual cazaba. Hacia ya mucho tiempo que se le habian acabado las municiones, pero absorto en el amor por María, olvidó sus compañeros de caza, y la pasion le habia llevado á hilar pelo de cabra y á dedicarse al oficio de tejedor que ejercia su futuro suegro. Sin embargo del mucho poder que el amor tiene, aun no es bastante para desarraigar hábitos antiguos, y así fué que Gavon limpió la escopeta, y pensó que era grande lástima dejar que las gamuzas se desvergonzaran hasta el punto de atreverse á llegar á poca distancia del pueblo. Necesitaba pólvora, y como María tambien habia menester un libro de devocion, tomó la tela tejida para hacer mantas, y por montes y valles se fué á la frontera española que distaba del pueblo algunas leguas. En la Aduana en donde cualquiera podia proveerse de cuanto necesitase, le vendieron pólvora, perdigones y balines, no sin que los aduaneros se hubiesen antes asegurado de que Harriot no pertenecia al gremio de sus buenos amigos, los contrabandistas, quienes algunas veces les enviaban durante la noche por medio de sus carabinas las balas que ellos mismos les habian vendido durante el dia. Meska fué en compañía de Gavon y recibió con un gozo infantil las cintas de poco valor y un pañuelo de ocho reales que le regaló su amante en recompensa de lo que habia contribuido para que su padre permitiera que Gavon se procurase municiones.

Cuando el jóven hubo llegado al desigual camino que estaba delante de la casilla de los carabineros, soltó un grito de sorpresa, porque acababa de reconocer á un antiguo camarada de la infancia, que apoyado contra la barrera y en traje de arriero vascongado fumaba tranquilamente un cigarro. Hacia muchos años que marchó del pueblo por habérsele acusado de que cometió una muerte. ¡José! esclamó Gavon, corriendo alegre hácia él. En aquel momento habian salido á la puerta los empleados de la aduana para ver como se iba alzando un grande nubarron que encerraba en su seno uno de aquellos espantosos huracanes que en el mes de Marzo suelen ir acompañados de terribles aguaceros. José y María debieras haber dicho, esclamó aquel á quien Gavon habia dirigido la palabra, y luego señalando la nube añadió: bien será menester que invoques á la una y al otro si quieres viajar por la montaña desde luego. ¿Sois conocidos? preguntó uno de los aduaneros acercándose á ellos y dirigiendo una investigadora ojeada á Gavon y al muletero. No tal, dijo el segundo soltando una bocanada de humo de tabaco con aire y ademan de perdonavidas; y quien quiera que lo diga, miente.

Mientras tanto la tempestad se iba acercando y el forastero, Harriot y María se refugiaron en una mala casa baja en donde los muleteros solian pasar la noche y depositar los fardos, y allí dentro se sentaron sobre yerba seca. El muletero puso en un monton algunos trozos de leña medio consumidos por el fuego, encendió yesca con el eslabon, y consiguió, que la leña echara llamas mientras Gavon lo estaba contemplando en silencio. Ahora, dijo el muletero, puedes, amigo Harriot, decir todo lo que quieras: delante de los aduaneros no me gustan conversaciones, y menos todavía que se enteren de quienes son mis amigos y conocidos. Aquí estamos seguros y podemos hablar tranquilamente, contándonos nuestras vicisitudes y nuestros lances. Ahora soy otra vez tu amigo José Mercadon y estoy dispuesto á darte cuenta de todo lo que desees; pero antes dime por tu vida quien es esa linda muchacha que va en tu compañía.

A Gavon le disgustó mucho este indiscreto elogio á su querida, y mas aun porque el muletero lo acompañó con una ardiente mirada á la hermosa María. Es mi mujer, contestó Harriot lacónicamente. Todavía no, dijo la jóven, pero espero serlo muy pronto. Mercadon echó á reir, y dijo ¡Vírgen Santa! y que clarita es la niña! sus palabras dan á entender que aun puede haber otras personas que pretendan su mano. No te pongas de mal humor por esto, amigo mio, hablemos de negocios en vez de hablar de amores: toma, enciende este cigarro que es de buena mano, y como no lo has fumado mejor en tu vida, y vamos al caso. Segun supe te escapaste de Pau en forma de desertor, y segun temo estás hecho un pobre diablo, ¿no es cierto? Por lo menos, dijo Gavon en tono triste y algo ofendido de que se entablara conversacion semejante, tengo la conciencia tranquila. Deja andar, amigo de mi alma: yo quiero hablar de los medios con que cuentas. Lo que sucede en Pau no nos importa un bledo: toma, echa un trago de este escelente Madera. Harriot no pudo resistir á la invitacion que se le dirigia, y la misma jóven dejándose persuadir, bebió un traguillo y se sintió mas alegre porque nunca sus labios habian saboreado cosa tan agradable.

Por lo visto, continuó Mercadon, no tienes dinero, ni cigarros, ni vino, ni buenos vestidos para tí ni para tu querida, y quieres ir á cazar una miserable gamuza, de la cual te darán por lo mas alto doce pesetas. Vives en un pueblo miserable y te ocupas en hacer zuecos, que no creo te produzcan con que comprar sal. No tanto, dijo Gavon casi corrido, tambien trabajo de tejedor. Vaya con Dios, esclamó Mercadon riendo: eso ya entra en mis negocios con tal que tus productos puedan sostener la competencia con las sederías de Lion. Aquí quedó interrumpida la plática porque Harriot se habia levantado é ido á la puerta de la casa para observar la copiosa lluvia que estaba cayendo. Con muchísimo gusto hubiera preferido encontrarse al lado opuesto de la montaña en la casita del padre de la María. Mercadon que al principio estaba medio tendi-

do y que ahora se habia sentado de modo que podia apoyar los codos en las rodillas y estarse con la cabeza inclinada hácia adelante le dijo: Eres un muchacho muy prudente. Segun el tiempo que hace es bien seguro que los carabineros no están en acecho, pero apuesto á que darian dos mil reales para oir lo que nosotros hablamos. Harriot iba prestando atencion á las palabras del camarada. ¡Dos mil reales! dijo ¿y de qué se trata? ¿Es posible, esclamó Mercadon impaciente, que te hayas vuelto tan tonto? ¿Preguntas de que se trata? Oye: en el dia yo soy un español acreditado en el pueblo de Castañá; poseo las ocho mulas mas hermosas de cuantas hasta ahora han pisado la montaña; tengo tanto oro como yo peso, me llaman Pablo Bernardino y paso por hijo de Burgos. ¿Pero á donde vas á parar con este cuento? preguntó Harriot cuyos ojos brillaban de esperanza, porque comenzó á comprender que su compañero iba á proponerle alguna cosa capaz de variar el triste aspecto de su fortuna. Ahora verás á donde voy á parar. Quiero ponerme á cubierto del convenio de estradicion que existe entre Francia y España: seré el mejor contrabandista del mundo, con mucho gusto pondré en riesgo mi fortuna y mi persona; mas no puedo consentir en que Pablo Bernardino responda por José Mercadon y en que algun dia sea conducido á la guillotina. ¿Y qué es lo que quieres? preguntó Gavon á quien comenzaba á subírsele á la cabeza el vino que habia bebido. Quiero, contestó el otro, ganar mas dinero de lo que he ganado hasta ahora: no quiero esos reales que me dan uno á uno, lo cual es una miseria. Quiero dedicarme al contrabando, pero sin meter nunca los pies en territorio de Francia. Conozco á todos esos contrabandistas que no se atreven á defender sus fardos con riesgo de la vida: muchas veces he tenido deseos de comprar géneros y de trasportarlos yo mismo á la frontera de Francia, pero no contaba con nadie que en cambio pudiese traerme géneros franceses que se venden á muy subido precio, como son los chales de cachemira, los efectos de quincalla y otros que yo conozco. Con esos géneros es fácil arreglar un buen fardo de contrabando, de suerte que se puede llevar por valor de dos mil duros y correr por la montaña ni mas ni menos que una gamuza. Nosotros aquí solo tenemos pellejos de vino pesados como hierro, pasas, barriles de aceite, cosas de poco dinero. ¿Pero como me he de atrever á meterme en Francia corriendo el riesgo de ser cogido?. Y yo tampoco puedo, dijo Gavon, sin peligro de verme cosido á algun regimiento y llevado al África. Lo que es eso no me da cuidado, dijo Mercadon, porque tiene remedio: con quinientos francos te puedes proporcionar un sustituto. Harriot dió un salto cual si hubiese esperimentado una conmocion eléctrica, y abrazó al compañero de su infancia, diciéndole: ¿y tú me adelantarás ese dinero? ¿Y por qué no? dijo el otro. Siempre te he tenido por muchacho bueno y valiente, y estoy seguro de que hay medio de entenderse contigo.

De la conversacion de los dos amigos resultó que Mercadon, además de su propia fortuna, disponia del considerable crédito de un comerciante con quien desde mucho antes estaba en relaciones mercantiles, y que no tenia inconveniente en hacer adelantos con tal de ser partícipe en los beneficios resultantes de la compra de mercaderías francesas. Harriot debia trasportar los géneros al pueblo de su domicilio, para hacerlos pasar en compañía de Mercadon hasta España; y esto era necesario que fuese un secreto para todo el mundo menos para el padre de María. Esta jóven perdió el color oyendo la conversacion, ó por mejor decir adivinándola, puesto que no entendia bien el patuá bearnés que en la conversacion usaban. Arrojóse en los brazos de su amante y le conjuró para que no se mezclase en los negocios que el contrabandista le proponia, no sin recordarle atropelladamente el funesto paradero de algunos contrabandistas, muertos en los precipicios ó alcanzados por las balas de los carabineros. Estas alarmas de la jóven se disiparon en gran parte cuando Mercadon sacando una bolsa de cuero puso quinientos francos en oro en la temblorosa mano de Gavon.

La lluvia habia concluido y el tiempo estaba sereno, cuando la huéspeda de la casa de la aduana, mujer viejísima y completamente disecada, llegó hasta la cabaña y con voz ronca y aguardentosa preguntó si pasarian allí la noche sin comer cosa alguna, ó si querian que les llevase una porcion de carnero guisado con cebolla. Esos son todos vuestros guisotes, dijo Mercadon riéndose, y teneis la poca vergüenza de darles el nombre de olla podrida, cuando ni la sabeis hacer ni la habeis visto nunca. En todos vuestros manjares teneis la gracia de echar un maldito aceite que no sé de donde lo sacais, mientras aquí lo tenemos escelente. Mas puesto que no hay otra cosa y yo me estoy clareando de hambre venga ese carnero y le hincaremos el diente, que á buena hambre no hay pan duro. Y traed tambien para nosotros, dijo Harriot, sacando del bolsillo su última peseta. Despues de haber comido con un apetito escelente un manjar muy mal aderezado, Gavon se dispuso á marchar hácia el pueblo con María aprovechando la luz de la luna, y Mercadon le prometió acudir allí dentro de tres dias para terminar el arreglo de aquel negocio.

Presentóse segun habia prometido, y vinieron á un resultado definitivo. Harriot se habia librado del servicio pagando un sustituto y se dejaba ver en Pau desplegando la petulancia propia de las gentes de aquella comarca. Los géneros que aguardaban de Paris llegaron clandestinamente á casa de un primo de Gavon y en la inmediata noche éste con la pacotilla á las espaldas llegaba sin contratiempo al pueblo de Valduti, desde donde en compañía de Mercadon, introdujeron los géneros en España. Durante el verano continuaron esos dos hombres el mismo tráfico y Harriot quedaba asombrado al ver la cantidad de dinero que en tan corto tiempo habia juntado. Mientras tanto se habia

diferido su casamiento con María la cual aun que tuviese un carácter pacífico estaba muy disgustada de esto, y de este disgusto tenia la culpa Mercadon, aunque Harriot no habia dicho una palabra. En efecto José aseguraba que no podia continuar en sus negocios con Gavon sino mientras éste se mantuviese soltero, porque daba por cosa segura que el hombre una vez casado no era mas que la mitad de lo que fué antes para las empresas atrevidas, porque al punto le faltaban el valor y la osadía. Gavon lo escuchaba todo en silencio, porque habia resuelto romper sus relaciones con Mercadon y establecerse como ciudadano honrado en Pau y con María en el momento de tener el riñon bien cubierto.

La jóven tenia un motivo especial para insistir en la celebracion de su matrimonio, aun que callaba tambien como Gavon callaba acerca del motivo que le asistia para retardar aquel momento. Desde la tarde en que Mercadon vió á María en la casa de la aduana quedó prendado de ella, y ella habia sido la principal causa de que con tanto empeño y tanta prontitud quisiera arreglar sus relaciones mercantiles con el antiguo camarada. Durante algun tiempo pudo mantener oculta su pasion que por lo mismo se hizo mas vehemente; pero al cabo de poco tiempo espiaba las horas en que Harriot se iba á Francia para estarse en el pueblo y en la casa de María pretestando que aguardaba la vuelta de su amigo. Mercadon era buen mozo y además muy ladino y acostumbrado á tales travesuras. Comprendiendo que sufriria una derrota si directamente hablaba á María, procuró ganar la benevolencia del padre, y hacer sospechosa la fidelidad de Harriot. El padre cayó muy luego en la red porque calculaba ser mas ventajoso como yerno Mercadon hombre rico, que Gavon quien no tenia mas de lo que le proporcionaba el otro. Para lo segundo dió á entender que la antigua querida de Gavon estaba en Pau; que la razon de que este llevase tan poca prisa en efectuar el matrimonio era porque María le repugnaba, sobre todo desde que con tanta libertad podia meterse en territorio francés y ver á su primera novia. Todo esto lo supo el padre, y era posible que lo comunicara á su hija, como lo hubiera deseado el contrabandista.

Desde algun tiempo antes habia conseguido éste que María, la cual era muy ágil y robusta, llevase como él y como Gavon, un fardo de géneros, á fin de aumentar y acelerar el transporte de las sederías. Bien que los vestidos de las mujeres en los Pirineos sean cortos como en todos los paises montañosos, María se quejó desde la primera espedicion nocturna, y dijo que nunca mas se arriesgaria á encaramarse por la peligrosa senda que los dos compañeros habian elegido, por temor de que una ráfaga la arrojára al precipicio; pero Mercadon acudió al reparo dando dinero á fin de que María se procurase un vestido de hombre, de modo que no hubo motivo razonable para escusarse. Mercadon tenia un objeto misterioso para insistir en que la jóven los ausiliase en

el negocio. Estaba seguro de que nunca consentiria en darle la mano, aun cuando Gavon dejase de existir, porque María no ignoraba que él habia cometido un asesinato, y todo el oro del rico contrabandista no era suficiente á vencer su repugnancia hácia ese hombre. Así pues nunca querria ser su esposa, y era probable que mucho menos oiria proposiciones de otra naturaleza. Esperaba no obstante que si María llegase á verse fuera del abrigo del techo paterno y léjos de la proteccion de Harriot seria posible que dejase de ser inespugnable.

Combinado todo era necesario para su objeto que Harriot muriese en la montaña y que María quedára abandonada al capricho de su terrible pretendiente entre peñas solitarias, y cuando el asesino habria triunfado de la resistencia de la jóven, pensaba en medio de sus infames cálculos que no seria empresa árdua vencerla á fuerza de caricias y de amenazas, y obligarla por fin al deseado casamiento. Lanzaré á Gavon al precipicio, decia Mercadon, y nadie podrá contrariarme si aseguro que María en un arrebato de celos ha empujado á su amante, de modo que ha perdido el equilibrio y se ha ido al abismo; y esto parecerá tanto mas verosímil si añado que Gavon estaba borracho y que anteriormente habia maltratado á su querida. Veremos si la infeliz tendrá valor para contrarrestar este plan que tengo tan bien meditado.

Llegó el otoño con sus furiosos huracanes y sus horrendos aguaceros que hacian temer un diluvio. Mercadon estaba en el pueblo y hacia lo posible á fin de animar á Harriot para una nueva espedicion antes que se les echara el invierno encima. No, José, dijo Gavon, aun tenemos géneros para un viaje. Yo te los trasladaré, y dará fin mi vida de contrabandista. ¡Como! preguntó Mercadon con aire indiferente. No puedes tú solo llevar esa carga sin que María te acompañe, y si estás resuelto á dejar tu vida de contrabandista, María no querrá que vayas solo por la vez postrera. María no irá mas, contestó Gavon con aire sombrío, así lo he resuelto desde que he conocido que te gusta. Verdaderamente Harriot, dijo Mercadon riendo, muchas veces me ha ocurrido pedirte con todo honor y buena fé que me dejaras María porque no puedo acostumbrarme á las mujeres españolas. Seguramente le hubiera proporcionado en Castaña una habitacion mejor de la que tú podrás ofrecerle nunca en este pueblo, pero bien sabes que al hombre le ocurren á veces ideas estravagantes. Soy de parecer, continuó en tono resuelto, que nos marchemos al momento, porque nadie me indemnizará si mis compradores me faltasen por no haber yo acudido en el dia fijado. Lo que he prometido lo cumpliré, dijo Gavon, que casi se habia dejado apaciguar por la confesion del compañero, pero repito que no quiero mas contrabando. Mercadon le interrumpió cantando, y á poco rato se dejó caer sobre un banco y quedó sumido en una meditacion profunda.

Héme aquí solo otra vez, dijo: allá veremos. Harriot despues de pensar un poco en las hermosas monedas de oro que habia ganado por medio de Mercadon, y en su ingratitud si dejaba á su amigo de aquel modo, quiso decir á María que los acompañase, mas no la encontró en casa. Inquieto al notar su falta salió en su busca, y despues de reconocer un grande rato los montes vecinos, llamándola á gritos, finalmente la encontró en una situacion que hubo de sorprenderle mucho. Estaba sentada sobre una piedra, en otra tenia apoyado el codo derecho y descansaba el rostro en la palma de la mano. Su actitud era reflexiva y su distraccion tanta que no habia oido la voz de su amante que á gritos la llamaba. Acercósele Gavon y le dijo: ¿Qué haces María? Ha mas de una hora que te ando buscando. ¿A qué has venido aquí á tales horas? María cual si despertára de un letargo le contestó. No sé, amigo mio, me ha dado una especie de deseo de salir al campo y me he sentado en este sitio. Pero ¿en qué piensas? preguntó Gavon. Muchas cosas he pensado, dijo María, pero todas ellas se reducen á que no quiero llevar mas contrabando, ni que tú seas contrabandista. Algun dia nos costaria la vida, y luego que eso es un delito y no quiero cometerlo mas. Tienes razon, dijo Harriot, yo he resuelto lo mismo y no ha mucho rato se lo he dicho á Mercadon y está conforme: pero me ha rogado que hagamos hoy la última espedicion porque tiene comprometidos los géneros que hemos de pasar, y yo se lo he prometido. Y te guardarás muy bien de hacerlo, dijo María. No lo creas, insistió su amante: seria un ingrato si ahora no cumpliese la palabra que le tengo dada, despues de lo mucho que por su medio hemos ganado en poco tiempo. Hagamos el último viaje, y mañana ya no seremos contrabandistas. Yo no voy, te repito, dijo María: tengo un terrible presentimiento de que nos ha de suceder una desgracia. No seas tonta, continuó Harriot: eso son necedades, la soledad te ha traido esas cosas á la cabeza, levántate, vamos á casa, vístete y al avío. No te burles de mi presentimiento, Gavon, no vayamos. No hay remedio, insistió el mancebo, mi palabra está dada, vamos. Pues tú lo quieres, dijo María despues de vacilar un rato, vamos; pero acuérdate de mis presentimientos y quiera el cielo que no los veas realizados. Los hombres os burlais de todo, y muchas veces os librariais de grandes males si dieseis crédito á las mujeres.

Levantóse María, siguió á Gavon, fueron á su casa y sin oponer ninguna resistencia, la jóven se vistió de hombre y se encasquetó el sombrero hasta los ojos. Partamos al momento, dijo Gavon: aun podemos pasar el torrente que está antes de la cabaña del abuelo Evans. Nuestros personajes tomaron cada uno su carga, armáronse con sus garrotes de montañés, y fueron subiendo por entre los abetos hasta que el camino se hizo mas áspero y penoso. Los torrentes inundaban aquellos lugares que en tiempo normal podian pasarse á pié enjuto, é indicaban á los viajeros los peligros que encontrarian mas ade-

lante. Volvámonos, dijo Gavon; porque si aquí hallamos agua, el lago se habrá desbordado, y nos obligará á un salto muy peligroso que ni una gamuza se atreveria á darlo. Sí, retrocedamos, dijo María: no en vano te aconsejaba yo que no saliéramos esta noche. Adelante, gritó Mercadon: cuando no podamos pasar bien lo verémos nosotros mismos.

La montaña se iba haciendo mas escarpada, por lo largo de las rocas se estrechaban cada vez mas las sendas, de modo que con trabajo podian conservar el equilibrio y sostenerse contra la violencia del viento, mientras que en el abismo el torrente bramaba con un ruido espantoso. La senda acabó por ser tan angosta que era indispensable agarrarse á las peñas; pero finalmente llegaron á una meseta, desde la cual la bajada era peligrosa. María iba delante, seguia Gàvon y detrás el compañero. La hermosa contrabandista estando ya en el lugar peligroso se detuvo vacilando. Esto puede darte un vértigo, dijo Gavon: volvamos atrás, pero María no tuvo tiempo de oirle, porque alzando su corazon á Dios se lanzó como una flecha por encima del precipicio que tenia mas de mil pies de profundidad. Allí se detuvo un instante para bajarse y descender por el talús, y luego hizo alto para tomar aliento. Gavon la siguió, mientras ella observaba atentamente todos los pasos. Adelantóse el jóven, pero en el mismo instante Mercadon le empujó con el garrote que en la mano llevaba, de suerte que Gavon se cayó y rodando fué á parar al lado de María, la cual tuvo la necesaria presencia de espíritu para detenerlo, agarrándolo fuertemente por la punta del paquete que llevaba atado á la espalda. En el mismo punto se lanzó Mercadon gritando: Abajo, abajo. María ha de ser de uno de los dos. Pero ya María se habia alzado y tenia en la mano el garrote con el cual en el acto en que Mercadon se lanzaba le tocó en el costado y el asesino rodó entre las peñas hácia el abismo. A fuer de hombre muy diestro y esperimentado supo asirse á las piedras salientes, porque tuvo la fortuna de que al caer dió de espaldas de manera que el fardo amortiguó el golpe. Quedóse en aquella situacion horrible y comprendió que las fuerzas iban á faltarle y que entonces no tendria mas remedio que dejarse caer al precipicio. En tan angustioso trance pedia socorro é imploraba la compasion de su camarada, confesando su delito y manifestándose arrepentido. Jesús, María, José, gritaba el desdichado, las fuerzas me abandonan, desatad los chales de cachemira, aprisa.

Gavon deshizo el fardo y trenzó aquellos hermosos chales destinados á cubrir las espaldas de las señoras españolas. La cuerda formada de este modo era mas larga de lo que se necesitaba: pero la tempestad la movia como remueve la jarcia de un buque en medio de los mares: y cuando Gavon despues de inútiles tentativas para acercarla al desventurado, la izaba á fin de ponerle un peso, dirigirla á pesar del viento y ponerla al alcance de Mercadon, este in-

feliz se desprendió de la roca á que estaba agarrado y rodó hácia las profundidades de la niebla que llenaba aquel abismo. En vano Gavon aplicó el oido y detuvo la respiracion á fin de oir el ruido de la caida de su compañero: no pudo percibir cosa alguna.

Los dos amantes consternados y aterrorizados se mantenian cogidos por las manos. Ya te lo decia, esclamó la jóven: no has querido creerme, ahí tienes realizado mi presentimiento, y demos gracias á Dios porque no has sido tú la víctima. Procuremos salir de aquí si es que podemos. No era posible volver atrás sin esponerse á peligros incalculables aunque hubieran tirado la carga, por lo cual resolvieron continuar bajando hasta llegar á la quesera del ciervo. Asomaba el alba cuando oyeron el estruendo de una cascada inmediata. El lago está desbordado, dijo Gavon deteniéndose para respirar un instante: y estamos perdidos si no podemos atravesar el torrente, porque antes de dos horas el agua nos habrá cortado la retirada. ¿Y entonces que haremos, María? No es posible, dijo la jóven que nos sostengamos aquí mas de uno ó dos dias. ¿Será forzoso que perezcamos en nuestra espedicion postrera? ¿Seremos castigados por habernos librado de un asesino? Valor y adelante: ahora ya se ha verificado mi presentimiento; confio en Dios y no tengo miedo.

Bajando al momento con toda la celeridad posible llegaron á un pequeño lago circuido de rocas, y por el lado del cual pasaba aquel angosto camino. Las aguas saltaban del lago para arrojarse al torrente con un estruendo espantable. Gavon observó que el agua del lago se habia aumentado en el corto rato que ellos la estaban contemplando, lo cual hacia necesario pasar pronto. Cogió la cuerda de cachemira, hecha con un objeto bien distinto y cruzándosela por el cuerpo se adelantó mientras que la jóven la tenia cogida por el otro estremo hasta una roca que salia á flor de agua del estremo de la cascada. Desde ese punto á la tierra firme quedaban pocos pasos. Cuando ya estuvo en seguridad, María cruzó por su cuerpo el estremo de la cuerda que conservaba: mas como sus fuerzas no eran bastantes para resistir el impulso del agua, los pies resbalaron por el suelo y rodó hácia la rápida pendiente del agua y se sumergió un momento; pero la cuerda era muy fuerte, María pudo poner el pié en la punta de una roca y Gavon aun que con grande trabajo y empleando todas sus fuerzas logró atraer hácia él á su querida. Estaban salvados, pero tan molidos que se cayeron de fatiga al estar en la quesera del pastor.

Al dia siguiente y haciendo un largo rodeo llegaron sin novedad á su pueblo, y el primer cuidado de Gavon fué buscar el destrozado cuerpo de su camarada y enterrarlo. Casado á poco tiempo con María, dejó la peligrosa ocupacion de contrabandista, y segun hemos dicho en el comienzo de este relato fué uno de los mejores guías que un forastero podia hallar en los Pirineos.



LA VISITA.

(CUADRO DE GERARDO TERBURG.)

Hacia poco tiempo que el maestro Gerardo Terburg estaba en Westphalia é instalado en Munster, en un palacio tan suntuoso como los que habitaban los embajadores de las principales potencias de Europa. Pocas semanas antes habia llegado de Roma. Con su completo traje de terciopelo negro, tenia una apostura imponente, que hacian mas notable los elegantes y distinguidos modales que aprendió en Italia. Contaba sobre unos treinta y cinco años, su talla era esbelta y bien proporcionada, tenia el cabello oscuro y rizado, y su fisonomía era tan delicada como propia de un hombre de talento.

Los cuadros de este artista tenian ya reputacion muy grande; mas aun no representaban aquellas encantadoras escenas de conversacion que pintó mas adelante en Deventer, sino que por entonces debia toda su gloria á los retratos. Cierto que cada uno de estos formaba un cuadro de género, cuyos accesorios eran perfectamente escogidos, y pintados con tanto esmero como las partes principales. Los retratos respiraban la elegancia natural en el pintor: la verdad de la copia se enlazaba en ellos con toda la belleza de una ejecucion artística, sin perjudicar á la semejanza material y característica. Por lo mismo no es de estrañar que á los magnates que negociaban la famosa paz de 1648 y á las personas de sus familias les diera una verdadera pasion de ser retratados por el famoso artista. Desde aquel momento exigió por sus cuadros precios exorbitantes que le permitieron desplegar un lujo de príncipe y sostenerse en la brillante sociedad de Osnabruch y de Munster.

Aquí, cual en todas partes le habia sucedido, Terburg fué muy luego el favorito de las damas. Aunque se manifestó mas reservado de lo que despues lo



LA VISITA.

(CUADRO DE GERARDO TERBURG.)

Hacia poco tiempo que el maestro Gerardo Terburg residia en Westphalia é [illegible] en Munster, en un palacio tan suntuoso como los que habitaban los [illegible] de los principales [illegible] de Europa. [illegible] ha-bia llegado de Roma. Con su completo traje de terciopelo negro, y con una [illegible], que hacian mas [illegible] sus elegantes y distinguidos mo-dales [illegible] en Italia. Contaba entonces unos treinta y cinco años, su talla [illegible] bien proporcionada, tenia el cabello oscuro y rizado, y su fisono-mía [illegible] de un hombre de talento.

[illegible] una reputacion muy grande, pero aun no [illegible] número de composiciones que pintó mas [illegible], dicen que [illegible] á los retra-tos [illegible] uno de estos formados en cuadros de género, cuyos acceso-rios [illegible] escogidos, y [illegible] con tanto esmero como las partes principales [illegible] la elegancia natural en el pintor la verdad de la [illegible] en ellos con toda la belleza de una ejecucion artística, sin perjuicio de la semejanza natural y característica. Por lo mismo no es de extrañar que [illegible] que negociaron la famosa paz de 1648 y á las personas de su [illegible] diera una verdadera pasion de ser retratados por el famoso artista. Desde aquel momento [illegible] por sus cuadros precios exorbi-tantes que le permitieron desplegar un lujo de príncipe y sostenerse en la bri-llante sociedad de [illegible] y de Munster.

Aquí, como en todas partes le habia sucedido, Terburg fué muy luego el fa-vorito de las damas. Aunque [illegible] mas reservado de lo que despues lo



GERHARD TERBURG pinx^t Dem Gallerie des Königl. Museums in Berlin

La Visite.

The Visit. *Der Besuch*



hizo en Madrid, de donde hubo de escaparse á consecuencia de una aventura galante, no por esto dejó de llamar contra sí el resentimiento de muchos rivales agraviados ó vencidos. La estancia de esos notables personajes en Munster habia llevado allí un crecido número de cantores, actores y bailarines, que no contribuian poco á mantener el tono frívolo que habia introducido la presencia de los caballeros italianos y franceses, mientras que en Osnabruck, en donde estaban reunidos los embajadores de Suecia y de los Estados del Imperio, los modales eran graves y severos. Los señores que de tan distintos puntos habian acudido causaban bastantes escándalos con las mujeres de teatro, mucho mas cuando los ciudadanos de Munster hacian uso de grandes cerrojos á fin de poner á sus hijas al abrigo de la seduccion. La mas notable de esas compañías ambulantes era sin contradiccion la que habia llevado Contarini Contanero, embajador de la orgullosa Venecia. Componíanla cantores y bailarines de reputacion general y distinguida, y el principal personaje de esa compañía que era la italiana Alejandra Faletti, tiple y al mismo tiempo primera bailarina, sacaba grande partido de su habilidad y de su belleza, aunque habia cumplido ya veinte y cinco años.

Llegada apenas á Munster esa artista fué á casa de Terburg para que el célebre pintor la retratase, con lo cual hizo una escelente especulacion, porque apenas el retrato estuvo espuesto en la tienda de un tratante en cuadros cuando nadie hablaba sino de la signora Alejandra, y todos querian oirla cantar y aplaudir su talento coreográfico. La cantatriz no deseaba conquistar otro corazon que el del pintor, inducida á ello por un motivo de interés, pues queria inspirarle amor para arrancarle la promesa de no retratar á ninguna de sus rivales. El artista que era de suyo muy interesado, se hizo de rogar mucho tiempo; y al fin consintió contra su voluntad. La hermosa zorra habia causado impresion en el ánimo de Terburg, lo cual fué un grande triunfo, porque era para el pintor una cosa harto comun verse adorado por las mujeres mas hermosas.

La pobre Alejandra que muchas veces habia jugado impunemente con el amor acabó por caer en las redes preparadas para el artista. Amó apasionadamente al hermoso pintor que le correspondia con tibieza, y se hizo sorda é insensible á las atenciones y á los obsequios que le prodigaban los mas poderosos magnates. Uno de ellos que era el conde de Avaux, favorito de Mazzarini, y agregado á la legacion francesa, se distinguia de los demás por sus continuos obsequios. El conde tenia algunos años mas que Terburg, pero era de talla mas elevada y de catadura mas imponente, y lucia un tren magnífico, de suerte que en lujo eclipsaba á los mismos duques de Dunois y de Longueville. Jamás Alejandra habia visto cosa mas hermosa que el collar de perlas que le envió el conde junto con una carta en la cual le juraba que el amor le

habia hecho su esclavo, y que estaba dispuesto á pisotear su escudo de armas y su corona condal para dar la mano á la señora Faletti, si queria consentir en ello: pero sin embargo de que las perlas la deslumbraron devolvió el regalo sin respuesta ninguna.

En la noche de aquel mismo dia el conde entró en la casa de la italiana, quien juzgaba que tanto la casa como su aposento estaban muy bien cerrados. Vestida con traje de noche, con la magnífica cabellera de color castaño flotante sobre sus espaldas y rozando con las rodillas, estaba sentada en un canapé; tenia las manos cruzadas, y sus lindos piés, medio ocultos bajo los pliegues del vestido de seda, descansaban encima de un taburete. Estaba reclinada hácia adelante, y tenia los ojos negros clavados en el retrato que Telburg habia pintado. Es obra suya, decia, hablando consigo misma, en él ha prodigado su arte y su talento. ¡Cuán hermoso es este retrato! ¿Por qué no habia de ser el suyo?

En aquel momento penetró en el cuarto el conde de Avaux: la jóven se levantó sobresaltada y llamó á los criados. Hermosa señora, dijo Avaux inclinándose, no os tomeis ese trabajo, porque Guillelma mas misericordiosa que vos me ha dejado entrar y no acudirá á vuestro llamamiento. Por esto creo que nadie me interrumpirá y voy á tener con vos esta conversacion de la cual depende mi vida. Alejandra, incapaz de hablar, hizo un gesto de indignacion. ¿No quereis responderme? Haced lo que gusteis, pero es forzoso que me oigais hasta que termine. Comprendo, señora, que vuestro objeto es alarmar la casa y la vecindad; mas nada me importa porque en este momento estais en mi poder, os ruego que lo tengais presente y no os empeñeis en guardar tan tenaz silencio. Alejandra continuó callando obstinadamente. El rostro del conde se asombró, y á duras penas reprimió un movimiento de indignacion y de violencia.

¿No es una locura, señora, preguntó al fin, que desprecieis la fortuna que os ofrezco? ¿Yo mismo no soy un insensato al irritarme contra vuestra obstinacion? ¿Qué exigireis del hombre á quien quereis conceder vuestra hermosa mano? No es regular que le pidais juventud, porque seguramente no tendreis el empeño de encontraros en la flor de la edad. No os enojeis, Alejandra, os lo ruego encarecidamente. Yo he visto ya muchas primaveras, pero estoy en toda la plenitud de mis fuerzas, y quizás tengo mas vigor que ninguno de vuestros jóvenes amigos. ¿Exigís talento y educacion? ¿Exigís una buena posicion social? No ignorais que el duque de Dunois, sin embargo de ser un príncipe de la sangre, no puede eclipsar al conde de Avaux; aquí y en Paris mientras no se presente Mazzarini, el conde de Avaux será el primero de todos los representantes de Europa.

El conde habia erguido la cabeza como un vencedor orgulloso, y tendió

la mano á la veneciana : pero Alejandra rechazándola con un gesto se levantó indignada.

Vuestra increible vanidad, dijo al conde, no os dá derecho para maltratar á una estranjera : os fundais en vuestra omnipotencia en Múnster para presentaros clandestinamente en el cuarto de una mujer que nunca ni por asomo os ha concedido preferencia alguna que pueda justificar vuestra audacia. Y al fin ¿quién sois? Sois el último de la noble asamblea que va á decidir la paz. Digo mal el último : no hay un page que fuese capaz de conducirse como vos lo habeis hecho. Callad, callad, gritó Avaux irritado y sorprendido. No, no, continuó la italiana, debo y quiero contestaros. Vos os calificais del mas distinguido entre los embajadores : pues bien, sabed vos, conde de Avaux, que los sesenta y nueve diplomáticos de nuestra época estarán agrupados en un grande cuadro que conservará su celebridad cuando los siglos habrán borrado los nombres de los personajes. Terburg es quien pinta ese cuadro. ¡Terburg! dijo el conde. Sí, Terburg, contestó la cantatriz; y para que no ignoreis cuán léjos están los demás de participar de la opinion en que os teneis vos mismo, sabed que el pintor no ha juzgado dignos de ocupar un puesto en el cuadro ni á vos, ni al señor de Servin, ni al conde Lamberg, ni al veneciano Cantareno. El conde quedó consternado, tanto mas cuanto hubo de acordarse de que Terburg habia encontrado escusas siempre que Avaux le pidió que lo retratara. ¿Y cómo sabeis vos, preguntó á la italiana, cuales son los que Terburg no quiere pintar en su cuadro? ¿Preguntais cómo lo sé, esclamó Alejandra? ¿Por quién he de saberlo sino por el mismo artista? Entonces, esclamó el conde, vos teneis con ese falso é hipócrita holandés relaciones que yo no habia siquiera sospechado. Alejandra se rió irónicamente y dijo en seguida: Segun eso sois en Munster el único para quien es un secreto que Terburg se ha declarado el amante de Alejandra Faletti. Vuestra ignorancia, señor conde, me causa compasion.

Avaux se quedó anonadado, en términos de perder su presencia de espíritu y de no ser capaz de decir una palabra : mas volviendo en sí y reflexionando un momento esclamó. ¡Terburg! y apretó los dientes y requirió la espada. Sin añadir una palabra y abriendo la puerta, desapareció despues de haber saludado friamente á la triunfante italiana, quien le volvió la espalda.

Cuando el conde estuvo en la calle fué recobrando la calma, y se dijo á sí mismo : he estado muy poco feliz : esa italiana era mia, podia hablarle como dueño, y nadie la hubiera librado de mis manos. Y de repente volvió á la casa de la cantatriz, pero esta vez la puerta estaba muy sólidamente cerrada. Entonces, dijo el francés irritado, lo mas sencillo es ir á encontrar á Terburg. Llegado á la casa del pintor se puso á llamar con toda su fuerza, y aunque oia ruido dentro, nadie se daba prisa para venir á abrirle : al fin oyó que al-

guno se acercaba á paso lento. Cuando no se sabe si el amo está ó no en casa, dijo una voz clara, no es regular que se llame con tanto ruido. Supongo que quereis hablar con Gerardo Terburg. ¿Qué se os ofrece? Soy Hipólito, conde de Avaux, dijo el francés que comenzaba á comprender el ridículo papel que el amante despreciado iba á representar delante del amante dichoso. ¡El conde de Avaux! esclamó Terburg inclinándose respetuosamente. ¿Y sin duda no sabeis porque deseo hablaros en hora tan adelantada? continuó el conde con arrogancia. ¡Yo, señor conde! dijo el artista en tono modesto, ¿como quereis que lo sepa? Vuestros pensamientos son demasiado sublimes, para que un modesto pintor pueda adivinar lo que pasa por vuestra noble cabeza. Está bien, caballero, dijo el conde. Parece que tratais de ponerme en ridículo y esto puede costaros muy caro. Sé que estais retratando á los embajadores, y desearia saber porqué escluís de entre ellos al conde de Avaux, embajador de S. M. cristianísima el rey de Francia. Terburg soltando una carcajada, contestó. Comenzais, caballero, por pedirme que no os ponga en ridículo, y al cabo de un momento, y Dios sabe en qué tono, exigís de mí que os ridiculice de veras colocando vuestro retrato entre los retratos de los mas célebres hombres de Estado de nuestros tiempos. Esto, señor conde, es una contradiccion muy singular. El conde furioso puso la mano en la guarnicion de la espada. Dejad tranquilo vuestro asador, amigo mio, esclamó Terburg con voz fuerte, porque de otro modo tendreis que habéroslas con un adversario que no guardará la menor consideracion á vuestras aristocráticas costillas. Bueno, bueno, murmuró el conde, pero advertid, caballero pintor, que sabré vengarme y no os quepa de ello la menor duda. Dichas estas palabras se retiró bruscamente, tomando el camino de la embajada, en donde se echó á discurrir acerca del modo como pondria en ejecucion la venganza que meditaba. Esperó á la mañana siguiente, y cuando ya habian trascurrido muchas horas de ella, cual si de pronto hubiera tomado una resolucion, llamó al subteniente de los cincuenta mosqueteros que habian escoltado la embajada desde Paris á Munster. ¡Gallois! gritó con voz de trueno, y al momento vino un oficial cuando tambien acudia el duque de Dunois. ¿Qué significan esos gritos, señor conde? preguntó el duque. Permítame Vuestra Alteza una palabra, dijo el conde, y á renglon seguido refirió la aventura con la cual hubo de reirse muchísimo el duque, quien se marchó diciendo. Eso son negocios personales, en que nada tiene que ver la Francia. Si necesitais un segundo, amigo mio, acordaos de Servien y de mí, pues uno y otro sabemos manejar la espada.

A pesar de la poca importancia que el duque dió al asunto, el conde no quiso renunciar á su proyecto, sino que dirigiéndose al cuerpo de guardia en que ardia un fuego infernal, dijo: Gallois, haced venir inmediatamente diez hombres, y les dareis órden de que prendan al pintor Gerardo Terburg. Ha

ofendido á la embajada real y dará satisfaccion á menos que prefiera ser trasladado á Paris y metido en la Bastilla.

Gallois sacó de la faltriquera su tintero de asta, y un estuche de cuero que contenia una pluma. Despues de haberse hecho repetir la órden comenzó á escribir. Ese trabajo debió de serle al guerrero muy penoso porque en el tiempo de hacerlo rompió una pipa de barro y malbarató otra. Aun no habia terminado esa fatigosa tarea cuando entró en la sala un trompeta de la hermosa caballería del Franco-Condado, cuyo aire suelto y cuya sonrisa fisgona indicaban á las claras su humor burlon y su carácter apicarado. Aquí estoy á vuestras órdenes, dijo presentándose al subteniente. Lleva esta carta, le mandó éste, al comandante del escuadron, y díle que la queme despues de leida, y que ejecute la órden que contiene. Encárgale que con el menor escándalo posible traiga acá al pintor Terburg. No bien acababa de pronunciar estas palabras cuando se presentó Terburg en persona. Los dos soldados se miraron sorprendidos, pero á Gallois le costó volver en su acuerdo mas que al trompeta que fué corriendo á dar aviso al conde.

Vino éste apresuradamente y se encontró cara á cara con su odiado rival: y ambos entraron en el gabinete del conde. Señor conde, dijo el pintor, vengo á pediros satisfaccion por el modo poco atento con que habeis tratado á una señora. Perfectamente, caballero, contestó el francés: hablais sin duda de Alejandra Faletti. ¿Pero creeis de veras que un gentil-hombre haya podido tener intencion de ofender á una dama? Terburg no aguardaba semejante respuesta, y no sabiendo que pensar de ella miró al conde con aire de sorpresa. ¡Qué quereis! continuó Avaux sonriéndose: nunca habia hecho de vuestra persona un exámen tan minucioso como ahora, y en virtud de él me parece que no puede vituperarse á esa señora que haya preferido el pintor al conde. Por lo demás yo no quiero que ignoreis que no es el amor quien me llevó á casa de esa obstinada italiana, puesto que mi objeto era pedirle noticias acerca de una afrenta que vos teneis ánimo de hacerme. ¡Yo! preguntó Terburg. Sí, vos, prosiguió el conde, y sino decidme ¿porqué quereis escluir al conde de Avaux del gran cuadro en que pintais á todos los diplomáticos que intervienen en el compromiso de Munster? Alejandra dice que lo haceis á instancias suyas, y sabiendo yo esto, creo que estaba en mi derecho preguntándole el motivo de semejante empeño. Ella se obstinó en no recibirme, y al fin perdida la paciencia he conseguido abrirme la puerta con una llave de oro. Alejandra en vez de escusarse se ha zumbado todavía acerca de la afrenta que ibais á eternizar por medio de vuestros pinceles. ¿Creeis, caballero, que sea una bagatela buscar inútilmente dentro de cien años al conde de Avaux entre los personajes de vuestro cuadro? Y diciendo esto se sentó con mucha gravedad en la poltrona. Al mismo tiempo habló con tal indiferencia de esa misma Alejandra, que le habia inspirado una pasion

tan violenta, que Terburg, que se preciaba de buen fisonomista, se engañó y creyó de buena fé las astutas palabras del conde. ¿Segun lo que decís no teneis intencion de incomodar en adelante á la señora Feletti? preguntó Terburg, que á fuer de vanidoso se habia calmado en el punto en que el conde aseguró que al cabo de cien años se admirarian sus cuadros como monumentos históricos. Esa señora tendrá que sufrirme en Munster, dijo el conde con ironía, porque aquí me ha enviado el rey de Francia, y no creo que piense mudar de parecer para dar gusto á una princesa de teatro. Pero dejando eso á un lado, mi ánimo es que seamos amigos. ¡Ola, Gallois!

El oficial entró, y el conde le dijo. ¿Teneis aun la órden para el coronel Maraux? El preguntado sacó la carta de la faltriquera, y á una señal del conde, la presentó al artista, quien al verla se quedó turbado. Sí, sí, dijo el conde, os habria hecho prender, y os juro que lo ejecutaré si os resistís á mis deseos; los Estados generales dirán luego lo que quieran. Terburg estuvo un momento indeciso; pero su vanidad le hizo comprender que ese negocio no podia redundar sino en gloria suya. Supongo, dijo Avaux presentando la caja de rapé al pintor, que colocareis mi retrato en primer término. Los dos adversarios se miraron un momento el uno al otro: Terburg no pudo reprimir una ligera sonrisa: el conde se esforzó en mirar con aire grave; pero de repente soltó una carcajada y tendió la mano al pintor; ¿somos amigos? Sí, dijo el artista: pero no me hareis encerrar en la Bastilla. ¡Dios me libre! esclamó el conde ¿Y mi retrato? Venid mañana á elegir el lugar que mas os agrade en el cuadro. A propósito, dijo Avaux: ya veis que comienzo á tener bigote porque quiero entrar en el ejército dentro de un año: espero que me lo pondreis un poco mas poblado. Terburg echó á reir á su vez, y los dos se separaron siendo los mejores amigos del mundo.

Al salir Terburg vió dos soldados en la sala de guardia y les dijo: amigos mios, parece que habeis estado muy cerca de hacerme un gran servicio, y así os ruego que me permitais manifestaros mi agradecimiento; y al decir esto tiró dos ducados encima de la mesa. Los soldados se deshicieron en demostraciones de gratitud, pero Terburg añadió: Yo soy un poco interesado, y nunca doy cosa alguna de valde. Caballero oficial, tened la bondad de sentaros otra vez, y vos, amigo trompeta, cruzad los brazos y colocaos como estábais cuando he llegado. En media hora el pintor, aunque interrumpido muchas veces por el conde, terminó el boceto de un hermosísimo cuadro de género.

Concluido este trabajo y puesto ya de acuerdo con el conde, segun hemos visto, dirigióse durante la velada á casa de Alejandra, para darle cuenta del resultado de su entrevista con Avaux, porque bien ha comprendido el lector que la Feletti le habia referido el lance con el conde, y que en consecuencia de esto tuvo lugar la escena que hemos descrito. Al llegar á la casa de su queri-

da se le ofreció otra ocasion de hacer un buen cuadro, que es el que tenemos á la vista. Alejandra estaba en pié aguardando á que apurara el líquido de una copa una señora sentada en mitad de su cuarto, cual si la misma Alejandra quisiera recojer la copa para evitarle la molestia de levantarse. Esa señorita era una cantatriz de la misma compañía, la cual tuvo la desgracia de ponerse enferma desde el momento de entrar en Munster, y no pudo cantar en el teatro, ni llamar la atencion de ninguno de los caballeros, á cuyas galanterías parecian tener las mujeres de teatro derecho incontestable. Era Alejandra su verdadera amiga y pasaba en su casa, como su único asilo, el dia entero y la velada y aun á veces la noche, de modo que fué casual que el conde no la encontrase en ella en la noche de su atrevida entrada, en cuyo caso quizás no hubiera tenido lugar ninguno de los sucesos que hemos relatado. Terciaba con Alejandra y con Laura en la visita que encontró el pintor un hombre cuyo retrato diferentes veces habia querido sacar el artista, y que ahora se le hizo mas interesante porque en la situacion en que se encontraba ofrecia asunto para un cuadro de género, que eran los mas de su gusto. Nadie se mueva, dijo al penetrar en el cuarto: quiero hacer un boceto para pintar un cuadro, y necesito que los tres esteis quietos media hora. Quedáronse cual el pintor los habia sorprendido y Terburg cumplió su palabra, pues media hora le bastó para su objeto. El hombre que en el cuadro figura era un oficial del ejército de Westphalia, pero que tenia todas las circunstancias necesarias para un buen padre de familia y un buen marido, pero ninguna para militar. Habíase acostumbrado al trato de las mujeres de teatro, y no seguramente para enamorarlas y menos para seducirlas, sino para complacerlas, acompañarlas á todas partes, y desempeñar cerca de ellas el papel de mayordomo, de criado, de amigo, de padre, de lo que quisieran, menos el de amante. Ese hombre estaba pegado á la casa de Alejandra como una ostra á la roca, y por las noches era menester despedirle para que se fuera. Terburg á quien molestaba semejante mueble por lo importuno y sin sustancia, lo fastidiaba en cuantas ocasiones podia y le habia propuesto hacerle el retrato, para tenerlo clavado en una silla un mes entero. Pero ese buen varon no lo quiso nunca, y ahora consintió en ello viendo que iba á figurar en el cuadro con Alejandra y Laura. La veneciana no quiso que su rostro estuviera en el mismo cuadro que el de ese moscon incómodo, y en el momento que vió que Terburg iba á tomar su perfil, se volvió de espaldas, pero en esta posicion le pareció á su amante mas bella y sin decir una palabra la copió cual estaba.

Aun antes de rematar el boceto, la cantatriz recibió de manos de un criado del conde aquel mismo collar de perlas de que ya tenemos hablado, con una carta que decia de esta manera:

Terburg hará mi retrato, y como es probable que el precio de su trabajo vaya á parar á vuestra caja, tomaré el camino mas corto enviándoos á vos misma los honorarios.

El conde de Avaux.

Ese billete no hizo sino aumentar el ódio que la Faletti habia jurado al francés, á quien fué devuelto junto con el collar, que ya llevaba hecho otro viaje de la misma naturaleza.

El cuadro de la visita está en el Museo de Berlin, el magnífico que representa á los diplomáticos de Munster, entre los cuales ocupa un lugar muy distinguido el retrato de Avaux, adorna la galería del príncipe de Demidoff en San Petersburgo.

24



C.W.E. DIETRICH pinxt. Gem. Gallerie des Königl. Museums in Berlin. A.H. PAYNE sc.

Cascade de Tivoli.

Water fall at Tivoli. Der Wasserfall zu Tivoli.

PAISAJE.



PAISAJE.

(CUADRO DE SALVATOR ROSA.)

Si alguna vez, lector amigo, has tenido conversaciones con hombres que hayan viajado y conserven recuerdos de sus viajes, por fuerza les has oido ponderar los paisajes que vieron, y por mal de nuestros pecados observarás siempre que encarecen sobre los nuestros los paisajes de otras naciones. Entre ellos tiene el privilegio de merecer magníficas apologías la Suiza. Sus altísimas montañas, los profundos abismos que son sus valles, las enormes cortaduras de peñascos que se observan en todas partes, el agradable ambiente que durante el estío se respira en esos sitios, la frondosidad admirable en muchos puntos, las ricas, frias y cristalinas fuentes que murmuran en todas partes, la grandeza, la magnificencia y la inmensidad que en los Alpes sorprenden y embargan el ánimo del viajero bien valen la pena de que se hagan las sorprendentes descripciones que leemos en cien libros, y que escuchamos de boca de los que han trepado por esas cumbres gigantescas. No lo niego, eso no puede verse sin sorpresa, sin levantar el espíritu hácia Dios, sin sobrecogerse uno al contemplar esa magnitud, en cuya comparacion reunidas todas las ciudades que uno ha visto no son nada, los mas soberbios palacios no pasan de una miserable choza, todas las obras del hombre de un raquítico ensayo. Es muy cierto : aquello es un mundo nuevo, pero inconmesurable, que al parecer no se acaba nunca, porque tras una cumbre, hay otra, tras una cordillera otra tambiem, y luego otra, y otras mas altas, y se pregunta uno que direccion siguen los Alpes, y por dónde está el camino para ir y salir de ellos. Una tempestad en

los Alpes verdaderamente estremece, el mundo retiembla y parece que el firmamento se viene abajo y que la tierra se ha de hundir en los abismos; el viento dijérase que ha de arrancar de cuajo aquellos mundos de rocas, y la lluvia que los azota y que formando arroyos se precipita por entre árboles seculares y peñascos teme uno que ha de dejar anegado el universo. Allí todo es grande, asombroso, inmenso. El alma no goza, se sobrecoje, se espanta, y los treinta mil africanos que perecieron en esas alturas de entre los sesenta mil que acaudillaba Anibal, hubieron de ser víctimas de las fatigas y de los rigores de la atmósfera, pero es imposible que en su muerte no entrara por mucho el estupor de hallarse en ese mundo gigante que nadie antes que ellos habia pisado. Al verse entre esos montes, en medio de esa naturaleza agreste y feroz, ellos acostumbrados á las llanuras y á los arenales de su patria hubieron de pensar que era un horrible sacrilegio asaltar esos muros que tocar al cielo, y que los dioses sin duda habian levantado para detener la osada planta del hombre.

Al pasarlos Napoleon con su ejército perecieron muchos soldados, no obstante de hallar ya el camino abierto, y tambien esos guerreros temblaron al encontrarse encima del mundo, y tocando con la region de las nieves perpetuas en donde la vida del hombre acaba sin remedio. Fué muy feliz la idea del artista que al representar al emperador pasando los Alpes lo figura montado en su fogoso caballo y arrojando rayos, porque parece que es preciso tener el poder de quien los lanza para espugnar esas eminencias que solo pudo criar quien tiene en sus manos los rayos y los truenos que hacen bambolear el universo.

Así pues los Alpes son un paisaje maravilloso que con razon asombra al viajero, y que inspira entusiastas descripciones, reputadas cual delirios por quien no ha visto ese mundo. Pero ¿ofrecen los Alpes los únicos paisajes del universo capaces de dispertar el entusiasmo? No por cierto: echad una ojeada á los Apeninos, y tambien allí quedareis asombrados al ver su magnitud, su elevacion, su color oscuro, sus árboles centenarios, sus valles profundos, sus cimas cubiertas de nieve; tambien en ellos rugen furiosas las tempestades, y los huracanes barren el suelo con espantable furia, y los truenos hacen retemblar la tierra: allí está el Vesubio que hace miles de años que arroja mares de fuego, que ha sepultado en una sola noche ciudades enteras y un dilatado territorio cubriéndolo todo con una profundísima capa de lava, que muge de contínuo y de tiempo en tiempo arroja bramidos que estremecen, que durante las noches ilumina la campiña de Nápoles, que cual liviana tabla sobre las aguas conmueve y hace bambolear un reino entero y una vasta superficie del Mediterráneo.

Venid á España y os encontrareis con esa altanera muralla de los Pirineos,

con su color oscuro, sus vetustos árboles que han visto pasar muchas generaciones, sus horrendas gargantas, sus elevadas cimas, sus anchos y profundísimos valles, y sus peñascos inmensos, que á impulsos quizás de un terremoto, quizás de horribles tempestades rodaron desde las cumbres para amontonarse en la base, cual si fueran restos de los materiales empleados en la creacion de esos montes. Tambien sus picos se cubren de nieve, y atraviesan sus angostas sendas carnívoras fieras que rugen hambrientas en las crudas noches del erizado invierno. Los silbidos de las tempestades y el bramar de los huracanes tambien allí turban el silencio de esas profundas soledades, y en cada recodo de una punta, en cada vuelta de un peñasco, en cada entrada de un valle se presentan paisajes que nada tienen que envidiar á los Alpes. En esas quebraduras de peñas corren y saltan juguetones mil arroyuelos, cuyo murmullo enternece y alegra el espíritu, y se ofrecen sitios mas amenos que lo serán nunca los jardines hechos por los hombres. Cuando los bárbaros del Norte los asaltaron, aunque habian visto ya los Alpes y muchos de ellos los Apeninos, aun se detuvieron ante esas masas imponentes y negruzcas, que defendian la entrada de este último rincon del mundo. Ved si hay paisajes fuera de los Alpes: la mano de Dios los ha puesto en todas partes, y los ha puesto por millones, todos nuevos, todos variados, todos compuestos de peñas, tierra, árboles y aguas, siempre lo mismo, pero de distinta manera distribuido y combinado, de suerte que no haya dos que se parezcan, que ninguno pueda servir para conocer otro, cual acontece en los millones de fisonomías del género humano.

¿No habeis visitado nunca la isla de Mallorca? En ella hay paisajes sorprendentes, que no es capaz de figurarse nunca la imaginacion mas brillante. Ved el Gorch blau que al fin es una piscina de piedra, cuyas paredes laterales son dos enormes peñascos que se lanzan á una altura inmensa, y las dos paredes de su frente y de detrás son dos rocas humildes que no suben mas de lo que es menester paraque el agua no salte fuera. Por un lado de ese sitio encantador hay un bosque frondosísimo y oscuro, una vegetacion rica, una frescura embalsamada; y cuando se ha atravesado en medio minuto la senda que corre por el lado del Gorch entre el agua y el peñasco, se presenta una llanura árida, pelada, seca, ardiente, solitaria y silenciosa, que ahoga y angustia el ánimo y por fuerza inspira una tristeza intolerable. Detrás habeis dejado un cielo, y en frente teneis un infierno. Dos paisajes en uno, pero á cual mas asombroso: el contraste aumenta su belleza y hace que cada uno parezca mas admirable, mas nuevo, mas inesperado que el otro.

Subid á la hermita de Miramar, por una senda apenas practicable, y sobre vuestra cabeza veréis un enorme peñasco que amenaza sepultaros; y á vuestros piés á una profundidad espantable veréis como el mar se estrella contra las rocas de su orilla. Aquel es un paisaje que no pueden ofreceros los Alpes;

es agreste y agradable, solitario y no silencioso, nuevo y encantador por cualquiera parte que se mire. Allí hay un convento en miniatura, con un claustro en que no caben veinte personas, una iglesia para otras tantas, todo diminuto, todo en oposicion con lo que estábamos acostumbrados á ver en esos monasterios inmensos que en mil puntos de Europa parecian de léjos todo un pueblo. En ellos se habia hecho alarde de magnitud y de grandeza, en este se hizo ostentacion de pequeñez y humildad en todo.

¿Habeis visto en la misma isla la famosa encina de Mossa? Ella sola es un inmenso paisage, que tal vez no tiene igual en ninguna parte del mundo donde haya penetrado la planta humana. Ese árbol gigante, verdadero mónstruo del reino vejetal, cuyo tronco tiene sesenta y dos palmos de circunferencia, cuyas ramas asombran un dilatado espacio, debajo de las cuales puede abrigarse un ejército, recuerda los dias en que el reino de Mallorca era regido por los árabes, y fué testigo de la conquista verificada por Jaime I hace mas de seiscientos años. Su aspecto causa una especie de pasmo inesplicable, todo á su alrededor es pequeño, la luz debajo de su apretado follaje es oscura, los rayos del sol no pueden atravesarlo nunca, y el ambiente que allí se respira es de una naturaleza distinta del que se percibe fuera de su techumbre. Allí hay una soledad y un silencio admirables, y el ánimo se sobrecoje al contemplar á esa reina de los bosques, que despliega su majestad y su grandeza en el centro de mil árboles cuya corpulencia y cuya altura no los libran de parecer arbustos al lado de ella. Eso es un verdaderos paisaje de carácter severo y grandioso; no hay arroyo, no hay murmullo de agua que salta entre guijas y lame las yerbas de ambos lados: hay silencio, hay grandeza, hay una solemnidad tan inefable como imponente.

¿Qué punto de los Alpes puede compararse con el aspecto que en la indicada isla presentan la villa y el puerto de Soller, mirados desde el camino llamado el Barranco, que corre por enmedio de un anfiteatro de gigantes, por encima del cual se ven en las mas empinadas cumbres inmensas moles de peñascos que vuelan sobre el camino y son el gigantesco alero de esas torres de colosos que se levantan á un lado del camino y parecen amenazar la vida del viajero? ¡ Oh ! Eso es un paisaje que encanta, admira, dispierta mil ideas y afectos distintos, y obliga al viandante á detenerse en mitad del camino para contemplar esa reunion de bellezas, que presentan distinto aspecto á cada paso que en el viaje va el hombre adelantando.

En cualquiera parte donde el mortal asienta su planta se encuentra no con uno sino con muchos paisajes á un tiempo, porque las escenas que la naturaleza presenta están combinadas de manera que basta dar un paso atrás ó adelante, hácia este ó hácia el otro lado para que se ofrezca una nueva perspectiva. No hay rincon en la tierra que no presente uno y muchos paisajes,

pero tan variados, tan nuevos, tan imprevistos, que lo mismo el anciano que los ha recorrido por miles como el jóven que ha visto muy pocos se sorprenden á cada paso y reconocen el inagotable poder de variacion que atestigua la omnipotencia de Dios. Describir con verdad un paisaje es de todo punto imposible; siempre hay accidentes, que no pueden relatarse, siempre pormenores que referidos no son nada, y que colocados en donde están son el verdadero adorno de la totalidad, el último rasgo de belleza que comunica al todo un encanto indecible. ¿Y cómo describir el ambiente, la frescura, los aromas, la delicia que siente el alma y los afectos que dispierta, que ni á sí mismo puede el hombre esplicarse? ¿Cómo dar una idea de la dulzura, de la ternura, del asombro, del pasmo, de la grata melancolía que instantáneamente traen al alma este ó el otro paisaje? ¿Cómo la sorpresa cuando al volver de una peña, al llegar á una cumbre, al dirigir la vista á un valle, al descubrir una estrecha senda entre árboles frondosos, al divisar la rambla de un torrente sombreada por el espeso ramaje de los árboles, se encuentra uno repentinamente en un país nuevo, cuya existencia parece imposible al lado del otro país en donde estábamos dos segundos antes? Nunca se acaba la variedad, nunca cesan las novedades, son inagotables las sorpresas, y al fin de un largo camino, al llegar al término del viaje de la vida, el hombre ha de confesar que no ha visto dos paisajes iguales, ni uno siquiera que hubiese antes imaginado. Es una locura citar un país cualquiera como privilegiado en esta parte: todos los paises lo son, en todos la mano de Dios ha puesto objetos con que sorprendernos y hacer que de grado ó por fuerza reconozcamos su poder y humillemos ante él nuestra miserable soberbia.

LA COSTURERA.

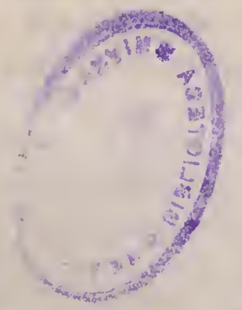
(CUADRO DE NETSCHER.)

Gaspar Netscher, famoso pintor del siglo décimo séptimo nació en Heidelberg en 1639 y murió en la Haya en 1684. Terminó sus estudios en los talleres de Gerardo Dow y de Terbourg, y por consiguiente pertenece á la escuela holandesa. Sus principales obras son escenas de familia, pequeños cuadros históricos y sobre todo retratos: igualan á los de Terbourg en cuanto al dibujo, pero le esceden por lo que toca al acabado de la ejecucion. Imitaba, hasta el punto de equivocarse con la realidad, las telas de seda y de terciopelo: sus paños son tan naturales como elegantes, sus figuras agradables, y su colorido vigoroso y bien graduado lleva el sello de la perfeccion, mucho mas que sus composiciones, cuya mayor parte son sencillas. En cuanto á la eleccion de los asuntos recayó siempre en situaciones y escenas mas nobles de lo que generalmente las buscaban los pintores holandeses de su época. Aunque al morir dejó una fortuna considerable, en su juventud hubo de luchar con todos los rigores de la pobreza. Habiendo su padre muerto muy jóven, Gaspar fué adoptado por un médico de Arsihem, quien le destinó á la cirujía, mas la inclinacion que el jóven tenia á la pintura pudo mas que la voluntad de su padre adoptivo y entró de aprendiz en casa de Koster, pintor de aves y de género. Cuando ya tuvo algunos conocimientos se trasladó á la Haya, en donde estudió las obras maestras de los pintores de aquella ciudad, mas presintiendo la existencia de producciones mas sublimes que las de la escuela holandesa, determinó marchar á Italia á fin de familiarizarse con el arte ideal que representa la vida íntima y espiritual del hombre.


BIBLIOTECA

LA COSTURERA.

(CUADRO DE NETSCHER.)



[illegible] Netscher, [illegible] ... [illegible] ... su colorido [illegible] ... Aunque al morir dejó [illegible] ... con todos los rigores [illegible] ... Gaspar fué adoptado por un [illegible] ... cirujía, mas la inclinacion [illegible] ... la voluntad de su padre [illegible] ... pintor de aves y de género. [illegible] ... á la Haya, en donde estudió [illegible] ... aquella ciudad, mas [illegible] ... de la escuela holandesa, de [illegible] ... con el arte líbil que representa [illegible]



C. Netscher pinxt

La Couseuse

The Needlewoman. Die Näherin

[illegible]


SEVILLA

Aunque muy pobre y á despecho de los consejos de sus amigos que procuraban disuadirle, emprendió el viaje lleno de esperanza y de entusiasmo: mas esta empresa terminó de una manera muy singular. Al cabo de poco tiempo de haber llegado á Burdeos, de improviso y sin motivo aparente tomó la vuelta de Holanda. Al presentarse de nuevo en el Haya, Gerardo Dow tuvo una ocurrencia que Gaspar Netscher consideró siempre como una ofensa muy cruel, mientras que su hermosa consorte se enorgullecia cada vez que se hacia alusion á este súbito cambio.

Gaspar, decia Dow, ha estado en Italia, y lo que es mas, se ha traido toda su Italia á Holanda. Vamos á referir lo que dió lugar á esta broma de Dow; mucho mas porque esta historia tiene una relacion íntima con el cuadro de Netscher, que aquí presentamos, cuadro que el artista durante mucho tiempo se negó á ceder de modo alguno, y que hoy pertenece á la Galería de Dresde.

Tenia apenas veinte y cinco años cuando habiendo entrado una tarde por una puerta de Burdeos y recorriendo tristemente las sombrías y tortuosas calles de la parte antigua de aquella ciudad, muchos franceses y muchas lindas muchachas miraban con interés al jóven con vestido estranjero; porque es de saber que Netscher tenia hermosa talla, facciones nobles y graciosas, cabello rubio y barba cortada á la española. Llevaba una casaca de seda encarnada con mangas huecas que se ajustaba perfectamente á su cuerpo. No era difícil ver que su traje estaba muy usado, y que la mochila no podia contener sino muy poca cosa. A juzgar por la altiva mirada del viajero no hubiera sido prudente soltar al contemplarlo una sonrisa burlona, mas lo que sin duda contribuia á que nadie se zumbara de él era una espada larga con su vaina de acero de muchas labores y con empuñadura llena de adornos dorados, que llevaba atravesada encima de la mochila.

En aquel momento acababa de llegar de los Paises Bajos con ánimo de dirigirse á Roma. Su bolsillo ya muy lijero cuando salió de la Haya iba enteramente exhausto cuando el pintor llegó á Burdeos, y á fuer de hombre fatigado, clareándose de hambre, solo como un náufrago en alta mar, sin esperanza de hallar un amigo á quien confiar sus apuros, recorria el pobre pintor las calles en busca de una posada. Habia llamado ya á diferentes puertas; preguntando al posadero si daria alojamiento á un artista que andaba de viaje, con el pacto de hacerle el retrato á él ó á algun otro individuo de la familia. La mayor parte le contestaron de un modo claramente negativo, cual si oyeran una heregía, por lo cual desalentado y abatido dejó las calles principales en busca de hostaleros menos orgullosos y mas compasivos. En una muy angosta observó un bodegon de humilde apariencia, dentro del cual y en una pieza muy bien iluminada se divertian una porcion de alegres marineros: en la puerta y debajo de un farol estaba de pié un hombre gordo y seboso con grande delan-

tal blanco : que con voz agradable y en tono simpático invitaba á los marineros que por allí discurrian á que entráran á participar de las delicias de su paraiso. Nuestros bolsillos han hecho avería gruesa, le contestaron tres marineros que pasaban por el lado de Gaspar: estamos completamente varados, y por otra parte tampoco tenemos sed, y en estos momentos representaríamos un papel muy feo. Id enhoramala, esclamó el bodegonero, vergüenza me da oiros hablar de este modo. No tener sed es materia imposible, y en cuanto á dinero, ¿de cuándo acá tengo yo fama de no querer dar á crédito un vaso de vino á un lobo de mar que se ha bebido el último sueldo? Adentro con mil de á caballo, adentro, digo, y bebed, muchachos, bebed: algun dia pagareis, como otras veces habeis pagado. A tales y tan convincentes razones los marineros viraron de bordo y echaron felizmente el ancla en el puerto de la Paloma blanca.

Cuando Netscher oyó las palabras del posadero tuvo por seguro que habia oido la voz de un ángel, y sin detenerse un punto acercándose al tabernero, le dirigió la misma pregunta hecha infructuosamente hasta entonces á sus cofrades. Vaciló el hombre, pero no dijo resueltamente que nó, sino que examinando al forastero de los piés á la cabeza, pareció inclinarse á favor del desventurado artista. Es lástima, le dijo, que no seais soldado, y que ignoreis el manejo de esa espada que sin duda llevais para seguir la moda. Entonces os albergaria con mucho mas gusto, pero no importa, entrad, hagais ó no hagais mi retrato, porque el daño que le causareis á mi bodega no será irreparable. Entrad, caballero pintor, descansad, bebed y estad tranquilo, ¡qué diablos será que algun dia no podais satisfacerme el gasto de esta noche! Netscher apretó la mano de aquel buen hombre, entró en la sala y puso en un rincon la mochila y el sombrero. Bonnet, que así se llamaba aquel truhan, despues de haberle hecho servir una buena cena y un vino escelente, sentóse al lado del artista y entabló con él una conversacion en la cual no tardaron en mezclarse algunos de los marineros. Netscher contó sus aventuras, habló de la Holanda, esplicóse con la franqueza de la juventud inesperta, y acabó por agradar é interesar á todos. Mientras tanto otros marineros habian pedido barajas, y jugando y bebiendo, aquella sala se convirtió en una verdadera orgía, no sin que el pintor tomara en ella una parte muy activa.

A la mañana siguiente dispertóse Gaspar con malísima disposicion de ánimo. Despues de haberle sido imposible recordar el término del desórden de la noche anterior, quiso orientarse para saber en donde estaba y salir de aquella situacion cruel; pero todos sus esfuerzos fueron perdidos, porque fuertemente atado á la pared por las dos manos, se encontró tendido encima de las piedras cubiertas apenas con un poco de paja. La estancia estaba sumergida en una oscuridad profunda, y solo una rendija inmediata al techo dejaba penetrar en

el calabozo algunos débiles rayos de una luz amarillenta. Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado á la oscuridad, vió que con él habia otros desgraciados, y supo entonces la suerte que le aguardaba. Habia caido en manos de uno de esos infames enganchadores, de uno de esos mónstruos, cuyas iniquidades él mismo habia descrito tan fielmente en la víspera, refiriéndose á las que cometian en Rotterdam y en Amsterdam.

Entonces tuvieron principio para él ocho enteros dias de martirio. El posadero y un oficial francés de la marina real querian obligarle á firmar una declaracion en la cual se enganchase para servir en las colonias. Resistióse Netscher: pero el hambre y los malos tratamientos acabaron por triunfar de su constancia. Abatido por la fatiga y las necesidades consintió en todo y puso su firma; desde cuyo momento fué mejor tratado y supo que muy luego lo embarcarian. Semejante infortunio lo habia reducido á la desesperacion.

En efecto hácia mitad de la noche quitáronle los grillos y las esposas, y lo sacaron para encaminarlo al puerto. Parecióle al infeliz que lo llevaban al cadalso: mas cuando en la puerta de la casa vió á los soldados que le aguardaban para escoltarlo, recobró completamente el valor; de un salto pasó por en medio de ellos, echó á huir, atravesó los patios interiores del bodegon, subió al azar por una escalera que le vino á mano, pero se encontró detenido por la cerrada puerta de un granero. Entonces oyó tras sí los acelerados pasos de sus infames perseguidores y no le quedó mas esperanza que salir por una ventana y encaramarse al tejado inmediato. Viéndose ya libre, con la energía de la desesperacion fué saltando de tejado en tejado y venció todos los obstáculos. Detiénese al fin para tomar aliento, mira en derredor suyo, está ya léjos del bodegon de la Paloma blanca, mas no es posible que pase la noche en el tejado. De repente y á cortos pasos de distancia vé una ventana muy iluminada y en el cuarto á que pertenecia, una mujer, cuya compasion resuelve implorar, como único recurso que le queda. Mas al llegar cerca de la ventana se detiene pasmado y olvida por un momento su situacion horrible.

No fué estraño su asombro porque vió delante de sí á una jóven fresca y hermosa como un ángel ocupada en coser con un afan estraordinario. Vestida sencillamente pero con gusto, tenia en las rodillas una almoadilla negra sobre la cual se destacaban sus hermosos brazos. A su lado se veia un canastillo con varios objetos y encima de ellos las tijeras. Netscher despues de vacilar un rato llamó á la ventana. La jóven aunque sobrecogida de pronto mas valerosa de lo que naturalmente podia esperarse se levanta, abre, Netscher le esplica su infortunio, le pide su amparo y proteccion. Amelia se enternece y le ayuda á penetrar en la estancia.

Cuando los dos estuvieron dentro Amelia le participó que servia de camarera en la casa, que era una de las principales de Burdeos y que el amo era capi-

tan de mosqueteros. Manifestóle al mismo tiempo que habiéndose escapado del poder de la tropa indudablemente lo perseguirian, y que aun era posible que registrasen las casas buscándole como desertor; mas que á pesar de todo ella haria lo posible á fin de salvarle. Hasta aquí el sentimiento de la compasion fué el único que dominó el alma de Amelia; mas cuando terminadas todas estas esplicaciones tuvo tiempo para considerar cual era la posicion en que acababa de colocarse comenzó á ver los peligros que en la misma habia para ella, y las dificultades que se atravesaban para cumplir la promesa que de salvarle habia hecho al fugitivo. Fué preciso que se lo dijera todo, juzgando que tal vez al pintor le ocurriria algun medio que sin comprometerla pudiese conducir al objeto que los dos se propusieron.

Ante todo, le dijo, habeis de saber que en esta casa todo el mundo se retira muy tarde, y que esta es la razon porque estoy trabajando todavía: pero advertid que este no es mi cuarto, sino el de la dueña ó ama de llaves que es la persona de quien todos los criados dependemos inmediatamente, y no puedo moverme de aquí sin que la dueña me dé permiso. Tampoco me es posible recogeros en mi cuarto, porque bien veis hasta qué punto mi honor quedaria comprometido: no podeis quedaros aquí porque vendrá á dormir la dueña, por consiguiente es indispensable que salgais de esta estancia y que no vayais á la mia. Pues entonces, dijo Gaspar, ¿en dónde paso yo la noche? No sé de pronto mas que un punto, y es el que suele estar abierto, y al cual podeis trasladaros sin mas que subir esos cuatro escalones inmediatos á este cuarto. Si nada acontece, yo durante la noche discurriré de que manera podré ocultaros ó facilitaros la fuga; mas esta noche teneis que pasarla del modo dicho, no sin correr el riesgo de que antes que yo pueda mañana acercarme á vos vaya al granero algun criado y os encuentre, y entonces no sé lo que sucederá. Pero de todos modos, dijo Netscher, me habré librado de mis perseguidores. Por de pronto, contestó Amelia, es cierto; mas si registran las casas, aquí mismo pueden todavía encontraros. ¡Dios mio! cuánto diera yo porque no fuese de noche, y os conduciria á casa de una amiga á donde nadie iria á buscaros. Mañana, si durante esta noche no sois descubierto, podré un momento salir de casa y acompañaros á donde os he dicho. Sí, dijo Gaspar, todo lo que querais; vos sereis mi ángel tutelar, y mi vida será vuestra pues la habeis salvado. Venid, venid, dijo apresuradamente Amelia, salid de este cuarto, os dejaré en el granero, y Dios nos iluminará para que mañana pueda yo sacaros de esta casa.

Los dos jóvenes aturdidos y como espantados de la situacion crítica en que estaban iban á salir de la estancia cuando en el corredor por donde habian de pasar forzosamente apareció la dueña que se encaminaba al cuarto llevando su farolito en la mano. Era imposible pasar adelante porque la vieja estaba mas

acá de la escalera por donde habia de subir el artista ; y Amelia viéndose perdida, no pudiendo llevar á cabo su plan y no atinando en recurso alguno, cogió á Gaspar, lo arrebató hácia la misma estancia de donde acababan de salir, abrió un armario, lo empujó dentro, y le dijo: por ahora no puedo hacer mas que ocultaros aquí; si os moveis estamos perdidos; mas tarde veré. Todo esto fué hecho y dicho en un abrir y cerrar de ojos; de suerte que Amelia estaba otra vez sentada y cosiendo cuando entró la dueña con la mayor calma del mundo.

Buenas noches, Amelia, dijo la anciana dejando el farol encima de una silla, podeis retiraros cuando gusteis, pues me parece que ya es hora. ¿Qué hora es? preguntó la jóven. La de todos los dias, repuso la vieja, cerca de las dos de la madrugada. Es una vergüenza lo que pasa en estos tiempos y en estas casas, acostarse á la madrugada. No sucedian estos desórdenes en dias de la difunta señora: los jóvenes han introducido estas costumbres trastornadoras del órden y de la salud de las familias. En fin, así lo quiere quien manda; idos á acostar, Amelia, idos, y no os levanteis hasta que yo os llame, porque con el trajin que llevamos hace una semana, debeis de estar muy cansada. Un poco, dijo Amelia, pero no importa, soy jóven, y este trabajo estraordinario se acabará presto, pues segun he oido la señorita se casa dentro de ocho dias. Eso dicen, contestó la vieja, pero allá verémos, vaya, idos, que no parece que tengais mucha prisa, y yo la tengo para acostarme. Tomad mi farol y buenas noches. Amelia no sabia marcharse: calculaba á poca diferencia lo que iba á suceder, y temblaba pensando en el juicio que de ella se formaria. Por un momento estuvo tentada de descubrirlo todo á la dueña, pero le faltó valor, y tomando el farol que la vieja le puso en la mano y dándole las buenas noches atravesó la puerta que la anciana cerró por dentro.

¡Quién es capaz de pintar la situacion de Netscher, sus angustias, sus temores, el ahogo moral y físico en que se encontraba, y la especie de opresion que su ánimo sufria! Cuando Amelia lo metió en el armario dejó las dos mitades de la puerta de este mal cerradas de modo que entre las dos quedaba una abertura angosta como una rendija, pero suficiente paraque desde dentro se viera todo lo que en la estancia sucedia. Gaspar reputaba por imposible estar durante toda la noche tan absolutamente quieto que no hiciera ningun ruido, y que por tanto no tuviera la vieja una alarma capaz de dar ocasion á un escándalo y á su descubrimiento y consiguiente desgracia. Osando respirar apenas se mantuvo lo mas inmóvil que pudo espiando por la rendija, y dudando mil veces si saldria del armario para acabar de una vez con tantos martirios. La dueña despues de arreglarse la cama, de colocar la almohada en el centro de la cabecera, y de levantar la cubierta por un lado cual si ya fuera á me-

terse en ella se acercó á la mesa en donde habia colocado la luz, y se dispuso á desnudarse. Ante todo se quitó el ancha y blanca gorra que en la cabeza tenia y apareció un cráneo desnudo, y sin mas reminiscencias de cabellos que tres miserables y cenicientos mechones que por detrás de las orejas asomaban. Por fortuna cubrió esas escaceses con un dormilon inmenso que se le quedó tieso á manera de cucurucho. Puesta luego delante de una silla fué quitándose piezas y mas piezas, de suerte que á Gaspar se le hacia de nuevo ver que nunca se remataba aquella faena. Si la situacion hubiera sido menos crítica, no habria dejado de reirse el artista al contemplar aquella mujer que al fin y al cabo apareció como un mango de escoba metido dentro de un saco. Cerró los ojos entonces para no hacer sufrir á su castidad acendrada, hasta que notando que pasaba un grande rato sin oir ruido de ninguna clase, miró de nuevo para averiguar qué significaba aquel silencio. La cosa era muy sencilla: la pobre anciana estaba curándose una llaga de cuyas dimensiones y estado no pudo Gaspar hacerse cargo porque la dueña iba ya dando vueltas á la pierna con una larga venda. Otra vez cerró los ojos, oyó el soplo con que la anciana mató la vela, y quedaron completamente á oscuras. La dueña anduvo cuatro pasos, crugió un poquito la cama, y gracias al silencio el artista oia el murmurio de la vieja que indudablemente rezaba. Por fin tambien cesó ese rumorcillo, y aquí comenzaron los mayores apuros de Gaspar porque el armario estaba inmediato á la cama, y si hasta entonces habia sido ariesgado el menearse lo era muchísimo mas desde este instante.

Cualquiera comprende la imposibilidad absoluta de que Netscher no se moviese ni hiciera el mas pequeño rumor durante algunas horas, mucho menos estando en pié y dentro de un armario de madera, que podia crugir aunque nadie lo tocase, y que ofrecia al pintor el grave inconveniente de que no pudo hacerse cargo ni de sus dimensiones ni de su interior contextura. Apenas habian transcurrido cinco minutos cuando hizo un movimiento para cambiar un poco la posicion que ya desde mucho rato conservaba: el movimiento produjo ruido, y Gaspar comprendió que la vieja se ponia en acecho segun el rumorcillo que le pareció notar en la ropa de la cama. Las cosas sin embargo quedaron tranquilas, y por fin el resoplido de la vieja indicó claramente que dormia. Arriesgó el artista otro movimiento, pero con fortuna tan menguada que produjo mucho ruido, dispertóse la vieja, pareció que se incorporaba para escuchar mas atentamente y se oia muy bien que rezaba con fervor muy verdadero. ¡Infeliz de mí! pensó el pintor, esta mujer tiene miedo y no se dormirá en toda la noche. Salgamos de una vez de este tormento; de todos modos esto acabaria por descubrirme, vale mas que me descubra espontáneamente, y ojalá lo hubiera hecho mientras estaba alumbrada la estancia. Vaciló todavía; una porcion de veces desistió de su plan y volvió á decidirse; y al fin saliendo del

armario franca y resueltamente, se alejó algunos pasos de la cama hasta donde pudo ir sin temor de perder el tino.

El espanto de la pobre anciana fué tan grande que le embargó por completo la voz, y los movimientos; lo cual fué para el pintor una fortuna inmensa, porque si bien atropelladamente tuvo tiempo de esplicar á la anciana lo que habia acontecido, protestó de su inocencia, de sus sanas intenciones, del respeto que hácia ella esperimentaba, y de que al tomar la resolucion de salir del escondrijo no tuvo mas objeto que ahorrarle á ella el susto de haberlo descubierto ó de oir ruido durante la noche. Levantaos, señora, le dijo al fin, vestíos y encended luz; mi aspecto os dirá que no soy ningun ladron ni malvado, y al verme sin duda ninguna tendréis por verdadero cuanto os he dicho. Pero, señor, esclamó finalmente la dueña, ¿por qué Amelia no me decia todo eso, si es como vos contais, antes que esponerme al susto inesplicable que he tenido y que podrá muy bien costarme la vida? En fin, Dios sea conmigo, estad quieto en el mismo sitio que ocupais y esperad á que encienda la vela que en mala hora habeis dejado que apagara. Nada temais, señora, insistia el artista, en mí tendréis un servidor obligado que obedecerá vuestras órdenes, cualesquiera que sean, y que os probará cuanto es su pesar por haberos ocasionado este disgusto. Grande me lo habeis dado, continuó la dueña mientras en realidad se iba ya vistiendo, y mucho me ha de costar volver en mí del asombro y del temor que vuestras acciones y vuestras palabras me causan. Y mientras tanto vestida ya cogió á tientas el candelero y despues de mucho rato logró encender yesca, con la yesca una pajuela, con la pajuela la vela. Miráronse uno á otro los dos habitantes de aquella reducida estancia, y el pintor conoció que su vista habia tranquilizado á la dueña, que no sé si natural ó fingida dejó entrever una sonrisa. Reiteró el artista sus anteriores protestas, esplanó las esplicaciones dadas, y tanto habló y tanto hizo que al fin supo interesar en favor suyo á la buena anciana, á quien indudablemente habian hecho gracia la juventud y el buen garbo del estranjero.

Tratábase no solo de ocultarlo á las pesquisas que para encontrarle pudiesen ponerse en ejecucion, sino de que quedase en libertad de seguir su viaje, ó de disponer de su persona del modo que quisiese; y aunque la dueña encontró muy fácil lo primero no juzgó tan hacedero lo segundo. Confiaba no obstante que podria interesarse á favor del mancebo la señorita de la casa que era la persona mas influyente cerca de su padre, el cual si tomaba cartas en el negocio sacaria indemne y libre al artista, aun cuando en realidad pudiese ser considerado como desertor de las tropas reales. Puso al jóven á buen recaudo, habló de todo con Amelia, acordaron confiarse á la señorita, y las dos dando á la cosa un giro un poco distinto, y callando como se deja entender, que la persona por quien se interesaban estuviese oculta en la casa no hallaron mucha dificultad

en poner de su parte á la señorita, la cual á su vez ganó el ánimo del padre que prometió aclarar este negocio y conducirlo á término dichoso.

. La cosa sin embargo no fué llevada con la actividad que en otro caso hubieran deseado las personas á quienes atañía, y decimos en otro caso porque en verdad el pintor no tenia ninguna prisa en salir de aquella casa, Amelia tampoco, y la anciana dueña que amaba mucho á la costurera se aficionó al jóven de un modo notorio. Durante el dia lo tenian muy bien escondido en una estancia en donde nadie mas que la dueña penetraba, y las veladas y aun gran parte de la noche las pasaba con las dos, ó con Amelia sola, mientras la dueña atendia á los quehaceres que en la casa le estaban encomendados. Cuando por fin á la una ó á las dos de la madrugada quedaba todo en reposo, y podia cada uno acostarse, en el cuarto de la dueña continuaban los tres en tertulia, que cada dia era mas larga, y en la cual los dos jóvenes iban contrayendo el uno por el otro una pasion violenta que desde el primer dia adivinó la esperimentada dueña.

El amo de esta que era persona de mucho valimiento logró lo prometido á su hija, y por mano de la dueña recobró Netscher el documento de enganche que habia firmado y un salvo conducto para que nadie pudiera molestarle. Ninguna razon plausible habia ya para detenerse y abusar de las bondades de aquellas dos mujeres; y aunque el artista amaba locamente á Amelia, no le declaró su amor que atendida su pobreza no podia convertirse en posesion legítima y tranquila. Así pues haciendo sobre sí un grande esfuerzo se despidió de sus dos bienhechoras con ánimo de continuar su viaje para Italia, no sin llevar la esperanza de que amándole Amelia como no dudaba, quizás aguardaria algun tiempo para ver si mejoraba su fortuna, puesto que á las dos habia descubierto su actual posicion y sus proyectos. En el momento en que con lágrimas iba á separarse quizás para siempre de aquella encantadora jóven, la anciana dueña soltando tambien una lágrima, le dijo. ¡Y qué! ¿os vais solo? ¿teneis corazon para dejarla? Soy pobre, contestó Netscher con una afliccion inesplicable; si no lo fuera le ofreceria mi mano: hoy no puedo condenarla á ser la esposa de un hombre que aun ha de comenzar su fortuna. ¿Y vos le dejaréis marchar solo? preguntó la dueña á Amelia. Si así lo quiere, hágase su voluntad. ¡Cómo! esclamó Netscher ¿me seguiréis acáso aunque soy tan pobre? Hablad una palabra, Amelia, y creed que de esa palabra depende mi suerte. Idos, dijo Amelia, trabajad, yo os aguardaré en Burdeos, y cuando querais llevarme en vuestra compañía aquí me hallaréis dispuesta á seguiros.

Netscher partió, pero no á Italia, sino que dió la vuelta á Holanda; estudió, trabajó, favorecióle la suerte y al cabo de un año entraba otra vez en Burdeos, en donde encontró á Amelia que le esperaba y le recibió con la misma ternura

con que lo habia despedido. La dueña tuvo el consuelo de presenciar la entrevista de los dos amantes, y maldijo la carga de los años que no le permitian ir á ser testigo de la felicidad que los aguardaba. Despidiéronse de ella los dos jóvenes en el mismo dia en que acababan de recibir la bendicion nupcial apadrinados por la señorita á cuyo influjo se debió la libertad de Netscher.

EL TOCADOR.

(CUADRO DE GASPAR NETSCHER.)



El anciano Netscher estaba tocando con los dedos en los cristales de una ventana un acompañamiento de la cancion que silbaba, mientras Federico Resenten, hijo del administrador general, se paseaba arriba y abajo de la sala cual un jóven leon que siente la imprescindible necesidad de moverse dentro de la jaula. La lijera sinfonía del anciano Netscher fué interrumpida por una violenta esclamacion del jóven Federico, que por vigésima vez decia, no lo sufriré, allí se está solo con ella horas enteras: se divierten con la música, pero el caso es que se tutean y aun quizás se abrazan. Son primos, respondió el viejo con una indiferencia muy marcada, con la cual contrastaban notablemente las palabras, que el demonio se los lleve, añadió en seguida. Nuestro hombre tenia preparado desde mucho tiempo antes un plan, que en aquel momento estaba á punto de venirse completamente abajo. Su existencia hasta entonces muy apacible se veia amenazada por una tempestad próxima. Netscher y el padre de Federico, antes mencionado, eran las personas mas notables del pueblo de Arhausen, capital del antiguo condado del mismo nombre, antes que aquella pequeña soberanía hubiese sido abolida en virtud de los tratados de Viena. El último vástago de la línea de condes se habia encontrado muy bien con esta abolicion, porque teniendo una hija única, fruto de una union feliz pero que duró muy poco, el conde no habia vuelto á casarse, tanto por respeto á una mujer muy querida, como por consideracion á Matilde, á la cual no queria dar una madrastra. Cierto que se le ofrecieron partidos muy brillantes, pero los habia rehusado todos. Por esta causa aplaudió la abolicion de su soberanía, porque de este modo podia disponer de su feudo



EL TOCADOR.

([illegible] KETSCHER.)

El [illegible] con los dedos en los cristales de una [illegible] Federico Re-[illegible] de la sala [illegible] dentro [illegible] interrumpida por una [illegible] que por vigésima vez decia, [illegible] se divierten con la música, [illegible] Son primos, respondió [illegible] Su existencia [illegible] tempestad próxima. [illegible] las personas mas no-[illegible] del mismo nom-[illegible] en virtud de [illegible] de condes se habia encon-[illegible] una hija única, fruto de [illegible] no habia vuelto á casarse, tanto por respeto á [illegible], como por consideracion á Matil-de, [illegible] Cierto que se le ofrecieron parti-dos muy [illegible] todos. Por esta razon, aplaudió la abolicion [illegible] modo podia disponer de su feudo

La Galerie de Dresde.



Caspar Netscher pinx[t] A.H. Payne sc.

La Toilette

The Toilette Die Toilette

Golowalnia


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SEVILLA

en favor de la hija sin verse obligado á traspasarlo á manos de una rama lateral en defecto de heredero varon. A pesar de esto no dió á Matilde una educacion correspondiente á la fortuna que la aguardaba, sino que habia sido criada sencillamente como una persona de la clase media, no sin grande asombro de los vecinos del pueblo, acostumbrados á respetar en la persona del conde á su soberano, por mas que ahora hubiese dejado de serlo. Desde la muerte de su esposa el conde habia despedido casi toda la servidumbre de su casa. Una dueña de edad ya adelantada, y el padre de Federico administrador de los vastos dominios del conde, y su amigo desde la infancia, formaban el círculo mas íntimo en medio del cual creció Matilde. Habia tambien otra persona, cuya influencia era mas poderosa que la de todas las mencionadas, inclusa el conde mismo; y esa persona era el anciano Netscher, pintor de aquella reducida corte.

La inclinacion del conde á favor de este personaje debia su orígen á una circunstancia muy accidental. Cuando murió la condesa, el conde hizo un viaje por España á fin de distraerse de su disgusto. Estando allí encontró un dia en la alhambra de Granada un viajero ocupado en copiar el palacio moruno que allí se conserva. La conversacion que el artista y el viajero entablaron con este motivo hizo saber al conde que el artista era aleman, que á un carácter bondadoso y honrado á toda prueba reunia cierta estravagancia que no perjudicaba sin embargo sus escelentes dotes. Tambien ese hombre habia emprendido el mismo viaje para buscar consuelo ó distraccion al menos á un amor desgraciado. Uno y otro se comprendieron instintivamente, y Netscher siguió al conde á Alemania en calidad de pintor de la corte; y muy luego vino á ser el confidente íntimo de su protector y el amigo mas adicto de Matilde. El dia del cumpleaños del conde era aquel en que Netscher aparecia con todo el brillo del título que su protector le habia conferido, puesto que en ese dia presentaba un cuadro trabajado con esmero y con mucho talento como regalo á su noble protector, que sabia apreciar tanto al hombre como al artista: y todo el pueblo tomaba parte en esa fiesta en que representaba el primer papel el pintor tan querido y considerado por el conde.

Quince años habian transcurrido sin que se entibiaran en lo mas mínimo esas relaciones de estrecha amistad entre el pintor, el administrador general y el conde, cuando les fué arrebatado este último á despecho de cuanto hicieron los maestros en el arte de curar. Segun las disposiciones testamentarias del conde la tutela de su hija se confiaba al anciano Netscher y al señor de Resenten. Hasta ahora no hemos hecho mas que mencionar simplemente á una persona destinada á representar un papel importante en la ocasion presente; á saber, el jóven Federico, hijo del señor de Resenten, quien por resultado de infortunios domésticos no habia conservado de su numerosa familia sino á ese

hijo, quien acabó por ocupar en el corazon del conde un lugar tan preferente como la misma Matilde. Por ese motivo los habia hecho educar juntos, y se mostraba muy indulgente con las estravagancias del compañero de su hija.

Los dos jóvenes crecieron como hermanos, se repartian las horas del estudio y de recreo; y este método de vida en rigor fraternal produjo necesariamente una familiaridad íntima. El conde veia con estraordinario gozo la buena inteligencia de los dos jóvenes, y en una de aquellas ocasiones solemnes, en que el anciano Netscher le ofrecia un cuadro que representaba la pareja en cuestion bajo el emblema de Pablo y Virginia, dijo en broma á su administrador general. ¿Qué os parece, Resenten, Federico desempeñaria con gusto el papel de Pablo? A lo cual el administrador contestó. No le aconsejo que se lo proponga.

Los años fueron estrechando mas y mas la union de los dos jóvenes, pues Matilde no podia vivir sin Federico, y Federico habria quitado la vida á cualquiera que se atreviese á levantar los ojos para mirar á Matilde. El destino vino de repente á transformar aquella vida tranquila. Federico tenia diez y nueve años y Matilde catorce, cuando el triunvirato compuesto del conde, del pintor, y del padre determinó enviar á Federico algo léjos para completar su educacion, porque la manera como habia vivido hasta entonces no era capaz de prepararle á ser hombre. Por otra parte su padre deseaba ardientemente que se marchára, porque la larga familiaridad de su hijo con Matilde le causaba muy serias inquietudes. La hija del conde se acercaba á la edad nubil y Federico era ya un hombre, por lo cual Resenten decia: no siempre serán muchachos, y cuando ya no lo sean, ¿qué sucederá?

El anciano Netscher tenia desde luego una contestacion á esta pregunta, y el mismo conde no creia que eso presentára grandes dificultades, mas Resenten no queria de modo alguno transigir en este punto. Habia sido educado segun las ideas del antiguo régimen, y no solo no sabia salvar la distancia que le separaba de su señor y amo, sino que consideraba casi como un crímen toda idea de este género, en lo cual era hombre de sentimientos contrarios á los del artista Netscher, cuyo modo de ver en esta materia era un tantico democrático. Y como el carácter de Resenten era resuelto cuando así le convenia, ni las reflexiones de Netscher ni los deseos que el conde tenia de que Federico no se separase de su lado, ni las lágrimas de Matilde, ni las amenazas de Federico quien decia que al cabo de una semana huiria para volver, nada pudo doblegarle. Despues de muchas discusiones de aquel consejo de príncipes, Federico partió ricamente equipado por el conde hácia Berlin, á fin de terminar allí su carrera moral é intelectual.

En vano al terminar los ocho dias antes dichos esperó Matilde ver que Federico realizaba sus amenazas, pues habia partido nada menos que para tres años porque así lo resolvió su padre. Mas al creer éste que tres años de sepa-

racion bastarian para acabar con el recíproco afecto de los dos jóvenes, se equivocó completamente, á lo menos por lo tocante á su hijo. La vuelta de Federico al cabo de los tres años dichos fué un dia de fiesta para todo el mundo; su padre con una especie de complacencia orgullosa le presentó á su noble protector, por quien fué recibido amigablemente; y Matilde saludó al amigo de su infancia con muy benévolas palabras: pero ¡ ah! esa fué la primera gota de hiel que cayó en el cáliz de la ventura de aquel jóven: la familiaridad de la infancia habia desaparecido: la hermanita Matilde hácia la cual impulsado por sus recuerdos de familiaridad antigua, se habia adelantado precipitadamente estaba convertida en una señora del gran mundo; y aun que es cierto que conservaba una sencillez aparente, estaba contenida dentro de los límites convencionales que el uso ha establecido entre los dos sexos, principalmente en las clases elevadas. Durante esa separacion de tres años Matilde habia sido puesta en contacto con la mas alta sociedad, el conde acompañado por ella visitó muchas cortes, y la natural disposicion de aquella jóven hácia la cortesanía delicada, se habia desenvuelto prontamente. Por entonces mismo el conde habia reanudado tambien sus antiguas relaciones de familia con la rama de Arhansen Donzfort, relaciones en verdad un poco comprometidas atendiendo á lo que el conde habia dispuesto relativamente á su hija. En suma, Federico y Matilde ya no eran dos hermanos, y con no poco disgusto lo comprendió el jóven á la primera palabra que el uno al otro se dirigieron. El padre de Federico notó este cambio con aquella satisfaccion que uno esperimenta viendo que ha vaticinado con exactitud alguna cosa. En cuanto al conde y al pintor no participaron de modo alguno del placer que sintió el padre de Federico. No parece sino que sois estraño el uno al otro, dijo el conde, vamos Federico, daos un abrazo.

Federico obedeció, pero ese abrazo fué recibido con aquella fria política con que se recibe una cosa mandada. Con mucho gusto se hubiera echado á los piés de Matilde para decirle: ahora sois mas hermosa que nunca, y os amo mas de lo que soy capaz de espresaros. Quizás tambien Matilde pensaba dentro de sí misma que no le pesaria poder decirle á Federico, que tan hermoso se habia puesto, querido hermano mio, segun tenia costumbre de decírselo; pero ese mismo sentimiento abrió entre los dos un abismo. Federico al entrar en su antiguo cuarto se sintió mas desamparado y mas solitario que nunca, y mas infeliz que en el momento de su precedente separacion: así fué que con lágrimas en los ojos pidió á su padre que le permitiese viajar de nuevo diciendo que ya no podria hallar reposo en el hogar paterno: mas el padre le contestó que todo eso era una tontería. Y cuando veia á su hijo ocultarse en la espesura de los bosques para exhalar libremente sus quejas, murmuraba en voz baja y meneando la cabeza; los resultados han escedido mis esperanzas;

pues hice partir á Federico para que la condesita no se enamorase de él, y ahora segun las apariencias le aborrece.

La desesperacion de Federico fué calmándose poco á poco. Sentóse en el banco en que Matilde se habia encontrado muchas veces cerca de él: derramó lágrimas muy amargas, vino despues la reflexion, convino en que seria una locura dejarse dominar por la tristeza, y que era natural que las cosas llegaran al punto en que ahora se encontraban. Fué pues apaciguándose por grados, y tomó el partido de someterse á la necesidad con el valor de un hombre.

Cayéronse las primeras hojas al impulso de los vientos del otoño y vino la estacion de ir á la caza. El padre de Federico, bien que todavía era robusto, cedió con gusto una parte de sus encargos al hijo, á quien con este motivo no le faltaron distracciones. Durante el dia corria por los bosques; por la noche toda la familia se congregaba para tomar el té con el conde, cuya salud se iba trastornando. Con este motivo fué lentamente renaciendo la familiaridad entre Federico y Matilde, aunque sin llegar al punto de intimidad de otro tiempo. El afecto del jóven hácia la amiga de su infancia era no obstante tan desinteresado como habia sido antes, y apenas le ocurria jamás la idea de encumbrar sus pretensiones hasta la mano de la condesa: á pesar de esto tenia un estremado empeño en prevenir los mas pequeños caprichos de Matilde, pero sin ulterior objeto, sin mira ninguna interesada.

Cuanto mas el conde se acercaba al término de su vida, tanto mas grata se le iba haciendo la compañía de sus íntimos amigos. El anciano Netscher cuidaba de su noble protector hasta el punto de perjudicar su salud; y Resenten á quien el carácter hacia poco á propósito para cuidar del enfermo, esforzábase no obstante en poner al conde de buen humor. De esta manera habian pasado ya dos años desde la vuelta de Federico, cuando vino el tan temido desenlace; pues al cabo de muchas semanas de angustias inesplicables el conde sucumbió á la dolencia que desde mucho tiempo minaba su vida. Pocos momentos antes de morir tuvo con el anciano Netscher una larga conversacion, que fué un secreto para toda la familia. A parte de las disposiciones testamentarias relativas á la tutela de su hija, el conde manifestaba sus deseos de que Matilde no se casase hasta haber cumplido veinte y cinco años, y que entonces dispusiera con toda libertad de su mano y de su fortuna.

Cuando el conde hubo sido trasladado al panteon de sus mayores, durante muchos meses el dolor de toda la familia fué á derramar sobre aquella losa fúnebre lágrimas de eterno recuerdo. En aquellas circunstancias en que Matilde comprendió que era una huérfana sin esperiencia, se entregó con absoluta confianza á la generosa proteccion y á los consejos del anciano pintor de la casa. Bien comprendia éste toda la importancia del papel que habia de desem-

peñar aun cuando el padre de su protegida no le hubiese recomendado solemnemente en su lecho de muerte, la tutela de su única hija. El conde habia instituido tutores de la jóven condesa no solo á sus dos amigos sino tambien á su pariente Arhansen Donzfort: mas éste rehusó el cargo pretestando los dolores de la gota que le imposibilitaban de desempeñarlo. De esta suerte el peso entero de aquel negocio recaia en Netscher y en Resenten: los cuales lo desempeñaron con un celo y un desinterés, que no hubieran empleado en el manejo de sus propios asuntos. La noble huérfana no queria de modo alguno mezclarse en la gestion de sus negocios, de modo que todo estaba confiado á la buena fé de esos dos ancianos.

La muerte del conde habia naturalmente dispersado el círculo de amigos que se reunian en torno suyo cada noche. Matilde estuvo muy retirada los primeros meses que siguieron á la muerte de su padre, y á pesar de que con el transcurso del tiempo y los consuelos de la amistad su dolor fué calmando, no volvieron á celebrarse las reuniones del tiempo pasado. Entonces mas que nunca comprendió Federico que todo habia cambiado. Cuando el conde vivia, aun le era dado dejar entrever cierto grado de familiaridad en compañía de Matilde; mas ahora que se habia convertido en su ama y señora, y él estaba transformado en su servidor, en particular desde que reemplazaba á su padre, fácil es comprender que las relaciones entre ambos debieron resentirse de esta mudanza. No iba al castillo sino cuando su deber lo exigia para dar cuenta de su administracion á los tutores; y en tales casos veia á Matilde y ella no dejaba de decirle alguna palabra lisonjera. Esta separacion, hija forzosa de las consideraciones mundanas, fué mas útil á Federico que la familiaridad de que en otro tiempo habia gozado con Matilde; de suerte que en menos de un año se hallaron en una situacion muy diferente de aquella en que vivian pocos meses antes.

Federico estaba casi seguro de que Matilde buscaba siempre algun pretesto de ocupacion en la estancia á donde él iba para hablar con los dos tutores. Cuando durante la velada recorria acompañada de su dueña las embalsamadas calles del jardin del castillo, sus miradas se encontraban muchas veces con las de Federico, oculto en algun rincon del bosquecillo. El padre del jóven, que creia haber obrado un milagro poniendo término á las relaciones de su hijo con la hija de su señor, estaba envuelto en los negocios de modo que nada supo de lo que estaba pasando.

El anciano Netscher no decia una palabra, no obstante de que en cierto modo era cómplice de esos amorosos misterios. Si alguna vez cuando por la noche volvia de hacer la partida de ajedrez con el cura del pueblo, encontraba á Federico en los alrededores del castillo, le decia sonriéndose. ¡Ola ola: amigo forastero, venís á recogeros en este sitio! y el jóven se corria al ver como el

anciano penetraba su secreto. Es indispensable advertir que el pintor durante el año de luto celebró como en los anteriores el natalicio de su señor, dando una agradable sorpresa á la jóven Matilde, con ofrecerle un busto del conde difunto, que aunque ejecutado de memoria, tenia sin embargo una semejanza sorprendente. Matilde se arrojó al cuello del pintor y llorando le dió gracias por su hermoso recuerdo.

No es posible adivinar por cuanto tiempo la secreta inclinacion de Federico hácia Matilde se hubiera encerrado en el mas completo silencio, si la casualidad no hubiese venido á trastornar el castillo de Arhansen. La jóven condesa estaba muy próxima á su mayoría, pues dentro de tres meses iba á cumplir veinte años, término que en el testamento habia fijado el padre para su emancipacion absoluta.

En un hermoso dia de otoño pasaba por encima del puente levadizo del castillo un elegante coche. El anciano pintor que á esas horas solia dormitar en su silla, se levantó sobresaltado: Matilde corriendo á la ventana quedó sorprendida al ver como salia del carruaje un jóven de notable desparpajo; mas luego reconoció en él al segundogénito de su tio el conde de Arhansen Donzdorf, quien le habia ofrecido sus respetos y manifestado su satisfaccion por el feliz término del litigio que dividia las dos ramas de la casa de Arhansen; y en general se habia mostrado muy deferente para con ella. No debe pues estrañarse que Matilde esperimentase una sorpresa agradable á la llegada del primo, mucho mas cuando en su aislamiento no tenia ocasion de recibir los obsequios de que tanto gustan todas las mujeres. El padre de Matilde en su testamento habia hecho algun legado á la rama menor de Arhansen-Donzfort para el dia en que Matilde llegase á la mayor edad, y como el anciano conde con motivo de sus dolencias no podia trasladarse personalmente al castillo de Matilde, habia enviado en su lugar á Arturo su hijo segundo, á quien sus estudios de derecho hacian muy á propósito para arreglar asuntos de aquella naturaleza. En esta calidad se presentó á su prima el jóven Arturo, quien le pidió hospitalidad para algunas semanas, cuya peticion fué graciosamente acogida.

Federico volviendo al castillo despues de una correría de algunas semanas, hacia galopar alegremente su alazan, porque acababa de ver desde léjos el coche de su actual señora, y lo tuvo á casualidad venturosa; mas se quedó cual herido por un rayo al descubrir en el pescante á un elegantísimo jóven que regia las riendas y se inclinaba hácia atrás para hablar familiarmente con Matilde que estaba sentada con la dueña en el fondo del coche. Entonces le atravesó el corazon un dolor para él desconocido, de suerte que apenas conservó bastante presencia de espíritu para saludar á su jóven señora. Sin reparar como á Matilde se le encendió el rostro al preguntarle su primo quien era aquel caballero que acababa de saludarla, metió espuelas al caballo, entró precipi-

tadamente en el castillo, y se fué al cuarto de su padre á fin de informarse de quien era ese nuevo personaje que tanta inquietud le causaba. Ese es, dijo su padre, el jóven Arturo, hijo segundo del señor Donzfort; el diablo es quien lo ha traido, porque se mezcla en todo, de modo que si esto continua, pronto tendremos amo nuevo y, adios administracion, por que no habrá quien lo aguante.

Apenas instalado Arturo en el castillo, estaba ya al corriente de las influencias que allí dominaban. Puesto en relacion con los dos ancianos en virtud de los poderes que traia de su padre, pronto comprendió cuanto era el influjo que estos dos hombres ejercian en el ánimo de la condesa. Además tenia motivos particulares para estudiar minuciosamente la situacion, como quien, fuera del encargo ostensible con que se habia presentado, maduraba en la cabeza un proyecto dirigido nada menos que á obtener la mano de su linda y jóven prima. Bien pronto hubo de conocer que le seria muy difícil neutralizar, al menos directamente, el influjo en cierto modo paternal del anciano pintor, por lo cual entendió que era preciso procurarlo por rodeos. En cuanto al segundo factotum del castillo que era el señor Resenten, la cosa parecia mas asequible. Segun antes hemos dicho, este caballero, desde que su hijo Federico volvió de sus estudios se habia colocado con respecto á la jóven condesa en una posicion un poco retraida y oficial, que le hacia menos influyente, de suerte que este peon del ajedrez de aquella familia podia ser con mas facilidad removido. Esto se propuso hacer Arturo con tanta mas prontitud en cuanto el hijo de este favorito doméstico osaba tener pretensiones á la mano de Matilde, segun pudo colegirlo de las semi-confidencias de la dueña de Matilde, á la cual consiguió ganar en favor suyo.

En las relaciones en que los negocios le pusieron con los tutores, habia procurado contrariar á Resenten y descontentarle, cosa que no le fué difícil atendido el obstinado carácter de ese hombre contra el cual empeñó la batalla. De aquí procedia el mal humor del padre de Federico al preguntarle éste noticias de lo que pasaba en el castillo. Apenas hubo llegado este jóven cuando el primo procuró minar el terreno bajo los piés de ese rival peligroso. Queriendo ante todo humillarlo por la superioridad que sobre su adversario se atribuia en cuanto al tacto para conducirse en la sociedad, habia ganado por medio de obsequios y de regalos á Ernestina Tranov, señora que en el castillo estaba destinada á hacer compañía á Matilde, y que era muy aficionada á intriguillas domésticas. Consecuente Arturo en la idea concebida, no solo se guardó de hacer difícil á Federico el acceso del castillo, sino que empeñaba á su prima á que con frecuencia invitára á un servidor tan amable, con el cual él mismo deseaba contraer relaciones. Matilde agradeció á Arturo la aparente benevolencia que manifestaba por Federico, á quien nunca dejó de conservar un afecto ver-

dadero. No podemos asegurar que Federico agradeciese otro tanto al señorito aquella atencion, porque la benévola condescendencia de su protector le pareció tanto mas difícil de soportar en cuanto no tenia el menor pretesto para manifestarle hasta que punto le disgustaba; lo cual era causa muy poderosa para que se presentase en la estancia de la condesa con un esterior y una apostura que le eran poco favorables. Todo esto no fué nada propicio á Federico, porque Matilde no encontraba motivo justificado para su mal humor, y sin deliberacíon prévia acabó por comparar á sus dos pretendientes y hubo de decidirse en favor de aquel que con mas asiduidad procuraba complacerla. Como además Ernestina favorecia las pretensiones de Arturo, y procuraba hacer notar todas las ventajas que tenia sobre el otro, el resultado fué que el primo cada dia iba ganando terreno en el ánimo de Matilde. Decíase, y al parecer no sin razon, que cuando la condesa fuese mayor de edad se casaria con ella.

Hasta entonces Federico ocultó en lo mas profundo del alma sus afectos, pero ya era preciso manifestárselos á alguno: y aunque parece que lo natural era que su padre fuese el depositario de sus confianzas, no creyó oportuno dirigirse al mismo por cuanto ya era cosa sabida la opinion de este atendiendo á la manera como miraba las cosas. Por esto pues depositó sus quejas amorosas en el corazon de su amigo Netscher. El anciano escuchó con aparente calma las confidencias del jóven, sin darle consejo, y sin manifestar su opinion de un modo esplícito, porque en efecto era difícil resolver que convenia decirle. En el estado actual de las cosas consideró prudente mostrarse mas reservado todavía de lo que fué hasta entonces, y no se dejó arrastrar por las estravagancias de Federico. En el principio de esta historia hemos referido uno de los desahogos de ese género, y semejantes escenas eran la comidilla de casi todos los dias, porque cuanto mas el jóven procuraba no encontrarse en los salones de la condesa con su dichoso rival tanto mas gustaba de ir á contar sus pesares al bueno de Netscher. En el momento poco ha citado el pintor estaba trabajando en el cuadro que destinaba como regalo para su señora en el dia en que llegase á la mayor edad, cuando Federico además del relato de sus pesares iba á participarle la alarmante noticia de que su padre acababa de ser jubilado con su sueldo entero. Ernestina comentó como una desgracia este suceso que segun la voluntad y las ideas de Matilde no era mas que un acto de benevolencia. La misma Ernestina se habia dejado decir que muy luego le llegaria su vez al viejo Netscher. Al tener éste noticia de lo uno y de lo otro, no hizo mas que menear la cabeza y decir estas precisas palabras «en cuanto á mí, hijo mio, tengo que pintar todavía»; y no obstante cuando Federico hubo salido de su cuarto Netscher sacó del caballete el cuadro comenzado.

El viejo pintor era el paño de lágrimas de todos, pues ahora el jóven primo se dirigió á él para hacerle tambien su confidente. Presentóse en el taller, y despues de algunas lisonjas soltadas con mucha astucia esplicó el motivo de su visita. Dijo que el difunto conde de Arhansen habia manifestado siempre muy vivos deseos de unir las dos ramas colaterales de la familia; que por esto se creia autorizado para esplicar sus pretensiones á la mano de Matilde, y que en semejante coyuntura invocaba la intercesion de un amigo del conde difunto, con el objeto de que le ausiliase á obtener su union con Matilde, la cual segun él entendia, estaba muy bien dispuesta á su favor, gracias á su esmero y á su gusto en complacerla. Netscher no respondió á esta confianza como no habia contestado á la primera: únicamente meneó muchas veces y de un modo significativo la cabeza, lo cual Arturo interpretó á favor suyo. Creyéndose autorizado con esto para ir mas adelante, añadió que segun podia traslucirse de las disposiciones testamentarias del conde, era indispensable que poco antes de morir hubiese hecho alguna declaracion verbal relativa á este negocio. Netscher meneó otra vez la cabeza con aire grave, y Arturo juzgó que podia soltar las últimas palabras. Ahora, bien, Señor mio, esclamó con afectada ternura, si vos me ayudais para que llegue á feliz término este deseado himeneo, podeis contar con una considerable recompensa por mi parte. ¿Y cuál seria? preguntó maliciosamente el pintor.

Arturo sacó de la faltriquera una carta y dijo. Mi padre acaba de ser nombrado ministro de la gobernacion: necesita un hombre capaz de desempeñar el cargo de inspector de las galerías de cuadros, y como sabe mis relaciones con artistas notables, se ha dirigido á mí á fin de que le indique un pintor digno de ocupar ese puesto, y el mismo dia en que yo me case con Matilde será presentada á mi padre la propuesta. ¿Pero qué puedo hacer en este negocio? preguntó el pintor. Únicamente se trata de que en calidad de depositario de la última voluntad de su padre digais una palabra en favor mio; ya veis que la cosa es muy sencilla. Muy sencilla sin ninguna duda, replicó el anciano sonriéndose: esto vale la pena de pensarlo. Dadme la carta, porque eso es muy posible. El conde se retiró creyendo haber alcanzado el triunfo.

Durante los tres ó cuatro dias anteriores á aquel en que Matilde debia llegar á la mayor edad, la puerta del taller del pintor estuvo constantemente cerrada, pretestando para ello que habia de dar la última mano á su cuadro. Llegó finalmente el dia tan esperado; las campanas del pueblo se echaron á vuelo, las autoridades locales, las personas de alguna distincion y todas las que constituian la familia del castillo se reunieron para felicitar á la jóven condesa. Al volver de la iglesia, Arturo pidió á su prima un momento para hablarle en secreto, y nadie supo el asunto de aquella conversacion, aunque se traslució que la condesa habia prometido contestar á la demanda de su primo el dia

siguiente. Entre todas las personas amigas, adictas ó dependientes de Matilde, la única que faltó á felicitarla fué Federico: en vano los ojos de la condesa recorrieron las salas en donde se hallaban todas aquellas personas reunidas, Federico no estaba, lo cual le disgustó en términos que estuvo á punto de pronunciar una palabra de la cual se hubiera arrepentido. En lo mejor de la ceremonia se adelantó el anciano Netscher en traje de gala y seguido de dos criados que traian un cuadro cubierto con un velo y colocado en el caballete. Todos los presentes dirigieron la vista al lienzo esperando con ansia el momento en que se levantase el velo. Alzóse por fin y apareció el cuadro que tenemos á la vista. Matilde quedó enamorada del mismo, la camarera que la peinaba y que ahora se encontró clavadita en el cuarto, no se cansaba de mirarlo, y el criado que traia algun objeto que para el peinado de la señora se necesitaba, se quedó como embobado reconociéndose en el lienzo cual si estuviera delante de un espejo. Los demás espectadores admiraron la semejanza de las personas que en aquella obra figuraban, y la condesa y su primo Arturo ponderaron como era razon no solo la semejanza de las personas sino el dibujo, la composicion tan sencilla como linda, y el colorido tan lleno de verdad que en el cuadro se ostenta. Matilde no podia sin embargo comprender porque queriendo el pintor hacer su retrato habia escogido el momento de peinarse, y no la retrató con traje de corte ú otro que indicase mejor su posicion social, ó en actitud que recordara algun momento de su vida ó algun suceso interesante. Esperó que hubiese cesado el ruido de la fiesta para preguntarle á Netscher porque habia hecho eso, pues no dudaba que léjos de ser una cosa casual estaba motivada por alguna causa y no por cierto insignificante. Asistió al opíparo almuerzo con que quiso obsequiar á sus criados y colonos, y á los aldeanos que habian ido á felicitarla; y ella misma les distribuyó al fin algun regalo que les recordase aquel dia famoso en la serie de los de su vida.

Cuando se hubo restablecido la calma en el castillo, Matilde llamó al pintor, cuyo continente grave la habia afectado bastante, y despues de elogiar muchísimo su obra y de darle por el regalo gracias muy espresivas le preguntó qué causa le habia movido á elegir para retratarla un suceso tan comun de su vida. Manifestóle el pintor que tratándose de un regalo de familia, cuyo objeto era perpetuar un acontecimiento tambien de familia creyó que el cuadro debia representar un asunto íntimo de la vida de su señora; asunto que además indicaba bien la franqueza con que su señora le trataba permitiéndole muchas veces asistir á su tocador. La esplicacion era bastante oportuna, mas no satisfizo á Matilde, porque en el tono del pintor pareció distinguir cierta reserva que indicaba algun misterio. No, amigo mio, le dijo, en este momento no hablais con la sinceridad con que estoy acostumbrada á oiros hablarme: en esto habeis tenido otro objeto que me ocultais y que deseo saber á toda costa. Pues

así lo mandais, señora, dijo Netscher, os hablaré francamente, aun á riesgo de que los dos tengamos una esplicacion que debe angustiarnos. ¡Angustiarnos! esclamó la condesa, hablad pronto porque ahora verdaderamente me siento ya angustiada. ¿Qué significa esto, amigo mio? Señora, dijo Netscher, es inútil que yo os recuerde la amistad con que me honró vuestro padre, los favores que le debí durante su vida, y la imponderable demostracion de confianza con que me distinguió en su testamento. Nada de esto habeis olvidado; como no he olvidado ni olvidaré yo tampoco las mercedes vuestras y las innumerables pruebas de estimacion y de cariño filial que he debido á vuestro corazon bondadoso. Mas sin que yo trate de investigar ni aun de saber las causas que á ello os han impulsado, vino un dia en que los antiguos servidores y amigos de vuestro padre y vuestros, no han tenido la fortuna de ocupar en vuestro corazon el lugar que hasta entonces les habiais concedido: el anciano y honrado Resenter ha sido en buenos términos despedido de vuestro servicio y aunque le ha sucedido su hijo Federico, el padre no obstante ha sido alejado de vuestra persona cuando su edad le permitia aun continuar en vuestro servicio. En cuanto á mí no he esperimentado igual desgracia, es cierto; mas desde el momento en que una persona mas agradable y unida á vos con los vínculos del parentesco, ha tomado conocimiento de vuestros negocios, ha intervenido en ellos, y ha manifestado un vivo interés hácia vuestra persona, la mia queda olvidada y como tolerada en consideracion á los años y á los servicios pasados. Hace seis meses que me permitisteis entrar una mañana en vuestro cuarto tocador para daros conocimiento de algunos negocios, me recibisteis con la bondad y el cariño á que yo me habia acostumbrado, me hablasteis con la amabilidad y el interés que desde vuestra edad mas tierna me habiais demostrado, y aun me obligasteis á aceptar con motivo de ser ese dia el de mi cumpleaños un regalo que encima del tocador teniais prevenido. Ese fué el último dia en que hallé en vos la señora á cuyo servicio me habia consagrado: yo no sé lo que sucedió en ese dia aunque conmigo no sucedió cosa alguna: mas la verdad es que desde entonces nunca el anciano Netscher ha sido para vos lo que antes era. Pocas veces me habeis llamado, en ellas vuestra conversacion ha sido muy corta y reducida á los negocios de que era indispensable daros noticia: desde ese dia no he oido de vuestros labios ninguna palabra de estimacion y menos de cariño, parece que vuestros ojos huyen de encontrarse con los mios, y en una palabra, desde ese dia conozco que no sois para mí aquella jóven buena y tierna, á cuya amabilidad me habia yo acostumbrado en el largo trascurso de veinte años. Mi persona es un estorbo, sino á vos, á otros que os rodean, y yo que preveo que está muy cerca el momento de separarme de vuestro lado he querido que mi última obra representase el último momento en que disfruté de vuestra consideracion y de vuestras bondades. Hé aquí,

señora, porque elegí para asunto de mi postrer cuadro esa escena de familia, trivial y comun si quereis; mas que para mí ha sido la última de las muchas felices en las cuales he sido actor en esta casa. Y he elegido el dia de hoy para presentároslo porque en este dia espira la tutela de que me encargó vuestro muy amado padre.

Matilde se quedó asombrada. Miró fijamente al pintor, recorrió en un momento todos los dias de su vida, recordó su padre, vió cual pintados en una tela los servicios del anciano, su celo, su amor, sus consejos, su esmero en el cuidado de sus intereses, y de repente sus ojos soltaron un mar de lágrimas. Sois injusto, esclamó al fin; yo os juro que en mi corazon ocupais el mismo lugar que siempre; os amo, os respeto, y me siento tan inclinada á vos como inclinada me sentia á mi padre. Si he concedido la jubilacion á Resenter, ha sido para librarle del peso de tantos negocios, no para alejarle de mí; no para que se separara de mi casa, sino para dejarle mas libertad, mas absoluto dominio sobre su persona, sin ninguna clase de dependencia con relacion á la mia. En cuanto á vos, nunca con ánimo deliberado he querido ofenderos: y no sé como en mi trato habeis podido notar el menor indicio de frialdad cuando os repito que en mi corazon ocupais el mismo lugar que siempre. Habeis hecho alusion á mi primo: le aprecio, es cierto, le he dado pruebas de estimacion y deferencia; pero, ¿qué peligro puede haber en confiarse á una persona de la familia que no aspira sino á complacerme? No hablaré de mí, dijo Netscher; yo quiero creer que me amais cual me amabais; pero el amor paternal que os profeso no me permite ocultaros lo que siento con respecto á otras personas. Decís que no puede haber riesgo en las deferencias y en la estimacion hácia vuestro primo, y en esto, señora condesa, padeceis un engaño que puede seros funesto. Vuestro primo os ha cogido en sus redes. Vos obedeceis sus órdenes sin comprenderlo, y hasta contra vuestra propia voluntad, no sois dueña de vos misma, y en verdad podeis decir que no os perteneceis. Poco ha faltado para que todos los mas adictos servidores de vuestro padre no hayamos sido echados de esta casa.

En aquel momento se abrió ruidosamente la puerta de la sala, y apareció con aire altanero el jóven Arturo. No pensaba abandonar todavía el campo sin ver el efecto que produciria su persona. Adelantóse hácia Matilde y lanzando al pintor una mirada furiosa á la cual éste contestó dirigiéndole otra con la mayor calma del mundo, dijo: no puedo creer, hermosa prima mia, que cuando sois mayor de edad permitais á vuestros servidores que me pongan en ridículo, bien con obras, bien con palabras. Quiero saber si los homenajes del hombre mas allegado á vos despues de vuestro padre os importan mas que los interesados consejos de vuestros servidores. ¿Quereis cumplir en mi persona los votos hechos por vuestro padre en su lecho de muerte, votos que vuestro

tutor no osará desmentir en mi presencia? No, esclamó Netscher, arrojando una carta á los piés de Arturo, no quiero ser inspector de museos. Y volviéndose á Matilde le dijo. ¿Creeis que soy capaz de cometer un perjuro?—No, ciertamente que no.—Pues bien, yo os juro que nunca ocurrió á la mente de vuestro padre hacer lo que os han dicho. Basta ya de comedia, yo no quiero figurar en esta intriga. Arturo aun se adelantó un poco hácia su prima como para decidirla, mas observando que Matilde derramando lágrimas se dejaba caer en brazos de su anciano protector, juzgó que habia perdido la partida y salió de la estancia.

¡Dios sea loado! esclamó Netscher oyendo resonar por el corredor los pasos de Arturo. Llevóse á la condesa hácia el divan, y procuró consolarla. Matilde recobró muy luego su tranquilidad habitual, y sostuvo que nunca habia amado á su primo, diciendo que solo por mera distraccion habia escuchado las galanterías de Arturo, sin contrariarle nunca en cosa alguna á escepcion de..... y aquí se detuvo, á escepcion de lo que correspondia á Federico, dijo el pintor supliendo lo que Matilde callaba. A estas palabras rompió de nuevo en lágrimas. Ahora, pensó el anciano, he tocado por fin la cuerda delicada. A fuerza de insinuarse acabó por arrancar á su pupila dos confesiones esplícitas. Matilde habia amado á Federico desde su edad mas tierna; y cuando volvió de sus estudios su amor fué todavía en aumento. Durante la vida del conde ese amor estuvo alimentado por la frecuencia con que los dos jóvenes se trataban, y aunque despues de la muerte del padre á la frecuencia del trato habia sucedido el aislamiento, este en nada disminuyó aquel afecto de la juventud. Finalmente intervino el primo Arturo, y Matilde que nada sabia de los proyectos de éste creyó que Federico atizado por los celos se declararia mas francamente, por lo cual ella en apariencia habia alentado á su primo con la esperanza de que esto aceleraria el desenlace que ella deseaba. Las cosas tomaron un sesgo distinto, porque Federico en cierto modo se dejó vencer y Matilde resentida apareció no ocuparse de él absolutamente. Netscher oyó con gran gozo estas aclaraciones que tanto favorecian sus intentos, y contó á su interlocutora que Federico estaba tan dispuesto como ella y no tuvo valor de declararse; y que hallándose las cosas en una misma situacion por ambas partes, habia medio de entenderse, y de cumplir cuanto antes los deseos que en el lecho de muerte habia manifestado el difunto conde.

El pintor corrió en busca de Federico, y al atravesar el puente del castillo casi le aplastó el coche de Arturo que partia volando, en compañía de la dueña que se habia decidido á favor suyo. Netscher encontró al anciano Resenten ocupado en sermonear á su hijo porque no se habia presentado en la ceremonia de la mañana. Oid, amigos mios, dijo el pintor. ¿Quereis ayudarme para dar un chasco á Arturo? Aunque sean mil, dijo el anciano. Dadme pues pala-

bra de no contrariarme y seguidme al castillo, y que me siga tambien Federico. Siguieron al pintor que los condujo á la estancia de Matilde, en donde Netscher tomando grave y solemnemente la palabra, dijo: Abrazaos, hijos mios, el conde de Arhansen desde su lecho de muerte os bendice por mi mano, y os declara á vos Matilde la esposa de Federico aquí presente.


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SEVILLA



The Gamesters — Les Joueurs. — Die Spieler

Gracze

LOS JUGADORES.

(CUADRO DE CARAVAGGIO.)

[illegible] el hombre se deja arrastrar por la [illegible] por los [illegible] [illegible] la lujuria, la tem-[illegible] y el juego. Bien puede [illegible] que los tres [illegible] no obstante aun cabe, considerándolos detenidamente, hallar entre los tres muy grande diferencia. El primero suele menguar con la edad y aun antes que por ella, contrayendo obligaciones de familia [illegible] le hacen fijarse en los deberes que su nuevo estado le impone [illegible] deran apetitos que fueron [illegible] ningun [illegible]. Ese vicio ademas es muy [illegible] lo conducirá á otras desgracias [illegible] de la salud [illegible] perjudica á él solo. Tiene [illegible] indulgencia y perdonarle [illegible] del mismo se hallan [illegible] y bondad de corazon que no se desmiente [illegible] de suerte que de los tres vicios dichos [illegible] de menos funestos resultados, el uno que no llega [illegible] al hombre [illegible] que no le hace [illegible] le arrastra á delitos de otra esfera. Y [illegible] de donde [illegible] con que es mirado y esa facilidad con que al-[illegible] canza el [illegible] que lo reprueban.

El de la [illegible] es [illegible] y asqueroso: por desgracia [illegible] con la edad [illegible] al hombre, aumenta su embrutecimiento [illegible] [illegible] repugnante, le [illegible] á lugares en donde [illegible] si no tuviera ese vicio, y [illegible] por dominarlo y [illegible] [illegible] á que podria [illegible]. La repugnancia que [illegible]



LOS JUGADORES.

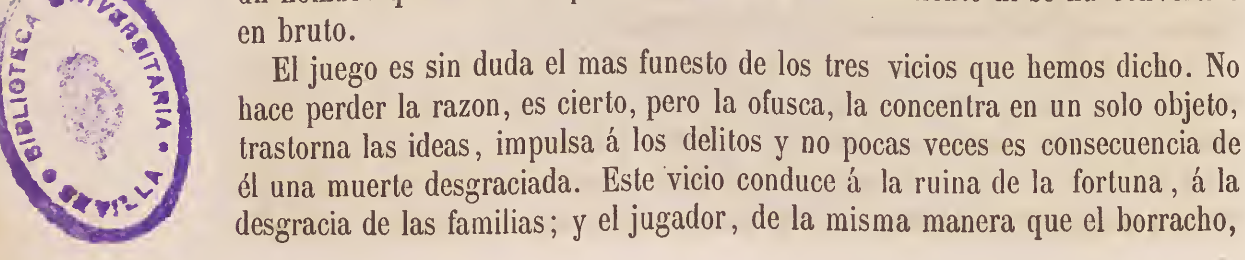
(CUADRO DE CARAVAGGIO.)

Entre los vicios á que el hombre se deja arrastrar por la mala educacion, por los ejemplos perniciosos, ó por otras causas, descuellan la lujuria, la borrachera y el juego. Bien puede decirse de ellos que los tres son peores: mas no obstante aun cabe, considerándolos detenidamente, hallar entre los tres muy grande diferencia. El primero suele menguar con la edad y aun antes que por ella, contrayendo obligaciones de familia, que atan al hombre á su casa, le hacen fijarse en los deberes que su nuevo estado le impone, y le moderan apetitos que fueron desordenados cuando no tenian ningun contrapeso. Ese vicio además es muy difícil que arruine á ningun hombre, y de seguro no le conducirá á otras desgracias, si ya no es á la pérdida de la salud, lo cual le perjudica á él solo. Tiene además ese vicio el privilegio de ser mirado con indulgencia y perdonado con facilidad suma, porque en el hombre que adolece del mismo se hallan por lo general dotes recomendables, y bondad de corazon que no se desmiente casi nunca. De suerte que de los tres vicios dichos, es el de menos funestos resultados, el solo que en rigor no degrada al hombre, puesto que ni le hace perder la razon ni le arrastra á delitos de otra esfera. Y he aquí de donde nace esa indulgencia con que es mirado y esa facilidad con que alcanza el perdon de los mismos que lo reprueban.

El de la borrachera es el mas feo y asqueroso : por desgracia no se corrige con la edad, embrutece al hombre, trastorna su entendimiento, da á su fisonomía un aire repugnante, le conduce á lugares en donde se sentiria degradado si no tuviera ese vicio, y acaba por dominarlo y hacerle inhábil para todas las tareas á que podria dedicarse. La repugnancia que causa es general, escita la

burla de los niños, la ira de los hombres, y una lástima que raya en desprecio por parte de los que contemplan los efectos que produce. Este vicio absolutamente hablando no causa la ruina de nadie: mas como inhabilita para el trabajo, de un modo indirecto, viene á producir igual resultado. El hombre borracho no se enmienda con los años ni contrayendo nuevas obligaciones, ni debiendo cumplir nuevos deberes: al contrario; todo esto no sirve sino para aumentar el número de las víctimas de su razon estraviada.

Es la borrachera una especie de locura durante la cual el hombre privado de la razon se ensangrienta con cuantos le rodean, maltrata á su esposa y á sus hijos, lleva la consternacion á su casa, y ahuyenta de ella para siempre la ventura y la paz, porque cada dia se reproduce la escena del anterior, y se repite el triste espectáculo de sus locuras. Con justo motivo se califica este vicio de vergonzoso, y por desgracia no es tan aborrecido como merece; porque entre las falsas ideas que ha ido introduciendo el refinamiento de la civilizacion, ha cundido la de que una borrachera hasta cierta medida ni es vergonzosa ni degrada. Y sin embargo degrada; el que la contrae aunque solo sea en ese primer período hace cosas que no haria en estado sereno, habla mas, es indiscreto, cuenta lo que debiera haber callado, y si no escita la lástima ni el desprecio de cuantos le observan, provoca por lo menos su risa, que tanto vale como hacerse objeto de burla de sus comensales. La moda ha dado en indultar ese vicio hasta cierto grado, mas en el tribunal de la fria y cabal razon nunca podrá esa indulgencia ser bien admitida, cuanto menos sancionada. Al leer las biografías de hombres grandes en cualquier género ¿á quién no se le agua todo el gusto, no se le hiela todo el entusiasmo, no se le cae el libro de las manos, si por desgracia encuentra que su héroe alguna vez tuvo la desgracia de entregarse á ese asqueroso vicio? Alejandro Magno pierde todo su mérito y se convierte en un hombre despreciable cuando le vemos borracho en la mesa y rodeado de sus generales. De este modo podríamos citar ejemplos de otros hombres de esos mismos quilates; al ver que no supieron conservar entera y clara su razon durante toda la vida nos consideramos inmensamente mas grandes que ellos en nuestra posicion modesta, por mucho que lo sea. Y nos consideramos bien, porque la borrachera convierte al hombre grande y al pequeño en un ser irracional, y nunca tales seres valdrán lo que un hombre que no ha empañado nunca su entendimiento ni se ha convertido en bruto.





El juego es sin duda el mas funesto de los tres vicios que hemos dicho. No hace perder la razon, es cierto, pero la ofusca, la concentra en un solo objeto, trastorna las ideas, impulsa á los delitos y no pocas veces es consecuencia de él una muerte desgraciada. Este vicio conduce á la ruina de la fortuna, á la desgracia de las familias; y el jugador, de la misma manera que el borracho,

lleva la consternacion á su casa, maltrata á su mujer y á sus hijos y no repara en apostar sobre un naipe el pan que está obligado á dar á esos séres cuya existencia depende de él solo. El jugador todo lo considera materia apta para dar pábulo á su fatal inclinacion; los bienes propios, los de su esposa, el dinero que pide prestado á sus amigos, el que estafa á los buenos y á los tontos, y muchas veces el que roba, porque el juego conduce al robo, y el robo lleva no pocas veces al asesinato. Un fraude, un engaño á fin de arrancar dinero es para el jugador una falta leve. Tambien ese vicio modifica las facciones del que lo tiene; por lo general está pálido, y como receloso; porque no tiene un momento de sosiego, juega con afan cuando gana, juega con afan cuando pierde, y juega con afan cuando la fortuna se empeña en no decidirse en pro ni en contra suya. Sabe el jugador que la ley y sus ejecutores le persiguen, tiene que convertirse en espía, ó buscar espías que le adviertan el peligro; ha de jugar en lugares recónditos, cuya entrada es un secreto, allí está intranquilo porque tal vez será sorprendido por los ejecutores de la ley, tal vez engañado por sus compañeros, tal vez estafado por un jugador petardista, tal vez robado por los mismos á quienes gana el dinero, tal vez comprometido en algun lance peligroso por las riñas á que el juego es muy ocasionado. El jugador siente como un sudor frio baña su cuerpo al paso que desaparece el oro que tenia delante; la envidia lo devora mirando como el jugador de enfrente va acumulando monedas, se irrita contra la suerte tenaz que lo persigue, y mientras ve como su caudal desaparece da tormento á su cabeza discurriendo de dónde y de qué manera sacará nuevos recursos. En donde ve oro, aun fuera de la casa de juego, sus ojos se fijan con una avidez indefinible; y si no temiera la ira del dueño ó los rigores de la justicia humana arrebataria ese oro, para con él buscar mas oro, que le proporcionase mas oro todavía. Porque el jugador nunca ha ganado ni ha perdido bastante mientras haya que ganar ó tenga que perder, y si sus compañeros quisieran admitirle todo lo que él apostaria, su mujer y sus hijos irian á parar al azar de una carta. Es atroz ese vicio; no tiene correctivo, y el hombre á quien domina puede considerarse feliz si termina su vida sin haberse manchado con un crímen.

Las leyes prohiben los juegos de azar, lo cual es una de las mas insignes necedades que han cometido los legisladores. Cierto que los juegos de azar son malos, pero los funestos resultados del juego no tanto se deben á la clase del juego á que el hombre se entrega como á la cantidad que en él apuesta. Hay juegos permitidos en los cuales es posible perder en pocas horas una fortuna, al paso que puede estarse perdiendo toda una noche en un juego de azar y perder una cantidad insignificante. La desgracia hija del juego no depende de la índole de este sino de la cantidad apostada. Muchos lectores recordarán sin duda haber visto en nuestros teatros la representacion de un drama traducido

del francés, cuyo título era *Treinta años ó la vida de un jugador*. Esta obra que al decir de los inteligentes tenia escaso mérito literario y pecaba contra todas las reglas del arte, era no obstante un fiel trasunto de lo que puede acontecer á un jugador, y una grande leccion para hacer odiar ese vicio. Seria sin duda muy provechoso que esa representacion se repitiera de tiempo en tiempo, que poco importa ver obras literarias literariamente malas si en ellas hay un grande fondo de moralidad, y un escarmiento á propósito para corregir las costumbres. En medio de las muchas comedias que no tienen otro objeto que dispertar pasiones, no estaria sino muy bien colocada la que pudiese contribuir á que se detestára un vicio de tan espantosos resultados.

No hay en la persecucion del juego ni la eficacia ni la constancia que debiera: casi es un sarcasmo de la ley lo que se está practicando: se persigue el juego del sacanete en los fosos y en la playa, en donde los jugadores no tienen para perder mas allá de algunos cuartos; mientras en los salones de techos dorados y de ricas butacas y de pintadas alfombras ruedan por encima de las mesas las monedas de oro que nunca han figurado en un juego de sacanete. El juego entre las clases elevadas y ricas es hoy una diversion honesta, lícita y sancionada, cual si el local, y la finura de las barajas y del tapete de las mesas le quitaran á la cosa su intrínseca y pervertidora malicia. Subversion de ideas que en esto como en muchas otras cosas deploramos. Si pudiésemos ver el catálogo de los delitos á que el juego ha conducido, sin duda nos inspiraria mas horror y volveria mas celosos á los que tienen el deber de perseguirlo.

Este vicio es antiguo, todos los pueblos lo han conocido y en todos ha sido orígen de otros males y delitos. La historia está encargada de transmitirnos los nombres de los pueblos y de los hombres que mas se distinguieron en la aficion á este vicio funesto, y no es oportuno registrarla para continuar aquí esa lista que podria considerarse inoportuna. Si nos hemos permitido esta escursion no es con otro objeto que con el de ponernos en escena á fin de presentar el resúmen de la vida de un jugador, que fué al mismo tiempo un artista eminente. Este hombre era Caravaggio.

Siempre que los pintores italianos abandonan el género de pintura ideal para representar la naturaleza y los caractéres cuales son, se quedan muy inferiores á los holandeses, sobre todo en lo que toca al asunto, á la forma y á la espresion. Sin embargo tanto aquellos como estos artistas pintan la vida con una verdad sorprendente; con la diferencia de que el holandés siempre calmoso y reflexivo describe con predileccion la vida esterior, mientras que el italiano cediendo á su carácter meridional no ve mas que el lado interior y psicológico de la vida humana.

Entre los pintores italianos cuyos cuadros arrebatan por la verdad aun en

medio de los estravíos de una imaginacion fantástica y ardiente, debe ser contado Miguel Ángel, Amerigi, ó Merighi, conocido por Miguel Angel Caravaggio porque habia nacido en el pueblo de este nombre en el milanesado. Vino al mundo en 1359, fué oficial de albañil y habiendo podido despues de superar mil obstáculos seguir su inclinacion á la pintura, estudió los grandes maestros venecianos, y muy luego se hizo conocer en Roma por la energía con que procuraba, fiado en la naturalidad y verdad de sus composiciones, luchar contra el mal gusto y el carácter insulso y exagerado de la escuela italiana. Sus escenas representaban por lo comun bajo un aspecto sorprendente aunque verdadero las mas terribles pasiones del corazon humano; y para representarlas cual su naturaleza las concebia, por lo general buscaba sus asuntos en la esfera mas baja y mas inculta. En todos los cuadros en que el asunto está en armonía con el género particular del pintor, Caravaggio es un artista perfecto, su colorido y su entonacion son magníficos. Aunque tal vez trata con un poco de aspereza las composiciones mas sublimes, siempre sabe imprimirles el sello de su talento y de su genio.

La vida de Caravaggio guarda muy íntima relacion con los asuntos que escogió para sus obras: de la misma manera que estas, aquella está llena de grandes afectos, porque todas las pasiones encontraron en ella su cabida. Era pendenciero y jugador, y la violencia de su carácter acabó por hacerle intolerable. Muy jóven todavía llegó á Roma despues de haber estado en Milan y en Venecia, y en época en que José Césari, llamado Josefino ó Caballero de Arpino era el jefe de la escuela de Roma, y el pintor mas señalado entre los amanerados. Su colorido vivo y su habilidad estraordinaria le habian convertido en el primer pintor de aquella escuela y en el favorito de Clemente VIII y del cardenal obispo Ottoboni de Palestrina. Caravaggio procuró hacerse amigo de aquel maestro, y á pesar de la absoluta oposicion entre los géneros de pintura á que respectivamente se dedicaban, muy luego fueron íntimos camaradas. Sus relaciones aun se estrecharon mas cuando el ardiente Caravaggio sintió por Teresa, linda hermana de Césari, una pasion violenta cual lo eran todas las suyas; mas á fuer de caprichoso é inconstante no tardó en romper esas relaciones amorosas con la misma prisa con que las habia contraido.

Ofendido Césari por ello, le reconvino con mas acrimonía de lo que era capaz de tolerar el violento carácter de Miguel Angel; de suerte que muy luego provocó á su antiguo compañero y maestro, y no tuvo reparo en desafiarle. Josefino, fuese que temiera el valor de Caravaggio, ó que realmente quisiese respetar las costumbres y las leyes caballerescas, se negó á admitir el desafío, manifestando que siendo como era caballero no podia batirse con quien no tuviese este carácter. Caravaggio ofendido por tal desaire fué á Malta, en donde el Gran Maestre le hizo caballero; mas las distinciones y los honores de que en

la Orden lo colmaron, no fueron parte á contener la violencia de su carácter. Insultó sin motivo plausible á un caballero de la poblacion, fué metido por ello en la cárcel, y gracias á la intervencion de algunos amigos pudo salir de allí, pero con la condicion de que se ausentaria de Malta.

Dirigióse de nuevo á Roma, y desgraciadamente en el camino fué atacado y robado por una cuadrilla de bandidos que le dejaron por muerto, y aunque no lo estaba, sin embargo falleció de resultas de ese lance en el año 1609. El cuadro cuya copia tenemos á la vista con el título de *Los jugadores* se refiere á un interesante episodio de su vida. La escena que representa le obligó á huir precipitadamente de Roma, con motivo de una muerte perpetrada en una casa sospechosa, á consecuencia de una noche de orgía y de una partida de juego desgraciada. Este suceso tuvo lugar despues que desafió á Césari y antes de ir á Malta á tomar el hábito de caballero.

Al abandonar á Teresina por efecto de su carácter inconstante, se asoció á una reunion de jóvenes de buenas familias de Roma, y de artistas alegres, y muy pronto se convirtió en modelo de los calaveras de la ciudad eterna. Precisamente en esos desafíos, en esas orgías, en esas seducciones de mujeres, en una palabra, en medio de esa vida desordenada y borrascosa, y que hubiera costado la vida á cualquiera otro, tuvo nuestro artista sus mejores inspiraciones, y encontró los tipos para esos cuadros, incomparables por su sublime energía y su parte patética.

Tales fueron los primeros pasos que dió en su carrera despues de haber dejado el taller del maestro, y en ese mismo momento comienzan su fama artística y su malísima opinion en cuanto á su conducta. Sus cuadros recibidos con entusiasmo por los italianos cuya imaginacion es naturalmente acalorada, llevaban el sello de las ideas, que en esos tiempos precursores de la guerra de treinta años, fermentaban ya en todas las cabezas. Las obras de Césari y de sus partidarios, faltas de nobleza y de energía, quedaron reducidas á su verdadera importancia que era nula. Caravaggio presentando, con mucha fuerza y con incontestable verdad de espresion, todas las pasiones que es capaz de sentir el corazon humano, declaró una guerra á muerte á su antiguo amigo y á su escuela.

Aunque estuvo aislado hasta esa época, entonces recibió un poderoso refuerzo. Ludovico Caracci habia fundado en Bolonia la academia *degli incamminati*, que se propuso verificar en Italia una completa reforma en el arte. Agustin y Anibal Caracci discípulos de esa escuela fueron á Roma á fin de emprender los trabajos de la galería de Farnesio. Agustin Caracci, autor de esas seductoras composiciones, grabadas en cobre, y que llevaba una vida desarreglada, ni mas ni menos que Caravaggio, se hizo muy pronto su íntimo amigo, y los tres artistas se lanzaron juntos contra la escuela de Césari, cuyo descrédito y

ruina habian decidido. Es imposible describir el ódio que desde esa época concibió Césari contra Caravaggio, á quien consideraba autor de aquella conjuracion; pues hasta entonces se habia lisonjeado con la esperanza de que Miguel Angel renunciaria á su vida de tronera, para dar la preferencia á su antiguo amigo sobre los pendencieros y espadachines, y que abandonaria á las mujeres públicas para volver al lado de Teresina. Logrado esto no hubiera sido difícil convencer al jóven artista de que era preciso que en sus cuadros cercenase el esceso de vigor y descendiera al nivel de los amanerados; pero Caravaggio puesto en manos de los Caracci, reformadores rígidos, no podia volver á su antiguo maestro ni á Teresina.

Convencido el maestro de que no era asequible su empresa, se apoderó de su alma un vivo deseo de venganza. Balsano de Arpino, capitan de la guardia del Papa y hermano de José se encargó de castigar al ingrato: mas no osando atacar por sí mismo á un adversario tan temible, el cobarde romano se dirigió á un oficial de los esbirros llamado Juan Hasli, suizo de nacimiento, y conocido por su mucha destreza en el manejo de la espada. Hasli bien galardonado prometió provocar al pintor y darle muerte. Los Césari le indicaron el local en donde Caravaggio y sus amigos pasaban las noches en medio de los placeres, y Hasli acompañado de uno de sus soldados, se dirigió á la casa que le habian indicado.

Al llegar allí, en la estancia nadie habia sino Caravaggio, que era el huésped mas asíduo de la gorda siciliana, dueña de aquel bodegon con honores de taberna. Cerca de él se colocaron muy luego algunos jóvenes de mala traza, que miraban como iba vaciando sus bolsillos y arrojaba sobre la mesa algunos centenares de monedas de oro, recibidas poco antes por precio de uno de sus cuadros. Hasli que habia entrado con ánimo de comenzar bruscamente las hostilidades insultando de buenas á primeras al pintor, se detuvo á la vista del oro y reflexionó un poco, pensando que si mataba al hombre no podria apoderarse de aquella suma, por lo cual era mejor saquearlo primero y darle muerte despues. Arreglado su plan entró en conversacion con el artista, que no se la negaba á nadie, y no tuvo reparo en cojer la baraja apenas el suizo le hubo invitado á verificarlo. Estaban pues sentados con las cartas en la mano delante de una mesa cubierta de dinero mientras que el esbirro, envuelto con la capa miraba el juego con aire al parecer indiferente. Hasli y Caravaggio eran jugadores de profesion, pero el primero era además un pillo redomado. Gracias á esta circunstancia ganó en pocos momentos una crecida cantidad de monedas, de suerte que el pintor estaba asombrado al ver la rapidez con que iba perdiendo; mas continuó el juego, sin pensar ni por asomo que tuviese que habérselas con un miserable petardista. Viendo muy luego que apenas le quedaba moneda ninguna, en un momento de ira tiró las cartas so-

bre la mesa y se levantó repentinamente. Entonces vió detrás de él al esbirro, en quien no pensaba, y con una ojeada adivinó que este infame por medio de señales ya convenidas habia revelado á su competidor las cartas que tenia en la mano. Con la rapidez del relámpago sacó la espada y la sumergió en el pecho del capitan que quedó muerto en el acto. En el momento hubo de apelar á la fuga; y felizmente consiguió evadirse de la persecucion de la justicia.

En cuanto á José Césari, á despecho de todos sus esfuerzos, sucumbió á los golpes de sus encarnizados enemigos en el arte: vivió mucho mas tiempo que sus glorias, al paso que los cuadros de Caravaggio aun hoy escitan la admiracion del mundo artístico. Es muy probable que Césari para satisfacer su venganza dirigiese la emboscada en la cual, segun dijimos, recibió Caravaggio las heridas de cuyas resultas murió al cabo de poco tiempo.



E. Meyerheim pinx.   A. H. Payne sc.

Les petits chats.
The Kittens. Die Kätzchen.

CECILIA.

CUADRO DE [illegible]

[illegible] El aire era [illegible] y [illegible] fresca en aquel [illegible] que [illegible] por muy frio. En el interior de la cabaña, [illegible] y [illegible] á una jóven madre vistiendo á su hijo, que [illegible] de modo alguno [illegible]; y no en verdad porque [illegible] carácter [illegible], sino porque á los piés de la madre [illegible] con sus hijuelos estaba [illegible]. El niño queria de [illegible] por consiguiente [illegible] de los [illegible] que efectivamente logró, y [illegible] de la sala, que no dejaba de estar algo inquieta [illegible] que con este [illegible] de sus pequeñuelos. Los azules [illegible] de la madre [illegible] rostro lejos de afearse por [illegible] á su hijo mil caricias, [illegible] el niño [illegible] con la gata y los pequeños, [illegible] madre.

Un jóven que [illegible] estaba con los ojos clavados en [illegible] rostro de aquella madre, [illegible] naturalísima posicion [illegible]. Aquel [illegible] un robusto [illegible] y [illegible] una brillante [illegible]. Su hermosa [illegible] con el cariño que le [illegible] y sus [illegible] contemplaba á



CECILIA.

(CUADRO DE GASPAR NETSCHER.)

Érase un dia hermoso y el sol atravesaba alegre por las ventanas bajas de una cabaña inmediata á un pueblecito puesto al pié del Montblanch en los Alpes. El aire era manso, y como en la noche anterior habia llovido, la atmósfera estaba fresca en aquel grado que para los hijos del mediodia es reputado por muy frio. En el interior de la cabaña, pequeña pero limpia y perfectamente arreglada, veíase á una buena madre vistiendo á su hijo, que no queria de modo alguno consentirlo: y no en verdad porque tuviese carácter lloron ni avieso, sino porque á los piés de la madre una gata con sus hijuelos estaba comiendo pan mezclado con leche en una pequeña hortera. El niño queria de todos modos bajar de las rodillas de su madre y pugnaba por conseguirlo; lo que efectivamente logró y se púso á acariciar el espinazo de la gata, que no dejaba de estar algo inquieta al ver el trastorno que con esto sufria la comida de sus pequeñuelos. Los azules y bellos ojos de la madre espresaban con dulzura maternal el descontento; pero aquel hermoso rostro léjos de afearse por esto se ponia mas agradable y atractivo. Decia á su hijo mil caricias, procuraba atraerlo, y vestirlo, pero el niño divertido con la gata y los pequeños, no tenia traza de dar gusto á su madre.

Un jóven que acababa de entrar sin ser oido estaba con los ojos clavados en el agraciado rostro de aquella mujer, cuya naturalísima posicion le tenia al parecer embelesado. Aquel hombre era un robusto montañés, vestido de verde, y armado con una brillante carabina. Su hermoso rostro moreno estaba aun mas embellecido con el vigote que le comunicaba un aire varonil muy agradable, y sus facciones tenian una viveza estraordinaria mientras contemplaba á

la hermosa Cecilia. Por fin habia ésta conseguido entre la fuerza y las amenazas, colocar al niño encima de las rodillas y vestirle; y mientras lo verificaba advirtió al forastero, y sin manifestar ninguna clase de susto ni aun de sorpresa le dijo. Muy temprano venís á cazar hoy, señor Astorf. Es que quiero continuar la tarea comenzada ayer, contestó el montañés: y por cierto que os guardé algunas piezas para ofrecéroslas; y si hoy tengo mas buena suerte os traeré algo mejor esta noche, con tal que me prometais abrirme la puerta en el caso de que vuelva tarde, como lo temo porque pienso ir algo léjos. Y diciendo esto dió la vuelta al morral y vació su contenido en el hogar en que estaba hirviendo la sopa del desayuno. Cecilia que se habia levantado, miró el regalo que acababa de recibir, y dijo: todavía otro regalo, señor Astorf, despues de los muchos que me habeis hecho, de modo que siempre os quedo deudora, y no sé de qué modo agradecer vuestras bondades. Pablo le cogió las manos y mirándole fijamente los ojos le contestó: Bien sabeis que por vos estoy dispuesto á hacer mucho mas, y que removeria los cielos y la tierra para agradaros. Aun haria por vos mucho mas si consintierais en darme otro nombre, os llevaria en brazos, y mi casa seria la vuestra en reemplazo de esta humilde cabaña, en donde me da mucha angustia veros sola y casi abandonada.

Ya Pablo habia muchas veces manifestado esto mismo á la jóven, pero ella evitó siempre contestar directamente, y aun darse por entendida. En esta ocasion inclinó los ojos al suelo, y meneando la cabeza, dijo á media voz. Es imposible, Pablo, no conviene, no me hableis de eso porque os aseguro que es imposible. Pablo dejó caer su cabeza sobre el pecho no sin exhalar un suspiro, y su rostro tomó una espresion sombría. El corazon de Cecilia no pudo menos de entristecerse, y á fin de dar otro giro á la conversacion, y esforzándose en ponerse risueña, dijo: Contadme lo que ayer os impidió volver antes de la noche. Astorf levantando la cabeza respondió: Habia andado ya bastante, cazando siempre, cuando pensé en volver á casa y caminando hácia la carretera, parecióme de repente ver en un grupo de árboles un oso. Ocultéme al punto y con cautela detrás de un árbol para tomar mejor la puntería, y disparé; mas apenas oí el estruendo del tiro cuando me respondió una voz humana. Corrí temblando de piés á cabeza por temor de haber muerto á alguno, y me encontré con un viajero acurrucado contra el tronco de un árbol; pero tan oculto entre las malezas, que no quedaba en descubierto mas que el gorro que sobre la cabeza tenia puesto, y precisamente la bala le atravesó ese gorro y el hombre tuvo la fortuna de salir del paso sin mas daño que el susto. Apesar de que le manifesté mi inocencia, y la alegría que me causaba el no haberle causado ningun daño, agarróme con fuerza y me vituperó con grandísima dureza. Híceme cargo del susto que habia tenido y del peligro que acababa de correr, y perdonándole sus reconvenciones por fin logré en buenos términos

apaciguarlo y supe que queria trasladarse al pueblo del otro lado del Mont-blanch, y que el guia que le acompañaba ayer le abandonó á consecuencia de una disputa, que sin duda debió de ser muy formal, porque como sabeis, nuestros guias no dejan nunca á los viajeros aunque se porten mal con ellos y los maltraten, pues creerian cometer una infamia esponiendo la vida de aquel que la confió á su lealtad y á su práctica. Díjome que hallándose solo y desconociendo las veredas habia acabado por perderse en mitad de la montaña y que se hallaba allí sin saber como habia ido, ni por donde salir y continuar su viaje. Al oir esto me ofrecí á servirle de guia y acompañarle hasta el pueblo, cuyo ofrecimiento aceptó con mucho gusto; mas estaba el infeliz tan fatigado á causa de las muchas vueltas y revueltas que dió ántes de hallarme, que hubimos de detenernos muchas veces, y por esto llegamos al pueblo hácia las diez de la noche.

Cecilia escuchó con mucha atencion, y satisfecha al parecer su curiosidad inclinóse hácia su niño y le dijo: Aun no has dado los buenos dias al señor Astorf, que casi diariamente nos trae alguna cosa buena. Dále la mano. Diósela el niño, y el cazador dejada el arma, paseóse un rato por la estancia llevándolo en hombros. El niño acariciándole la cabeza le preguntó ¿cómo está el lebrato que me trajisteis y que ha de ser manso y ha de hacer habilidades como vos decís? Está muy bueno, contestó Pablo, y cada dia aprende una nueva gracia. Ya sabe bailar teniéndose derechito sobre las piernas traseras, y viene á la mesa á buscar las hojas de col que le pongo en ella. Aun no puedo traértelo porque los gatos le harian daño, y es preciso que vengas á mi casa si quieres ver cuán hermoso está. Vamos, vamos, esclamó el niño con prontitud, vamos hoy mismo, porque yo quiero ver como el lebrato baila. ¡Qué gran gusto me ha de dar eso que no he visto nunca! ¿Y á tí mamá, no te dará mucho gusto? Si Pablo quiere llevarte despues de comer, dijo la madre, no tengo inconveniente en que vayas. Pablo se detuvo un momento y poniéndose muy sério, le dijo; Cecilia, esto significa que no quereis venir á mi casa ni un instante; me parece que me tratais con demasiada dureza. En seguida se puso el niño en el brazo, adelantóse hácia la madre, y muy conmovido le añadió: vos me dijísteis, Cecilia, aunque de esto hace ya tiempo, que no me aborreciais: vos y vuestro hijo necesitais un protector, y bien lo comprendeis vos misma: dejad pues que interceda en favor mio este niño que diariamente me repite que me ama: oid por fin mi amor que conoceis hace largo tiempo: dadme á lo menos una vislumbre de esperanza y me retiraré contento. Al terminar estas palabras le cogió la mano y la apretaba á su corazon. El niño Frasquito habia pasado un brazo en torno del cuello del pobre suplicante, ahora estendió el otro al rededor del cuello de la madre, de modo que el rostro de ésta llegaba casi á tocar el de Pablo. En tal disposicion dirigiéndose el hijo á

la madre, le decia. Yo te lo ruego, madre mia, haz lo que Pablo te pide, porque Pablo me quiere y te habla con mucha dulzura y te dice cosas buenas, házlo, mamá mia, y podrá ser que de este modo yo pueda ver mi lebrato todos los dias.

La escena que acababa de tener lugar no habia pasado tan oculta y misteriosamente como se figuraban las personas que fueron sus actores, puesto que mucho antes de terminarse, un hombre robusto, con chaqueton azul y cubierta la cabeza con un gorro negro se habia colocado en la ventana y observaba con siniestras miradas lo que dentro de la estancia sucedia. No se le escaparon á ese observador vigilante ni una palabra ni el mas leve movimiento. En el último punto de la escena que hemos descrito, se separó de la ventana y dando rápidamente una vuelta á la esquina de la casa, abrió con estrépito la puerta y se colocó cara á cara de las personas que estaban dentro. Al fin te encuentro, mujer perjura: dijo en voz alta y con amenazador acento: te habias ocultado perfectamente en este rincon de la montaña, disfrazada de labradora, mas yo he sabido descubrirte porque el culpable en todas partes deja el rastro de su paso, por mucho empeño que ponga en borrarlo.

La fisonomía de Cecilia se habia puesto pálida y aterrorizada, y sus ojos espantados miraban fijamente las feísimas facciones del recien venido que estaban en perfecta armonía con la dureza de su lenguaje. Astorf reconoció con no poca sorpresa al forastero á quien en la noche anterior habia servido de guia para conducirlo hasta el pueblo. Llevaba ese hombre la gorra profundamente metida en la cabeza, giraba con rapidez sus furiosos ojos y estendia los brazos hácia el niño diciendo á gritos. Ya sé lo que debo hacer para domarte, ya sé que te arrastrarás á mis piés cuando yo quiera, mas no creas que tiendo los brazos hácia tí; sino que mi venida tiene por objeto reclamar en nombre del Todopoderoso á mi hijo: que es el que yo quiero llevarme. Diciendo estas palabras procuró cojer al niño; mas la voz del padre no le causó á éste sino terror y espanto. Lanzó un grito desgarrador y se agarró á Astorf, quien retrocediendo sorprendido, en tono firme dijo. ¿Qué quereis? no sé si teneis derecho de introduciros aquí, mas aunque lo tengais no es esta seguramente la manera de ejecutarlo. Si hubiese podido prever lo que en este instante sucede, seguro está que os hubiera servido de guía en la pasada noche. Ola! camarada. ¿Pensais acaso darme una leccion? replicó el otro. Pues si lo habeis imaginado os engañais muchísimo. Seguramente convengo en que os hubiera sido mas provechoso atravesarme ayer el corazon que la gorra, porque entonces hubierais podido llevar adelante vuestros amoríos sin ningun estorbo. Sin duda debe ser cosa divertida cortejar de este modo las mujeres agenas; pero el negocio tiene tambien sus riesgos, porque á veces sucede que el marido está sobre el aviso y se presenta en la ventana cuando menos se le aguarda. Con vos

tengo que arreglar dos cuentas y las ajustaremos; pero antes quiero llevarme mi hijo. Y diciendo esto cogió los brazos del niño á quien queria arrancar del cuello de Pablo, á despecho de los gritos que aquel inocente lanzaba. Cecilia le rechazó, pues si bien hasta entonces se habia quedado como asombrada, en aquel momento cogió á su hijo con violencia, colocóse delante de él, estendió el brazo hácia el raptor con gesto de amenaza, y con la rábia de una leona dijo: Jamás dejaré mi hijo, nunca lo pondré en tus manos, sino que lo defenderé hasta la muerte.

A pesar de esto y de los gritos de angustia que sin cesar daba la madre el marido no quiso desistir de su empeño; sino que al contrario, trataba de hacer uso de la superioridad de sus fuerzas contra aquella desventurada, pero el cañon de la carabina de Pablo dirigido contra su pecho á la distancia de algunos pasos le resolvió á detenerse. No te muevas, le gritó éste: si das un paso caes muerto á mis piés. Ya viste ayer que mis balas dan en el blanco, y si en algo estimas la vida no te atrevas á tocar la mujer ni el niño. Estas palabras acompañadas de un gesto significativo produjeron su efecto; de modo que el marido renunció á su tentativa, no sin amenazar con su próxima vuelta. Retiróse pues, Pablo le acompañó hasta la puerta que cerró en seguida y volviéndose con aire triste á Cecilia le preguntó: ¿Es cierto lo que acaba de decir ese hombre? ¿Es en realidad vuestro marido, y el padre de este niño? La jóven sentada otra vez tenia al hijo entre sus brazos y lo cubria de lágrimas y de besos. Al oir la pregunta de Pablo, levantó la cabeza y soltando un suspiro dijo: Sí.

Entonces Pablo oyó una historia muy lastimosa, tal como la condicion social de las mujeres las presenta con harta frecuencia. Siendo todavía muy jóven se habia casado con Gerardo Helvig, á fin de reparar las desgracias de su propia familia, de donde resultaba que se unió á un hombre hácia quien no tenia inclinacion alguna, con el solo objeto de poner á su infeliz padre á cubierto de la miseria. Siguió á su marido al campo; mas al cabo de poco tiempo el padre á quien se habia propuesto aliviar, murió, de suerte que vino á ser superfluo el sacrificio que de su propia independencia verificó en bien de aquel á quien debia la vida. Los defectos del marido trajeron la desgracia á la familia. Era nada menos que pródigo, borracho y libertino, y de estos vicios fueron resultado muchas pérdidas, el grandísimo quebranto de su fortuna y esto le convirtió en irritable y cruel, de suerte que no reparaba en maltratar á su compañera del modo mas bárbaro que cabe imaginarse.

La infeliz sufria con paciencia sus desgracias, procurando traer á su marido á buen camino por medio de la persuasion y de la dulzura; mas cuando fué madre y la brutalidad del marido llegó hasta el punto de maltratar á su tierno hijo se acabó la paciencia de Cecilia y desde entonces buscó como sustraerse

á sí propia y al fruto de sus entrañas á la dureza de un esposo que ya era incorregible. Por fortuna vino muy llanamente la ocasion de ejecutar su proyecto porque habiéndose apoderado los acreedores del marido de todos sus bienes inmuebles, Gerardo hubo de ausentarse durante algunas semanas á fin de buscar medios con que proveer á su subsistencia. La desgracia rara vez deja de encontrar proteccion, y gracias al ausilio de algunas personas buenas y bienhechoras la pobre jóven pudo escaparse de la habitacion del marido llevando consigo á su hijo querido; y dejando para su esposo una carta en que le decia que renunciaba para siempre sus derechos de esposa, que iba á emigrar juntamente con el niño á un país estranjero; y terminaba rogándole que la abandonara y la olvidase para toda la vida. Llevó pues á efecto su plan y creyó haber encontrado lo que buscaba, esto es, una cabaña en un lugar retirado, en donde gracias á su trabajo y á los pocos recursos que salvó de la bancarrota del marido, podia acudir á sus necesidades de una manera honrosa.

Aunque en aquella nueva situacion que la fortuna le habia deparado procuró con mucho esmero no contraer relaciones de ninguna clase con las gentes del país, ya hemos visto que Pablo Astorf dueño de una limitada hacienda en las cercanías de aquel sitio tuvo ocasion de conocer á la jóven, y esta circunstancia debia ejercer grande influjo en su ulterior destino. Sin embargo del retraimiento que se impuso y que conservaba, no pudo ocultar completamente el misterio de su soledad, porque el marido estaba muy léjos de convenir en el rompimiento de los lazos matrimoniales que su esposa le proponia, no porque conservara hácia ella amor alguno ni esperimentase ningun afecto tierno para con su hijo, sino porque le faltaba algun ser en quien pudiese desahogar su mal humor y vengarse de las contrariedades de la suerte. En medio de los reveses de fortuna que le combatieron habia adquirido tan grande obstinacion de voluntad, que sin respeto á nadie en el mundo llevaba adelante cualquiera idea que una sola vez se fijase en su mente. Por largo tiempo habia buscado las huellas de su fugitiva consorte, y cuanto mas tiempo pasaba sin descubrirla mas su voluntad se empeñaba en conseguirlo; para ello no perdonó medio, fatiga, ni peligro de ninguna especie. Ahora cuando habia logrado su intento, parecióle que el mejor modo para obligarla á que le siguiese era arrebatarle el hijo, único consuelo y sola esperanza de aquella madre desdichada.

Cecilia se habia sujetado con gusto á todas las privaciones que su actual situacion reclamaba; y aun casi la complacia la humildad de su traje que en su concepto contribuia á ocultarla mejor á su marido. Fácil le fué á Pablo conocer que la anterior posicion de aquella mujer debió haber sido muy diferente de la que ahora tenia; pero su delicadeza era mucha para que jamás se hubiese atrevido á pedirle esplicaciones acerca del misterio de su suerte. La amaba en-

trañablemente, tenia fé en ella, y en la pureza de su conducta, y tanto bastó para que le ofreciera su amor, sin vacilar, sin ningun mal deseo, sino con el santo de unir su fortuna con la de aquella mujer, de cuyas desgracias no dudaba; mas esa jóven rechazó las proposiciones de Pablo porque estaba ligada con el vínculo fatal que habia contraido y que era la causa de todas sus desventuras. Ahora acababa de ser súbitamente rasgado el velo de aquel terrible secreto, y hubo de confesar á Pablo que estaba sujeta con los lazos del matrimonio, que su marido podria reclamar los derechos de tal y de padre de su hijo, y que sin ninguna duda lo haria contando con el apoyo que con justicia debian concederle para ello los tribunales.

¿Pero vos queréis vivir en su compañía? preguntó Pablo. De ningun modo, contestó Cecilia; preferiria mil veces la muerte á permanecer un solo dia á su lado. Si no fuera este hijo mio que es el único consuelo de mi corazon angustiado, creo que hace tiempo hubiera muerto á la sola idea de que pudiese venir el dia de verme obligada á volver á su casa. Entonces, dijo Pablo, es indispensable buscar algun espediente para alejaros de este sitio; porque sin duda vendrá á buscaros, y como vos decís muy bien la justicia sostendrá su pretension, seréis arrancada de esta cabaña y os obligará á seguirle á donde quiera que le plazca llevaros. ¿Y á dónde quereis que vaya, infeliz de mí? ¿Quién querrá defenderme y arrostrar los peligros que trae consigo el sustraerme á la justicia? Bien lo veis, Pablo, mi situacion es muy triste y no sé atinar en el medio de librarme de ella. Comprendo muy bien, dijo el jóven, cual es la posicion vuestra, y las dificultades de mejorarla; pero ello es preciso salir del paso de este ó del otro modo. Yo ni quiero ni puedo ofreceros mi casa: y aunque bien comprendeis cuan grande seria mi felicidad si pudiera albergaros en ella, sé que no debe ser y que no podeis aceptarlo. Así pues el solo recurso es alejaros del pais, no tanto que yo no pueda ausiliaros, pero lo bastante para que vuestro esposo pierda vuestras huellas y tal vez desesperado de encontraros se aleje de esta tierra. En tal concepto el mejor consejo que puedo daros es que vayais á casa de mi tio Jacob, que dista de aquí unas seis leguas, y está en lo mas cerrado y escabroso de la montaña. Allí tendréis un asilo seguro, á donde nadie irá á buscaros, si ya no es vuestro marido: pero de todos modos le costará encontraros, y allí os defenderán cual yo lo ejecutaria en mi casa. Mi tio Jacob, digan lo que quieran, es un buen hombre, y nada tendréis que temer en su compañía.

Cecilia convencida de que no le quedaba otro camino de salvacion, no pesándole por otra parte que fuese Pablo la persona á quien quedase obligada, y no deseando tampoco alejarse mucho de aquel pais en donde habia encontrado su primer refugio, admitió el ofrecimiento, y debiendo el proyecto ejecutarse muy luego para huir de la persecucion de su esposo, convinieron en que á la

entrada de noche Pablo iria á buscarla para conducirla al designado asilo por caminos y veredas conocidas únicamente por los cazadores. Al momento hizo sus preparativos, reunió lo mejor que tenia para llevarlo consigo y puso al niño los vestidos de mas abrigo, diciéndole que volverian dentro de muy pocos dias; porque el niño, aunque pequeño era muy avispado, y comprendió que se trataba de abandonar el pais, y sobretodo de alejarse de Pablo á quien tenia gran cariño.

El otoño acababa de desaparecer para dejar su puesto al invierno: de suerte que Cecilia habia de disponerse para sufrir todos los rigores de aquella estacion, dura y difícil de soportar en el riñon de los Alpes en donde estaba la casa que le ofrecian como asilo, pero lo que mas temia era ver el féroz y terrible rostro de su iracundo marido. El cielo estaba cubierto de nubes y no resplandecia en el firmamento ninguna estrella que pudiese alumbrar los pasos de los viajeros. Frasquito iba dormido en los hombros de Pablo, y Cecilia llevaba á la espalda un paquete de ropa y de algunos objetos del ajuar colgando de un grueso palo. El camino estaba por entre bosques de pinos, malezas mas altas que un hombre, terrenos ya cubiertos de nieve y masas de granito, ó bien troncos de árboles que los huracanes y las tempestades habian arrancado de sus cimientos, y arrebatado con furia hasta muy léjos del lugar donde nacieron y habian crecido. El jóven montañés condujo á su protegida por pasos casi subterráneos, por la orilla de abismos sin fondo, y por entre rocas inmensas y que faltas de base en que sostenerse parecian amenazar la existencia de los que cerca de ellas caminaban. Por encima de los dos viajeros, allá en la region de las nubes asomaban la cabeza las infinitas cumbres de los Alpes cubiertas de nieve y con aquel aspecto de majestad y grandeza que causa siempre el mismo pasmo: comenzaba á entreverse el alba, y una niebla espesa comprimia á los dos jóvenes, y lo ocultaba todo con su cenicienta, húmeda y helada capa. De poco en poco fué rasgándose aquel velo; las montañas, los bosques, los rios, todo apareció de nuevo en formas fantásticas y estravagantes. Pablo se detuvo un momento, y aludiendo á lo que la atmósfera influia en ellos, dijo: Ya conozco que nos vamos acercando á la recóndita casa de mi tio, porque los habitantes de estas montañas suponen que ejerce toda clase de influencias mágicas en derredor suyo para espantar y estraviar á los viandantes. Cecilia convino en que el espectáculo de la naturaleza que los rodeaba por todas partes era muy á propósito para acreditar esa opinion del vulgo.

Despues de un corto descanso, emprendieron nuevamente la marcha, porque la fugitiva tenia muchísima prisa por estar en el prometido asilo. Llegaron á la cabaña de Jacob Astorf, en la cual estaban en confusa mezcla los hombres, los animales y los varios productos que la industria ha sabido arrancar de aquel ingrato suelo, y convierte en objetos de especulacion y lucro que se der-

raman por toda Europa. Jacob Astorf hombre de poca talla, enjuto de carnes, y cuyas vivas y brillantes miradas eran clara prueba de su benevolencia, recibió con alegría á los recienvenidos. La hospitalidad es una virtud comun en todos los habitantes de las montañas; y hasta que el amo de la casa hizo que se sirvieran á sus huéspedes pan, leche y queso, no quiso oir el minucioso relato de los infortunios que afligian á la jóven á quien estaba pronto á dar benévolo ausilio. La peticion de Pablo fué admitida sin vacilar un punto, de modo que Jacob se volvió hácia Cecilia, alargóle la mano en señal de asentimiento, y dijo: Permanecereis con nosotros cuanto tiempo querais, y hasta tanto que vuestro marido se haya vuelto hombre de bien. Yo ocupo el cuarto de la izquierda, el de la derecha está vacío, y vos podeis habitar en él con vuestro hijo, y retiraros allí cuando vengan personas por quienes no querais ser vista. Los muchachos duermen arriba en el granero, y allí van á recogerse tambien los que casualmente pasan aquí la noche. Cecilia aceptando agradecida el cordial ofrecimiento que acababan de hacerle, se arregló lo mejor que supo en su reducida estancia. Por fin habia logrado lo que deseó con vivas ansias, esto es, un rincon en un lugar completamente ignorado del mundo, pues todo lo demás nada le importaba. Pablo se retiró por la tarde para estar en su casa á la mañana siguiente, á fin de que su larga ausencia no dispertara sospechas que pudiesen combinarse con la desaparicion de Cecilia.

El trabajo incesante es el mejor remedio contra el infortunio, y Cecilia se habia ya acostumbrado á él desde mucho tiempo, merced á las desgracias de su familia: así es que tomó en las faenas de la casa una parte tan activa como le permitieron. Ayudaba á amasar el pan, á preparar la manteca y el queso, y á servir la frugal comida en la espaciosa sala de la casa. Habia en ella bancos de madera de todo lo largo de las paredes, y en frente de los bancos largas mesas de abeto: mientras que en las paredes brillaban cual si fueran de oro los utensilios del ajuar. Durante la velada las mujeres hilaban, y los hombres se dedicaban á toda clase de trabajos manuales como á labrar cubiertos de palo y utensilios de cocina, á tejer redes, y otras industrias muy variadas. Aquella reunion de personas no tenia otra luz que la de un grande tronco de pino resinoso que á la verdad tanto como luz derramaba olor y humo: pero aquellas buenas gentes estaban acostumbradas á lo uno y á lo otro, y no les causaba ninguna molestia, como en breves dias no se la causó tampoco á Cecilia. La escena que á tales horas ofrecia la casa tenia un aire patriarcal que enamoraba á quien no estuviese reñido con los sencillos goces de la naturaleza, ó todavía no se hubiera maleado con los efímeros y funestos de la sociedad. Algunas veces los habitantes de otras casas cercanas venian á dar mayor vida á esas reuniones de familia, ó bien los viajeros curiosos, los naturalistas y otros viandantes

pasaban allí las noches, y los relatos de lo que habian visto divertian á la reunion de ese escondrijo de la tierra.

Solia Cecilia retirarse á su cuarto cuando se juntaba en la casa mucha gente, en cuyas ocasiones Jacob la hacia pasar por una parienta. Pablo por lo comun iba á visitarla semanalmente, y mas hubiera ido á seguir los impulsos de su corazon que le hacia mirar los momentos que pasaba al lado de Cecilia como los mas bellos de su vida; pero la estacion no permitia mas; y aun eran menester mucho valor y mucha robustez para desafiar los rigores del invierno y los peligros con que en aquellos paises amenaza la nieve á los pobres viajeros. Recibíale Cecilia con una deferencia manifiesta pero sin escederse de los límites de un severo bien parecer.

Frasquito se arrojaba al cuello de su amigo que nunca dejó de llevarle algun regalillo. En cuanto al terrible marido de Cecilia, refirió Pablo que con su rudeza habitual habia ido á pedirle noticias acerca del actual domicilio de su esposa, y que no habiendo podido sonsacar de él una contestacion satisfactoria no habia vuelto. Además Pablo habia oido decir que se alejó mucho de las montañas, probablemente para meterse en Francia.

A pesar de que el invierno era muy riguroso y de que hacia ya tres meses que todo estaba cubierto de una espesa capa de nieve; á despecho de las espantosas ventiscas que alzaban y trasportaban á largas distancias cantidades inmensas de esas nieves, que eran muy capaces de sepultar á los viajeros como el viento simun levanta en el desierto las arenas que ahogan las caravanas enteras; aun de tiempo en tiempo se presentaba en la casa de Jacob algun viajero acompañado de aquellos fieles guias, que no tanto por la gratificacion que les dá el estranjero como porque consideran un deber sagrado sacarle de todos los riesgos, habian arrostrado grandes peligros para que pudiesen satisfacer la curiosidad no pocas veces temeraria, que en semejante época del año los lleva á aquellas tremendas fragosidades. Era una mezcla singular la que en tales casos presentaba la reunion de la casa de Jacob en aquellas eternas veladas. En medio de los aldeanos y de las mujeres de la casa con sus trajes toscos y sencillos, con su calzado grueso y herrado y con sus modales francos pero naturales, y sin mezcla ni baño alguno de las esquisitas sociedades de una capital, distinguíanse los guias, vestidos mas á la ligera, armados con su alto y grueso palo con punta de hierro y cargados por lo comun y abrigados muchas veces con un leviton de rico paño aforrado, y con su capucha, que pertenecia al forastero á quien conducian por aquellas asperezas. Y aun era mas singular la figura del viajero, que cuando habia logrado restablecer sus arrecidos miembros, despues de asarse digámoslo así, en aquel hogar inmenso en donde ardia una carretada de leña, se quitaba los zapatos de camino, cuyo peso no podian por falta de costumbre soportar sus piés delicados, y los subs-

tituia con sus finas y elegantes botas que hubieran durado cinco minutos en aquellas escabrosas sendas. Despojábase del burdo gaban que le habia dejado el guia, soltaba el puntiagudo baston y descubriendo su rubia y perfumada cabeza parecia en medio de aquellas figuras montaraces un apuesto galan el que en uno de nuestros salones no habria sido mas que un hombre comun y cual suele decirse, uno de tantos. Los montañeses reíanse secretamente de su traje y de su calzado, y las mujeres admiraban la figura y el albor de su camisa, sin poder adivinar qué olor era aquel que de su cabeza se desprendia, y miraban con candoroso afan la sortija que resplandecia en sus dedos y el diamante de su pecho. Tales huéspedes cuyas alforjas iban siempre provistas, ofrecian á los ojos de aquellas gentes esquisidades absolutamente nuevas para sus paladares y sus ojos, y cuya inutilidad sostenia Jacob tenazmente; ya que sin ninguna de ellas los mozos y las muchachas del país estaban mas sanos y mas vigorosos, y tenian una prole tan robusta como ellos mismos. Y en verdad que le asistia para sostener esta tésis un motivo muy poderoso, y era que habiendo prestado cuando jóven un servicio de grande utilidad á un viajero estraviado, y á quien sacó de un abismo en donde sin la casual aparicion de Jacob hubiera irremisiblemente fallecido de hambre y de frio, el estranjero reconocido se empeñó en llevarlo á Paris; y aunque Jacob repugnaba dejar sus montañas al fin accedió á los deseos de aquel caballero, no tanto por gusto suyo como por mostrarse agradecido. Bien pronto conoció que aquel señor era muy rico porque le hizo viajar en posta y en Paris le llevó á su casa que era un grande palacio en donde multitud de criados se ocupaban únicamente en lo que pudiese convenirle ó agradarle. Fuese que el clima de Paris no le probára ó que su estómago no pudiese soportar los manjares que le obligaban á engullir en aquel palacio, el pobre Jacob contrajo una enfermedad, cuyo nombre no recordaba pero de la cual llegó muy al cabo, y á consecuencia de ella quedó tan flaco que en su opinion hasta se le acortó la estatura. Volvió á su país natal y á sus antiguos manjares y costumbres, pero nunca mas pudo engordarse: de lo cual dedujo que pues la permanencia en Paris durante dos meses hizo en su constitucion física un cambio tan grande y para él tan desdichado, era imposible que aquellos manjares y aquellos hábitos fuesen á propósito para criar á los hombres robustos. Como por otra parte la mayoría de los viajeros que á su cabaña llegaban eran naturalistas, literatos ó pintores, gentes entre las cuales es casi una rareza hallar un hombre grueso y robusto, los rostros descarnados y pálidos, y los cuerpos delgados de tales huéspedes le confirmaban cada dia en su dictámen, de que las costumbres y los manjares suyos daban por resultado la salud y la robustez, y que las mesas y los hábitos de la ciudad por fuerza habian de producir hombres desmirriados y enfermizos. Este era el tema que desenvolvia cada vez que un viajero pasaba la noche en su

casa; y este cuento que la familia entera y todas las mozas de las casas vecinas sabian de memoria, no tardó en aprenderlo Cecilia, pues aunque algunas veces se retirase á su cuarto á la llegada de los forasteros, otras formaba parte del corro, no sin llamar la atencion de los viandantes, que no esperaban entre aquellas nieves y aquellos hielos una flor tan esquisita. Si acaso en sus palabras hacian alguna alusion á la sorpresa que la vista de Cecilia les causaba, al punto salia al reparo Jacob contando como era parienta suya y como fué á visitarle y á pasar en su casa una temporada. Parecia enorgullecerse con tener en la familia una muchacha tan hermosa y que llamase la atencion de los caballeros que iban de Paris y de otras ciudades, en donde habian visto tantas bellezas. Semejantes conversaciones no agradaban á Cecilia, no porque se ofendiese de oirse llamar hermosa, que este dictado á ninguna mujer ofende, sino por temor de que el viajero hablase de ella en otra parte y pudiera llegar á noticia de Gerardo la madriguera en donde se habia escondido.

Segun Pablo se lo previno á Cecilia, eran notables en el buen Jacob algunas genialidades muy raras, y la jóven estrañó no observarle ninguna sin embargo de que ya le habia visto incomodado, risueño, alegre, é indiferente; y si tales genialidades tenia, fuerza era que las hubiese dejado traslucir en alguno de esos diferentes estados de su ánimo. Al fin hubo de conocer que todo ello no era mas que algunas rarezas hijas de un genio poco espansivo. Por efecto de su carácter algunas veces se estaba horas enteras absorto en sus pensamientos sin decir una palabra á nadie, otras recorria los sitios mas agrestes y mas peligrosos de todos aquellos alrededores durante algunos dias seguidos sin recogerse en su casa por la noche: y Cecilia no tardó en comprender que un hombre que se ocupaba muy reflexivamente en observar la naturaleza y que reiteraba esas observaciones mismas era forzoso que hubiese adquirido sagacidad y esperiencia suficientes para vaticinar los cambios atmosféricos: y esta era la causa de que los montañeses del país dijeran que Jacob Astorf visitaba á Rubezahl, que era el espíritu de aquellas montañas.

Cuando hubo entrado el invierno se presentaron desde luego todos los rigores propios del clima de esas regiones. Al principio cayó una nieve fina y suave, y á poco tiempo grandes copos que el viento arremolinaba y hacia volar con una rapidez asombrosa. Poco á poco todos los lugares profundos quedaron sepultados debajo de una vasta mortaja blanca, los arroyos y los riachuelos fueron sorprendidos por el hielo y desaparecieron de la vista, y por fin las montañas en toda su estension no presentaron mas que una superficie igual y blanca.

Las inmensas masas de nieve que en ese país cubren la tierra obligan á los habitantes de ciertos lugares á practicar aberturas en la parte mas alta de las casas para que las personas que vienen de afuera puedan por medio de escalas

hechas á propósito penetrar en el interior sin necesidad de abrirse la puerta, cosa que muchas veces seria imposible. En esa época del año es inútil esperar la llegada de ningun forastero: y sin embargo Pablo aun iba á ver á Cecilia, á pesar de que cada vez esta le rogaba que no volviera hasta que la estacion mas cruda hubiera pasado, y de que el tio Jacob le aconsejaba lo mismo. Un dia en que á ruegos de éste y de aquella se marchó mas temprano de lo que solia, á poco rato de haberse ido, Cecilia quedó estraordinariamente sorprendida al ver que bajaba por la escala otra persona: abrió los ojos que tenia fijos en el torno en que hilaba, y se quedó petrificada al ver á su marido Gerardo.

No te espantes, paloma mia, le dijo en tono irónico. Por esta vez podremos hablar sin estorbos porque no está aquí tu galan con su terrible carabina. ¿Te figuras que me he estado mano sobre mano durante todo este tiempo? no, no, querida mia: me he procurado por parte de la autoridad plenos poderes para hacer que la paloma entre otra vez en su palomar. Si vos, Jacob Astorf, dijo á éste que habia entrado en el cuarto de Cecilia, quereis enteraros de ello, leed. Y mientras dijo alargó el papel á Jacob que se habia sentado en un rincon del cuarto y estaba con la cabeza inclinada y en actitud meditabunda. Cogió el papel, lo leyó, y entretanto Gerardo vuelto hácia Cecilia continuó diciendo: No ha habido obstáculo capaz de detenerme, y en verdad no me ha costado grande trabajo adivinar por que motivo tu galante Pablo desafiaba los rigores de la estacion á fin de venir aquí: he seguido sus huellas y héme á tu lado.

Jacob veia perfectamente que Gerardo estaba en su derecho, y que resistiéndole era posible que sobreviniesen consecuencias desagradables. Ni las benévolas observaciones del primero ni la desesperacion de Cecilia pudieron doblegar el corazon de piedra de aquel esposo cruel, quien respondió friamente. Quiero darte gusto, esposa querida; si prefieres vivir con otras personas á vivir conmigo, consiento en ello: pero quiero llevarme mi hijo: y diciendo esto lo cogió y se lo puso en brazos. Nunca me separaré de mi hijo, esclamó Cecilia, cuya resolucion estaba hecha de un modo irrevocable: y si no quereis dejarlo en mi compañía, os sigo. Todo lo que pudo alcanzar de su marido fué que envolviese mejor al niño, y que le diera el tiempo necesario para reunir su equipaje. Mientras hacia los preparativos de la marcha, Jacob se acercó misteriosamente á Gerardo, le puso la mano en la espalda y en voz baja le dijo: no habeis querido hacer caso de mis observaciones, pero atended os ruego á lo que voy á deciros ahora. Guardaos bien de salir hoy, porque seria muy fácil que os aconteciese una desgracia. Gerardo miró fijamente el gesto pálido y estraño de su interlocutor, que era muy á propósito para causar inquietud á cualquiera: mientras los demás habitantes de la casa guardaban un silencio muy significativo; pero el alma de acero de Gerardo no se dejó conmover y como burlán-

dose de lo que habia oido dijo : ¿Creeis que yo me detendré por una tempestad de nieve que está suspendida en el horizonte? Eso podria durar una semana entera, y aun aguardaría aquí á que Pablo Astorf volviese para aplastarme con su garrote de montañés, como tiempo atrás le faltó poco para que me matara de un tiro. No, de ningun modo, quiero marcharme hoy sin remedio. Entonces Jacob se volvió hácia Cecilia y le dijo. Al menos tomad mi trineo y podrá seros muy útil en ciertas ocasiones. Cecilia lo admitió. El trineo tenia la forma de los que usan los lapones, pero con la diferencia de que á la bajada bastaban los piés de la persona que iba sentada en él para guiarlo y hacerlo marchar adelante. Cecilia colocó en él á su hijo, despues de haberle envuelto con mantas y otros abrigos que le dieron sus bienhechores buéspedes. De esta manera aquella mal unida pareja se puso en marcha arrastrando Gerardo el trineo donde iba su hijo.

Todo el país no presentaba en torno mas que desolacion y tristeza, no habia sino nieve, á lo léjos nieve y siempre nieve. Los dos adelantaban lentamente y en silencio, de suerte que sobrevino la noche, y fué preciso buscar abrigo en una cabaña hasta el dia inmediato. Hácia la mañana el tiempo habia cambiado y la tempestad amenazaba. Los cuervos atravesaban el aire graznando, y las cimas de los pinos y de los árboles se agitaban con violencia. Iban agrupándose negros nubarrones y el viento acumulaba torbellinos de nieve. Los viajeros habian llegado á un punto del camino en donde se levantaba un inmenso banco de nieve: en seguida el terreno bajaba y por allí debia dirigirse la familia errante. Cecilia sintiendo agotadas sus fuerzas se dejó caer encima de la nieve diciendo. ¡ Misericordia ! me falta el aliento, no puedo mas, y es preciso que descanse algunos minutos. ¡Ola! con que tuviste fuerzas suficientes para huir á la montaña, mas ahora que se trata de volver ya es otra cosa. Toma aliento un instante: pues en cuanto á mí sé la manera de reponer las fuerzas. Mientras decia estas palabras sacó de la faltriquera un frasco lleno de ron y lo vació en tres tragos. Cecilia se habia arrodillado á pocos pasos de su marido cerca del trineo donde estaba el niño, que dormia en él tranquilamente. Exhalando un suspiro alzó los ojos al cielo: mas ¡oh horror! pareciόle que la montaña de nieve hácia la cual tenia Gerardo vuelta la espalda iba á desplomarse. La idea del peligro que los amenazaba á todos le arrancó un grito de alarma. Huye, huye, Gerardo, la montaña se hunde, gritó pálida y temblando. Al decir esto tiró precipitadamente del trineo hácia el plano inclinado que estaba cubierto de nieve y se lanzó á él. Entonces dirigió la última ojeada á su marido á quien vió volverse hácia la montaña de nieve con la roja y embrutecida faz del hombre borracho, y sin dar un paso para huir de aquel peligro mortal. Por aquí, por aquí, le gritó Cecilia, y al mismo tiempo bajó por aquella rápida cuesta cubierta de nieve. Entonces retumbó un estrépito espantoso:

el inmenso banco de nieve se habia desprendido y sepultado bajo su helada masa á Gerardo, sin que quedara esperanza ninguna de salvarlo. Cecilia no veia ni oia, pues en la rápida carrera el trineo hubo de abandonarse á la suerte, porque era imposible dirigir aquel vehículo. Bien pronto se encontró fuera del alcance del hundimiento, la bajada fué haciéndose menos rápida, al mismo tiempo que disminuia el peligro. Finalmente se vió obligada á salir del trineo y á arrastrarlo, y muy luego tuvo la felicidad de hallar una habitacion aislada en la cual se presentó. Pálida todavía por el horror que habia esperimentado refirió lo que acababa de suceder y pidió ausilio á fin de salvar á su marido. Los hijos de la montaña se apresuraron á trasladarse al lugar del desastre apenas se hubo calmado la borrasca. El rumor de aquel suceso cundió por las tierras inmediatas, y Pablo Astorf fué uno de los primeros que corrieron á prestar el ausilio de sus vigorosos brazos. Pudo finalmente descubrirse el inanimado cuerpo de Gerardo, á quien se hicieron las honras fúnebres.

Así fué como por ese cambio inesperado, despues de algunos meses Pablo Astorf pudo casarse con Cecilia y vino á ser el padre de Frasquito, habiéndose cumplido el vaticinio de Jacob Astorf, á cuya prediccion no quiso Gerardo dar la importancia que debiera.

EL PASTOR HERIDO POR UN RAYO.

(CUADRO DE R. EBERLE.)

En el pequeño pueblo de Satriano puesto al pié de los Apeninos en la provincia del reino de Nápoles conocida con el nombre de Calabria ulterior, vivia una honrada familia de labradores en una casa espaciosísima, propia de un rico hacendado de cuyas tierras cuidaba. Era aquella una verdadera casa de campo, con sus animales de labranza, sus vacas, su numeroso rebaño de carneros, sus perros mastines y de caza, cerdos, pavos, gallinas, palomos, patos y ánades en abundancia. La familia en rigor la componian Matías, su esposa Laura, dos hijos varones ya mozos, y una hija lindísima que traia alborotados á todos los jóvenes del pueblo, pero además habia en la casa el boyero, dos pastores, seis mozos de labranza, tres criadas y por añadidura un muchacho que era el correvéydile de todos los habitantes. Cuando al caer la tarde iba llegando la gente que venia del trabajo con las yuntas, el rebaño, las vacas, los cerdos, se recogian las aves domésticas, y entraban los perros, habia en el patio una algazara y un movimiento que encantaban. Dentro de la casa se notaba á la misma hora una actividad estraordinaria, porque en la sala baja se disponia la mesa para dar de cenar á la familia, y en la cocina todas las mujeres se ocupaban en preparar los manjares, que eran abundantes y mas suculentos de lo que en apariencia correspondia á tales consumidores. Y era que Matías tenia por costumbre que la comida mas fuerte fuese la del anochecer, porque durante el dia distribuida la gente en los diversos puntos de la dilatada hacienda hubiera sido muy engorroso llevar á todos ellos una comida



EL PASTOR HERIDO POR UN RAYO.

([illegible] PUEBLO.)

En el pequeño pueblo de [illegible] puesto al pié de los Apeninos en la pro-
vincia [illegible], con el nombre de [illegible]
[illegible], propio de un rico
[illegible]. Era aquella una [illegible] casa de cam-
po [illegible]
[illegible], gallinas, palomas, patos y
[illegible]. La familia [illegible]
[illegible]
[illegible] y el boyero,
[illegible] un mu-
chacho [illegible]. Cuando al caer la
[illegible] el rebaño, las
vacas, [illegible] los perros,
[illegible]. Dentro de la
casa [illegible] porque en la sala
baja [illegible], y en la cocina todas
las mujeres [illegible] abundantes y mas
suculentos [illegible] consumidores. Y era
que Matías [illegible] la del anoche-
cer, porque [illegible] puntos de la di-
[illegible] hacienda [illegible] llevar á todos ellos una comida



R. Eberle pinx. A. H. Payne sc.

Le Berger frappé par la foudre.

The Thunder Bolt. Der erschlagene Schäfer.


BIBLIOTECA • UNIVERSITARIA • SEVILLA

complicada. Así el boyero y los pastores que se alejaban mas que los otros, solian irse con el almuerzo y la comida, y á los mozos de labranza se les llevaba al punto donde trabajaban, pero siempre era cosa ligera y sobre todo sencilla. Matías comia en casa con su mujer y la hija, pero no mas opíparamente que el resto de la familia, y por la noche todos los habitantes de la casa, á escepcion de las criadas, ocupaban su asiento en la mesa. A la cena precedia siempre el rezo del rosario, seguido de una larga letanía de Padre nuestros, que de noche en noche iba creciendo, porque no moria ningun vecino á quien Matías no dedicara uno durante larga temporada. A la vuelta de un par de meses solia formar un grupo de tres ó cuatro difuntos; mas para entonces ya habian entrado en la cuenta otros tantos vecinos, amigos ó conocidos de otros puntos. Si llegaba á su noticia que en Nápoles se hubiese ajusticiado á algun reo, de seguro tenia para aquel infeliz un Padre nuestro diario; y esta clase de difuntos eran los que por mas dilatado tiempo ocupaban un lugar en la lista de sus favorecidos. El rosario era pues cuestion de tres cuartos de hora; y aunque Matías tenia observado que al paso que se acercaba el término del rezo era menor el número de voces componentes el coro, lo disimulaba porque no le parecia tampoco que cometiese pecado el mozo que durante el rosario descabezaba el sueño un par de veces. Están cansados, decia para consigo, y se van relevando unos á otros, de manera que nunca faltan tres ó cuatro que contestan. Tampoco era muy escrupuloso en eso de que dijeran la primera por la segunda parte del Ave María: al fin todo es bueno, pensaba, y si vamos á contar las equivocaciones, á poca diferencia saldrán pié con bolo las dos partes. Despues del rosario se cenaba, y en seguida todos se recogian, siendo el último Matías, porque antes de hacerlo habia de dar una ojeada al ganado, y reconocer todas las puertas y ventanas de la casa. Entonces se acostaba tranquilamente y de seguro era el primero en levantarse.

La esposa y la hija jamás habian ocasionado á Matías el mas pequeño disgusto: el hijo mayor fué muy travieso cuando niño, pero cuando hubo cumplido doce años cambió completamente, y fué un muchacho trabajador, respetuoso y bueno en toda la estension de la palabra. El segundo que en la época á que ahora nos referimos tenia veinte años, era la pesadilla de sus padres; á quienes habia dado grandes disgustos, y costaba repetidas y muy grandes pesadumbres, amen de no pocos sacrificios en dinero. En efecto, sin embargo de que los padres lo educaron de la misma manera que á sus hermanos, acabó por ser el reverso de la medalla de los otros, y por hacer perder el tino á Matías y á Laura, que no sabian absolutamente como traerle á buen camino. Habian empleado la dulzura, los rigores, las reflexiones, las amenazas y los castigos: pero nada producia efecto alguno. El mal carácter de Guillermo era lo único que turbaba la tranquilidad de la casa. No que el mozo fuese jugador,

ni borracho, ni aun podia achacársele mas aficion á las mujeres de la que era propia de la edad suya, pero tenia un espíritu de oposicion y de desobediencia tan decidido, que no hay palabras con que encarecerlo. Cuando niño su madre le encargaba que no se acercara á una grande balsa que habia cerca de la casa por temor de que se ahogara en ella, y Guillermo no salia nunca de los alrededores de la misma, y tres veces se cayó, habiendo salvado la vida por milagro. Su padre le tenia muy encargado que no se aproximara nunca al toro que era muy bravo, y Guillermo cuatro veces distintas se vió entre las astas de aquel animal, porque nunca cesaba de atormentarlo de léjos y de cerca. En una de ellas el toro lo volteó por el aire, y sin duda lo matara á no haber ido los perros que se le echaron encima y lo detuvieron. Como era un muchacho mas bien torpe que ligero, los padres le repetian diariamente que no se encaramase á los árboles, y veces sin cuento se cayó de ellos, fué llevado como muerto á su casa, y en una de esas caidas se rompió ambos brazos. En una palabra, bastaba decirle una cosa para que hiciera lo contrario, y tanto mas insistia en la desobediencia cuanta mayor era la eficacia con que se lo prohibian. Matías se desesperaba; la ira le cegó muchas veces al ver que toda la familia obedecia sin replicar y que su hijo formaba empeño en desobedecerle, la madre calmaba al marido y amonestaba con lágrimas al hijo, pero ni aun conseguia la enmienda de uno ó dos dias que se observa en los muchachos cuando se los riñe ó se los amenaza.

Al cumplir diez y seis años algunos mozos del lugar se marcharon de sus casas para darse á la vida aventurera en las guerras que por entonces habia en Italia; el mismo Guillermo dijo que habian hecho una locura, y como le ocurriese á la madre declamar contra esa locura y añadir que dos de ellos lo hicieron contra la espresa prohibicion de sus padres, á los dos dias Guillermo desapareció de la casa paterna, y despues de muchas diligencias supo Matías que era soldado. Corrió á Nápoles, vió, habló, gastó dinero y pudo alcanzar volverlo á casa; y dejándose trasportar de la ira le castigó cruelmente en términos que estuvo enfermo, y quizás este era el único modo de que se fuese olvidando de la oposicion que sus padres hicieron á que fuese soldado, y de que por lo mismo no se escapara otra vez para ingresar de nuevo en el ejército.

En la vecindad habia una muchacha hija de padres muy honrados y de regular fortuna, los cuales eran amigos de Matías y de Laura. Guillermo se agradó de la única hija de esos vecinos, y los padres estaban contentísimos con eso, ya porque les hubiera gustado que aquella jóven fuese la esposa de su hijo, ya porque esperaban que casándose echaria juicio y que el nuevo estado y los deberes que trae consigo le harian variar de conducta. Realmente Guillermo amaba á aquella jóven y queria ser su esposo; y ya resuelto á ello

se lo participó á sus padres quienes le manifestaron cuán satisfechos estaban de eleccion tan acertada y cuán dispuestos á mejorarlo en lo que pudiesen, pues contraia matrimonio á gusto de todos. Esto era una conformidad de voluntades; el hijo y los padres por fin habian querido una cosa misma, pero esto era precisamente lo que no podia avenirse con el carácter de Guillermo. Si hubiera encontrado oposicion indudablemente se casaba con la jóven aun que fuera robándola si no hubieran querido dársela por esposa: ahora al ver que esto deseaban sus padres, determinó no casarse, y no volver mas á la casa de Susana, lo cual fué ocasion de que Matías y Laura riñiesen con aquellos amigos de toda la vida, de que en el pueblo se murmurase de sobra, y de que la honra de la pobre doncella no quedase muy bien parada.

Cuando por la tarde al retirarse á casa todos los mozos, despues de arreglar el ganado y poner en buen órden los aperos de labranza iban acudiendo á la sala en donde se rezaba el rosario, presentábase tambien Guillermo; mas si por retardarse los mozos un poco Matías daba alguna voz mandando que vinieran, de seguro que Guillermo no comparecia, sin mas motivo que por haberse dado órden de reunirse. Repetidas veces probaron los padres á mandarle alguna cosa contraria á su voluntad, con la esperanza de que pues siempre desobedecia, ahora la desobediencia produciria el efecto que ellos deseaban: mas en estos casos Guillermo conocia perfectamente el intento de sus padres, y burlaba sus esperanzas. Era en fin un mozo capaz de apurar la paciencia del hombre mas sufrido del mundo; y el padre y la madre cansados de él, y habiéndose acostumbrado poco á poco á quererlo menos, acabaron por mirarlo como á un estraño, no sin que muchas veces lamentaran su desgracia y aun derramasen lágrimas muy amargas considerando que al fin era hijo suyo y que ni alcanzaban á corregirlo, ni su corazon sabia abandonarlo completamente. Los hermanos, los mozos, los amigos, el Cura, el médico le amonestaban cariñosamente y le hacian comprender los tormentos de que su desobediencia era causa, pero Guillermo escuchaba todas esas reflexiones sin variar de conducta. Vivia en la casa, trabajaba en donde y cuando queria, arando hoy, yéndose con los pastores mañana, paseándose por la hacienda muchas veces, y por punto general haciendo siempre aquello que en su concepto hubiera querido menos su padre, quien ponia un grande esmero en no dejarle traslucir nunca cuales eran sus deseos. Reputábanle ya por incorregible, y Matías hubiera dado un ojo de la cara para que se casase y pusiera casa á parte, con lo cual ya nada tendria que mandarle, ni conservaria con él mas relaciones que con otro vecino cualquiera. Pero Guillermo no era de este dictámen, no se ocupaba de amores, no se reunia con los otros mozos de su edad, y con la escopeta y los perros pasaba los dias festivos y no pocos de los de trabajo por las faldas del Apenino persiguiendo la caza, en lo cual era muy diestro.

En una mañana del mes de agosto apareció en la cumbre de los montes inmediatos una nube blanquecina que era señal infalible de que hácia la tarde vendria una tempestad deshecha, de aquellas que consisten en un grande aguacero, con su pedrisco corriente, viento huracanado y abundancia de rayos y de truenos. Los vecinos todos del lugar conocian aquel anuncio; así es que en vez de dedicarse al trabajo todo el dia, á media mañana se recogieron á sus casas con los ganados, disponiéndose á implorar la misericordia divina para que los librára de una de aquellas granizadas que en cinco minutos matan la esperanza que el labrador ha sostenido durante muchos meses. Guillermo no estaba en casa, y Matías supo que se habia marchado con los pastores; á quienes muy temprano envió órden para que antes del medio dia se retirasen á casa con el ganado. Nada dijo para Guillermo, juzgando que pues los pastores volverian, él se vendria con ellos; mas Guillermo oyó el mandato de su padre; y no habiendo podido lograr como lo procuró que los pastores desobedeciesen, se empeñó en quedarse con el rebaño. En vano insistieron los pastores, en vano le hicieron presente que el enojo de Matías recaeria contra ellos, en vano rogaron por llevarse el ganado: Guillermo quiso quedarse y no quiso soltar las reses. Los pastores insistieron y en la duda de salvarse ellos abandonando el rebaño, ó de correr la misma suerte que éste, se decidieron por lo último, y arrostraron todos los peligros de la tempestad y del enojo de su amo. Empezaba ya el cielo á encapotarse y rugian los truenos allá en las cumbres del Apenino cuando llegó otro mozo con órden del amo para que apresuraran la vuelta: mas este nuevo mandato empeñó mas al hijo en la desobediencia, y el mensajero se volvió solo llevando al amo la noticia de lo que pasaba. Dios los asista, dijo Matías, siento que esos pobres mozos se hayan quedado, la tempestad será horrorosa, y puesto que Guillermo quiere arrostrarla y esponer el rebaño á una desgracia pésame en gran manera que los pastores no lo hayan abandonado todo y recogídose á casa. Loado sea Dios; hágase su santa voluntad.

A la una de la tarde un verdadero huracan tronchaba los árboles, y arrancaba de cuajo los seculares pinos en las quiebras de los montes; sus bramidos se oian á larga distancia y la oscuridad de la atmósfera los hacia mas horrorosos. Las nubes eran negras, pero debajo de un grande y espeso nublado habia otro entre blanquizco y ceniciento que formaba grupos, preñados al decir de Matías de abundante granizo. Tras del huracan vinieron los rayos y los truenos que estremecian el espacio, y hacian temblar las casas, y á los pocos minutos descargó un pedrisco furioso que remató en un aguacero cual no lo habian visto los nacidos. Los campos eran un estanque, de todas partes bajaban impetuosos torrentes arrastrando frutos y árboles, y el que habia mas cercano al pueblo arrebató diez reses que fueron conocidas por parte de reba-

ño de Matías. En efecto, la tempestad habia sido furiosa en el vallecillo en donde estaba Guillermo, y en lo mas recio de ella un rayo partiendo de la inmediata nube cayó encima del mozo, le tronchó la mano izquierda, dejándole además tendido y asombrado. Diez reses salieron heridas por la chispa eléctrica y las demás corriendo esparcidas fueron á parar á un torrente que arrebató mas de treinta. Uno de los perros fué el único que si cabe decirlo así, conservó la serenidad en medio de tantos seres que la habian perdido, y despues de asegurarse de que su amo no habia muerto, ligero como una saeta voló á casa, en donde su llegada fué tenida por anuncio de alguna catástrofe. La tempestad acababa de disiparse, y atravesando torrentes corrieron los mozos en la direccion que les indicó el perro, y hallaron á los dos pastores asombrados todavía, á Guillermo tendido con toda la apariencia de un cadáver, y en cien puntos distintos vieron reses metidas en ahujeros de las peñas, ú ocultas entre la maleza. Dedicáronse unos á recogerlas, mientras los otros se llevaban con no poco trabajo á los pastores y á Guillermo. Por fortuna los primeros no habian sufrido mas que un asombro que se fué desvaneciendo, dejándoles únicamente como recuerdo de aquel lance un invencible terror cada vez que retumbaba un trueno, perdiéronse treinta reses y un perro, y Guillermo quedó manco y tuvo una enfermedad muy larga y dolorosa, de la cual escapó con vida, pero estando siempre dolorido del espinazo y de los brazos. Ese lance y esa enfermedad produjeron en él un cambio tan radical como inesperado. Mientras estuvo curándose no pronunció una sola palabra, de suerte que como los rayos suelen ocasionar á los que son heridos por ellos cosas muy raras, así el médico como la familia llegaron á persuadirse de que habia perdido el habla. Además viendo que tomaba cuantos medicamentos se le ordenaban y hacia todo lo que el facultativo disponia temieron que su juicio hubiese padecido algun trastorno, porque solo así era concebible en él aquella obediencia absoluta. Finalmente levantóse de la cama; pasó la convalecencia y llegó hasta estar completamente bueno sin haber proferido una palabra. Cuando realmente hubo recobrado toda su robustez y conoció que estaba ya en disposicion de ir al trabajo, aunque la falta de la mano izquierda le inhabilitaba para muchas cosas, se levantó en la hora en que solia hacerlo su padre, y puesto entre los mozos, con no poco pasmo de todos se dirigió á su padre Matías y le dijo. Dios permitió que por haber desobedecido vuestra postrera órden perdiese una mano, y á poco mas la vida; pero bendigo á Dios que por este medio me ha corregido de mi pertinaz desobediencia. Desde hoy en adelante tendréis en mí un hijo respetuoso y sumiso á todos vuestros mandatos y á los de mi pobre madre, perdonadme, padre mio, los mil sinsabores con que he amargado vuestra vida, y hacédmelos espiar si quereis que mi corazon esté tranquilo. Castigadme, padre mio; la impunidad seria una carga insoportable; el castigo me parecerá una

compensacion, aunque siempre insuficiente, de lo que os ha hecho padecer vuestro hijo.

Y en efecto desde aquel dia no hubo en la familia persona mas sumisa, y cuando murieron Matías y su esposa, Guillermo continuó en la casa obedeciendo cual un buen hijo á su hermano mayor que fué para él un verdadero padre. Nunca quiso casarse por temor de que si tenia hijos fueran tan desobedientes como él habia sido para con su padre: y sin haber causado nunca mas la menor pesadumbre á nadie, vino á convertirse en el amonestador de todos los niños del pueblo, á quienes recomendaba con el celo de un predicador la obediencia á sus mayores. Si una conducta sin tacha durante treinta años basta para alcanzar el perdon de la gravísima falta cometida durante veinte y cuatro por un hijo, Guillermo mereció ser completa y sinceramente perdonado.


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SEVILLA



H. Leutemann del. A. H. Payne sc.

Le Matin.

The Morning. Der Morgen.

... Kunstanstalt ...

EL PREMIO.

LA MAÑANA.

(CUADRO DE LEUTEMANN.)

El reloj de la catedral de París tocaba las doce de la noche; las calles estaban desiertas, y solo algunas personas en busca quizá de aventuras recorrian la ciudad á la escasa luz de los faroles, mal alimentados con aceite. En el momento en que el aire repercutia la última vibracion de las horas entraba en la calle de San Honorato el coche del banquero Mr. Julio Dupuis, quien venia de una soirée con su jóven esposa. Al llegar el coche cerca del palacio, abrióse la puerta, entró el carruaje y [illegible]. Los [illegible] acudieron para ayudar á Mr. de Dupuis á [illegible] acostumbrado [illegible] por sí solo. En [illegible] cuando separó en un [illegible] y dió órden al portero de que [illegible] y [illegible] á impulsos de la curiosidad se [illegible] con un [illegible] vestido de [illegible] á [illegible] jóven con la cabeza [illegible] nilla. [illegible] portero le preguntó porque [illegible] aquel hombre, [illegible] el portero que [illegible] sobre el duro [illegible] á compás [illegible] permitido que se [illegible] allí, con la esperanza de que [illegible] á vuestro [illegible] gravemente, y [illegible] si lo supiese, [illegible] de ese desgraciado, [illegible] no diré una palabra y puede [illegible]



EL PREMIO.

LA MAÑANA.

(CUADRO DE LEUTEMANN.)

El reloj de la catedral de Paris tocaba las doce de la noche, las calles estaban desiertas, y solo algunas personas en busca quizás de aventuras recorrian la ciudad á la escasa luz de los faroles, mal alimentados con aceite. En el momento en que el aire reproducia la última vibracion de las horas entraba en la calle de San Honorato el coche del banquero Mr. Julio Dupuis, quien venia de una tertulia con su jóven esposa. Al llegar el coche cerca del palacio, abrióse la puerta, entró el carruaje y volvieron á cerrarla. Los criados se apresuraron para ayudar á Mr. de Dupuis á bajar del coche, á lo cual estaban acostumbrados, porque su amo desde mucho tiempo no podia verificarlo por sí solo. La señora que seguia á su marido estaba ya al pié de la escalera cuando reparó en un rincon dos ojos brillantes, que le causaron mucho miedo, y dió órden al portero de que fuese á ver lo que era, y no obstante á impulsos de la curiosidad se acercó y tuvo una sorpresa hallándose con un mono vestido de oficial. A su lado dormia un saboyano jóven, con la cabeza inclinada encima del organillo. La señora dirigiéndose al portero le preguntó porque estaba allí aquel hombre, á lo cual contestó el portero que habiéndolo visto tendido sobre el duro suelo mientras llovia á torrentes movióse á compasion y le habia permitido que se entrara allí, con la esperanza de que nadie lo veria. Habeis faltado á vuestro deber, dijo la señora, y muy gravemente, y mi marido os castigaría si lo supiese, pero tengo lástima de ese desgraciado, y por hoy no diré una palabra y puede dormir aquí dentro.

La jóven observó el bello y melancólico rostro del pobre saboyano, y pensó ¿con qué estará soñando? Quizás con su país natal. Iba á separarse cuando el mono viéndola marchar hizo un gesto cual si quisiera saludarla, y tirando la cadena dispertó á su amo que miró pasmado en torno suyo esclamando con tristeza; ¡ay de mí! no era mas que un sueño. ¿Con qué soñabais? le preguntó Melania. Soñaba con mi madre, dijo el mozo con voz conmovida, con nuestras verdes montañas, y con Micaéla. ¿Pensais volver luego á vuestro país? Ah señora, no tan pronto, porque antes he de ganar algun dinero. ¿Y cuánto necesitais? Quisiera, dijo el saboyano, tener lo suficiente para comprar una cabaña á fin de criar cabras y ejercer mi oficio de cestero.

La señora dijo al saboyano que volviese al dia siguiente y mandó al portero que le diese de cenar y lo recogiera en algun sitio mas cómodo. El pobre muchacho durmió tan profundamente que por la mañana fué muy difícil dispertarlo. Despues que le hubieron dado de almorzar, el portero le dejó salir encomendándole que no se olvidase de volver por la noche al palacio de Mr. Dupuis. ¡Dupuis! repitió José ¿es ese el apellido de vuestro amo? El mismo, dijo el portero. ¿Es viejo? preguntó el saboyano. Sí. ¿Y su esposa es aquella señora jóven que ví ayer noche? Sí. ¿Y su marido la ama? El portero ya se cansaba de tantas preguntas y oyendo la última que no hubo de gustarle esclamó. ¿Y qué te importa? ¿Te figuras acaso que por tener marido viejo se ha enamorado de tí?

El montañés pareció que no entendia una palabra y hablando consigo mismo dijo. Es menester que le salve la vida, y con paso acelerado desapareció. Le perderémos de vista un momento para volver á Melania, que era segun llevamos dicho la esposa de Dupuis.

Esta señora habitaba en Paris desde mucho tiempo, y sin embargo nunca se pudo acostumbrar á esa capital, porque su pensamiento estaba fijo en su patria de donde la arrancó su menguada suerte.

Era la hija mayor de un empleado que tuvo una familia numerosa. A la edad de diez y nueve años eligió entre todos sus pretendientes á un jóven que ni tenia fortuna ni ningun destino, por lo cual fué imposible que se casaran, aunque amando como realmente amaba á esa jóven aguardó á que la suerte le favoreciese de algun modo. Mientras alimentaba estas esperanzas, una tia de su amante la invitó á que fuese á su casa hasta que el sobrino alcanzara alguna colocacion honrosa y bastante productiva para atender á las necesidades de una familia; á lo que accedió con tanto mayor gusto en cuanto Celestina, única hermana de su pretendiente, estaba tambien con la tia. Aunque aquella jóven y Melania tenian un carácter muy distinto, hallábanse bien juntas, porque Celestina en su primera juventud habia tenido un amor desgraciado de donde provino que su corazon se endureciese y se hiciera insensible por

mas que su alma fuese generosa y espansiva. Melania por el contrario era la misma dulzura. A pesar de esta divergencia las dos vivieron en la intimidad mas grande, de suerte que ellas mismas se preguntaban si era el amor ó bien la amistad el afecto mas á propósito para procurar la felicidad verdadera.

Cuando hubo transcurrido todo el invierno durante el cual el cariño de las dos jóvenes fué sincero, Melania recibió invitacion de una tia suya en que le suplicaba que quisiera acompañarla á tomar los baños que su salud hacia necesarios; y como muy de veras le dolia separarse de una amiga con la cual estaba tan cordialmente unida, lo escribió á su amante pidiéndole consejo. El jóven le contestó que si bien era cierto que preferiria verla entre sus propios parientes, no le negaba el permiso para ir á los baños, tanto menos cuando el objeto era para cuidar á una tia enferma; mas que á fin de prevenir cualquiera contratiempo habia resuelto contraer con ella esponsales antes que se ausentara. En efecto así lo hicieron, y luego despues Melania se fué á los baños en donde pasó muchas semanas en medio de las diversiones de todo género á que en aquel establecimiento se entregaban los concurrentes.

Cuando mas contenta estaba llególe para colmo de alegría una carta de su novio en donde le relataba como se habia cumplido el mas ardiente deseo de su alma, pues acababa de alcanzar un destino cuyos lucros le ponian en el caso de poder ofrecerle su mano; y en este concepto le rogaba que volviese lo mas pronto posible, pues ahora en que ya podian ser felices, toda tardanza era para su amoroso corazon una angustia intolerable.

A esta carta contestó Melania manifestando cuan sensible era para ella deber continuar en los baños despues de la nueva que le habia comunicado, pero que no era dable otra cosa atendido el estado de su tia. Procuraba consolarle diciéndole que la felicidad de ambos seria mas duradera porque tendrian el recuerdo de haber cumplido un deber que los lazos de parentesco le imponian y que no dudaba de que en esta parte sus sentimientos estarian de acuerdo. Antes de tener contestacion á aquella carta recibió otra que desde la cumbre de la felicidad la precipitó en el abismo de la desgracia. Celestina le escribia en estos términos.

«Querida amiga de mi alma. Aunque sé cuán profunda herida abriré en vuestro corazon, y á pesar de que no lo es menos la que yo he recibido, es indispensable que os escriba pues se trata del honor y del reposo de mi hermano. Ya sabeis que al terminar los estudios contrajo relaciones con Adelina Herran, la cual por una de aquellas desgracias de que tantas jóvenes son víctimas le sacrificó su honra, su belleza, su virtud y su porvenir entero. Despues de eso la abandonó, vos le inspirasteis una pasion violenta, y Adelina supo esta traicion que le llegó al alma y la hizo muy desdichada; pero en medio de tanta desventura conservaba siempre la esperanza de que mi hermano

volveria en sí para recordar los sacrificios hechos por ella, cuando la publicidad del próximo enlace vuestro con mi hermano ha venido á robarle esa esperanza que era su único consuelo. A impulsos de su desesperacion hizo lo que nunca debiera una mujer, pues quiso recobrar por fuerza á su antiguo amante, vino á encontrarme á fin de que yo sirviese de mediadora y me rogó que echase mano de todo mi influjo para que mi hermano volviese á ella y salvase su honor, jurándome desesperada que si se mostraba inexorable, ella dejaria de existir el dia en que se verificase vuestro enlace. Yo no he podido menos de dirigirme á mi hermano y de recordarle lo que se debia á sí mismo; pero me ha rechazado con la dureza de corazon que tan propia es de los hombres, diciéndome que nada tiene que echarse en cara. En tal apuro me atrevo á hacer un llamamiento á la generosidad de vuestra alma á fin de que volvais á mi hermano al camino que su deber le señala. Básteos saber que os adora, y renunciad á su mano para que podais levantar los ojos al cielo sin ningun remordimiento y con la satisfaccion del que ha procurado la felicidad agena, aun á costa de la propia. Acordaos de que la vida es breve mientras que la eternidad no tiene fin. Ya sé que esto os ha de costar mucho, y nadie está como yo en el caso de comprenderlo; mas la grandeza del sacrificio probará de una manera incontestable la magnitud de vuestro amor y el hermoso temple de vuestra alma.

Vuestra eterna amiga,

CELESTINA.»

Melania pasó una noche horrenda, durante la cual la atormentaron dolores inesplicables; y al amanecer escribió las siguientes palabras.

«Mi querido Luis. Cumplid con vuestro deber y dejad que yo muera. No puedo admitir una felicidad que traeria en pos las maldiciones y el llanto de otra mujer, y solamente os pido que no procureis verme nunca mas en la vida, porque si lo hiciereis yo moriria sin remedio.

MELANIA.»

Este acontecimiento, sin que pudiese averiguarse por qué medio, se hizo público entre las personas que estaban en los baños: lo cual convirtió á Melania en la heroína de la temporada, é hizo que fuese particularmente obsequiada por un caballero francés que era el millonario Dupuis; quien supo manejarse de modo que antes de terminar la estacion de los baños se habia ya casado con Melania en cuya compañía visitó á su familia, marchando luego con ella á Paris. Melania le dió la preferencia sobre otros pretendientes para alejarse cuanto antes de aquel sitio testigo de su infortunio. Aunque transcurrieron muchos años desde que habia roto todas sus antiguas relaciones, en el seno

de la opulencia aun manaba sangre de la mal cicatrizada herida que atravesó su alma.

En la velada siguiente al dia en que hemos dado principio á este relato Melania esperaba con ansia la llegada del saboyano José; y entretanto reflexionaba acerca de la estravagancia del destino que hacia que el saboyano encontrase la felicidad en el país natal al paso que ella habia sufrido en el suyo tantas desventuras. En aquella hora entró en casa Mr. de Dupuis y poco despues se presentó el saboyano José. La señora envió su camarera con un bolsillo lleno de plata á fin de que se lo entregase y le dijera que era demasiado tarde para que pudiese hablar con él en aquel dia. La camarera volvió muy pronto diciendo que José no necesitaba dinero sino que tenia precision de hablar con la señora acerca de un negocio de grandísima importancia. Melania algo pensativa preguntó si habia comprendido de que se trataba. Lo ignoro, dijo la camarera; pero ha insistido en que tenia que hablar con vos á solas. Entonces, contestó la señora, díle que entre, y no te muevas de mi lado hasta que se vaya. María volvió á los pocos momentos con José que manifestó deseos de quedarse solo con Melania. Miró ésta con mucha atencion al estranjero, y pareciéndole bueno y honrado, dijo á la camarera que saliese. Cuando estuvo fuera, José dirigió á la señora las siguientes preguntas. ¿Tiene la señora una parienta que vive en el arrabal de San German? Sí, la tengo. ¿Tiene esa parienta un hijo llamado Enrique que es militar? Es cierto. ¿Esa parienta debe dar un baile para celebrar el matrimonio de una hija, baile al cual estais invitada? Sin ninguna duda, ¿pero á qué vienen tus preguntas? Señora, no vayais por término alguno á ese baile porque se trata de envenenaros. Es imposible, dijo Melania, eso lo has soñado, pues la señora de quien hablas es mi mejor amiga. José llorando miró á Melania y se mantuvo en silencio. ¿Y por qué razon, preguntó la señora, has supuesto semejante cosa? En una lluviosa noche de la pasada semana, dijo José, me habia colocado á dormir debajo de los arcos de un callejon, é iba ya á coger el sueño cuando noté que abrian una puerta por la cual y sin tener luz salió una mujer diciendo: ¿Sois vos Magdalena? mas como nadie le contestase volvió á meterse en la casa. Al momento tapé la cabeza del mono con mi gorra, y lo metí debajo de la capa para que no se moviese y á fin de que alguno no tomára de ahí pretexto para hacerme marchar á otra parte. La Señora interrumpiéndole le preguntó. ¿Y porqué pasabas la noche en la calle mas bien que en alguna posada? Porque es lo que hago casi siempre y eso forma una de mis principales economías. ¿Y qué me importa á mí dormir sobre el duro suelo con tal que por este medio vuelva á mi país muy pronto? Además de este modo huyo de las malas compañías, y cuando me duermo solo y abandonado en una calle, me parece que la Vírgen vela por mí y me libra de todas las desgracias.

Estábame pues tendido encima de mi órgano para dormirme, pero la lluvia que sobre mí caia era tanta que me hacia estar dispierto. A poco rato oí pasos en la calle y luego la pregunta. ¿Estais ahí? Sí, Juliana, yo soy, contestó una mujer. Abrióse entonces la puerta, entró la mujer y oí la conversacion siguiente. ¿Qué cosa ocurre que os ha movido á llamarme á pesar del malísimo tiempo que está haciendo? He pensado, Magdalena, dijo Juliana, que siendo tan pobre como sois no os detendriais en hacer un camino largo para ganar alguna cosa. Me parece que estais incomodada, pero si teneis paciencia para oirme, creo que encontraré medios para calmar vuestro enfado. Voy á proponeros un negocio en el cual ganaréis no solo monedas de cinco francos, sino luises de oro, y por añadidura podréis vengaros de vuestra mas cruel enemiga.

Al oir hablar de luises fijé mas la atencion porque sospeché alguna cosa mala y no me equivocaba. Madalena preguntó qué negocio era aquel, y Juliana dijo: Ya conoceis á la señora de..... no pude oir el nombre porque lo dijo en voz muy baja, contaba con la sucesion de su cuñado para su hijo Enrique, el oficial que es su mas próximo pariente. Estaba tan segura de esa herencia que al saber que ese cuñado ha hecho heredera universal de todos sus bienes á su esposa estuvo en un tris como no le costó la vida. ¡Como! dijo Magdalena interrumpiéndola. ¿El señor de Dupuis ha instituido heredera de toda su fortuna á su esposa? Sí, sí, contestó Juliana; es tan cierto como que nosotras estamos aquí. Magdalena continuó: no me admira que ese viejo tonto se haya dejado engañar por las gazmoñerías de su mujer, á la cual detesto porque es alemana, y yo aborrezco á todos los alemanes desde que uno de ellos fué causa de mis desgracias. Pues ahora, dijo Juliana, se os presenta una buena ocasion para vengaros y por esto he querido hablar con vos. Es indispensable que os procureis un veneno y recibireis una buena recompensa. ¿Me dará la recompensa la señora de la Blanche? preguntó Magdalena. Sí, ella es quien me ha encargado que os hable de este asunto, pero..... ¿Tomará el veneno que yo le presente? interrumpió la otra. Precisamente, dijo Juliana. Vuestro primo Jaime que es tan hábil y trabaja en una fábrica os procurará eso. Por la primera vez la recompensa no será grande, pero mas adelante, cuando vuestra enemiga haya fallecido, os rellenaré las faltriqueras. Está bien, y ¿para vos qué pedís? porque á lo que yo creo nadie se mete en estas cosas sin un interés por su parte. Yo no quiero otra cosa sino que procureis que Jaime se case conmigo, dijo Juliana. No podré lograr nada porque sois demasiado vieja. Pues entonces no hablemos mas de este negocio, y advertid que si no me hago vuestra cómplice por medio del matrimonio os denunciaré á la justicia. Haced pues lo que querais. Hablaré con Jaime, dijo Magdalena despues de pensarlo un poco, y el jueves os daré la contestacion. Seria muy tarde, respondió la otra, porque

el viernes se verifica la boda, y en ese dia el señor de Dupuis será convidado al baile. Jaime podrá servir en calidad de criado y presentar refrescos á esa melancólica señora. Siendo así, contestó la otra, id el miércoles por la noche cerca del puente nuevo, y procurad que con vos vaya Jaime. Con esto quedaron de acuerdo y cada una se fué por su lado.

Cuando hubieron marchado, dijo el saboyano, recapitulé todo lo que habia oido y reflexioné acerca de lo que debia hacer; y como por de pronto comprendí que aun nada sabia bien positivo, determiné escuchar la conversacion del puente nuevo. El sueño habia desaparecido de mis ojos, y me puse á orar pidiendo á la Santísima Vírgen que me iluminase. Durante el dia hice lo de siempre, y cuando esta mañana he salido de este palacio ya sabia lo que me tocaba hacer porque la Vírgen me habia dado buen consejo. He ido al puente nuevo para saber todo el negocio: por esta razon he venido tan tarde. Apenas estuve allí cuando ví llegar con mucha prisa á Magdalena y á Jaime. ¿Tan pronto has podido procurarte eso? preguntó la primera al segundo. Sí, contestó Jaime. ¿Quieres servirnos? No hay inconveniente, como el negocio produzca mucho dinero. Entonces comenzaron á hablar de modo que no me fué posible oirlos; pero finalmente pude comprender que decian que si al fin no habia otro remedio Jaime la tomaria por mujer.

Yo me llevaré la mitad del contenido de la botella. ¿Y para qué? preguntó Jaime. Porque es preciso que el marido siga á la mujer al sepulcro y dirán que ha muerto de pesadumbre.

En aquel momento se acercó Juliana, y Magdalena se adelantó diciéndole que Jaime estaba impaciente por verla. Ya queria venir antes, contestó Juliana con calma, pero me ha sido imposible. En seguida hablaron de lo que era preciso hacer en el baile.....

La llegada del señor de Dupuis interrumpió la conversacion de Melania con José. La señora dió órden para que acompañaran al saboyano y que le diesen de comer.

Melania vivamente alarmada corrió á noticiar á su esposo aquel descubrimiento contándole por menor toda la historia. Ambos conferenciaron largo rato para deliberar lo que debian hacer á fin de trastornar el complot, sin comprometer no obstante á la familia. Yo soy de dictámen, dijo la señora, que no vayamos al baile de trajes porque frustrada esa tentativa no es fácil que otra vez se presente ocasion oportuna. Con esto, hija mia, dijo el marido, adelantaríamos muy poco, porque su proyecto sufriria una contradiccion, pero no lo abandonarian. Es preciso que vayamos con traje distinto del que teníamos pensado. Ese José quiero que se quede en casa y de mi cuenta corre establecerle como merece. Tomada ya la resolucion no pensaron sino en llevarla á cabo.

El palacio de Madama de la Blanche, estaba adornado como para una gran

fiesta, y convertido en un inmenso jardin iluminado por mil luces. Los criados vestidos con libreas nuevas iban de un lado á otro cual si estuviesen muy atareados, y entre ellos iba Jaime. La señora vestida con un traje verde esmeralda estaba sentada en un canapé en medio de sus hijos y aguardando á los convidados. Parecia tranquila aunque estaba pálida, y de tiempo en tiempo se miraban ella y su nuevo criado, y no podia evitar un estremecimiento de todo su cuerpo cada vez que éste indicaba que la habia comprendido.

Oyóse el estruendo de varios coches y entonces pidió un vaso de agua y lo bebió con prisa. Su hija Adela se mostró sorprendida é iba á preguntarle porque bebia tan intempestivamente cuando se distrajo con el ruido de la comparsa de gitanos que en el salon penetraba. La vieja que iba á la cabeza de la comitiva anduvo directamente hácia la señora de la casa para saludarla en nombre de la comparsa. Los individuos mas ancianos se sentaron mientras los jóvenes empezaron á bailar tocando las panderetas y las castañuelas.

Cuando la señora de la casa hubo oido la sonora voz de la vieja gitana se estremeció y bajó la vista porque no pudo soportar la penetrante mirada de aquella máscara. La vieja riendo le pidió la mano para decirle la buena ventura, la señora se la presentó con mucho gusto aunque temblando interiormente y luego la gitana le dijo: Sobre vos está pendiente una desgracia pero de vos depende el alejarla; procurad que el rayo con que amenazais la cabeza de otra persona no caiga sobre la vuestra.

La señora de la Blanche quedó consternada al oir esta revelacion que sin duda venia de parte de su cuñado, quien debia ser sabedor de todo. ¿Qué haria ahora ese hombre, y qué debia hacer ella misma? Todas estas ideas cruzaron rápidamente por su cabeza, mas no pudo detenerse en ellas porque apenas los gitanos se habian metido entre los convidados cuando se presentó una comparsa de chinos. En vano buscaba la señora á la vieja gitana porque habia desaparecido; apoderóse de ella un terror mórtal, y á cada instante le parecia ver entrar la justicia. Con mucho gusto se hubiera ocultado en el mas recóndito rincon de su casa, pero se veia condenada á permanecer en medio de aquella muchedumbre, cuyos ojos se clavaban en ella, porque era la única persona que no estaba disfrazada, y sus mismos hijos acababan de alejarse á fin de participar de las diversiones de la tertulia. Al paso que aumentaba el número de los concurrentes sus angustias iban creciendo, y cuanto mas hacia para descubrir á la vieja gitana mas conturbada se sentia. Ya cuatro distintas veces estuvo á punto de dar contraórden á Jaime; pero cada vez venia á distraerla alguna cosa. Enrique se llegó á ella y le dijo. Pero mamá ¿en dónde están mi tio y mi tia? Aquí están, contestó la señora, pero tan bien disfrazados que no es posible conocerlos. Si mi tia estuviese aquí, dijo Enrique, la hubiera conocido en las palpitaciones de mi corazon. Estas palabras, hijo mio, no debieran

haber salido nunca de tu boca, le dijo la madre en tono severo; mas el hijo respondió: cuando todo el mundo ama á Melania, ¿hé de ser yo menos sensible que los otros? Si todo el mundo la ama, dijo la madre, nosotros debemos aborrecerla, porque nos priva de una herencia muy considerable. Esa herencia, replicó Enrique, podíamos haberla perdido de mil modos; y pues ha pasado á ser de Melania yo renuncio á ella de muy buena gana. Enrique al decir esto se retiró con algunos convidados hácia una ventana y bebió dos copas de Champagne; y su madre viendo el ansia con que bebia no dudó que su hijo perderia por causa de Melania no solo la herencia sino tambien el reposo, y por lo mismo determinó que era preciso acabar con ella.

El baile estaba en el momento de mayor efervescencia y ya algunas máscaras se habian quitado la careta cuando se presentó un viejo saboyano acompañado de dos hijos suyos, el uno varon con el correspondiente mono, y el otro hembra vestida de pastora y que iba cantando. El padre se escusó de haber venido tan tarde con la longitud del viaje que habia debido hacer, y los tres se marcharon con los otros concurrentes que estaban mas animados que nunca. Enrique al verlos se adelantó hácia ellos y los siguió. Cuando los criados les ofrecieron refrescos se negaron á admitirlos, y como Enrique insistiese, Melania dijo que no se lo permitia el método de vida que seguian en las montañas de su patria, en donde no probaban mas alimento que pan y leche. Enrique en el acto fué á pedir leche y á pocos momentos vino Jaime presentando un vaso á la pastora, que alargó la mano para cogerlo y miró fijamente al criado que se turbó, á cuya vista Melania dejó el vaso. ¿Y porqué no tomais la leche? preguntó Enrique á su tia, la cual no contestó una palabra. Enrique cogiendo el vaso le dijo: Pues vos no la tomais yo voy á beberla, y en efecto acercó la copa á los labios, pero su madre que tenia la vista fija en Enrique lanzó un grito y quedó desmayada. Todos los ojos se dirigieron entonces á la madre, pero lo que mas valia la pena de llamar la atencion se escapó por fortuna á las miradas de los contertulios. En efecto cuando Enrique quiso llevar la copa á los labios, el saboyano le cogió el brazo, y le impidió beber diciéndole al mismo tiempo: caballero, no bebais ahora porque estais muy acalorado. Enrique insistió pero su tio le cogió el vaso diciéndole. Venid conmigo á ese cuarto inmediato, y al mismo tiempo hizo una señal al saboyano jóven para que los siguiese llevando al mono. Cuando hubieron entrado en el cuarto, el tio dijo. En esa leche hay un veneno destinado á mi esposa; y si lo dudais hagamos que beba el mono que he mandado traer á propósito. ¡Tio! esclamó Enrique, vos deshonrais nuestra casa y vuestro apellido, y si no respetara vuestras canas os atravesaria con la espada. Importa poco, dijo Dupuis, morir de este ó del otro modo. Lo que no ha podido hacer el veneno, lo haria la espada si así conviniese, ¿no es verdad sobrino mio? y en el acto presentó la leche al mono que

parecia ansioso por beberla. El saboyano jóven se habia retirado durante ese corto diálogo entre tio y sobrino, quien se quedó pasmado al oir las últimas palabras del otro; y se dejó caer en una silla profundamente afectado. El tio cerró la puerta y los dos quedaron en silencio absoluto sufriendo la ansiedad mas grande hasta el momento en que el mono comenzó á girar los ojos, á gemir y á revolcarse por el suelo. ¿Dudais todavía de mis palabras? preguntó el señor de Dupuis á su sobrino. Perdonad, tio mio: yo no sabia una palabra de todo esto, y hubiera tragado el veneno si de este modo hubiese podido salvar la vida de Melania. Dios es testigo de que mis palabras son ciertas. Está bien, dijo el tio, y por consideracion á vos guardaré silencio: decídselo así á vuestra madre y al criado á fin de que busquen su salvacion en la fuga. Cuando el mono haya muerto yo cuidaré de hacerlo sacar de aquí á fin de que los criados no tengan noticia de este acontecimiento.

El señor de Dupuis salió en seguida y cogiendo á su señora marcharon del baile de donde habian desaparecido casi todos los convidados al notar la falta de la señora de la casa. Enrique los acompañó hasta el coche en medio de la mayor pesadumbre. Su madre habia sido llevada á la cama, en donde clamaba porque le trajeran su hijo, que al fin fué allí y se colocó al lado de la cama aunque sin volver hácia ella el rostro ni dirigirle la palabra. La madre lo adivinó todo, y se alegró á lo menos al ver que su hijo se habia salvado. Los convidados se dispersaron, esplicando cada cual á su manera aquel suceso, mas por fortuna sin que ninguno supiera descifrar el misterio. El dia siguiente el señor de Dupuis marchó á Italia con su esposa y á los dos acompañó hasta Turin el pobre José: á quien por de pronto no permitió aquel caballero que marchase á sus montañas como ardientemente lo deseaba y lo pedia. El señor de Dupuis le guardaba una grande sorpresa.

Al cabo de dos meses de estar en la capital de Cerdeña llamó á José y le dijo: Amigo mio, á tí debo la vida de la esposa á quien amo entrañablemente, y para manifestarte mi gratitud queria que nunca te separaras de mi casa: mas tú prefieres vivir en tus montañas, y yo no pienso negarte cosa alguna de cuantas puedan contribuir á tu ventura. Así pues en tu mismo país te he comprado una casita, algunas vacas, cabras y todos los animales domésticos, cuya posesion era el sueño y la esperanza de tu vida. En esa casa hallarás á tu anciana madre, que ha llevado consigo á tu querida Micaela, con la cual te casarás allí mismo, siendo Melania y yo los padrinos de tu boda. Ojalá seas feliz durante tu vida entera, y te acuerdes de tiempo en tiempo de venir á Turin para decirnos que en realidad eres dichoso, ó á fin de hacernos saber lo que te falta para serlo completamente. José al oir tal noticia creyó que perdia el juicio, se arrodilló delante de su bienhechor, besóle la mano, derramaba lágrimas, pero no supo decir una palabra. Corrió como un loco al cuarto de

la señora á fin de mostrarle su agradecimiento, pero tambien allí la voz se le quedó pegada al paladar, y hubo de contentarse con el llanto.

Salieron de Turin y se trasladaron al punto en donde estaban la tierra y la casa que el señor Dupuis habia adquirido para aquel pobre muchacho. En aquel momento asomaba el sol para dar principio á un dia que prometia ser sereno y bonancible. Desde una altura inmediata enseñó aquel caballero á José la casa, y el saboyano se quedó embebecido al ver el espectáculo que se presentó á sus ojos. Abrióse la puerta de la casa, y salió de ella una esbelta y rubia jóven de diez y siete años, que era su amada Micaela. Iba con los piés y los brazos desnudos, y estaba nada mas que medio vestida. En la mano izquierda llevaba un plato hondo, y apenas se hubo presentado en la puerta cuando un gallo con sus gallinas, los patos, los pollitos y un pavo corrieron piando, cacareando, cantando y mirando con ansia el plato que estaba lleno de cebada y de avena. La alegre gritería del corral hizo que se presentaran las palomas atravesando el aire con la rapidez de una flecha. La una lanzándose al plato comenzó á comer granos de cebada, otras revoloteaban en torno de la cabeza de aquella linda jóven, que sonriéndose estendió la mano, y apretó contra los labios y dió un dulce beso á la paloma cuyas alas rozaban con su rostro.

Esta escena inspiró á los señores de Dupuis una ternura inefable y colmó de una alegría loca á José, que realmente no sabia comprender felicidad tan grande.

La boda se celebró con una ostentacion que no se habia visto en las montañas, y José y Micaela fueron todos los años á visitar á sus favorecedores y á llevarles las primicias del corral que ellos les habian poblado. José creyó siempre que el premio recibido de aquel caballero era mucho mayor de lo que merecia el servicio que por una casualidad pudo prestarle.

LA PROPOSICION RECHAZADA.

(CUADRO DE VERKOLJE.)

En el territorio de la antigua Flandes, y á poca distancia de la frontera francesa alzábase un viejo castillo feudal en medio del accidentado claro de un espeso bosque. La comarca poco cultivada tenia un aspecto pintoresco, por mas que en toda ella no hubiese sino colinas cubiertas de bosque y matorrales. El castillo y el territorio hasta muchas leguas á la redonda pertenecian de tiempo inmemorial á los señores de Boprés, cuya noble familia habia sido diezmada por la guerra; de suerte que cuando el último descendiente varon que fué Teófilo de Boprés, murió á la edad de noventa años, dejó heredera de su arruinada fortuna á su nieta Diana de Boprés, que tenia apenas veinte.

En medio de los disturbios y de las guerras de su tiempo Diana se encontraba absolutamente faltada de recursos; bien es verdad que con esto no temia á la soldadesca francesa ni á la soldadesca flamenca, puesto que no era dueña de cosa alguna capaz de escitar la codicia de los veteranos que en cuanto al pillaje no se ocupaban poco ni mucho de distinguir á los amigos de los adversarios. En el castillo de Boprés no habia otra cosa que ruinas pintorescas, pero en cambio estaba circuido de murallas respetables. La parte que servia para habitacion se hallaba mejor conservada, y Diana procuró embellecerla segun la moda de la época, haciendo blanquear con cal las viejas paredes grises. El interior de la casa restaurada, como decia una antigua inscripcion puesta encima de la puerta, era no obstante muy cómoda por lo que toca al número y á la disposicion de las piezas. Los habitantes que las ocupaban eran



LA PROPOSICION [illegible].

(CUADRO DE [illegible])

[illegible] frontera [illegible] un [illegible] por [illegible] matorrales [illegible] de tierra [illegible] habia [illegible] diezma- [illegible] que fué [illegible]

[illegible] se encon- [illegible] que con esto no te- [illegible] puesto que no era [illegible] de los veteranos que en cuen- [illegible] distinguir á los amigos de los adversar[illegible] otra cosa que ruinas pintores- cas, pero en [illegible] respetables. La parte que ser- via para habit[illegible] y Diana procuró embellecer- la segun la moda [illegible] con cal las viejas paredes grises. El interior [illegible] como decia una antigua inscripcion puesta encima de la [illegible] muy cómoda por lo que toca al número y á la dispos[illegible] Los habitantes que las ocupaban eran



La Proposition rejetée


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SEVILLA

poquísimos, y un estranjero se hubiera perdido en aquel laberinto de salones desiertos.

Diana de Boprés, que estaba sin parientes, tenia la desgracia de haber reñido con todas las familias ricas de la vecindad, por culpa de su abuelo, amigo por demás de pleitos y disputas. Vivia la pobre enteramente solitaria, sin recibir otras visitas que las harto frecuentes de sus acreedores. Al principio aquella soledad le arrancaba lágrimas, y lo que es peor llegó á tener miedo en aquel castillo que solia llamar el nido de buhos: mas como el hombre acaba por acomodarse á todo, Diana se acostumbró á su aislamiento, olvidóse de que aquel castillo no era una mansion propia de una hermosa jóven de veinte años, hízose á la fealdad y á la estupidez de Genoveva, única hembra que vivia con ella en el desierto de Boprés, y la cual era en una pieza doncella, cocinera, jardinera y dueña: y pocas veces le vino á las mientes que se encontraba sin ninguna clase de defensa, puesto que la guarnicion del castillo se componia únicamente de un cazador y de un colono medio idiota.

Por otra parte vino á señorearse de ella una pasion que la dominaba de un modo absoluto. No se crea por esto que estuviese enamorada, lo cual hubiera sido casi imposible, porque reuniendo todas sus memorias, no se acordaba de haber visto otro caballero que su infeliz hermano, el cual murió en la primera batalla en que se habia encontrado. La pasion de Diana era la caza. Cuando su anciano abuelo hubo muerto, los habitantes del castillo de Boprés quedaron tan pobres que hubieran muerto de hambre á no ser Pedro, que era el cazador, el cual se encargó al principio de acudir á las necesidades comunes, mas á despecho de su actividad le fué difícil proveer á todas.

El cazador conoció que habia menester un ausiliar y la bella heredera de Boprés, despues de haber procurado en vano trasformar en cazador un labriego del pueblo inmediato, se dedicó por fin á sufrir la ley de la necesidad y á echar mano de su persona. Pedro sacó de un desvan una antigua silla de montar para señora, la recompuso todo lo que supo, arregló el mejor caballo de tres que habia en la casa, que por cierto era un castaño muy regular, y dió una mano á la escopeta del abuelo. Arreglado ya todo, en una hermosa mañana de otoño la señorita acompañada de Pedro salió á cazar, y por la noche volvió al castillo con un corzo que habia muerto, porque es de saber que algunos dias antes siguiendo las instrucciones del cazador se dedicó á tirar al blanco, no sin manifestar desde luego muy escelente disposicion para ello. Poco á poco Diana se convirtió en una perfecta cazadora, con la cual no podia ya rivalizar el mismo Pedro; pues tiraba con una precision y puntería tales que el viejo cazador lloraba de gozo considerando que ese magnífico resultado era efecto esclusivo de sus lecciones. Todos los dias, seguida de los perros,

recorria el bosque á caballo, y aun durante la noche lós labradores oian los disparos de Diana.

No tardó en derramarse por el territorio la reputacion de la señorita, noticia que llegó á oidos de Diana por Genoveva, que habia ido á visitar á unos parientes á pocas leguas de distancia. De pronto esperimentó un placer verdadero, que muy luego hubo de convertirse en sentimiento de tristeza cuando supo que la llamaban la pobre cazadora. El padre guardian de un convento inmediato aunque nunca habia visto á Diana le dió el título de la caballera de la triste figura. Nunca habia llorado la señorita como lloró en la noche en que tuvo noticia de todo esto, porque entonces comenzó á encontrar su existencia triste y árida; y por primera vez comprendió que el placer de la caza era una débil compensacion de los esquisitos goces que las córtes de los príncipes, y las ricas ciudades de Bélgica, ofrecian á las señoritas de la aristocracia.

Habia recibido una educacion brillante, pues el difunto señor de Boprés le hizo enseñar el latin, tenia una hermosa y buena biblioteca; muchos miembros de la familia que ocupaban destinos honrosos en las córtes de Francia, Inglaterra y Alemania, le enviaban obras en que se traslucian la elegancia y la galantería de la época. En esas obras habia Diana estudiado el mundo; y en sus espediciones de caza formaba algunas veces proyectos brillantes y romancescos. Hasta entonces sin embargo su pasion por la caza pudo mas que todo, y por nada en el mundo habria dejado el castillo: pero desde el momento en que volvió Genoveva, no pensó en otra cosa que en huir de aquella, pero le faltaban medios para poner en ejecucion su proyecto. No era cosa de vender el castillo, porque nadie lo hubiera comprado, sobre todo en aquella época en que el dinero andaba muy escaso; y aunque hubiese hallado quien lo quisiera, no era posible sacar de la venta mas que una cantidad muy corta, que habria bastado para vivir algun tiempo con cierta apariencia de lujo; pero en breve hubieran venido otra vez la pobreza y aun la miseria. Diana aunque envanecida de sí misma y de la nobleza de su familia, en realidad era una pobre cazadora, una amazona desguiñapada, si bien por otra parte se convenció al consultar el espejo de que fué una injusticia llamarla caballera de la triste figura.

Su talle esbelto y de buen corte, su magnífica cabellera rubia, sus facciones delicadas, la encantadora mirada de sus ojos azules estaban al abrigo de la crítica mas severa. Tenia el aire comunmente modesto aunque algunas veces lo tomaba altanero y suelto, y todos sus movimientos indicaban una gracia indefinible. Desgraciadamente su guardaropía se hallaba en un estado de completa ruina: en vano con Genoveva sujetaron á un minucioso exámen las guardaropías de la abuela, de la madre y de las ancianas tias, de semejantes restos le pareció de todo punto imposible hacer alguna cosa de provecho. La

noble señorita arrancada á su tranquila vida por un necio juicio del mundo no pudo rechazar de su espíritu las nuevas ideas que en él habian nacido. Queria vestirse segun su rango, y de tal modo que en su traje nada revelase su pobreza positiva. Despues de una discusion bastante larga con Genoveva y hasta con el mismo Pedro, encontraron finalmente un medio de allegar dinero sin grandes sacrificios. El vecino del castillo de Boprés era el caballero de Albala, de orígen español, contra el cual el difunto señor de Boprés habia sostenido un largo pleito, que durante mucho tiempo fué el único tema de las conversaciones del abuelo de Diana. El pleito versaba sobre la propiedad de un bosquecillo inmediato á las haciendas del noble Albala, y la señorita se propuso venderlo al que tan obstinadamente manifestó deseos de hacerlo suyo. Aunque nunca habia visto á ese noble vecino, tuvo valor para apersonarse con él, precisamente porque le era del todo estraño, y para ello se vistió lo mejor que pudo, de suerte que parecia una señora mas ó menos rica y elegante. Genoveva compuso el tocado á su manera, y elegido el dia por Diana montó á caballo y seguida de Pedro tomó el camino del vecino castillo. Al llegar aquella singular cabalgata asomáronse por las puertas y ventanas muchos curiosos; mientras algunos criados que salian de la casa mirábanse unos á otros sin atinar en lo que debian hacer, y dos lindos pajecillos se guiñaban el ojo señalando la dama y su estravagante criado. Pedro ayudó á su señora á echar pié á tierra y la siguió llevando la escopeta en la mano. Los forasteros fueron recibidos en el vestíbulo por el hidalgo, que era un caballero de unos cincuenta años, cuyas facciones muy decididas revelaban su orígen. Su rica bata guarnecida de pieles era tan magnífica que Diana hubo de comprender que ella no brillaria allí con ningun vestido, por mas que el que llevaba le hubiese parecido muy pomposo en el castillo.

Albala era la misma cortesanía personificada. Apenas la noble heredera hubo insinuado el objeto de su venida cuando aceptó la proposicion con mucho gusto, indicando que no tanto le importaba la cosa como el derecho que juzgaba tener á ella. No regateó en el precio, sino que conviniendo desde luego en el que Diana habia fijado lo satisfizo en buena moneda de oro y convidó á la señorita á pasar el dia en su casa. El hidalgo era soltero, y á fuer de hombre galante cual los señores de su época manifestó con la mas esquisita delicadeza cuanta satisfaccion le causaba ver su palacio honrado con la presencia de su vecina. Diana estaba hechizada porque aun nadie le habia hablado con tanta finura, y así es que sus palabras indicaron claramente la satisfaccion de su alma. Albala le ofreció el brazo, le hizo ver su rica biblioteca y la grandiosa coleccion de cuadros de autores españoles. Semejante vista admiró á Diana, pues si bien tenia en su castillo una muchedumbre de retratos que representaban señores armados de punta en blanco y señoras con gorgueras inmensas, y pei-

nados de formidable altura, nunca se habia formado idea del encanto que puede causar una obra maestra de pintura. Pero en donde se quedó estasiada fué cuando Albala abrió el invernadero y la condujo en medio de los tesoros que allí habia reunidos. Diana tenia un delirio por las flores y se quedó embebecida cuando el hidalgo le presentó un ramillete de las mas raras y esquisitas.

¡Cuán feliz sois! esclamó Diana. ¡Feliz! dijo el hidalgo admirado al oir estas palabras: ¿creeis en verdad, señorita, que puede uno ser feliz llevando una vida solitaria como la mia? Caballero, continuó Diana vacilando, tambien yo vivo muy solitaria en Boprés, y aun mas que vos en este palacio. Algunas veces hasta he sufrido privaciones, y sin embargo nunca he sido desgraciada. El hidalgo se sonrió, y le dijo con dulzura. ¿Me permitiréis que os pregunte vuestra edad? Tengo cerca de veinte años, contestó Diana. Entonces no me admira, dijo Albala, que no hayais sido desgraciada, porque á vuestra edad no es posible fastidiarse. Cuando conteis cincuenta años me comprenderéis y pensaréis como yo pienso.

¡Cincuenta años! pensó Diana: ¡oh! es una cosa horrible. Entonces comprendió lo que le faltaba, acordóse de que era mujer, y con un terror mezclado de supersticion se detuvo en la idea de ser en algun tiempo lo que eran sus tias: solteronas viejas, melancólicas y cansadas de la vida. Iba haciendo estas reflexiones y caminando al lado del hidalgo, que la condujo á un sitio muy pintoresco, en donde habia malezas poco elevadas, y mas léjos un alto arbolado hácia el cual se dirigia un lindo camino hondo, y sobre las cimas de grandes hayas y de encinas seculares aparecian algunas colinas coronadas por una cordillera. Diana señalando con el dedo y á cierta distancia una fuente cuya agua limpia y pura brillaba como un cristal, y un asiento rústico hecho debajo de una encina, dijo. Ese es mi sitio favorito, de manera que voy allá á lo menos una vez al dia. Debeis convenir en que no puede imaginarse un lugar mas encantador y mas apacible. Albala miró aquel sitio, volvió los ojos hácia Diana, y continuó silencioso y pensativo como estaba desde algun rato antes. Al cabo de algun tiempo preguntó con voz alterada. ¿Ese es vuestro lugar favorito? Aunque estuviese en el sitio mas árido de la tierra me pareceria encantador. Si la suerte no se empeña en contrariarme estoy seguro de que tendré el gusto de veros en él muchas veces, porque desde hoy en adelante será el término de mi paseo cotidiano. Pronunció Albala estas palabras con un tono tan singular que Diana le miró sorprendida, mas el hidalgo previno una esplicacion despidiéndose de la señorita que estaba ya dentro de su hacienda, y huyendo con toda la velocidad de su caballo.

Desde ese momento Albala no halló reposo en su casa: todos los dias iba á visitar el sitio predilecto de Diana, varias veces tuvo la fortuna de encontrar allí á su amable vecina, y en cada encuentro fijaban el dia de una nueva en-

trevista que nunca se alargaba á mas de otros dos. El hidalgo era feliz: habíase apoderado de su alma una pasion que amenazaba hacerse cada dia mas violenta é irresistible: pero la felicidad de Diana era mayor todavía porque no esperimentaba los tormentos de que era víctima el corazon de Albala. Mientras gozaba en la conversacion de un hombre esmeradamente educado, cuyo único deseo era complacerla, se abandonaba con todo el ardor de la juventud al placer de vestir trajes hermosos y de montar un arrogante caballo que el hidalgo le habia regalado. De improviso Diana vió disipado como el humo ese agradable sueño, sin que le quedaran mas que la sorpresa y el desconsuelo. Albala le escribió la carta siguiente.

Mi querida Diana.

El primer dia que tuve el honor de veros, vos me llamasteis dichoso; aunque en aquel momento, que no olvidaré nunca, acababa de adquirir la certidumbre de que mi vida seria triste porque en ella habia un vacío, y tuve el presentimiento de que vos me hariais sentir doblemente mi posicion intolerable. No me he equivocado. Durante el corto espacio de tiempo que ha transcurrido desde que tuve la fortuna de conoceros, he sufrido tanto que no me siento con valor para guardar mas tiempo silencio. Voy á declararos abiertamente lo que hasta ahora no he osado deciros sino por medio de alusiones que no habeis querido comprender nunca. Os amo, Diana. Juzgad cuán grande es mi amor cuando tengo la fuerza necesaria para confesarlo. Cuento mas de doble edad que vos, y cuando pienso en vuestra hechicera hermosura comprendo que no soy mas que una triste ruina: pero tambien sé que no hay en el mundo quien os comprenda mejor que yo, y que nadie será tampoco capaz de consagrarse enteramente á vos como aquel á quien vituperan que es frio é inflexible. Sé que en mi corazon y en mi cabeza hay bastante caudal para poder ofreceros una felicidad inalterable. ¡Si quisierais acercaros mas á vuestro amigo, si quisierais ser mi esposa! Nunca os arrepentiriais de haber unido vuestro destino al mio. Espero, y sin embargo en medio de mi esperanza se apodera de mí una angustia secreta y misteriosa. Aguardo vuestra respuesta dentro de tres horas, y al momento me veréis á vuestros piés, ó me alejaré de este país para siempre.

JUAN DE ALBALA.

El page, que llevó la carta, ricamente vestido estaba en pié delante de Diana, y su traje de seda y su ancha banda hacian notable contraste con la sombría y vetusta sala en donde Diana le habia recibido. Miraba el muchacho con cierto embarazo aquellas paredes cubiertas de tapices de cuero y de antiguos

retratos, todo lo cual le parecia que no era capaz de prometer cosa buena para su señor. Nó, dijo Diana con firmeza y en voz alta, cual si se dispertara de una pesadilla. Apenas podia contenerse porque se figuraba estar en el borde de un precipicio, cuyo peligroso abismo acababa de descubrir en aquel instante. El anciano amigo se convirtió de golpe en un hombre repugnante. ¿Qué contestaré, señora mia, al marqués mi señor? preguntó tímidamente el page. Contéstale, dijo Diana dirigiéndole una mirada de fuego, que aquel que abusa de la amistad en beneficio de sus interesados proyectos, merece el mas profundo desprecio.

Inclinóse el page y encontró á su señor á poca distancia del castillo. ¡La respuesta! le gritó éste desde léjos: mas fué preciso que echara mano de las amenazas para arrancar al page aquella contestacion terrible. Albala no dijo una palabra porque la cólera le sofocaba. La sangre meridional hervia en sus venas, y desde aquel momento juró tomar completa venganza de semejante ultraje. Me vengaré por medio del amor, dijo para consigo, y en un momento hubo trazado el plan tan hábil como pérfido, cuya ejecucion se hizo esperar muy poco.

Ocultóse durante algun tiempo é hizo cundir la voz de que habia marchado á España, y aunque Diana se regocijó mucho por ello, muy luego iba á esperimentar un desengaño atroz. A las tres de la madrugada cuando habian trascurrido quince dias desde los sucesos últimamente relatados, la dispertaron los ladridos de sus perros de caza, y de repente entraron en su cuarto cinco hombres enmascarados, quienes á pesar de su resistencia y de sus quejas la arrebataron á viva fuerza llevándola á un coche cuidadosamente cerrado, y que echó á correr á galope. Diana oyó los gritos de Genoveva, y los inútiles lamentos de Pedro al cual habian atado fuertemente.

Segun le pareció á Diana, los raptores se dirigieron hácia el castillo del marqués. Cuando hubo vuelto en sí de la primera sorpresa examinó el interior del carruaje y pudo advertir que se habian olvidado de asegurar la ventanilla de la testera. Miró por allí y pareciéndole reconocer al hidalgo en el hombre que seguia detrás del coche, rompió el vidrio y gritó indignada. Señor de Albala, os he conocido, y desde ahora os aseguro que inútilmente esperais gozar del fruto de vuestra accion infame. Estas palabras no produjeron efecto alguno; pero aquel caballero pareció inquietarse mucho cuando dos hombres que formaban la retaguardia corrieron á escape dando indicios inequívocos de miedo. Diana sin respirar apenas, iba observando todo lo que pasaba. Llegaron á una encrucijada, desde donde se vieron cuatro caballeros que corrian á medio galope por un camino lateral. El uno que era jóven y hermoso, montaba un alazan de índole viva y ardiente: ligeramente cubierta la cabeza con un ancho sombrero y dejando flotar á merced del viento sus largos y rizados cabellos,

cantaba una cancion española, que se ha conservado entre el pueblo flamenco hasta nosotros.

Serenos, alegres,
Valientes, osados,
Cantemos, soldados,
Marchando á la lid.
De nuestros acentos
El orbe se admire,
Y en nosotros mire
Los hijos del Cid.

El jóven militar deteniéndose delante de los hombres enmascarados examinó con visible sorpresa aquel singular acompañamiento, y tirando luego de la espada se acercó con sus tres compañeros. Amigo mio, dijo en lengua francesa á aquel á quien Diana habia tomado por el marqués, permitidme que os pregunte porque en esta tierra el carnaval comienza tan pronto. ¿Y quién sois vos? preguntó el desconocido. Yo me llamo, dijo el jóven, Enrique Sanchez Albala; apellido, que si sois de esta tierra no os será desconocido, porque es el mismo de un tio mio que vive en el país. Pero, caballeros ¿á quién llevais en ese coche? Los enmascarados nada respondieron, pero Diana se echó á gritar con todas sus fuerzas y el jóven señalando el coche mandó que abrieran la portezuela. Entonces los caballeros que lo escoltaban, sacaron las espadas, mas el jóven los previno con un pistoletazo, diciendo al mismo tiempo: por esta vez, amigo mio, el tiro es para el caballo, la segunda bala si la suelto será para tí. Seguidme, gritó el jefe de la escolta viendo este sangriento preludio, y partió á galope con sus compañeros, uno de los cuales que hubo de ceder el caballo á su jefe, se internó en el bosque.

Enrique de Albala libertó á la prisionera y le hizo contar su desventura. Uno de sus compañeros tomó las riendas del caballo, porque Enrique alcanzó de Diana permiso para ocupar un asiento en el coche, al lado suyo. Al cabo de tres horas de haber salido del castillo volvia la señorita á penetrar en el mismo, y ese paseo no le hizo perder mas que el corazon, y así es que vió con dolor como Enrique se disponia para marcharse apenas la hubo dejado en el castillo. No se atrevió á manifestarle contra quien recaian sus sospechas, porque segun lo que dijo durante la refriega pudo comprender que aquel caballero era sobrino del señor de Albala. Al despedirse Enrique le suplicó que le diese permiso para visitarla al dia siguiente, y Diana que no podia negar cosa tan sencilla á su libertador, y que por otra parte se habia agradado mucho del caballero acordó el favor que se le pedia y lo acordó con gran gusto.

Realmente Enrique era sobrino de Albala, servia en el ejército, é iba á casa de su tio á disfrutar una licencia de cuatro meses que habia alcanzado despues de ocho años de buenos servicios. Cuando llegó á la casa de Albala todo lo halló tranquilo y despues de las primeras palabras propias de los casos de aquella naturaleza, creyó oportuno referir á su tio el lance en que pocas horas antes habia tomado una parte tan activa. No dejó de estrañarle la indiferencia con que el relato era escuchado por el hidalgo, mucho mas cuando juzgaba imposible que este no conociera y aun tuviese con Diana relaciones de vecindad al menos, y en este concepto debia interesarse en aquel suceso. A fuer de jóven y por lo mismo claro y franco en la espresion de sus sentimientos manifestó al tio la estrañeza que su indiferencia le causaba. D. Juan parecia huir de esplicaciones, pero la insistencia del sobrino no le permitió seguir representando aquel papel que habia adoptado, y no tuvo mas remedio que hablar del asunto en el cual tanto el sobrino se interesaba. Pues segun parece has formado empeño en que hablemos de este negocio fuerza será verificarlo, y sin duda te asombrarán las palabras que vas á oir de mi boca. Hace poco tiempo que conozco á esa señorita, estuvo un dia en esta casa para venderme un bosque acerca de cuya propiedad habia yo seguido un reñido pleito con su familia: desde entonces nos hemos visto muchas veces, yo he acabado por enamorarme de ella y por ofrecerle mi mano en una carta respetuosa y en la cual nada le ocultaba de cuanto un hombre como yo debia poner á su vista tratándose de asunto tan importante. Mas esa señorita, por efecto sin duda de un orgullo, cuyo motivo y cuyo fundamento no comprendo, rehusó mi demanda no dignándose siquiera manifestarme las causas de la negativa, y se contentó con encargar al paje portador que me dijera en su nombre que mi conducta no le inspiraba sino desprecio. Tú puedes comprender, Enrique, hasta donde me irritó ultraje semejante, mucho mas viniendo de parte de una mujer contra la cual no me era dado desenvainar la espada. En medio de mi justa ira juré venganza: mas como la venganza no podia ser sangrienta, quise probar á esa señorita que pues me ultrajaba sin motivo yo podia hacerla arrepentir de su osadía, y traerla por fuerza á la casa de la cual no habia querido ser señora. Dispuse las cosas como entendí conveniente á mi intento, y á no ser tu fortuita venida á mi castillo, bien comprendes que á esta hora estaria en mi poder y que la hubiera obligado á declarar en donde veia mi ofensa y aun tal vez á confesarse arrepentida y á estimar en lo que vale la oferta de un hombre de mi clase, que iba á colocarla en una altura de que se halla muy distante.

Enrique se quedó asombrado. Nunca pudo imaginar que su tio se arrojase á cometer una accion tan indigna: y aunque comprendió que el ultraje habia sido grande y muy capaz de dispertar su ira, parecíale increible que su tio

quisiera vengarse de una mujer, y menos todavía que para verificarlo se convirtiese en salteador de una casa y en raptor de una doncella. Todo esto era tan ageno de la clase, del carácter, y de la educacion del tio, y tan inaudito en la época de nuestra historia, que Enrique hubo de comprender que el hidalgo cegado por la pasion y fuera de sí por el recibido desaire habia obrado como un loco, olvidando en un instante todas las leyes y las consideraciones que debiera tener presentes. En tal estado consideró suma imprudencia vituperar abiertamente su conducta, tanto mas cuando su ánimo era traerle á mas humanos y dulces sentimientos, reconciliarlo con Diana y aun alcanzar su permiso para casarse con ella, porque le dejó enamorado y creyó que tampoco él habia sido indiferente á la señorita. Así pues discurrió con mucha moderacion y dulzura acerca de lo sucedido, procuró calmar la ira del tio, y traerle á mas buenas intenciones: y aunque D. Juan no se manifestó exasperado, ni rechazó las prudentes reflexiones del sobrino, éste hubo de comprender que aun germinaban en su cabeza proyectos osados que podrian ser fatales á su amada. Luchar de frente era imposible, abandonar á Diana no lo era menos: así pues determinó apelar á otro medio que le librase de los rencores del tio y le asegurase á él la posesion de la mujer cuyo carácter bien demostrado en la contestacion que dió al hidalgo, se la hacia mucho mas querida. Dejando pues las cosas en aquel estado y renunciando por de pronto á todo empeño cerca del tio arregló su plan, y á la mañana siguiente se trasladó al castillo de Boprés.

Diana sintió por Enrique lo que nunca habia esperimentado, y aunque á veces queria esplicárselo por la gratitud que como libertador le debia, no desconoció que era otro el afecto que hácia el jóven la inclinaba. Segura de que no faltaria en la mañana siguiente se vistió con el mayor lujo posible, previno á Pedro y á Genoveva, rogando á esta que no se moviera de su lado mientras Enrique estuviese en el castillo, y aguardó impaciente la llegada del caballero que se presentó con el mismo traje que llevaba en la noche precedente. Diana se corrió al verle y Enrique quedó mas enamorado, porque en verdad la figura de Diana, y el aire de modestia y dulzura con que le habia recibido eran muy suficientes para enamorar á quien estuviese menos prevenido en favor de ella.

Sentáronse delante de la mesa en donde Genoveva habia puesto algunos dulces y vinos, segun el uso del pais en aquella época, é interpretando con escesiva materialidad la órden que le habia dado Diana, la buena vieja tomó asiento en compañía de los dos jóvenes; cosa que no admiró Enrique, porque ignoraba quien era y hubo de pensar que tenia derecho para ocupar aquel puesto. Ninguno de los dos jóvenes sabia como empezar la conversacion que uno y otro comprendieron habia de ser interesante: y este mismo

embarazo en que estaban el uno delante del otro era un síntoma muy evidente de la pasion que fermentaba en sus corazones. Finalmente Enrique despues de un buen rato de silencio dijo. Es inútil, señorita, que hablemos una palabra del suceso de la última noche, suceso bien terrible para vos, pero que á mí me ha proporcionado la felicidad de conoceros. Por desgracia la persona que olvidada de sí misma y de lo que á vos debia se lanzó á cometer el rapto es el señor de Albala, mi tio, que os ama locamente, y que ofendido por vuestro desaire quiso tomar en vos una venganza por todos términos indigna de un caballero. Yo le conozco y en esto lo he desconocido completamente: es indispensable que su cabeza haya padecido un trastorno para decidirse á obrar de este modo. Sin embargo, yo que le he hablado, yo que he visto cual es la disposicion de su alma, tengo que hablaros muy ingenuamente y deciros todo lo que siento, lo que preveo, y los medios que en mi concepto debeis adoptar para la seguridad de vuestra persona. Mi tio no desistirá de su intento, y como cuenta con muchos medios para ejecutar y vos no teneis ninguno para impedirlo, vuestra posicion es mala, y mas todavía en el período de guerras y trastornos en que estamos. Yo, señorita, os amo, y si me atrevo á declararlo en este dia es porque el tiempo urge, y no veo para vos mas que un medio de salvaros.

Diana esperaba una declaracion de amor, pero no la esperaba tan pronto. Oyó con ira el principio y con temor despues la revelacion de los osados intentos de su vecino, y no desconoció la exactitud de las reflexiones de Enrique. Pero era imposible confesar á Enrique que tambien ella le amaba, y en consecuencia darle la mano con la premura que exigia la necesidad de ponerse al abrigo de las violencias del marqués; de suerte que se encontró combatida por diferentes afectos entre los cuales no sabia como desasirse. Enrique comprendió perfectamente su posicion y le dijo. El tiempo urge, señorita, os lo repito, decidme si mi amor os es enojoso; y séalo ó no, yo juro defenderos contra la violencia de mi tio; mas no puedo hacerlo en este sitio porque aquí no tengo los medios que para ello son indispensables. Fiad en mi honor, salid de este castillo, seguidme, yo os trasladaré á lugar seguro, y en él decidiréis de mi suerte.

Diana que tenia valor para correr á caballo por entre bosques y malezas, que no se dejaba arredrar por las tempestades, que vivia casi sola en aquel inmenso edificio sin tener miedo nunca, que se hubiera lanzado á caballo entre precipicios, que detrás de un corzo habria volado sin importarle los peligros que pudieran atravesarse en su carrera, se espantó á la sola idea de una fuga con un hombre que no era su padre, su hermano, ni su marido. En aquel momento mostró toda la firmeza y la energía de su alma, dispertóse el orgullo de la sangre que circulaba por sus venas, y en tono resuelto y con una espe-

cie de franqueza salvaje dijo. Pues bien, sabedlo, os amo, pero jamás saldré de esta casa sin que me acompañe quien tenga derecho de llevarme consigo. Si vuestro tio es bastante audaz para acercarse á este castillo, el arma que en mis manos sabe quitar la vida á los corzos, dirigirá su fuego al raptor, y se verá á lo menos que la heredera de Boprés si no puede defender su casa contra una cuadrilla de raptores no les dejará penetrar en ella sino teñidos en su propia sangre. Calmaos, Diana, esclamó Enrique: yo desde este momento soy vuestro esposo y vuestro escudo, deponed todo temor; venid conmigo, huyamos de esta casa, no me pongais en el horrible trance de desenvainar la espada contra el hermano de mi madre. Y cual si quisiera echar mano del último argumento la cogió por el brazo y repetía: venid, seguid á vuestro esposo y os salvaré sin que para ello haya de cometer ningun delito.

Alzóse Diana del asiento, y rehusando la propuesta de Enrique: si persistís, le dijo, en que salga de mi casa huyendo con vos, nunca mas os atrevais á penetrar por estos umbrales: viva ó muerta me hallarán en este castillo mis raptores. Podrán llevarse mi cadáver pero no se llevarán mi honra. La heredera de Boprés no dejará tras sí la memoria de un honor dudoso, sino que lo conservará puro, íntegro, como un deber santo y como un legado de familia.

Id, Enrique, haced entender á vuestro tio que mi resolucion postrera es aguardarle cual se aguarda á un enemigo, y defenderme hasta perder la vida, pero conservando la honra.

Enrique quedó atónito al oir el acento resueltamente decidido de Diana; comprendió que su determinacion era irrevocable; y que no quedaba mas recurso que volar al lado de su tio y echar mano de todos los medios imaginables para sosegar su ánimo, y quebrantar sus resoluciones. Está bien, dijo: si mis palabras no bastan á conjurar la tempestad que os amenaza, volveré al castillo y nos defenderemos juntos. Es imposible, contestó Diana: huir con vos, ó venir vos donde yo estoy mataria mi honra del mismo modo. Para defenderme y morir basto yo sola. Y sin aguardar mas réplica, salió del salon seguida de Genoveva. Enrique tomó el caballo y fué volando á la quinta.

Soy amado, decia durante el camino; esta seguridad me dará el valor necesario para luchar con mi tio, y para vencerle. Sí, le venceré y Diana será mia. Con esta disposicion de ánimo se presentó al irritado hidalgo, que á largos pasos iba arriba y abajo del salon, gesticulando, y hablando solo, cual si estuviese agitado por un frenesí que lo enloqueciera. Diana quedó satisfecha de sí misma, juzgando que habia obrado cual á su clase y á su estado era debido.

Tres dias pasaron sin que Enrique pareciese por el castillo y sin que la señorita tuviera noticia alguna del mismo, ni del audaz caballero que en tanto riesgo habia puesto su honra. Al cabo de ese espacio de tiempo se presentó en

Boprés el mismo paje de la vez pasada y puso en manos de Diana una carta del hidalgo, carta que no hubiera abierto á no haberle dicho el paje que Enrique le rogaba que la leyese. La carta decia lo siguiente:

Querida Diana:

Pronto espero poderos dar el título de hija. Olvidad lo sucedido, continuad visitando vuestro sitio favorito y yo procuraré reparar ampliamente los desmanes cometidos contra vos. Enrique es mi confidente: como tal lo sabe todo y él me acompañará. Creed que un caballero español, á quien la pasion llegue á cegar un momento, piensa con bastante nobleza para hacer entera justicia á la persona á quien ha ofendido.

JUAN DE ALBALA.

Diana vaciló un instante: mas sus dos consejeros Pedro y Genoveva consiguieron decidirla; y acompañada de ambos y del paje se trasladó al lugar de la cita en donde estaba el marqués con poco acompañamiento. Albala le ofreció la copa de la reconciliacion: pero Diana temiendo todavía algun ardid pidió agua á Genoveva que se inclinó hácia la fuente para llenar un vaso. Pedro con el arma en el arzon de la silla estaba á pocos pasos dispuesto á proteger á su señora contra cualquiera ataque. El mismo marqués condujo á la señorita hácia la fuente, y en aquel instante se oyó rumor de caballos en el camino hondo, y Diana se volvió hácia aquel punto, por donde venia Enrique de Albala. El marqués cogiéndole por la mano le presentó Diana de Boprés. Un Albala debia poseeros, le dijo: por una equivocacion creí que podia ser yo ese mortal dichoso; pero el que está destinado á tanta ventura aquí le teneis. ¿Os resistiréis todavía, señorita, si en la persona de vuestro libertador os presento el heredero de todos mis bienes? Diana no pudo proferir una palabra.

Al estruendo de las cornetas de caza se presentaron una multitud de criados ocultos hasta entonces en el bosque: pusieron las mesas con ricos manjares y vinos, mientras que los señores de los castillos inmediatos iban llegando para felicitar á los novios. Al tiempo de retirarse Diana llamó al marqués y le dijo: Padre mio, yo olvido todo lo pasado, un caballero como vos sabrá llenar siempre sus deberes, por mas que haya tenido un estravío pasajero. El marqués jamás necesitó que se le recordaran ni su error ni su arrepentimiento.

27



Geyer pinxt — A.H. Payne sc.

Trabesonde.

Trebizond. Trapezunt

[illegible]

(TRADUCCION.)

TREBISONDA.

(CUADRO DE VIAJE.)

La primera vez que se [illegible] experimenta un sentimiento muy [illegible] Esto fué lo que me sucedió cuando [illegible] y al entrar en nuestro buque el piloto árabe, que [illegible] las piernas [illegible]das, parecia un hombre muy convencido de su [illegible] De cuando en cuando hacia ciertas señales con la mano izquierda, mientras que con la derecha sostenia una taza de café, sus ojos eran vivos y brillantes, y yo no podia comprender como en situacion semejante era posible que tomase una taza de café. [illegible] en el puerto en donde [illegible]. Rodeaban nuestro buque [illegible] de navíos de guerra [illegible], fragatas, buques de vapor ingleses, y una multitud de barquillas que no parecia sino que [illegible] por asalto. Al frente [illegible]mos la ciudad de Alejandría con sus casas blancas, con sus [illegible] que se adelantan hácia [illegible] molinos de viento, y sus esbeltos minaretes. [illegible] pié en tierra, se me acercó ofreciéndome sus servicios en [illegible] un jóven [illegible] con los árabes en una barquilla [illegible] entender que yo no era [illegible] inglés sino un [illegible] de la verdad debo decir que esta declaracion no disminuyó [illegible] las consideraciones que [illegible] guia, quien mientras [illegible] manifestó tan servicial como poco exigente. Apenas [illegible] do uno se encuentra envuelto por los conductores de [illegible]



BOSQUEJO DE UN VIAJE EN ORIENTE, POR M. N.

(TRADUCCION.)

TREBISONDA.

(CUADRO DE GEYER.)

La primera vez que se encuentra uno cara á cara de una escena oriental esperimenta un sentimiento muy singular y cuya esplicacion es imposible. Esto fué lo que me sucedió cuando llegué delante del puerto de Alejandría y ví entrar en nuestro buque el piloto árabe, que si bien llevaba las piernas desnudas, parecia un hombre muy convencido de su dignidad. De cuando en cuando hacia ciertas señales con la mano izquierda, mientras que con la derecha sostenia una taza de café, sus ojos eran vivos y brillantes y yo no podia comprender como en situacion semejante era posible que tomase una taza de café. Entramos en el puerto en donde la escena era muy imponente. Rodeaban nuestro buque una porcion de navíos de guerra egipcios, fragatas, buques de vapor ingleses, y una multitud de barquillas que no parecia sino que tratasen de tomar nuestra embarcacion por asalto. Al frente teníamos la ciudad de Alejandría con sus casas blancas, con sus fuertes que se adelantan hácia el mar, sus ochocientos molinos de viento, y sus esbeltos minaretes. Apenas hube puesto pié en tierra, se me presentó ofreciéndome sus servicios en buen lenguaje francés y con muy finos modales un jóven comisionado de fonda que habia venido con los árabes en una barquilla. Convine en seguirle dándole sin embargo á entender que yo no era ningun lord inglés sino un modesto literato: y en honor de la verdad debo decir que esta declaracion no disminuyó en manera alguna las consideraciones que me tuvo el guia, quien mientras estuve en la ciudad se manifestó tan servicial como poco exigente. Apenas se ha desembarcado cuando uno se encuentra envuelto por los conductores de asnos, medio desnudos,

viejos y jóvenes que persiguen al viajero, lo estrechan, lo comprimen, disputan entre sí, y el estranjero está tan aturdido por esa gritería que siente desvanecérsele la cabeza, no sabe que hacer, y casi involuntariamente se deja izar sobre un asno y llevar á una fonda. En medio de esto los conductores no abusan de la posicion y entran en tratos con el viajero sin grandes dificultades.

En cuanto á mí, en calidad de esplorador no sobrado de recursos no pude dejarme llevar por los benévolos caprichos de esos jóvenes. Tenia el guia que tomé á bordo y por consiguiente rechazando cuantos ofrecimientos se me hicieron acabé por abrirme paso. Los conductores moderaron finalmente sus gritos y sus empujones, y algunos se rieron de muy buena gana al ver los pocos cumplidos con que yo procuraba desprenderme de ellos. Durante todo eso mi guia se mantuvo en actitud pasiva, limitándose á indicarme que era indispensable que obrase como lo hacia; y cuando por fin me vió libre los dos juntos nos dirigimos á la aduana, situada muy cerca de la playa.

Esto tenia lugar en viernes, que es el domingo de los mahometanos, por lo cual mi equipaje hubo de quedarse en la aduana: bien que el saco de noche me fué entregado despues de un sencillo exámen, y gracias á las observaciones de mi mentor, que parecia estar en buena amistad con los aduaneros.

Como en Trieste me habian recomendado la fonda de Alejandría llamada de la Bella Venecia, me dirigí allá, y con la recomendacion de mi guia la dueña me cedió por un módico precio un buen cuarto en el segundo piso. Las vidrieras de mi ventana daban al nuevo puerto, cuyas olas venian á estrellarse contra los cimientos de la casa, en la cual desde luego tuve ocasion de admirar la mezcla de costumbres italianas, árabes é ismaelíticas que se observan en aquel país, á donde quiera que uno vaya. Cuando fuí á saludar á mi bondadosa patrona la encontré en medio de una multitud de piezas de vestido, todas de color negro. En aquel cuarto vivia y custodiaba su lencería, en medio de una multitud de objetos amontonados acá y acullá sin órden ni distribucion alguna. Debajo de mi ventana y en una especie de balcon ó terradito del primer piso, habia una coleccion de sillas de camello y de asno, jaulas, sillas, cajas, divanes de gusto oriental, y en medio de esa especie de leñero formado por artículos de lujo ya usados habia cántaros de dimension estraordinaria y marmitas tiradas por el suelo. Esta amalgama estravagante se encuentra en todas las casas de Egipto y no es ninguna rareza hallarlo asimismo en las calles; y hago mencion de ello porque lo ví en Alejandría por todas partes simultáneamente con la falta de limpieza, que ese mismo desórden revela. Y no obstante esa ciudad fué en otro tiempo el centro mercantil del mundo antiguo, y despues de Roma el pueblo mas notable de la antigüedad y el emporio de las bellas artes.

Fué edificada en el año 331 antes de Jesucristo por el arquitecto Dinochares

y segun las órdenes de Alejandro Magno, en una lengua de tierra al oeste de Cariopa, entre el lago Mareftoch y el Mediterráneo. No habia mas que dos caminos que condujeran á ella, y por su sola posicion era una verdadera plaza fuerte. En la época de su esplendor la habitaban trescientos mil ciudadanos libres, parte griegos, parte judíos y parte egipcios: habia cuatro puertos destinados al comercio, y los dos estaban separados de los otros por un recio dique que iba desde tierra firme hasta la isla de Paros: y además los cuatro puertos se comunicaban por medio de muchos canales. El lago Moeris formaba un puerto particular para las embarcaciones del rio. Gozaba Alejandría de grandes privilegios que insensiblemente sufrieron restricciones á consecuencia de los disturbios políticos de que la ciudad fué teatro. Mientras Roma tuvo el cetro del mundo, Alejandría conservó el monopolio del comercio: pero cuando la sede del imperio fué trasladada á Constantinopla, el comercio de Alejandría fué decayendo poco á poco, y la misma ciudad quedó desierta y vino á ser presa de los árabes y de los persas. Despues que el Califa Omar la conquistó en el año 641 de nuestra era fué sede del gobierno egipcio, pero no pudo recobrar su esplendor antiguo.

En el siglo décimo cayó bajo el poder de los mamelucos, y fué menguando aprisa su importancia; aunque durante la edad media conservó alguna porque el comercio de las Indias orientales con Europa se hacia en gran parte por Alejandría. Mas los descubrimientos del Cabo de Buena Esperanza y de América determinaron su completa ruina, de modo que hácia fines del último siglo sus habitantes no pasaban de cinco mil. Los esfuerzos del virey Mahomet-Ali le dieron algun aliento, y hoy puede ser considerada como uno de los principales puertos del Mediterráneo, desde que los ingleses pasan por Egipto para ir á las Indias orientales, y han construido un ferro-carril con este objeto.

Desde el año 1820 hay un canal que une esa ciudad con el Cairo y hácia el lado del mar se han construido algunas fortificaciones para su defensa. Los mas bellos edificios que en ella descuellan son el palacio nuevo, la Aduana y el Arsenal de marina construidos por Mahomet-Ali: y de los monumentos antiguos solo se conservan la columna de Pompeyo, que tiene sesenta y tres piés de elevacion y cuyo fuste es de una sola piedra de granito, las ahujas de Cleopatra y las cisternas, cegadas hoy dia. La columna de Pompeyo probablemente estaba en lo antiguo delante del Serapeum; derribada mas adelante fué levantada de nuevo por un procónsul de Diocleciano y se colocó encima una estátua del emperador. Las ahujas de Cleopatra son dos obeliscos, uno de los cuales está tendido en el suelo y medio enterrado, y el otro es un monolito de sesenta piés de altura regalado por Mahomet-Ali al rey de Inglaterra: mas por ser muy pesado no lo trasportaron á la Gran Bretaña. Alejandría cuenta en nuestros tiempos treinta mil habitantes, mezcla de árabes, judíos, coptos,

griegos y francos: y es punto de residencia de los cónsules europeos, de un patriarca copto y de uno griego, tiene un puerto mercante y otro militar, como tambien una escuela militar y de marina.

A fin de penetrar en el interior del pais me embarqué en una noche magnífica. Deslizábanse por nuestro lado otras barquillas iluminadas con faroles, y una larga almadía parecida á un pueblo flotante con tiendas, músicos cuyos clarinetes resonaban unas veces cual trompetas fúnebres, y otras á manera de las gaitas de los saboyanos. Millones de grillos formaban coro, mientras los monótonos y mesurados golpes del tamboril y de los remos ensordecian el aire.

El estrellado cielo de Egipto con su via lactea, y el aire embalsamado me recordaban las poéticas ficciones de los griegos, y me sentia en una especie de beatitud terrestre. Cayó luego el rocío trayendo millares de mosquitos que picaban hasta hacerme saltar de pura rabia, y finalmente tocamos en uno de los baraderos del canal de Mahmud en donde tuvo lugar una escena indescribible. Los marineros se alentaban unos á otros á fuerza de gritos y denuestos, lo cual les daba el aire de demonios mas que de hombres. El chirrido de los enmohecidos goznes de las puertas, y de las máquinas muy resecas son el único ruido que puede hacer formar una idea de aquellos gemidos, de aquellos silbidos, de aquella especie de rechinamiento. Repetidas veces tuvieron lugar escenas semejantes hasta que hubimos llegado al mas maravilloso de todos los rios, al Nilo, el de los grandes recuerdos, el de las fábulas y de las verdades. Nos hallábamos cerca del pueblo de Ateh que está en el punto en que el canal de Mahmud desemboca en el brazo del Nilo que pasa por Roseta. Las barcas remontan desde el canal al rio por medio de dos presas las cuales se pasan á puro de vociferar y de hacer los mas endemoniados gestos.

¡Pero qué clase de mágia envuelve todavía á ese viejo Nilo! ¡que misterioso secreto oculta aun sus desconocidas fuentes! Este rio no es mas antiguo que los otros: pero en la historia de la civilizacion y en la fantasía de los hombres, esa antiguedad es mas remota que la de los demás, y que cualquier otro objeto de la creacion. Cerca de Ateh es á poca diferencia tan ancho como el Vístula en su mayor anchura, esto es, de unos mil pasos, y las aguas aun no se habian encerrado en su lecho que señalaban acá y acullá altísimos juncos. Las márgenes que ya se habian quedado en seco desplegaban hasta donde podia alcanzar la vista la vejetacion mas rica que cabe imaginarse, y que era debida á la inundacion reciente. El sol de Egipto brillaba encima de las húmedas hojas de los poderosos sicomoros, doraba las ramas de los plátanos y parecia deslizarse entre las coronas de las acacias, cuyo follaje se mecia blandamente al impulso del céfiro de la mañana. Por encima de esa vasta y húmeda llanura cubierta de campos cultivados, de islas, de barcas, de hombres y de animales,

descollaban las altísimas palmeras cargadas de fruta, y cuyas cimas se perdian en el limpio azul del firmamento.

Tan tranquila y magestuosa escena contrastaba de un modo muy singular con el discorde y atronador tumulto de los marineros y de los habitantes del pueblo de Ateh en donde habíamos desembarcado. Apenas hay en Egipto pueblo alguno que no esté edificado en las márgenes del Nilo, y es admirable que esas chozas de barro que forman los pueblos no sean anualmente destruidas por el desbordamiento del rio. No dejan sin embargo de esperimentar este percance algunas habitaciones, pero las vuelven á edificar al punto, pues para ello no necesitan albañil, ni carpintero, ni vidriero, ni cerrajero. El egipcio imitando á las golondrinas se fabrica él mismo su casa, en cuyo trabajo se ocupa toda la familia. Ví construir una de esas chozas por un hombre ya anciano, con ladrillos hechos del negro barro del Nilo, y ausiliado por dos de sus hijos que los amasaban con los piés y en el acto los llevaban á donde estaba el padre. Este los colocaba llenando con una especie de paleta improvisada los intérvalos que quedaban entre los ladrillos. Un edificio fabricado con esos materiales y por tales artistas, no puede menos de ser muy irregular, tanto mas cuanto el arquitecto no usa metro, ni compás, ni cordel, ni plomada.

Á medida que esas habitaciones son incómodas é irregulares, la vida del pobre que las ocupa está mas falta de todo lo que contribuye al bienestar doméstico; aunque es menester convenir en que una habitacion muy ventilada no seria útil en ese clima de fuego. La sombra y la frescura son las esenciales condiciones de una casa de este género, como tambien un espacio limitado que pueda calentarse fácilmente en la estacion fria, porque allí no hay mas combustible que el estiercol de los animales y algunos vástagos de palmera, juncos ó cañas, que se encuentran casualmente. Las chozas han de estar construidas cerca del Nilo, porque la frescura, la proximidad del agua para bañarse en ella, y la limpieza, son en el pais artículos de primera necesidad; además de exigirlo tambien el cultivo de los jardines y el mantenimiento de los animales domésticos.

La hembra del búfalo durante las horas calurosas está metida en el agua hasta el cuello, y los hombres están sentados cerca de las márgenes del rio para bañarse tantas veces cuantas lo apetecen. Los árabes que por su naturaleza son insociales y quisquillosos no convendrian nunca en vivir en comunidad aunque hubiese proporcion para ello, porque son sumamente egoistas y celosos los unos de los otros. Mehemet-Alí hizo construir media docena de pueblos modelos en el alto y en el bajo Egipto: mas las casas y las espaciosas calles repugnaban á los mismos á quienes las alquilaban casi por nada, y aun á aquellos á quienes las regalaron. Es muy notable que á despecho de ese prurito de separacion de los árabes, en sus pueblos prefieran pegar las casas unas

con otras para economizar la pared medianera. Algunas veces entre dos de esas chozas de barro dejan un pasadizo angosto, para que pueda recorrerlo una persona, y á esto añaden un corral de las dimensiones de un pañuelo de faltriquera, que sirve para guardar algun objeto ó criar dos ó tres gallinas: todo esto lo circuyen con una pared ó tapia de lo mas estravagante que puede uno figurarse.

Aunque no há mucho hemos hablado de limpieza, no quisiéramos que el lector creyera que el árabe posee esta prenda de la civilizacion, porque sucede todo lo contrario, puesto que la suciedad es su constante compañía. Nótase esto particularmente en las mujeres egipcias, á las cuales se las vé todas las mañanas preparar el combustible que necesitan con estiercol de animales. El placer que esperimentan chapoteando en los lugares cenagosos parece que se les lee en el rostro. Los niños están sucios de un modo que repugna y van siempre llenos de piojos, sin que la madre practique cosa alguna para esterminarlos.

El camino del puerto de los molinos que conduce desde el arrabal de Bulaeg al Musky, ó cuartel de los francos, atraviesa en línea recta magníficos arbolados y caminos que dispiertan la admiracion, porque han sido puestos encima del lugar que ocupaban un lago antiguo y varios pantanos, colmados por las numerosas colinas de escombros que antes de Mehemet-Alí llenaban el Cairo de polvo y de inmundicias. La plaza de Ezbekiek forma el centro y el punto capital de aquellas plantaciones que llegan hasta la ciudad propiamente dicha. En esa plaza hay muchas posadas á la francesa y á la inglesa, en las cuales está uno tan bien tratado como en las primeras capitales de Europa.

El Cairo es un mosaico de todas las naciones, de todas las costumbres y de todas las épocas de la cultura intelectual: allí se encuentran representantes de las tres partes del mundo antiguo. En la moderna Cairo, en la antigua Memphis, en Heliópolis, en Sais han vivido Abraham, José, Moisés, Herodoto, Cambises, Platon, Alejandro Magno, Julio César, la vírgen María, el Salvador del mundo, San Antonio, y Napoleon; allí se ven en nuestros tiempos judíos, persas, griegos, romanos, árabes, turcos, franceses é ingleses. En esas ciudades y en sus contornos, como tambien en los desiertos egipcios, árabes y etiópicos, han nacido todas las religiones, se han propagado, y han dado sus mártires. Allí está el orígen de la historia de la humanidad, allí están el orígen y la historia de las mas antiguas guerras, de las mas vetustas creencias, de la civilizacion mas remota.

No es seguramente mi ánimo esponerme á fastidiar á los lectores presentándoles la topografía, la estadística y la etnografía del Cairo; porque tales descripciones han sido ya escritas por plumas muy bien cortadas, y además las diferentes escenas de la vida comun no se encuentran todos los dias y á todas horas en todas las calles ó en un punto, como podrá el lector figurarse. Y tam-

poco puede negarse que las mas exageradas descripciones de las escenas de la vida comun en el Cairo y en todo el Egipto, en general están muy léjos de esplicar y de reproducir el efecto que la realidad causa inmediatamente en los sentidos del recien llegado.

Iba el sol á ocultarse en el ocaso cuando galopando sobre un asno llegué á Bulaig, delante de la posada de Ludwig, situada en el cuartel franco, en donde el amo de la casa, que era un buen austríaco, me recibió del modo mas cordial, y me trató de amigo sin ser exagerado en los precios. Antes de poner en órden mis cosas habia ya anochecido, y como el crepúsculo es en Egipto mucho mas corto que en el norte de Europa, estaba ya tan oscuro que despues de haberlo intentado hube de renunciar á pasearme por el pueblo porque además del inconveniente de la oscuridad, semejante paseo ofrecia algun peligro. Levantéme muy de mañana al dia siguiente y recorriendo á pié aquella ciudad maravillosa miraba todos los portales en donde no veia ni porteros, ni policía, ni centinela: y en esta primera correría aprendí mas cosas nuevas y curiosas de las que puedo referir á los lectores.

La vista de animales medio domesticados que nosotros habitantes del norte no hemos visto sino en las casas de fieras, la magnificencia de la arquitectura árabe, los almacenes de los mercados llenos de géneros preciosos, las calles angostas y tortuosas, henchidas de hombres y animales, entre los cuales es muchas veces imposible menearse, todo eso forma un conjunto tan pintoresco y tan mágico, que uno se pregunta si está soñando ó si está bien dispierto.

Existen dos instituciones árabes fundadas en un escelente principio de humanidad y que forman un singular contraste con muchísimas otras costumbres repugnantes de ese pueblo, y que las compensan ampliamente: estas instituciones son las abluciones y las mezquitas. El agua es en oriente un elemento tan indispensable á la vida, como el sol y el aire: en Egipto, en la Arabia, en el Desierto se soportan mas fácilmente la desnudez y el hambre que la sed. Cualquiera que sea el modo como se vive en Egipto, para hacerse agradable es menester que el agua desempeñe su papel principal. La gente se sienta cerca de los manantiales, ó del rio; allí se ora, allí se trabaja, se habla, se enamora, se interroga, se calcula y se hacen castillos en el aire. Las ciudades y los pueblos se han levantado cerca del agua, y el agua es la primera condicion de existencia tanto para las casas como para los individuos, porque al través de las rocas y de los desiertos, las corrientes de agua facilitan las comunicaciones y el comercio. Como el pan y el agua son los dos alimentos mas indispensables para el hombre y para los animales domésticos, en cierto modo son tenidos como objetos sagrados y están íntimamente relacionados con la religion. Esta es la causa porque en todas partes se encuentran aparatos para recoger la poquísima agua que llueve, los pueblos están provistos de fuentes,

construidas por los ricos para ocurrir á las necesidades del pueblo, ó al menos se hallan colgados de cadenillas una larga hilera de brillantes cubiletes de laton para que todo el mundo pueda apagar la sed. Junto á las mezquitas hay siempre hospicios para los estranjeros, boticas, casas de locos, hospitales, escuelas y sitios en donde se hacen distribuciones de pan.

Además de estos magníficos testimonios de la caridad pública, hay muchísimos otros menos considerables, que contribuyen á atenuar lo que las costumbres conservan de bárbaro, porque el Cairo es la ciudad de los contrastes. La multitud que se apiña es dispersada á latigazos por los sirvientes de los príncipes, de los generales ó de los empleados de mas alto rango, mientras las señoras montadas en asnos y envueltas de los piés á la cabeza en una especie de holgado dominó negro, aun en medio del mas desordenado barullo, pueden contar con las atenciones de los hombres mas ordinarios, y son tratadas con el mayor respeto.

Mientras la multitud se atropella y grita por las calles de suerte que no es posible ver rastro de mesura, de órden, de policía, ni aun de sentido comun, los perros del Cairo observan entre sí una disciplina tan severa que ninguno de ellos se atreve á salir de su territorio sin esponerse á ser inmediatamente rechazado hasta él por su vecino.

Ví una mujer del pueblo medio loca de furor, que ponia al cielo y á la tierra por testigos del engaño de que clamaba haber sido víctima por parte de un espendedor de quincalla que le vendió un par de pendientes de bronce de poquísimo valor; y esa misma mujer se transformó en una bacante y bailó con una alegría inesplicable cuando le hube dado una moneda para consolarla de aquel engaño. En medio de aquel estruendo y barahunda andaban con actitudes y movimientos llenos de gracia algunas jóvenes del pueblo llevando en la cabeza una carga muy singular. ¿Quién era capaz de adivinar lo que constituia aquel objeto de forma cilíndrica, encerrado en una red, y que esas muchachas trasportaban con tanta gracia? Cualquiera podia imaginar que una cosa que era llevada por jóvenes lindas y que al parecer hacian alarde de su gracejo y soltura eran ramilletes de flores, ó gorras montadas, ó cristalería, ú otro objeto de adorno y gusto, y sin embargo eran unas tortas hechas con estiércol de animales, el cual estiércol, atendida la escasez absoluta de combustible, sobre todo en la capital de Egipto, es un artículo tan precioso y buscado que las mujeres y los muchachos pobres recogen el escremento en el momento en que el animal lo suelta.

Además de estas escenas de mercado, de compras, de gritos y de disputas, se encuentran en todas las esquinas y en todas las plazas y particularmente en el Rumchy, una multitud contemplando á un saltimbanco, al rededor de un santon, ó de los que encantan las serpientes, ó de bailarines y músicos que

son los preferidos y de los cuales hay una abundancia estraordinaria. Las danzas las ejecutan de un modo bastante grotesco árabes jóvenes, y la música la constituye una especie de tamboril que despide un sonido sordo, acompañado de una doble flauta de caña, que viene á ser el bajo contínuo. En medio de este inaudito estruendo el vendedor no cesa de gritar ofreciendo sus mercancías, y en todos los minaretes se oye la voz del muezzin que anuncia la oracion de la mañana.

LOS SEPULCROS DE LOS CALIFAS.

Los sepulcros de los califas están al Sud del Cairo fuera de la magnífica puerta de la Victoria. Forman en la orilla del desierto una especie de ciudad separada, una necrópolis de unas cien mezquitas, en cuya construccion el arte del escultor y del estatuario ha desplegado toda su magnificencia, y en donde la imaginacion árabe ha depositado un tesoro de arabescos, que durará mientras haya artistas, arquitectos, místicos, simbolistas y dibujantes. Quien haya visto esos monumentos comenzados en el siglo noveno, entre los cuales el mas grandioso es la mezquita del sultan Beruth, esas soberbias cúpulas que por dentro y por fuera están cubiertas de esculturas en relieve y de mosáicos, habrá comprendido sin grande esfuerzo que ahí está la fuente de los motivos de la arquitectura gótica de Europa. Lo que hace esos edificios tan interesantes no son únicamente las maravillas de la escultura, ni la atrevida arquitectura de las cúpulas, ni sus pisos de nichos parecidos á grutas de estalácticas, sino otros misterios mas sublimes que están allí puestos en juego. El viento del desierto se pega á las paredes de las mezquitas, el cielo despejado y la desierta naturaleza de la comarca parece que contemplan al través de las grandes ventanas el vacío interior de esas mezquitas, cuyos grandes muros y cuyos pavimentos están incrustados de mármol, de verde antico, de pórfido rosaceo, de nácar, de jaspe y de preciosísimas piedras del desierto. En efecto, eso representa un arte y una religion nacidos en el desierto, son el producto del desierto, y allá vuelven convertidos en polvo de momento en momento. Entre ese desierto y los sepulcros de los califas se agrupan montañas de ruinas y de escombros, encima de los cuales están los molinos de viento que muelen el pan cotidiano que alimenta á los vivientes.

EL TEMPLO.—PALACIO DE KARNAK.

El templo de Karnak, el Memnonium y el Medinet-Hahú están mas léjos de las márgenes del Nilo que el Lugsor, casi á igual distancia uno de otro, rodeados por los montes líbicos que tocan al Nilo, y forman un semicírculo cuyo centro son las estátuas de Memnon, y de léjos parecen los restos de una inmensa puerta arruinada por los siglos. Cuando en la montaña de los sepulcros sube uno de las criptas á la luz del dia, la vista se detiene en las ciudades mas antiguas y mas célebres en la historia de las costumbres, de las artes y de una gloria ya pasada, pero que ha dejado señales indestructibles de su paso grabadas en la piedra. El templo de Karnak construido por Sesostris I, tiene una grandiosa fachada con columnas de treinta piés de altura, entre las cuales hay tres puertas que conducen á tres hileras de habitaciones sin ventanas á causa del calor y de la intensidad de la luz. Este templo es el mas pequeño entre los monumentos de Tebas; pero es muy digno de ser notado porque pertenece á la gloriosa época de los Faraones. Su conjunto tiene una fisonomía singular, y si el plan revela una habitacion particular oculta bajo la forma de un templo, la riqueza de las esculturas, la hermosura de los materiales, y la esmerada ejecucion de todo el edificio demuestran que debió ser la habitacion de un monarca poderoso. Al igual de los demás templos y palacios está construido con grandes masas de piedra arenisca dura, que descansando sobre las colunas forman vigas de quince piés de longitud y de espesor proporcionado. Contra lo que se observa en otras partes, aquí se encuentra en la puerta una pared de ladrillo y argamasa, la cual segun la inscripcion del arquitrabe esplicada por Champolion, debe haber formado parte del plan y pertenecido al conjunto de la fábrica. Los relieves que al igual que en todas partes, cubren las paredes y las colunas, son muy bajos como en los sepulcros de los reyes. Los alrededores de este templo, cual sucede en los demás de Tebas, son el desierto y la soledad. Varios viajeros han encontrado algunos grupos de palmeras, mas yo no he podido hallar sino escombros y arena. Sentado sobre algunos fragmentos de coluna he aguardado con impaciencia mi bollo con aceite, y sobre todo un cántaro de agua, lo que seguramente no hubiera sucedido á poderse encontrar en las inmediaciones alguna miserable cabaña.

EL MEMNONIUM.

El Memnonium dista de Karnak á poca diferencia dos kilómetros, pero mi impaciencia y el ansia que me devoraba hicieron que el camino me pareciese mucho mas largo. Al medio dia pasamos por el pié de las colinas dejando á la izquierda las dos estátuas de Memnon inmediatas al Nilo. El aire calentado por los rayos del sol estaba transformado en una especie de luz etérea, en la cual no era sensible ninguna brisa ni vibracion ninguna. Ahí no se percibia mas elemento que luz en la cual dijérase que el alma iba á exhalarse. El reflejo de los rayos del sol sobre las desnudas rocas les daba un color entre bronce y ocre, y comunicaba á las montañas árabes del lado opuesto del rio y á todo el paisaje del contorno una tinta dorada, que servia de límite al plateado cinto del rio gigante: las palmeras y la reciente vegetacion de las márgenes brillaban con un verde esplendoroso. El artista que quisiese pintar esta naturaleza con esta atmósfera deberia chupar los pinceles en el fuego, en vez de la paleta deberia tener una naturaleza divina, porque solo un artista divino seria capaz de reproducir un paisaje egipcio en la hora del medio dia, y aun seria preciso que supiese representar la luz en la luz; mas tales milagros están reservados al Criador solo.

En el etéreo azul de ese cielo egipcio esclarecido por los dorados rayos del sol, ligeramente sombreados de tintas verdes, se destacaba la silhueta de los dos gigantes que hace miles de años tienen la faz vuelta hácia el Oriente. Es digno de notarse que las estátuas de Memnon están elevadas encima del mismo Nilo. El dia en que yo las ví aun se descubrian acá y acullá algunos aguazales, y los puntos ya secos estaban cubiertos de una vegetacion vigorosa. Los guias me llevaron por entre los charcos y al fin me encontré delante de esos colosos célebres en el mundo entero, y cuyo pedestal tocaba con los piés y con las manos. Estas dos estátuas llamadas hoy por los árabes Sehama y Toma, que significa el ídolo, están á muy poca distancia una de otra y tienen el rostro hácia el Este, y por consiguiente hácia el Nilo, y hácia Karnak y Lugsor que se hallan en la otra márgen del rio. El coloso del norte, que está á la derecha del que mira las estátuas de frente es la estátua de Memnon propiamente dicha. La del Sud es un monolito que fué derribado por un terremoto, y levantado otra vez por órden del emperador Septimo Severo encima de seis ó siete hiladas de grandes sillares. Estos dos ídolos lo mismo que sus pedestales que están enterrados ocho piés en el fondo del Nilo fueron arrancados de los montes líbicos y parecen hendidos y maltratados por los siglos al igual que los montes mismos.

En la época de Cambises dichas estátuas fueron de tal modo mutiladas que

solo es posible reconocer en ellas los brazos y las piernas, como tambien los principales contornos del tronco y de la cabeza. Las formas primitivas del rostro, del cuello, de los brazos, de las piernas y de las espaldas solo se conservan en algunos puntos. Se reconocen bien las formas de la oreja derecha del coloso del Sud y basta para dar una prueba del esmero con que toda la figura estaba trabajada. Cerca de la pierna derecha se vé cual si fuese una muñeca otra estátua de mujer de quince piés de elevacion, y que sin embargo no llega á la altura de la rodilla. En tiempos antiguos habia otras dos figuras de mujer al lado de los colosos, y su ejecucion, en particular la del peinado, debió tener una finura y delicadeza admirables segun puede deducirse de los restos que hoy subsisten.

Lo mas estraordinario aun que las estátuas de Memnon, y que está cerca de las mismas es un coloso mutilado y tendido de espaldas como una montaña de granito, á la cual no puede subirse sin el ausilio del guia. La masa principal de la piedra es de cuarzo que por efecto de alguna mezcla tiene una tinta rosada. La cabeza, el pecho y el vientre, comprendidos los codos forman masas distintas, y separadas por distancias mas considerables que los veinte y dos piés de diámetro del vaso de granito que hay delante del Museo de Berlin; lo cual fácilmente se comprende al considerar que los omoplatos del coloso tienen una anchura de veinte y dos piés de Paris, y que el pulgar es del espesor de un hombre. Una persona regular no podria cubrir con ambos piés mas allá de un tercio de la anchura del meñique.

Las piernas, y la parte inferior del tronco de esta enorme estátua, probablemente la mas grande del mundo, forman una considerable masa de restos, que si se unieran otra vez permitirian formar una idea general del todo. El rostro está enteramente mutilado.

Entre esas estátuas, las ruinas de un templo medio destruido, el coloso de granito, y un pórtico que se alza algo distante por el lado de la montaña, queda un espacio de mil á mil quinientos pasos sembrado de restos de arquitrabes, de estátuas, de fustes de coluna, de fragmentos de inmensos bajos relieves, encima de los cuales se leen los nombres de crecido número de pueblos asiáticos. Las paredes del templo medio arruinado están cubiertas de lances de guerra que representan las conquistas del rey, y son parecidas á las que se encuentran en Lugsor, que forman una parte del Rhamseum, llamado del Este, construido por Rhamses II y Rhamses III.

Todos esos bajos relieves representan visiblemente la misma campaña contra pueblos asiáticos, que á juicio de los anticuarios son persas, es decir, naciones que habitaban las vastas comarcas entre el Tigris y el Eufrates por un lado y el Oxus y el Indo por el otro. Los antiguos egipcios llamaban á esos paises Scheto.

Un vasto cuadro dividido en dos partes principales, y que figuran una grande llanura, nos representan los Schetos vencidos y puestos en fuga por Rhamses. Dos príncipes ó generales persiguen al enemigo; los soldados se resisten con valor, pero las murallas son escaladas.

Todo lo que ha quedado de los edificios del Rhamseum es la mitad de un pórtico de ocho colunas bien conservadas, á las cuales están unidas en forma de Cariátides, dos figuras de momias colosales de la altura de 25 á 30 piés. Delante del pórtico están derramados magníficos fragmentos de estátuas y esculturas. Entre otros objetos encontré la cabeza perféctamente conservada de una estátua colosal de hermoso granito azul negro, que pesaba de ocho á diez quintales. La circunferencia de las colunas del pórtico es de veinte y dos piés, por consiguiente su diámetro es de mas de siete piés y la altura de cuarenta. Las colunas, las paredes y los arquitrabes están cubiertos de relieves muy bajos. Los capiteles tienen exactamente la forma de un tulipan, forma esteriotipada para la pintura decorativa de los templos egipcios. No hablarémos de las maravillas de Lugsor y de Karnak porque hombres mas entendidos que nosotros han pintado ya las magnificencias de aquellas soberbias ruinas.

El viaje á Siria era menos interesante aunque tambien allí encuentra el viajero grandes recuerdos de los tiempos pasados. Nuestra primera visita fué al Líbano cuyos cedros han sido admirados por tantos viajeros. Este árbol era estimado por los antiguos primeramente por la incorruptibilidad de su madera que debe á su perfume, el cual le defiende de los gusanos, y á su resina que lo preserva de las injurias del tiempo. El cedro del Líbano se distingue por su altura y por sus grandiosas ramas. Alcanza mayor elevacion que los pinos, pues los hay de setenta, ochenta y hasta cien piés. El bosque del Líbano que no tiene mas allá de media legua de circunferencia está situado al pié de una de las mas elevadas cumbres de la montaña en una hondonada, pero á tal altura no obstante que los árboles están enterrados en la nieve hasta el abril. Su posicion los ha librado hasta ahora de la segur, mas á pesar de todo, el número de esos árboles venerables que han visto desfilar por delante de ellos tantas generaciones humanas, ha disminuido muchísimo de algunos siglos acá y quizás no está léjos el dia en que desaparezca el último de ellos. A despecho de esto aquel bosque sagrado dejará tras sí árboles jóvenes que sin ser tan grandiosos heredarán dignamente su gloria y merecerán llamar la atencion de los viajeros.

Mientras que los cedros y los pinos coronan las pendientes y las mas altas cumbres de la montaña, descuella la encina en las regiones menos encumbradas; mas abajo crecen en abundancia los nogales, los morales y los árboles frutales: las vides entapizan las colinas y las laderas; y los olivares se estienden desde el pié de las montañas hasta las orillas del mar. En el figurado len-

guaje de los orientales; el pié del Líbano se baña en el aceite, su traje es de seda, sus brazos están cargados de fruta, y su nevada cabeza está coronada por una diadema de cedros. El vino del Líbano parece que adquirió mucha celebridad en todo el reino de Israel.

En seguida visitamos á Beyruth, y Tiberiada, luego nos dirigimos á Damasco y atravesando el Asia menor llegamos á Trebisonda. Esta ciudad, llamada en turco Tarabozan está situada en la costa del mar negro. Ofrece un aspecto agradable por su situacion en el declive de una colina, y conserva aun la figura de un trapecio. Está defendida por dos profundos barrancos unidos por un foso abierto en la roca, sus antiguos muros son de piedra y están mal conservados, y hácia el Sur se juntan con la ciudadela en gran parte arruinada. Se penetra en la ciudad por seis puertas, y encima de una de ellas que es la de Erzerum, hay una inscripcion griega. La ciudad consiste hoy en un caserío inmediato al mar y en grandes jardines circuidos de feos paredones; pero es de creer que el arrabal en donde hay muchos edificios, formó en otro tiempo parte de la poblacion que ha decaido grandemente. Las calles como las de todas las ciudades mahometanas son muy angostas, y en ellas se observa la novedad de que tienen una acera para la gente de á pié. Hay en la ciudad 18 grandes mezquitas, 8 kanes, 6 baños públicos, 10 templos griegos y una iglesia católica. El edificio mas notable es la iglesia de Santa Sofía, que se supone obra de la época de Justiniano y que no está faltada de gusto ni de riqueza y variedad de mármoles. Es Trebisonda lugar de tránsito de las mercancías entre Persia y Constantinopla, está en contínuas relaciones comerciales con la península de Crimea, con la Mingrelia, y la Georgia, y esporta é importa por grandes sumas. Su poblacion no pasa hoy de quince mil habitantes, turcos, griegos, armenios, judíos, circasianos, georgianos y tártaros. Las alturas inmediatas á la ciudad están cubiertas de restos de monumentos antiguos que atestiguan la pasada grandeza de este pueblo que es muy antiguo de manera que Xenofonte hace mencion de él dándole el nombre de Trapezus, derivado sin duda de su forma parecida á la de un trapecio. Segun su historia fué fundada por una colonia de Sinope, y estuvo independiente hasta que la conquistaron los reyes del Ponto, á quienes la arrebataron los romanos, que la hicieron capital de la provincia de Pontus Capadocius. Cuando en 1204 Constantinopla cayó en poder de los cruzados, el emperador la erigió en sede del nuevo imperio, fundado con lo que no fué á parar al dominio de los latinos; pero al recobrar las griegos su antigua capital naturalmente cesó la importancia de Trebisonda que poco despues de Constantinopla sucumbió á las armas de Mahometo II.

En Trebisonda nos embarcamos para Constantinopla, desde la cual fuimos á Brusa, residencia actual del famoso Emir Abd-el-Kader, antiguo y acérrimo

enemigo de la Francia ; mas aunque la Siria es digna de llamar la atencion de los viajeros , cuando uno ha visto las obras de los egipcios , y se ha estasiado ante esos colosos, de que en ninguna otra parte del universo se encuentra copia , no puede sorprenderse ni admirar los trabajos que los hombres han hecho en otras regiones de la tierra. El Egipto es lo último que deberia visitarse, para terminar la esploracion del mismo con el espectáculo de los mas atrevidos monumentos que ha levantado el género humano.

REMBRANDT.

(CUADRO DEL MISMO.)

Pablo Rembrandt nació en 1606 en un pueblecillo inmediato á Leyden. Era hijo de un molinero, quien al permitir que Pablo se dedicara al dibujo estuvo muy lejos de creer y aun de concebir que aquel jóven acabase por ser el pintor mas célebre y mas original de la escuela holandesa. Aprendió los elementos del arte bajo la direccion de Santiago van Zivaanemburg en Leyden, y siendo todavía niño ya dió muy notables pruebas de su genio en esos efectos de luz ingeniosos y admirables que son el principal distintivo de sus obras posteriores. Mas tarde se fué á Amsterdam y allí se inició en todos los secretos del arte en las escuelas de Pedro Lastenann y de Santiago Pina, maestros de mérito muy grande.

Pero á despecho de las lecciones que habia recibido se apropió una manera de composicion y de ejecucion tan originales é independientes que acabó por separarse de todo punto de sus contemporáneos, y se retiró al molino de su padre en donde dejando á un lado todas las teorías y todas las reglas de escuela comenzó á pintar no tomando consejo de nadie ni siguiendo mas norma que la verdadera naturaleza, porque sentaba como principio inconcuso que la naturaleza, cualquiera que sea su aspecto, es la única que debe guiar al artista. No tardó en alcanzar en el arte el mas alto grado de verdad posible, y su nombre fué inmediatamente conocido en toda Holanda y en la Francia entera. Llevado de su esclusivismo por la naturaleza contrajo matrimonio con una labriega de Leyerdorp, en la cual halló su ideal de la belleza, en cuanto lo ideal



REMBRANDT.

[illegible]

[illegible]



REMBRANDT pinxt — Gem. Gallerie des Königl. Museums in Berlin. — A.H. PAYNE sc.

Rembrandt.

Published for the proprietors by A.H. Payne Dresden & Leipzig.


BIBLIOTECA • UNIVERSITARIA • SEVILLA

puede existir en un artista cuyo talento era digámoslo así tan material. Cuando por resultado del matrimonio hubo de satisfacer mayores necesidades que hicieron indispensables mas recursos se trasladó á la Haya, en donde sus cuadros habian sido ya muy de antes vendidos á tan elevado precio como los de Rubens.

En la capital llevó una vida retirada, no tenia relaciones sino con gente de clase baja que eran los originales que buscaba, y se hizo cada dia mas famoso representando las escenas de la vida comun. Allí ganó mucho dinero, y casi sin sentirlo convirtióse en un verdadero avaro, que dejaba de serlo para comprar obras maestras de las escuelas italiana y española, de suerte que murió pobre en 1674 en la ciudad de Amsterdam.

Su carácter original y algo estravagante tuvo un pernicioso influjo en su carrera artística. Ignorando los conocimientos indispensables en un artista, como son la historia y la mitología, incapaz de concebir ideas sublimes como las tenian Rubens y Van Dyck, hubo de limitarse á imitar la naturaleza y á producir efectos sorprendentes. Su colorido que realmente es admirable absorbia su atencion entera, con detrimento del dibujo y de la composicion que no juzgaba dignos de ser atendidos; mas en cuanto á la espresion del colorido y sobre todo al claroscuro, puede decirse que no ha tenido rival. Sus luces melancólicas y secas, su colorido verdaderamente mágico en donde la luz entra con toda viveza por un lado ó cae de la parte superior tan brillante como misteriosa, interesan al espectador de una manera irresistible. Tambien es notable por lo acabado y la exactitud de las cabezas, de las fisonomías y en general de todos los pormenores.

Sus cuadros académicamente considerados son muy incorrectos, pues si bien es cierto que Rembrandt sabia pintar perfectamente cabezas y manos, era incapaz de pintar las partes carnosas porque era del todo profano en anatomía. Los trajes son ricos, las telas tan bien imitadas que son capaces de engañar á cualquiera, pero en los pliegues no hay sencillez ni gracia, y en la perspectiva hormiguean los defectos. Por esto no es de admirar que los retratos de este autor valgan mas que todos sus restantes cuadros.

Tan grande como grabador cual lo era como pintor ha dejado cuatrocientas planchas, la mayor parte de ellas escelentes y en consecuencia muy buscadas. En uno y otro arte tuvo muchos discípulos entre los cuales el mas famoso fué Flink.

Casi todos los cuadros de Rembrandt son debidos á algun acontecimiento de su vida, y no es estraño que así sucediera, porque atendiendo á la vida que llevaba, cada instante tenia nuevos objetos y nuevas escenas que trasladar al lienzo. En su época mas tal vez que en ninguna otra los pintores jóvenes solian llevar una vida muy libre, barajarse con las gentes de baja esfera, reu-

nirse en los bodegones y tabernas que sin embargo no eran en Holanda ni en los Paises-Bajos lo que son las nuestras, y andar revueltos entre gentes de vida airada; mas al llegar á cierta edad y cuando habian adquirido algun nombre acostumbraban cambiar de conducta, buscar compañía mas lucida, é introducirse en la aristocracia, que era al fin la que compraba sus obras y podia contribuir mas que las otras clases á darles reputacion y fama. Pero Rembrandt no imitó en esto á sus contemporáneos: hablaba, fumaba y bebia con los personajes que luego clavaba en sus cuadros, sentábase con ellos delante del hogar en los bodegones y tabernas, compraba con ellos en las ferias y rastros, y escuchaba con gusto las músicas de los violinistas y tocadores de clarinetes y cornamusas, mezclándose con ellos á pesar de sus harapos. Si los cuadros de Rembrandt son algunas veces mas que la sencilla copia de la realidad, basta que el espectador reflexione un poco para adivinar fácilmente la escena ó el suceso á que son debidos. Era rarísimo en este artista pintar sin algun motivo, y si la casualidad no le ofrecia asuntos de su gusto, él iba á buscarlos.

Al establecerse en la Haya estando ya casado, segun llevamos dicho, tomó una pequeña casa en un callejon muy frecuentado é inmediato á la catedral. Apenas los viandantes hubieron visto al través de los cristales del cuarto bajo donde tenia el taller, sus inmortales cuadros, cuando asediaron su casa durante el dia entero, y por consecuencia de esto toda la ciudad supo muy luego que el grande artista habia fijado en ella su residencia. Los aficionados y los protectores de las bellas artes se presentaron en su taller, reducido pero rico y elegante, y el jóven artista, á pesar del monopolio que ejercian Pedro Pablo Rubens, y sus discípulos Van Dych, Vanhock, Teniers y algunos otros, se vió ahogado de demandas de cuadros y de retratos de personas que además del lucro, debian proporcionarle mucha honra y muy buenas relaciones. Como hombre orgulloso y enemigo de toda traba no buscaba la amistad ni la compañía de sus cofrades, porque comprendia perfectamente su aislamiento artístico con respecto á las demás escuelas de pintura, y se creia con las fuerzas suficientes para seguir su camino sin hacer la corte al maestro Rubens, y sin trabajar bajo la direccion y por cuenta del mismo, como debian verificarlo la mayor parte de sus discípulos. En venganza de esta conducta sus mas célebres rivales se obstinaban en ignorar la existencia de Rembrandt; de manera que eran tan estraños para él, como él para todos ellos.

A impulsos de sus aficiones de siempre huia de los parages en que hubiera podido encontrarse con sus colegas y no iba sino á las tabernas, bodegones, y barracuchos en donde se reunian los pobres y los gitanos, y acudia á los sitios en que se juntaban los jugadores de sacanete, de modo que hubiera vivido de todo punto estraño á los artistas á no haberse ofrecido una casualidad que le

puso en contacto con ellos. Vamos á referirla y su relato nos dará una idea mas clara del carácter de Rembrandt de lo que podrian hacerlo las mas minuciosas esplicaciones.

En un arrabal de la ciudad habia un edificio viejo y ruinoso que fué convertido en una grande herrería, y que con mucha frecuencia habia llamado la atencion de Rembrandt, quien en sus paseos nocturnos admiró muchas veces aquella pintoresca fábrica y la actividad que en su interior reinaba. Sin embargo de que mas de una noche habia salido con el objeto de dibujar la herrería y los cíclopes que en ella trabajaban, las circunstancias siempre fueron poco favorables á los efectos que debia producir aquella magnífica escena. Vino finalmente una noche en que el pintor decidido á sacar de aquel objeto algun provecho, despues de dejar la paleta y los pinceles, preparó la capa aforrada de pieles de marta, y sentado al amor de la lumbre aguardaba que llegase la linda Juana que habia salido hácia mitad de la tarde. Cuando por fin vino se quejó del mal tiempo que la habia obligado á retardar su vuelta mas de lo que deseaba.

¿Llueve aun? le preguntó su esposo. Parece imposible, dijo Juana, que no lo hayas oido; toda la tarde la lluvia ha sido bastante fuerte, ahora es menuda, espesa y helada; y por lo mismo me alegro infinito de que en vez de irte como sueles por esos mundos te estés quieto en casa y á mi lado. Aguarda, querida mia, replicó Rembrandt, no te precipites porque casualmente me encuentras resuelto á salir de casa para sacar un dibujo de la herrería de que tantas veces te he hablado, y que no parece sino que se empeña en que no la copie, pero ya sabes mi constancia, no me cansaré de probarlo, y si no es un dia será otro he de encontrar mal que le pese un momento oportuno para enterarme bien de ella y de todos sus pormenores. Dime por tu vida si la noche está muy oscura. Juana que deseaba tener á su marido en casa, y que con mucha frecuencia se habia incomodado por esas salidas nocturnas en las cuales temia que le aconteciese alguna desgracia, trató de pintarle la cosa lo mas feamente que pudo y le dijo. La noche está atroz, negra como boca de lobo, fria que no puede aguantarse, lluviosa y con su poquito de aire que escuece y hace humedecer los ojos. ¿Y has notado de qué color es la luz que dan los faroles de la calle? ¡Vaya que si lo he observado! cree Pablo que dan una luz que casi no sirve de nada: es sumamente rojiza, y muy escasa, de manera que no sabe una en donde pone los pies y no se descubre un hombre á diez pasos. Pues señor, tengo todo lo que necesito: la noche es escelente para mi objeto, aun no han dado las nueve y de seguro los herreros estarán trabajando todavía: es menester darse prisa porque la ocasion es favorable. ¿Pero á donde vas con esta noche, Pablo mio? preguntó tímidamente Juana. No tengas cuidado, dijo el pintor; dame la cartera y la capa: la noche es escelente,

cuanto mas oscura, mas grande será su contraste con la luz de la herrería: no haré mas que llegar al arrabal, en cinco minutos tomaré una apuntacion, me clavaré en la memoria el color del fuego y el de la luz que derrama en la plaza que tiene al frente; dentro de dos dias habré pintado el cuadro, y al cabo de tres ó cuatro mas mi Juanita tendrá en la arquilla algunos centenares de florines, que no le vendrán á disgusto. Anda, bendito de Dios, pues tú lo quieres, observó la consorte; mas te aseguro que por muy bien que venga ese dinero preferiria que no salieses de casa porque cuando estás fuera siempre recelo alguna desgracia, y hoy por añadidura temo que cojas un costipado, ú otra cosa peor porque la noche está infame. No temas, Juanita, es cosa de media hora, y ya voy bien arropado. Y sin oir las reflexiones que su mujer continuaba haciéndole, embozóse aprisa y se echó á la calle lleno de esperanzas, y mirando ya el cuadro ejecutado.

Por esta vez la suerte le fué propicia. La noche era mala en efecto, pero Rembrandt no notó siquiera la lluvia, ni el aire, ni el frío; el tiempo urgía, su imaginacion estaba embebecida en el espectáculo que iba á presentarse á sus ojos, y anduvo el trecho que separaba su casa de la herrería volando en alas de su genio. Al llegar delante del edificio lanzó un grito de feliz sorpresa, porque en un momento vió la negra oscuridad de afuera, los trabajadores estrañamente iluminados delante del ayunque y la hornaza ardiendo. Era cuanto podia desearse, y despues de contemplar un instante aquella bellísima y animada escena se apoyó contra la puerta, y comenzó á dibujar despues de haber dado algunas monedas á fin de que los forjadores tomaran las posiciones mas convenientes para su objeto. A los diez minutos cerró la cartera satisfecho en cuanto al dibujo y á la composicion y se quedó en silencio y cual una estátua estudiando los efectos de luz que le tenian verdaderamente absorto, porque aquel espectáculo era lo que mas se adaptaba á su género favorito.

Cuando estaba contemplando con mas afan aquella escena de movimiento y de fuego se sintió tocar la espalda por un jóven que con mucha cortesía le dijo: Caballero ¿me queréis hacer el obsequio de cederme el puesto por un momento? Rembrandt volvió el rostro y se encontró con dos jóvenes, y poco trabajo tuvo en reconocer la hermosa cabeza de Van Dyck y las marcadas facciones de Van Schut. Sin contestarles una palabra se retiró unos pasos, y dijo para consigo mismo: ¿Eres tú quién va á pintar lo que estamos viendo? Es una verdadera lástima que tambien Rembrandt haya visto este cuadro.

Los dos pintores comenzaron á bosquejar mientras Rembrandt con mucha atencion iba siguiendo con la vista lo que hacian, no sin dejar entrever en su gesto que el trabajo de los dos recienvenidos le descontentaba. En vuestro rostro conozco, caballero, le dijo Van Dyck, que nuestro dibujo no os gusta.

No es estraño, contestó Rembrandt, acabad el cuadro, maestro, y vereis como tampoco os gustará á vosotros. Y sin decir ni aguardar mas palabras se marchó muy satisfecho de su dibujo, y de su estudio, y segurísimo de que las obras de aquellos dos rivales no podrian compararse con la suya.

¿Conoces á ese hombre? preguntó Schut á su amigo. No por cierto, dijo éste, pero no me cabe duda de que entiende el arte porque tiene razon en lo que ha dicho, pues veo que si quiero reproducir todos los contrastes de luz he de comenzar por hacer otro dibujo. Y en realidad lo ejecutó, pero se fué á su casa poco contento de su segundo bosquejo.

Rembrandt llegó á la suya, sin decir una palabra á su mujer se metió en cama, pasó la noche viendo la herrería, durante la vigilia lo mismo que durante el sueño, madrugó mucho, empezó su trabajo y á los tres dias lo tenia terminado á completa satisfaccion suya, que era la mas grande prueba de que mereceria elogios de todo los inteligentes.

Cuatro dias mas habian trascurrido cuando al pasar Van Dyck y Van Schut por delante de la habitacion de Rembrandt vieron el cuadro. ¿Qué te parece? preguntó Van Dyck á su amigo: ese hombre pinta el claroscuro cual lo comprendian Rubens y el Correggio, pero los aventaja en vigor y en atrevimiento: este cuadro oscuro es una obra maestra. Van Schut, entremos á ver al artista. Si este solitario es demasiado orgulloso para ir en busca nuestra, verá á lo menos que somos hombres capaces de inclinarnos ante su genio. Ese cuadro es la herrería que yo queria pintar á toda costa, y lo poseeré aun cuando deba costarme mi mejor lienzo.

Schut no quiso seguir á su amigo pero éste entró en casa de Rembrandt. Maestro, dijo aquel bello jóven presentando la mano á Rembrandt, yo soy Van Dyck; efectivamente mi herrería no vale nada, y por esta razon vengo á buscar la vuestra, y en cambio os ofrezco uno de mis cuadros: venid á mi casa y elegireis el que mas os guste. A semejante sorpresa Rembrant no supo resistirse. Enseñó á Van Dyck todos sus cuadros, defendió su estilo contra las tendencias á lo grandioso y estraordinario, y tomando luego el brazo del jóven, se fué con él á su casa.

Al registrar el taller del pintor que acababa de confesarse vencido no fijó su atencion en los cuadros que respiraban la alegría y la divina gracia de Rafael; pasó aprisa y con frialdad por delante de las ricas é ideales composiciones de su nuevo amigo, y apenas miraba los ensayos que éste habia hecho á fin de pintar el alma humana en todas las situaciones posibles. Finalmente se detuvo delante del caballete y esclamó: dadme por mi herrería ese cuadro que estais pintando, y señaló el del caballete que era *Los segadores*, obra en que el autor copiaba la naturaleza y pertenecia al género de los de Rembrandt.

¡ Es posible! esclamó Van Dyck, es la peor de mis obras, y ni siquiera está terminada : hacedme el favor de elegir otro. No, contestó Rembrandt, decid mas bien que es el mejor, pues en él habeis pintado la realidad. Yo, maestro Rembrandt, replicó Van Dyck, no quiero sino la verdad artística.

Vos, repuso Rembrandt, quereis aventajar á la naturaleza y no lo alcanzareis nunca. Ella, y no mas que ella es la eterna madre de las artes. A impulsos de la mano de Dios está produciendo cada dia nuevos seres, cambiando todas las escenas de la tierra, ofreciendo espectáculos nuevos y cada dia mas admirables; el hombre no puede hacer ninguna de esas cosas, puede sí reunir partes aisladas para componer un todo, lo que vosotros llamais pintar de capricho, pero esto no tiene sentido comun. No podeis dar mas de lo que copiais, de lo que robais á la naturaleza, y eso es lo único verdadero. Mirad estas segadoras: son lindas muchachas de Holanda, las cuales pueden reirse, bromear, querer: pero decidme, maestro Van Dyck, ¿qué vais á hacer de la figura principal que segun veo no está terminada? Esa, contestó el jóven, es la reina de las segadoras. Representará en mi cuadro la vida ideal; y será lo que dé el verdadero valor á mi obra bajo el punto de vista del arte. ¡ Es decir que vuestro ánimo es echar á perder el cuadro! siendo así ya no lo quiero. No, no, replicó Van Dyck, no quiero mas que esa figura ideal, que por ahora no se presenta en mi cabeza con bastante claridad para que pueda pintarla. Dejaos de caprichos, y de idealidades, insistió Rembrandt, buscad esa reina de las segadoras entre las mujeres de nuestro país, en donde las hallareis nacidas para ello, retratad á una jóven que os convenga y dadme vuestro cuadro de segadores. No trato de buscar semejante cosa, dijo Van Dyck, porque una mujer verdadera no le llegará nunca á mi reina ideal. ¡ Eso os atreveis á dar por sentado! esclamó Rembrandt, oyéndolo estoy y me parece imposible que tales palabras salgan de la boca de un artista, y mas de la de Van Dyck; cuidad de que no se os presente una jóven que dejará corridos á vuestros pinceles, y que os obligará á confesar que vuestro arte es un arte muerto, cara á cara de la naturaleza. Van Dyck pareció ofendido en su amor propio, é iba á contestar á Rembrandt cuando este dándole la mano se despidió de él sonriéndose y recomendándole todavía que buscase un modelo para su reina de las segadoras.

Desde el momento en que vió el cuadro de Van Dyck, y mas desde que le oyó decir que queria pintar una mujer ideal, dolióle al maestro Rembrandt que aquel eminente artista echara á perder por un capricho un cuadro copiado del natural y que en concepto de Rembrandt era el mejor de cuantos habian salido de sus pinceles. Por lo mismo; y habiendo además satisfecho un poco su orgullo los elogios que Van Dyck hizo de su herrería y la franqueza con que se habia presentado en su casa, de buena fé deseó Rembrandt que aquel

bellísimo cuadro de Van Dyck reuniese todas las perfecciones de que era suceptible, y no se echara á perder con una figura ideal que era imposible hacer en armonía con las demás sacadas de la naturaleza. En el punto pues de haber visto el cuadro y formado de él el concepto que merecia concibió una idea feliz y que trató de llevar á ejecucion antes que Van Dyck tenaz en su capricho pusiera en el cuadro una figura ideal.

Al llegar pues á casa llamó á su esposa y le dijo. ¿Conoces á Van Dyck? He visto muchas veces su retrato, contestó Juana, y lo conoceré si le veo. ¿Has observado la silla dorada que hay en la catedral al lado de la del rey? Por supuesto, dijo Juana y sé que es de Rubens. ¡Bueno! esclamó Rembrandt, siendo así, vístete, y ve á misa, en la cual no faltarán Van Dyck y Rubens, me conviene que te coloques delante de ellos, y procura que Van Dyck te vea bien! ¿entiendes?

Te comprendo perfectamente, contestó la consorte, pero quisiera que me dijeras que objeto te propones. Voy á decírtelo, contestó el marido. Van Dyck necesita un modelo, y quiere buscarlo, no entre las mujeres hermosas que Dios ha criado sino en su vacía cabeza. No puedes negarme que tú eres un hermoso modelo, y yo te añado que eres escelente para el asunto en el cual lo necesita, y no me cabe duda de que en el instante en que te vea conocerá que ha encontrado lo que busca. Por algun medio que le sugerirá su galantería se llegará á tí, te hablará y acabará por pedirte que te dejes retratar en un cuadro de segadores, que ha cambiado con el mio de la herrería, de manera que sobre acabar muy bien el cuadro poniéndote á tí en el lugar destinado á la figura mas notable, me regalará tu retrato. Con esto daré una magnífica leccion á ese orgulloso jóven, y se la daré teniendo muchísima razon, que es lo que yo quiero. Ve, hermosa mia; déjate hablar y retratar, pero cuidado, porque Van Dyck es muy galante y muy bello; que te retrate en buena hora pero nada mas, ¿comprendes? ¡Qué si lo entiendo! esclamó Juanita, déjalo por mi cuenta, él no tendrá mas que el gusto de retratarme, tú tendrás mi retrato hecho por su diestra mano, y yo me encontraré una vez mas trasladada al lienzo.

En seguida se vistió con mucho esmero y muchísima gracia y se fué á la iglesia colocándose en ella en el sitio convenido con Rembrandt, quien no obstante de no ser celoso marchó tras ella para espiar desde detrás de una coluna lo que sucedería. A poco rato de estar Juanita en la catedral pareció Van Dyck acompañado de su amigo Rubens, y bien pronto sus ojos se fijaron en aquella linda jóven, que sonriéndose con dulzura y gazmoñería encontró y sostuvo las ardientes miradas del artista, que á despecho de su amor por la señorita Van Maleden pareció interesarle mucho aquella hermosura holandesa. Verdad es que esta tuvo la habilidad de hacer todo lo posible para llamar la atencion del pintor, quien en aquel dia aun que estuvo en el templo no llenó

el precepto de oir misa cumplida los domingos y fiestas de guardar, porque durante el sacrificio no separó los ojos de la desconocida que le habia cautivado. Al salir Juana de la iglesia acercósele Van Dyck, la saludó y con toda la gracia y los esquisitos modales que le eran propios le pidió permiso para llevarle el devocionario. Consintió Juanita aunque con alguna dificultad, y á fin de desorientar al artista se encaminó hácia la casa de un pariente suyo. En los dias festivos de mas de dos meses se repitió la misma escena, y de poco en poco Van Dyck se fué agradando de ella y acabó por enamorarse como un loco. Al conocerlo Juanita queria formal y decididamente cortar aquellas relaciones que no eran sino de calle y de iglesia: pero el artista insistió en que por lo menos antes de abandonarlo le permitiera sacar su retrato, á lo que hubo de acceder la esposa de Rembrandt, pues este era al fin el único objeto de toda aquella farsa, que vino á turbar seriamente la tranquilidad de ánimo del enamorado artista. Fué Juanita á casa de éste acompañada de una tia que estaba en el secreto, y en efecto la retrató colocándola en el lugar destinado á la reina de los segadores.

Cuando el retrato estuvo terminado Rembrandt convidó á cenar al jóven artista reclamándole al mismo tiempo el prometido cuadro, si es que le tenia ya terminado, y Van Dyck aceptó el convite, y fué á casa de su amigo aunque mas tarde de la hora para la cual habia sido invitado, y era que debiendo presentar su obra á Rembrandt, cuyos conocimientos respetaba, y cuyos elogios queria merecer, nunca le pareció el cuadro bastante acabado y pasó el dia entero retocando, mirando, y en su concepto mejorando su trabajo.

Rembrandt le recibió en traje de dia solemne, cubierta la cabeza con el sombrero de plumas, la espada en el cinto y teniendo muy cerca una mujer de figura esbelta y esmeradamente vestida, y cuyas facciones no pudo ver Van Dyck porque estaba puesta de lado. Se deja entender que el artista trajo el cuadro que Rembrandt inspeccionó con cuidado y minuciosidad suma, y despues de repetir los elogios que del mismo habia hecho al verlo por la vez primera, fijóse largo rato en la figura pintada despues y por fin esclamó riéndose: la reina de los segadores es soberbia, magnífica; habeis obrado perfectamente, caballero, siguiendo mis consejos y haciendo un verdadero retrato.

Es una cabeza ideal: esclamó Van Dyck. Como la mia, contestó Rembrandt. Vos la habeis imaginado al paso que yo la poseo de veras. Vuélvete de cara, Juanita. La jóven volvió el rostro y sonriéndose miró á Van Dyck con aire un poco maligno; Viva Juana Van Rhyn, la segadora de Van Dyck; esclamó Rembrandt levantando la copa: viva la naturaleza y vivan cuantos sigan sus huellas y abajo los absurdos y las ilusiones. ¡Vivan todos los pintores!

Por esta vez, dijo Van Dyck un poco corrido y besando la mano de Juanita;

vos teneis razon ; brindo por lo mismo que vos , y muy particularmente por esta señora que supongo es vuestra esposa. Sin ninguna duda, amigo mio, dijo Rembrandt, y es mi mejor modelo. No me admira, observó Van Dyck , que os hayais aficionado á la naturaleza abandonando las fantasías y los caprichos: si todas las obras de la naturaleza fuesen como vuestra esposa, yo os juro que dejaria mi escuela para convertirme en el mas decidido naturalista. El pintor, dijo Rembrandt , no tiene escusa si toma mujer fea, pudiendo antes de casarse mirar el contorno, las facciones, el colorido y la espresion de su rostro y la totalidad de su figura. Buscad, maestro Van Dyck, en Holanda hay muchas mujeres como Juanita, y cualquiera de ellas entregará gustosa su corazon y su mano al jóven que con tanta justicia ha sabido crearse la reputacion que todos os envidiamos.

Desde aquel dia Rembrandt y Van Dyck fueron íntimos amigos, y el segundo sin abandonar su escuela, se inclinó á la de su camarada y fué ménos fantástico y exagerado.

EL MAESTRO DE ESCUELA.

(CUADRO DE GERARDO DOVV.)

Una de las posiciones sociales que en nuestros tiempos ha esperimentado un cambio mas radical y mas completo, es sin duda alguna la del maestro de escuela. Hasta los novísimos dias en que el gobierno se ha ocupado de la instruccion pública, cuya base fundamental es la primera enseñanza, ni esta ni sus dispensadores gozaban de consideracion alguna, ni tenian reglas á que conformarse, ni métodos á que atenerse, ni sistemas que dieran uniformidad á lo que en todos los pueblos se practicaba. Los maestros salian por lo comun de las heces de las universidades, de los sargentos licenciados, y de los mancebos barberos indisciplinados, y enemigos de la sujecion que les imponia el amo, y poco aficionados al estudio á que habian de dedicarse para ser algo mas que meros rapistas. Esas pobres gentes, que no estaban llamadas á carrera literaria, pero que querian contra viento y marea vivir de las letras, se empeñaban en enseñar lo que no sabian, juzgando que con leer de corrida, hacer letras, y sumar, restar, multiplicar y dividir cantidades, tenian caudal de sobra para transmitir lo que necesitaban sus futuros discípulos. Y tenian razon: las necesidades y los gustos de la época no reclamaban mas: y el que supiera á media rienda todo lo dicho era un maestro corriente y moliente á todo ruedo.

El maestro entraba á ejercer el magisterio por la voluntad del ayuntamiento, teniendo título ó careciendo de él, habiendo ó no sufrido un exámen; en una palabra, si bien algunas leyes y reglamentos fijaban las reglas y formas que en esto debian observarse, nadie las obedecia, ni el legislador se empeña-



EL MAESTRO DE ESCUELA.

([illegible])

[illegible] y el que supera á me- [illegible] á todo riedo.

El [illegible] del ayuntamien- [illegible] examen; en una palabra, [illegible] las reglas y formas que en esto [illegible] el legislador se empeña-



G. Dow pinx.

A. H. Payne sc.

Le Maitre d'écriture.

The Writing Master. Der Schreibmeister

Bakalarz


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA SEVILLA

ba en que las obedecieran. Claro está que si el gobernante y el gobernado no tenian interés en observarlas, esas reglas no eran observadas. La asignacion del maestro correspondia á la importancia que se daba á la enseñanza; y en algunos puntos las dotaciones eran tales, que el maestro no hubiera podido vivir ocho dias con la señalada para todo el año. Venian á suplir esta parvedad en el sueldo las retribuciones que corrian parejas con él, viniendo el todo á constituir una suma incapaz de sustentar al infeliz maestro, aun cuando solo debiera atender á su persona.

A fin de prevenir este inconveniente, y no verse el pueblo obligado á inventar medios para dotar al maestro, á lo cual indudablemente hubiera preferido despedirle, solia agregársele el cargo de secretario del ayuntamiento y de recaudador de las contribuciones, destinos este y aquel que tenian una asignacion análoga á la del maestro; pero que al fin reuniendo las tres un solo hombre era posible que no se muriere de hambre. En cuanto al mucho trabajo que tantos cargos exigian, estaba el maestro muy tranquilo, porque la duracion diaria de la escuela dependia de su voluntad, sin correctivo de ninguna clase. No habia entonces ese asombroso aparato de Junta superior, Junta local, Inspector, visitas, libros de texto, cartapacios, pedagogía y otras frioleras, sin las cuales el maestro era una especie de rey absoluto. Añadian algunos á los destinos ya mencionados el de fiel de fechos, especie de escribano de diligencias, que formaba sumarios en los asuntos criminales que en el territorio acontecian, con lo cual granjeaba algunos maravedises; de suerte, que el maestro venia á ser una especie de cepillo de almas, en donde ingresaban cantidades miserables de cien distintas procedencias. El maestro convertia en segunda patria el pueblo donde ejercia el magisterio, y algunos á la vuelta de cuarenta años de una vida frugal siempre y del estado llano, llegaban á reunir la cantidad necesaria para comprar ocho varas de viña, ó seis de huerta, donde pudieran plantar una docena de coles y tener cuatro higueras, un melocotonero y una parra.

Su traje en aquel tiempo era una casaquilla de lienzo listado y su calzon de lo mismo durante el verano: lo cual se transformaba en una casaquilla de paño de color oscuro en el invierno, cubriendo en ambas estaciones las piernas con calcetas de algodon blancas ó negras, y la cabeza con una gorra de fieltro cenicienta, con anchísima visera, que resguardaba del sol en verano y era un medio paraguas en la estacion lluviosa. Todo maestro influia mucho en las elecciones de alcalde y regidores; y como en esta materia el pueblo solia dividirse en bandos; el maestro figuraba en uno de ellos, si ya no era su cabeza. Convertíase en consejero de los labradores ricos, llevaba las cuentas del panadero, terciaba con el señor Cura, con el barbero, el médico y el boticario, si en el pueblo los habia, echábala de casamentero, y no era ninguna singulari-

dad que en la misa mayor de los domingos cantára la epístola desde el coro, y que tomase parte en los oficios de difuntos, cuando se reunian algunos curas de la redonda.

Profesando por dogma capital de la enseñanza primaria que la letra con sangre entra tenia en la escuela caña, reglas, férula y azotes de varias formas y materias, todo lo cual se ponia diariamente en ejercicio, amen de las bofetadas, tirones de cabellos y de oreja, y reventamiento de sabañones en invierno. Todo maestro debia en aquella época contar en casa con media docena de jaulas de junco, á cuya construccion se dedicaban algunos de ellos; y los habia que pujaban hasta tener cria de canarios, ó bien pescaban con caña, si el pais ofrecia lugares en donde verificarlo, ó cazaban con redes ó con liga, y aun con perros y con trampas; mas en esto no habia regla fija, pudiendo cada cual escoger lo mas acomodado á sus gustos, aunque era casi indispensable tener una de estas aficiones para ocupar los dias festivos y las tardes de los jueves. En la velada se jugaba la malilla ó el burro en casa del cura, y cuando las pertinaces lluvias impedian á los labradores las faenas del campo, el maestro descendia de su altura para pasar algun rato del dia al amor de la lumbre contando á los sencillos labriegos las travesuras estudiantiles, las campañas hechas, ó las truhanerías de la barbería, segun en donde se habia el maestro destetado. En la broma de noche buena el maestro cantaba villancillos compuestos casi siempre por él mismo: y si por dicha habia sido barbero se acompañaba con la guitarra, bien punteándola, bien rasgueándola, segun fuesen sus humos de contrapuntista.

Los maestros entonces al cabo de seis ú ocho años de tener un niño en la escuela, ya podian enviarlo á su casa, con la seguridad de que salvos algunos disparates de á fólio leia casi de corrida cualquiera libro de letra atanasia, y escribia una carta con aquello de: me alegraré que estas cuatro letras lo encuentren con perfecta salud, la mia es buena á Dios gracias; y era capaz de echar una suma como no pasara de cien mil; ó de dividir una cantidad de hasta dos mil reales. Y no hay que maravillarse de que los niños necesitáran para eso tantos años, porque descontando las fiestas de precepto, los dias de obligacion de oir misa, las tardes de los jueves, los dias de lluvia, las fiestas que concedia el maestro, los corrales que el niño hacia y las tardes de verano en que maestro y discípulos echaban la siesta convidados por el calor, y la sinfonía de moscas y moscardones, ese tiempo quedaba reducido cuando mas á la mitad de su duracion natural.

Enmedio de todo, debemos decir en honor de la verdad, que gracias al ejercicio, los maestros eran estremados en cortar plumas, y que la mayor parte de ellos acababan por tener letra muy buena y muy clara, en particular muy clara, que es la mejor circunstancia de la letra que se escribe para ser leida.

Obra eran de sus propias manos los ejemplos que habian de imitar los discípulos, y yo creo que esto databa desde antes de la invencion de la imprenta cuando los buenos pendolistas, que así se llamaban entonces los que ahora calígrafos, copiaban los libros, y eran muy bien remunerados. Los maestros fueron los herederos y sucesores directos de esos insignes escribientes, cuyas lindezas admiramos todavía en los devocionarios escritos en vitela, que como joyas muy raras y preciosas se conservan en las públicas bibliotecas y en manos de curiosos anticuarios. Cierto que en las ciudades populosas los maestros de escuela tenian mas pretensiones, granjeaban mayores lucros, vestian con mas pompa y á tiro de ballesta se les echaba de ver el baño de ciudad, que no podian tener los lugareños; mas eso eran escepciones de la regla general, que no forman estado y que deben reputarse por contrarias á las genuinas tradiciones de escuela.

Vino finalmente un dia que en los gobiernos creyeron que la instruccion pública era una cosa que debia ser considerada, promovida y galardonada; que la base de esa instruccion es la primaria dispensada en las escuelas; y que por tanto era preciso acometer una reforma radical y completa en los maestros y en los sistemas. Años ha costado lograrlo, y grandes obstáculos y contrariedades han tenido que vencerse para ello; mas el sentimiento público, la perseverancia de los gobiernos, la buena voluntad de los pueblos, la aplicacion, el trabajo, y el talento de los maestros, que por fin han sabido estimar su dignidad, y comprender la importancia y las consecuencias del magisterio, han podido mas que la rutina, que la ignorancia, y que el aferramiento á las preocupaciones antiguas. Los maestros han ocupado el lugar que les corresponde; su mérito es conocido cual merece; y no hay duda sino que saben hacerse dignos de la estimacion que se les profesa, y de las remuneraciones que se les señalan. Aun hay pueblos en donde no es esto bastante conocido; pero el problema queda resuelto, y seguro es que en breves años el espíritu público será unánime, y todos los maestros gozarán del aprecio que una mayoría inmensa les dispensa. Si hoy pudiese volver al mundo uno de esos pedagogos del siglo pasado, cuyo arsenal eran la caña, la férula, las reglas y los azotes, y entrára en una de nuestras escuelas, no sé si querria vivir otra vez para gozar de la actual ventura de los maestros, ó si preferiria morirse de vergüenza al considerar lo que podian ser los maestros y lo que fueron.

Todas las ideas que aquí hemos espuesto de corrida han acudido en tropel á nuestra mente al detenernos á mirar la lámina sacada del magnífico cuadro en que Gerardo Dow copió á un maestro de escuela. Verdaderamente causa sorpresa muy agradable encontrar un cuadro de este artista entre las obras maestras de la escuela holandesa. Mientras que los lienzos de sus compañeros representan con preferencia las escenas de la vida comun, con esclusion de

toda forma, de toda idea graciosa, en las obras de Gerardo Dow se admira la mas dulce armonía. El carácter natural y poético de sus cuadros es tan agradable que fija la atencion del observador aun á pesar suyo. Quizás no hay pintor alguno que haya sido mas esclavo de la naturaleza: así es como los mas mínimos pormenores de sus obras están ejecutados con el mas minucioso cuidado, y como se le pasaban tres dias enteros para pintar un sencillo mango de escoba: precisamente por esta perfecta imitacion de las cosas mas insignificantes alcanzó Dow una habilidad estraordinaria en su género. Los asuntos de que se ocupó con preferencia son las escenas interiores que representan el bienestar de la vida doméstica, la paz del alma y la satisfaccion tranquila en el seno de la familia. Allí, en el hogar doméstico es en donde las cosas mas pequeñas se hacen interesantes: los utensilios, los trajes, cuyas telas pintaba Dow de suerte que las equivoca uno con las de bulto, desempeñan un papel muy importante en la historia de los personajes que en sus cuadros representa. Al mirar esos accesorios que en todas partes son los mismos se familiariza uno con el cuadro, se siente encadenado á su contemplacion y acaba por comprender toda su poesía, y por proclamar el triunfo del artista. Su correctísimo dibujo, su colorido magnífico y sus luces naturales lo colocan en el primer rango entre cuantos pintores de génio cuenta la Holanda.

Dow cuyo padre era pintor de vidrios nació en Leyden en 1613 y murió en 1680. Rembrandt fué su maestro y le comunicó el secreto de la armonía en pintura. Sus cuadros son muy estimados, de suerte que la *mujer hidrópica* lo vendió en treinta mil florines, y el que tenemos á la vista fué comprado en un precio crecidísimo para el museo de Dresde. El *Maestro de escuela* es una perfecta perla del arte de Dow, porque cada rasgo, cada línea respira la naturaleza, y si algun pintor puede vanagloriarse de haber pintado como artista y como poeta, la tranquilidad de ánimo y la serenidad de corazon, Dow lo ha verificado en este cuadro. Es un lienzo que no reclama una descripcion crítica: sino que es menester comprenderlo y sentirlo. Para que se conozca mejor esta obra maestra nada mas á propósito que referir una escena de esta vida apacible y poética que el gran maestro ha querido representar, y con esto juzgamos revelar el verdadero carácter de las obras de Dow.

Este hombre no podia encontrar los asuntos de su gusto, ni sus ideas artísticas en los bodegones del pueblo ó en los cafetines frecuentados por los marineros, como de allí los sacaban los Teniers, los Ostades, los Bronwers, porque á fin de representar la calma de la vida doméstica á que era tan aficionado, necesitaba situaciones y caractéres naturales y sencillos. Su hija Teresa descubrió cierto dia un modelo de ese género en un antiguo convento de franciscanos, transformado en escuela pública para los niños pobres. Habia allí una callejuela llamada de los Judíos, por mas que hiciese mucho tiempo que la ciudad

de Amsterdam no toleraba en su territorio á esos desdichados hijos de la tierra prometida. Algunas de las abovedadas ventanas del convento daban á ese callejon y delante de aquella que estaba mas iluminada por el sol veíase sentado desde la mañana á la tarde Rafael Huelst, maestro de la escuela de los pobres. Tenia nuestro hombre, cuya cabeza parecia de plata, setenta años, y su talento era superior á lo que exigia de él el magisterio que desempeñaba. Con aquella habilidad y gusto antiguos, que casi se han perdido del todo en esta época, y de los cuales no quedan sino admirables vestigios, escribia cartas y documentos para las Chancillerías de los Estados Generales.

Teresa fué volando á su casa y le hizo á Dow de un modo tan pintoresco la descripcion del viejo Rafael Huelst, con su gorro, sus anteojos, su traje del tiempo de Cárlos V y su rostro característico que respiraba satisfaccion y contento, que Gerardo Dow pensativo dejó el caballete, tapó el cuadro que estaba pintando con un grande pañuelo de seda para que no se le pegára el polvo, y cogiendo la cartera salió del taller. A pesar de todas las diligencias no le fué posible encontrar la puerta de la escuela, y levantando su ancho sombrero con plumas se colocó muy cerca de la pared y en frente de la ventana de Rafael. Quedó pasmado examinando la cabeza del pendolista, y viendo su poltrona antigua, el reloj de arena, el viejo pupitre cubierto de pergaminos amarillentos y rasgados, y en el dormitorio una linterna redonda de forma particular y casi antigua.

El maestro saludó al pintor con mucha cortesía y continuó cortando la pluma. Dow era poco amigo de cumplidos, y sin embargo se los hizo al anciano, porque juzgándole bien creyó leer en sus facciones tanta bondad oculta como rusticidad aparente. El maestro oyó con modesta sonrisa los elogios que Dow hacia de una grande F, pintada con suma delicadeza y minuciosidad esquisita, que era la inicial del nombre Federico de Nassau. El maestro lisonjeado invitó al pintor á que entrase en su habitacion, aun que estuviesen presentes sus alumnos, que por cierto los habia de los dos sexos. Si gustais, caballero, dijo á Gerardo, os enseñaré algunos pergaminos y en ellos vereis pinturas, á las cuales no pueden compararse las mas delicadas obras de nuestros mas famosos miniaturistas. Yo no me atrevo á manifestar mi opinion : pero vos que por lo visto entendeis la materia, confesareis que los mas celebrados pintores como Dow, Mieris y Metzú si examinasen lo acabado de mis obras deberian considerar las suyas como mamarrachos. Seguramente, dijo Dow, registrando y reconociendo muy por menor lo que el maestro le iba presentando, seguramente me sorprenden vuestros trabajos, y estoy seguro de que no son conocidos, pues de otro modo no os estariais pudriendo aquí enseñando niños que á cada paso os estorbarán con su inquietud, con sus exigencias, y con la precision de venir á presentaros lo que escriben para que vuestra mano lo corrija.

¿Qué quereis, señor mio? dijo el maestro, en el mundo rara vez se hace justicia al mérito: aquí me teneis postergado á todos los maestros contemporáneos, y reducido al último escalon del magisterio, pues al fin el que desempeña una escuela de pobres acaba por ser tan pobre como sus discípulos. Pero vos segun veo, dijo Dow, os dedicais á otros trabajos que deben ser muy bien recompensados. Ni aun este ausilio me queda, dijo el buen Rafael; trabajo para todas las chancillerías de los Estados Generales; pero los señores que están al frente de esos cuerpos no saben estimar el valor de un buen pendolista, y me pagan estos trabajos lo mismo que si los hiciese un escribiente cualquiera. Para conocer el mérito de una cosa es menester ser inteligente; y no es fácil que ninguno de esos señores lo sea cuando escriben tan mal que ni ellos mismos saben leer lo que han escrito media hora antes. Luego por desgracia mia otras obras de mi pluma van á parar á manos de los notarios, procuradores y demás gente de curia, de quienes es sabido que escriben para ellos solos, á fin de que nadie mas que ellos entienda sus embrollos y sus picardías. De manera, dijo Dow, que vos con ser hombre tan perito no sacais de vuestra habilidad el provecho que debierais. No, amigo y señor mio, contestó el maestro: mas esto no me admira porque me lo tenia vaticinado mi maestro Gofredo Liniers, el mejor pendolista que ha tenido Holanda en cinco siglos. ¿Y como Liniers, preguntó Dow, siendo hombre tan reputado y vos tan buen discípulo suyo, no pudo colocaros de un modo que correspondiera mejor á vuestro mérito? No siempre, dijo Rafael, he sido lo que veis ahora: comencé por abrir escuela bajo los auspicios de mi querido maestro; además me puso en contacto con cuantas personas le pedian obras suyas, porque me consideraba heredero forzoso de su pluma; pero al cabo de algunos años aunque parecia que la suerte estaba decidida á favorecerme, un suceso desgraciado vino á dar con todas mis esperanzas en tierra. Si no temiese, dijo el pintor, pasar plaza de curioso os preguntaria que acontecimiento fué ese que derribó el edificio de vuestra fortuna. Y sin dejar siquiera las ruinas, dijo el maestro. Y pues vos sois hombre que conoce el mérito de las obras de arte y que parece os interesais por este pobre viejo, os relataré mi desventura; pero antes permitidme que despache los alumnos porque ya han dado las once. Y sin esperar contestacion se levantó del asiento, quitóse los anteojos y con mucha calma se fué á donde estaban escribiendo los discípulos, les corrigió las planas mirándolas á larga distancia, regañó al uno, elogió al otro y los despidió á todos hasta el dia siguiente, puesto que aquel era un jueves.

Solo ya con Gerardo, tomó asiento delante de la silla en que el pintor se habia colocado y le dijo. Tenia en Leyden mi patria una buena y concurridísima escuela, gracias á la proteccion de mi maestro, y ganaba muy buenos dineros copiando y escribiendo documentos para cuantas personas y tribunales me lla-

maban. Habíame hecho famoso cuando murió mi protector, y de golpe heredé su numerosa y rica clientela. Una mañana vino á mi casa un caballero muy conocido en la ciudad, riquísimo y hombre que gozaba de una reputacion sin tacha. Presentóme un documento y me preguntó si yo sabria copiarlo exactamente y sin mas variacion que ponerle una fecha dos años posterior de la que tenia. No ví en ello mal ninguno, mucho menos cuando el documento estaba firmado con el mismo nombre de la persona que lo traia. A la verdad no entendí que debiese poner tambien la firma, y en este concepto juzgué que queria tener una copia exacta, y quizás probar hasta donde mi habilidad llegaba, habiéndome inclinado á pensar lo último la incredulidad que manifestó cuando le aseguré que mi copia seria enteramente exacta al original. No me pareció que diese gran importancia al fondo del asunto, sino al descubrimiento de hasta donde llegaba mi pericia como pendolista. Supo con sus dudas picar mi amor propio de artista; y poniendo manos á la obra, á los ocho dias le presenté el documento tan perfectamente escrito que antes de ver su firma no pudo distinguir el que trajo del otro que yo habia escrito. Ponderó mi mano y mis conocimientos: mas aun entonces dijo que si bien era verdad que habia dado una grande prueba de mi habilidad no podia creer que esta llegase hasta el punto de copiar la firma de modo que no la distinguiese de la suya verdadera. Me resentí de esta duda, y rogándole que se retirase algunos pasos, con estraordinario asombro suyo le presenté los dos escritos, y despues de vacilar un rato escogió como verdadero el que era obra mia; de modo que desconoció completamente su firma y tomó por tal la que yo habia puesto. Satisfecho largamente mi trabajo y elogiando mi mérito me encargó una reserva absoluta, porque en efecto aquel papel contenia un testamento en que nombraba heredera á una señora cuyo nombre era para mí desconocido.

Pasaron cuatro años sin que yo tuviese mas relaciones con ese caballero, y sin que mediase cosa alguna notable ni en mi casa ni en mi suerte, cuando de pronto me encontré con una órden del tribunal de Leyden para que me presentase. Tampoco me causó sorpresa alguna porque estaba muy acostumbrado á llamadas de esa clase para reconocer escritos y letras en calidad de perito; mas el modo como esta vez fuí recibido por el juez me alarmó desde el momento en que estuve en su presencia. Presentóme el papel de que os he hablado y me preguntó si lo conocia: declaré la verdad, referí cuanto habia pasado, firmé una declaracion y desde allí fuí llevado á la cárcel. Es inútil que yo os refiera las amarguras, las angustias y los horrores que pasé durante ocho meses que estuve encerrado, cuatro de ellos completamente solo y otros cuatro en compañía de varios criminales, cuyos rostros y cuyas aventuras que unos á otros se contaban, me tenian horrorizado y llegaron hasta hacerme echar de menos la terrible soledad en que habia pasado los cuatro meses an-

teriores. En ese largo período de tiempo me recibieron varias declaraciones, en las cuales siempre dije lo mismo que en la primera, relatando por menor el suceso; se me hicieron cargos de haber falsificado un testamento, me nombraron defensor y por fin se falló mi causa condenándome á cuatro años mas de cárcel y á destierro perpétuo de mi patria.

El suceso era el siguiente. El caballero que así sorprendió mi buena fé y abusó de mi sencillez tenia el mismo nombre que un tio suyo paterno que habia muerto pocos meses antes. El tio habia hecho un testamento nombrando heredera á la señora cuyo nombre ví yo en el documento que copié; pero mas adelante tuvo un hijo, y como era natural hizo nuevo testamento nombrando heredero á ese hijo. El caballero que habia venido á mi casa se casó con esa señora despues que el tio la habia nombrado su heredera, mas cuando por el nacimiento del hijo se supo que habia otorgado testamento á favor de éste, el caballero pudo arrancarle el testamento primero que trajo á mi casa, y que yo copié poniendo la fecha que él mismo me dijo que era de dos años posterior á la del segundo testamento. Al morir el tio, la viuda y los tutores presentaron el testamento verdadero, y cuando habian ya verificado todas las formalidades de tomar posesion de los bienes y demás necesario, el infame sobrino del difunto presentó el testamento que yo habia escrito y reclamó la herencia. Entablóse un litigio, y durante el mismo se hicieron reconocimientos de letras, se declaró que el testamento presentado por el sobrino era falso, y en su consecuencia despues de fallar el tribunal en favor del hijo y heredero legal, dispuso proceder criminalmente contra los autores de falsificacion semejante. Mi manera de escribir ó por decirlo mejor, mi habilidad fué conocida por maestros peritos y me encontré envuelto en un procedimiento criminal y tratado como un falsificador, cuyo delito podia tener la terrible consecuencia de robar á un hijo la herencia de su padre. Yo creo que el tribunal comprenderia que en mí no habia la culpa que se creyó de pronto; mas de todos modos la verdad era que yo escribí el documento procurando imitar con la exactitud posible la firma del testador. La sentencia del tribunal me tuvo cuatro años encerrado en una cárcel, y despues de transcurridos hube de salir de mi patria para nunca mas volver á ella.

Víneme á Amsterdam de donde habia tenido algunos discípulos y quise abrir escuela; pero falto enteramente de recursos, que habia consumido en mi desgracia, falto de proteccion, y habiendo venido á una ciudad en donde habia maestros de sobra, tuve á mucha fortuna poder alcanzar el triste magisterio que estoy desempeñando hace veinte años. Esa desgracia echó por tierra todas mis esperanzas y ha sido causa además de que yo no saque de mi pluma todo el partido que pudiera; porque aquel suceso me ha aterrorizado de modo que nunca mas he querido escribir para ningun particular por temor de nuevos

compromisos y me concreto á verificarlo para los tribunales que sin deshonra suya sea dicho satisfacen muy mal los trabajos de esta clase por las razones que antes os he indicado.

El pintor se compadeció sinceramente de la desgracia del pobre maestro y no pudo menos de manifestarle cuanto le habia interesado el relato de su desventura, y de abominar de aquel hombre infame que así abusó de la sencillez y de la bondad del pobre maestro. Procuró consolarle aconsejándole que pues sabia conformarse con su desgracia y Dios no le habia abandonado, olvidase aquella desventura y la considerara como una prueba á que Dios quiso someterle para darle el merecido premio. Entrando de nuevo en el exámen de otros trabajos del buen Rafael convino Dow en que los habia muy estremados; y el maestro que tenia la debilidad de creer que sus obras eran lo mas acabado que pudiera salir de las manos de un hombre; repitió su frase sacramental de que los mas afamados pintores considerarian sus propias obras unos mamarrachos si acertasen á ver las que tenia delante. Yo os aseguro, dijo Gerardo, que en cuanto á Dow podeis estar cierto de que en realidad considerará sus obras como mamarrachos. Por lo que toca á ese artista, continuó sonriéndose con dulzura, puedo responderos de él, puesto que ese Dow á quien aludís soy yo mismo. Permitidme que aproveche vuestras lecciones porque tengo verdaderos deseos de aprender: y sobre todo concededme la gracia de que yo haga vuestro retrato, porque todos los dias y á todas horas pueda tener delante de la vista á mi insigne maestro.

Rafael escuchaba estas palabras con un estupor inesplicable, y cuando Dow hubo terminado corrió la cortina á fin de ocultar á los ojos del que acababa de herirle tan en lo vivo su orgullo humillado y su presuncion confundida. Rafael aunque en verdad era hombre muy piadoso perdió en esta ocasion los estribos, soltó palabras poco regulares y acabó por llorar como un niño. En vano quiso Dow consolar la afliccion del maestro, que enagenado por la cólera le trató de miserable pintor, le echó en cara que era orgulloso y poco faltó como no le dijo que saliera de su casa. Convencido Dow de que el momento no era á propósito para calmar á aquel triste anciano se fué profundamente afligido. Todo lo que habia visto y oido le dió á entender que Rafael Huelst era un escelente modelo. Hizo todos los esfuerzos imaginables para reconciliarse con él y lograr que le permitiera retratarlo, pero el maestro era inflexible: y Dow no podia conseguir su objeto sin que precediera una reconciliacion porque no podia dibujar al anciano en menos de ocho dias, atendida la minuciosidad con que él ejecutaba todos sus trabajos. La jóven Teresa encontró finalmente el medio de llegar á lo que su padre deseaba. Habiendo observado que la jaula que el maestro tenia en su casa estaba vacía dedujo de ello que se le habia muerto el hermoso canario holandés que en la misma vió la vez primera, y

creyó que nada podia serle tan agradable como otro canario que sustituyese al difunto. Consultado el proyecto con su padre y juzgando éste que podia surtir el deseado efecto, la jóven se dirigió á la callejuela de los judíos, y apenas hubo entrado en la escalera cuando el canario comenzó á cantar con una gracia que dejó encantado al maestro. ¡Ay de mí! esclamó Rafael, así cantaba hacia diez años el que se me murió ha dos meses, y que era regalo de un discípulo agradecido; mas yo no puedo gastar en la adquisicion de otro y he de contentarme contemplando la jaula y recordando sus cantos. Teresa le dijo que su intencion era regalarle un sucesor con tal que consintiera en dar gusto á su padre permitiéndole finalmente que lo retratase. Rafael no pudo resistir á esta tentacion tan grande y superior á sus fuerzas. No os movais absolutamente, dijo entrando el pintor que aguardaba en la puerta el resultado de la negociacion de su hija; todo adorno es inútil: porque yo quiero retrataros cual os ví la vez primera. El maestro convino y Dow dió principio á uno de sus mejores cuadros.


SEVILLA

24



Noces de paysans hollandais.

The Peasants Wedding. *Niederländische Bauernhochzeit.*

Wesele chłopskie

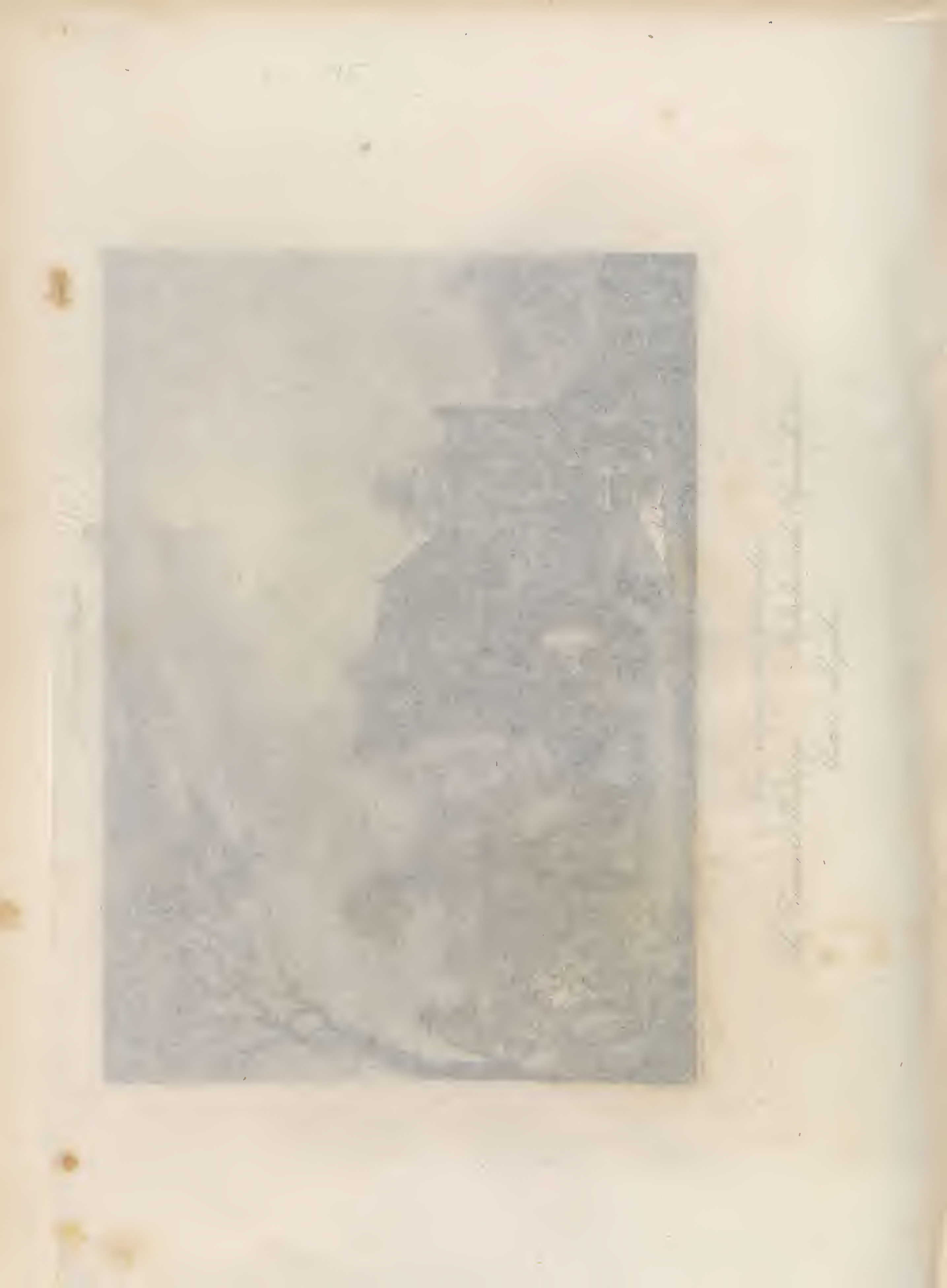
LA [illegible] DE [illegible]

(CUADRO DE DAVID TENIERS.)

El nombre de Teniers es uno de los mas célebres en la historia del arte flamenco. Dos son los pintores del mismo nombre y apellido y con ese motivo para distinguir á David Teniers el padre, de su hijo que le es muy superior, se le ha dado el apelativo de Bassano, porque sabia imitar con la mayor perfeccion el estilo y la manera de Jacobo Ponte, pintor italiano, á quien se llamaba el Bassano.

David Teniers el jóven ó el hijo, de quien vamos á tratar en este artículo, nació en Amberes en 1610 y murió en 1690 en Bruselas dónde fué director de la Academia de Bellas Artes. Iniciado por su padre en los primeros rudimentos del arte, fué mas adelante discípulo de Pedro Pablo Rubens, y durante algun tiempo cultivó los géneros histórico y religioso que su profundo maestro habia adoptado como dominios de la nueva escuela flamenca. Por medio de muchos cuadros de esta clase ha demostrado Teniers que su genio y su inspiracion eran muy capaces de secundar sus deseos; pero en general puede calificársele de débil en los asuntos religiosos; y en cuanto á sus cuadros de marinas y de animales son defectuosos y algunos de ellos hasta malos.

En los cuadros de género es Teniers el primero de los artistas flamencos. Pinta con la verdad mas asombrosa la vida del pueblo, las escenas de taberna, y de cuerpos de guardia, las reuniones de labradores y las fiestas de aldea. Versado en el arte de producir el efecto por medio de la [illegible] de los si-



LA BODA DE LABRIEGOS HOLANDESES.

(CUADRO DE DAVID TENIERS.)

El nombre de Teniers es uno de los mas notables en la historia del arte flamenco. Dos son los pintores del mismo nombre y apellido y con ese motivo para distinguir á David Teniers el padre, de su hijo que le es muy superior, se le ha dado el apelativo de Bassano, porque sabia imitar con la mayor perfeccion el estilo y la manera de Jacobo Ponte, pintor italiano, á quien se llamaba el Bassano.

David Teniers el jóven ó el hijo, de quien vamos á tratar en este artículo, nació en Amberes en 1610 y murió en 1690 en Bruselas donde fué director de la Academia de Bellas Artes. Iniciado por su padre en los primeros rudimentos del arte, fué mas adelante discípulo de Pedro Pablo Rubens, y durante algun tiempo cultivó los géneros histórico y religioso que su profundo maestro habia adoptado como distintivo de la nueva escuela flamenca. Por medio de muchos cuadros de esta clase ha demostrado Teniers que su genio y su inspiracion eran muy capaces de secundar sus deseos: mas en general puede calificársele de débil en los asuntos religiosos; y en cuanto á sus cuadros de marinas y de animales son defectuosos y algunos de ellos hasta malos.

En los cuadros de género es Teniers el primero de los artistas flamencos. Pinta con la verdad mas minuciosa la vida del pueblo, las escenas de taberna, y de cuerpos de guardia, las reuniones de labradores y las fiestas de aldea. Versado en el arte de producir el efecto por medio de la eleccion de las si-

tuaciones y de un colorido fácil y natural es casi el único pintor cuyas obras respiran en muy alto grado alegría y atractivo.

El archiduque Leopoldo de Austria le nombró su primer ayuda de cámara, y no le pedia otros cuadros que los que representaban episodios de la vida de las clases mas humildes de la sociedad. Teniers comenzó sus estudios buscando por sí mismo los modelos para sus obras, pero siendo su carácter de todo punto diferente del de Rembrant, no tomó ninguna parte en esas diversiones, limitándose al papel de observador.

Saliendo un dia por una de las puertas de Amsterdam, se dirigió hácia un pueblo inmediato, en donde se le presentó un espectáculo que hubo de sugerirle asunto para el bellísimo cuadro que tenemos á la vista. Este cuadro representa una boda en un pueblecillo de Holanda, y Teniers ha reproducido la escena con una verdad y con tales pormenores que forzosamente llaman la atencion de cualquiera, y mas de aquellas personas que hayan presenciado escenas de esa naturaleza en el mismo pais de donde está tomada la presente.

Los labriegos de la Holanda septentrional y de Frisia, como tambien los habitantes de las islas situadas cerca de las costas del mar del norte, conservan sin la variacion mas pequeña y con una escrupulosidad religiosa las costumbres de sus antepasados. La arquitectura de sus habitaciones no ha variado en el fondo desde muchos siglos acá: los hombres, los caballos, las vacas, los cerdos, los patos y las gallinas viven en una intimidad patriarcal en el interior de esos largos edificios que no tienen mas que un piso. El humo que sale del inmenso hogar construido en el vestíbulo cuyo suelo es de arcilla se abre paso á través del trigo en haces amontonado encima de barras clavadas en lo alto de la pieza, y no incomoda poco ni mucho á la familia colocada al rededor del fuego. Muchas veces ese humo que en cualquiera otra casa seria tenido como una calamidad terrible, desempeña un importantísimo papel en la preparacion de los famosos jamones de aquel territorio.

De la misma manera que las casas los habitantes tampoco han padecido alteracion ninguna, lo que puede observarse particularmente en todos los acontecimientos de su tranquila y modesta vida, como son, los bautizos y las bodas. El solemne programa de tales fiestas se arregló hace tal vez cinco siglos: y cuando se celebra una grande boda, que significa una boda con música, baile y festin, se conforman escrupulosamente los actores al viejísimo método que determina los platos, y fija el órden segun el cual deben ser servidos. Los preparativos de una boda de tal calibre son en cierto modo grandiosos, y traen á la mente del estranjero las famosas bodas de Camacho que con tanta maestría nos describe Cervantes en el Quijote. No es ninguna cosa rara en Holanda, en la Frisia y en Westphalia ver que se convida á bodas de esta importancia á tres y cuatrocientas parejas, sin contar los niños de ambos sexos. La fiesta

suele durar desde el medio dia del domingo, en cuya hora se verifica indefectiblemente la ceremonia nupcial, hasta el miércoles por la noche, en que todos los asistentes se retiran. La duracion de esas fiestas trae á la memoria la tregua de Dios de la edad media.

Teniendo en cuenta el número de convidados no es maravilla que para saciar los estómagos de tran crecida comitiva se destrozen algunos bueyes bien gordos, muchas terneras, media docena de cerdos, y otros animales, y que se levanten baterías de cerveza, de rom y de ginebra. El mancebo encargado de invitar á todos los concurrentes, espeta con este motivo, y es cosa de rúbrica, su discurso en verso que dura una media hora, y que todo el mundo sabe de memoria hace muchos siglos, y cierto que no es ninguna exageracion cuanto dice de las infinitas aves destinadas á confortar y rehacer las fuerzas de los convidados. Ese discurso muy bien rimado en holandés y en aleman vulgar perderia todo su mérito y mas todavía su chiste traduciéndolo á otra lengua cualquiera: sobre todo cuando el chiste está tan íntimamente ligado con las costumbres del pais que faltando estas no es aplicable en su mayor parte. Las mismas sales y bromas de ese discurso las encuentra con no poca sorpresa el habitante de las ciudades, que sea hombre instruido, en el popular libro de Eulenspiegel, de inmortal memoria.

En el dia de la boda, el jóven novio es el que menos se divierte, porque armado con su delantal blanco, como un cocinero de fonda, tiene obligacion de servir á los convidados y á la novia, que está sentada con grande aparato en el lugar preferente de la mesa. Aunque tiene á sus órdenes un criado, se fatiga de manera que al llegar la noche, apenas puede tenerse en pié. En el segundo dia la novia, ausiliada por algunas otras mujeres, debe servir á los convidados, y al llegar la noche, se encuentra á poca diferencia con el mismo cansancio y desmadejamiento que esperimentaba su marido en la noche precedente.

Los bailes son negocio del primer dia. Se comienza por las danzas graves, y la jóven pareja tiene que pasearse hasta la noche con todos los abuelos y con todas las abuelas, de manera que no puede abreviar las vueltas que son de rúbrica sin que esto se tome á ofensa por parte de los convidados. Es de advertir que la etiqueta tiene ya fijada la duracion de cada minuet segun los grados de amistad ó parentesco.

En la Holanda septentrional y en la Frisia se conserva todavía la antigua costumbre de presentar en el segundo dia de la boda la llamada mesa de matrimonio; que es un plato enorme por delante del cual van desfilando todos los convidados, no sin arrojar en él su regalo en moneda corriente. De esta contribucion toman minuciosa nota el cura, el sacristan ó el maestro de escuela. Como cada uno de los convidados no quiere dar menos que el otro, se

encuentran muchas veces en el caso de pagar á un precio exorbitante el consumo de comestibles que hacen en la boda; pero una vez verificado este sacrificio , el tono de la sociedad cambia completamente. Desde aquel punto la misma sociedad es la que determina cuando, en donde, y como quiere comer ; ella es la que da su parecer acerca de las provisiones de comida y bebida; ella manda que se mate todavía este ó el otro buey , esta ó la otra ternera , porque segun los mismos convidados dicen á grito herido, no tienen intencion de morirse de hambre.

Muchas veces los comensales se dedican á las diversiones mas singulares, para lo cual no tienen necesidad de inventar cosa alguna porque sus antepasados han dejado ya previstos todos los casos posibles. Tiene una fama particular la danza llamada de larga hilera. Todos los convidados que aun se hallan en estado de tener confianza en sus piernas se arreglan por parejas compuestas de un hombre y de una mujer. Cada pareja coje una punta de la chaqueta y del vestido de la que le precede: los músicos se colocan al lado de ellos y la larga hilera se pone en movimiento. Ya corriendo, ya bailando recorre las calles de la aldea , salta fosos y palizadas , entra en las casas por la puerta y sale por la ventana ; y algunas veces los bailarines llegan hasta los pueblos inmediatos, en donde se pone término á la diversion por medio de una terrible batalla, si es que la larga hilera se ha permitido cometer el mas pequeño desman ó incomoda en algun modo á los vecinos.

Con lo dicho nos parece haber dado una idea suficiente de esas bodas de los labriegos de Holanda , que como notábamos no han esperimentado en ocho siglos ninguna clase de mudanza. El cuadro que presentamos está copiado del natural ; y será difícil pintar mejor una de esas escenas con todos sus matices. Mirando detenidamente los diferentes grupos de este lienzo se echa de ver el carácter de tales reuniones , en donde á la verdad los concurrentes se toman algunas libertades poco recomendables.





L'Examen du Pilote.

The Pilot's Examination. Piloten-Examen.

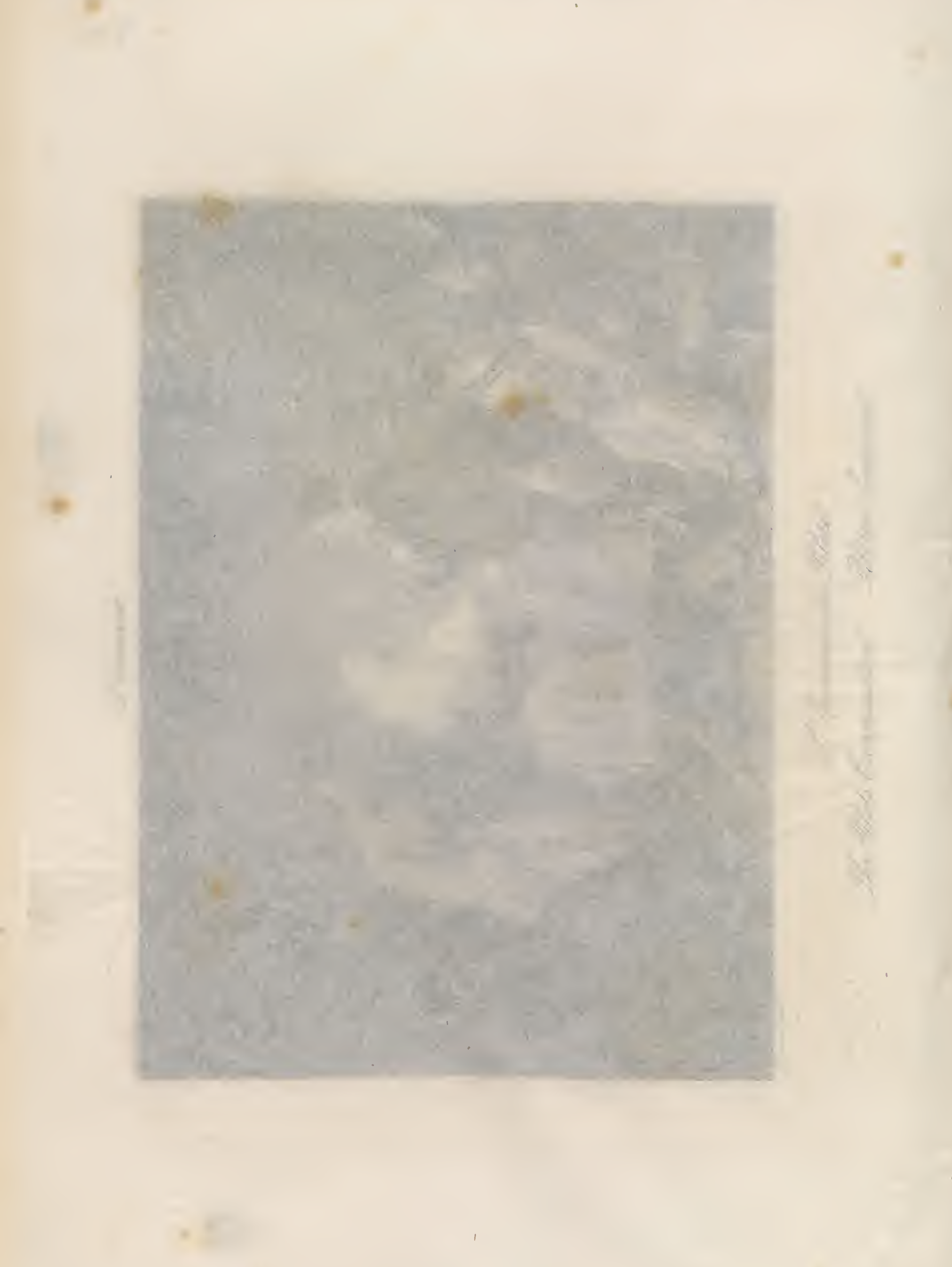
Druck u. Verlag d. Englischen Kunstanstalt v. A. H. Payne, Leipzig & Dresden

EL EXAMEN DE PILOTO.

(ESCENA DE [illegible].)

Habíase levantado un recio viento [illegible] una [illegible] La [illegible] del [illegible] habia tomado un [illegible] color de plomo, y las olas de la [illegible] saltaban furiosas, para venir á estrellarse contra las rocas de la isla de Hel-goland. El aire fué arreciando, y de repente se oyó por intérvalos un fuerte silbido, cual si á lo léjos sonara la detonacion de una arma de fuego. Era aquel ruido precursor de la tempestad á cuya aproximacion las gaviotas y [illegible] se ocultan en las hendiduras de las rocas ó entre los juncos [illegible] á la playa para [illegible]

[illegible] y su bote, y [illegible] que se [illegible] idad y de [illegible] marcha. [illegible] largas, y cuando [illegible] en las profundidades [illegible] una pequeña [illegible] del mar y mucho [illegible] El [illegible] pequeña [illegible] cia que [illegible] al impulso del viento y que se alejaba mas y mas de la [illegible] dos jóvenes de unos [illegible] y procuraban llegar á tierra [illegible], marino de ojos [illegible] y rostro [illegible] es-



EL EXAMEN DE PILOTO.

(CUADRO DE JORDAN.)

Habíase levantado un recio viento del nordeste que hacia fresca con esceso una velada del mes de octubre. La presion del aire era igual, pero el cielo habia tomado un repugnante color de plomo, y las olas de la mar del norte saltaban furiosas, para venir á estrellarse contra las rocas de la isla de Helgoland. El aire fué arreciando, y de repente se oyó por intérvalos un fuerte silbido, cual si á lo léjos sonara la detonacion de una arma de fuego. Era aquel ruido precursor de la tempestad á cuya aproximacion las paviotas y los ánades se ocultan en las hendiduras de las rocas ó entre los juncos; las focas van á la playa para enterrarse en la arena, levantan en el aire el hocico y abren todo lo posible los ojos á fin de espiar al enemigo que en los dias tempestuosos las persigue mas de cerca.

Las olas fueron aumentando su volúmen y su furia, y la tempestad que se acercaba imprimió una especie de regularidad y de grandeza á su marcha. Las líneas diseñadas por las olas eran largas, y cuando la espuma aparecia en la superficie las olas se sumergian en las profundidades abiertas delante de ellas. En medio de ese tiempo borrascoso una barquilla de pescador se deslizaba rápidamente por la superficie del mar á mucha distancia de Helgoland. El mástil de la barquilla no tenia vela, pero en la verga habia colocada una pequeña vela triangular á fin de disminuir el vaiven de la embarcacion. Parecia que la barca obedeciese á pesar suyo al impulso del viento y que se alejara mas y mas de la isla. En ella iban dos jóvenes de unos veinte años y procuraban llegar á tierra. El uno de ellos, marino de ojos negros y color curtido es-

taba sentado al timon gobernándolo con una mano, mientras que con la otra hacia por arreglar la vela. La barquilla iba sumamente inclinada, y como dentro de ella nada habia que pudiese contribuir á mantenerla en equilibrio, el otro marinero se veia precisado á tener en cada una de las manos un fuerte remo á fin de impedir que la embarcacion zozobrase. Los dos marineros estaban empapados de agua y apenas era posible verlos al través de la espuma que las olas lanzaban al aire. El marinero del cabello rubio parecia trabajar desesperado, el que iba al timon estaba furioso como un oso que vé su vida en peligro.

Pára, José, no remes mas, porque de otro modo harás inclinar la barca y nos iremos al fondo, gritó colérico.

¡Ah! esclamó José con un gemido recojiendo los remos y arrojándolos enfadado dentro de la barquilla. La vela está muy inclinada, mira, mira, la barca va á flor de agua. Recoge la vela, Enrique, recoge por Dios y rememos.

No, no, gritó Enrique, ¿cómo te ocurre tal locura? Quieres ahogarte á la fuerza. Ten el remo por encima de la orla, mira que no gobierno. No puedo mas, dijo José, las espaldas se me parten. No sueltes, esclamó Enrique; ¿quién me ha aconsejado hacerme á la mar con un hombre como tú? no comprendo como á Pedro le ha ocurrido la idea de convertir á semejante marrano en un marinero. Y si no fuera por Gertrudis, si no pensara que puedes decir alguna palabra á mi favor á tu primo Pedro, seria capaz de tumbarte al agua por encima de la orla. Haré todo lo que me pides, dijo José, te haré ser el novio de Gertrudis y de Greta, si quieres, con tal que el Señor nos conduzca á Helgoland. Mira, dijo Enrique, ya encienden la farola. Escucha bien, me parece que acabo de oir un cañonazo por detrás de nosotros en la direccion del viento: gracias á Dios. Si nuestra embarcacion puede sostenerse diez minutos estamos salvados.

Retumbó entonces otro cañonazo, y trascurrido apenas medio cuarto de hora una barca montada por ocho remadores remontó contra la corriente de la tempestad. Apenas el que regia el timon hubo reparado el barco de vela cuando dirigió su propia embarcacion de modo que cortase la línea que seguia la chalupa.

No parece sino que tengais el diablo en el cuerpo, dijo el timonero, pues de otro modo no estariais á esta altura á tales horas. Recoge la vela, Enrique, poco á poco: no es fácil atracar una cáscara de nuez como la nuestra. Finalmente pudieron abordar, y los dos jóvenes se lanzaron á la barca grande, al mismo tiempo que tres vigorosos marineros saltaron á la barquilla. El patron, hombre robusto, se puso á reir de gana al ver como José se tendia sobre un banco y cruzaba los brazos cual un hombre fatigado, mientras Enrique se ponia á trabajar otra vez con nueva fuerza.

Serás un escelente marino, dijo Juan Bath, director de la compañía de salvamento de la isla, y si delante del tribunal de exámen te portas como aquí, bien podrás coger el azado, como tu primo. Pronto llegaron á tierra en donde un anciano abrazó á José, manifestando la mayor alegría al verle. Ahí tienes al muchacho, le dijo Bath; vuélvelo á tierra firme, y dale oficio porque no ha nacido para la mar. Sí, dijo Pedro disgustado al oir esto, quisiera acordarme de las veces que me han vituperado que nací en Aurich y no en Helgoland; y que soy carpintero. Este es el mismo cuento de mi sobrino. ¿Porqué os empeñais pues, preguntó Bath, en que vuestros hijos hagan una cosa á que no están destinados? Pues yo quiero, replicó Pedro, que José sea piloto aun que me cueste mil florines. Muy bien dicho, respondió Bath tranquilamente, pero costará mucho hacerlo un marinó como Enrique, ó como mi Anselmo.

Bath se marchó con Enrique á su casa que se parecia exactamente á una cabaña inglesa. En la puerta estaba la hermana del piloto, soltera entrada ya en años, y que gobernaba la casa de su hermano desde que quedó viudo. Tambien estaba allí Anselmo, hijo del piloto, llevando en la cabeza un sombrero de paja que no le cubria mas que el tope, y una blusa de listas blancas y rojas.

Hubieras hecho muy bien, dijo á Enrique, en llevarme de compañero en lugar de José, con quien me he figurado que estabais extrayendo raices en el fondo del mar. Digo esto porque sé que esa ocupacion te agrada mucho mas que á mí, que no me gusta. Tú para nada sirves, dijo Bath tocando cariñosamente la espalda de su hijo, no creas que baste remar bien para salir de apuros en este mundo; y si no estudias mas que hasta ahora, en realidad no serás bueno sino para extraer raices en el fondo del mar. Enrique tiene muy pocos años mas que tú, y nadie es tan entendido.

La familia se trasladó á la única sala de la casa, en donde no habia mas que una mesa de encina y varios bancos, sin contar muchos mapas, un modelo de barco y una caja de instrumentos náuticos. La hermana sirvió la cena no sin quejarse de que Enrique nada hubiese traido en su espedicion al mar. Este levantó las espaldas sin decir una palabra y continuó comiendo huevos y la carne que le habian servido; lo cual aumentó el enfado de la muchacha, pero Bath con aire descontento dejó el tenedor encima de la mesa y dijo. Yo no sé porque siempre las has con Enrique, siendo así que debieras haberlas con ese bribon de Anselmo. Sí, pero este es de casa, dijo la moza en tono áspero. ¿Pues acaso Enrique no es de casa? esclamó Bath. Si te oigo hablar en estos términos te haré ver que tampoco tú eres de casa. Clara se marchó sin decir una palabra.

Enrique era hijo de una hermana de Bath. Su padre fué uno de los mejores

marineros de Helgoland, pero muertos este y la moza, Bath se metió en casa el sobrino que hacia todo lo posible á fin de corresponder al cuidado que por él se tomaba el tio. Tan sumiso como intrépido prevenia todos los deseos del maestro piloto, que se admiraba de los rápidos progresos de su sobrino. Enrique, dijo, seria el jefe mas jóven que hasta ahora hemos tenido en el pilotaje, apenas cumpla veinte y cinco años le encargaré de mis obligaciones porque sabe mas que todos.

Anselmo que habia acabado de cenar limpió la navaja, se la metió en la faltriquera, y con permiso de su padre se fué á casa de un amigo.

Cuando Enrique y el piloto se quedaron solos, este tomó la palabra diciendo: hace mucho tiempo que quiero hablarte de un negocio. El jóven se puso encarnado y guardó silencio. Esplícate, continuó el tio; vamos allá, empieza. Pero tio, esclamó Enrique. ¿Cómo es posible que sepa yo vuestras intenciones? ¿No las sabes? dijo el piloto, pues me parece que comprendes muy bien el rumbo que trato de seguir. ¿Por qué te acompañas siempre con ese imbécil José, y te vas á casa del viejo Pedro que es grosero como una vela? ¿Acaso tratas de enseñarle á José á medir la altura del sol y los grados de latitud?

Padre mio, respondió Enrique, he repasado con José lo que vos mismo habeis visto hasta ahora; pero no es posible ir mas adelante con él porque no conoce la estraccion de raices. ¿Desde cuando, dijo Bath, eres tan complaciente con José? me parece que te llama la atencion otro sol, el cual está en su mayor altura hácia las nueve de la noche. Enrique dobló las manos con aire suplicante. ¿Porqué no te esplicas francamente? esclamó Bath incomodado. ¿Es la rubia Gertrudis ó la morena Greta? Advierte que si es esta no tiene mas que diez y siete años. Es Gertrudis, dijo Enrique en tono apasionado. En vano he procurado olvidarla; no puedo y lo peor es que he hecho muy mal, pues de un mes á esta parte no solo no he aprendido cosa alguna, sino que he olvidado mucho. Mis pensamientos en lugar de dirigirse á mis quehaceres están siempre en Gertrudis.

Vamos, vamos, dijo Bath conmovido al ver las lágrimas que corrian por las mejillas de su sobrino, la cosa no es tan sencilla como parece, pues aun cuando yo te diera cuanto poseo, no dejarias de ser un pobre diablo como yo mismo. Felizmente José nunca estará en disposicion de sufrir el exámen de piloto, y Pedro no consentirá en darle su hija si no pasa por esta prueba. Nada de eso, repuso prontamente Enrique, José no quiere á Gertrudis, y ha dicho que si yo logro que le aprueben en los exámenes, nada se le dará de todas las muchachas de Helgoland. ¡Toma! esclamó Bath, el mozo no es tan tonto como parece: de ese modo pasaria, nosotros tendríamos que admitirlo, y Pedro lo casaria con su hija. No, no, las cosas se han de arreglar de otro modo: déjame reflexionar, porque los jóvenes siempre hacen locuras que son

el tormento de las personas de edad. Ve y mira donde está Anselmo, que sin duda le hallarás jugando á los naipes en casa de Tolken.

Enrique se encasquetó el sombrero, subió volando las escaleras que conducian á la parte mas elevada de la isla, y sin saber como se encontró en el oscuro corredor de la casa de Pedro. A los ladridos de un perrito abrieron la puerta de un cuarto y salió una rubia y linda muchacha llevando una lámpara que se apagó en el mismo instante de reconocer á Enrique. Un poco turbada, hizo entrar al marinero en un cuartito en que el anciano Pedro fumaba filosóficamente la pipa. A su lado una jóven morenita estaba ocupada en hacer calceta, y José inclinado encima de la mesa á duras penas podia entender lo que estaba leyendo. Gertrudis ocupó su lugar al lado de su hermana y comenzó á hilar con los ojos fijos en el huso.

Pedro saludó al recien venido, pero José se arrojó delante de Enrique como un hombre á quien fatiga un grande peso. ¡ Gracias á Dios ! esclamó: esplícame lo que esto significa: logaritmo de la secante de la altura aparente de la luna; logaritmo del coceno de la altura real de la luna y del sol. Yo no comprendo una palabra, y nunca seré piloto. ¿No es verdad Enrique? Pedro separando por un momento la pipa de la boca y soltando una gran bocanada de humo, dijo á su hijo: Tú tienes un grande defecto, José; eres muy tímido fuera de nosotros: en casa nunca se te acaban las palabras, y cuando andas por otra parte siempre tu boca parece clavada. Eso es muy cierto, dijo José, con aire de un hombre que acaba de hacer un descubrimiento estraordinario. Aquí en casa soy capaz de decir de memoria todo el libro sin equivocar una palabra, en cuanto al buque y á la maniobra sé de coro muchas cosas y muchos nombres. ¿Pues qué mas quieres? preguntó Pedro; nunca he oido decir que un piloto debiera saber tanto, pero Bath se figura que los pilotos deben saber las cosas mas á la larga que un capitan de navío: y no obstante lo mejor que hay en el mundo son un par de buenos puños, y lo que es esos los tienes. Sí por cierto; en esta parte teneis razon, dijo José mirando con complacencia sus robustas muñecas. Pues bien, esclamó Pedro, nada te falta, no tienes sino ir á examinarte. Yo estuve de aprendiz tres años y me hice pasar maestro bien ó mal, y entonces es cuando me puse á aprender formalmente. Hace cuatro años que eres aprendiz de piloto, y si no te aprueban pronto, pregunto ¿á qué edad se casará Gertrudis? José se volvió á mirar con mucha turbacion á Enrique que apoyado en la mesa al lado de Gertrudis hablaba con ella en voz baja. El viejo continuó: No quiero que nadie se burle de mí; y estoy decidido á no tolerarlo. Y diciendo esto arregló la pipa y se metió el sombrero. ¿A dónde quereis ir? le preguntó José. ¿A dónde ha de ser si no á casa de Juan Bath? Mañana es domingo y conviene que el negocio quede concluido.

José estaba temblando de piés á cabeza. ¿No es verdad Enrique que me reprobarán á menos que tú me ayudes?

Enrique miró á Gertrudis con ojos tristes y le apretó la mano. La jóven parecia alegre y confiada, mientras la morena Greta se echó á reir con todas sus fuerzas. Es indispensable, dijo Gertrudis que José se presente á exámenes, porque de no, ¿qué seria de nosotros? Juan Bath no permitirá que me admitan, esclamó José, y sin eso no podré casarme contigo. Pues eso es precisamente lo que tú quieres, segun lo has dicho á la misma Gertrudis, y á Enrique, esclamó Greta. No es, contestó José, que yo desee por mujer precisamente á Gertrudis..... Entonces, insistió la otra, poco importa que no te aprueben. Sí, dijo José llorando, ¡y la deshonra! No te inquietes por tan poca cosa, observó Greta; yo me burlo de eso. Y si no te casas con Gertrudis, aquí estoy yo, y yo digo que nada podrá impedirme que me case con un carpintero, y eso puedes serlo de la noche á la mañana.

Era ya muy tarde y José acompañó á Enrique, y convinieron en que este ausiliaria al otro en el acto del exámen y que hablaria á favor suyo á Juan Bath, y José por su parte se comprometió á no solicitar ni admitir la mano de Gertrudis. Cuando Enrique llegó á su casa, Juan que estaba solo en la sala haciendo cálculos, le dijo, vete á tu cuarto, Anselmo ya está acostado. ¿Sabes que Pedro ha venido con la pretension de que José sea examinado? Lo sé, contestó Enrique, Y bien, continuó Juan. ¿En qué altura están los amores? Pero si te echas á llorar anda con Dios á la cama.

El dia siguiente era domingo, y despues de comer llegó Pedro acompañado de José vestido de dia de fiesta, entraron en el cuarto en que se hallaban Bath, Enrique, Anselmo y otros dos marineros que estaban ya sentados en el banco, y debian manifestar sus adelantos en la profesion. Bath colocó una chalupa modelo encima de la mesa, y comenzó el exámen mientras que Pedro permanecia sentado tranquilamente y escuchaba. Bath examinó á Enrique con tanto rigor que este sudaba á mares. Cuando hubo contestado á la última pregunta, le tendió la mano diciéndole; tú harás honor á la isla. Quiera Dios que en Helgoland nunca falten jóvenes de provecho que se te parezcan.

Pedro al oir las preguntas dirigidas á Enrique, habia meneado muchas veces la cabeza como diciendo que no era posible que un hombre se metiese tanta cosa en la mollera. Llegó el momento fatal para José, que levantándose se quitó el sombrero, desde el primer punto perdió la serenidad y no respondia sino á lo que le apuntaba Enrique, segun habian convenido. Bath no pudo menos de sonreirse. Contesta mas alto, dijo Pedro á su sobrino: y tú Enrique, añadió Bath, habla mas bajo para que yo no te oiga. Dices bien, esclamó Pedro, Enrique no hace mas que desconcertar á José. Desde aquel momento este no contestó una palabra. Bath preguntó la esplicacion de una

maniobra á bordo y Enrique probó por última vez á contener á José, pero fué inútil. Dióse el exámen por terminado, y los jóvenes se marcharon dejando solos á Pedro y á Bath. Y bien, primo, dijo este en tono amistoso; ¿no os parece si Enrique podrá ser jefe de pilotos? Sí, pero José! repuso Pedro soltando un gemido. En mi vida he visto semejante cabeza de bacalao y si no contesta mejor delante de todos en el segundo exámen me costará la vida. Tranquilizaos, Pedro, le dijo Juan alargándole la mano, no tendrá valor para presentarse, es absolutamente indispensable que se retire, y que lo dediqueis á carpintero. ¿Acaso todo el mundo ha nacido para piloto? Gertrudis decididamente quiere casarse con un piloto, dijo Pedro, y ya no quiere aguardar mas, quiere estar casada y yo no puedo por eso incomodarme con ella. Pedro, esclamó Juan golpeando suavemente la espalda de su amigo, cuando uno quiere hacerse á la mar fácilmente encuentra barco, y todas las barcas son buenas con tal que se sostengan á flote. Esos muchachos ya se han arreglado, y si vos nada teneis que decir contra ese Enrique, que es un jóven valiente y un piloto muy bueno, voy á darle su herencia, que consiste en dos mil marcos de nuestra moneda, yo le añadiré quinientos de mi bolsillo y con ellos podrá comprar un buque. ¿Estais contento? en cuanto á Gertrudis yo respondo de que lo estará.

Pedro se quedó un poco pensativo. Gertrudis llevará mil y quinientos marcos sin contar el ajuar, dijo Pedro. Tanto mejor para ellos, esclamó Juan. ¿Pero y José? preguntó Pedro. ¡Ah! tienes otra hija, dijo Juan. Sí, ya entiendo, contestó Pedro. Por hoy no hablemos mas de este negocio, he sido engañado, y dentro de poco sabrá Gertrudis lo que es buscarse un novio sin consentimiento mio. Ahora mismo puede saberlo, dijo Bath, y abriendo la puerta se presentó Gertrudis muy bien vestida y llevando en la mano un bol de ponch. Greta iba á su lado muy peripuesta y trayendo un enorme pastel. Gertrudis lloraba y Greta á duras penas podia comprimir la risa. ¿Qué significa todo esto? preguntó Pedro. ¿Y cómo quereis, preguntó á su vez Bath, que haya exámen de pilotos sin refresco? Anselmo mientras tanto introducia á Enrique y á José que no querian entrar. Aquí están, dijo: vamos, echad de beber, que yo quiero brindar por todo el mundo en general y por mí en particular. Entonces llenó su vaso y dijo. Brindo por Pedro Voorsten, por Juan Bath, por la amable pareja de Enrique Bath y de Gertrudis Voorsten. Vació el vaso y dijo á José. ¡Pues y tú! Acércate á brindar, trae acá tu vaso. A la salud de la segunda pareja compuesta de José Woorsten y de Greta Voorsten. Me parece que Anselmo pierde el juicio, dijo Bath sonriéndose y llenando todos los vasos. Y bien Pedro ¿qué diablos hemos de hacer los viejos sino imitar á los jóvenes? Es verdad, dijo Pedro, cogiendo su vaso: no llores Gertrudis: ven acá: has sabido escoger el mejor piloto de Helgoland: ven Enrique,

bebamos juntos, amaos siempre y vivid bien unidos, y tú José ¿quieres á Greta? Hace mucho tiempo que la quiero, dijo José con alegría. Así me lo figuro, esclamó Greta soltando la carcajada. En seguida se sentaron todos en torno de la mesa, fué llamado el maestro de escuela y redactó los capítulos matrimoniales, y al momento avisados por Anselmo fueron llegando los vecinos á dar la enhorabuena á los novios. Se bailó hasta pasada la media noche y el abuelo Voorsten hizo un esfuerzo para dar cuatro vueltas á la sala cogiendo á la alegre Greta. El domingo siguiente se celebró la boda con no poca fiesta y algazara.







Jeune Fille lisant.

A Girl reading. Ein lesendes Mädchen.

[illegible]

(CUADRO DE P. DE HOOGHE)

En una [illegible] de [illegible] de 1854 un hombre mal [illegible] en [illegible] que rayaba en corto dia solo y muy despacio por el dique de Amsterdam, examinando el esterior de los [illegible] situados en aquella calle, y [illegible]dose á gritos y con palabras mal [illegible] de [illegible] las puertas cerradas y de no ver ningun mozo que [illegible] facilitarle la entrada de alguno de aquellos [illegible].

[illegible] ya deseo [illegible] y su compañia [illegible] sabian á recibir [illegible] hasta la calle [illegible] de todo punto [illegible] que vaya á buscarlas. [illegible] de [illegible], amigo [illegible] una taberna. Allí se va, dijo [illegible] es un [illegible] para los [illegible], ya ves que yo he olvidado perfectamente



LA JÓVEN QUE ESTÁ LEYENDO.

(CUADRO DE P. DE HOOGHE.)

En una velada de otoño de 1685 un hombre mal envuelto en una capa que rayaba en corta iba solo y muy despacio por el dique de Amsterdam, examinando el esterior de los cafetines situados en aquella calle, y lamentándose á gritos y con palabras mal sonantes de encontrar las puertas cerradas y de no ver ningun mozo que pudiese facilitarle la entrada de alguno de aquellos garitos.

Detúvose finalmente delante de una puerta en que habia un rótulo segun el cual allí se vendia vino, y despues de haber llamado infructuosamente con muchos y muy récios puñetazos, comenzó á valerse para hacer mas ruido del puño de la espada y de los tacones de las botas. El infernal estruendo que produjo hizo acudir un sereno. ¡ Caballero ! gritó el vigilante, no turbeis el sueño de los ciudadanos de Amsterdam, y si los humos del vino os molestan meteos en vuestra casa y no pretendais que los otros sufran las consecuencias de vuestra alegría. Precisamente, amigo mio, contestó el desconocido, lo que yo deseo es hacer compañía á los ciudadanos que están roncando ; y ya comprendeis cuán imposible es que para ello aguarde que las camas holandesas salgan á recibir al caballero César Cobrion hasta la calle ; por lo cual es de todo punto necesario que sea yo quien vaya á buscarlas. Hacedme el favor de decirme, amigo mio, si es esto una taberna. Allá se va, dijo el sereno, es un cafetin para los marineros. Entonces, ya veis que yo he obrado perfectamente

llamando á esta puerta. Es menester que sepais que por mi inclinacion á la buena ginebra y á las muchachas bonitas soy tan buen marinero como pueda haberlo sido el mismo Miguel de Ruyter; bien que en cuanto á lo demás concerniente á la profesion de marinero no entro ni salgo. Tened la bondad, amigo mio, de dejarme vuestra alabarda para que pueda llamar, porque os doy mi palabra de honor de que tengo muy buenas razones para economizar el puño de la espada y los tacones de las botas. El sereno entregó la alabarda con cierta repugnancia, diciendo, no creo que un caballero como vos aunque rompa botas y espada se amohine por algunos luises mas ó menos.

El francés golpeó con furia la puerta, y al fin vino á abrirla un mozo. El estranjero devolvió la alabarda al sereno con gracioso gesto, diciendo: gracias, camarada, os juro que teneis un grande talento como adivino, porque en realidad no se me da un bledo de algunos luises con tal que los posea. Conque segun eso sospecho, señor mio, que por ahora no teneis ninguno, dijo el sereno muy descontento. Otra prueba de vuestro talento de adivinanza, esclamó el estranjero ¡sois admirable! en efecto, no tengo un luis, os aseguro, mi querido vigilante, que no debeis hacer mas que ir á Paris, y presentaros á S. M., y á la honradísima señora madama de Maintenon, con el título de el oráculo de Amsterdam, y vuestra fortuna está hecha. Poco faltó como la del francés no quedó deshecha para siempre, porque el sereno irritado levantó la alabarda y el golpe vino á rozar la oreja del caballero, quien debió su salvacion á la celeridad con que el mozo de la taberna cerró la puerta, echando por añadidura una barra.

El caballero César de Cobrion llevaba un traje algo sospechoso, porque al fin no era sino los restos del que en otro tiempo fué rico y suntuoso; mas como un hombre de garbo y empaque aunque lleve vestido muy usado puede darse aires de señor capaz de hacer olvidar los harapos, el caballero Cobrion que tenia esa habilidad y muy desenvuelta, semejaba persona de importancia. Poniéndose muy tieso y arreglando su gran sombrero con plumas sobre sus hermosos ojos negros, dirigió la palabra al mozo en un tono en que iban mezcladas la autoridad y la benevolencia. Amigo mio, este es el vigésimo cafetin de Amsterdam que he visitado hoy, no tanto para beber como á fin de encontrar al capitan Francisco de Marsillac, comandante del bergantin francés que está anclado en el puerto. El caballero César Cobrion, si tú puedes darle indicios de ese sugeto, te recompensará con un ducado, aunque perseguido por asuntos religiosos y espatriado de Francia no es en este momento muy rico. El mozo hizo una reverencia con aire humilde y dijo muy alegre: Señor caballero: he ganado esa propina porque el capitan Marsillac está en aquel cuarto, ocupado en vaciar botellas en compañía del señor marqués de Fontanges. Voy

á anunciar vuestra llegada, pues como están jugando y bebiendo desde la mañana no creo que vuestra visita los incomode.

Apenas el mozo hubo pronunciado estas palabras cuando Cobrion lo abrazó estrechamente, esclamando con mucho gozo: oh mozo ilustre, acabas de darme la vida. ¡Y yo te habia prometido un ducado! Bah, bah: te daré diez, querido mio, y ganarás mucho mas, pero sábete que aquí se trata de una cosa muy seria, y por tanto has de ser mudo como un sepulcro y fiel hasta la muerte. ¿Te sientes con valor para tanto? Por diez ducados me siento con valor para todo, contestó el mozo en voz muy baja, y en tono tan espantado que desmentia la bravata. Está bien, continuó el otro, allá veremos: voy á ensayarte á fin de convencerme de que eres bueno para ausiliarme en mi empresa, y comienzo por decirte en confianza que la persona á quien busco es precisamente al marqués, que trata de embarcarse en el buque de Marsillac con objeto de marcharse al Havre, porque acaba de ser agregado á nuestra legacion en la Haya. ¿Comprendes ahora el negocio?

El mozo sin entender una palabra, quedó tan convencido de la importancia de Cobrion que al instante ejecutó la órden que éste acababa de darle de traer una botella del mejor Rhin que hubiese en casa. Pertrechado con esta arma César parecia mas capaz de cualquiera empresa que antes. Ese hombre no era jóven ni hermoso, pero como decia cierto baron francés mas que medianamente contrahecho, el ojo y la manera de presentarse hacen al caballero. Tenia Cobrion un esterior fino, y sus ojos aunque habian ya perdido el fuego de la juventud, eran grandes y negros.

Cuando entró en el cuarto los dos franceses se levantaron para saludarle. El capitan, hombre bello y de mediana estatura, tenia unos treinta años, y el marqués que no llegaba á los veinte y cuatro, tenia los ojos azules, el cabello negro y ligeramente empolvado, y muy agraciada apostura. Sus zapatos revelaban un hombre de córte, por todo lo cual hacian mas honor que Cobrion á la nobleza de Francia. Nuestro hombre se presentó con el ceremonial de costumbre, recibiólo el capitan con una sonrisa sardónica, mientras que el secretario, ó agregado á la embajada puso la cara muy larga. De pronto miró de alto á bajo al caballero procurando al parecer recordar quien era, y por fin dijo con mucha calma. ¿Sois Cobrion? Por lo visto, esclamó éste observándolo muy atentamente, os acordais de mí, me alegro. Ya estaba yo seguro de que vuestra prodigiosa memoria no os seria infiel, aunque se tratara de un desgraciado, como yo soy en esta fecha. ¿Quién es este caballero, amigo de Fontanges? preguntó el capitan con alguna impaciencia. Es, contestó el otro, el favorito, con mas exactitud, el mas fiel servidor de la omnipotencia de Francia la señora de Maintenon; mas no comprendo poco ni mucho como el hombre

protegido por semejante diosa puede encontrarse en el caso de mendigar á personas tan insignificantes como nosotros.

Señor marqués, yo no mendigo nunca, gritó Cobrion poniéndose muy derecho, alzándose de puntillas y enseñando la botella de vino como una prueba de que era solvente: en calidad de hugonote la revocacion del edicto de Nantes me ha cogido de medio á medio, y voy errante en pais estranjero, cual muchos miles de mis correligionarios. ¡Vos hugonote! esclamó Fontanges riéndose. Dicen que no falta quien ha descubierto que vos teniais relaciones con cierto Lacroix, y con cierta señora de Brinvilliers la envenenadora..... Marqués, gritó Cobrion con voz firme, y marcando las palabras, vuestro muy humilde servidor podria tambien recordaros cosas muy interesantes. Vosotros sois amigos y caballeros, y por tanto no hay necesidad de que os hable con palabras cubiertas. En efecto, dijo el marqués, podriais traer á la memoria cosas notables; mas no creais que su relato nos divirtiese, por lo tanto creo que hariais mucho mejor yendo á vaciar una botella á otra parte. Al decir esto se volvió de espaldas á Cobrion, mas éste lanzando fuego por los ojos esclamó: el demonio me llevará antes que me aleje de este sitio. Decís bien que puedo traer á la memoria cosas muy notables, en cuanto son muy suficientes para llevaros á la Bastilla á vos y á vuestra hermana Atenais, con la esperanza de no salir nunca mas de aquella prision. Los dos se dirigieron una ojeada rápida, y Fontanges se puso pálido y miró hácia su espada que estaba encima de una silla. ¿Habeis olvidado acaso, prosiguió César, que vuestra hermana, la marquesita de Fontanges, es la criatura de madama Maintenon? ¿Te atreverias tú fullero? gritó el marqués cogiendo la espada. Dos palabras mas, dijo Cobrion gritando, y despues hareis lo que os dé la gana. Toda Francia sabe que vuestra hermana, que ha suplantado á la Montespan, no era sino una criatura de la señora de Maintenon, y sin embargo queria apoderarse del rey suplantando tambien á la señora de Maintenon á quien todo lo debia. La Maintenon fué vendida por vos, y por vuestra hermana, debia desaparecer, y pues habeis hablado de venenos, debia ser envenenada por sus allegados, mientras que Lacroix su amigo, debia haber recibido un balazo ó una estocada. ¿Os parece, señor marqués, si estoy enterado de todo? Sabeis que vos fuisteis quien tuvo la bondad de disparar el pistoletazo al ministro? Yo sé todo eso y aun sé alguna cosa mas.

Fontanges que habia recobrado la calma, dijo á Marsillac. Amigo mio: yo no comprendo porque no ahogamos á este hombre antes que nos alcance su veneno. Como gusteis, caballeros, dijo Cobrion con sonrisa irónica, sacando su larga espada y presentando la punta al capitan que atacó con su corto sable de marino.

Os admiro, dijo Cobrion. Dos contra uno! Me envanece mucho ver cuán

justamente apreciais mi valor y mi destreza. En un momento vais á convenceros de que mi puño es el mas sólido de todo Paris, y de que mi estocada es tan infalible como una flecha de Amor. Y en efecto el caballero no tardó en acorralar á sus dos adversarios en un rincon de la estancia. Voto á Cristo, esclamó Fontanges, dejando caer el brazo en el cual acababa de recibir un tremendo golpe dado de plano. ¡Cobrion! ¡infame! ¿tratas de clavarnos en la pared? Detente al fin. Retrocedió César un paso y bajó la espada mientras Marsillac tiraba el sable sobre la mesa, maldiciendo la poca longitud de aquella arma. Suspension de hostilidades bajo palabra de honor, dijo Fontanges, sentaos Cobrion y hablaremos en paz. Hablad en buena hora, dijo Marsillac, en cuanto á mí prefiero estar fuera del alcance de este caballero, muy amable sin duda, pero un poco sospechoso. Buenas noches, señores. Cobrion no entendió lo que á media voz dijo el marino, y fué mucho mejor que no lo entendiera porque de otro modo era fácil que hubiese debido arrepentirse. Salió Marsillac de muy mal humor, y los otros dos se senta ron al parecer muy amigos y con mucha calma.

Vamos claros, dijo Cobrion despues de haber estado mirando su vaso un largo rato: estoy desterrado, ó por mejor decir, me he desterrado yo mismo, porque me cansaban tan incesantes persecuciones, y en suma, ¿porqué? porque vendí al señor de Lacroix un secreto de madama de Maintenon. Tengo hechos muchos servicios á esa señora, y confieso que me los ha recompensado generosamente. ¿Qué era yo en Paris y qué soy ahora? En verdad se me parte el corazon cuando pienso en ello. Pero estoy resuelto á recobrar mi antigua posicion, y seré mas fuerte que nunca, aun cuando debiese costarme la vida. Vos señor marqués, debeis ayudarme para que vuelvan á abrirse para mí las puertas de la felicidad. ¿Me entendeis? Es indispensable que lo hagais. Caballero, replicó Fontanges de mal humor, os haceis ilusiones suponiendo que yo tengo poder bastante para ejecutar vuestras órdenes. Pues yo voy á indicaros el medio, esclamó César. El rey tiene necesidad de distracciones. Eso es muy cierto, dijo el marqués con tanta gravedad cual si se tratara de la salvacion del Estado, que como nadie ignora, Luis XIV tenia la pretension y la voluntad de representar por sí solo. Cobrion se echó el sombrero á un lado inclinándose al mismo tiempo encima de la mesa á fin de acercarse mas al marqués. Alumbrados por la lámpara que sobre la mesa estaba, esos dos hombres hubieran podido proporcionar asunto á un cuadro de Rembrant.

Las distracciones de S. M. de Francia, continuó Cobrion, no consisten únicamente en ejercicios de devocion, como madama Maintenon se los ordena: todo esto lo sabeis perfectamente, ni mas ni menos que yo mismo. El monarca está muy hecho á esos juguetes que se llaman Señoritas interesantes y no puede prescindir de ellos. La Maintenon está encargada de proporcionarle esos ju-

guetes, y como el rey tiene un gusto muy caprichoso y una inconstancia verdaderamente pasmosa, se vé obligada á echar mano de los medios mas ingeniosos para procurarse compañeras que posean todas las dotes exigidas por el rey, sin que no obstante sean peligrosas para la sultana de Maintenon. Toda la Francia ha sido ya esplotada; España, Inglaterra, Circasia y la misma Persia han enviado su contingente; y aunque todas esas mujeres se han propuesto inspirarle una pasion duradera, no han podido conseguirlo. Yo sé todas esas historias con sus mas minuciosos pormenores, y os aseguro, marqués, que nunca ni el rey, ni la Maintenon, ni nadie se ha acordado de presentar en la córte una holandesa. Esta grandiosa idea ha nacido en mi fecundo cerebro. ¡Una holandesa! La Maintenon me cubrirá de oro, porque adquirirá la certidumbre de que mi talento de invencion siempre es tan inagotable como limitado es el suyo.

Cuando vos estareis en Paris os será dado acercaros á ella, y os aprovechareis del momento oportuno para decírselo todo; y si acaso os falta valor os dirigireis á vuestra hermana Atenais á quien adora con entusiasmo el loco de Louvois. Ella llegará hasta la Maintenon, y si conviene hasta el rey. Os encargo que intercedais por mí, para que yo recobre el favor cuanto antes sea posible. Ya veis que todo esto es muy sencillo, y no hay sino seguir un camino muy trillado y conocido de todo buen cortesano. Cobrion se habia ido animando, y el marqués miraba á ese peligroso intrigante con una desconfianza que iba en aumento. Es posible, caballero Cobrion, dijo que en Paris vuestro magnífico proyecto parezca maravilloso; pero es sumamente probable que lo ejecutarán sin nosotros. En cuanto á eso, amigo mio, dijo Cobrion, no os dé cuidado; tendréis necesidad de mí para que la ejecucion sea perfecta. Si yo consigo recobrar el favor, justificaré brillantemente la confianza que en mí se habrá depositado. Vos alcanza la dautorizacion para que pueda yo volver á Paris y presentaré á la córte una joya muy rara, pero estraordinariamente agradable, y que dispertará mil pasiones nuevas. Palabras inútiles, dijo el marqués: nadie os creerá. Dejadme hablar, esclamó Cobrion á quien las réplicas del marqués iban impacientando, la Maintenon se convencerá y vos sois quien debe hacerlo, de que el rey en sus mas hermosos sueños no ha visto jamás una mujer que reuna á una belleza tan sin tacha, la educacion mas perfecta y la dulzura angelical que distinguen á mi hermosísima holandesa. Dentro de muy poco rato vais á admirar á esa linda costurera, tan bella como pobre, y cuando esteis convencido de que Occa de Kuyper es la única capaz de representar el papel que los dos comprendemos, no negaréis que soy digno de que en Paris se me conceda una confianza absoluta.

El marqués que era cortesano perfecto y como tal medianamente corrompido, esperimentaba el mas profundo desprecio hácia Cobrion, que con tanta rapidez

como indiferencia acaba de describir las torpezas y liviandades de la córte de Francia. Sin embargo á despecho de su viva aversion y del verdadero temor que le inspiraba ese hombre, sintió su curiosidad picada, y pagando el gasto de los dos salieron del cafetin.

Amanecia y las calles se iban animando; y Cobrion continuaba describiendo al marqués la dulce y hermosa Occa y los ingeniosos medios de que hubo de echar mano para determinarla á que le siguiera á Paris. El marqués al oirle no sabia verdaderamente lo que le pasaba. Detúvose el caballero en un arrabal muy estraviado del centro de la ciudad, é indicó una casita cuya puerta estaba entreabierta. Con el mayor silencio atravesaron un angosto corredor y sin llamar á la puerta se introdujeron en un cuarto. Fontanges se quedó sorprendido á la vista de una jóven vestida con gusto y cuyas facciones indicaban tanto talento como inocencia. Estaba sentada cerca de una ventana con los ojos fijos en una carta que tenia en la mano, y al pié de la cual el marqués reconoció la firma de Cobrion. Los rayos del sol naciente que caian sobre los vidrios de la ventana y en la pared del centro, derramaban una tinta anaranjada sobre todos los objetos, dando un brillo estraordinario á los hermosos cabellos de la holandesa. Cobrion dirigió una mirada de triunfo al marqués, le presentó á la bordadora, pero Fontanges continuaba taciturno, distraido y de un humor insoportable. El caballero le reconvino por ello amargamente; y cuando otra vez estuvieron en la calle á las reconvenciones añadió la amenaza cual habia hecho en la anterior noche. Fontanges no se dejó intimidar aunque tuvo por oportuno no entrar con él en discusiones. Cuando llegaron á un estremo de la calle, el marqués queria separarse, pero Cobrion no pensaba abandonarlo hasta sacar de él todo el partido que se habia propuesto. Así le indicó que le acompañaria á donde fuese, y el marqués que en apariencia al menos queria estar con él en buena armonía, viendo ahora que no era fácil desprenderse de ese hombre, quiso aprovechar las circunstancias, tener mas minuciosa noticia de aquel suceso, y aun probar si seria posible distraerle de su propósito. A este fin ponderándole la belleza y la gracia de Occa y conviniendo en que era muy digna de figurar entre lo que el otro llamaba juguetes del rey, le preguntó si realmente esa muchacha le seguiria á Paris, y si sabia el objeto con que trataba de llevarla á la capital de Francia. ¿Creeis acaso, dijo Cobrion, que yo arriesgo las cosas de ese modo? Yo me la llevo á Francia porque soy caballero y muy rico, al llegar allí nos casaremos y para que no haya dudas acerca de mis honestas intenciones, con nosotros vendrá su madre para ser testigo de la fortuna de su hija. He aquí lo que Occa sabe, y no debe saber otra cosa. Mas si en realidad os sigue á Paris, preguntó el marqués, ¿de qué manera pensais llevar adelante ese engaño, y convertirla en dama del rey? He aquí, dijo Cobrion, una cosa de la cual no me he ocupado. Sáquela yo de Amsterdam, y

téngala metida en Paris, y lo demás irá viniendo por sus pasos contados. Ninguna de las damas del rey va á Paris sabiendo que ha de ser eso: una va á ser camarera, otra á formar parte de la servidumbre de madama Maintenon, que desea muchachas estranjeras: otra ha de ir á enseñar su lengua nativa á ciertos empleados de palacio; otra para..... qué sé yo, cada una lleva distinto objeto, y al llegar allí todas han ido para un objeto mismo. ¿Pero no os dá lástima engañar de ese modo á una criatura inocente como es esa infeliz doncella? preguntó el marqués. ¿Y quereis que no me dé lástima yo mismo, preguntó á su vez el caballero, y que teniendó un medio tan sencillo de volver á mi patria, continue desterrado y muriéndome de hambre en tierra estraña? No opino como vos, dijo el marqués: no tengo valor para semejante superchería. ¿De cuando acá, preguntó César, os haceis el escrupuloso? No reconozco en vos al cortesano corrompido como son los de la córte de Luis XIV. Cruel sois y sarcástico, amigo Cobrion, dijo el marqués. No es eso, repuso el otro, soy verídico y claro como siempre. ¿De modo que estais resuelto? preguntó Fontanges. Tanto, repuso el otro, que no tardaré en ir á Paris con Occa mas de lo que tardeis vos en facilitarme la entrada. Pero decidme, ¿la holandesa que he escogido es ó no digna de figurar en la córte de Francia? Sin ninguna duda, contestó el marqués: con respecto á belleza no puede pedirse mas. Y de ello, dijo Cobrion, os llevareis una prueba convincente para que no les queden dudas á esas gentes. ¿Veis aquellas ventanas pintadas al óleo? Sí, y á no engañarme allí vive el pintor Pedro de Hooghe. Cabalmente, continuó Cobrion; ese artista retratará á Occa, tal como la habeis visto hace poco. Pero ese retrato os costará dinero, dijo el marqués, y á lo que entiendo no poco, pues he oido decir que ese hombre estima mucho sus trabajos. A mí no pienso que me cueste nada, dijo César. A quien ha de costar es á vos, porque vos pagareis ese retrato. Eso seria lo menos, observó el marqués, que resueltamente no queria reñir, pero la dificultad consiste en que yo parto mañana al Havre. No lo creais, dijo César, en tono de autoridad, vos no partireis mañana, porque fingireis una enfermedad, y seguireis aquí hasta que todo esté arreglado como yo deseo. El marqués se quedó sin hablar una palabra, y conducido por Cobrion trasladóse á casa del pintor y encargó que hiciese el retrato de Occa de Kuyper, pagando doscientos francos por adelantado, á fin de que el artista pusiese desde luego manos á la obra.

Cuando Cobrion se hubo separado del marqués comenzó á pensar en las dificultades de poner término á su empresa. Pasó el dia en el puerto á fin de impedir que Fontanges se embarcase en el bergantin de Marsillac: y como hácia la tarde advirtió que el capitan mandaba izar una bandera en señal de su próxima salida, no tuvo mas remedio que quedarse allí hasta muy entrada la noche, decidido como estaba á matar de una estocada á Fontanges si queria huir

de Amsterdam. Convencido por fin de que no habia salido se fué á su casa, y á la mañana siguiente se dirigió á la del marqués, quedando no poco sorprendido y airado al ver que no estaba en ella y que su huésped le aseguró que se habia embarcado en la anterior noche. De pronto juzgó que todo su plan estaba trastornado; mas como quien habia conducido á término otros negocios de mas embrollada índole no dudó que su inventiva le sacaria del paso mas ó menos pronto. Discurriendo estaba acerca de esto en la taberna donde le vimos en el dia antes cuando de improviso se le presentó un hombre de hasta cuarenta y cinco años, de anchas espaldas, fornido bigote, mal agestado y con aire de perdonavidas. ¿Sois vos, le preguntó, el caballero César de Cobrion? Siempre me he llamado lo mismo, dijo este, y no pienso variar de nombre. ¿Sois vos, quien ha escrito esta carta? volvió á preguntar el recienvenido, presentándole la que el dia antes estaba en manos de Occa. Mucho preguntais, le respondió César; mas no tengo inconveniente en contestaros porque me parece que vuestro aire insolente anuncia uno de los lances que son mi comidilla. Yo he escrito esa carta y la he entregado á Occa, con el objeto que la misma carta indica. Mentís como un villano, gritó el desconocido; ahí le hablais de matrimonio, diciéndole que sois un caballero muy rico; y no obstante sois muy pobre, aun está por averiguar si sois caballero, y en cuanto á matrimonio, bien sabeis que no es tal vuestra intencion con respecto á esa doncella. Quien quiera que seais, dijo César echando fuego por los ojos, no saldreis de aquí sin decirme quien os ha engañado de ese modo, ó sin arrepentiros de vuestras palabras. Ni lo uno ni lo otro, contestó su interlocutor; y en cuanto á salir de aquí saldremos ambos, porque no es justo que llamemos la justicia hácia este café, que está ya cansado de ver entrar por sus puertas alguaciles y soldados. Si sois tan valiente como presumís, salid á fuera y en dos minutos sabremos si el padre de esa doncella castigará vuestra villanía, ó si vos la dejareis huérfana y sin amparo, puesto que en el mundo no tiene otro que el mio.

Cobrion á pesar de su audacia y de su valor vaciló un momento. No le cupo duda de que el marqués habia revelado su secreto al padre de Occa, y dentro de su corazon sentia un escozor inesplicable al ver que quizás iba á matar al padre de aquella desventurada. Pero acostumbrado como estaba á lances de aquella naturaleza, un grito de su conciencia no pudo hacerse oir por mucho rato, y procurando ahogarlo pronto salió con aire tan resuelto como era el de su adversario. En mitad de la calle cruzaron las espadas, sin advertir que en la oscuridad que allí reinaba era difícil esgrimir el acero con alguna probabilidad de darle direccion certera. Sonaban las espadas chocando una con otra, silbaban en el aire, se oia el ronquido de los combatientes y el golpear de sus piés, hasta que al cabo de un rato se oyó un gemido, y luego el golpe de un

cuerpo que se vino al suelo. Nadie presenció aquella escena, nadie supo sus resultados, nadie se ocupó de semejante cosa.

A los tres dias de este acontecimiento aquel hombre que dijo ser el padre de Occa estaba clavado en el dique de Amsterdam con la vista fija en el mar, de donde la tripulacion de un buque veneciano al tiempo de zarpar una áncora, subió á bordo un cadáver que tenia atada á un pié una bala de cañon. Ese cadáver era el de Cobrion, á quien la ira de un padre habia impedido ejecutar los planes relativamente á Occa, y poner en obra sus amenazas con respecto al marqués de Fontanges. Pedro de Hooghe no volvió á ver á ninguno de los dos que le habian encargado el retrato de la jóven y se creyó con derecho á venderlo como lo hizo en Alemania.


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SEVILLA



G Honthorst pin.

L'Arracheur de dents.

The Toothdrawer. Der Zahnbrecher

Wyrywanie zęba.

[illegible]

[illegible] DE [illegible] ANDERSEN

[illegible] hombres que [illegible] im-portante. [illegible] sus [illegible] un sombrero adornado con [illegible] [illegible] es un hombre de [illegible], y en realidad es un [illegible] [illegible] que ha logrado [illegible] por sus [illegible] que es [illegible] [illegible] con los [illegible] [illegible] por medio [illegible] de oro.

El [illegible] Van [illegible], llamado [illegible] la [illegible] caballitos, dijo [illegible] [illegible] que [illegible] [illegible] de [illegible]



LA ESTRACCION DE UN DIENTE.

(CUADRO DE GERARDO HONTHORSR.)

La débil luz de un dilatado vestíbulo permite á duras penas reconocer á los hombres que están empeñados en una conversacion en la apariencia muy importante. Uno de ellos es un verdadero jigante por su talla estraordinaria, y sus anchísimas espaldas, y cuenta ya cerca de cincuenta años. Lleva un enorme sombrero adornado con muchas plumas, y al ver su esquisito peinado dijérase que ha de asistir á alguna fiesta. Su traje rico y ceremonioso indica que es un hombre de cuenta, y en realidad es un burgo-maestre de la ciudad de Amsterdam, que ha logrado figurar en tan alta posicion no por sus méritos, su saber, ni su talento; sino por los muchos millones de que es dueño, y en gracia de los cuales sus conciudadanos le perdonan su grosería y algunos otros defectos de mas bulto. Su interlocutor, cuya edad frisa con los veinte y cinco años, tiene un talle elegante: sus facciones son agradables, y su color fresco, sus cabellos castaños y rizados, la fisonomía maliciosa; viste un traje de cazador elegante, rico y esmerado, y lleva un cuchillo de monte sujeto al cuerpo por medio de un cinturon de terciopelo bordado de oro.

El primer personaje parecia muy animado y hablaba en voz baja, pero con mas calor del que á sus años correspondia. Llamábase nuestro hombre Tomás Van Skyler, y el jóven era un holandés noble, llamado Enrique y hermano de la baronesa Isabel de Levenbrook. Os aseguro, caballero, dijo Tomás al jóven procurando hacerle admitir una cajita ricamente adornada de oro y nácar, os aseguro que de estos gérmenes nacen los mas hermosos productos de Flora. Dos mil quinientos florines, segun la factura del florista de Haerlem; pero,

¿qué vale esta suma comparada con una de las celestiales sonrisas de vuestra encantadora hermana? Caballero, contestó Enrique, saludando con muy poca gracia y mirando á su interlocutor de un modo muy singular; esto pasa de broma, y comienzo á sospechar que vuestra cabeza no está buena ¡Ah! sí, dijo Skyler, llevando la mano á la frente, quizás no os engañais. Decíd sin temor que estoy loco; mas el desarreglo de mi entendimiento es consecuencia natural de la pasion mas violenta. Idos, señor mio, espuso Enrique, porque si desgraciadamente os encontrase ú os oyese el baron de Levenbrook correríais un riesgo muy grande. Y mientras hablaba de este modo hacia lo posible, aunque en vano, á fin de devolver la cajita que el viejo le habia deslizado en las manos con mucha destreza. Venga en buena hora el señor Baron, esclamó Skyler casi gritando: yo no me moveré de aquí hasta que haya oido una palabra consoladora de la dama mas hermosa de Amsterdam. Por el amor de Isabel yo desafiaria gustoso el peligro de ser asesinado por vuestro cuñado. Gisberto de Levenbrook, dijo Enrique, cuya paciencia se iba apurando, no os asesinaria sino que os haria echar á palos por sus criados. Idos, pues de otro modo, estando ausente el amo de casa yo os castigaré por mí mismo. ¿Será posible que la insolencia y la locura de un viejo espongan á una señora amable y virtuosa al riesgo de que el brillo de su reputacion pueda por un instante empañarse? Este brusco apóstrofe, y esta amenaza brutal no pareció que hicieran mella en el ánimo de Skyler que se quedó impasible aunque abatido. Juzgad de mis sentimientos, dijo al fin con énfasis casi cómico, cuando os suplico todavía que me procureis una entrevista de diez minutos con la baronesa: tened presente que poseo millones, y que vuestra condescendencia os dará derecho á mi agradecimiento: pedid caballero, cuanto querais y vuestros deseos quedarán satisfechos.

Callad de una vez, gritó Enrique dejándose dominar por la ira; por respeto á vuestra posicion social os advierto de antemano, pues de otro modo ya hubierais recibido el castigo que merecen vuestros ultrajes. Y vos, dijo á su vez Skyler tomando un aire altanero y llevando la mano á la espada, ya hubierais tenido el disgusto de que os clavara en la pared despues de tantas impertinencias, si no amase á vuestra hermana, y si no fundase todas mis esperanzas en vos y en la intervencion vuestra. A estos insultos sucedió un momento de silencio, porque Enrique al parecer ya no sabia que contestar. Prefiero, dijo Skyler, suplicaros todavía, tomad esta cajita, dádsela á vuestra hermana, manifestadle mis penas, no olvideis nuestra actual conversacion, porque es una prueba de mi amor, mas convincente que todas las seguridades posibles, y prometedme que hablareis en favor mio.

Enrique temblándole los labios por la cólera, y mirando al otro con ojos de víbora iba sin duda á contestarle con las manos, cuando bajó la escalera y se

fué derechito hácia los dos interlocutores una vieja que llevaba la cabeza envuelta con un pañuelo de mil colores. Señorito Enrique, dijo, y vos señor Skyler, bien debierais saber uno y otro que los negocios de esta clase no se discuten en la calle y en voz alta.

Aquella mujer era Águeda, antigua dueña de la baronesa, á quien el viejo habia hablado mil veces del amor que profesaba á su señora, á quien quiso ganar con dádivas, á quien habia tratado de amedrentar con amenazas, y de quien nunca habia podido arrancar una contestacion categórica y clara. Y es que Águeda se divertia con la desesperacion de aquel viejo insensato, referia á su señora cuanto aquel le hablaba, y aunque la baronesa le habia ordenado mil veces que no le llevara tales cuentos y que nunca mas escuchase las tonterías de aquel bobo, llevada Águeda de su carácter maligno, ni daba esperanzas que pudieran comprometerla, ni contestaba con negativas que habrian puesto fin á un negocio con el cual se divertia. Ella fué la primera que habló á Enrique del amor del burgomaestre hácia su hermana empeñándole en que lo escuchara si llegaba quizás á hablarle del mismo y que no le desahuciara de pronto; á fin de que pudieran divertirse á costa de aquel viejo que queria ser jóven. Uno y otro deseaban llevar las cosas hasta un punto en que Skyler recibiese una leccion severa: mas para justificar sus planes era preciso darle á este hincapié á fin de que se fuese comprometiendo y esplicándose claramente. Así tenian acordado entretenerle con palabras ambiguas hasta que ya le pareciese al viejo que iba á conseguir su objeto, para que de este modo fuese mas cruel y mas saludable el escarmiento. Poco faltó como la conversacion que hemos referido no dió al través con estos planes, porque habiéndose en ella el burgomaestre subido á mayores y logrado apurar la paciencia de Enrique, este iba sin duda á cortar por lo sano, cuando muy oportunamente para contenerlo se presentó la vieja diciendo palabras que hicieron concebir alguna esperanza al enamorado viejo.

Aquí está Agueda, dijo contento Skyler reconociendo á la vieja, á quien reputaba por su tercera. Estas cosas, continuó la dueña, nunca saben gobernarlas los hombres solos, y siempre han menester los buenos oficios de una persona del otro sexo.

Permitidme decir una palabra, señor Skyler, he oido todo cuanto habeis hablado: sé en que punto se encuentra el negocio, y os diré, señores mios de mi alma, lo que yo deseo. Vos tomareis otra vez vuestra cajita, y el caballerito Enrique y yo nos entenderemos en órden á lo que debe hacerse. De todos modos y dejadlo en mi mano, hablareis á la señora Baronesa si tal es vuestro gusto: porque ninguna mujer aunque fuese la reina de Inglaterra, puede negar una audiencia de diez minutos á una persona de vuestro rango.

Al oir el magistrado tales palabras estuvo en un tris como no abrazó á la

vieja. Me has vuelto la vida, le dijo: recobro todo mi valor y mi esperanza. Hablaremos de todo eso mas adelante, interrumpió la vieja. Ya comprendo, siguió Skyler, pero..... Todo lo sabreis, continuó Águeda, y os haremos partícipe de nuestra resolucion tan luego como sea posible. ¡Ah! la resolucion. ¡Oh! esclamó el galan ¿me dareis una buena noticia? Todo puede ser, contestó la vieja. Procuradme una cita, repitió el burgomaestre; y aunque no soy mas que un simple magistrado de la ciudad de Amsterdam, mi reconocimiento será tal que no desmerecerá del mismo rey de las dos Indias. Y al decir esto tomó el petulante aire de un necio cargado de oro. Águeda lo miró fijamente, su arrugado rostro sufrió una contraccion singular, pero muy luego se serenaron sus facciones y dijo. ¿Nada menos que una cita? Señor mio, mucho pedir es este: no creo que la baronesa se resuelva, al menos por de pronto..... Mas por otra parte ¿quién puede vanagloriarse de haber penetrado nunca los repliegues del corazon de una mujer? Skyler apretó la arrugada mano de la vieja que la retiró con prisa. Id, prosiguió con viveza, no dudeis que os llegarán noticias nuestras. Una palabra por favor, esclamó el anciano, decidme cuando. Pues así lo quereis, contestó Águeda con cierto tono malicioso, estad pronto, dentro de una hora saldreis de duda, partid.

Skyler para no contrariar á la dueña recibió la cajita y salió loco de contento y rebosando en esperanzas. Al llegar á la calle se detuvo un momento para hacerse cargo de la felicidad que le aguardaba, y no sin mucho trabajo pudo encontrar su casa no obstante de que estaba cerca y de que era vecino é hijo de Amsterdam. Apenas entró en su cuarto dejóse caer en el lecho para rehacerse de las emociones que habia esperimentado, mas bien pronto volvió á levantarse á fin de ir delante del espejo á componer sus desordenados cabellos y su machucado cuello alechugado.

El viejo muchacho, hasta entonces tan apático é insensible, embriagado ahora por los hermosos ojos de una señora jóven esperimentó aquella fiebre, aquellos tormentos, aquellos dolores, aquellos deseos y aquella desesperacion que despedazan el pecho del adolescente en sus primeros amores. Mientras paseaba arriba y abajo hablando consigo mismo y gesticulando como un comediante, la vieja Águeda metia la cabeza por la cerrada puerta.

Es de saber que apenas Skyler se hubo marchado del sitio donde tuvo lugar la conversacion que dejamos referida, cuando la dueña y Enrique soltaron una recia carcajada, porque uno y otro habian logrado llevar las cosas al punto que deseaban. Pero entonces les entró la duda acerca del modo y del lugar como castigarian al insolente viejo. Cuando pienso dijo Enrique, en todo lo que ha pasado, confieso que mi papel ha sido un poco ridículo, y á la verdad no quisiera saber una palabra mas de este negocio y desearia que tú sola te encargaras de castigar á ese hombre para su propio bien y para satisfaccion

nuestra: pero mi ánimo no es de modo alguno que la pena sea tan cruel que su salud se resienta, ni tan suave que no le sirva de escarmiento. Debe ser un poco cruel, contestó Águeda, os aseguro que Skyler quedará curado y vos contento: pero de ninguna manera quiero encargarme yo sola: los dos hemos comenzado, justo es que los dos acabemos: pongamos manos á la obra. Si te empeñas, contestó Enrique, no hallo inconveniente, y en verdad que tienes razon en querer que yo intervenga, pues de otro modo mi hermana podria incomodarse contigo y estando yo de por medio se calmará fácilmente su enojo.

Lo mismo me enojaré contigo que con Águeda, dijo á deshora la dulce y melodiosa voz de Isabel, que siguiendo los pasos de los dos interlocutores de cuyas intenciones andaba recelosa los vió muy ocupados y adivinó de que se trataba. ¿Qué quereis hacer? les preguntó. He oido todo lo que estais hablanpo desde que habeis subido la escalera, y me disgusta que os ocupeis mas de este negocio, que engañeis á un hombre y que deis lugar á que vaya rondando por los alrededores de esta casa. No quiero de modo alguno que tales misterios continuen: ya sabes Enrique que esto al fin podria traer consecuencias enojosas, y en cuanto á tí, Águeda, debieran bastarte mis repetidas órdenes para no continuar esa intriga que si bien inocente es preferible que quede terminada. Os prohibo que toqueis á ese hombre, su estravagancia es mas digna de compasion que de enojo: os lo prohibo, ¿me habeis entendido? Y sin decir una palabra se alejó de ellos.

Apenas la hubieron perdido de vista cuando Enrique refunfuñó y Agueda meneó la cabeza, como quien habia recibido muy mal las órdenes de su señora. A pesar de Isabel, dijo Enrique en tono resuelto, llevaré nuestro plan adelante. Sin remedio, esclamó la vieja. ¿Qué importa el parecer de la señora? Tiene compasion de ese loco porque la encuentra hermosa. Yo aseguro á ese señor Skyler que de mucho tiempo no le quedarán deseos de ofrecer sus homenajes á nadie, y que no dispertará la compasion de las señoras hermosas. Haced llamar á José, á Pedro y á Bernardo para que nos ayuden en la ejecucion de nuestro plan, y que se vengan con garrotes. Pero ¿tratas acaso de hacerle dar una tunda? preguntó Enrique. No tanto, dijo Agueda, pero tendrá que sufrir un castigo; y quizás no serán los garrotes del todo inútiles.

Parecieron los tres individuos nombrados, que eran el cocinero, el cochero y un mozo, armados con recios palos, y muy dispuestos á esgrimirlos contra quien Enrique les indicase. Este y Agueda puestos ya de acuerdo salieron capitaneando á esos tres hombres de anchas espaldas y robustos brazos, dirigiéndose á la casa del magistrado, y la dueña subiendo la escalera, encontró la puerta del cuarto de Skyler entornada. Seguidme, le dijo en voz baja, pero es indispensable que nadie os conozca, por lo tanto es menester que dejeis ese traje con el cual sois muy conocido, y os pongais un vestido cualquiera.

Es muy cierto, dijo Skyler quitándose el traje que podia comprometerle, calóse un gorro sin adorno ninguno, puso encima una capilla y echó á andar tras de la vieja. Los demás que debian tomar parte en el negocio, siguieron luego á cierta distancia.

Águeda comenzó á andar muy aprisa, dirigiendo al galan hácia un barrio del arrabal, lo cual no dejó de inquietar un poco á Skyler que finalmente se detuvo, y para que marchase adelante fué preciso que la vieja le animara diciéndole que no tuviera cuidado, y siguiese si no queria malograr el éxito de la aventura que tanto trabajo le habia á ella costado llevar hasta aquel punto. No tuvo Skyler otro remedio que obedecer, pues ni sabia ya en que punto de la ciudad se encontraba. Llegaron por fin á la puerta de una casita cuya apariencia nada tenia de repugnante, y Agueda dijo al burgomaestre que entrára, y al mismo tiempo hizo una seña á los demás para que siguieran. Penetraron en una salita del cuarto bajo, y al momento salió á recibirlos el amo de la casa con un candelero en la mano y los invitó para que se adelantaran. El amo era un hombre alto, de arrogante figura y con aire malicioso. El burgomaestre comenzó á presentir algun acontecimiento funesto, mucho mas cuando vió entrar detrás de él sin miramiento ninguno á Enrique y á los tres sayones que le acompañaban. No podia sin embargo fijarse en la clase de disgusto que le aguardaba, cuando al registrar con despavoridos ojos la estancia en que lo habian introducido, vió colgados en la pared muchos y muy raros instrumentos, cuyo uso no podia ser otro que el de ejecutar alguna operacion quirúrgica. Por fortuna descubrió encima de una mesa un monton de muelas, y en la pared dentaduras enteras y fracciones de otras: todo lo cual le dió á comprender que estaba en casa de un sacamuelas. Mientras discurria en medio de la mayor angustia cual seria el tormento que le preparaban, puesto que era ya indudable que le habian engañado y que se trataba de una burla mas ó menos pesada, el amo de la casa con la mas delicada atencion del mundo le ofreció un sillon y aun le cojió por un brazo para que tomara asiento en el mismo.

Toda resistencia fué inútil, hubo de sentarse, y apenas acababa de verificarlo cuando el sacamuelas preguntó: ¿Cuál es la que os duele? Y sin esperar contestacion, abrió un armario y sacando un instrumento de forma estraña volvió al lado de Skyler. Señor mio, esclamó éste, dejad que me levante; ninguna necesidad tengo de vuestra pericia, porque afortunadamente en mi vida he padecido de la dentadura. Cualquiera que sea el motivo por el cual os han dicho que yo necesito de vos, es completamente falso: así guardaos muy bien de tocarme; no lo consentiré de modo alguno. Todos los dolientes dicen lo mismo, esclamó el sacamuelas, no tengais cuidado, es cosa de un segundo: cuando sintais el dolor la estraccion estará verificada. Y diciendo y haciendo, se puso en disposicion de funcionar clavando la mano izquierda por debajo de la

quijada izquierda de Skyler y apretándole la cabeza contra su cintura. Enarboló el instrumento con la derecha, Enrique acercó la vela, y los demás alzaron los garrotes, mientras Águeda le decia que no habia remedio; que el mejor partido que podia abrazar era estarse quieto, no fuera que el operador se le llevase media quijada. Caballero, dijo el dentista, os aconsejo que no os meneeis poco ni mucho, pues de otro modo no salgo garante de la operacion. Skyler convencido de que toda resistencia era inútil, cerró los ojos, encomendóse á Dios, y dejó caer la cabeza sobre el brazo izquierdo del dentista. ¿Cuál es la pieza enferma? preguntó éste. Miradla, dijo Águeda, señalando un diente de la quijada inferior. Skyler aun queria decir alguna cosa, pero ya el operador le habia metido en la boca el instrumento y tenia aferrado el diente con resolucion de no soltarlo. Pedro agarró la mano derecha del paciente, el cual rompiendo por todo se alzó sobresaltado, con los ojos húmedos, el rostro desencajado y dando un grito horroroso en el mismo momento en que el dentista con aire de triunfo, levantaba en alto el instrumento que se habia llevado el diente. El viejo viéndose libre y que nadie trataba de impedirle el paso salió de la estancia bamboleando, y huyó hácia su casa mientras los conjurados se retiraban celebrando con risotadas el chasco con que lo habian castigado.

Skyler quedó completamente curado, no solo de su amor por Isabel, sino tambien de toda inclinacion hácia las mujeres en general, á las cuales juró desde entonces odio eterno.

EL SABIO.

(CUADRO DE MIERIS.)

Felices y venturosos tiempos aquellos en que no se conocia la imprenta, y venturosos y felices todavía aquellos en que despues de inventada se tuvo por arte diabólica ó de brujería, y fueron perseguidos los que se dedicaban á su ejercicio. Entonces por cada cien mil hombres habia uno que supiera escribir y una por cada veinte millones de mujeres, de manera que este arte venia á ser una cosa casi esclusiva de clérigos, frailes, sabios, estudiantes y trobadores. Los grandes señores tenian á mengua conocerlo: y como les era indispensable escribir de cuando en cuando algun cartel de desafío, y alguna carta á sus amigos, tenian en casa un capellan que desempeñaba entre otros muchos ese menester indispensable.

Por entonces no se conocia entre los estudiantes esa batahola de libros de texto, ni los resúmenes de los tales, sino que sentaditos en el suelo, bien en el aula, bien en el claustro de algun convento el profesor paseábase de arriba abajo, les iba dictando y los muchachos escribian sobre la rodilla, y al fin del curso tenian un volúmen en que estaba contenida la materia á cuyo estudio se dedicaban.

En los monasterios y en las catedrales habia pendolistas de profesion, que copiaban los libros antiguos, y arreglaban las cuentas de la casa, y sacaban trasuntos de las escrituras donde constaba la propiedad de las fincas: y aun solian los novicios durante el año ó los dos años de prueba tener la obligacion de copiar sobre vitela una Biblia ó un tratado de filosofía, ó la Eneida de Vir-



EL SABIO.

[illegible]

[illegible] que solo se le venia á [illegible] estudiosos y trabaja-[illegible] y como [illegible]

[illegible] de libros de [illegible] en el suelo, bien en el [illegible] paseábase de arriba abajo, [illegible] sobre la rodilla, y al fin del [illegible] tenia un volúmen [illegible] la materia á cuyo estudio se dedicaban.

En los monasterios y en los [illegible] pendolistas de profesion, que copiaban los libros antiguos, [illegible] las cuentas de la casa, y sacaban trasuntos de las escrituras donde [illegible] la propiedad de las fincas: y aun solian los novicios durante el año [illegible] la obligacion de copiar sobre vitela una Biblia ó [illegible] de filosofía, ó la Eneida de Vir-



Le Savant.

The Scholar. Der Gelehrte.

Published for the Proprietors by [illegible] & Leipzig



gilio, ó las oraciones de Ciceron, ú otra obra sagrada ó profana, las cuales con el tiempo se convirtieron en los originales que se encargó de reproducir la imprenta. Y todavía en las Bibliotecas de los monasterios y en los archivos de las iglesias se han encontrado algunos de esos libros, que los anticuarios y los hombres de gusto pagan á muy subido precio.

Entonces el devocionario de una dama de las poquísimas que sabian leer, era una cosa preciosa, porque amen de ser el papel rica y finísima vitela y de estar escrito en una letra tan igual que casi sostiene la comparacion con la impresa, el pendolista lucia su habilidad y su gusto en los mil adornos de bellísimos colores y en las letras doradas con que encabezaba los capítulos ó guarnecia las páginas todas del delicadísimo libro.

De modo que por aquellos tiempos eran pocos los que escribian pero escribian bien, á diferencia de los tiempos nuestros en que escriben muchos y casi todos escriben mal. Víctor Hugo hablando de la imprenta pone en boca de un personaje que vivia cuando fué inventada, la frase, esto matará aquello, aludiendo á que la imprenta mataria la arquitectura. Mejor hubiera dicho, Esto matará aquello, significando que la imprenta mataria la caligrafía.

La lámina de este buen sabio que no sé quien es, pero que al fin es un sabio, demuestra bien á las claras la diferencia de los tiempos. En aquellos los sabios no solo escribian bien sino que hasta escribian libros, y lo que es mas sabian cortar plumas. ¡Qué mudanza tan asombrosa se ha verificado en esto! Hoy los sabios á duras penas saben escribir, y en lo de cortar plumas casi lo reputan por una mengua. Y hacen bien en no cortarlas, porque tan mal escriben con una pluma nueva como con un palo. Gala es entre ellos escribir de modo que nadie lo entienda, y de ello podrian dar testimonio los escribientes que copian sus escritos, y los cajistas de imprenta que los componen. Al paso que marchamos dentro de un siglo los sabios no sabrán escribir, y necesitarán llevar siempre al lado un lazarillo para que escriba las diabluras que á ellos les ocurran. No hay en el mundo ningun sabio á quien pintando verdád se pudiera pintar cortando una pluma, si ya no es algun maestro de primera enseñanza, que continue siéndolo á pesar de pertenecer al gremio de los sabios.

En vano los respetables Torcuato Torio de la Riba, Iturzaeta, y el P. Jacinto Feliu han legado á la posteridad hermosísimas muestras de letra clara, bien formada y bellísima, los sabios se rien de todo eso, y cada vez escriben peor, de manera que muchos de ellos están ya en el caso de no serles posible al cabo de veinte y cuatro horas leer lo mismo que ellos escribieron.

En vano otros famosos calígrafos han querido llamar la atencion huyendo de la letra española, que cuando buena es la mas clara del mundo y han generalizado la inglesa, la francesa, la italiana: los sabios no han hecho caso de eso, y aun se atreven á decir que no pueden leer esos carácteres y se forman

uno que no lo es, y que representa una reunion de puntos, ó una larga série de líneas ó un monton de garabatos, que ni son letras ni lo sueñan. ¡Qué diferencia entre estos sabios y el de la lámina!

En vano los PP. Escolapios y los maestros de primera enseñanza, algunos de los cuales, y no muchos por mas señas tienen muy buena letra, se empeñan en que sus discípulos la adquieran tan buena como ellos. Con algunos lo consiguen mas si por desgracia esos jóvenes se dedican á los estudios mayores, adios letra buena, al paso que se van haciendo sabios van escribiendo mal, y el complemento de su sabiduría y la imposibilidad de leer lo que han escrito son dos cosas que tienen la misma fecha.

¿Pues y los poetas que en su cuerda pertenecen tambien á los sabios? Algunos de ellos quizás escribieron bien cuando niños: mas apenas asoma en ellos el genus irritabile vatum, Dios guarde á V. muchos años: la primera cuarteta va bien escrita, la segunda tal cual, la tercera mal, la cuarta no la lee sino el autor y la quinta ni el autor siquiera.

Entre los sabios de mas humos es costumbre dictar á un mozo que como no es sabio escribe claro y entonces los cajistas no maldicen al autor: mas si este por dicha tiene que poner una firma, es completamente inútil para cuantos han de leerla, y solo sirve para aquellos que saben que dicho señor pone al fin de sus escritos un garabato de esta ó de la otra forma.

La ciencia está de todo punto reñida con la caligrafía, y esta se ha refugiado en los escritorios de comercio, en las sociedades anónimas, y en las secretarías: pero aun en esos lugares es rara y hoy anda revuelta con esos carácteres estranjeros y con letras de adorno que son primorosas como ornato pero fatales para la lectura.

Es bien cierto que la imprenta mató la caligrafía. Todas las obras de ella bien concluidas, de gusto, bellas, ricamente adornadas son anteriores á la invencion de la otra, y tenemos millares de documentos que atestiguan que apenas la invencion de Guttemberg se hubo generalizado al momento la caligrafía fué decayendo y vinieron á ser muy escasos los buenos pendolistas. Los archivos presentan la historia de la caligrafía que va siendo mala al paso que se aleja de la época en que se inventó la imprenta. En tiempo de Cervantes era infame, y la letra de este mismo es malísima y obscura. Y no obstante se quejaba de la de los escribanos, por donde se vé que la de estos seria muy mala como en realidad lo justifican las escrituras de aquel tiempo.

Quizás no está léjos el dia en que el saber escribir sea completamente inútil, pues segun la prisa con que los hombres van inventando diabluras, no será maravilla que en breve tengamos una máquina que escriba lo que el hombre le dicte. Los sabios estarian locos de contento si tal sucediera, y los impresores bendecirian al inventor porque ellos son á la postre los que sufren los resultados de esa ignorancia de los sabios.

ÍNDICE.

Páginas.

PAUTA

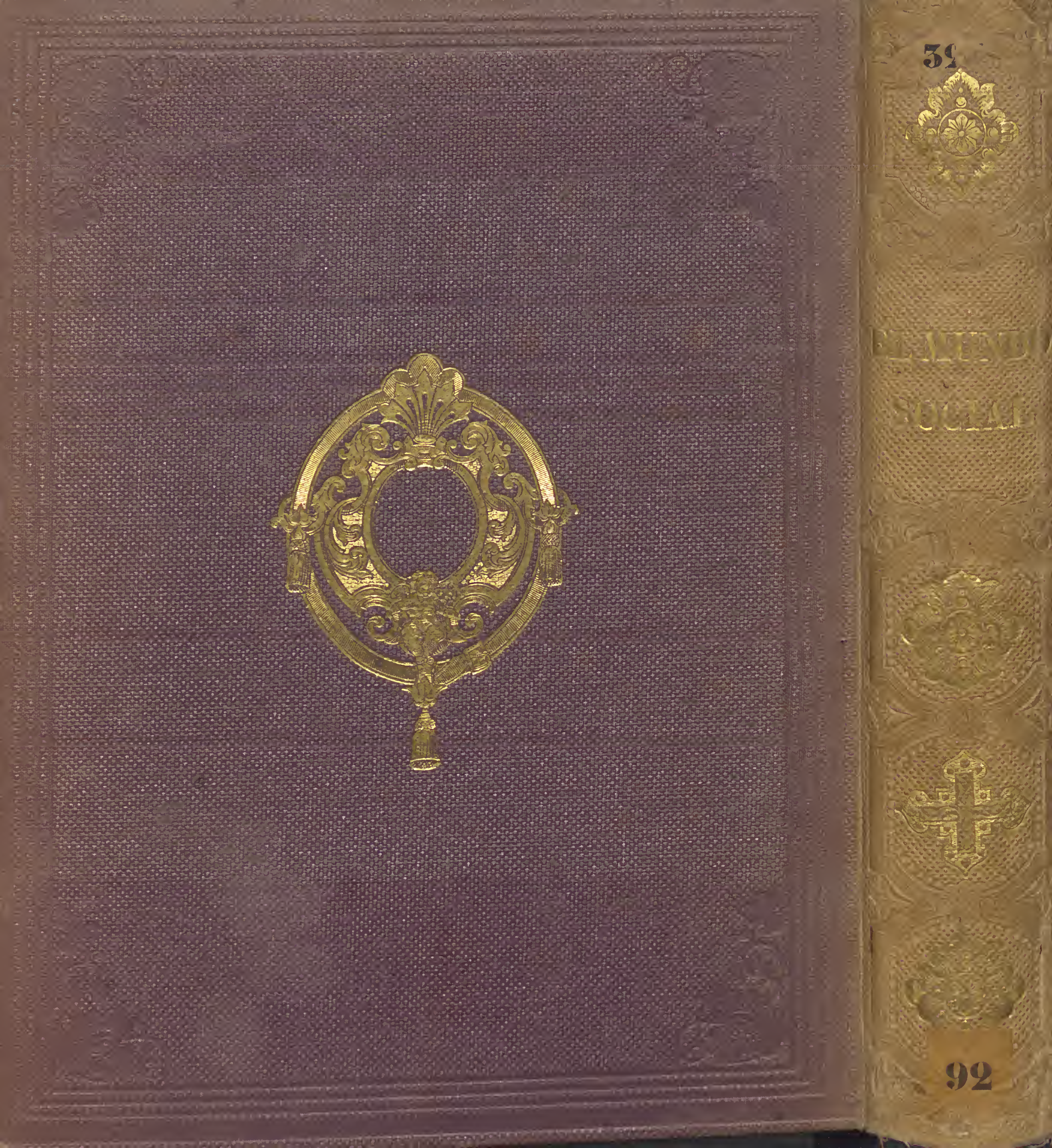
PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

—



FIN DEL MUNDO SOCIAL Ó SEA DE LA SEGUNDA PARTE DE LAS GLORIAS DE LA PINTURA.

Charl
La fill
L'astr
Les
Co


EL MUNDO
SOCIAL
92